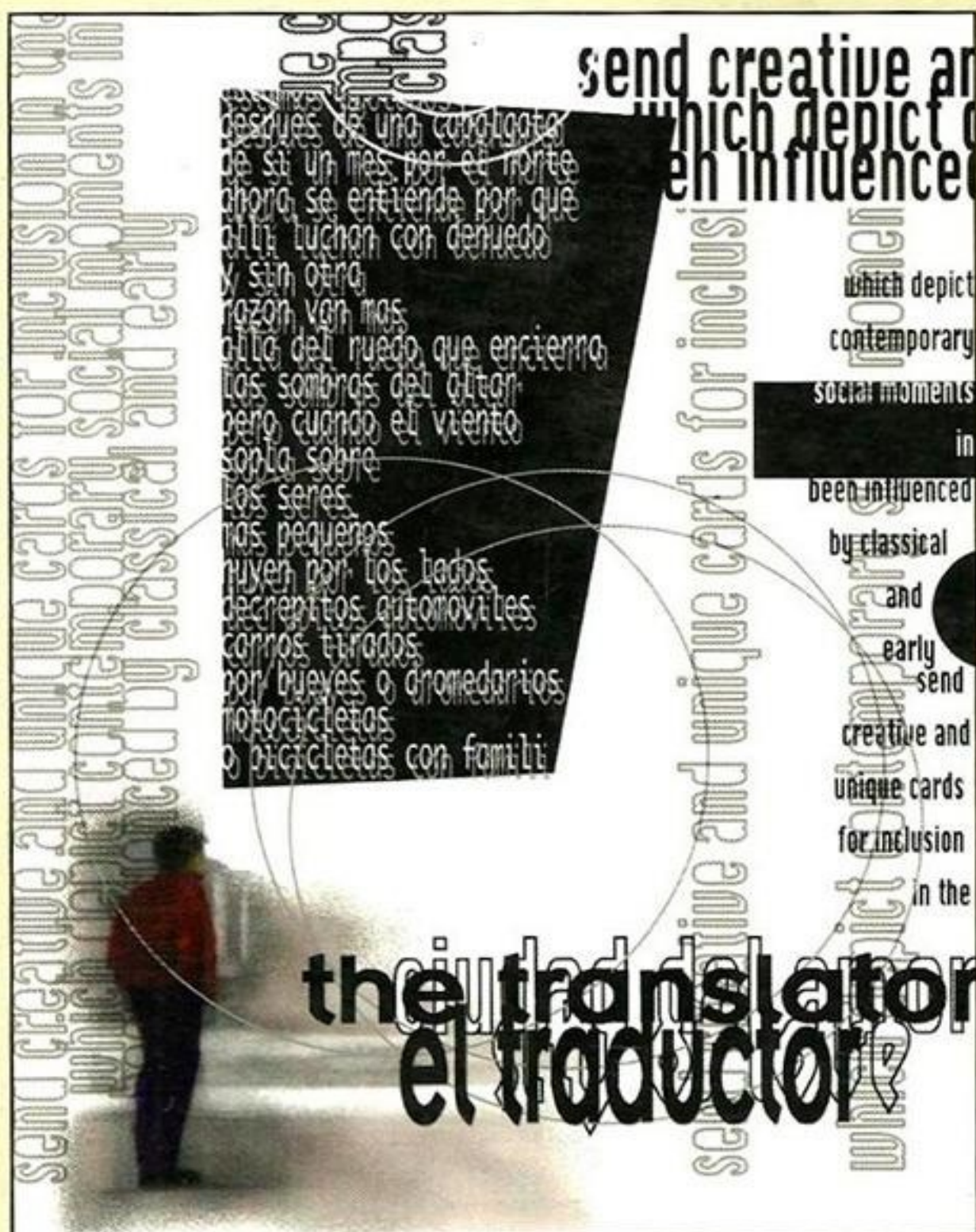


SALVADOR BENESDRA

El traductor



Lectulandia

Ricardo Zevi es traductor en una editorial «progresista». Un día conoce a Romina, una adventista «del interior» que parece sacarlo de su senda de fracasado sentimental. Las puertas del amor se abren, pero se cierran las laborales y eróticas. Porque Romina nunca alcanza el orgasmo, y la editorial «progre» está «racionalizando», o «reconvirtiendo» al personal. Lo que no avanza retrocede, comprende Zevi. El salario que no se blanquea se pierde, el puesto que no se efectiviza desaparece o aparece en las manos de otro.

A partir de esos elementos y de las teorías del ensayista alemán de ultraderecha Brockner y de las ideas etológico-sexuales de Konrad Lorenz, el estilo inimitable de Benesdra construye un texto impar.

Hacía años que no circulaban en una novela argentina con tanta libertad, delirio y densidad, el imaginario del «macho» porteño, las argucias patronales «posmodernas» y el temor capilar de una masa de personajes que sienten como si se hubiera cancelado algún programa entretenido para la noche, quizá para la vida.

Lectulandia

Salvador Benesdra

El traductor

ePub r1.0

Titivillus 03.02.17

Salvador Benesdra, 1998
Retoque de cubierta: Ninguno

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1

Me dije que tal vez era cierto después de todo que las ideologías están muertas; me regodeé mirando por la ventana del bar cómo el sol caliente de la primavera de Buenos Aires comenzaba a fundir todas las convicciones del invierno. Sospechaba por primera vez que podía haber un placer en el vértigo de flotar en ese caldo uniforme que se había adueñado hacía tiempo de todos los espacios del planeta. El sol volcaba su fiesta de distinciones sobre todos los objetos de esa esquina, pero yo sentía que por todas partes estaba drenando una noche gris de gatos universalmente pardos, una apoteosis de la indiferenciación que por primera vez no lograba despertarme miedo.

Empecé a jugar con esas sensaciones. Me imaginaba que no solo había caído el Muro de Berlín, y podía desaparecer la URSS, y con ella la izquierda víctima y la izquierda verduga, sino que el sol mismo se había puesto a transgredir sus propias normas. Se prende y se apaga, se prende y se apaga. Ya titila como una lámpara descompuesta, como los juegos de luces de las discotecas. Los circuitos del planeta se excitan con la alternancia, se recalientan. Están por reventar en una eyaculación final.

—Perdón, ¿lo molesto?

—...

—Estamos trayendo el mensaje del Señor a todas las almas que buscan la salvación.

—...

—Si no le molesta, le aconsejaría que lea estos textos sagrados. Solo el Señor nos ayuda cuando estamos en un momento de angustia.

Solo cuando sus manos depositaron con un gesto inesperadamente femenino los folletos protestantes sobre la mesa del bar me di cuenta de que era una mujer. Tal vez una adolescente. Sus rasgos ligeramente aindiados me impedían calcular su edad y el pelo violentamente estirado hacia la cola de caballo remataba con su traje de chupacirios de provincia una imagen tantas veces vista en la marea proselitista volcada por las sectas protestantes sobre la ciudad que no reparé en su femineidad cuando entró con otros correligionarios en el bar. Ahora me miraba con el gesto severo de los predicadores. Si venía a consolar angustias, disimulaba muy bien su piedad. Tampoco tenía yo la desolación que ella estaba buscando. Pero ahora que había advertido que era una mujer, sabía que no iba a poder evitar dedicarme concienzudamente a la tarea imposible de levantármela, la misma tarea en la que fracasaba metódicamente con todas las desconocidas que cruzaban unas palabras conmigo en los lugares más sugerentes para el encuentro erótico: la calle, el colectivo, las plazas, el bar. Busqué en los folletos alguna punta para empezar a hablar. Pero no había ni rastro de textos sagrados. Solo propaganda ramplona, pequeñas frases sueltas, a lo sumo párrafos supuestamente extraídos de la Biblia, pero

seguramente seleccionados por algún funcionario digno de figurar en el staff del *Reader's Digest*. Empecé a sentir la descompostura infaltable en esos casos. No podía decirle que esas frases eran soberanamente idiotas, que no revelaban nada de ninguna religión, que menos aún hacían justicia a la Biblia, e invitarla trascartón a sentarse, a tomar algo y después a admirar de noche los frisos de alguna iglesia. Me quedaba la opción de ponerme a elogiar la Biblia. ¿¿¿Por qué, Dios, no me hiciste leer en mis 36 infinitos años el Libro, por qué dejaste que pudiera aprobar Historia de primero en el colegio solo con un Pentateuco leído a las apuradas??!! Si había algo que jamás había hecho en todas las partidas jugadas contra tantas apetecibles desconocidas, era darles en la apertura la ventaja de conocer mis lagunas intelectuales. Que yo no supiera manejar un auto podía exhibirlo como un blasón. Pero no haber leído la Biblia me equiparaba de pronto con los imbéciles que habían escrito esos folletos anodinos.

Que se entienda bien, no era un problema de orgullo, ni siquiera de saludable autoestima. Nadie se avergüenza de reconocer que no habla un idioma extranjero frente a un analfabeto. La Biblia no era ahí un tema de cultura. Era el terreno mismo donde tendría lugar la batalla. No podía esperar atraer a una puritana encandilada por las divagaciones de algún gurú protestante si no estaba en condiciones de competir en el mismo terreno donde algún caradura pretendía hacer brillar su palabra iluminada. Pero además estaba la cuestión de las armas. Jamás había batallado por la conquista de una mujer usando otras armas que las de la seducción intelectual. En realidad, nunca había bregado por nada que no pudiera —o pareciera que no pudiera— conseguirse por la vía de la exposición argumentativa, por el deslumbramiento de la palabra, de los conocimientos o de la pura convicción. La propia vida me la ganaba con la palabra, como traductor. Sabía que había otra vía. Sabía que existía todo un mundo diferente donde los actos no consultan a cada paso a los pensamientos para atreverse a ocurrir. Pero nunca había sido un hombre de acción y no podía pensar que iba a poder cambiar solo para poder acercarme a una mujer desde ese otro mundo desconocido, donde cada objeto tiene toda la abrumadora fuerza de la materia y ningún espacio para la duda en su interior, y donde los cuerpos se mueven por una oscura vocación innata con una inercia más pujante que cualquier convicción. Sin las armas del pensamiento yo no era nada.

Pero el tiempo se me iba y la evangelista estaba a punto de recoger sus folletos e irse a probar suerte a otra mesa. Sentí que me empezaba a faltar el aire, que la respiración se me aceleraba y la sangre me martillaba en la cabeza. De pronto tuve la absurda convicción de que ese encuentro sería crucial en mi vida. Un desvío en la ruta, que me apartaría a una distancia infinita de la dirección que había mantenido hasta entonces. La evangelista recogió con silencio decepcionado sus folletos, yo me sentí abismalmente estúpido, avergonzado, despreciable, y armé con toda esa escoria de sentimientos el valor para preguntarle:

—¿Sos evangelista?

Me miró con reprobación. Yo no podía salir de mi asombro y temí que en mi

esfuerzo por ocultar mi vergüenza hubiera pasado por alto algo demasiado evidente. Me pregunté si le había dicho efectivamente “evangelista” o había hecho un lapsus espantoso, como haberle dicho “comunista”, por ejemplo. Pero adoptando muy lentamente una paciencia pedagógica, ella explicó:

—No, no somos evangelistas. Somos adventistas —y calló, satisfecha de haber abundado en tantos detalles.

—¿Cuál es la diferencia?

—...

—¿Los adventistas no son evangelistas? —insistí, y sentí profundamente la futilidad de la supuesta revelación que me había llevado a pensar que estaba encontrándome con mi destino. La adventista parecía más tonta que una evangelista. Pero no se iba.

—No —dijo al fin ya casi ofendida—. Los evangelistas hablan en lenguas. No respetan el sábado.

—¿Nada más?

—Ellos creen que hay una vida después de la muerte; que el alma sigue viva.

—¿Y ustedes no? —Empecé a sentir un atisbo de curiosidad teológica.

—No.

—¿Y cuál es el consuelo que da la religión de ustedes?

—Nosotros creemos en la profecía.

—¿Qué dice la profecía?

—Que habrá un segundo advenimiento del Señor y resucitarán los muertos.

Obvio, *adventistas*. Estaba por preguntarle por qué no “hablaban en lenguas”. No oía esa expresión desde los tiempos de la secundaria, en que me enfrascaba en el estudio de la Edad Media. Pero vi que sus ojos se habían puesto a brillar, los labios, gruesos, carnosos, a sobresalir como en una mueca de desafío, y comprendí simultáneamente que era definitivamente hermosa y que estaba a punto de irse. Entonces subí a la cima más alta de mi coraje y me lancé sin paracaídas:

—Yo no leí la Biblia —empecé, secándome las cataratas de sudor sobre la frente.

—Es algo maravilloso, nosotros la leemos todos los días. Tiene enseñanzas para todas las situaciones de la vida.

—¿La leen también en grupo?

—Tenemos escuela sabática. Y además uno puede ir a la iglesia cuando quiere. Todos los días hay seminarios. En esos folletos está la dirección. Puede venir cuando quiera.

—No, a mí siempre me gustó estudiar solo..., o a lo sumo de a dos. Más de dos ya no es un intercambio sino un tumulto. Se pierde mucho tiempo. Nunca falta el que quiere sobresalir o el que necesita que le expliquen hasta los nombres.

—Entonces hable con el pastor. Tal vez él le consiga a alguien que se reúna con usted.

¡Hable con el pastor!

—No me lo querría tomar tan formalmente. Preferiría hablar con vos —los ojos se le desvían hacia la ventana pero parecía más importunada que intimidada—, por ahí podríamos reunirnos una vez a la semana en un bar o en una plaza. El tiempo se está poniendo muy lindo.

—No, yo no tengo tiempo. Trabajo y estudio y termino muy cansada todos los días.

—¿Y hoy no trabajás?

—Hoy me dieron asueto porque la compañía está haciendo el balance. Por eso aprovechamos con los chicos para salir a difundir. Los adventistas no hacemos nunca obra misionera en los bares, pero nosotros queríamos probar.

Los otros miembros del grupo ya habían terminado la recorrida por las mesas y la esperaban en la esquina. Podía sentir sus miradas de reprobación clavadas como alfileres de vudú en mi cuerpo para exorcizar los mil demonios del ateísmo. Pero bien podía ser que fuera todo lo contrario, que estuvieran festejando inocentemente el acercamiento de un nuevo cordero al rebaño. Nunca se sabe hasta dónde la gente se toma en serio el lado generoso de sus convicciones. Es más, a como estaban las cosas no me quedaba otra que apostar a la piedad cristiana. Otro salto sin paracaídas.

—Te ruego que te quedes a acompañarme un rato. Me acaba de pasar algo terrible en el trabajo —mentí.

¿Mentía? Para lo que eran mis hábitos de sinceridad dogmática, sí, como un descosido. Porque si había algo de terrible en lo que me había sucedido, yo era quien más lejos estaba de percibirlo. Nada demasiado terrible le puede pasar en el trabajo a un traductor. Tres días atrás me habían encargado una traducción que parecía de rutina, pero que estaba terminando de remover las pocas coordenadas ideológicas que todavía me ayudaban a orientarme en el mundo. Eso era todo. Dudas sobre la editorial de izquierda, mi editorial, que me había ordenado el trabajo. Dudas sobre mis propias ideas. Nada capaz de impresionar a una predicadora que esperaba un segundo advenimiento de Jesús. ¿Qué iba a decirle? “¡Mamita, se me cae la estantería ideológica!”. Miré a la mamita. No debía tener menos de 24 años, pero de golpe su rostro había adquirido la expresión atontada de los creyentes y parecía mucho más joven aún, y también más fea. No me interrogaba siquiera con el gesto, ni parecía esperar una continuación. Simplemente no se iba. La opción de la mentira desembozada apareció por primera vez en mi cabeza y se fue abriendo paso a codazos entre una multitud de imperativos morales y pavores hasta llegar a mi boca.

—Soy traductor de una editorial. En los últimos tiempos empezaron a encargarme trabajos muy raros, medio sospechosos —su rostro permanecía impassible—, creo que pueden tener que ver con el contrabando y hasta con drogas.

Mi esfuerzo desorbitado para ocultar mi incomodidad por recurrir a un truco tan burdo pareció finalmente ser tomado como prueba de que estaba confesando un secreto muy importante, porque lentamente sus cejas comenzaron a esbozar una interrogación. Pero me le adelanté. No podía correr el riesgo de que me pidiera

alguna precisión.

—Estuve pensando en hablar de esto con alguien. Pero antes quiero estar bien seguro. Hace muchos años que trabajo ahí y no quiero tirar todo por la borda. La gente del trabajo y mis amistades tienen muchos vasos comunicantes. Creo que serías la más indicada para empezar a oír de qué se trata.

Sentía que andaba en un carruaje, tropezando a violentos sacudones con los baches de un histrionismo desconocido y fue entre esos bamboleos que solté la última frase, con la resignación de quien quiere cumplir con el libreto aunque sus torpezas actorales ya han echado a perder la obra. Por supuesto, dicho y no hecho. Sus ojos grandes, aborígenes, almendrados, no muy oscuros, empezaron a mostrar la urgencia de la timidez, y sentí el vértigo de estar empezando a ganar la batalla.

—Es que ahora no tengo tiempo. Tenemos que volver con los chicos a la iglesia, porque ya terminamos la recorrida y queremos hacer una evaluación.

—Te espero, entonces. Ya te dije que necesito hablar con alguien.

—Bueno, pero si no vengo hasta las seis es porque no hice a tiempo y no me espere más.

—Entonces dame tu número de teléfono.

Y decime cuándo carajo me vas a tutear.

—No tengo teléfono.

—El de tu trabajo.

—Ahí no puedo recibir llamadas.

La paciencia se me escurría entre los labios y estaba a punto de soltar una puteada.

—Entonces voy a quedarme aquí hasta el día del segundo advenimiento.

Rostro atontado de creyente a punto de tornarse predicadoramente admonitorio. Silencio. Nuevo intento del ateo.

—A propósito, ¿cuándo va a ser el segundo advenimiento? No sé si el bar aguantará hasta entonces.

—Cuando llegue el fin del mundo —dijo encrespando una vez más el entrecejo, y fue caminando hacia la puerta, mientras su mano parecía intentar a sus espaldas el saludo que su dueña había olvidado dirigirme antes de partir.

Cuando se fue me quedé mirando hacia el punto exacto del espacio donde había estado su cara mientras charlábamos. Trataba de evocarla, pero sobre todo de indagarla, de descubrir en el fantasma conjurado por mí las cosas que no había alcanzado a conocer de ella. Me preguntaba hasta qué punto su belleza la haría inaccesible y compensaría en la imagen que ella tendría de sí misma el efecto usualmente desvalorizador de una cara de india. Tampoco es despampanante, me tranquilicé. No podía tener una cotización demasiado alta en el mercado del apareamiento. ¿Y qué cotización tendría yo?

Desde que había empezado a traducir a Ludwig Brockner todo se me aparecía por momentos bajo esas formas crudas y obscenamente simples. La complejidad arborescente de las ambiciones humanas, la diversidad de sus valores, podía ser de golpe triturada en el orden unidimensional de mandar y ser mandado, de comprar y ser comprado. Era una sensación muy parecida a la que había tenido de chico al leer los análisis de Marx sobre el capitalismo. Pero aquello había sido un deslumbramiento. Ahora la revelación era un espanto. Marx me había descubierto la forma en que se generaba la riqueza, la plusvalía, bajo un sistema de intercambio formalmente igualitario, de pago justo por cada mercancía, que reproducía en realidad las diferencias de clases que la humanidad arrastraba desde el fondo de los tiempos. Lejos de negar que el capitalismo funcionara así, Brockner reconocía en él la forma más perfecta de perpetuación de las diferencias de clase, a las que su libro entronizaba como la quintaesencia del progreso humano y defendía hasta su insondable carozo biológico, allí donde la apología de la supremacía de los superiores desemboca ineluctablemente en la afirmación de la superioridad de alguna raza. Marx quería superar el capitalismo porque este solo simulaba la igualdad económica y política, sin lograrla. Su comunismo era un llamado a la democratización radical, a la realización de esa ilusión igualitaria. En cambio Brockner alababa la democracia porque era para él el sistema más seguro para garantizar el predominio de los superiores y la subordinación convencida de los inferiores. Era la primera vez que encontraba la defensa del capitalismo liberal en un racista, y leyéndolo me invadía la impresión escalofriante de que todos los liberales tendrían en realidad esa misma convicción en el rincón más íntimo de sus cabezas, donde no llegan las piadosas correcciones del cristianismo. Pero más allá estaba el auténtico horror: la posibilidad de que, después de todo, esa fuera la verdad y las diferencias de clase no fuesen una injusticia que solo el estado precario del desarrollo social podía explicar, sino el orden adecuado en el que cada persona podía y debía encontrar su justo lugar. ¿Había que admirarlos entonces a los triunfadores, no a los obvios, a los genios, a quienes despiertan la gratitud de todos los que disfrutan sus creaciones en el arte y en la ciencia, sino también a los otros, a los que simplemente mandan, en las fábricas, las universidades, los clubes de barrio, el Estado?

Miré a los mozos. Las caras jóvenes no me decían nada, pero los viejos eran una puñalada. ¿Cómo se puede llegar a los 60 años como mozo? No como *maître*, no como pequeño mandamás de una minúscula jerarquía gastronómica, sino simplemente como mozo. Recordé haber leído que los salarios en las empresas japonesas aumentaban progresivamente con la edad, independientemente del nivel jerárquico. Era un consuelo para los mozos de sesenta.

Junto a las ventanas del bar que daban al sol dos tipos jóvenes, con toda la apariencia de yuppies, discutían con los gestos ceremoniosos de quien está tomando decisiones. Me acordé de pronto, tal vez por primera vez desde que lo había leído en la adolescencia, de *Los caminos de la libertad*, de Sartre. Una escena de la Segunda

Guerra Mundial. El protagonista, un francés, está por primera vez frente a frente con el enemigo. Solo los separan los respectivos refugios. De golpe ve salir a los alemanes de su escondite como si fueran dioses, avanzando seguros de la invulnerabilidad que la propaganda nazi embutió en sus cabezas arias. El protagonista duda en disparar porque sabe que es inútil, pero finalmente cumple el trámite, y acierta, y los ve caer, y no lo puede creer. Llega la euforia por la salvación, pero también una decepción inesperada porque los dioses puedan caer como ratas y el poder termine siendo un asunto tan banal como unas balas.

Tal vez fue recordar a Sartre en 1990 lo que hizo que no me sorprendiera al verla entrar de nuevo en el bar. Estaba ya tan sumergido en la atmósfera irreal de ese anacronismo existencialista, que me pareció natural ver acercarse hacia un ex trotskista a esa adventista acudida supuestamente para oír confesiones desgarradoras sobre las fechorías narcotraficadoras de una oscura banda internacional. Pero además había algo en su regreso que parecía ubicar repentinamente todo en el orden indicado para que por primera vez las cosas devolvieran aunque fuera un tenue reflejo de lo que a uno le pasaba por la cabeza. Esa cadera subrayada por la pollera negra y la blusa blanca que saldaba de un fogonazo definitivamente hembruno todas las dudas del caso ¿podía ser obra de la casualidad? ¿Podía haberse sacado el saco de predicadora solo por el calor mezquino de una primavera incipiente? ¿Podía avanzar hacia mí con esa mirada implacable de cirujana si no estaba dispuesta a cortar de un solo tajo todo lo que se le interpusiera en el camino? ¿Podía yo dudar de que por fin había un camino? Como una cáscara seca, una piel de mis trece años comenzó a desprendérseme del cuerpo:

1966: leo por obligación para el colegio Sin rumbo, de Eugenio Cambaceres. El protagonista, Andrés, y el libro me resultan incomprensibles, lejanos, arbitrarios. Hasta que llego cerca del final y leo: “¿Cuándo era que había visto él más allá de sus narices, cuándo había atinado a prever nada? Bastaba que en las mil vicisitudes, en las mil alternativas de la existencia se anticipara a los sucesos, predijera algo, un acontecimiento, un hecho cualquiera del dominio físico o moral, para que saliesen erradas las conjeturas y resultase lo contrario de lo que había pensado o calculado. ¿Temía que su hija se muriera? No podía adquirir más seguro indicio de que iba a vivir sana largos años...”. Como en una llamada, la historia de Andrés se me vuelve de golpe terriblemente familiar, se cuela en el reducto inexpugnable de mi pieza de los trece años. Su profunda sensación de derrota frente a la imprevisibilidad de los sucesos establece inesperadamente entre él y yo un parentesco íntimo que supera las distancias abismales entre nuestros universos. Yo también he vivido con mis trece escasos años ese mismo extrañamiento, y he quedado marcado a fuego por

el temor de una fuga repentina hacia un mundo donde ni siquiera las más naturales secuencias respetan el orden necesario para edificar sobre ellas un plan, un proyecto humano. El suicidio de Andrés al final, con su furia occidental contra sí mismo desbaratando el orden ritual de un despanzurramiento a la japonesa, transforma el parentesco conmigo en la inquietante posibilidad de una identidad fundamental. Siento en ese momento que una mano oculta ha puesto a mi alcance el libro para que yo una esos cabos y entienda la advertencia. Toda una sucesión de sinsentidos cobra de pronto la fuerza apremiante de un destino prefijado. La profesora de castellano, que se atreve a prescribir a alumnos de trece años un texto apenas tolerado clandestinamente por las letras nacionales como fundamento desafortunado, bastardo y corrompido de nuestra literatura contemporánea. Andrés, ese aristócrata racista y diletante, que vaga por la vida como por una pampa sin norte hasta que se inventa un rumbo en la hija que le engendra a una campesina de su estancia, y ve derrumbarse todo con la muerte de las dos. Mi padre, esa figura esquiva que se la pasa prometiendo hacer cosas de padre y falta indefectiblemente a cada cita con sus promesas. Todo el maldito entorno toma la forma de una metáfora de esa geografía sin coordenadas que es la Argentina en la que Juan Carlos Onganía acaba de dar el enésimo golpe militar para poner orden. Pero me digo y me repito que yo no soy de aquí, que no me va a pasar lo mismo, que no me voy a confundir con ese paisaje donde espacio y tiempo defraudan sistemáticamente toda promesa de una dirección. Que entiendo la advertencia, pero que en mi caso está de más. Yo no soy un estanciero haragán, no me voy a tener que refugiarme en los pañales de una hija para encontrar mis metas. Me sobran vocaciones, tengo mis propias coordenadas interiores, las de la física, las de la matemática, las perennes y universales que seguirán existiendo aunque la pampa se trague al planeta. Me lo digo y me lo repito, pero el calendario se pone en marcha y tritura uno a uno los proyectos. Año a año voy descubriendo que no seré físico, ni matemático, ni puedo siquiera “atinar a prever nada”, y un día pierdo la vergüenza intelectual y me encuentro leyendo humildemente el horóscopo para ver si esta vez sí es el momento oportuno para acertar; para poner la mira en unos ojos de mujer y decir esta será mía, y que sea mía; para dar en el blanco de una vez por todas con una sola flecha, en lugar de pasar la vida tirando con perdigones a la manada y recogiendo la presa, siempre la más inesperada, que cae en la volteada.

La presa vino hacia mí esquivando a su paso las mesas del bar. Oí el redoble de los tambores del destino retumbando entre esas maderas y estuve a punto de volver a entregar mi suerte como tantas veces en el pasado a lo que mandara un texto inaccesible escrito para mí desde al menos un tiempo antes de ese momento de vértigo total. Pero me detuve a tiempo, dispuesto a pelear para inventar mi propia ruta. Hacía ya mucho tiempo que no leía horóscopos, pero no porque hubiera

recuperado las certidumbres del racionalismo o las riendas de mi propio andar, sino por resignación, porque las promesas de los astros se revelaron tan mentirosas como las de los hombres. Ahora sentía en cambio un cosquilleo de libertad recorriéndome la piel. No sabía qué decían los astros ni los hombres, pero quería que todos anunciaran un nuevo fracaso, para que fuera yo esta vez quien los defraudara. Porque ya los estaba defraudando. Aun así mi voz tembló un poco cuando tuve una vez más a la adventista junto a mi mesa.

—Llegaste antes del fin del mundo.

Hizo una mueca que no pude descifrar si era de incompreensión o disgusto.

—No, lo que pasa es que la evaluación terminó en seguida —dijo finalmente con rostro serio y luego agregó sonriente—: ¿O tuviste que esperar mucho?

Imposible saber a qué se refería ese “no” inicial, a no ser que sirviera para proteger su orgullo de mujer por haber llegado antes de lo previsible a una cita. Lo que quedaba claro era que no había entendido el chiste, o lo había visto apuntando a su investidura femenina, no a las profecías de su secta. La broma y la ironía no entraban en el mundo de la religión blindada. Pero empezaba a oscurecer. Y ella estaba en mi mesa, apenas una hora después de haberla conocido... ¡y se había decidido a tutearme! Busqué con desesperación en mi cabeza el motivo de tanto milagro, para saber cómo continuarlo. Es decir, busqué otra razón que la única y evidente: la trampa, el subterfugio, la mentira. No es que me molestara tanto haber mentido. Hacía tiempo que había abandonado la concepción de caminos rectos irremisiblemente puros conduciendo a hechos unívocamente determinados. Sabía que hacía falta de todo para construir un mundo, como dicen los franceses, pero una cosa es un ingrediente y otra muy distinta el soporte principal de una comida. El plato fuerte por el que esa muchacha se había sentado a mi mesa era una intriga inexistente, y mi orgullo no terminaba de superar el desagrado de no poder descubrir un solo motivo de interés en mi propia persona que pudiera hacer que ella se quedara el tiempo suficiente para que la timidez inevitable, la vergüenza de defraudar, la inercia, el compromiso involuntario, hicieran nacer entre nosotros una relación. Pero me hice una composición de lugar. Fijé mi mirada interior en los filos más cortantes de mis frustraciones, en la lenta degradación de mi posición laboral, en las últimas masturbaciones solitarias, en las fealdades con cuerpo de mujer que habían pasado más recientemente por mi cama prematuramente resignada, y apreté metódicamente mi orgullo contra un cenicero imaginario, quizá repitiendo con precisión inconsciente el gesto con el que había apagado años atrás el vicio romántico que me estaba carcomiendo los pulmones. Cuando terminé la operación me sentía preparado para mentir como un curandero.

—No, para nada —le dije—. Además estaba dispuesto a esperar lo que fuera necesario. Eso sí, me gustaría pasear un poco o ir a otro bar, porque este ya me está cansando. Tengo ganas de distraerme.

Me sorprendí de haber encontrado sin darme cuenta esa fórmula para ganar

tiempo. Lo tomé como una demostración de que había decidido de verdad qué camino iba a seguir. Cuando uno sabe lo que va a hacer no se apresura, me dije. Pero mi inesperado aplomo no fue la única sorpresa. Todo a partir de ahí se volvió desconcertante.

—Sí, a mí también me gustaría ir a otro lado —dijo ella.

¿Y la vibrante confesión sobre la conspiración de contrabando y drogas? ¿La historia de aventuras y desgarramientos morales sin la cual era inconcebible que la adventista atravesara el abismo entre nuestros mundos para asomar sus narices a mis cosas? Nunca más se supo de ella. Se perdió entre las mesas del bar. Si me vi obligado a hacer más tarde, durante esa noche, alguna vaga alusión a esa intriga solo fue para calmar mis propios pruritos, para obturar mi horror al vacío y a los cabos sueltos.

Porque no bien salimos del bar la tarde, que se fue volviendo noche mientras recorríamos plazas y calles del barrio, se pobló de confesiones amistosas y sinceras, en lugar de las truculentas invenciones que había tramado yo. La adventista se dedicó a desmentir todo lo que yo podía esperar de ella. No de una manera acentuada, evidente, clamorosa, sino con el refinamiento de quien tantea el entorno y va descubriendo paso a paso el camino más conveniente. Lo que me extrañaba sobre todo era la impresión que ella daba de tener muy clara su meta, aunque no supiera a ciencia cierta qué dirección debía tomar en cada momento. Al comienzo, ese vaivén entre la desenvoltura con que se plantaba en la situación y las vacilaciones ocasionales con las que tropezaba en algunas frases, despertaba en mí la cálida sospecha de una timidez prometedora. Pero a medida que avanzaba la charla lo único que surgía de esa combinación era una seguridad reforzada y hartamente inesperada en una predicadora que después de todo se estaba paseando con un hombre que solo muy torpemente había intentado disimular sus intenciones más bien paganas y con tanta rapidez estaba renunciando a todo subterfugio enaltecedor de sus fines terrenales.

Cuál era esa meta sobre la que giraban en esa noche como un trompo en equilibrio todas sus palabras y sus gestos es algo que nunca llegué a conocer. Dudo en verdad que haya sido algo preciso; y si lo fue, es seguro que debe haber cambiado a lo largo de esas horas. Más probable es que haya sido una mera intuición, una sospecha o un impulso tenaz aunque inescrutable, como el de un águila que se lanzara desde una cima hasta un valle devorado por las nubes, harta de haber esperado inútilmente que escampara.

Pero eso lo pienso ahora, que he pedido mucho del miedo que le tuve. En aquel momento su inesperada soltura solo despertó en mí la sospecha de algún interés subalterno. Pensarlo no era agradable, pero tampoco me ofendía. A los treinta y seis años y tan alejado de toda pretensión de perfección no me abrumaba pensar que una muchacha tal vez diez años, o más, menor que yo se paseaba conmigo solo por

interés. Estaba por entonces dispuesto a creer que todas las relaciones interesadas que pueblan casi hasta el infinito el universo que la propia experiencia y los medios de difusión nos permiten conocer terminan tarde o temprano en algo muy parecido al amor, o al menos en una dependencia mucho más desinteresada de lo que sus propios protagonistas piensan. Solo que cualquier interés que ella pudiera tener en mí únicamente podía originarse en una confusión, o en mis frágiles mentiras, y eso sí me inquietaba. ¿Acaso pensaba que podía llegar a afiliarme a su secta? Imposible. Por cierto evité sembrar inútilmente de obstáculos el camino entre nosotros y le ahorré toda manifestación demasiado franca sobre lo que yo pensaba de las sectas protestantes norteamericanas, pero tampoco le escamoteé información, y oyó todo lo necesario para formarse una idea de mí, en la que si cualquier posibilidad de pertenencia a un partido u organización quedaba excluida por definición, la eventualidad de un ingreso a una secta religiosa solo podía considerarse como una broma desopilante. ¿Creía que un traductor estaba en condiciones de brindarle un refugio económico contra las inclemencias sociales que degradaban cada vez más a nuestro país? Era difícil imaginarse tanta ingenuidad en una persona adulta: probablemente yo ganara dos, tal vez tres veces más que ella como empleada administrativa. Pero eso no alcanzaba para acceder siquiera a crédito a ninguna de las marcas distintivas del ascenso social. ¡Dios, si la estaba paseando por la ciudad a pie! ¿Cuántas muchachas habían puesto cara de despedida, minutos después de haberme conocido, al enterarse de que no tenía auto?

—¿Y por qué no tenés auto?

—Porque no soporto el tránsito y un auto solo me cargaría de problemas: seguro, patentes, reparaciones. Mil dolores de cabeza solo para tener el gusto de hacerme una escapada a la costa algunos fines de semana. No aguantaría usarlo en la ciudad. Por algo vivo siempre cerca de donde trabajo. No me gusta viajar. Me gusta ir a lugares lejanos, pero no el traslado hasta ahí. Eso me repugna. Tengo mucha paciencia, pero solo para las cosas inevitables. Si puedo prescindir de un traslado, de un tiempo muerto, siempre lo hago.

—A mí no me molesta viajar. Incluso en colectivo, en la ciudad. Hace un tiempo vivía muy lejos del centro, en Morón, y tenía que tomar tren y colectivo para venir al trabajo. Pero me gustaba. Sentía que era como un descanso. Tal vez porque viniendo de tan lejos casi siempre podía conseguir asiento. Pero a veces hasta parada me parecía que el viaje era una especie de paseo.

Eso era justamente lo que yo necesitaba. Alguien capaz de soportar las aberraciones del transporte urbano como si fueran un paseo, y las inclemencias del destino como si fueran una estratagema en los designios de Dios. Tal vez era Dios el que le había sugerido algún proyecto delirante en el que de un modo arcano entraba yo, que me veía así autorizado a tomarle la mano en el impreciso momento en que empezaron a aparecer sobre la plaza las primeras estrellas, y logré balbucear alguna frase lírica acerca de la soledad del lugar, el contraste enrarecido de las últimas

estribaciones del sol con la luz de los faroles y el probable convite de los astros. Nadie menos que Dios pudo haber autorizado que poco, demasiado poco después le tomara el rostro con la mano, siempre temblorosa, demasiado temblorosa en esos casos, y le diera en su boca religiosa algo que no dudaría en llamar un beso, pero que jamás podría adivinar qué nombre le habría puesto ella, pues no ejerció la resistencia siquiera convencional de una muchacha en flor, ni el desenfreno fluido de una hembra madura. La fatalidad, solo una fatalidad esclarecida pudo haberle ordenado que se entregara a mis torpes maniobras eróticas con esa resignación que acepté en un inicio como manifestación inesperada de un sometimiento piadoso pero que contenía la extraña amenaza de una indiferencia inexpugnable.

Cuando uno flota enamorado sobre las contingencias de la vida, cuando uno entra en la empresa que le ha robado a uno invalorable segundos, minutos, horas, días y años y saluda a todo el mundo alegremente, deja aquí una boca abierta de asombro, allá unos ojos intrigados hasta la inquietud, y un poco por todos lados la sensación banal y recurrente de que después de todo no hay quien pueda con la capacidad de regeneración de los tejidos del alma humana. Pero yo no estaba enamorado, sino alegremente desconcertado. Alegre porque la experiencia de la noche anterior no podía inscribirse concienzudamente en la interminable lista de los fracasos claros, nítidos, contundentes, de esos que forman como perlas de barata que uno va coleccionando a lo largo de la vida y terminan haciendo de nosotros, un día, figuras grotescas y más ordinarias que todas aquellas señoras gordas que espantaron nuestra sensibilidad ambiciosa en los días que nació nuestro sentido estético. Pero tampoco había sido un éxito, de esos que acumulan siempre los otros y van formando en nuestros bolsillos como cavidades desgastadas por el peso de la ausencia, como vacíos que rezuman esa convicción que llamamos frustración. Había sido, era todavía, más bien una intriga expectante. No le había arrancado más que un beso, porque la indiferencia con que recibió el primero que le di y los atisbos manuales que lo acompañaron fue seguida de una alusión a lo tardío de la hora, soltada con la misma ecuanimidad indiferente, sin un apuro que hiciera sospechar los desgarramientos de una duda, ni una demora que diera lugar a interpretaciones ambiguas. Pero al menos no me había prodigado el rechazo activo que podía esperarse de una predicadora.

De modo que fue arrastrando el ligero peso de esa intriga y volcado a la expectativa como entré al día siguiente a la editorial. Había cierto aire de revuelo. Pero yo estaba acostumbrado a los cataclismos que cualquier rumor podía provocar en una empresa mediana, donde la cantidad de gente no es tan grande como para ahogar en el anonimato los usuales dramas cotidianos de los empleados ni suficientemente pequeña como para que todos tengan una idea adecuada de las proporciones y comprendan que ni la historia universal, ni siquiera la de sus propias

vidas, puede pasar por el divorcio de tal o cual, o el ascenso de aquel otro, o el traslado o hibernación de alguien más. Así que no me dejé interesar por los acercamientos ligeramente inusuales entre algunos de mis compañeros de trabajo y los atribuí a los ramalazos habituales que las olas del rumor intrascendente producían recurrentemente en ese lugar.

Pero a eso del mediodía se me acercó Diana, una empleada de ventas que lograba disimular una fealdad insuperable bajo un manto de simpatía tan generoso que al lado de ella uno oscilaba siempre entre una sensación de autoestima providencial por merecer un trato tan afectuoso y un fuerte sentimiento de culpa por no poder ser tan bueno como ella. Que Diana se me acercara, sin ningún motivo aparente, era ya el anuncio de una anomalía porque si bien su calidez no conocía fronteras yo era en la empresa un caso suficientemente especial como para constituirme en excepción de cualquier norma o hábito, incluso de los favores de esa abanderada de la ternura.

Hacía ya unos seis años que yo me había convertido en un caso laboral excepcional no solo para Ediciones Turba, sino probablemente para cualquier otra parte. Era el único traductor raso que yo conocía que trabajaba a sueldo dentro de una editorial de libros. O casi el único. Desde los sesenta estaba el caso de una pequeña editorial creada a pulmón por unos intelectuales universitarios, que atendía en gran parte el mismo mercado de Turba. Pero la represión de los dos últimos períodos dictatoriales la había obligado a recortar drásticamente su personal, y el surgimiento ocho años atrás de Turba, sostenida con los campos y las industrias agrarias de los Gaitanes en Córdoba, le había dado el golpe de gracia, de modo que también esos pioneros de los folletos y los libros progresistas habían terminado por imitar a las demás editoriales, que encargaban sus traducciones afuera y conservaban a lo sumo un supervisor de traducciones en planta.

Yo había ingresado en Ediciones Turba semanas después de la fundación, como oficinista, y había tenido que esperar pacientemente para que poco a poco la realidad se acomodara a mis improbables proyectos. En Corrección no había vacantes y si hubiera intentado entrar como traductor, con la carta de presentación de todas las lenguas que hablaba pero ningún antecedente en el oficio, me habrían rechazado como a un desubicado, o mucho peor, habrían intentado conformarme con una relación como la que casi todos los traductores del mundo mantienen con sus editoriales, de pago por obra y trabajo fuera de planta, que en la Argentina representa normalmente un ingreso aún más ridículo que el de un maestro, y lo coloca a uno en la alternativa de convertirse en un escritor —normalmente de pésimas obras— o morir de hambre. Con una historia de varias carreras empezadas y abandonadas a medio camino y trabajos de cadete o de pura ocasión en la enseñanza, lejos de toda actividad contable, mis antecedentes ni siquiera eran suficientes para entrar como oficinista. Pero un poco por prudencia tras los años de dictadura y otro poco por esa especie de paranoia endogámica a la que siempre fue afectada buena parte de la izquierda, los de Turba tomaban solo gente de tajantes convicciones izquierdistas.

Eso reducía drásticamente el espectro de candidatos a cualquier puesto y aumentaba concomitantemente mis posibilidades de obtenerlo. De mí tenían referencias indirectas de mis épocas universitarias. Mi paso juvenil por el trotskismo y una cierta perseverancia posterior como francotirador de izquierda les inspiraba suficiente confianza para tomarme como oficinista, pero yo sabía que a menos que me integrara a sus proyectos culturales o políticos como un verdadero y obediente creyente, sin veleidades de independencia alguna, la confianza nunca llegaría al nivel necesario para que se me abriera el camino hacia un puesto más creativo. Incapaz de adhesiones incondicionales a ninguna cosa, no me quedaba entonces otra opción que refugiarme en un puesto técnico.

Me convencí entonces de que debía festejar la frialdad con que me recibieron, tan pronto pasaron los encantos del mutuo descubrimiento, como un estímulo bienvenido para recobrar esa vocación de traductor que había construido ocasionalmente sobre las ruinas de tantos sueños mucho más ambiciosos, en los que nunca me había visto como intérprete sino como creador de pensamiento, en cualquier dominio que fuera. Ni oficinista ni creador, ni amo ni esclavo, sino intermediario del lenguaje. El destino parecía indicarme un lugar remoto en la clase media del microcosmos social de Turba, desde donde toda falta de filiación podía levantarse como una bandera. Atrincherada en ese bastión, mi independencia individual pudo retornar ágilmente desde las zonas adultas de la política a las más tempranas de la vida, allí donde la soledad de cada uno solo se funda en las aversiones elementales de la piel y en cierta incapacidad, diferente según los casos, para fingir simpatía de acuerdo con las conveniencias. El personal de Turba en pleno retribuyó temprano mi aparente iniciativa de autoaislamiento desovillando alrededor de mí cada cual su madeja de lejanías en hilos sutiles de rechazo, respeto, desprecio o admiración, con los cuales mi impotencia fue tejiendo una malla cerrada, que se hizo cada vez más impenetrable a medida que fui logrando convertirme de oficinista clásico en oficinista sui generis, habilitado a ocupar parte de su tiempo en traducciones, y finalmente en ese caso atípico de traductor asalariado, con sueldo no muy superior al anterior, pero con el plus inocultable de satisfacción que crea el trabajo medianamente placentero. Unos meses atrás la malla se había vuelto aún más hermética, cuando me sumergí en una depresión porque Gaitanes, en lugar de nombrarme supervisor, distribuyó entre los tres secretarios de redacción el trabajo de supervisión de traducciones cuando se fue a vivir a España Antonio Salinas, que había desempeñado ese cargo desde la fundación. Diana estaba penetrando con su soltura característica esa malla, y el hecho bastaba para que una alerta instantánea recorriera todos mis sentidos y el entorno se cargara de mil posibles interpretaciones.

—¿Estás enterado? —me preguntó con una voz de circunstancia que disparó en mi cabeza una multitud de humores sombríos. Entre mis neuronas brotó una bruma fantasmagórica, que dejaba entrever por sus pliegues desde el cierre de la empresa hasta una reducción de sueldos a la mitad para impedir una inminente y hasta el día

anterior insospechada quiebra.

—Vos sabés que yo nunca estoy enterado de nada —le respondí, convencido de que no podía dejar pasar una turbación general ya tan evidente para hacer oír una señal de reproche propio. Pero la rapidez imperturbable de su respuesta me demostró que el drama colectivo no aumentaba la sensibilidad a las quejas individuales, al menos no a las mías.

—Despidieron a Juan José —soltó, casi con tono de reprobación, una reprobación global, indiferenciada, que no por seca y expeditiva dejaba de abrazar ecuménicamente en su rechazo cada falta de ese momento, desde la indignante indiferencia que yo estaba demostrando mientras ella me lo decía, hasta el propio despido, tal vez también el insoportable calor de esa anómala primavera. Pero un segundo después comprendió que lo mío podía no ser indiferencia, y entonces retornó a su habitual afectuosidad y añadió:

—Juan José Barnes, el lector.

—Qué cagada —dije. Tenía la impresión de que lo que cualquiera hubiera esperado de mí no era esa frase de conmiseración resignada sino “¡Qué hijos de puta!”. Sospechaba que Diana había atravesado la apreciable distancia que existía desde hacía años entre los demás empleados y yo solo para poder oír en mi boca esa frase que las ataduras más estrechas que todos los demás y ella misma tenían con la empresa les impedían a ellos siquiera pensar. Pero la conmiseración era ya una muestra de cortesía de mi parte, la hipocresía de una indignación me habría resultado imposible. Barnes me había parecido siempre un pedante inconcebible. Pertenecía como pocos a la estrecha malla de relaciones de las que había surgido y con las que se mantenía la empresa. Podía existir una gran o pequeña injusticia en su caída en desgracia. Pero nadie podía pensar que yo estaba al tanto de esas circunstancias, y yo no era alguien que reaccionara a las cosas por “principios” antes de que todos los detalles de un caso sedimentaran en mi cabeza. Tampoco necesitaba yo esas reacciones automáticas, porque no era un hombre de acción, aunque últimamente me lamentara mucho de ello. Además, todavía tenía tiempo para ponerme más vehemente, aunque sentía casi físicamente la decepción de Diana.

—¿Por qué? —pregunté.

—Eso es lo increíble, nadie tiene la menor idea.

—¿Piensan hacer algo?

—No sé —paseó una mirada resignada por mi camisa—. ¿Qué se puede hacer?

Antes de responder disfruté un largo instante de la situación absurda: Diana preguntándome qué hacer para encarar un despido de alguien que ellos sabían que iban a dejar caer por más que lo estimaran y con quien yo tenía una relación aun más inexistente que con el resto de la gente de la empresa. Con un vértigo gozoso por la provocación que estaba atreviéndome a lanzarle, le dije:

—Bueno, normalmente existen las huelgas.

Por supuesto que existían. Pero si Turba se caracterizaba por algo era por su

empeño, ambiguo pero no por ello menos ostensible y penetrante, en ser una empresa anormal, o como se decía allí adentro: “atípica”. Había publicado folletos, libros, tratados, enciclopedias, y seguro podía llenar toda una biblioteca con el solo tema de la huelga. La huelga de los linotipistas, “la primera del movimiento obrero argentino”, la huelga de los textiles, donde empezaron las mujeres, las huelgas de Estados Unidos por las ocho horas, por el Primero de Mayo, por Sacco y Vanzetti, por playas de estacionamiento para los obreros de la General Motors, las de Europa (occidental, de preferencia), las de África y Asia, las del batustán Transkei, las de cada rincón de América latina. En todas partes hallaba el ojo avizor de Turba la miseria, la explotación y la revuelta contra la injusticia, el grito vivo de los hombres brotando de sus laceraciones sociales. Pero donde no se concebía que hubiera sufrimiento social era en la propia Turba. Los dramas posibles incluían decesos, separaciones, enfermedades, mala suerte en la promoción, todo lo que pudiera ser entendido como una desgracia personal, de esas que se combaten apechugando y peleando en el rincón de cada uno, no juntando voluntades para una huelga. A no ser que fuera para expresar solidaridad y conmiseración por tanta injusticia que andaba rondando por todos lados y que se detenía justo en las puertas del edificio de tres plantas de Turba, terreno inmune a la explotación por las virtudes progresistas de los ideales de sus propietarios y de los clientes que compraban sus productos. No era lugar para huelgas, Turba.

Pero Diana tampoco era alguien capaz de señalarle a uno una desubicación tan grande como la de mi pregunta o de reconocer y responder a la provocación que encerraba. Me miró con una cara asombrosamente triste e insondable, desprovista de toda la ironía que mi actitud habría podido despertar en cualquier otra persona, como si lamentara que yo fuera tan infantil para gastar una chicana en un momento así. No cabía duda de que Barnes había calado mucho más hondo de lo que yo hubiera podido imaginarme entre la gente. La mirada de Diana logró hacerme sentir lo suficientemente incómodo para verme obligado a quitarle la posibilidad de una respuesta, y terminé haciendo el esfuerzo que ella me estaba pidiendo:

—¿Qué dice la Interna? —empecé, para hacerme un cuadro de la situación.

—Mucho no dice, porque Juan José no quiso plantearles el problema a ellos. Dice que no quiere que se lo trate como un problema sindical. Entonces Andrés dice que ellos no pueden hacer nada, si él no les pide que intervengan. Juan José debe tener miedo de que si se mete, la Interna termine siendo peor... Pero la verdad que mucho peor de como está ahora no va a estar.

—¿Alguien lo vio?

—Me lo crucé yo cuando salía hoy de la reunión con Gaitanes Junior. Estaba hecho pomada. No quiso decirme nada. Solo que lo rajaron.

—¿Mejía no puede hablar con Gaitanes?

—Él dice que ya lo hizo, pero que el viejo no quiere saber nada.

Traté de imaginarme durante un momento la inapelabilidad de una decisión de

Guillermo Gaitanes. No es que yo tuviera constancia de una apelabilidad anterior en sus decisiones. Pero una acción solo conlleva resonancias irrevocables cuando sus propios efectos simulan o producen la muerte, como lo hace un despido con la presencia de un empleado en una plantilla. Todo lo demás puede ser tarde o temprano enmendado por quien lo ordenó o por otro que lo suceda. El de Barnes era el primer despido del que yo tuviera noticia en Turba. Una suerte de bautismo. De iniciación. De despertar a una realidad tan banal como cualquier otra. De pronto me pasó por el cuerpo el escalofrío de una sospecha telepática: ¿Y si la historia que yo había querido inventarle a la adventista estaba ocurriendo en la realidad? ¿Si a Barnes lo habían echado porque se había enterado de que la empresa estaba mezclándose en un negocio de contrabando o drogas? ¿Si lo que yo había creído que era un inusual esfuerzo de desfachatez de mi parte para atrapar a la protestante había sido en realidad una captación telepática de algún hecho real, que aunque no fuera idéntico a la intriga que yo había imaginado se le parecía mucho?

Cuando uno piensa ese tipo de cosas la percepción del mundo se transforma por un instante hasta en sus mínimos detalles. Uno deja de ser una ínfima pieza sometida a los vaivenes impredecibles de un gigantesco engranaje y desarrolla un poder que lo hace protagonista de todo lo que importa, aunque sea por la vía subrogada del mero conocimiento, de la captación de la información de manera exclusiva, sin la intermediación común al resto de los mortales. Pero cuando uno está sano de la cabeza la sensación no se prolonga más que un instante, es solo un pantallazo fugaz que huye ante el esfuerzo de uno por no perder el tiempo que se necesita para indagar posibilidades más plausibles que expliquen lo que se trata de averiguar con los datos disponibles por los sentidos ordinarios y probados. Y yo por entonces estaba sano. Así que dejé las especulaciones extrasensoriales y pregunté más terrenalmente:

—¿Pero Barnes no se peleó últimamente con alguien de arriba?, ¿ustedes no supieron de ningún encontronazo?

—Vos sabés que con Barnes es muy difícil pelearse. Pero de todos modos yo no supe nada de algo así. ¿Vos?

—¡¿Yo?! Yo no tengo la menor idea de nada. Simplemente me extraña que no haya habido algún anticipo de lo que se venía, ningún indicio de que lo querían rajar. Y sobre todo, que ustedes no hayan sabido nada.

—Puede haber habido una pelea afuera de acá, pero aparentemente acá no llegó nada.

Era asombroso cómo Diana convalidaba el “ustedes” con el que yo trazaba una línea infranqueable entre “ellos” y yo. Eso me daba coraje para seguir sacando ventaja de la situación y desahogar añejos rencores, aunque yo mismo no me daba cuenta del todo con qué precisión cada idea que se me ocurría parecía especialmente diseñada para refregarles por la cara a todos los de Turba su supuesta cobardía. Creía en parte estar colaborando de veras y en parte estar tratando de quedar bien, de cumplir con las reglas de la cortesía. Pero cuando le sugerí que se hiciera un petitorio

para que reincorporaran a Barnes, Diana, en lugar de acobardarse, se entusiasmó con la idea. Me sentí tan ridículo que el deseo de humillarlos apareció finalmente en mi conciencia como una revelación, aunque borrosa y distante, como todo lo desagradable que captamos de nosotros mismos cuando la visibilidad no nace de la ecuanimidad de la victoria sino de la lucidez de la derrota. Solo había querido humillarlos otra vez, pero ahora ya era tarde para buscar una vía más adecuada para esa meta. Con mi torpeza había puesto en movimiento en ese reino del tabicamiento individual un engranaje colectivo que ya no podía esperar parar.

—¿Un petitorio? —sus ojos se encendieron mientras esbozaba una sonrisa extrañamente divertida—. Qué bueno, no creo que eso le caiga mal a nadie.

Claro que no. Era el sindicalismo de buenos modales. Ni siquiera en Turba debía caer mal. Pero si yo tenía un consuelo en el mismo momento en que todo parecía salirse de control era porque pensaba que también un petitorio podía ser visto ahí como unos pies que se salen del plato del decoro. Y Diana se embarcaba ya en fantasías de itinerario rosado que confluían mullidamente en la reincorporación de Barnes, pasando por reuniones y tal vez fiestas del personal que convirtieran finalmente a Turba en ese lugar especial que pretendía ser. Dijo:

—Tal vez Andrés lo podría hacer circular. Podríamos reunirnos antes para charlarlo entre varios. Acá hablamos cada vez menos entre nosotros. ¡Ah, ya sé! ¿¡Qué te parece si hacemos una fiesta el viernes y lo invitamos a Barnes!?! Le levantamos el ánimo y de paso nos ayuda a hacer el petitorio.

Sí, por qué no. ¿Por qué no podía ayudar yo a que esos feligreses del culto de la progresía en busca de un sacerdote pudieran de una vez por todas congregarse y tener al fin una misa como Dios manda? ¿Por qué no ser yo directamente el oficiante que sus pupilas piadosas buscaban en la noche de la incredulidad argentina? ¿No era Turba el único reducto de la generosidad socializante que quedaba en el país? ¿No valía una misa y la ofrenda de mi sacerdocio? Mucho más simple aún: ¿tenía yo otra alternativa que decirle que sí, después de haberla dejado transportarse en su fantasía hasta una utopía íntima, tanto más merecedora de satisfacción cuanto aparentemente más modesta?

No, Ricardo, claro que no la tenías. Y le dijiste que sí, y te metiste en un berenjenal que aportó su cuota para que todo terminara como terminó, y vos comprendieras finalmente hasta qué punto no tenías idea de cómo las cosas eran como vos decías que eran. Pero en ese momento no podías seguir dándole vuelta todo el tiempo al mismo pánico que te empezaba a subir por las venas subterráneas, esas que te mantenían atado con veinte nudos de rutina, confort, rencor, resignación y anestesia a los cimientos de tu trabajo más prolongado, único refugio visible en los márgenes de la selva de la desocupación. Y no le diste más vueltas. Dejaste que Diana se volviera a su escritorio llevando su paquete de estrategias como una bomba de tiempo ingenuamente confundida con una caja de bombones, y abriste en la página 37 el libro de Brockner. Pero todo el vértigo, el misterio, la densidad

frondosa, seductora y repugnante de un pensamiento ajeno hasta el delirio estuvieron ausentes de esas páginas, se reabsorbieron sobre sí mismos dejando un hueco que desmentía toda posible presencia anterior. Las líneas opacas con su monotonía de acero rebotaban contra tu mirada extraviada, que solo lograba detenerse sobre un punto interior, donde se retorció tejiendo su propio enigma la imagen flameante de la adventista.

¿Cómo definir ese encuentro con la adventista? Apenas 24 horas habían pasado y ya se había transportado en mi memoria hacia un lugar remoto adonde solo llegan las fantasías que nunca habrán de realizarse y que no acarrearán en sus pliegues más materia que su sólido regusto a frustración. Sí: ni siquiera podía asegurar que el encuentro había ocurrido. Tenía todavía en el cuerpo todas las sensaciones de vuelo y hallazgo, la fiesta de las células recibiendo una noticia feliz hasta el absurdo. Una muchacha que había aceptado —contra todo lo previsible, contra toda la corrosiva regularidad de mis fracasos anteriores ante la belleza mayúscula— pasar de un intercambio casual a una conversación, prolongar la conversación en un paseo, sellar con un beso la inconcebible promesa del momento. Pero más allá no había habido nada. Ni parecía que pudiera otra vez volver a haber algo. ¿Cómo confiar en el testimonio de las endorfinas, esa morfina del cerebro, cuando la misma droga y el mismo vuelo se tiene en cualquiera de los millones de sueños con que nuestra mente nos consuela por tanta falta de realidad que nos infiere cotidianamente la vida? Ni la euforia ya desdibujada de mis venas ni la suma de todas las pequeñas convicciones corporales que forman nuestro sentido de la realidad podían ser prueba suficiente de que un encuentro había sucedido, de que una puerta por fin se había abierto por donde yo pudiera ingresar al mundo en el que las cosas pasan, no se sueñan.

Más verdaderos que esas convicciones eran sin duda un par de hechos contundentes como lápidas: su asombrosa falta de interés en casi todo lo que yo le contaba, que tornaba inexplicable su permanencia conmigo, el entusiasmo de grado cero que mostró cuando le di el beso, su rechazo consistente cuando intenté darle otro, su negativa a acordar en la despedida un nuevo encuentro. Lo único que podía servirme de aliento era un atisbo de énfasis que asomaba en su rechazo, como un acento, un hálito de vigor, una marca de energía que era una muestra solitaria de que ella podía estar luchando contra alguna hebra de pasión. Y nada más.

A lo largo de una noche su imagen había tardado mucho tiempo en emerger de la bruma de su silencio tenaz para moldearse con algo de realidad gracias a algunos datos desconcertantes que la acercaban a mí, al mundo conocido y tangible de los porteños. Eran esos datos los que creaban una sospecha de realidad y la arrancaban de la jaula exótica de chupacirios salteña en la que mi mente la había clasificado. Porque era salteña y adventista pero también bachiller y empleada administrativa, algo más cercano a las realidades con que uno puede tropezar en la ciudad. Pero lo que volvía

creíble que existiera una articulación de carne y hueso entre la esfera abstracta e imposible de su protestantismo aindiado y la mundanidad corriente de su empleo era la fuerza, la convicción de su rechazo a mis aproximaciones físicas, tras esa primera entrega incomprensible de paloma muerta bajo mi beso.

Que esa cruz estafalaria de determinaciones pudiera engendrar una persona solo podía aceptarse si la lógica de la observación tenía que rendirse ante una prueba irrefutable: una manifestación material de existencia, una resistencia opuesta por una masa que uno no podría concebir pero allí aparecía, indesmentible, como una titilación delatora en la pantalla de un detector. Su mano derecha alzada, con el meñique separado, abruptamente femenino, apartando una avalancha de mi cuerpo apenas insinuada, había sido la primera y hasta ahora única prueba que tenía de que ella era finalmente real. Real en el mismo sentido en que lo eran las hembras a las que me había aproximado en tantas ocasiones anteriores en situaciones semejantes, aunque en sideral contraste con ellas solo hubiera subrayado su existencia con un punto, un trazo, un gesto casi al final.

Las otras, las que me habían acostumbrado a la resignación y al ejercicio rutinario del intento desesperado, del lance por si acaso, y si las moscas, desparramaban realidad desde el primer ademán, desde cada postura, desde cada mirada y desde antes del encuentro. Yo las veía venir, o me veía llegar hacia ellas, sorprendido del abismo de distancias que crecían con cada pretendido acercamiento entre los cuerpos, con cada palabra intercambiada o preparada en la mente para el intercambio. Reales como una desgracia desde todos los poros de sus cuerpos, solo creaban con ellos barreras, lejanías, vallados, donde todo rechazo no era más que una redundancia, un cartel prohibiendo el paso sobre una mucho más elocuente barrera que lo impedía. Plástica como una fantasía dispuesta a ceder ante el menor capricho de quien la piensa, la adventista obedecía en cambio a las leyes de las antípodas: solo sus negativas podían precipitar como torrente la realidad en el mundo evanescente que su presencia creaba en derredor suyo. Por eso mismo ninguna negatividad de sus rechazos podía compensar la enorme atracción que esas pelotitas de materia ejercían sobre cualquier cuerpo una vez que eran soltadas en el caldo indiferente de su impasibilidad habitual. El mero contraste bastaba para crear poderosas corrientes, verdaderas tormentas eléctricas entre las partículas de rechazo y el gas inerte que emitía la apatía de la adventista. Y solo cuando me vi atrapado por esas corrientes noté que no sabía siquiera cómo se llamaba la fuente de la que emanaban. Se lo pregunté, y me dijo:

—Romina, ¿y vos?

—Ricardo.

Pero finalmente lo lograste, pudiste concentrarte de una vez por todas en esas páginas en las que pulsaba más que tu trabajo una curiosidad enroscada en lo más

sensible de tu mente. Y mientras Diana asentaba operaciones contables, y soñaba la fiesta para Barnes, mientras el avispero se aquietaba en Turba y todos se resignaban o felicitaban por cómo habían logrado dejar atrás lo que había parecido la inauguración trágica de una nueva era en su trabajo, mientras los kioscos de la ciudad mostraban en las portadas de los diarios la euforia desatada de los alemanes acariciando un triunfo levantado sobre todas las murallas de su historia, vos conseguiste enfocar con tus ojos agotados por una noche de insomnio el último párrafo que habías alcanzado a leer de Brockner, y que ahí seguía, intocado por la maquinaria de tu traducción, como un hito que no se supera impunemente:

Es ist verblüffend, dass der Wille zur Macht immer noch als eine philosophische begründete Kategorie gilt, während die Wissenschaft Beise über Beweise liefert, dass gerade dieses Streben nach Überlegenheit der Faktor ist, der die lebendige Materie dazu veranlasst, sich in immer komplexeren Strukturen zu organisieren, die ihrerseits die Grundlage bilden für jeglichen materiellen und geistigen Fortschritt, den einzig bekannten Fortschritt, das Leben, nämlich. Der Einfluss der sogenannten fortschrittlichen Kräfte in den Reihen der Akademiker hat dieses Phänomen verborgen; er zerriss die Verbindung, die sich zwischen dem Rückgang dieser Strömung auf politischem Gebiet, wo sie unter den Trümmern des zusammenbrechenden, Sozialismus begraben wurde, und der Entwicklung der Ideen im wissenschaftlichen Bereich hätte herstellen können; in den Reihen der Akademiker weigern sich viele der wichtigsten Köpfe immer noch die allgemeine und offensichtlichen Schlussfolgerungen zu ziehen, die ihre Einzeluntersuchungen mehr als ausreichend legitimieren. Selbst die brilliantesten Ausnahmen dieser Regel sind überaus vorsichtig, wenn es darum geht, aus ihrer wissenschaftlichen Arbeit praktische Lehren zu entwickeln und berauben damit die Wissenschaft ihres ethischen Fundaments. Der Nobelpreisträger Konrad Lorenz ist vielleicht der Ausnahme der Ausnahme, denn als Biologe und Vater der Verhaltensforschung arbeitete er auf einem Gebiet, wo das Besondere fast immer zugleich das Allgemeine ist und Wissenschaft mit der Moral zusammenfällt. Trotzdem ist das Gewicht seiner Selbstbeschränkung und zweifellos der "fortschrittlichen" Zeiten, in denen er schrieb, in seinem späten und wichtigsten Texten spürbar. Niemand enthüllte so deutlich wie er die Rolle der Aggression —und zwar nicht nur bei der Verteidigung des eigenen Territoriums—, sondern in der lebensschaffenden Kraft der Liebe. Seine Zeichnungen, die Zeigen, wie die Werbungsbewegungen des Gänserichs sich plastisch aus Angriffsbewegungen herleiten, sind wahre Denkmäler intellektuellen Muts, denn sie belegen, wie die Liebe selbst sich aus der Aggression ableitet; es gibt keine Bewegung ohne Aggression, und die Liebe ohne Bewegung konnte nicht aus ihrer platonischen und kontemplativen Unfähigkeit entkommen und sich dem Weibchen nähern. Keiner machte wie er deutlich, dass die Aggression innerhalb des eigenen Spezies das Fundament für die Individualität bildet und den Übergang von den undifferenzierten Arten, die in Herden

leben, zu hoherentwickelten Spezies, die sich um die Familie und die Individuen herum organisieren, ermöglicht. Nur we wies der Liebe ihren wahren Platz im "Parlament der Instinkte" zu: als fundamentale Komponente der Kohäsionskräfte der Spezies, die aber nur handlungsfähig ist zusammen mit und in Unterordnung unter die Agression. Aber eine Art von Resignation angesichts des damals als sicher geltenden künftigen Sieges des Sozialismus hinderte ihn, alle Folgerungen zu ziehen und gab seinen Schriften den Ton eines nörgelnden Ideologen der versucht, die Reste seiner Schlagwörter inmitten der Niederlage zu retten, statt Konzeptionen zu entwickeln, wie Lorenz sie sicher entwickelt hätte, wenn er in Zeiten des Triumphs des Individualismus den wir heutzutage wahrnehmen, gelebt hätte.

Y agradeciste que solo te hubieras topado con ese texto por exigencia de tu trabajo, y que tuvieras la obligación de traducirlo, como quien vadea por determinada obligación un lodazal inmundo que algún pueblo primitivo considera lleno de misteriosas riquezas y lo hace con la oscura satisfacción de sacarse las dudas por si acaso, por si alguna pizca de los mitos esconden una cuota de verdad. Y tradujiste:

Es curioso que se siga considerando la voluntad de poder como una categoría fundada en el pensamiento filosófico cuando la ciencia no hace más que arrimar constantemente pruebas y más pruebas de que es esa ansia de primacía la que empuja a la materia viviente a organizarse en estructuras cada vez más complejas que son el fundamento de todo progreso material y espiritual, del único progreso conocido, el de la vida. El peso del llamado progresismo en las filas académicas ha ocultado ese fenómeno evidente, rompiendo el vínculo que podría haberse establecido entre el retroceso de esa corriente en el campo político, donde está quedando aplastada bajo los escombros del socialismo en derrumbe, y el desarrollo de las ideas en los ambientes científicos, donde muchas de las principales cabezas siguen negándose por ese motivo a sacar en un plano general las conclusiones evidentes que sus propias investigaciones particulares podrían ya legitimar sobradamente. Aun las brillantes excepciones a esta regla se muestran excesivamente tímidas a la hora de extraer enseñanzas prácticas de su trabajo científico, y amputan así a la ciencia de su verdadero fundamento ético. El premio Nobel Konrad Lorenz es tal vez una excepción dentro de la excepción, pues como biólogo y padre de la etología trabajó en un campo donde lo particular es casi simultáneamente general y lo científico, moral. Pero aun así el peso de sus autorrestricciones e indudablemente de los tiempos "progresistas" en los que le tocó escribir se hacen sentir en sus textos tardíos, los más importantes. Nadie como él reveló tan palmariamente el rol de la agresión, ya no en la defensa obvia del propio territorio, sino sobre todo, en la fuerza generadora de toda vida, el amor. Sus dibujos mostrando cómo los movimientos de seducción del ganso se derivan plásticamente de los movimientos del ataque perdurarán siempre como verdaderos monumentos estéticos al coraje intelectual,

porque mostraron cómo el propio amor se deriva de la agresión, pues no hay movimiento sin agresión y el amor sin movimiento no lograría salir de su impotencia platónica y contemplativa para acercarse a la hembra. Nadie como él mostró tan claramente cómo la agresión dentro de la propia especie construye el fundamento de la individualidad y permite el pasaje de las especies indiferenciadas, que viven en manadas, a las superiores, organizadas en torno de la familia y sus individuos. Solo él le dio al amor el verdadero lugar que le cabe dentro del “parlamento de los instintos”, como componente fundamental de las fuerzas cohesivas de la especie pero solo capaz de actuar unido y subordinado al de la agresión. Pero una suerte de resignación ante el por entonces descontado triunfo futuro del socialismo le impidió sacar todas las conclusiones, le dio a su prosa el tono quejoso del ideólogo que intenta salvar los despojos de sus consignas en medio de la derrota, en lugar de lanzarse a desarrollar concepciones como las que sin duda Lorenz habría desarrollado si le hubiera tocado vivir el triunfo del individualismo que vemos en nuestros días.

Y sentiste una impresión de aberración difundiéndose en tu entorno, como en esas asambleas de la facultad en que de pronto todos parecían ponerse silenciosamente de acuerdo para considerar como axiomas tácitos de un debate las afirmaciones más improbables, las presunciones más inconcebibles, y vos sentías una apremiante sensación de ahogo trepándote por la garganta y la necesidad impostergable de levantar la mano y hablar, hablar hasta que el delirio colectivo cediera aunque más no fuera un poco, hablar para que algunos de los otros elementos de la realidad se colaran por tus palabras en el recinto abruptamente dominado por un olvido hermético. Pero antes hablabas, y la nube de caos discursivo que flotaba en la asamblea cedía siempre un poco, como si encontrara en tus palabras —o en las de otro desentonado— un peso que lo hacía descender hasta un nivel de desubicación menos intolerable. Ahora no sabías en cambio qué decir. Era como si tuvieras enfrente no una masa de gases inconsistentes emanados de alguna absurda hipótesis apresurada, de algún error desprolijo de percepción o pensamiento que pudiera rebatirse con palabras, sino un verdadero tejido de aberraciones solo improbables, brotadas de un par de verdades incontrovertibles —en las que nunca te habías dignado reparar— como un tumor insidioso capaz de simular el más respetable de los órganos, la más baladí de las constataciones.

El tumor no invitaba a la refutación sino a la repugnancia, pero el par de verdades tiraba de tu curiosidad como un peso arrastra por la soga al alpinista hasta el borde del precipicio. Decidiste lanzarte al vacío sostenido por la única coartada del trabajo. Hojeaste las páginas siguientes, donde debían asomar los paisajes de ese mundo inconcebible, de esa otra cara de la luna que habías sentido a lo largo de tu vida sin haberle dado más crédito que el saber que existía, y diste con los dibujos: peces en danza guerrera midiéndose antes de un combate que no habrá de tener lugar, porque

sus rayas dictaminarán con sus cambios de color cuál tiene la primacía, como si el anuncio de una victoria inscrita en los pliegues genéticos del macho fuese transmitido con precisión cibernética por esa suerte de juego de luces a su condenado destinatario en ese mundo sin empates de los arrecifes de coral; el cuello de un ganso torcido como una amenaza hacia la izquierda en un cuadro, en otro subiendo como un embrujo desde el primer gesto hasta una punta de tensión magnética capaz de atraer como un imán a la hembra, esta que reconoce la imposibilidad de un ataque de un macho hacia ella y traza un movimiento de espera para completarlo con otro de excitada aceptación. Todo un universo de convites y amenazas, de señales y códigos inesperadamente amoldados a la estupidez binaria de un lenguaje casi informático, de macho o hembra, imposición o sumisión, ataque o fuga fue girando hipnóticamente por las páginas hasta que pudiste ver claramente dibujada sobre una de ellas la mano alzada de Romina diciendo no, y sentiste ascender desde tus tripas el conocimiento macizo de que debía haber una estocada masculina capaz de desbaratar al vuelo ese rechazo y te dijiste que de ahora en más no había destino más central en tu existencia que dar ese golpe, y otro, y otro, aunque tuvieras que acabar convertido en una parte de vos mismo, en una punta que concentrara todo el imán y la amenaza, toda la guerra y el fuego.

Me lo dije. Sí que me lo dije. Pero pasaron tres días hasta que pude volver a verla. Mantener el estado de ánimo que me había llevado a proponerme volver a verla no fue fácil. Tuve que hacerme casi permanentemente una especie de lavado de cerebro. Me levantaba por las mañanas y me imaginaba que era un personaje de oficio particularmente viril. Eso me daba ánimo para no llamarla por teléfono de inmediato y sin embargo mantener el objetivo de llamarla cuando hubiese transcurrido el tiempo necesario para que retornase en los dos el deseo de un reencuentro. Estaba seguro de que toda la relación con esa chica solo podía justificarse si yo me negaba sistemáticamente a cometer los mismos errores que habían arruinado mis relaciones con las mujeres en el pasado. Estaba dispuesto a cualquier nuevo fracaso, con tal de que fuese de verdad nuevo, a cualquier equivocación y sufrimiento con tal de que no fuesen la repetición de los que había sufrido en el pasado. Por eso no estaba dispuesto a apresurarme, a volver a llamarla, ni a rogar por el reencuentro, ni a rendirme al fracaso para poder sacarme el estorbo de la cabeza. Sobre todo, no estaba dispuesto a dudar demasiado. Me negaba a rumiar como de costumbre las distintas estrategias que tendría que usar para conquistarla, mataba en el huevo todo atisbo de fantaseo sobre el futuro con ella, incluyendo cada intento de imaginarme el próximo reencuentro, o hasta el llamado telefónico que tendría que hacerle.

Solo me concentraba en la ímproba tarea de tratar de incorporar en mi personalidad los trazos de carácter que al compás de la lectura de Brockner y de mi propia desesperación por conquistar a Romina terminaban apareciendo ante mis

propios ojos como imprescindibles para la conquista amorosa en el reino animal. Era como si acuciado por una oportunidad única de capturar una belleza tan real como el más auténtico de los sueños de uno yo hubiera decidido jugar mi suerte al saber de una tradición vieja como las cavernas, con la difusa esperanza de que mi dominio de las reglas del juego terminara por disculpar mi desprecio por ellas y legitimara mi participación en una justa de la que solo me interesaba el premio. Era un ejercicio de asimilación o mimetismo. Al comienzo me daba un tremendo vértigo, y vergüenza, y temor. Pero pronto me di cuenta de que podía dejarme hipnotizar por una imagen completamente ajena, funcional, útil tal vez para los fines perseguidos, y perderme totalmente en los equivalentes humanos de la bestia absorbida unilateralmente por su propia masculinidad, sin romper definitivamente amarras con mi personalidad, con mi historia, con mis impotencias, que tal vez eran mi marca más distintiva. Porque en realidad, lo que uno sentía como un vuelo sin retorno hacia una mutación definitiva no era nunca más que una incursión casi turística del propio ser por los parajes quizá imposibles de otras personalidades, otras opciones, otros mundos.

Tan pronto temía uno no poder retornar nunca más al mullido hogar de la personalidad que uno conocía de sí mismo, tan pronto se sentía la frustración de no poder salir de verdad nunca de las propias determinaciones. Y en ese vaivén lo que había asomado como un peligroso desafío esquizofrénico se convertía en casi un juego, donde solo un regusto con sabor a ridículo horadaba la convicción del emprendimiento. Un juego adulto, donde lo que se juega no son realidades, teatralizaciones, objetos, sino conceptos. Uno no trepa a una silla para lanzar desde lo alto una flecha de cazador certero sobre una presa casi materializada por la imaginación en su fuga despavorida por los rincones de un comedor. No comanda desde la quilla de un sofá el coordinado ajeteo de la tripulación de un buque ballenero. No hunde ni levanta con llamados telefónicos en el aire el destino de las grandes empresas de Wall Street. Uno trata más bien de levantarse por las mañanas y lavarse las manos con la unción guerrera de un combatiente sarraceno. De acomodar los muebles con la decisión de un jefe de Estado Mayor. De poner la mesa con la indiferencia de un verdugo. De cocinar y comerse el almuerzo con la sobriedad secamente resignada de un capitán de barco ocasionalmente privado de su tripulación. De traducir cada página con la inclemencia epistolar de un dictador redactando decretos. De convocar cual talismanes todas las figuras que despliegan con sus artes consumadas las cualidades de las que uno carece miserablemente con la esperanza de que a uno se le infiltren por la piel y por el entendimiento las conductas que no logran brotarle del corazón. De responder con seguridad que sí, cuando tres días después de la primera idea sobre un petitorio por Barnes, Diana lo invita a uno a la fiesta que se va a hacer para darle forma al plan de acción por su reincorporación.

Creo que fue la fiesta lo que terminó por precipitar las cosas. Un movimiento

colectivo con un inicio más ordinario habría tal vez encallado rápidamente en las arenas de la indecisión y el temor y nada se hubiera salido de los cauces controlables que todos consideraban secretamente más importantes que el puesto de trabajo de Barnes y de cualquier otro empleado. Ya la propia concurrencia fue tan grande que puso desde el inicio a todos entre la espada y la pared, achicándole inesperadamente a cada uno el margen de maniobra que se había reservado para poder pasar por el rito solidario sin mayores compromisos prácticos. Diana tuvo la sagacidad de insistir en que se hiciera un viernes, en lugar del sábado, como habían propuesto varios, y muchos fueron creyendo que podrían hacer acto de presencia durante unos minutos y luego marcharse con la conciencia impecablemente tranquila. Fue el inesperado jolgorio que dominó durante la mayor parte del tiempo lo que actuó de señuelo y les jugó la mala pasada. Era en la casa de Hernán, y eso de por sí ayudaba: una vieja casona de San Telmo transformada por el diseñador de Turba en un gran taller de pintura y dibujo, que lo albergaba a él, a su mujer Sonia, y a alguna alumna que no tuviera donde caerse muerta pero demostrara talento para aprovechar los talentos de Hernán. Un lugar maravilloso para fiestas, y pude enterarme de que el detalle no había pasado jamás inadvertido para su inquilino.

Cuando llegué había poca gente, pero estaba Barnes, y eso era para mí una señal de que todo podía levantar mucho más vuelo del que yo había pensado, pues había dudado hasta último momento que el antaño orondo lector de mundo acusara públicamente recibo de su humillación y se dispusiera a ponerse al frente —o ser al menos cómplice— de un esfuerzo colectivo por enmendarla. Luego me enteraría de que en realidad habían tenido que ablandarlo bastante, porque su primera respuesta a la iniciativa de Diana había sido un rotundo rechazo. Pero allí estaba, en la última sala, visible a través de una arcada, rodeado de cinco o seis de sus ex compañeros, con un poco menos del revoleo de siempre, pero sin mostrar verdadero abatimiento, apenas un expectante sosiego.

Me saludó apenas traspuse la arcada. Podía no haberlo hecho porque el ambiente, toda la casa, eran suficientemente amplios para que cualquiera pudiera hacerse el distraído. Pero era obvio que el despido —o al menos la fiesta— habían instaurado un nuevo orden en las relaciones: Barnes reconocería ahora a todo el mundo, sus anteojos no serían más aquella malla selectiva que solo dejaba pasar las imágenes exteriores de quienes tomaran la iniciativa de saludarlo. En el grupo estaban Diana, Oscar —otro administrativo— y otras caras conocidas que al acercarme me despertaron la ansiedad que siempre me ataca cuando tengo que conversar con gente de la que no recuerdo el nombre, y de las que sé que no podré mencionar más que por irrespetuosos pronombres en cualquier charla. Había cierta animación en la conversación, pero también la reserva de quienes saben que falta mucho para lo mejor de un evento.

Barnes contaba anécdotas, su especialidad. Recordaba la cara que le había puesto Gaitanes cuando le recomendó el primer libro de Baudrillard, a poco de entrar en la

empresa. Gaitanes lo miró con cara de asco defraudado y le dijo: “Juan José, ¿en qué habíamos quedado?, ¿no sabés lo que es Turba?”. Pero Juan José se impuso, y durante mucho tiempo yo lo creí uno de los responsables de los cambios de los últimos años en las ediciones de la empresa. Para mí era la imagen andante del posmodernismo escéptico de todos los que estaban de vuelta de todas las pasiones políticas, ideológicas y literarias sin haber hecho jamás el viaje de ida, y no podía dejar de haber tenido un peso decisivo en la deriva que mostraba la línea de la editorial. Esto último era seguramente falso, pero sin duda correspondía también a las fantasías que el propio Barnes se hacía de su rol, porque esa era la impresión que intentaba dejar en ese corrillo. “No se imaginan la cara de Gaitanes oyendo las elucubraciones de Baudrillard sobre el simulacro y los vericuetos del deseo”, insistía. Yo hubiera puesto peor cara que Gaitanes ante la verborragia autocomplaciente de Baudrillard, pero Barnes estaba orgulloso de haberlo introducido en las ediciones de Turba, y no le preocupaba en lo más mínimo que ninguno de los que lo estaban oyendo no tuviera la menor idea de las divagaciones del francés sobre el simulacro.

Pero eso era lo de menos. La fiesta era por Barnes y se estaba ganando su merecida atención. Había sin embargo una exquisita moraleja sobre el poder en el hecho de que Barnes pudiera buscar, y en gran parte encontrar, simpatía para sus travesuras posmodernas en ellos, que seguramente habrían aborrecido a Baudrillard de haberlo leído, y que además lo hiciera cuando su prédica posmoderna en la editorial había triunfado hasta tal punto que parecía haberle costado la cabeza a él, tal vez porque descreía en el fondo hasta del escepticismo. Si no, ¿por qué lo habían echado? Era imposible enterarse oyéndolo ahí hablar a su gusto, rodeado de quienes habían venido por un motivo que él se empeñaba en eludir olímpicamente en su conversación con una soltura que en otro habría pasado por discreción, pero que en él me parecía más bien inherente a su superficialidad. Cuando me convencí de que Barnes no iba a mencionar el tema, me aparté del corrillo y me puse a recorrer la casa.

Unos minutos después las tres salas estaban repletas de gente de Turba y hasta de algunos amigos de los que la bohemia de Hernán no había podido prescindir por lo visto ni siquiera en una ocasión así. Dos horas más tarde la reunión había recorrido todas las etapas previsibles, desde los primeros intentos de convertirla en un mero homenaje hasta los entusiasmos danzantes y étlicos de las fiestas comunes y corrientes. Pero cuando todo estaba ya por entrar en carriles irrecuperables para los fines esforzados de la solidaridad social, Diana se paró en el medio de la sala más grande y dijo que como ustedes ya sabrán organizamos esta fiesta no por un motivo festivo, valga la redundancia, sino por una razón triste, si se me permite la expresión, y es que nuestro querido Juan José hace ya unos días que no puede estar trabajando con nosotros, y si es por como están las cosas ahora, tampoco va a poder volver a hacerlo, porque recibió un telegrama que no se lo va a permitir.

—Como que lo rajaron, digamos —dijo un criollo corpulento, mosca blanca por

morocho en la reunión, al que me parecía haber visto alguna vez que pasé por Empaque.

Una onda profunda y caudalosa corrió por toda la gente. Miradas furtivas cabalgando de a dos en dos por los rostros, carraspeos, manos acomodando cabellos perfectamente ordenados, vasos buscando ansiosos bocas saciadas de toda sed. Danza generalizada de incomodidad, de embarazo.

—Bueno, sí, lo despidieron —concedió Diana, en un supremo esfuerzo de realismo, mientras echaba un vistazo a su derecha como para encontrar la mirada de Andrés, que la flanqueaba aparentemente satisfecho de poder participar en ese sucedáneo festivo de una intervención sindical que no se le había solicitado—. Y nosotros estamos aquí para ver qué podemos hacer para que la empresa revea su decisión —concluyó.

—Eso no tiene sentido, la empresa puede tomar las decisiones que considere correctas en función de sus necesidades, y no tiene que andar consultándonos a nosotros si estamos de acuerdo o no, porque para eso es una empresa. Eso no significa que nosotros tengamos que estar de acuerdo. Al menos yo no apruebo para nada lo que han hecho con Juan José. Me parece una injusticia, una cosa traída de los pelos. Pero otra cosa es pensar que porque han cometido ese error todo cambia, y la empresa ya no es una empresa sino un club de amigos donde vamos a resolver por votación qué se hace y qué no se hace.

Hablaba Eduardo Ibarra, un tipo de no más de 35 años que transmitía en su vestimenta, su porte y sus gestos la misma formalidad que denunciaban esas palabras, pero de quien hubiera sido difícil haber previsto un cinismo tan desenvuelto para el uso provechoso del sofisma. Era subgerente administrativo, a cargo efectivo del área por debajo de Gaitanes Junior, y era sencillamente inconcebible que hubiera sido invitado a una fiesta así, si no fuera porque se trataba justamente de Turba, una empresa con supuesta vocación de confraternización. Diana puso la cara de desconcierto de un chico que descubre que se equivocó al tomar por un juguete destinado a él un aparato de un mayor. Dos correctoras asentían en el fondo de la sala a otra que demostraba su inteligencia superior interpretando de inmediato como correctas e irrefutables las reflexiones que acababa de hacer Ibarra. Pero todos no disponían de una tan rigurosa capacidad reflexiva. Martín, que trabajaba en el Depósito, tal vez el más joven de todos, el único pelilargo con vena de rockero en la empresa, exclamó con la misma cadencia adolescente de siempre, pero con un inusual tono enojado en lugar del tono juguetón que usaba hasta para comentar sepelios:

—¿Eso significa que si mañana Gaitanes se vuelve loco y quiere matar a uno de nosotros, vamos a tener que dejarlo hacer tranquilo y después hacemos una fiesta para decir si nos gustó o no nos gustó lo que hizo? ¿Quién es Gaitanes? ¿Dios?

—Vos sabés perfectamente que Gaitanes no haría eso, y si lo hiciera seguramente provocaría indignación en todos, pero la indignación no nos serviría de nada. Solo la

justicia podría encargarse del asunto —replicó Ibarra, aun más satisfecho del filo de su lógica que en la parrafada anterior.

—¡Vamos! ¿Vos creés en serio que si alguien va tu casa y mata a tu mujer vos te las vas a pasar mientras tanto buscando la guía de teléfonos para llamar al juez? —insistió Martín.

—Bueno, eso pasa cuando se ponen ejemplos traídos de los pelos. Gaitanes no mató a nadie. Despidió a uno de nuestros compañeros de trabajo, algo que (a diferencia de los asesinatos) está completamente amparado por la ley, aunque a nosotros no nos guste, y repito que a mí no me gusta para nada lo que han hecho con José María.

—¿Y a mí qué con la ley? ¿Es palabra de Dios la ley? Yo por mí me cago en la ley —el tono de Martín estaba describiendo una curva extraña, como amenazante: se volvía más calmo cuanto más insolentes y decididas eran sus palabras, como si la verdadera batalla con Ibarra y con cualquier duda que él mismo tuviera hubiera quedado atrás y ahora solo restara defender con el menor desgaste posible de esfuerzos el terreno conquistado. Pero Ibarra no era de resignarse fácilmente.

—La empresa, no. Si se cagara en la ley no le hubieran pagado a Barnes la indemnización que le pagaron —dijo, con una euforia triunfalmente contenida mediante una mueca de todo el rostro.

—Bueno, sigamos la ley, entonces, y hagamos una huelga. Son legales también, las huelgas, no solo los despidos —replicó Martín.

—Para que sea legal hay que denunciarla antes ante el Ministerio de Trabajo —mintió Ibarra con la solvencia que se suele tener cuando uno aporta argumentos a favor de no actuar.

Pero la propuesta de Martín superaba de todos modos lo que el ansia de contemporización de Diana estaba dispuesta a tolerar. Sin consultar esta vez con la mirada de nadie, Diana dijo:

—Bueno, tampoco la idea es meternos en un lío que después tengamos que lamentar. Pero no estamos obligados a quedarnos sin hacer nada. Lo que algunos habíamos pensado es que podríamos hacer un petitorio firmado por todo el mundo, desde Mejía para abajo, redactado en un lenguaje muy respetuoso, porque creo que todos respetamos mucho a esta empresa y no queremos que se malinterprete lo que hacemos. Pero al mismo tiempo queremos que se tome en cuenta lo que pensamos. Después se lo puede entregar a Gaitanes un grupo de compañeros que nosotroselijamos. No sé si Juan José estará de acuerdo. Pero yo creo que puede ser algo muy útil, que si no nos trae la reincorporación de Barnes, al menos va a dejar bien claro qué es lo que nosotros pensamos.

A esa altura ya no fue posible para Barnes seguir callando. Con un esfuerzo casi físico que sus habituales gestos displicentes no lograban ocultar, dijo:

—Yo querría aclarar primero que aún no cobré mi indemnización y que todavía no tengo demasiado claro qué es lo que voy a hacer. Todo pasó hace apenas unos días

y me tomó muy de sorpresa. Todavía estoy bastante confundido. Pero me invitaron a esta fiesta, que me pareció un gesto muy simpático y decidí venir aunque no sepa muy bien qué es lo que podemos hacer para cambiar la situación, si es que se puede cambiar algo. En todo caso estoy muy de acuerdo con lo que dice Diana. Hay que pensar bien lo que se quiere hacer para que después no tengamos que lamentar consecuencias más negativas que las que queremos remediar.

Pero el morocho de Empaque no lo iba a dejar escapar así no más. Preguntó:

—¿Pero qué pensás de la idea del petitorio?

—Como idea no me parece mal. Pero habría que ver cómo se hace, como se la implementa para que sea lo más útil posible.

Y así, con un aval tan precario del principal interesado, nos embarcamos en esa modesta travesía por los mares de la lucha reivindicativa, que apenas una semana antes hubiera parecido inconcebible para cualquier empleado de Turba. Con la decisión sobre Barnes tomada, los últimos diques que impedían el desborde de los ánimos reventaron y la fiesta despegó rápidamente del acartonamiento de una diversión por compromiso para alcanzar la temperatura absolutamente inesperada de un auténtico festejo. Impensadas corrientes de incipiente amistad comenzaron a conectar los polos más inesperados. Ibarra mismo dejaba filtrarse por entre los pliegues de su propia decisión también tomada contra todo lo que ahí ocurría gestos de clara simpatía, que él creía más fingidos de lo que en realidad eran, como si se alegrara de comprobar que a su vez los demás eran más sinceros de lo que ellos mismos pensaban en su flamante empeño por remediar el entuerto con un compañero de trabajo.

Cuando decidí irme, quedaban en la fiesta no más de diez personas, y ninguna de ellas parecía recordar que el objetivo del encuentro había sido Barnes. Él estaba apartado de ese último reducto de militancia festiva, en el patio de la casa, las manos en los bolsillos, una desacostumbrada curvatura en la espalda, la cabeza alzada hacia el cielo. Me pareció irreconocible. Quise acercármele, pero temí romper un encantamiento precioso.

De vuelta en casa, con la melancolía gozosa de un peligro superado (la fiesta podría haber sido un caos de enfrentamientos), mirando la noche desde la exquisita buhardilla que un azar inconcebible me había permitido alquilar tres años atrás — después de Turba, después de Barnes— me lancé como se lanza un sediento a un arroyo a bucear en mis recuerdos. Quería despejar una bruma enrarecida que subía desde las imágenes retenidas de la fiesta y me inundaba de una ansiedad insomne. La figura de Barnes, parado en el patio, recortada con una nitidez filosa en la vaporosidad indecisa de la fiesta, no era el punto de apoyo para despejar la bruma sino, todo lo contrario, la principal fuente de extrañamiento. Solo cuando lo entendí me di cuenta de que en el momento de esa visión Barnes había comenzado a existir nuevamente para mí, por primera vez en los últimos cuatro años. Y mucho, mucho después de que recuerdos salidos de un subsuelo olvidado me guiaran por los

senderos de cuatro años atrás hasta el ingreso de Barnes a la empresa, volví a sentir por primera vez desde entonces la nítida expectativa que todavía tenía en esa época de llegar a ser lector en Turba, de salir del trabajo casi mecánico y agotador de la traducción para dedicarme a leer y comentar los textos que debían publicarse, por un salario mucho mayor que el que se gana quemándose las pestañas para encontrar la palabra justa que solo detectarían los lectores finales, jamás el editor que paga el trabajo.

Porque ahora recordaba que yo me creía predestinado para el puesto que Barnes habría de ocupar finalmente, tras aparecer de la noche a la mañana en la empresa como un rayo en cielo despejado. Mis intentos juveniles de hacer literatura me habían dejado solo una sensación penetrante de incapacidad y despilfarro de energías, pero me jactaba de tener una formación literaria amplia, y un sentido del gusto que además de oponer su repugnancia contra mi propia producción podía servir al propósito más útil de comentar y evaluar la obra de los demás.

Esa jactancia había tenido incluso una derivación dolorosa, que fue mi entrevista con Gaitanes, la única que tuve con él durante años después de mi ingreso a la empresa. Días enteros estuve juntando fuerzas para atreverme a hablar con su secretaria y pedirle “una hora”, como todos decían en Turba aunque se tratara de cinco minutos pero yo no dije. Le pedí simplemente “una entrevista”, y cuando me sorprendió con un inesperado para qué le contesté que era por “motivos personales”. No tenía entre mis mil millones de neuronas, una sola que dudara de que una formulación de ese tipo dejaba meridianamente claro a cualquiera de qué se trataba mi pedido. Después de todo, con solo dos años en Turba y una timidez a prueba de todo intento de aproximación no había dejado sin embargo de darme a conocer entre la gente de la empresa por mis gustos literarios, que consideraba especialmente sensibles, y por mis variadas lecturas, que el dominio de cinco idiomas facilitaba mucho.

¿Pero a quién se daba uno propiamente a conocer? El que vive el poder desde abajo se lo suele imaginar compuesto de su jefe supremo, cerebro y corazón del sistema, munido de sensores, sus subordinados, que le transmiten más o menos fielmente lo que pasa en el mundo. Como toda representación precisa, esta es falsa, pero tal vez sea la más indicada para no sufrir mayores desengaños. Existe sin embargo otra representación, tan precisa y falsa como la anterior, que se imagina el vértice del poder fatalmente divorciado de su cuerpo, y a los sensores no como meros órganos fielmente perceptivos, sino como carnaduras llenas de todas sus propias ambiciones, mezquindades y generosidades humanas, más interesadas en sus propias motivaciones que en las necesidades del sistema. Es seguramente la que tenían los campesinos rusos cuando siguieron al pope Gapón por las calles de San Petersburgo para pedir pan y ayuda al zar contra las inclemencias de este mundo y el zar les dio una respuesta que hizo pasar la jornada a la historia con el nombre de Domingo Sangriento.

Mi representación habitual del poder era la de los campesinos rusos, y Gaitanes se encargó de llamarme a la realidad con un Martes Sangriento. Sé que fue un martes porque yo había querido que fuera un lunes, para tener todo el fin de semana para prepararme, sin entrar sin embargo de lleno en la cotidianidad corrosiva de la semana, donde la costumbre de la resignación puede erosionar hasta las más poderosas fantasías de los días feriados y derribar los corajes más heroicamente levantados. Pero la secretaria (el campesino ruso nunca culpa al zar) no quiso y me la dio para el martes. Gaitanes me recibió con una cara de sorpresa tan bien lograda que despejó en el primer instante toda sospecha de que en Turba rigiera el sistema de “cerebro-sensores fieles”. Pero en seguida su sorpresa aumentó aun más cuando le expresé mis deseos, y con su esfuerzo por simular un esfuerzo de ocultar su asombro terminó barriendo también con toda esperanza de un zarcito benefactor.

Me dijo que bueno, Zevi, la verdad que no sabíamos (y sonó mayestáticamente) que usted tuviera esa ambición, para llamarla de alguna manera, y me parece bien que la tenga, Zevi, y que lo manifieste, pero necesitamos nuestro tiempo para estudiar la idea, nosotros consideramos todas las ideas del personal y tenga la seguridad de que la suya también la vamos a considerar, pero tenga en cuenta que usted no tiene experiencia en ese puesto y nosotros ya hemos estado considerando otros candidatos, cualquier novedad que tengamos se la vamos a comunicar.

La novedad tardó cuatro o cinco meses en llegar y no lo hizo bajo forma de una comunicación, en el sentido habitual de la palabra, sino de la estampa y figura de Barnes, que provisto inicialmente de puesto pero aparentemente no de trabajo hizo un día su aparición y comenzó a pasearse, en un periplo que le duró semanas, por toda la empresa con un aire mezcla de turista y de hijo culto de tasador de hacienda, sus anteojos un poco más grandes que los de Lennon, un poco menos redondos, bastante menos modestos. Hasta que un día se instaló en una oficina, una “pecera” como decían en Turba, y todos supimos que era el nuevo lector por la simple razón de que allí había estado Jorge González, el anterior encargado de recomendar los textos a editar, que se fue con una beca al Canadá.

Gaitanes no volvió a hablarme durante años ni del asunto ni de ninguna otra cosa. El silencio en torno de mi pedido fue tan grande que hasta a mí se me borró de la memoria, y durante años estuve convencido de que nadie sabía que yo había añorado ese puesto, de que mi propio deseo había sido suficientemente vago para quedar encerrado entre mis fantasías y de que mi única entrevista con Gaitanes había sido a mi ingreso a la empresa para tratar las formalidades del caso. Hasta que lo vi a Barnes parado por primera vez humanamente en ese patio, y la vieja llaga volvió a arder.

CAPÍTULO 2

¿Qué se hace en la segunda cita con una muchacha cuando ya la primera tuvo la suficiente magia para tornar superfluo un marco convencional de acercamiento, como una cena, pero no la intensidad necesaria para hacer viable una verdadera aproximación física? Seguramente se repite la primera experiencia con la esperanza de llegar a la intensidad requerida por la vía de una magia reiterada, o uno se resigna finalmente al marco convencional confiando en que una desaceleración del acercamiento generará más misterio, interés y temperatura.

Pero yo no estaba en condiciones de darme ese tiempo. Tenía un papelito con la dirección de Romina calentándome el bolsillo derecho del pantalón y no estaba dispuesto a dejar pasar ni un día más sin sacarme las dudas que el primer encuentro me había abierto. Eso sí, pude dejar pasar el sábado, pero solo porque sabía ya que los adventistas observan el sábado en lugar del domingo como día de descanso y de prolífica prohibición, de modo que era inútil toda sugerencia licenciosa entre la caída del sol del viernes y la del día siguiente, que es como al modo judío cuentan los días en la secta protestante. Además yo arrastraba todavía la resaca de la trasnochada por Barnes, de modo que sentí como si una oscura sincronización hubiera dispuesto una fiesta de Turba el viernes para que mientras Romina previsiblemente oraba y renovaba sus votos piadosos yo adquiriera en la fiesta y con el descanso posterior el estado de ánimo necesario para desembocar en un encuentro pagano con ella el domingo, cuando supuestamente se hallaría ligeramente liberada del riguroso control sabático de su Dios. Definir una relación con una mujer un domingo no me habría parecido posible en otras circunstancias: mi timidez y la legión de mis inhibiciones me obligaba de costumbre a refugiarme bajo el ala de los códigos más comunes y los marcos más aceptables, que reservan los misterios de la intimidad o la expansión festiva para las noches del viernes, el sábado o a lo sumo otro día de semana, pero no para el remanso periódico que el domingo fabrica a fuerza de parques, plazas, casas de té, fútbol y facturas en las vidas de la gente.

Pero si ensayar una relación con la adventista tenía algún sentido no cabía duda de que este residía en la posibilidad de probar formas totalmente distintas de las que habían caracterizado mis vínculos con las mujeres. Con la sensación de extrañamiento por la inusual fiesta de Turba aun impidiéndome posar sólidamente mis pies sobre mis rutinas de los domingos, estaba en posición inmejorable para tirarme al vacío de una modesta innovación. Al menos era lo que pensaba mi cerebro, porque mi corazón todavía no me acompañaba muy entusiasta. Pero eso era lo de menos. Tenía miedo, pero reaccionaba ante él de manera diametralmente opuesta a como lo hacía de costumbre. En lugar de tomarlo como un sombrío augurio de fracaso quería —y asombrosamente casi podía— sentirlo como un indicio de que me preparaba a hacer algo que nunca había hecho, ni que jamás había pensado poder llegar a hacer. No sabía qué era, pero eso tampoco era importante, porque por primera

vez en mi vida estaba ocupado más en seguir una dirección de acción, incluso de pensamiento, antes que en preguntarme las causas de nada. Sentía energía, eso sí. Una energía desacostumbrada en esos casos. La misma energía que me invadía cuando avanzaba a velocidad de crucero en medio de una traducción interesante o de una lectura que me abría un mundo nuevo. La energía que siempre me visitaba cuando pisaba seguro sobre un terreno intelectual sólido y sentía el impulso de empezar a correr.

Solo que en aquellas ocasiones no sentía únicamente el terreno firme debajo, sino que también tenía inscrita secretamente en algún lugar de mis percepciones la raya del horizonte para hacerme sentir la dirección indicada, aun sin conocerla a ciencia cierta. Ahora solo sabía en cambio que quería correr, sobre un terreno firme también, pero con una meta que desconocía completamente, sin la menor intuición de un horizonte, y preguntándome incluso de dónde podía venir esa firmeza que me daba impulso. Pero no me lo pregunté por mucho tiempo. Porque me dediqué en cambio a cultivar, a alimentar, a reforzar con una concentración desesperada esa energía, para que me inundara hasta hacer emerger en la cabeza una meta, una dirección. Ya sentía los músculos de mis brazos y mis piernas preparándose para una acción indescifrable que tal vez nunca llegaría a conocer, pero que lograba sin embargo disponer todos mis reflejos para su consecución, como la materia viviente prepara a un niño para el instante del parto sin que él sepa qué es lo que está por suceder. Los dedos se me movían como exigidos por una irreprimible agilidad, los brazos buscaban abarcar espacio o caer con un peso solemne como para golpear un tambor, las piernas se me tensionaban como para saltar... ¿hacia dónde? Hacia adelante, hacia la meta, hacia...

¿Pero si lo que tengo que hacer no es ni un deporte, ni un asalto, sino ir a ver a Romina!, me dije de pronto, y me sentí infinitamente avergonzado, humillado por mi propia estupidez. O tal vez no era mi propia estupidez, sino Romina la que me había tendido la trampa, la que me había puesto en una posición que me forzara a hacer payasadas propiciatorias, como si cumpliera los ritos preparatorios para una justa, como si tuviera con quién pelear.

¿O tenía con quién pelear? Sí, ¿por qué no? Si eso era justamente lo que tenía ganas de hacer, y ya mismo, sin perder ni un solo minuto, sin dejar que la musculatura se perdiera esta preciosa ocasión de estar tan dispuesta a todo. Me moría de ganas de pelear. ¿Contra Turba, contra Gaitanes, de quien acababa de recordar la “consideración” tan atenta que había prestado a mi pedido cinco años atrás? ¿Contra Barnes, que se había quedado con el puesto que yo soñaba y se daba ahora encima el lujo de hacerme sentir obligado, crecientemente obligado a defenderlo? ¿Contra la Argentina, que con su deporte fascista de cerrar recurrentemente las universidades me había conducido como de la mano hacia mi propio vicio de abandonar carrera tras carrera y terminar teniendo que ganarme la vida como traductor, sin ningún título, ni esperanza de llegar a hacer algo creativo con tantos años dedicados al estudio?

No, no era eso. Algo me humillaba, algo me trababa, algo me aprisionaba, pero

no era el pasado. Era algo bien vivo, presente como una circunstancia, insistente como un semáforo en una esquina desierta, pero al mismo tiempo furtivo y artero como un encandilamiento en medio de una ruta mortal. Me puse a caminar como una fiera a lo largo y lo ancho de mi buhardilla. Miré por la hermosa ventana que me había regalado tantos atardeceres inolvidables. Vi el manto plumizo que se había extendido contra el cielo borrando de un soplo la incipiente primavera, y sentí por primera vez en mucho tiempo la tristeza adolescente por el domingo que mata la magia del fin de semana. Sentí como que un acto —¿una revolución?— pudiera descorder el velo gris del día muerto, y me prometí volver a considerar la idea más tarde. Algo anda mal en este país si los domingos pueden volver a ser así, me dije.

Fue entonces cuando volví a ver diáfano, preciso, el gesto de la adventista apartando con una mano mis intentos. Y ahí sí se despejó toda duda. Primero bajo la forma de una vibración vaporosa, luego con un huracán que me arrastraba el cuerpo, un odio desconocido, denso, infinito invadió la habitación y se concentró en esa mano apenas despectiva, en esas pupilas aindiadas cerradas herméticamente sobre su propio rechazo. No me vas a cagar, puta de mierda, no te me vas a hacer la difícil para después despatarrarte bajo el primero que te sepa tener cortita, no me vas a tomar el pelo, le dije. E inmediatamente me sentí inmensamente ridículo. Estaba usando el lenguaje que siempre había considerado como una invención caprichosa y cobarde de los hombres más mediocres cuando se topan con la libertad de la mujer. Como imitador de imitadores, sentía que tenía incluso más histrionismo que ellos, lo mío era todavía más artificial e impostado, aunque más no fuera porque esa era la primera vez que usaba ese tipo de frases y nunca en mi vida había pensado que alguna vez lo haría.

Y sin embargo, más allá de la torpeza de las expresiones, más allá de la falsedad incurable de la pose, había algo infinitamente auténtico en el sentimiento, en el odio que tenía. Ese odio no quería perderlo, aunque me brotara en forma de expresiones que me resultara imposible reconocer como propias. Porque sentía que ese odio era algo nuevo y valioso con lo que nunca había contado y que podía ayudarme de manera decisiva a cambiar mi relación con las mujeres, con el mundo. Era una herramienta que por primera vez caía en mis manos, que prometía abrirme puertas que ni siquiera conocía ni mucho menos sabía si valdría la pena abrir, pero que despertaba abruptamente mi curiosidad, como continentes inexplorados que emergieran de pronto en un mar brumoso. ¿Pero cómo usarla?

Sentía confusamente que algo del exterior podía plegarse a mi voluntad si lograba manipular ese odio, pero la furia también podía convertirse en un filo inmanejable que cortara —si no aprendía a usarla— mis lazos con todo, no solo con Romina. ¿Seguiría entonces apostando al equilibrio bienpensante de los sentimientos? Si de una vez por todas quería ganar, ¿no era hora de hacer un salto sin paracaídas de verdad? ¿De jugarme a alcanzar aunque fuera tan solo un punto de no retorno, sin resguardos, ni reaseguros, ni opciones de reserva? Tal vez sí, pero que me dijeran

entonces cómo. Haría lo que fuera necesario, pero que me dijeran qué.

¿Qué hace un varón cuando está harto de esperar, cuando estuvo treinta años aguardando, cuando quiere dejar en claro que no va a aceptar renuencias ni postergaciones? ¿Pega? ¿A quién? ¿A la hembra? ¿Al rival? ¿Quién es el rival cuando solo un no cierra el camino? ¡Ah, si hubiera un rival! Un verdadero hijo de puta a quien uno pudiera —revólver en mano como en el mundo de Roberto Arlt— arrancarle la hembra de su lado, llevarla en medio de la fiesta al punto más visible del salón, y allí hacerla arrodillarse con el caño del arma en la sien para someterla escandalosamente en público al rito más privado del sexo mientras su macho mira desarmado e impotente y se vuelve así su ex macho, como el rival del rufián melancólico se volvía un no rival, no persona, nada, a medida que su hembra besaba con unción profanadora la pija de quien había sabido detectar el instante preciso en que un gesto, un revólver y un coraje podían lograr lo impensable.

La realidad tiene esa cualidad única de poder despejar como un viento de hielo, sin derroche alguno de argumentos, los vapores más densos de la fantasía. La realidad se colaba en mi casa por el teléfono, negro, sólido, clásico, muy pasado de moda pero por eso mismo más adecuado para hacerlo aterrizar a uno de las ilusiones imposibles al terreno de lo permanente y material. Era por ese teléfono por donde había oído la mayor parte de los no con voz de mujer.

Disqué el número de teléfono de Romina. Primera señal tranquilizadora: era efectivamente el de la pensión donde vivía. No me había tomado el pelo. Segunda señal alentadora: no se extrañó de que la llamara. Remate aun más inesperado: sí estaba de acuerdo en que nos viéramos; le parecía bien la Plaza Congreso; sí, tenía tiempo como para aprovechar la tarde nublada yendo al cine, o haciendo alguna otra cosa. Respuesta inevitable a la torpeza infaltable: no, la Plaza estaba bien; no, no prefería almorzar primero en mi departamento, aunque estuviera por llover.

Cuando colgué tuve un momento de euforia y la vi en mi departamento dispuesta a gozar de una eternidad compartida como había visto a tantas otras fingir en mis fantasías el mismo engaño. Pero pronto me repuse. Esta vez no, me dije. Esta vez será todo trabajo, toda máquina en pos de su meta. Nada de engolosinamientos previos que solo sirven para distraerlo a uno y hacer luego más dura la caída hacia la realidad. Pensemos más bien en el estado de la partida. ¿Qué espera ella? Encontrarse con un intelectual. ¿Por qué dudó la vez pasada, después de haberse entregado a un primer beso como un pescado inerte a la mano del pescador? Porque estaba con un intelectual. ¿Qué es lo último que puede querer la acólita de un predicador iluminado? Otro palabreador que además ni siquiera tenga seguidores. ¿Qué es entonces lo que debe hacer Ricardo Zevi la próxima vez que la vea, a saber dentro de una hora en Plaza Congreso? Considerar el primer encuentro como inexistente, nulo y no producido, hablar apenas lo mínimo necesario para no resultar insoportablemente

insolente. ¿Y? Y esperar. Esperar a que algo pase. A que uno aprenda en un golpe de inspiración a ser otro, a resultar... ¿macho? Macho o lo que fuera. Seductor, conquistador. Cualquiera cosa que no sea de antemano un perdedor. O está bien, un macho, sí. Un pez macho de Lorenz, en la fuente de Congreso. Un ganso estirando el cuello con la furia del ataque hasta que el sexo le desvía el gesto, lo estiliza, lo afina, y lo vuelve cortante para la sensibilidad de la hembra, para que él pueda desgarrar la coraza excitada pero aún confusa, que protege un corazón hecho de ternura y fuego.

A ver. A verme en el espejo. ¿Cómo sería? ¿Así? Un poco a la izquierda. Otro poco a la derecha. Ahora con los ojos. ¿Debo hacer asomar esta sonrisa de perdonavidas como Humphrey Bogart? ¿Humphrey Bogart sentía el ganso seductor que llevaba adentro para poner esa sonrisa? ¿Sentía el agua limpia de los arrecifes de coral curtiéndole el rostro de pez irascible y luminoso? ¿Se sabía bello porque se sentía pez, felino, ave? ¿O se sentía ave porque alguien le había dicho que era tan bello que acabaría por volar? ¡Cuánto hacía que yo no leía a Freud! Me daba cuenta ahora de que no podía dejar de imaginar que Bogart debía haber tenido un faro que diera ese brillo a su mirada, una primera luz que encendiera en él la convicción de su fuego, una madre, y que esa madre debía haberlo mirado con el embobamiento que el posfreudiano Lacan atribuye al circuito de fascinación que une la mirada de toda madre sana a la de su hijo. Si no, cómo explicar el narcisismo autosatisfecho de esa mirada.

Para mí sí que no había habido fascinación. Apenas si había habido madre. Eso siempre lo había sabido. Pero antes eso producía orgullo. Así como América latina estaba poblada de terratenientes ausentistas, yo había tenido padres ausentistas. Era un dato de mi realidad sociológica que me permitía sentirme un *self made man* de los afectos. Nada más. Algunas absurdas privaciones materiales hijas del descuido metódico y de la avaricia del desprecio —que tal vez me habían ayudado a encontrar la ideología política que tan irrefutable me había parecido luego— era todo lo que podía cargarse a la cuenta de ese ausentismo, había creído yo. Que yo no pudiera sentirme pintón frente al espejo era algo que no hubiese atribuido nunca ni a las escapadas permanentes de mi madre, siempre en algún viaje misterioso o en alguna fiesta recurrente, siempre satisfecha con verse representada *ad vitam* en su casa por las mucamas, ni a esa manera que tenía mi padre de sobrevolar sobre el hogar como un piloto de la timba en las tinieblas, siempre con algo más importante que hacer que echar siquiera un vistazo hacia el mundo pequeño de ahí abajo, donde no había ni telas, ni artículos de bazar, ni cinturones, ni propiedades, y ni siquiera una televisión suficientemente aislada de interferencias domésticas, como la que terminó devorándole sus horas cuando uno a uno los rubros del comercio se le fueron volviendo esquivos.

No, jamás hubiera pensado antes que la autoseducción a la que parecían abocados los galanes del espectáculo, esa manera reconcentrada de posar ante los ojos de los otros que parecía requerir de un esfuerzo por cautivarse a sí mismos, tuviera que ver

con la más elemental de las formas de autoestima, y pudiera originarse en ese encandilamiento mutuo del bebé y la madre que tanto sedujo al caprichoso Lacan. Nunca lo hubiera pensado hasta que me sentí más desamparado que un patito feo intentando esa tarde gesticular frente al espejo para ensayar la seducción de una muchacha que en una época menos tardía de mi vida hubiera considerado tal vez apenas digna de merecer mis esfuerzos, reducida como estaba en mi mente a su sola aunque terrible belleza.

Porque esa tarde sí sentí en la superficie misma de la cara, allí donde uno ventila involuntariamente las carencias más dolorosas, la falta de esa mirada de mujer, de ese baño de luz primordial que desde la adultez solo puede imaginarse como el halo con que uno mismo transforma la belleza corriente de la pareja de uno en un deslumbramiento capaz de vencer a todas las estrellas. Pero una vez más me salvó el odio. Estaba incompleto, de acuerdo, pero mano a mano con la sociedad. O mejor dicho, estaría a mano cuando me apropiara de lo que las circunstancias me habían negado. Si no podía conectarme con mi felino interior, ni con mi pez, ni con mi ave, si no había incorporado como un órgano interior esa caricia de ojos de hembra adulta que borra como un soplo todos los rubores y las dudas, apostarí a la única alternativa, la impostura. Esa también era una identidad. Seré el impostor, me dije. El que finge tener todo lo que hay que tener para circular por este mundo, alguien con los papeles de la libido en regla, alguien a quien no puedan detener en cualquier encrucijada de la vida para reclamarle cómo se atreve a salir a la calle sin registro de amador. Porque, se sabe, más vale tener documentos falsos que andar indocumentado. Me lo dije, y miré una vez más hacia el espejo. Mi rostro no simulaba seducción. Pero me miraba con una sonrisa cómplice que era la primera transgresión que le veía hacer en mi vida.

Estuve en la plaza con toda la puntualidad esperable en una cita con una adventista. Media hora después pude comprobar sin embargo que aun las iglesias más fanáticas sufren en estos tiempos de relajamiento la pérdida de virtudes cardinales como la puntualidad. Con paso lento, como si llegara demasiado temprano, la vi acercarse al banco donde yo estaba, inesperadamente vestida con ropas aun más ordinarias que las que traía cuando la conocí en el bar. Quedé haciendo equilibrio entre dos sentimientos opuestos: uno era pensar que si no se había molestado en ponerse atractiva era porque ya había decidido que yo no le interesaba, el otro era suponer que ella no sabía cómo ni tenía los recursos para darse una mejor apariencia, lo cual a su vez me avergonzaba, me hacía sentir un seductor de rapiña alimentándome de las sobras que cualquier otro habría despreciado.

Pero logré salir de esa duda abandonando la especulación sobre ella y concentrándome en lo que tenía que hacer yo. Si de seducir se trataba, su desaliño podía ser en realidad una ventaja, me daría más seguridad, aplazaría mis miedos, la

volvería más accesible a mis intentos. Debía ser menos difícil conquistar a una humilde pajuerana que a una princesa incaica hermosamente ataviada. Pero cuando la tuve frente a mí olvidé la sonrisa de Bogart y las campañas de conquista y me encontré súbitamente resistiendo desde las primeras líneas de defensa los embates de los nervios. No me intimidaba su apagado encanto sino la novedad de mi propio emprendimiento y la posibilidad de un fracaso de unas dimensiones aun para mí desconocidas.

—Apuesto a que a la iglesia nunca llegás tan tarde —le dije, satisfecho de mi diminuta estocada.

En seguida descubrí con asombro que había arrancado una primera victoria de envergadura: su sonrisa se hizo cada vez más amplia y esbozó una mueca de inesperada pero inconfundible picardía. Un sutil destello de lápiz labial ocre y opaco pareció desprenderse de su rostro. Comprendí que se había acicalado tanto como su decálogo protestante podía tolerarlo. Ni se me ocurrió entonces que ese código prohibía hasta ese atisbo de maquillaje y que Romina estaba cometiendo un gran pecado, solo me sentí sutilmente halagado.

—No, lo que pasa es que me puse a arreglar a último momento la pieza y se me pasó la hora —me dijo.

Nada mejor que una mujer para podarle a uno la vanidad. Pero su sonrisa seguía prendida de esa picardía que me interesaba más que un halago.

Pese a todos mis intentos no pude ser parco. No pude dejar hablar a los gestos, la mirada, el silencio. Pero al menos logré hacer que ella hablara casi tanto como yo. Nos quedamos largo rato sentados conversando en el banco frente a la fuente. Me sorprendí de lo poco que había llegado a saber de ella en el primer encuentro. Pensé al comienzo que se trataba simplemente de una versión magnificada de un fenómeno que a menudo me ocurría debido a la verborrea incontenible en que incurría por los nervios infaltables de todo primer encuentro. Pero a medida que elementos insospechados de su personalidad y su historia comenzaron a asomar con lentitud exasperante fui comprendiendo definitivamente que ese déficit inicial de información no sería esta vez fácil de superar porque no obedecía casi en grado alguno a mi incontinencia verbal sino a una avaricia comunicativa tan abrumadoramente tenaz en la adventista que ni siquiera desaparecía cuando su boca se llenaba de palabras, lo que de todos modos no era nada usual.

Resultó ser mucho más culta de lo que hubiese podido esperarse de una militante de una secta religiosa. Por cierto, tenía regiones enteras de la cultura deformadas por el adoctrinamiento. Darwin y toda forma de evolucionismo biológico eran “ridículos”, “increíbles”, “absurdos”, porque la Biblia ya nos dijo cómo todas las especies surgieron directamente de un acto creador de Dios, por ejemplo. Pero había de hecho pocas cosas elementales que no figuraran, deformadas o no, en el campo de sus conocimientos. Yo, que no le había creído que había hecho la secundaria —no podía imaginarme un bachiller siguiendo al pastor Ramos—, tuve que aceptar

finalmente como plausible su relato sobre su frustrada incursión en la Universidad. Había ingresado a la facultad de Filosofía de Salta con la esperanza de encontrar un alimento sustituto de sus inquietudes teológicas, que como protestante no tenía muchas posibilidades de satisfacer en este país católico. Pero pronto se había dado cuenta de que en esa facultad secular tenían aun menos consideración por los teólogos de cualquier procedencia que la que podían tener los elucubradores católicos hacia los protestantes. Al año su carrera universitaria había concluido sin haberle dejado siquiera amistades que justificaran el esfuerzo. ¿Extrañaba aquel mundo nuevo que apenas había llegado a vislumbrar? A veces, sí. Cuando veía muchachos con libros bajo el brazo no podía dejar de pensar que pasaban sus horas descifrando a Platón en griego, aunque sabía que lo más probable era que estudiaran administración de empresas con manuales en inglés.

Rastreando su paso por la facultad pude enterarme de que no era tan puramente salteña como me había dado a entender unos días atrás. Había nacido ahí, y su madre, que no parecía ser la más cercana a su corazón, era salteña. Pero su padre era correntino, descendiente de guaraníes. Cuando me lo dijo se movió dentro de mí el mar de fondo que siempre evocaba la palabra guaraní: alegría, expansividad, chamamé, belleza femenina, mucamas, cultura y lengua indígenas conservadas y vergüenza mía por la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. Di alguna rienda suelta a mi entusiasmo filoguaraní, pero el tema parecía interesarle menos aun que cualquier otro. Salta acaparaba aparentemente no solo su biografía y su geografía, sino cualquier veleidad de orgullo indigenista que pudiera armonizar con los rasgos exquisitamente refinados de su rostro. Había hecho en Corrientes la primaria, pero luego toda la familia se había mudado nuevamente a Salta. No había pensado jamás en peregrinar hacia sus orígenes. Si de eso se trataba querría conocer algún día el Cuzco de los incas, no el Paraguay guaraní. Era evidente que ni siquiera le agradaba en lo más mínimo que yo evocara su origen indígena.

—Mis padres tienen sangre indígena, pero son familias muy mezcladas con españoles —puntualizó.

Recordé lo único que me habían dicho alguna vez de Salta —tradiciones hispanas, pretensiones aristocráticas, feudalismos provincianos— y lo que cualquiera sabe: una riqueza inagotable en música folclórica. A contramano del torrente hereditario que nutría su propia belleza, la adventista parecía haberse contagiado en alguna medida del rechazo de la aristocracia provinciana a los indios. Insistí, a riesgo de incurrir en soberbia pedagógica:

—Para mí todo lo guaraní tuvo siempre una significación especial, sobre todo por el Paraguay. En Paraguay se desarrolló a comienzos del siglo pasado la única sociedad industrial independiente que hubo hasta ahora en América latina. Como el país quedaba lejos del mar y Buenos Aires le bloqueaba a cada tanto la salida por el Paraná, tuvo que crear su propia industria, en lugar de dejarse industrializar por el capital extranjero. Fue el primer país sudamericano en tener ferrocarriles y telégrafos,

y además los fabricaba en gran medida localmente. Para lograr todo eso tuvo que seguir culturalmente un camino inverso al de la mayoría de América latina: puso por encima de todo las tradiciones propias y reivindicó la cultura y la lengua de sus indios. A los países vecinos y a los europeos esa nueva potencia les pareció peligrosa: Argentina, Uruguay y Brasil, que en esa época era un imperio esclavista, le hicieron una guerra de exterminio hasta que lo redujeron a cenizas. Fue el triunfo del atraso agrario contra la industria y el desarrollo social.

En su rostro pareció dibujarse un asomo de interés. Aproveché:

—Sabés que exactamente por los mismos años hubo una guerra equivalente en Estados Unidos, entre el Norte industrial, que defendía todo lo norteamericano, y el Sur agrario y esclavista, que era aristocrático y vivía mirando a Europa. Pero ahí ganó el Norte y el país pudo desarrollarse en todos los planos...

Su mirada se perdió antes de que pudiera terminar la nueva perorata en la fuente de la plaza, como si buscara un ganso de Lorenz capaz de hablar menos y hacer más. Comprendí que solo me había mirado con gesto interesado para alentarme a terminar cuanto antes con esos temas que la abrumaban, o por mero respeto. Logré salir de la turbulencia aterrizando de emergencia en el folclore salteño. Se entusiasmó. Hablamos de los hermanos Dávalos, de Falú, de Zamba Quipildor, de los Chalchalers, de Valderrama. Me dijo que su única verdadera nostalgia era la música del interior. Todos los días al despertarse ponía Radio Nacional para darse un baño de folclore. Sentí que avanzábamos nuevamente a velocidad de crucero y podía continuar sin temor:

—¿Por qué te viniste a Buenos Aires? —le pregunté.

Ya se lo había preguntado la primera vez. Pero me había respondido con algunas vaguedades poco creíbles. Que las ganas de conocer la ciudad, que las mayores posibilidades de trabajo, que la fuerza mayor de su Iglesia en la capital. Nada capaz de justificar venirse a un lugar donde no tenía ni un solo pariente ni ningún conocido. No pareció recordar que era la segunda vez que se lo preguntaba. Apartó la mirada de la fuente, me encaró de frente con el rostro despejado, como si fuera a comentarme que estaba haciendo buen tiempo o cualquier banalidad por el estilo, y me dijo:

—Porque quería alejarme de mi novio.

¿En qué quedamos? ¿No era una rigurosa chupacirios? ¿Cuán novio había sido ese novio? ¿Cuánto se habían desviado de la castidad cristiana?

—¿Hacía mucho tiempo que estaban de novios?

—Unos dos años. Pero con varias separaciones en el medio. Al final yo pensé que la única forma de separarnos definitivamente era que yo me fuera de la provincia, porque si no siempre volvíamos a juntarnos.

Sus cejas se juntaron como si buscara concentrarse o dominar un dolor. Luego su mirada se refugió una vez más en la fuente. Yo sentía que una distancia enorme iba creciendo entre nuestros cuerpos, y que el mío era el que se alejaba, arrastrado por una corriente de desprecio que lo empujaba hacia una isla perdida, fuera del alcance

de cualquier mirada.

—¿Por qué querías separarte?

Todavía refugiada en la fuente, contestó con el rostro abstraído como si repitiera para uso de algún burócrata estatal las respuestas automáticas sobre sus datos personales:

—Porque no podíamos casarnos.

—¿Él era casado?

La insolencia del funcionario la arrancó del torpor burocrático. Lo miró asombrada por su ignorancia y le explicó el ABC de las buenas costumbres:

—Los adventistas no podemos salir con gente casada. Vivimos según los preceptos cristianos.

—Bueno, pero hay muchos buenos cristianos que... —antes de que pudiera terminar la adventista estaba embarcada en plena campaña proselitista. Pero su rostro y sus gestos de predicadora eran completamente inesperados. No se ponía irascible como un adolescente trotskista, dispuesto a despertar a su interlocutor de su letargo pequeño-burgués. Adoptaba un aire irónico y pedante, desgranaba con autosuficiencia sus verdades como el más redomado de los oráculos freudianos, como un jesuita en un debate de la Inquisición, lejos de cualquier conmoción interior, ni qué hablar del odio o la exasperación.

—Ellos se creerán buenos cristianos —comenzó, insuflando con una sonrisa que le desconocía un tinte aun más petulante a su actitud—, pero la Biblia establece con toda claridad cuáles son los preceptos que deben seguir los cristianos de verdad. No desearás la mujer de tu prójimo, dice. Y un casado o casada ya son del prójimo.

Yo estaba abrumado por una sensación de vulgaridad, vacuidad, estolidez supina. Que su único gesto de picardía, y hasta de arrogancia, estuviera apoyado en su capacidad para detectar esas banalidades en la Biblia me dejaba anonadado, me despertaba vergüenza ajena... y de la propia, pues al fin y al cabo llevaba ya varios días haciendo girar mis expectativas alrededor de esa muchacha. Sin embargo, esa marejada de sentimientos desagradables pero al menos conocidos se trocó en una sensación inquietantemente nueva, cuando me dije que después de todo nada me impedía aguantar unos minutos más hasta ver qué se escondía detrás de esa inesperada explosión de arrogancia provinciana. Porque en los minutos que siguieron me encontré poco a poco deseando que esa petulancia que me tomaba por objeto de su burla continuara. Descubrí con gozoso asombro que ya no me interesaba incluso qué se escondía detrás. Que la actitud acartonada y narcisista valía ante mis ojos por sí misma, justamente como un cartón que lograra pararse contra el viento por la fuerza de su propia convicción, vacía como un empecinamiento, y que lograría primero la atención, luego el respeto y finalmente la admiración de cualquier persona con sentido estético. Si hubiera tenido un contenido más espeso, un fundamento más sólido que la absurda certeza suburbana de una superioridad imposible de la propia persona por su mera filiación sectaria, su actitud no hubiera podido excitarme, como

estaba empezando a excitarme, de la manera sexual más intensa, más vacía, más irracional.

Me dije que ese debería ser el juego de encantamiento mutuo en el reino animal que tanto deslumbraba a Lorenz. Un juego de máscaras y simulaciones, vacío de palabras y sin más sentido que el respectivo pavoneo de cada miembro de la pareja para encantar al otro mediante el propio autoencantamiento. Pero me lo dije sin sorna. Con respeto de flamante iniciado ante un mundo nuevo.

La alenté a que siguiera instruyéndome en las certezas incommovibles de la Biblia y los Evangelios. Mientras me hablaba de San Lucas, San Pablo y San Mateo, yo me preguntaba si ella estaría sintiendo algo aunque fuera remotamente parecido a lo que experimentaba yo y si la creciente seguridad que iba ganando a medida que discurría sobre su tema favorito acercaba para mí el momento oportuno de hacerle las únicas preguntas que me preocupaban, las mismas que ella estaba intentando postergar con su inesperada perorata religiosa: ¿por Dios, cuán novio había sido ese novio? ¿Era posible que una adventista —ingresada, me había dicho, a los quince años al mundo de la verdad revelada— hubiese violado el más pudoroso de los mandamientos, condenando a su alma a una estadía interminable en el infierno y tal vez a su cuerpo a un exilio no menos eterno desde Salta hasta la distante Buenos Aires? ¿No desearás la mujer de tu prójimo pero fornicarás con tu novio si no quiere o no puede casarse?

Pero no. Ese momento no podía haber llegado tan rápido. Si era cuestión de acelerar los trámites, más valía apurar un nuevo pecado como si fuera el primero, que desafiar la sensibilidad de ella escarbando en las viejas llagas por pura curiosidad. Aunque esa curiosidad tuviera el filo angustioso de los celos, esos celos retrospectivos que suelen ser augurio de amor y desdicha. Además ya me estaba aclarando que, bueno, la cosa no era tampoco tan, tan así. Su Iglesia se había aggiornato en los últimos años, y ella se sentía “orgullosa” de que hubiera podido hacerlo. Se predicaba la vida cristiana pero sin exageraciones. “Antes expulsaban al que fornicaba o era infiel, ahora se acepta mucho más la posibilidad de enmendarse. El adventismo se hizo mucho más tolerante”. Su propio aggiornamento no estaba alcanzando para que tomara a bien otro chiste sobre el punto: “¿Predican un adventismo gorbachoviano?”. Pero todo constituía una tremenda generosidad informativa en los bordes de sus llagas, que a su hermetismo le debía haber costado un parto, y lo razonable era que yo me diera por satisfecho. El momento que había llegado no era el de mostrar los flancos pusilánimes de uno sino el de acabar con los rodeos e ir al grano. Después de todo, ahora empezaba a entenderse cómo la puritana había dejado pasar al menos ese único beso de nuestro primer encuentro, y era posible que en cualquier momento estuviera dispuesta a dejar pasar mucho más. ¿Hasta a pedirlo, quizá? Solo que me había olvidado que íbamos a almorzar, y que solo me quedaba tiempo para alguna pregunta más.

—Todavía no me quedó claro por qué no se podían casar —le dije.

—Es una historia muy complicada.

—Creo que no soy tan tonto como para no poder entenderla.

—No, no es por eso. Lo que pasa es que su padre murió cuando estábamos por casarnos, y él no quiso dejar a la madre sola.

—Podían haberse ido a vivir con ella —insistí, sorprendido una vez más por la capacidad endiablada que tenía la adventista de retacear información. Había que sacarle todo con fórceps, tenazas y bombas hidráulicas.

—Sí, yo también pensé eso en un momento. Pero la madre no me quería. Y Eduardo quería llegar a oficial antes de que nos casáramos.

¡A oficial! Las cosas de las que uno puede enterarse con solo preguntar. Tragué saliva y tautologicé:

—¿Es militar?

Sí, lo era. ¿Acaso yo no estaba buscando un rival a la altura de los matones de Roberto Arlt? Pero ella lo había conocido cuando todavía era un estudiante secundario sin uniforme. Era una especie de vecino lejano, en los confines de su barrio de Salta, que a los dieciocho años juzgó haber visto todo lo que tenía que ver del mundo de los civiles, o quiso prevenirse contra el fantasma de la desocupación, y se metió en una escuela de suboficiales del Ejército. Volvió a Salta convertido en un sargento y empezó a sentir inclinación por la adventista.

—No sabía que los suboficiales pudieran llegar a oficiales —le dije, cuando me sentí mínimamente recuperado del impacto.

—Normalmente no pueden. Pero él es muy inteligente, y el coronel lo quería mucho. Le dije que iba a proponerlo para hacer unos cursos para llegar a oficial. Eduardo estaba contentísimo y estaba dispuesto a todo para conseguirlo. Pero después el coronel tuvo problemas y todo se fue demorando.

Su voz se apagó y toda ella fue transformándose nuevamente en la Romina retraída que yo conocía. Se había encendido con su sermón adventista. Había oscilado al confesarme la antipatía de su posible suegra hacia ella, y luego vuelto a remontar en un entusiasmo retrospectivo con los sueños castrenses de su ex novio hasta excitar las cuerdas más dolorosas de mis celos, aunque guardaba una consoladora distancia con su propio relato, como la de un adulto recordando su infancia, o yo quise verlo así.

En parte esa impresión mía tiene que haber sido correcta, porque apenas unos segundos después la adventista pareció olvidarse definitivamente de la fuente. Me dejó estupefacto con una sonrisa de vieja amiga, y con una mano rígida por el esfuerzo de disimular su temblor vergonzoso apretó mi mano en un gesto que sin la menor sombra de duda quería ser de tierno acercamiento —aunque se sintiera como de pánico— y que le había costado un venerable esfuerzo.

La besé en la boca, que estaba vacía de toda pasión pero no tenía ya la indiferencia de merluza distraída de la primera vez, sino una tenue calidez amistosa. Cuando terminé estaba completamente desarmado. Sentía que todo marchaba bastante bien, pero que no podía continuar por la misma senda, porque solo iba a

recoger en ella apretones amistosos ya lo sumo una repetición de las relaciones que había tenido con casi todas las mujeres que se me habían entregado: un plato de compañerismo con sexo por guarnición que había terminado indefectiblemente por aburrirme.

Prefería la fuga. Tomé distancia, y empecé a mirarla. Me esforcé en olvidar los millares de hebras sutiles que en solo dos encuentros nos habían ido atando ya casi irremediablemente en un vínculo de una sola pieza inamovible, y traté de empezar de cero. Busqué una clave en sus ojos. La encontré. No me miraban con la sorpresa que había temido. Estaban chispeantes, ligeramente confiados, asombrosamente desafiantes. ¿Sería ese el rostro con que una mujer mira a un tipo que no conoce y al que está decidida a llevárselo a la cama o a imaginárselo esa misma noche a la hora de su masturbación cotidiana? ¿Cómo podía la adventista mirar así? Pero sobre todo ¿cómo se respondía a esa mirada? Hice un rápido cotejo del stock de actitudes y gestos que mi cuerpo y mi rostro conocían de mí mismo y me convencí de que yo no tenía en reserva algo que encajara ahí. Esa mirada no estaba dirigida a mí. Estaba dirigida a cualquiera que cayera de repente en esa situación, a un hombre tipo, que no podía ser yo y del que solo sabía que tenía que ser definitivamente atractivo, irresistiblemente hermoso.

Cuando lo comprendí, cuando sentí hasta en el último rincón de mi conciencia que esa sonrisa tenía un destinatario preciso que no era yo y ni siquiera el abandonado sargento Eduardo, sino alguien imbatible para ambos, tuve una viva sensación de *déjà-vu*, una abrumadora certeza de estar repitiendo una escena y una derrota que conocía de un pasado arcaico pero siempre al acecho. Pero justo en el punto en el que la rueda del pasado se disponía a recomenzar su ciclo de similitudes y reincidencias eludí la resignación, que estaba por ocupar su turno, y con un verdadero pavor conmoviéndome los huesos tomé la decisión desesperada pero irrevocable de robarle el lugar a ese alguien, de recurrir a la más desvergonzada impostura. Aplasté al paso mi orgullo, que protestaba porque me hubiera resignado a dejar de lado mi propia personalidad, y mi moral, hermana gemela de aquel, que desaprobaba también la treta peligrosa y fraudulenta.

Antes de que pudiera decidir qué cara poner percibí que el acento de la sonrisa de Romina se desplazaba brusco hacia los ojos. Los tenía húmedos, casi como si estuvieran al borde del llanto. Noté que me miraba como nunca en mi vida me había mirado una mujer. ¡Me estaba admirando! Un rubor vertiginoso trepó hasta mi rostro, pero antes de que llegara a sentirme incómodo debe haberse transformado en una radiación armoniosa porque lo sentí aquietarse abruptamente, como ganado por un aplomo inesperado. Sonreí convencido de que estaba emanando belleza de mis rasgos y la besé una y otra vez en los labios.

No eran nuestros labios los que nos estaban uniendo: ellos eran apenas un vehículo para la atracción irresistible que ejercían mutuamente nuestras miradas. Estábamos extasiados en una contemplación mutua, destilando y sorbiendo belleza

por los ojos, y solo nos besábamos de tanto en tanto para descargar tanta admiración acumulada. Me asombraba hasta las lágrimas no haber descubierto antes que la adventista no era simplemente linda, era la encarnación misma de mi ideal de belleza, un ideal que no había podido conocer hasta que lo tuve frente a mí en esa plaza, junto a esa fuente, irradiando desde la piel de esa muchacha. La muchacha crecía a cada instante ante mis ojos hasta romper su envoltura de adventista provinciana para alcanzar las dimensiones de una diosa. Pero yo no me inhibía, como siempre se hubiera esperado de mí ante una diosa. Acompañaba sus mutaciones con mi propia expansión. Me movía dentro de mi flamante envoltura narcisista como si jamás hubiese estado en otra parte que en ese dominio nunca visitado. Y por sobre todo, sentía que al fin estaba en un mundo despejado de toda interferencia extraña, vaciado incluso de los propios instrumentos que habían ayudado a instalarlo. No había Humphrey Bogart, ni animales en danza erótica, ni espejos para imitarlos. No había un pasado poblado de fracasos. Solo ella y yo, iguales a como habíamos sido siempre, festejando nuestro encuentro recíproco y de cada uno consigo mismo.

Estuvimos así más de una hora, sin pronunciar una sola palabra, sin soltarnos más que para volver a agarrarnos, ganando confianza en el juego del gato y el ratón de nuestras miradas, gestando visualmente una melodía de acercamientos y distanciamientos, de coqueterías y provocaciones, de veneraciones solemnes y desprecios juguetones. Y luego hubo una pausa diferente de las anteriores, prolongada. La máquina del encantamiento parecía haber agotado su combustible. Nos miramos como avergonzados, incapaces de reconocernos, confundidos, y juntos hicimos un esfuerzo por despertarnos del ensueño. Pero las sonrisas llanas y amistosas que nos dirigimos entonces delataban la seguridad interior de quienes tienen una decisión tomada y la confianza mutua, flamante pero acerada, de los viejos enemigos que los avatares de la lucha han empujado al mismo bando.

Miré la hora. Eran casi las tres de la tarde. Le mentí que a esa hora era muy difícil que encontráramos un lugar abierto para almorzar, y rogué que no supiera de la existencia de Pippo y tantos otros restaurantes que no cierran a la tarde. Me contestó que de todas maneras ella no tenía hambre. Había tomado un desayuno mucho más abundante que el habitual.

—De todos modos nos convendría picar por lo menos algo —deslicé haciendo un esfuerzo ciclópeo por parecer distraído para banalizar lo que seguía—. Lo mejor sería ir a mi casa...

Silencio.

—... porque además aquí se está poniendo un poco fresco...

Silencio.

—... y en todo caso si no tenemos hambre podemos tomar un té.

Silencio.

—¿Qué te parece?

Hurga en la cartera. Levanta la mirada hacia un horizonte inexistente.

—Está bien. Así de paso voy al baño.

Maestría eterna de la mujer para gritar como un tero en una parte y poner los huevos en otra, para pensar en la cama y hablar del baño. Exquisita hipocresía eternamente bienvenida porque no es una mentira que cierre el camino a la verdad, sino un manto astuto —no piadoso— que protege el camino hacia el encuentro. Una mujer realza tanto más su aceptación en los hechos cuanto más la niega en las palabras. La adventista parecía una mujer consumada. Pero yo temblaba.

Lo que yo llamaba mi buhardilla, ese periscopio habitable que solo me resignaría a abandonar años más tarde, poco antes de que tiraran el edificio al que coronaba, había sido siempre un as que yo guardaba en la manga o insinuaba ostentosamente antes de la partida, según cuán ardua se perfilara. Pero si había callado su existencia desopilante ante Romina no era por pensar que su invocación hubiese sido superflua, sino en parte porque había considerado demasiado remota la posibilidad de que ella llegara pronto a conocerla y comprobar con sus ojos que no había mentido al describírsela, y en parte por ensayar una nueva apertura en una partida que solo podía imaginar como la más difícil de todas.

Ahora la adventista estaba ahí y no mostraba el menor asombro. Recorría con ojos indiferentes, a media velocidad entre el turismo al paso y la morosa tasación inmobiliaria, la cúpula, el perímetro circular, las ventanas alargadas, las cortinas de paño negro, el collage de muebles rejuntados, el desorden riguroso campeando en todos lados, el despliegue vanidoso de los libros en las bibliotecas, la funcionalidad extemporánea de la *kitchenette*.

—Qué raro, no me imaginaba que hubiera departamentos así —soltó finalmente.

—No, yo sí. Era una vieja obsesión que tenía desde chico. Vi una vez, a eso de los diez años, una película con Jack Lemmon, que tenía un departamento todo de vidrio, salvo el piso, en la terraza de un edificio bien alto de Manhattan. Desde la cama el tipo podía correr a control remoto las cortinas de las paredes o del techo para ver el cielo. Eso de poder ver el cielo todo el día, el sol, la luna, me fascinaba. Pero como algo así siempre sería carísimo me resigné en seguida a no pensar más en el tema. Hasta que nos mudamos con mis padres a un edificio desde donde se veía una cúpula donde parecía vivir un matrimonio. Nunca pude saber si vivían de verdad ahí o subían desde un departamento normal para ver la ciudad. Pero reemplacé mi obsesión de la casa de vidrio por la de una cúpula y no paré hasta que encontré una habitable.

Tardé un poco, como de costumbre, pero finalmente, como de costumbre, me di cuenta de que había hablado de más. Ahora vendría la pregunta inevitable. Hice lo posible para distraerla, para que no la hiciera. Para mantener durante un rato la duda. Para que creyera que era propietario al menos hasta que la tuviera desnuda. ¡Había visto a supuestas sobrevivientes del izquierdismo de los setenta poner semejantes caras al confesarles en plena ola conservadora que ni siquiera poseía ese

departamento, y que solo lo había podido alquilar porque estaban por voltear el edificio! ¿Qué podía esperar de la adventista?

—No puedo ver el cielo por el techo pero veo más crepúsculos que el Principito. Y no creo que la gente se imagine que aquí vive alguien. Es como un periscopio espiando la ciudad. ¿Leíste *El Principito*? —la apremié. Preguntarle a alguien si había leído un libro siempre me había parecido agresivo, incorrecto. Pero ya empezaba a ver a la adventista como una amenaza. Todo valía.

—No, me contaron cómo es, y una vez vi en un programa de televisión que mostraban los dibujos...

¡Eso es, ahora a justificarse m'hijita! ¡A decir delante de tamaña biblioteca por qué no leyó siquiera *El Principito*! Enrédese en explicaciones no más. Eso es, desvíe la mirada hacia un costado, busque mentiras en los estantes, “acuérdesese” de aquella vez que estuvieron a punto de prestárselo y por esas mezquindades del destino se lo terminaron quitando de las manos. Tal vez crean que lo asimiló por imposición de manos. Una cristiana de fuste no tiene por qué leer del modo corriente. Pero olvídesese de la cúpula por un rato. Por un ratito no más.

Ni por un ratito:

—¿Ya estaba así, o vos lo arreglaste? —deslizó.

Su tono era meridianamente claro. Ya no hablaba del Principito.

—Lo agarré ya bastante arreglado ...

¡Eso es un lingüista! ¡Bravo! Ni “lo compré”, ni “lo alquilé”. “Lo agarré”, y que se entienda ella. Suficiente para pasar a otra cosa.

—... pero igual tuve que hacer bastante. Me sirvió como experiencia para trabajar un poco con las manos. Y también para comprobar que los amigos existen ...

¡Brillante! Y ahora seguí por la tangente, recordá a cada amigo que te dio una mano. Eso es, arrancá desde el comienzo, desde que Armando te acompañó a comprar la madera a la carpintería de Montserrat. O si no así, muy bien, desde la prehistoria. Porque Mario había aprobado el diseño, después de todo. Seguí así. Una adventista no va a tener el tupé de interrumpirte para decirte: “¿Nene, es tuyo o lo alquilaste?”.

No, no lo tuvo. Tampoco me dijo “nene”. Simplemente me dejó hablar hasta que yo mismo sentí que estaba poniendo en peligro todo el encuentro por escabullir esa miserable pregunta y las dudas comenzaron a aletargar mi perorata. Entonces le resultó más fácil.

—¡Qué lucha! —logró meter entre mis palabras, y ya era imposible detenerla sin hacer un papelón—, pero si yo tuviera un departamento así —agregó— seguro que me rompería tanto como vos.

Ya estaba. Solo le faltaba dar la estocada final. A mí no me quedaban fuerzas más que para esperar. ¿Tendría una adventista la maldad, el coraje, el caradurismo de clavármela hasta el final?

Los tuvo. Sí que los tuvo. Y en su cara pude leer con asombro que también tenía

resto para mucho más.

—¿Es tuyo, o alquilás? —soltó finalmente con sutil desgano, así, sin artículo, sin un “lo” antes del verbo, como se usa en las inmobiliarias, como pregunta también la propia gente común cuando la mercadería no está a la vista. Para que quedara claro que ella se daba perfectamente cuenta de que la pregunta ya estaba de más y que no tenía ya ningún interés personal en ese precioso departamento, al que le había arrancado su principal secreto, ni en mi relación con él, que ya era obvia. Lo dicho: nada mejor que una mujer para bajarle a uno los humos.

Tuve que hacer el consabido gesto de asombro ovejuno del empleaducho que deja confundirse a un cliente ocasional para que crea que él es el dueño del negocio y luego pone cara de yo no fui cuando el juego queda al descubierto.

—¡No, ojalá! —dije, mientras sentía que un rubor liso y llano, sin rastro alguno de metamorfosis estética, al menos no para mejor, se robaba mis mejillas. ¡Me acababa de dar cuenta de que solo ese “no” enfático era la confesión vergonzosa del truco! Hubiera bastado no fingir ese imposible asombro, no subrayar estúpidamente ese yo no fui, para que perdurara la duda de si había habido o no artimaña, de si yo me sentía o no tan poca cosa para querer hacerme pasar por el propietario que no era.

Exactamente como el empleaducho puede salir del aprieto si en lugar de poner cara de yo no fui finge que ni siquiera pensó en la posibilidad de que el cliente se hubiera confundido y que él cree que el cliente solo pregunta si él es el patrón por pura cortesía, una cortesía a la que se responde con halagada gratitud, no con sorpresa.

Cuando disminuyó un poco mi vergüenza me consolé diciéndome que la jugada salvadora se me había escapado no por falta de inteligencia, sino de experiencia. Nunca había intentado una impostura, no conocía el terreno. No imaginaba el torbellino de emociones que hay que controlar cuando uno se interna en esos lugares. Había tenido siempre tal desprecio por la impostura que jamás se me había ocurrido que además era algo muy difícil, que requiere habilidad, oficio, cintura ágil. Mientras la impostura fuera secreta, mientras se limitara a ser un juego privado en el que uno finge para uno mismo ser Bogart para obtener un atributo de personalidad del que carece lastimosamente, todo era más fácil, más inofensivo. Del mismo modo como el delirio solitario y narcisista de un loco avanza más fácil y más inofensivamente que la astuta maquinación de un falsificador.

Mientras yo me torturaba metódicamente con estos pretendidos pensamientos, Romina se había puesto ya a hablar de otras cosas, tal vez en un encomiable esfuerzo por curar la humillación que me había infligido. Pero yo no lograba recuperarme. Sentía que había perdido algo, una seguridad, una solvencia, algún tesoro flamante se me acababa de escabullir entre las manos. De golpe Romina se cansó de hablar de los departamentos que había conocido que podían tener algo en común con el mío, y mi vaga melancolía se transformó en una sensación de derrota precisa, con nombre y apellido: ella parecía a punto de invocar cualquiera de las conocidas excusas

femeninas para irse. Me quedé mirándola con ojos cansados, resignados filosóficamente a una partida inevitable, a una soledad anticipada que ya había empezado a organizar en mi cabeza para que no me tomara desprevenido. Si en ese momento ella me hubiese preguntado qué me pasaba, seguramente todo habría terminado ahí, con una derrota que yo habría aceptado una vez más con dolorida calma exterior hasta que la soledad me diera un refugio donde expandir mis angustias.

Pero no lo hizo. Tal vez por pura timidez, tal vez por una oscura lucidez que me era inaccesible, eludió la pregunta que parecía estar en la punta de su lengua, y apartó con un extraño gesto de desconcierto su rostro hacia la izquierda. Sentí una inquietud inesperada, como un temor que venía a barrer con el aburrimiento de mi frustración. Romina, que tanto me había asombrado con su inexpresividad inmovible y su timidez hierática, acababa de sorprenderme con una pirueta teatral, aun más enigmática que su habitual mutismo. Tuve tiempo de preguntarme dónde había visto yo ese gesto. Y tuve tiempo de reconocer que era el movimiento de un rostro de mujer al que le acaban de dar una bofetada, ese movimiento que nunca en mi vida había tenido ocasión de ver fuera de las pantallas de televisión o de los escenarios de teatro. Pero antes de que pudiera comprender por qué se había producido, y por qué se desarrollaba como en cámara lenta, con el ritmo inesperado de la pantomima, con la morosidad inquietante de la locura, sus ojos me alcanzaron desde esa posición desplazada que había tomado su rostro y clavaron desembozadamente su contorno achinado en mis pupilas, como la daga de un samurai o la mirada desafiante de una geisha. Su rostro fue girando lentamente para volver a encararme sin que los ojos soltaran ni un instante su presa.

Decidí interpretar que la adventista había reiniciado la danza del encantamiento, ese duelo magnético de las miradas que yo había creído inventar en el banco de la plaza y que ella demostraba dominar con mucha más maestría que yo. Al menos esa era la única forma de continuar aquella jugada inesperada sin temer que uno estuviera siendo cómplice de una demencia.

Llevé mi mano derecha hasta su rostro y comencé a recorrer con un dedo ligeramente tenso, apenas como correspondía a la tensión de su mirada, su sien, su frente, su nariz, sus labios, sus mandíbulas, apretadas como una tenaza. La tensión de su rostro pareció fundirse en una humedad general que cubría su piel y se agolpaba en sus párpados, a punto de desbordar. Antes de que una lágrima incipiente comenzara a rodar por una de sus mejillas, penetré con decisión sus labios, que dejaron pasar mi dedo como tomados por sorpresa. Pero cuando mi dedo se abrió camino entre sus dientes, huraños, reticentes, su labio superior se arqueó en el medio hacia abajo, y se elevó a ambos costados, en un gesto que pronto el resto de su actitud me ayudó a reconocer como el de un felino que esboza una primera amenaza, un instante antes de rugir. Pero Romina no rugió. Tiró del dedo con los dientes, pareció recuperarse de un momento de vacilación húmeda, lacrimosa, sensual, y me miró con un odio

reconcentrado y seco, como para hacerme sentir con sus meras pupilas toda su furia de gata ensoberbecida. ¡La adventista era una fiera!

Una alegría propiciatoria me inundó las manos. ¡Tenía ganas de domarla! Si eso era ser macho, bienvenido fuera. Nunca había sentido esa emoción galopante de palpar la animalidad de una mujer, de un ser humano. Había sufrido de chico la impotencia urbana de querer orientar a un caballo por los senderos que la costumbre o el capricho equino le prohibían recorrer. Una y mil veces había visto al animal triunfar calmamente sobre mis intentos y tomar el camino que se le antojaba. Entonces me dedicaba a observar a los otros jinetes, a los más grandes, que eran los únicos que conocía capaces de domarlos y me convencía de que nunca lo iba a lograr: había en sus manipulaciones una energía que solo el odio o una rutina del mando podían brindar. Para los caballos, como para las personas, yo solo tenía propuestas. Las órdenes eran para mí una injusticia intrínseca o una atolondrada soberbia que nada me iba a llevar a avalar. Tampoco veía nada en el mundo que pudiera hacerme odiar a un caballo lo suficiente como para poder imponerle mi voluntad.

Ahora tenía frente a mí la fiera más hermosa que hubiera soñado en mi vida poder atrapar, y sentía con felicidad que había en mí una pizca de odio, lo suficiente para llevar a la presa en la dirección marcada por el amor que brotaba a borbotones de la palma de mis manos, de mis labios, de mis ojos. Di gracias dentro de mí a la adventista por haberme apartado la primera vez con aquel gesto de la mano. Le di las gracias por zarandearme el dedo de un lado a otro con sus dientes, por haberme desafiado con sus preguntas sobre el departamento, por estar llena de vida y de violencia, detrás de su apatía taciturna. Pero sobre todo, por haberme hecho sentir permanentemente, que era capaz de hacerme fracasar en la conquista como las hembras más hermosas con las que me había topado. Por haberme hecho sufrir una vez más ese viejo miedo, ahora que me sentía armado para aplastarlo.

Y alcé mi otra mano, cuyo temblor solo podía disimular con un supremo esfuerzo de voluntad, para desabrocharle la blusa, mientras ella seguía tironeando de mi dedo y mirándome como ninguna puritana protestante debe haber mirado jamás a nadie. Sin embargo, al segundo botón me tomó la mano con la suya, como para detener los excesos. Pero gozosamente para mí no tuvo fuerzas, ni convicción. Se limitó a acompañar mi movimiento apretándome la mano con crispación, como si tuviera más miedo que pudor o excitación.

Finalmente, soltó mi dedo que todavía disfrutaba de su prisión entre los dientes de ella y me miró angustiada, su mano todavía aferrada a la mía, casi temblorosa, implorante. “¡Por favor!”, susurró. La fiera había perdido en un instante, garras, dientes y fervor. Me quedé pasmado una vez más, a medio camino entre la euforia por la caída de unos obstáculos que habían parecido impresionantes y el temor de que los nuevos fueran los insalvables de verdad. Una fiera domada promete un cúmulo de energía al servicio de su domador. ¿Qué ofrece un patito mojado que pide clemencia? Nada capaz de satisfacer la voluptuosidad de un hombre. Durante la danza del

encantamiento me había preguntado si estaría excitada una muchacha que podía aguantar todo ese roce visual sin entregarse a la fricción de los cuerpos. Ahora en sus ojos de gata abruptamente humanizados por el miedo no quedaba en todo caso rastro alguno del deseo que los pudo haber atizado.

Otra vez estaba confundido, desmoralizado. Una conquista que operara con la complicidad del miedo en lugar de la del deseo no había entrado en mis cálculos, y se parecía demasiado a una inútil violación. Pero había allí alguna veta que merecía ser explorada, aunque fuera porque no había ninguna otra. La adventista se había enredado en su propio juego y parecía dudar entre la vergüenza que le daba volverse atrás desde las cimas felinas que había alcanzado y toda la batería femenina de argumentos clericales, utilitarios, estratégicos que le recomendarían descender por el camino más corto disponible a las llanuras protegidas de su conducta habitual.

Era un momento crucial, de esos que exigen decisiones rápidas y no están llamados a ser aprovechados por un cavilador dubitativo como yo. Si hubiera imaginado esa situación y preparado una respuesta no cabe duda de que a la hora de concretarla habría vuelto a pensarla, repensarla y mejorarla, hasta que la adventista se hubiese marchado por aburrimiento. Pero todo me tomó tan de sorpresa que no tuve tiempo de pensar. Me sentía simplemente transportado a un universo irreal. La tarde exótica con la puritana-vampiresa-patito-mojado que cambiaba de frente como un viento tropical, mi propio entorno cotidiano, que se había puesto a dar cimbronazos fuera de programa con el despido de Barnes, hasta mi periscopio, que acababa de brindarme este servicio tan inesperado de recibir a Romina, todo parecía de golpe haberse puesto a fantasear. Pero yo no. Yo no fantaseé. Eché mano con la más desesperada urgencia utilitaria a los únicos recursos disponibles, y con la mente locamente aferrada a la imagen de un malandra de Roberto Arlt tomé por los hombros a la adventista, la hice arrodillar, saqué de la bragueta mi pija, solo a medias parada, y con una voz que el propio rufián melancólico hubiera respetado, le dije energicamente: “¡Chupá, turríta, chupá!”.

¿Fue para Romina un baldazo de agua fría incontrolable? ¿Se sintió oscuramente transportada al mundo novelesco de los años treinta que no había vivido, ni leído, ni tal vez siquiera sospechado? Lo cierto es que no salió corriendo, no me gritó estás loco, dejame ir, no me dijo si no me dejás salir ahora mismo llamo a la policía, no me suplicó aterrorizada por favor no me hagas daño, haceme lo que quieras pero no me hagas daño por favor, no se burló de mi delirio fálico, para colmo solo a medias logrado, sino que miró hacia el frente con una expresión hipnotizada, como si no viera que algo estaba ahí tomando vigor, y soltó un “no” breve, tan temeroso, tan infantil, que solo una abuela malcriadora hubiera tomado como su última palabra. Yo no la malcrié. Pasé mis manos detrás de sus orejas para agarrarle la cabellera y se la tiré hacia atrás de la manera más leve que pude, para dejar oscilar el gesto ambiguamente entre una orden que no sabía cómo continuar si era desobedecida y una hipotética ayuda para que ella pudiera cumplir el acto que ya no se sabía bien por

qué parecía condenada a cumplir sin ninguna omisión.

Ahí conocí una expresión de Romina que tendió entre los dos como un puente de confianza, porque disolvió con su autenticidad inesperada hasta el último resabio del acartonamiento que había mantenido desde que me había conocido: puso una cara de asco tan inconfundible, tan precisa, tan completa, que uno alcanzaba a ver detrás de la boca desencajada los platos más aborrecibles que debían haberle servido cuando era una beba. Y luego, abriendo la boca con la maquinalidad resignada que se adopta ante el dentista, acercó con admirable torpeza la cavidad a mi entrepierna hasta que el miembro quedó parcialmente dentro de ella. Pero tuve que tirarle nuevamente de los pelos, una pizca más enérgicamente que antes, y gritarle “chupá”, para que empezara a mover un poco la boca, al comienzo imperceptiblemente, luego con la parsimonia letárgica y discontinua de un bebé con su chupete mientras duerme, para alcanzar solo más tarde el ritmo casi normal de un infante con su mamadera. De excitación sexual, ni el menor rastro.

Solo cuando arqueé un poco las piernas y logré alcanzar con mis manos sus pezones tuve el primer indicio de que la adventista podría tal vez experimentar en un momento algún grado de excitación sexual. Y aun ese indicio no lo obtuve fácilmente. Primero me limité a acariciarlos y no conseguí ningún resultado, lo que me asombró, porque estaban sin embargo turgentes como penes. Pero cuando me cansé de los frotamientos infructuosos y los apreté abiertamente lanzó un quejido casi imperceptible y absolutamente ambiguo, lo que me alentó a manipularlos con toda energía. Y ahí sí, llevó hasta mi miembro las manos que habían descansado hasta entonces en sus muslos, y arrancó. No con una excitación generalizada, sonora, transparente, porque estaba dicho que la adventista no podía dejar de silenciar siempre algún aspecto vital de su acción, sino con una repentina y enigmáticamente muda carrera succional. Chupaba y chupaba sin gemir, sin abrir los ojos, casi sin respirar, con una rapidez —ella sí— cristalinamente vinculada con mis manipulaciones en sus senos.

Sus movimientos enérgicos se me subieron a la cabeza. Y ahí sí, yo también arranqué. Por primera vez tomé conciencia de que la puritana que había conocido hacía apenas unos días estaba arrodillada ahí, a mis pies, cumpliendo el rito más sumiso que podía esperar un hombre de una mujer, y parecía hacerlo con respetable gusto. Sentí una alegría montarme desde la punta de los pies hasta el cerebro. El miembro, el cuerpo todo adquirió una rigidez eufórica de estatua saboreando su revancha sobre el tiempo, sobre sus fracasos, sobre mil esperas. Me inundé de un amor por Romina que no había sentido jamás por nada en mi vida: ni por las mujeres que la habían precedido en esa postura por cumplir un capítulo obligado en el programa del sexo, ni por aquellas, inaccesibles, que me habían esclavizado con su atracción hecha de seducciones y desplantes, sin dejarme siquiera llegar a las orillas de sus cuerpos. Sentí por ella el amor del amo, el amor del dueño, el amor del macho. Me dije a mí mismo “yo con esta hembra me caso”, y enrarecido por esa frase

absurda, inesperada, verdadera como una puñalada cruzándome el cerebro, le apreté los pezones mucho más.

Se oyó un quejido sutil, como de un llanto. La adventista frenó abruptamente su acelerada carrera, se arqueó de costado como un personaje de teatro chino, y ablandada en todo su cuerpo por un asalto de ternura misteriosa, comenzó a mimar entre ínfimos gemidos mi pene como si fuera un niño, haciendo toda la pantomima de quien se entenece ante un bebé, una flor, una pequeñez irresistible.

Me quedé desconcertado. Antes de que la hembra que me había deslumbrado con sus prolegómenos felinos hubiese tenido tiempo de materializar en su cuerpo toda la excitación que prometían sus arrestos seductores, yo había arrancado del fondo de sus pechos con mis manipulaciones gemidos conmovedores de la más auténtica solicitud maternal. Era llegar a la apoteosis sin pasar por los pasos intermedios. Pero a estos no los había siquiera vislumbrado. ¿Habían sucedido en la discreción de la boca de la adventista? ¿Habían sido en realidad sintetizados pudorosamente por ella para llegar cuanto antes a esa fase sexual posreproductiva que ni siquiera el más bienpensante de los freudianos hubiera imaginado? ¿Aguardaban más allá de esa fase como promesas de un erotismo deslumbrante que uniría los arrebatos lúbricos de la fiera con una ternura de madre? Tal vez si yo hubiera entendido el mensaje todo lo que siguió se habría evitado, y nuestra historia no habría ocurrido o al menos no habría sido tan caótica. Me inquietaba por cierto la posibilidad de que se tratara de un cortocircuito maternal ocasional por donde amenazaba escabullirse de esa noche toda sustancia sexual. Pero no imaginaba que esa versión sintética pudiese ser la única disponible para ella. Y menos aun que el intento de restituir algún día toda las fases omitidas de la excitación pudiera llevarnos a ambos al borde de la aniquilación.

Y sin embargo, en esa noche tuve todas las necesarias advertencias. Porque tras sus efusiones maternas la adventista se recogió en una indiferencia de hierro, que no por sumisa era menos insultante. Todo siguió el trámite usual, pero desprovisto de toda sustancia real. Su succión se volvió mecánica, ausente. Y cuando traté de alterar el curso de las cosas pasando a las ortodoxias consagradas, solo logré alejarla aun más de lo que estaba ocurriendo en nuestros cuerpos. Se dejó penetrar como un pescado muerto, dando señales de vida a cada tanto solo para quejarse —en palabras, ni siquiera con ambiguos o sugestivos gemidos— por algún dolor.

A medida que todos mis recursos fracasaban rigurosamente, el recuerdo de aquel primer beso insípido martilló mi memoria. Me sentí estafado con un billete de lotería ganador que tenía como premio un chasco, un muñeco con resorte, una burla siniestra. Con la boca amargada por el abrupto retorno a las frustraciones cotidianas encaré una conversación. Lejos de toda magia de las miradas, de toda comunicación íntima, de toda esperanza.

Confirmé lo que aun con mi nula experiencia en desfloraciones había podido colegir: la adventista no era virgen. El responsable, naturalmente, era el sargento Eduardo. Le había pedido la prueba de amor como condición previa para jugar su

carrera militar casándose con ella. Ella había desconfiado de su sinceridad, por supuesto. Pero casi casi para salir de la duda había decidido probar, a contrapelo de la Biblia, de su Iglesia, y tal vez de sus verdaderas ganas. La duda se la sacó. Pero la virginidad también. ¿Lamentaba más la insinceridad del sargento o la pérdida prenupcial de la virginidad? “¿No te das cuenta de que son la misma cosa?”. Claro que sí. Si descubrir la insinceridad del sargento era ya perder la virginidad. Pero también le dolía el desfloramiento. ¡Ay si le dolía! A mí, que desde que se me había entregado tan distraídamente al primer beso había puesto entre paréntesis su religiosidad, me costó entenderlo. Pero le dolía como una cicatriz en el alma, como un portazo que la dejaba secretamente fuera de su Iglesia, a merced de una libertad agazapada.

—¿Cómo se llevaban en la cama?

—Bien. ¿Por qué?

—¿Qué significa bien?

—Bien. Normal. Pero al que le gustaba el sexo era a él. Habría que preguntarle a él.

—¿Vos nunca se lo preguntaste?

—¿Qué, si le pregunté?

—Si a él le gustaba coger con vos.

—Claro que le gustaba. Si no, no lo hubiera hecho tantas veces.

—¿Y a vos te gustaba?

—Ya te dije. Al que le gustaba era a él.

—¿No se te ocurrió pensar que tal vez él no se casó con vos porque a vos el sexo te interesaba demasiado poco?

Ojos encendidos de odio. Rostro acusadoramente vuelto hacia el interrogador.

—Él no se casó conmigo porque tenía otra. Por eso lo mandé a la mierda y me vine para acá.

CAPÍTULO 3

—Vamos, turco. ¿Me vas a decir que vos podés convertirla en una fiera? Esas minas no se curan nunca. Es una frígida, turco. Una frígida. No te metás en esa, porque la vas a pasar mal. Te va exprimir la poronga, te la va a dejar seca como una pasa de uva, y lo peor es que ni siquiera te va a largar. Esas minas no te las sacás más de encima. Porque la gente cambia de pareja por calentura y una mina así no tiene la más puta idea de lo que es una calentura, tiene la concha para menstruar.

—¿Y por qué se va a quedar conmigo, entonces? ¿Justo con un judío sin guita, una chupacirios?

—Es que vos no parecés judío, turco. Si todo el mundo cree que sos una buena persona.

—Porque no saben que tengo lista una fórmula para hacer jabón con grasa de tano bruto.

—De la que me salvé por haber nacido acá. Un judío haciendo jabón no te debe dejar ni las mollejas.

Alzó los brazos como para expresar gran alarma, puso luego uno de ellos sobre sus muletas de acero, que descansaban contra una silla del bar, y disfrutó su triunfo por dentro, como siempre, sin una sonrisa. Porque para los chistes se ponía serio. Solo para eso. Era su forma de decirle al mundo que la seriedad era una payasada. Mario Schiavechia había nacido acá, por supuesto, como todos los “tanos” y los “turcos” del país, y completamente sano. Pero sus padres tuvieron el mal tino de pelearse justo cuando a él le tocaba darse la Salk. Mientras disputaban sobre quién se haría cargo, creyeron que unas semanas de demora no serían fatales, porque no había una epidemia. Pero se equivocaron. Mario reaccionó a la injusticia combinada de la estupidez paterna y del azar cultivando un previsible escepticismo, pero también con un desclasamiento inusual, que lo llevó a ser un reo completo en una familia muy instruida.

—No te olvides que es una adventista, Mario. Salir con un judío le debe plantear demasiados problemas consigo misma como para que lo haga por mera curiosidad.

—Tal vez no sea por curiosidad. Pero por una calentura escondida tampoco es. Sacate esa esperanza. Eso no existe. La gente se calienta o no se calienta. Y punto.

Peinó para atrás con una mano sus cabellos, asombrosamente lacios para ser tan gruesos, y se quedó mirando un vacío hacia su izquierda, a través de una ventana del bar, pero en seguida volvió a la carga:

—¿Vos le dijiste que sos judío?

—Sí.

—¿Hace cuánto?

—La semana pasada.

—Bueno, entonces podés estar más tranquilo. Todavía te puede largar.

—¡Pero si lo debe haber sabido desde el primer momento!

—¿Por qué?

—Porque cogimos en seguida. Y además pronto supo que me llamo Zevi.

—No tiene por qué ser experta en numismática.

—¿Y qué habrá creído: que el prepucio lo doné a la virgen del Rosario?

—Turco, nos conocemos hace más de veinte años y nunca te dignaste decirme a quién se lo donaste. Así que no te extrañe si ella pensó que la agraciada fue la virgen del Rosario. Todavía hay esperanzas.

—Si me larga seguro que no va a ser por eso. Ella dice que los adventistas se aggiornaron mucho. Dejan que su gente se case con infieles, aunque todavía no les cae nada bien.

—¡Ah, no, entonces estás cagado! No te larga más. Una frígida es más dependiente que una ninfómana, turco, porque se muere de aburrimiento. La mina encontró algo divertido, un turquito que habla idiomas, cuenta historias, la lleva a ver Fellini —¿ya la habrás llevado, no?—, y trabaja de traductor. ¿Vos te creés que te va dejar así no más? ¿Te imaginás lo aburrida que debe ser la Biblia adventista, turco? ¡Por favor!

—Me gustaría creerte totalmente, Mario. Me gustaría que lo que estás diciendo fuera pura verdad revelada. Pero no puedo dejar de pensar que algo de la falla es mía. Ya hice de todo para desbloquearla. Incluso cosas que ni llegué a contarte todavía. Pero a cada dos por tres me viene la idea de que todavía debe haber algo que se puede hacer. Algo que no se me haya ocurrido o a lo que no me haya animado. Vos no me podés entender porque no la viste como yo la vi hecha una gata, una diosa la primera vez, y cómo vuelve a ponerse de nuevo a veces, cuando le agarra la inspiración, o cuando yo la pego en la forma de estimularla.

—Bueno, supongo que también debe haber buenas actrices que sean frígidas.

—No, en este caso eso no corre. Romina no finge para nada. Al contrario, entra en trance. Solo que es un trance que nunca le llega a la vagina, y que la mayoría de las veces es un trance de rechazo, de ausencia, en lugar de aceptación. Cuando le da el de aceptación se le detiene en los ojos, en la cara. A lo sumo le llega a los pechos. Pero donde le llega la transfigura. Te lo juro que la vuelve una diosa...

El tano estalló en una de sus carcajadas francas, abiertas, que sorprendían por la fuerza argumentativa que emanaba de su espontaneidad a quien no supiera que había empleado buena parte de sus últimos veinte años en pulir ese efecto. Entre las gárgaras, dejó oír:

—¡Turco, turquito! ¡Esa diosa la inventaste vos!

—¡Magoya, la inventé yo! Además, está bien, no te digo que sea una diosa. Digamos que hay una diosa que se encarna en ella completamente en algunos momentos exquisitos y que el resto del tiempo se queda como durmiendo a la vista de cualquiera en esos ojos gatunos que tiene, hasta que se despierta si uno sabe mirarla con la fuerza de todo un Olimpo. ¿Ahí la mejoré?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Esa sí que está buena!... No, turquito. La habrás mirado medio

raro en un momento. La mina te contestó con lo mismo. Y los dos se engancharon en un juego de pibes. Ahora cuando se cansan de no poder coger como Dios manda, lo vuelven a jugar. Es nada más que eso. Haceme caso turco, largala que te va a exprimir al pedo.

Finalmente me cansé de discutir y retorné al abatimiento en el que estaba instalado desde hacía varios días. Pero Mario tomó mi silencio como comienzo de aceptación y siguió machacando en caliente.

—¿Cuántas veces se acostaron?

—Qué sé yo. Todos los días...

Puso una cara como si hubiera encontrado una rata entera en su plato de comida.

—¿Qué me dijiste?

—Casi todos los días cogemos. Yo la paso a buscar a la pensión, o pasa ella por mi casa. Como yo ando sin guita y no están dando buen cine, casi siempre terminamos en la cama. Salvo un par de semanas que no cogimos para ver si la abstención la estimulaba.

—¡Turco! Haceme caso. ¡Por favor! ¡Hace tres meses que te la venís cogiendo todos los días, no pasa nada y vos insistís en que el problema podés ser vos! ¡Decile que se haga coger por todo el III Cuerpo del ejército o el que tenga asiento en Salta y si mejora que te venga a ver!

—No te creas que no pensé algo parecido ...

—Sería al pedo, turco. Aunque se la coja un regimiento... Pero decime una cosa, che, ¿es por esa boluda que estuviste desaparecido todo este tiempo?

—Toda apuesta requiere su dedicación...

—Ah, ¿todavía te acordás de eso?

—Es que parecía increíble que esos tilingos de izquierda fueran a hacer algo de una vez. La última vez que hablamos parecía que iba a haber jaleo...

En Mario “esos tilingos *de izquierda*” debía entenderse como “esos tilingos *de la izquierda*”. Porque para él la izquierda solo estaba formada por tilingos, por adictos a la pose y la simulación, por cobardes constitucionales, incapaces de toda rebeldía auténtica, condenados a consolar su impotencia con la sublevación vicaria de otros, siempre otros: heroicos pueblos vietnamitas-metalúrgicos-de-Córdoba-combativos-obreros-de-Villa-Constitución-y-gloriosos-compañeros-de-la-otra-sección, que nunca de la nuestra, porque dentro de todo a nosotros nos va muy bien, que si no, tendríamos que enfrentarnos a nuestro propio jefecito, a nuestros propios patrones, a nuestros propios líderes que tanto nos forrearon y nos forrearán mientras protestamos por la desolación del mundo, tan forreado él. Y yo creía que tenía bastante razón. Pero que exageraba como un cochino. Porque ninguno de nosotros dos podía decir que los izquierdistas eran nada más que eso o que los derechistas fueran menos hipócritas, que respetaran más sus propios valores, sus sacrosantas familias, sus idolatradas lealtades personales, su cacareado coraje. Pero eso lo pensaba yo porque aún era de izquierda. Él la había repudiado a los catorce años, cuando lo echaron de

la Federación Juvenil Comunista por el escasamente ocultable desviacionismo de usar el pelo largo. No tan largo como para que lo encarcelara la policía de Onganía, pero sí como para superar los márgenes de tolerancia de los llamados comunistas. Desde entonces era un “anarco-derechista”, pero acentuaba su anarquismo y olvidaba su conservadurismo cuando despoticaba contra la izquierda.

—Bueno, entonces quedate tranquilo, porque no hicieron nada —le dije.

Pero Mario me sorprendió sorprendiéndose.

—¿Cómo que no hicieron nada? ¿Rajaron a su ídolo y no hicieron un carajo? —la furia anarquista le hacía olvidar que eso había sido exactamente lo que él había predicho.

—Bueno, tanto como su ídolo no era. Barnes era un tipo popular, nada más. Le caía bien a todo el mundo. Pero no era líder de nada. Además, después hicieron correr la bola de que el pibe se estaba garchando a la mina de Gaitanes. Seguro que era camelo. Pero parece que por eso Barnes no quiso apretar a la Interna para que hiciera quilombo. Y aparentemente eso le sirvió de excusa a todo el mundo para dejar las cosas en el aire.

—¿Decían que se garchaba a la mina del hijo? ¿No?

—¡No, qué a la mina del hijo! ¡A la del viejo Gaitanes!

—¡¿Y, turco, cómo querés que no lo rajaran?!

—¿¡Pero, huevón, no te digo que era camelo!?

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque toda la gente razonable, que no son muchos, pero los hay, dicen que todo era un delirio de Gaitanes. Parece que la pendeja se metió en un taller literario que dirigía Barnes. El viejo, que le debe llevar a la piba como cuarenta años, no se lo bancó y eso bastó para que lo rajara.

—Es medio raro que un empresario deje que se filtre una bola así, que lo deja tan mal parado. ¿No te parece?

—Es que ahí nunca se sabe quién hace correr las bolas. Todo es más misterioso que en un ejército. Mirá, a mí me encargaron hace poco traducir un libro de una especie de neonazi repugnante pero inconcebiblemente lúcido y aggiornato para ser conservador, y perdoname por lo que te toca...

—No es nada, turco, los conservadores también tenemos la lucidez de la indulgencia.

—Gracias. La cuestión es que no pude dar hasta ahora con una versión razonable de qué carajo quieren hacer con el libro. A mí me dijeron: “lo necesita Alonso”. Así, a lo misterioso, como siempre.

—¿Fermín Alonso?

—Sí, el sociólogo. Ya dirigió una colección de Turba, hace unos años. Pero yo no supe que se esté por lanzar una nueva colección. Por el tono con que me lo dijo el editor, Mejía, parecía que Alonso simplemente les había pedido que se lo tradujeran porque lo necesitaba él para uso personal. Traté de averiguar si Alonso entiende

alemán, para saber si pudo haber necesitado que se lo tradujeran para leerlo él. Pero no pude. Y no les pregunté directamente a ellos porque esa es siempre la fórmula infalible para que se abroquelen haciéndose los clandestinos. Hay que esperar que se les escape a ellos la verdad. Pero la verdad de Barnes no creo que se les escape nunca.

—¿Che, cómo es eso, hay un editor además de Gaitanes padre e hijo?

—Sí, por lo menos tuvieron ese realismo. Administrar estancias y procesadoras de granos no es lo mismo que editar folletos, libros y videos. Igual, el viejo mete la cuchara absolutamente en todo, por lo que se dice. El hijo no existe. Es un imbécil bulímico. Se supone que es muy bruto solo porque lo apasionan los deportes, no por estúpido. Pero desde que lo conocí viene engordando un kilo por año. Sus famosos deportes deben ser las comidas.

—¿Cómo fue a parar Gaitanes al progresismo?

—No, parece que siempre fue progre. Es un ex republicano español. La versión oficial dice que era un obrero, otros dicen que ya venía de una familia de guita. En todo caso, acá hizo mucho más guita fabricando zapatos en Córdoba. Cuando tus queridos conservadores de toda laya hicieron mierda las industrias urbanas, el tipo metió toda la guita en campos y se convirtió en un superestanciero.

—Pero ¿y por qué Turba?

—Dicen que fue un berretín del hijo, que posa de ex militante, pero tal vez el propio viejo quería volver a la ciudad y no quemarse de nuevo con una industria. En realidad era la solución cantada para los dos. Porque Turba les dio acceso al jet set, que es lo único que les calienta a esta altura del partido. Se mueren por aparecer en televisión, en los diarios, donde sea. Como financian publicaciones, la juegan de intelectuales entre la farándula. Tal vez el viejo haya sido alguna vez menos cholulo. Pero en ese caso el hijo o los campos lo contagiaron hasta la médula. No se pierden una fiesta de la gente que es despellejada sociológicamente en sus publicaciones. De todas maneras para ellos fue una pegada también comercialmente. Turba les dio cualquier cantidad de guita.

—Bueno, ponete contento, que estás en una empresa sólida. Hoy en día eso no le pasa a cualquiera.

—Sí, eso me gusta... y no solo eso. Toda la idea de la editorial en cuanto a publicaciones me parece buena. Gaitanes aterrizó de afuera, sin tradición ni experiencia en el rubro y por eso lo renovó increíblemente, tanto por los productos que sacó como por los contenidos, que ayudaron a renovar bastante a la izquierda. La gran estructura, mezcla de editorial de libros y productora de textos periódicos y folletos, la tomó del Centro de Estudios para el Progreso Latinoamericano, que en su época de gloria llegó a tener más de cien personas. Por eso Turba como editorial es enorme, tiene tres secretarios de redacción en planta, además de los directores de colección de afuera. Gaitanes añadió la figura de un lector en planta, además de los externos, que leía de todo. Folletos y revistas extranjeras, y libros. Lo que se le

antojaba. Era Barnes. Pero además Gaitanes añadió cassettes, videos, una estructura de diagramación fuerte para mejorar las presentaciones, y una diversificación enorme de contenidos. Publica desde novelas hasta libritos humorísticos. Con un toque por cada costado hizo algo totalmente distinto, nuevo. Pero es la renovación del vikingo. A hachazos. De las puertas para adentro todo es más bien la copia de lo que dicen criticar. Es la verticalidad absoluta. Y de los salarios, ni hablar. Con el cuento de que era empresa nueva empezamos con sueldos no tan malos como para que no pudieran tomar a nadie, pero suficientemente modestos para que buena parte del personal solo entrara para hacer sacerdocio editorial. Solo que desde entonces están haciendo guita a carradas y seguimos igual.

—Turco, es una empresa. ¿Qué querés?

—No tiene nada que ver. Hay empresas de los colores más diversos que no son tan jodidas. Creo que es más cuestión de tradición nacional o continental. Pero además acá mismo la cosa no es siempre así. Mirá el propio Centro de Ediciones para el Progreso Latinoamericano.

—Así le fue.

—¿Tu ídolo Onganía no tuvo nada que ver con que se fuera al bombo?

—¡Pero si surgió gracias a Onganía!

—Sí, gracias a que echó a carradas de profesores de la Universidad, por eso algunos tuvieron que ponerse a editores. ¿Videla tampoco tuvo nada que ver?

—Ese no es mi ídolo.

—Ah, no, así es fácil. Bancátelo que es de tu bando... ¡No, pará loco, qué hacés, que esas muletas son durísimas! ¿Dónde fue a parar tu indulgencia conservadora? ¡Está bien, está bien! ¡Abajo Videla, abajo Massera, viva la santa cofradía de los fachos no asesinos! ¡Viva el inocente Pinochet! ¡No, guarda, loco! ¡Está bien! ¡Está bien! Me retracto, me retracto... En realidad tenés razón, no sé por qué me las agarré tanto con los Gaitanes, si en realidad todavía no estoy seguro de si lo que me jode más son ellos o la gente. Al final no te terminé de contar cómo fue que se borraron con lo de Barnes, fue increíble.

—Dale, soy todo oídos.

—Pero dejá quietas las muletas.

—Concedido.

—¿Te acordás que la última vez que hablamos yo te había contado que se iba a hacer una fiesta para lanzar un petitorio para que lo reincorporaran?

—Sí, hasta ahí me acuerdo.

—Bueno, la fiesta se hizo y salió muy bien. (Dicho sea de paso, ¿sabés que fue incluso después de esa fiesta que me acosté con Romina por primera vez?). Para mí fue muy importante porque por primera vez en ocho años pude relacionarme con todo el mundo, a pesar de ser sapo de otro pozo. Hubo una miniasamblea tensa al comienzo de la fiesta, pero después de que se aprobó hacer el petitorio la joda siguió muy bien. Una maravilla, en realidad. Pero todo duró muy poco, o casi nada. Tanto lo

político, o más bien lo sindical, como lo humano. Habrá habido unos tres días de entusiasmo, hasta que entregaron el petitorio. Lo firmaron casi todos. Y muchos se creyeron en serio que Gaitanes lo iba a reincorporar a Barnes. Pero Gaitanes hizo como si no se le hubiese entregado nada.

—¿Y eso qué tiene de increíble?

—Pará, te estoy contando... Lo increíble es que la gente hizo exactamente lo mismo. Pero lo mismo, ¿eh? No te estoy exagerando. Pasados los tres días de la recolección de firmas, no se mencionó más el tema para nada. Los últimos dos días de la recolección de firmas fue cuando corrieron los rumores y contrarrumores sobre la mina de Gaitanes y Barnes. Después ni mu. Nada. Como si no hubieran presentado ningún petitorio. Y eso que lo firmaron todos. Salvo algunos jefes. Yo no esperaba tampoco que lo agarraran a Gaitanes a patadas. Pero se les fue la mano. Si ni siquiera la creía nadie, la historia de polleras. A lo sumo los más jodidos pensaban que Barnes habría hecho algo que no se podía contar. Hasta el día en que se entregó el petitorio todos seguían jurando que había que defenderlo. Al día siguiente, silencio total... ¿Vos sabés?, a mí mismo me había parecido que todo lo del petitorio podía no ser más que el producto de una noche de joda. Las fiestas son como espectáculos, como películas en las que uno mismo se mete: te quiebran lo cotidiano y te pueden hacer creer por un momento que vos y el mundo dan para cualquier cosa, hasta que dormís un poco y todo vuelve a ser la misma mierda de siempre. Yo pensé que podía pasar eso, y luego la gente iba a encontrar la forma de borrarse. Pero no de una manera tan alevosa. No podía entender cómo a nadie le daba vergüenza haber fantaseado colectivamente poco menos que con la toma del Palacio de Invierno, haber estampado la firma en una demanda concreta y después pasar días sin mencionar el tema siquiera tangencialmente. ¿Y sabés lo que dijeron cuando volvieron a hablar del tema, como un mes después? ¡Que todo era de lo más lógico, que habría sido absurdo que lo hubieran reincorporado después de haberlo despedido! ¡Tendrías que haberle visto las caras, repitiéndose con lógica de mogólicos que si hubo despido no podía haber reincorporación! ¿Te das cuenta, tano? ¿Se puede ser tan boludo para no entender que por algo se debe haber inventado el verbo reincorporar?

—Turco, la lucha de clases no es un ejercicio de análisis gramatical.

—¡Ma' qué lucha de clases, tano! ¡Lucha de ovejas! Ahí son todas ovejas que tienen como pastor a la oveja más pícara del rebaño, el viejo Gaitanes, que está haciendo la mosca loca con sus publicaciones "progresistas" para después poder pavonearse bien gordito entre la farándula. No es que no entiendan. Es que tienen más cagazo que cabeza.

—Turco, ¿qué esperabas, la revolución en Turba?

—¡Qué revolución ni qué carajos! Pero no se puede pasar de la noche a la mañana de decir que se puede hacer de todo a fingir que se sabía que no podía hacerse nada. Si hasta se iban a formar grupos para preparar la supuesta campaña por Barnes.

—Vos lo dijiste, turco. Pasaron de la noche a la mañana. Si vos mismo me acabás

de decir que la noche es para la fantasía. ¿Qué hacían los salvajes de noche alrededor del fuego? ¿Preparaban lo que iban a hacer al día siguiente? ¿Planificaban el trabajo, la caza, la pesca? No, turco, vos sabés que no. Se contaban historias. Historias de espíritus y de aparecidos, de magia, del mundo de los muertos. Esos ritos no los preparaban para enfrentar el día siguiente, los preparaban para dormir, para soportar ser nada como todos todavía lo somos, y poder soñar. Si los salvajes hubiesen pensado que podían cazar al día siguiente como cazaban los héroes de sus relatos, con armas mágicas y ayudas fantásticas, se habrían muerto de hambre, y hoy no estaríamos vos y yo charlando en este bar. La magia es divertida mientras no te la confundís con la realidad, turco.

—No me vengas con filosofías. No estoy hablando de la épica mundial, ni de los sueños telúricos de los zulúes, ni de tocar el cielo con las manos. Te hablo de un puto petitorio, de un recontramiserablerrequeteemputecidito mamarracho de cinco líneas y menos de cien firmas, que se perdió en la nada con más magia que la que vos me atribuís a mí y a los zulúes juntos.

—Turco..., ¿sabés lo que me vas a decir ahora?

—No.

—¿Sabés lo que me vas a decir ahora, turquito?

—No, dale, decime.

—Ahora me vas a decir que vos no querés que la adventista se vuelva una diosa Shiva del amor, que vos solo querés que tu chupacirios congelada tenga un archi rrequeteemputecidito orgasmito de Walkiria que le ponga rubios los pelos de la concha...

—¡No, para nada! Un orgasmo puro y simple, como Dios manda. Y con la concha más negra que alquitrán, si es por eso.

—Dios no manda tener orgasmos, turco. Manda rezar mucho, apartar los malos pensamientos, casarse y tener cristianitos, muchos cristianitos, turco, de esos que tanto te gustan a vos. Bien negritos, en este caso, por lo que puedo suponer.

—Chupame un huevo, tano. A vos tampoco te gustaba tener hijos.

—No, pero me aggiorné. Hice mi perestroika y ya tengo tres.

—Más que perestroika hiciste la que quiere hacer Yeltsin, tano, una señora restauración.

Mario soltó finalmente una estentórea carcajada. De los chistes de los demás sí se reía.

—¡Turquito! No seas malo, no seas así. Si vos sabés que a mí me gusta Gorbi —y seguía desternillándose de risa, paladeando por anticipado el defenestramiento que solía augurarse para el primer comunista presentable.

—A la Thatcher también le gustaba Gorbachov.

—¡Y si la Thatcher era un genio! La voltearon de boludos. Todo el mundo hace ahora lo de la Thatcher. Aggiornate, turquito, haceme caso. No te amargués porque los de Turba se hayan quedado en el molde. ¿Qué iban a hacer? ¿Un quilombo? Al

primer amago Gaitanes hubiera cerrado el kiosco. Le daba una patada en el culo a todo el mundo y ponía una pizzería en la Recoleta para la farándula, como decís vos.

—¿Ahora me vas a defender a los de Turba?! Hace un rato me decías que eran unos cagones y despotricabas porque habían dejado a Barnes en la estacada.

—¡Es que son unos cagones! Los progresistas son siempre unos cagones, turco. El nombre ya te lo dice todo, Turba: atacan en manada o se cagan en las patas.

—No, para mí es al revés. A mí el nombre me irrita exactamente por lo contrario, por fingir un coraje que no existe. Para la gente que nunca estuvo en una manifestación la masa o la turba son sinónimo de cobardía. Pero para el que estuvo en muchas los cagones son los uniformados que te cagan a gases, a tiros o a bastonazos. A todo el mundo, incluso a la gente que en este país forma una masa a cada dos por tres, la masa le parece vulgar porque se supone que actúa fácilmente por imitación. ¡Pero por lo menos la masa se imita a sí misma! O imita a otros, y por lo tanto puede cambiar, puede crear. La policía o el ejército que la reprimen son un solo uniforme que no cambia nunca porque solo acata órdenes, como hace todo el mundo en la mayoría de las empresas de este país, y así nos va. Lo lindo de Turba es que alude a una masa que no es una copia de un ejército, como la de los desfiles del Primero de Mayo en la Plaza Roja, o como el plantel de casi todas las empresas de este continente. El diccionario dice, Turba: una multitud desordenada. Es todo un programa.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Un programa para qué, turco? ¿Para saquear un supermercado? ¿Para hacer un pogrom?

—No me jodas, Mario. No me vengas a correr con esa. Por supuesto que no hay programa. Nadie tiene programa para nada a esta altura del partido, ni en la derecha ni en la izquierda, a menos que esté loco o sea un chupacirios religioso o marxista. Pero quise decir que es una idea que sirve como todo un programa, una sugerencia de síntesis del individualismo y el colectivismo, de la justicia y la libertad, una intuición o como lo quieras llamar. ¿Te creés que el pogrom organizado, prolijo, ordenado por un tipo, solo, tranquilito desde su escritorio es mejor que uno desorganizado, anárquico, cometido por una turba? No me compares un individuo civilizado con una masa de canallas, compárame la masa de canallas con un solo tipo, pero que también sea canalla. Y ahí vamos a ver cuál es peor. ¿Qué pogrom de la historia fue peor que el del individuo Adolfo Hitler aplicando organizadamente su delirio? La gente se olvida siempre de que la cosa se puso pesada de verdad en Alemania después, no antes de la Noche de Cristal, es decir, cuando la pararon con los pogroms supuestamente anárquicos de las turbas antisemitas y el individuo Hitler tomó las cosas más directamente en sus manos y creó los campos de concentración.

—Yo no te comparé nada con nada. Pero por más vueltas que le des no me vas a convencer de que el caos es más saludable que el orden, turco. Querés inventar la rueda cuadrada.

—Bueno, justamente, ahora se está descubriendo que hay un orden de la gran

puta en el caos.

—¡Ja, ja! ¡Seguro, un orden de la gran puta!

—Te digo en serio. ¿No leíste el otro día el suplemento científico de *Diario Argentino*? Está dedicado a la teoría del caos. Empezó en meteorología y mecánica clásica y ahora está por todos lados. En medicina, en mecánica cuántica, en lo que sea. Te ponen una pelotita rebotando adentro de una caja hermética irregular, sin rozamientos, y te dicen: el movimiento es rigurosamente determinado, obedece a leyes necesarias, pero si la dejás rebotar bastante tiempo no hay computadora ni dios que te pueda calcular dónde carajo va a estar al cabo de un buen rato. El movimiento se vuelve impredecible. O más bien solo predecible en términos probabilísticos, como el clima, y tenés que considerar la pelotita como si fuera una nube de gas. Ni qué hablar si empezás a sumar más pelotitas. Pero siempre se puede descubrir a largo plazo un cierto orden, una ley del caos.

—Turco, turco... Ya me lo imagino ese orden...

—No, te digo en serio, Mario. Te voy a conseguir ese suplemento. Es una belleza. Trae fotos en colores de algunos fractales, que son las figuras con las que se puede representar ese orden que se manifiesta a lo largo del tiempo en cualquier fenómeno caótico. Ahora está muy de moda. ¿No viste que todo el mundo rompe las bolas con la mariposa de Pekín?

—Ah, sí, eso lo leí varias veces.

—Es por una frase que dijo un tipo para ilustrar cómo en un sistema que entra en un proceso de tipo caótico las pequeñas causas pueden resultar magnificadas por la interacción con el resto de los componentes hasta generar grandes efectos. El tipo dijo que el aleteo de una mariposa en Pekín puede desencadenar minúsculas turbulencias que terminen desatando por amplificación un huracán en San Francisco. Me gusta como síntesis superadora del individuo y la masa: sin aleteo no hay huracán. Pero solo a una mariposa con delirios de grandeza paranoicos se le puede ocurrir que ella provocó el huracán.

—Turco, si seguís así vas a terminar teniendo futuro en Turba, ¿qué te quejás? Cuando llegues arriba lo convencés a Gaitanes de que cambie el nombre de Turba por el de Turba Caótica y ya está. ¿Qué más querés? Y si te da plenas libertades le ponés directamente Masas en Pleno Estado de Despelote... No te rías, no te rías... Yo también hablo en serio.

—Es que me encantó tu propuesta de Masas en Pleno Estado de Despelote... De veras que me gustaría ver al menos un periódico con ese nombre. Pero Turba me parece mucho mejor. Solo que en Turba el nombre es una pose, un camelo. Y no solo el nombre. Hasta la propia militancia de los que laburan ahí es un camelo. Se supone que todos fueron grandes militantes, y por eso cumplen disciplinadamente el sacerdocio progresista, sin quejarse por el verticalismo o pedir aumento de salarios. Pero los únicos que parecen haber militado son unos dos o tres que no pinchan ni cortan, o los que terminaron yéndose. La mayoría de los que quedaron son demasiado

pendejos para haber militado en nada.

—Yo oí siempre que eran mezcla de ex erpios y maoístas.

—No, eso es la mitología. Hay dos o tres jefes que hacen todo lo posible por dar a entender que estuvieron en alguna de esas. Pero cuando los oís hablar es evidente que tocan de oído. Como no tienen mucha idea del marxismo tienen que insinuar un pasado militante. Es como con Gaitanes Junior. Se supone que es bruto porque hace deportes. En ellos se supone que no tuvieron tiempo para leer ni siquiera el Manifiesto Comunista porque militaban mucho. El único tipo que tiene idea de algo es Mejía. Un viejo cuadro del PC, que pasó después brevemente por el ERP. Sin él Turba no existiría. Pero lo puentean todo el tiempo. El que manda es Gaitanes... Mejía es una rara avis. Un ex profesor de historia, más frío que una daga. Medio aindiado, con barba, que mira a todo el mundo no con indiferencia sino con una especie de desprecio activo. Nadie lo quiere. Pero yo le tengo gran simpatía. Porque me da una cierta garantía de cultura, y como de adultez. Hay otra gente culta en Turba, pero en general con mucho menos manija que él todavía.

—¿Pero la gente en general, en qué anda?

—En nada. ¿En qué va andar, tano? Por el ochenta y dos, cuando se fundó la empresa, era tácito que todo el mundo que laburaba ahí tenía que ser “revolucionario”. Sin militancia pero leninista. ¡La cara que me pusieron cuando les dije que yo era reformista y socialdemócrata, que mi ideal político era una cruz de PSD alemán y los verdes! Me compraron por trotsko, haciéndose los magnánimos, con indulgencia de stalinistas aggiornados, y les resulté un sucio reformista. Juraría que más de uno pensó que yo era cana. Ahora hace años que son todos socialdemócratas de la primera hora. Y a mí me da ganas de ir a laburar con el martillo y la hoz en la solapa, como ibas vos al colegio en los tiempos de Onganía, Mario.

—Pero, turco. Es justamente lo que te digo siempre. Todo en los progresistas es una pose, por eso desaparecen del mundo. Hacés el mismo diagnóstico que yo, pero te resistís a sacar las conclusiones.

—Ah, no. Ni mamado. No es el mismo diagnóstico.

—¿Cómo que no?

—Yo antes de quedarme sin nada, prefiero la pose. Prefiero la pose progresista a la reacción.

—Turco, ahí sí que te desconozco. ¿Preferís la hipocresía a la verdad? Me hiciste pasar decenas de noches en vela cuando estábamos en el Mitre dándome la lata sobre la autenticidad, la sinceridad, la ciencia, la verdad. Y ahora te cagás vos también en las patas. Ahora ya está, ya se sabe qué es camelo y qué es verdad. Ahora podés optar por tomar las cosas tal como son. Ya se experimentó con el socialismo y ya se sabe qué dio.

—Mirá, dejame contarte algo sobre la hipocresía. Hace un par de años conocí en una fiesta a un brasileño que estuvo viviendo un tiempo por acá. El tipo era blanco, de izquierda, muy macanudo. En la fiesta la gente le preguntó cómo se vivía allá el

tema racial. El tipo contestó que el tema estaba totalmente “reprimido”. Que reinaba una hipocresía total, porque todos trataban bien a los negros de la boca para afuera, pero en el fondo los despreciaban. Salvo una vez al año cuando venía el carnaval. Entonces pasó algo muy raro. Unas minas bien chetas, que seguro que si ven a un morocho por acá salen corriendo, empezaron a despotricar contra esa hipocresía. Me dio una tremenda vergüenza ajena. Las chetas del barrio norte daban desde Argentina cátedra de crisol de razas a un país que mal que bien terminó no solo dando mixturas de todo tipo sino gestando toda una cultura donde el elemento negro es el central. Yo le dije entonces al brasileño que prefería esa hipocresía que había en su país que la costumbre que hubo durante décadas en Argentina de llamar cabecita negra a cualquiera que tuviera una gota de sangre indígena.

—¿Y eso a qué viene?

—A que también prefiero que por cualquier razón o presión social los patronos se vean obligados a tratar bien a la gente, en lugar de que se puedan cagar en ella en nombre de la franqueza... Pero además hay algo que no entiendo, Mario. No sé por qué si vos lo ves así no lo admirás a Gaitanes. Tendría que ser tu ídolo. Si puede cerrar el kiosco y darle una patada en el culo a todos es que es otro seguidor de la Thatcher. Es un verdadero líder empresario a tu gusto.

—¡Ni por asomo! La Thatcher siempre tuvo las pelotas de decir agua va y te mandaba agua, turco, vos sabés que te mandaba agua. Te empapaba. Por eso con ella la gente sabía a qué atenerse y todo marchaba bien. Tuvo legiones de imitadores en todo el mundo. Gaitanes hace la guita vendiendo un vino adulterado que le nubla la cabeza a todo el mundo, pero en casa, si hace falta, los va a empapar a todos con agua de la canilla sin decir ni mu. Un tipo así no es un líder. Es un loco, un peligro. Ese sí que está jugando al carnaval. Por eso, turco, haceme caso. Quedate en el molde que te van a empapar. Seguí si querés con tu mariposa y tu turba caótica. Pero no hagas quilombo. Te lo digo en serio.

—¿Y quién te dijo que yo no me quedo en el molde? Yo solo...

—Sí, ya sé, solo puteás. Pero ya te veo venir, metiéndote en un quilombo con la misma obstinación con que buscás hacer orgasmar al pescado congelado que te enganchaste.

—Quedate tranquilo, tano. Yo los orgasmos los busco solo en la cama. Los de la revolución no me interesan.

—Pero es que es lo mismo. Los que tratan de sacarle peras al olmo la pasan mal, tanto en las barricadas como en la cama. Dejáte de quijotadas horizontales y verticales. ¿Por qué mejor no te casás?

—¿Contra quién, tano?

—Con tu puritanita. ¿Con quién te vas a casar?

—Ahí sí que la hiciste linda. Estuviste más de una hora tratando de convencerme de que la largue y ahora querés que me case con ella...

—Casate o largala, turco, da lo mismo. Pero no rompas más las bolas con el

orgasmo porque van a terminar los dos en un loquero.

CAPÍTULO 4

Los meses que siguieron al despido de Barnes quedarían más tarde en mi memoria como un oasis de paz. El mundo de Turba se había llamado nuevamente a sosiego, y entre Romina y yo habíamos terminado por labrar una rutina que tapaba con un manto piadoso de pequeñas satisfacciones la angustia recurrente de nuestro desencuentro fundamental. Habrán sido como seis meses en los que no pasó literalmente nada, ni para bien ni para mal, al menos en lo que hace al mundo real. Los días se confundieron en una sucesión apacible de salidas al cine o a cenar, de encuentros con los amigos, que terminaron por conocer a Romina como mi presunta pareja definitiva, de páginas traducidas con el distanciamiento profesional de quien ha dejado de creer que un libro puede torcer el rumbo de alguna cosa.

Pero lo que desde las turbulencias posteriores aparecería en retrospectiva como una tregua, como un respiro capaz de desatar la mayor nostalgia, evocó en su momento más la inmutabilidad opresiva de una cárcel que la monotonía complaciente de una felicidad vulgar. Fueron días de angustia, de ensayo y error, de búsqueda desesperada. Quería lograr un cambio en mi situación que me permitiera terminar de recoger una felicidad que asomaba provocativa al alcance de la mano y se retiraba indefectiblemente cada vez que yo hacía un gesto para alcanzarla. Mi vida hasta entonces no había sido un reguero de satisfacciones, pero tampoco había parecido ofrecerme mucho. Ahora me ofrecía o simulaba ofrecerme casi todo lo que más había deseado, y me hacía sentir así por primera vez plenamente responsable de mi infelicidad.

Apremiado por ese sentimiento de culpa ante el propio fracaso y por la promesa de satisfacción reluciendo en los ojos de Romina y en el puesto de lector inesperadamente vacante en Turba, estaba dispuesto a cualquier esfuerzo y a cualquier cambio. A empezar desde cero para reconstruir mi personalidad completamente si era eso lo que necesitaba para alcanzar la paz. Ya no había nada en mi personalidad que me pareciera irrenunciable. Mi propia ideología estaba en suspenso desde hacía bastante tiempo, había empezado a estarlo aun más desde que había conocido a Romina, y el entusiasmo sindical en Turba se había esfumado tan rápido como había aparecido. Confiaba en que bastaría con seguir la orientación de mi intuición para evitar hacer algo de lo que luego pudiera arrepentirme demasiado, o que me resultara tan ajeno que solo pudiera realizarlo mal.

Pero pronto descubrí que no bastaba con mi disposición, por más osada que fuera, porque el sentido de los cambios necesarios no era tan evidente como había parecido al comienzo. Adoptando una dureza agresiva que antes me hubiera resultado inconcebible había logrado entablar con Romina, desde aquel domingo extraño, una relación completamente diferente de las que había tenido con otras mujeres. Era una relación más directamente sexual, de mayor atracción mutua, y mucho menos parecida a una mera amistad o a un compañerismo con cama incluida. Ella misma

contribuyó a subrayar ese carácter al hacerse colocar ya al poco tiempo un espiral, algo que su Iglesia no condenaba pero que para ella representaba una complicación que nunca había pensado que iba a necesitar resolver. Pero paradójicamente esa relación tremendamente sexualizada se daba con una muchacha que aparentemente nunca había disfrutado del sexo y que aun conmigo solo lograba, entre cada período de frigidez absoluta, una excitación extraña, distante, difundida en todo el cuerpo, en los ojos, en los pechos, o en algún rincón insondable de su alma, pero nunca suficientemente focalizada en su vagina como para acercarse al orgasmo.

Dediqué semanas a explorar metódicamente la geografía de su sensibilidad, e infinitas charlas a sondear el mundo de sus fantasías, y solo encontré desiertos o espejismos tan fugaces como su excitación. Pero siempre que mi deseo estaba a punto de morir de sed, volvíamos a embarcarnos en una danza excitante, de tigresa y domador, de esclava y amo. Intentaba hacerle una caricia, me rechazaba. La traía hacia mí justo con la violencia necesaria para sacarla del encierro de su terquedad, se plegaba aún arisca, indócil, reservándose en el entrecejo fruncido, en las comisuras despectivas de sus labios, el derecho a una protesta íntima pero esencial. Debía esforzarme en ver en esos signos mudos de una protesta latente la señal auspiciadora de que había logrado quebrar su indiferencia fundamental. Y muchas veces la esperanza se confirmaba. Seguía forzándola, la besaba con brusquedad, tirándole del pelo hacia atrás o con algún otro gesto de dureza o desprecio, y la protesta latente se convertía en gemido, el ritual del sexo podía empezar. Al comienzo fue eso todo lo que pude lograr. Pero con el paso de los meses los gemidos fueron convirtiéndose en una rápida introducción que daba paso a las palabras.

Romina, que había ostentado en un comienzo un récord imbatible de parquedad, se deshacía entonces en palabras, casi siempre las pronunciaba con tan inesperada convicción y calentura que salían de su mutismo habitual como rompiendo una cáscara de simulación para sacar a luz una verdad remota y deliciosamente bestial.

“¡Qué macho sos!”. “¡Qué hombre!”. “¡Qué bien puestas tenés las bolas, Ricardo!”. Largos meses me tuvo obnubilado con esas frases, pronunciadas en los precarios picos de excitación, entre beso y beso, entre el ir y venir de nuestros sexos, con el asombro de un descubrimiento, como si en esos meses, esas semanas, esas horas, hubiera estado poniéndome a prueba con una frigidez fingida, para ver si yo satisfacía cifrados requisitos naturales que me abrirían las puertas de su verdadera sexualidad. Pero pese a la aprobación contundente de sus palabras, las puertas no terminaban de abrirse jamás. Apenas se entreabrían, insinuaban, hacían más imaginar que vislumbrar. Y cuando uno se cansaba y empujaba los portones, decidido a quebrantar de una vez la voluntad propia y la ajena, la magia se quebraba como un juguete descompuesto, un mecanismo delicado al que no se había sabido destrabar. Bordeé la violencia verdadera, las bofetadas, las amenazas, los castigos en la frontera de la virtualidad erótica y la burda realidad, y si no entré muy de lleno en el campo despojado de los actos, si todo cabalgó en esa época más sobre la fantasía y las

palabras que sobre la acción, fue porque ya en el umbral de los hechos se veía que cada dirección conducía a un callejón sin salida, a poco que uno comenzara a transitarla.

Creo haberlas transitado todas. Cuando el camino del amo se me cerraba, no dudaba en recorrer el del esclavo. Ya no la llamaba mi hembra, ni mi esclava, ni mi puta, sino tal como la sentía en esa nueva sintonía: mi diosa, mi ama, mi señora. Ya no la sometía a la ley de mi deseo sino que descendía a sus pies a buscar la dictadura de todos sus caprichos, el gobierno de sus más despectivos olores, el régimen implacable de sus ojos y su sangre. Si un desacuerdo surgía a lo largo del camino, no huía hacia atrás, sino hacia adelante. Me plantaba ante los ojos glaciales que habían perdido la inspiración de la hora y los exhortaba a buscar en el pasado la furia y el viento, a resucitar la sed de venganza, a tomar el desquite por la hombría que había pasado aplastando voluntades por su cuerpo. “¡Pegame!”, le decía, le imploraba, le ordenaba.

Ponía mi cuerpo, aún endurecido por la luz de las primeras palabras sumisas de ella, al servicio de su aroma de hembra primordial, mi cabeza de macho alumbrado por sus primeros asombros se inclinaba ahora a merced de lo que la dueña quisiera mandar. Pero la orden no llegaba. El ama no mandaba nada. La mano no levantaba vuelo, y la bofetada moría en un manotazo perezoso. ¿Porque esa diosa la inventaste vos, turquito? No, porque los coros necesitan al menos de dos voces para funcionar, y yo no lograba enseñarle a cantar. Privada de su eco, mi voz enmudeció. Todo se volvió aun más repetitivo y monótono. Hasta mi propio deseo inveteradamente caudaloso terminó secándose en los desiertos de Romina.

Tal vez ahí fue cuando comenzó nuestra verdadera historia. Primero recurrí a lo obvio. Acepté lo que cualquiera hubiera sugerido, aun sin tener la facilidad de juicio de quienes opinaban sin terminar de ponerse verdaderamente en mi lugar: decidí separarme. Pero lo que siguió a partir de esa decisión terminó de convencerme de que algo especial había en esa relación. Algo que no podía encararse con la ligereza de un enfoque habitual.

Estábamos en una pizzería cuando le dije por primera vez que teníamos que terminar. Había elegido que fuera ahí, después de una salida al cine, para estar lejos de mi periscopio, como ella había empezado a llamar cariñosamente a mi departamento. Quería que hubiese la menor carga de nostalgia posible en la situación para facilitarnos a ambos las cosas. Ni siquiera le avisé que esa noche habríamos de hablar de algo especial, porque temía que ella se ilusionara pensando que podía ser una buena noticia. No me equivoqué al suponer que esa confusión habría sido posible, porque cuando empecé a hablar el rostro se le heló como si estuviesen anunciándole la tragedia más inesperada. Miró petrificada hacia un punto que estaba más allá de mis ojos, en la línea de fuga de mi persona, allí donde tal vez suponía que se encontraba mi alma o el manojito de neuronas responsables de lo que le estaba diciendo, y dijo, con la primera voz quebrada que le conocí: “¿Pero por qué, mi amor,

por qué?”. Apenas tuve tiempo de volver de mi asombro por esas palabras — incomprensibles después del monólogo interminable que yo había usado para exponerle mis razones, para glosar nuestras incompatibilidades— cuando la adventista me sorprendió mucho más brindándome una imagen que nunca pensé que iba a llegar a contemplar. En sus ojos de esfinge, que ya me había acostumbrado a imaginar como esculpidos en el hielo, unas lágrimas comenzaron a formarse, y mientras la terca rigidez de su garganta lograba repetir como un dispositivo de defensa automático la pregunta del por qué, un diminuto torrente de llanto rodó por primera vez ante mis ojos por las mejillas de piedra de Romina.

Para mí, el sacudón fue tan grande que abandoné instantáneamente mi propósito de dejarla. Una hembra que parece moldeada en un témpano no necesita deshacerse en lágrimas para derretir a cualquiera. Le basta con una mínima señal de que el llanto le es posible para provocar la impresión de que ha ocurrido una conmoción demoledora en los cimientos de la vida. Si me demoré aún unos minutos en proclamar mi retirada fue solo para seguir disfrutando —aun dentro de la infinita tristeza que me inundaba— del descubrimiento inefable de esa insospechada sensibilidad al abandono, que casi era suficiente para consolarme por la falta en Romina de otras sensibilidades más útiles para unir dos destinos.

Pero el llanto silencioso y corrosivo de la adventista demostró ser aun más fugaz y elusivo que su calentura. Mucho antes de que yo decidiera mostrarle que sus lágrimas habían ganado la batalla ella había descontado ya el pagaré de la victoria y se había gastado el monto íntegramente en el tendido de nuevos distanciamientos. Tras un momento de vacilación y cálculo, comprendí que ya era tarde para intentar hacerla llorar de nuevo. De modo que busqué la confirmación de aquella señal vital allí donde al menos episódicamente había logrado antes encontrarla, en la inusual sexualidad de Romina.

La obstinación tuvo su premio. Inusitadamente, ella reaccionó desde el inicio incluso a la aproximación sexual tierna, que la dejaba habitualmente indiferente. Y luego, el recurso rutinario a los esbozos de violencia, usualmente imprescindible para sacarla de la indiferencia, permitió alcanzar nuevos picos de respuesta, como si antes esos gestos se agotaran en su función de precalentamiento y ahora, suplida de un modo aun más radical esa función por la amenaza de la separación, pudieran desempeñar un rol de combustible de mayor aliento.

Creamos así una nueva rutina, donde mi impostación viril se iba desgastando a medida que disminuía la respuesta de Romina y mi consecuente desánimo desembocaba inevitable en un anuncio de separación. Ella me convencía entonces con sus lágrimas de que todavía era capaz de sentir algo, y recomenzaba un nuevo ciclo, dominado por la ternura, que daba luego lugar al crecimiento de la simulación violenta a medida que aquella iba obteniendo menos resultados. Digamos: hielo > cachetazo > suspiro > beso > hielo > separación > lágrimas > beso > suspiro > hielo.

Al comienzo, cada eslabón de la cadena se las ingenió para intensificarse un poco,

sin desmedro de los otros, como el espacio creciendo simultáneamente entre todas las galaxias en las teorías de la expansión del universo. Pero basta contemplar esa secuencia para comprender que, aun con un crecimiento generalizado, a la larga predominaba el hielo. Por eso, entre los otros eslabones, el que le siguió en crecimiento fue el que nacía del hastío: la separación.

Como el cachetazo; la separación dejó un día de ser un esbozo, y tuvo un desarrollo casi acabado. Incluyendo el surgimiento de otra relación. Nos separamos de verdad dos veces en ese período que podríamos llamar de nuestra prehistoria. Y en la segunda conocí a Eugenia.

Eugenia McCaffrey significó para mí unas vacaciones de Romina Sánchez tremendamente intensas. Pero así como todas las vacaciones profundamente logradas generan después de cierto tiempo una enorme necesidad de retornar al trabajo, el paso de Eugenia por mi vida me dejó el alma limpia de dudas y dispuesta a recibir una vez más y para siempre la presencia corrosiva de Romina.

Eugenia era ligeramente rubia, tirando a rojiza, un poco pecosa, de piel lechosa y con un aroma entre de beba y de adolescente que tal vez fue lo que terminó dejándola fuera de juego. Al comienzo, todo eso jugó decisivamente a su favor. Todo en ella era un descanso de los interminables meses de esfuerzo que me había llevado establecer una relación mínimamente vivible con Romina. Su cultura de hija de profesionales de clase media. Su frescura abierta al diálogo. Su capacidad de escuchar desde el inicio en una sintonía similar a la de las palabras que le llegaban. Su disposición natural al orgasmo, sin una intensidad particular, pero también sin complicaciones que exigieran a su partenaire la adquisición de un arte recóndito. Su compañerismo apenas matizado por diferencias generacionales, que la hacían partir inopinadamente en busca de su independencia cada vez que la aproximación amenazaba con volvérselo excesivamente viscosa, ese compañerismo insobornable que le permitía retomar rápidamente para desmentir el distanciamiento con ternura a flor de boca cuando mis 36 años comenzaban a alarmarse.

Eugenia tenía veintidós, dos menos que Romina, y yo no dudaba de que si mis amigos la conocían la juzgarían mucho más linda que Romina. Y sin la menor duda, mucho más “normal”. Porque, salvo su izquierdismo, desactualizado para la década que comenzaba y que tal vez explicaba que hubiera atracado en mí, todos sus registros se daban siempre entre los valores medios de cada escala. Ni tan fría, ni tan caliente, ni tan culta, ni tan inculta, ni tan adulta, ni tan niña. Ni tan tan, ni muy muy en nada. Pero ni mis amigos ni nadie de mi entorno pudo conocerla. Porque a los dos meses me cansé de soñar que cogía con Romina y de pensar en ella para poder coger con Eugenia, y la fui a buscar.

Romina nunca fallaba cuando la tensión a su alrededor llegaba al máximo. Separaciones, tempestades, reencuentros y otros cataclismos la arrancaban de su letargo. Me recibió con una alegría tan poéticamente auténtica que me convencí de que algo maltenía que andar en mi cabeza como para que hubiera pensado en dejarla.

Me festejó como nunca. Parecía un perrito brincando a mi alrededor. Ponía voz de nena. Ya lo había hecho a menudo antes de separarnos, pero ahora lograba arrancar de sus propios fundamentos infantiles nuevos registros en la escala de la ternura, registros capaces de ablandar a una roca, y no dejaba de repetir: “Papi, Papi, volviste”.

Ya me había llamado “papi” antes, pero solo cuando cogíamos. Entonces había sido una vertiente más de un modelo sexual que ambos conocíamos. Pero en medio de ese reencuentro tierno, festivo y radicalmente inocente, el apelativo me impactó de manera muy diferente, con una resonancia literal que me hizo pensar por primera vez que quizá mis esfuerzos engegucidos por despertar la sensibilidad sexual de esa muchacha me habían abierto en su corazón un lugar mucho más importante del que yo pensaba. Un lugar enorme que me aspiraba y daba vértigo, y que resultaba tanto más incómodo cuanto que pese al poder inquietante que podía brindar no parecía servir en absoluto a los fines que habían presidido mis esfuerzos.

Desconfié de ese lugar desde el inicio, y traté de recuperar a brazo partido la dirección que me había fijado cuando decidí volver con ella. Cuando me preguntó por qué había vuelto, le dije la pura verdad, porque era en esa verdad animal, y lejos de toda inocencia, donde buscaba mi orientación.

—Porque extrañaba tu olor.

Me miró con cara divertida y ligeramente desconfiada. Sospechaba que había en mis palabras un halago, pero que estaba dicho en una lengua desconocida para ella. El elogio de su aroma salvaje se había llevado siempre la parte del león de mis tributos verbales a ella. Pero sencillamente la adventista no podía creer que alguien se guiara por el olfato para elegir mujer, y menos para desandar el camino ya iniciado con otra.

A decir verdad yo tampoco había sabido que ese era por entonces mi norte. Lo descubrí sencillamente cuando la tuve de nuevo cerca de mí. Tal vez mi cerebro había convertido ese olor criollo en una metáfora de la densidad particular que Romina tenía para mí en comparación con Eugenia, en un símbolo de la especial espesura psicológica de ella y de nuestra relación. Pero en ese momento a mí no me interesaba para nada comprender eso, porque la contundencia de su olor eliminaba todas las dudas respecto del acierto de mi regreso a ella, y donde ya no hay duda todo conocimiento y toda explicación se vuelven superfluos.

¿Pero cómo transmitirle esa certeza inesperada a ella?

—¿Por mi olor? —insistió.

—Sí. ¿Por qué te extraña tanto? También es porque sos hermosa y porque me gusta como sos. Y si te dijera que es principalmente por eso vos pensarías que es mejor. Pero el olor me parece mucho más representativo de una persona que su imagen visual, cambia menos que la imagen, menos que las opiniones, menos que la personalidad. Eso lo pensé siempre, pero solo con vos descubrí que a la hora de la elección el olfato es tan importante para mí como para un perro.

Al comienzo de la relación ese tipo de conceptos se los presentaba de a poco, se los iba insinuando y justificando con referencia permanente a la antropología o la etología para que le resultaran más digeribles y pudieran atravesar la cerrada malla de su protestantismo norteamericano y antediluviano, en el que el abismo de la creación separaba irreductiblemente la naturaleza humana de la animal, y convertía a esta en la encarnación del pecado, la mugre y el asco. Pero hacía tiempo me había convencido de que esas referencias eran contraproducentes, porque añadían a la diferencia de sensibilidades una polémica cultural en la que yo no tenía esperanza alguna de vencer y que solo creaba obstáculos suplementarios. Desde entonces me limitaba a perseverar en la afirmación de mi idiosincrasia, y como ella parecía no registrarla, había ido dándole una formulación cada vez más provocativa. Yo siempre había despreciado la obsesión por la limpieza. Pero frente a ella podía convertirme directamente en el trovador de la mugre. Quienes menospreciaban su propia parte animal me habían parecido siempre despreciables, pero para dejárselo en claro a ella era capaz de transformarme en un verdadero perro.

De hecho había vuelto a ella bajo el signo del perro, de un perro feroz excitado por el olor de su hembra. Pero me había encontrado con una chihuahua alegre y saltarina que me llamaba papi y me festejaba como a un padre pródigo. Con el paso de los días la adventista chihuahua fue arrancando uno a uno los dientes al perro feroz a fuerza de morisquetas, mimos infantiles y mohínes de niña adulta. Cuando me quise acordar estaba convertido en un padre protector, comprensivo y compañero, que encontraba tiempo para enseñarle el mítico inglés, que abre en la fantasía de los pobres las puertas de todos los rebusques; a nadar, para que creciera en la lucha con el agua, y hasta a jugar al ping-pong, para que compartiera conmigo el cultivo de los reflejos, la danza veloz del cuerpo en su más precisa expresión.

En ese período de ternura infantil pero infinita no pude dejar de enseñarle cosas sin interrupción. La enseñanza, el adiestramiento, los aprendizajes pasaron a ser nuestro único verdadero intercambio, porque el sexo de Romina había vuelto a su aridez inicial y hasta iba logrando superar sus propias marcas de frigidez a medida que ella se entregaba desde su postura infantil a nuestra relación de manera más confiada e íntima.

Yo debo haber puesto una tenacidad especial, y además solo me lancé a enseñarle las cosas que dominaba, pero lo cierto es que Romina terminó sorprendiéndome con su capacidad para aprender todo lo que yo estaba en condiciones de enseñarle. Había que verla nadando en el mar, cuando su madre para dejarla partir de Salta a los peligros de la Capital y de la costa le había hecho prometer que nunca se metería al agua. Había que verla sumergiéndose y emergiendo en estilo mariposa apenas un mes después de haber puesto su primer pie en un piscina, cuando aquel primer dedo gordo remojado temblorosamente en el agua nos había costado horas enteras de explicaciones, órdenes, discusiones, ruegos mutuos... y hasta alguna bofetada — porque cuando las cosas no avanzaban los métodos recorrían todos los pasos que tan

magro resultado habían dado con el sexo, pero que tan asombrosamente fructíferos resultaron con todas las otras cosas que intenté enseñarle.

Pero donde sobre todo había que verla era jugando al ping-pong con la delicadeza de una bailarina y la agresividad de un boxeador, después de haber pasado en los comienzos horas sin haber podido pegarle una sola vez a la pelotita. El ping-pong fue durante un buen tiempo el mejor símbolo del carácter que estaba tomando nuestra relación. Parecía reflejar sus corrientes más profundas. Visto desde afuera, desde la ignorancia de sus secretos y sus técnicas, o a través del juego de los inexpertos, el ping-pong no es más que un “tenis de mesa”, un producto subrogado y rebajado de un deporte superior, aristocrático, su versión de salón para los días de mal tiempo o su forma plebeya. Pero los golpes más sutiles del tenis profesional son apenas burdos empujones simiescos comparados con los movimientos refinados, ágiles, milimétricamente autocontrolados o fulminantemente agresivos que exige el ping-pong mínimamente solvente.

Viéndola avanzar a Romina en el dominio del ping-pong no podía dejar de pensar una y otra vez en las teorías de Brockner, cuyo libro había quedado en mi memoria vinculado de un modo inquietante con Romina, por el hecho de que lo estaba traduciendo justo cuando la conocí a ella. Ese asombroso revisionista del conformismo se las ingeniaba para sintetizar todas las posturas reaccionarias que se sucedieron a lo largo de la historia en una reivindicación extremadamente conservadora de la democracia moderna. Me había sorprendido cómo un alemán como él, que encontraba lugar en su filosofía de la historia para dedicar elogios cruciales al revolucionarismo reaccionario de los nazis, lograba reservar también otro espacio para encomio de su antípoda tradicionalista, la aristocracia, y hasta alababa su preservación en Gran Bretaña por medio de la cámara de los lores. Sobre todo me había intimidado la fuerza persuasiva de su argumentación, la extensa justificación de las prerrogativas de la aristocracia por las virtudes troncales que ella debía supuestamente preservar para la sociedad, desde la osadía inicial de la conquista del territorio básico, hasta el refinamiento que se iba destilando con el paso de los siglos, y que según Brockner se infiltraba modernamente en los productos industriales “nobles” de Alemania y de otra sociedad aun más tradicionalista, la del Japón, y se plasmaba en su forma pura, gratuita, no utilitaria y ejercitativa, en los juegos y ritos de la nobleza.

Ahora podía tomarme una revancha de esa suerte de sentimiento de inferioridad personal e ideológico que me había asaltado al leerlo.

Si aristocracia era, como quería Brockner, destreza atávica en el manejo de las fuerzas más impetuosas e incontrolables de los seres y las cosas, era el ping-pong y no cualquiera de los deportes considerados aristocráticos el mejor instrumento lúdico para medir grados de nobleza. Y si aristocracia era también, como él decía, ambición, sed de conquista —y su instrumento— la agresión, el ping-pong parecía directamente su encarnación. En tenis existe el juego fuerte como una técnica especial, pero aun

para el principiante es imposible jugar al tenis sin pegarle fuerte a la pelota. La propia raqueta, con su peso y sus dimensiones, la cancha con su extensión, definen al juego como violento, arrancan a cada uno hasta su última reserva de agresión.

En cambio en el ping-pong el juego violento no es la única opción, sino la más arriesgada. La inercia que hay que vencer para jugar fuerte no es la de la paleta, que con su peso exiguo no tiene casi ninguna, sino la de uno mismo, la del propio temor. Temor a marrar el tiro en un juego donde el estilo cobarde y defensivo parece tener premio; temor a parecer demasiado ambicioso, temor a sentirse culpable por arriesgarlo todo cuando un golpe suave y conservador podría postergar la definición siempre un poco más y darle otra oportunidad al azar para intervenir en desmedro del contrario, que tal vez sí esté dispuesto a arriesgar y yerre el tiro. El tenis tiene una opción de juego suave, pero solo el ping-pong tiene la del juego tonto, que es la que elige invariablemente el principiante.

Sacarla a Romina del juego tonto, o mejor dicho, impedirle siquiera entrar en él apelando sin cesar a la provocación y al atizamiento de su ira y su agresividad fue extremadamente costoso, me demandó tardes enteras de esfuerzo, en las que más de una vez sentí que toda la situación demostraba irrefutablemente que yo estaba loco de remate. Pero a los pocos días, cuando ella comenzaba a reaccionar al pique de la pelotita en su campo soltando automáticamente su remate como un arma ciega y certera de disparo automático, sentí que la miel de la revancha ideológica subía por mis miembros profundamente flexibles, agilizados por las largas jornadas de juego, hasta alcanzar el lóbulo cerebral de la derrota, donde cada uno concentra todas sus humillaciones, para limpiarlo de amargura hasta el fondo e irradiar desde allí como un bálsamo que le endulzaba a uno toda el alma. Y más se la endulzaba cuanto más costaba.

—¡Vamos, vamos, con más odio, con más bronca! Siempre rotando el brazo y la paleta pero con más energía.

—¡Pero si le estoy pegando con todo!

—¡Con todo, las pelotas! La pelotita me llega muerta. Mejor no trates de darle energía, porque se ve que no te sale, te endurece el brazo y además se te puede desviar el tiro. Dale odio. El movimiento tiene que ser idéntico al de antes, circular, pero con odio. Metele bronca.

—...

—¡Más bronca! ¡Más odio! Reventala, hacela mierda la pelota.

—...

—¡Carajo! ¡Así, mirá! —y yo pasaba del tiro fuerte al remate violento, inatajable aun para un jugador experto desprevenido. La pelotita rozaba el campo de Romina como un suspiro, dejaba flotando en el aire un sonido delicado y esquivo, y se perdía entre las máquinas de videojuegos, que yo aborrecía por su ruido infernal y Romina por la sevicia suplementaria que añadían a la humillación de su parálisis frente al tiro al obligarla a buscar la pelotita entre sus carcazas horrendas, ante las que chicos,

adolescentes u hombres, según los días, pasaban sus horas abstraídos como postes. El bosque humano iluminado por los videojuegos parecía registrar el acercamiento de la inusual deportista con un temblor sutil, ambiguo, que tal vez era percibido por ella.

Ni aun así lograba que Romina le pegara fuerte. Pero su rostro iba delatando una acumulación cada vez más grande de odio en su interior, y eso me sugería ya el nuevo paso:

—Romina. Odíame, desprecíame con toda el alma. Cagame a pelotazos.

—...

—Odíame como me odiás cuando me odiás.

Como si no supiera a qué me refería entonces, Romina seguía haciendo el torpe equilibrio del principiante entre la fuerza y la puntería, empecinada en demostrar con su inalterabilidad que mi alusión no había existido. Yo tampoco iba a cruzar la barrera para decirle: “Odíame como cuando te pego”, porque las escasas bofetadas verdaderas que le había dado eran una llaga demasiado ardiente como para que me atreviera a rozarla abiertamente con mis palabras, menos aun en público. No me quedaba otra opción que la insistencia, que el rodeo, para que aun sin reto abierto el calor en torno de la llaga se volviera insoportable y la hiciera reaccionar. Esperaba un poco más para ver si ella se decidía por fin a rematar, y ante la inevitable decepción, volvía a la carga:

—Si nunca me odiás, imagínate una situación en la que me odies tanto como para matarme y seguí cuidando que el brazo y la paleta roten bien.

A las dos o tres frases como esa el rostro de Romina se parecía demasiado, como para que existieran dudas, al que había puesto un par de veces en que quiso comunicarme —con holgado éxito en cuanto a detener mi propósito— que si le pegaba otra vez estaba dispuesta a hacer algo terrible, inconcebible. La alusión había sido finalmente aceptada. Tras uno o dos tiros más dubitativos, Romina empezaba sin transición alguna (¿pero había duda de que la transición tenía todos sus eslabones conscientes en su cabeza?) a rematar sin asco, con una violencia que yo alababa de inmediato y terminé envidiándole, y sin mayor puntería, como debe ser cuando un principiante o un experto inician los remates de un peloteo y se concentran más en alcanzar el nivel de energía y violencia que requiere el juego que en poner la pelota con precisión en el otro lado de la mesa. La muchacha estaba logrando frente a una mesa de juego lo que jamás había conseguido cuando yo la exhortaba a pegarme bofetadas.

Y pronto, asombrosa y envidiablemente pronto, los tiros de Romina se concentraban cada vez más, y con creciente violencia, dentro de los bordes de mi campo. Otro ciclo similar de apremios verbales se iniciaba entonces para que pasara del remate aislado a responder con sus remates a los míos y poder iniciar así un juego rápido continuo.

Mis instrucciones iban volviéndose cada vez más aisladas y del fárrago de los últimos señalamientos y elogios surgía nítida, reconcentrada y silenciosa la imagen

danzante, ágil, fulminante, de una jugadora de ping-pong con una habilidad que yo jamás había visto en una mujer. Sus facciones indígenas comenzaban a relucir al calor de un orgullo cada vez más afirmado. Los nudillos de su mano derecha, con el codo que tenía la costumbre de levantarse un poco más de lo conveniente, evocaban en el drive casi los movimientos de un boxeador, desmentidos de inmediato por la sutileza intelectual del revés agudo, violento, a menudo más certero que el mío, que ubicaba con perfidia deliciosamente femenina la pelota justo en el rincón donde más me descolocaba.

Romina, a quien cualquier porteño hubiera llamado “la negra Romina” menos yo porque se había ofendido como nunca la única vez que lo hice con intenciones afrodisíacas, durante un coito, la adventista de Salta que había leído poco más que la Biblia en toda su vida, la india de pelos gruesos, duros, hechos para soportar milenios de intemperie que podían condenarla en 1991 al papel de agradable objeto de contemplación folclórica y turística que los racistas democráticos del primer mundo reservaban a quienes no estaban dispuestos a dejar pasar “en excesivo número” sus fronteras, la criolla vulgar para cualquiera que no conociera sus berretines de reina incaica ni captara el refinamiento tormentoso de sus rasgos de cocktelera racial, aplastaba entonces grácil con sus pies (“¡Paralelos a la mesa, dejá de adelantar el derecho!”) a todos los Brockner y se levantaba por encima de todos mis temores a su altura de manojito de nervios privilegiado, de hembra sudorosa que dejaba sospechar entre remate y remate un crudo olor a vagina filtrándose entre sus piernas y espesado pacientemente en más milenios que sus pelos para marear a los machos mejor plantados.

Dúo particular, la criolla debutante de ojos inquietantes y el judío experimentado de rostro tímido enfrascados minutos interminables en el mudo diálogo danzante de remates, cortadas, saques y efectos. Un ballet escandido por el ritmo cronométrico del rebote blanco, puntual, sonoro, que acababa por llamar la atención de los postes humanos estacionados en los videojuegos. Un pequeño bosque de miradas, casi todas masculinas, se arracimaba entonces en torno de la mesa de ping-pong, y la adventista comenzaba a sospechar que existía un mundo donde la modestia impuesta por los popes de su secta no era necesaria, porque allí la ostentación no era falsa, no fingía lo que no se tenía, sino que exhibía la verdad inconfundible del propio goce.

Todo el placer que no había podido hacerle sentir en jornadas ininterrumpidas de esfuerzo erótico parecía subirle entonces a las mejillas, que mostraban el preciso grado de rubor de un gran tapujo moral cuando está siendo vencido por un deseo aun mayor. Asombrosamente diestra bajo las miradas que a cualquiera le hubieran hecho marrar todos los tiros, Romina emergía de esas pruebas delatando en el rostro una nueva solvencia que parecía no estar de ningún modo dispuesta a agotarse en el aplomo deportivo. Yo exultaba. Era la aristocracia no del linaje sino del esfuerzo, la verdadera nobleza. Un diamante femenino producido al calor de un deseo incontenible; en primer lugar del mío, que me empujaba a dedicarle innumerables

horas de mi vida con la esperanza, al fin lograda, de poner algo en movimiento detrás de esos ojos aindiados que habían prometido huracanes de energía y solo habían brindado brisas pasajeras. En segundo lugar, tal vez al calor del deseo de ella, que finalmente podía estar emergiendo, entrando en combustión como un grueso tronco al que se ha debido calentar con enormes cantidades de leños más pequeños hasta que se decidiera a arder.

Pero más allá, el fuego que estaba gestando con su calor ese diamante podía ser tal vez también el de los otros, el de esos ojos que le brindaban la misma admiración que yo le había prodigado muchas veces pero multiplicada por su número y por su anonimato.

Eso, por supuesto, no me hacía exultar, me inquietaba. Al comienzo fue incluso mucho más que una inquietud. Fue pavor. Un terror básico a perder no a Romina, que a esa altura del partido ni siquiera sabía ya bien quién era, ni qué podía darme, sino a perder ahí mismo todo, o al menos a perder algo que no sabía precisar qué era pero que representaba más que el propio todo, todo lo que pudiera tener valor para mí, y en primer lugar la posibilidad de no tener nunca más una mujer, si los lazos con Romina, que pese a todas las frustraciones eran ya muy profundos, podían tambalear por la experiencia relativamente banal (y rigurosamente ineludible en mi concepción posconciliar de los derechos femeninos) de que alguno de sus talentos floreciera en público a la vista de inevitables competidores sexuales. Pero luego me decía: “¿qué varón no pasa periódicamente por la misma?”, “¿quién no se deja llevar cada tanto por la propia inseguridad y lee en las mejillas sonrojadas de su mujer o en alguna turbación de sus gestos o sus miradas el deseo excitado por la mirada de otros hombres, cuando solo se trata de una timidez o una incomodidad cualquiera?”.

Mis propios celos no habían necesitado antes de tanta escenografía para adueñarse de mi cabeza en una danza macabra que me atormentaba, me azuzaba, me provocaba como provoca un rival, pero también la propia hembra, que tiene en el manejo oscilatorio de su interés, de su mirada, de sus llegadas tarde y otros sutiles desplantes un garrote potentísimo por si las moscas. Desde el inicio, desde su demora de una hora en llegar a la primera cita, mi problema con Romina había sido que con ella las moscas parecían acechar permanentemente y el garrote perdía su efecto por abuso. Logré al comienzo que algunas veces me confesara que estaba llegando tarde para vengarse de alguna infracción: alguna mención de mi parte a una pareja anterior mía (los celos son más sabrosamente mortificantes a dúo), alguna demora mía que por mi puntualidad habitual ella cotizaba a una elevada tasa de cambio —una hora de retraso en ella se intercambiaba aproximadamente por cinco minutos de demora míos, pues es sabido cuánto más caros son los bienes escasos—, o alguna frialdad que yo le hubiera mostrado anteriormente en el trato y a la que ella aludía siempre con variaciones de la palabra “distante”, sin recurrir jamás a la familia de palabras vinculada con el frío para no aparecer de manera demasiado evidente como espiando la paja en el ojo ajeno a través de las ranuras de la enorme viga que tenía en el suyo.

Pero con el tiempo, y mediando los interrogatorios maratónicos que su mutismo imponía a cualquier curiosidad, pude convencerme de que la gran mayoría de sus llegadas tarde, de sus ataques de apatía, de sus reticencias iniciales a casi todas las propuestas de salida, o sus desplantes más irritantes, como negarse a acompañarme en escapadas que podríamos haber hecho juntos a la costa (y que a menudo yo terminaba haciendo de todos modos, solo), no respondían a ningún propósito consciente, sino que habían sido su “estilo” desde siempre, con todo el mundo. Quedaba una minoría de casos, los menos banales en todos los aspectos, que ella sí reconocía que obedecían a un objetivo prefijado: “mantener su independencia”.

Por respeto, por amor, por ideología y por el nunca ausente “sano interés” (sin alentar su independencia no existía esperanza alguna de “ponerla en movimiento”), no iba a ser yo quien frustrara tan legítimo propósito ni dejara de reconocer que en ciertos casos requería de conductas como las que tanto me molestaban. Pero por supuesto, tampoco dejé de indagar, con todas las armas de uso habitual en las parejas (oídos alertas a las charlas telefónicas con sus amigas, revisión minuciosa de carteras, bolsillos, libretas) y hasta con métodos supuestamente ajenos a tan honorable escuela (apertura secreta de cartas), si la “independencia” no escondía alguna necesidad menos casta.

Pero no. La pesquisa implacable de mis respetables celos paranoides no pudo detectar el menor indicio de infidelidad. Ni bajo la forma de una inclinación, de una cierta “reverie”, de una ensoñación traviesa a la que las encuestas revelan desde hace décadas que dedican buena parte de sus ocios las mujeres de todo Occidente. No las puritanas adventistas. Su religión, que equiparaba el pecado “en pensamiento” con el que era de veras cometido “en acto”, parecía blindar a Romina contra cualquier deseo infiel.

Faltaba saber si eso servía de algo. Pero al comienzo yo no me lo pregunté demasiado —¿quién se hubiera atrevido a hacerlo?— y opté por la respuesta más tranquilizadora: que sí, que su aparente fidelidad de cuerpo y alma era útil, que nos daría a ambos el marco más seguro para atrevernos a calentarnos sin ponernos límites, sin temer que el fuego tan largamente buscado fuera finalmente incontrolable cuando apareciera y terminara calcinándole a ella todos los sustentos ético-religiosos que formaban buena parte de su identidad y su orgullo, y a mí ese carozo viril que temblaba por su pellejo cuando ella se demoraba demasiado en llegar a alguna cita.

Pero después vino el ping-pong. Y esas mejillas sonrojadas como para hacerse más de un pregunta, a uno mismo y a ella. Yo jamás había sido frontal con ninguna mujer en esas cosas. Era demasiado curioso como para espantar al pájaro acercándomele bruscamente y perder así la ocasión de oír su canto, aunque más no fuera para descubrir que estaba dirigido a otro y hacerlo volar para siempre de mi lado. Pero sobre todo tenía enormes tapujos morales, tanto más vigentes cuanto más flexibles, que apenas si habían dejado pasar entre sus rendijas algunas impostaciones machistas de pretendida función erótica y nunca me hubieran permitido rozar el

ejercicio de una presión verdaderamente inquisidora para satisfacer mi curiosidad o calmar mis miedos, aunque fuera capaz de desarrollar una firmeza insospechada — aprendida sobre todo con Romina— y rayana en la violencia, cuando se trataba de enseñar algo útil a una muchacha empacada como una mula.

Tenía además, menos elegantemente, un poco la actitud del eterno postergado, del socialista demasiado consecuente o del narcisista soterrado que espera que los demás reconozcan finalmente *motu proprio* los derechos y los méritos que le corresponden a él y siente que exigir su reconocimiento él mismo sería rebajarse o arrogárselos de prepo. Eso que un psicoanalista heterodoxo llamaría un mal amado... entiéndase, en los tiempos de la infancia. Alguien que solo está dispuesto a esperar que le den lo que precisa de los otros, porque arrancarlo para sí a la usanza occidental, cristiana, y tal vez inevitable, le parece algo ruin, o que solo puede generar como respuesta una entrega condescendiente e hipócrita, como la caricia más burocrática que maternal de una mujer demasiado atareada en emperifollarse para alguno de sus amantes y urdir excusas convincentes para su marido como para poder infundir a su mano la concentración del cariño, a la hora de tener que esquivar al más pequeño de sus hijos, camino de la puerta de calle que conduce a la aventura y a las cosas serias, a la verdadera realidad. De modo que mis preguntas a Romina debían sortear un campo tan minado por el derecho ajeno, los principios progresistas, la sensibilidad del pájaro y el terco laconismo de la muchacha empacada que parecían más caricias que preguntas. O si se quiere, más sesión analítica que escena de celos.

—Jugaste impresionante hoy.

—Se ve que le estoy agarrando la mano. Pero igual no alcanzo nunca a responder a tus remates.

—¿¡Cómo que no alcanzás!? ¡Si los respondías casi todos!

—No, los primeros, nada más.

—Los tantos del juego violento no duran veinte tiros.

—Bueno, pero yo siento que se terminan demasiado pronto.

—Es que además te estaba mirando mucha gente.

—...

—¿No te diste cuenta?

—Noté que había gente pero no presté atención. No vi si me miraban a mí.

—Yo creí que te dabas cuenta y hasta que te ponías colorada por eso. Me impresionaba cómo podías mantener el control de la pelota en esas condiciones. ¡Ya podés jugar en un campeonato con las tribunas llenas!

Ahí la adventista ponía una sonrisa reconcentrada, abrumadoramente inteligente, que decía “no me mientas, zalamero”, “¿y qué te pensabas, que yo no daba para tanto?”, “¿por qué no dejamos mi juego tranquilo y pasamos a cosas más importantes?”, todo al mismo tiempo, en coro de luces y sombras sobre su rostro. Se veía que había almacenado los elogios implícitos en mis frases en un fondo inaccesible que ocultaba sus secretos, desde donde irradiaban ahora a la superficie

empequeñeciendo todo en torno de ella: las mesas, las sillas del bar adonde íbamos después de jugar, mi persona. Mis preguntas morían bajo los efectos de la reducción microscópica, o se agazapaban a la espera de la noche, cuando la verdad de la cama devolvía a todo sus proporciones y volvía a demostrar que los problemas estaban, tenían que estar en alguna parte.

—¿Qué te pasa? —me decía, alguna de las peores noches, inesperadamente sensible al silencio donde yo trataba de encerrar las llagas que me acababa de producir una vez más su hielo.

—Nada. Estaba tratando de imaginarme qué sentís vos cuando cogés con tan poco entusiasmo.

—¿Lo decís por recién?

—Sí. Pero no solo por recién. En general. Daría cualquier cosa por saber qué sentís, qué pensás en esos momentos.

—Yo me sentí muy bien. Disfruté mucho. Pará de decir que no me entusiasmo, porque vos sabés que yo soy así. Disfruto mucho, pero no lo demuestro.

—Sí, sí, de acuerdo. Pero lo que me encantaría saber es cuál es la diferencia adentro tuyo, entre los momentos en que demostrás muchísimo y esos en los que como vos decís no mostrás nada, o mirás a la pared, o al techo como si estuvieras controlando la calidad de la pintura.

—Yo no veo ninguna diferencia. No veo eso que vos decís.

—...

—... Puede ser que haya momentos de mayor intensidad, como vos decís. Pero yo la paso bien en todos. Disfruto mucho.

Cuando uno tenía la paciencia para seguir, para insistir, que era casi siempre, alguna luz empezaba pese a todo a emerger del hermetismo rominiano, y el tanteo iba revelando líneas de menor resistencia que parecían conducir hacia la guarida de sus sentimientos. Un medio útil para avanzar por esas zonas era el intercambio. Fue confesión contra confesión como logré hacerla hablar por primera vez de lo que pasaba en su cabeza durante los momentos de sexo, aunque nunca supe hasta qué punto lo que decíamos tenía que ver con la realidad, pues muchas veces yo mismo debía fabricar fantasías mías para convencerla de que me revelara las suyas.

—¿Sabés lo que para mí significa amar? —podía encararla de golpe—. Amar significa hacerse cómplice del propio amor. No combatir la propia debilidad frente al otro, sino aceptar el riesgo de alimentarla, de incentivarla para buscar una fusión total con el otro, aunque eso implique que la debilidad de uno crezca en secreto.

—No entiendo.

—Cuando yo me acerco a vos, yo noto que vos te alejás. Es como si se desdibujara la imagen del macho inaccesible que a vos te gusta, y entonces yo me cubro de una coraza para volver a atraerte. Pero a vos pronto te cansa eso también, y te volvéis a alejar. Entonces yo dejo de nuevo que seas mi diosa, apuesto con todo. Algunos días que no te veo hasta me masturbo pensando en vos. Es una forma de

convertirte en mi ídolo inaccesible y de prepararme para intentar llegar a vos por otra vía. ¿Vos te masturbás?

—¿A qué te referís?

—A acariciarte vos misma, a excitarte sola.

—No, para nada.

—Qué raro. La mayoría de la gente lo hace alguna vez.

—No, yo no me acaricio sola. Creo que no podría.

—¿Tampoco te frotás los muslos y pensás cosas que te exciten?

(Sonrojada hasta la punta de los pelos:) —Ah, sí. Eso sí lo hago a veces.

—¿Y en qué pensás, cuando lo hacés?

—En nada.

—Yo pienso en vos. Y si estoy peleado con vos, a veces me masturbo igual y pienso en otras mujeres.

—...

—¿Vos nunca lo hiciste?

—¿Qué, si hice?

—¿Pensar en otros hombres cuando te masturbás?

—A veces, sí. Pero en general no pienso en nada.

—¿Y te excitás sin pensar en nada?

—Sí.

—Y cuando pensás en otros hombres, ¿cómo son?

—No sé. ¿Qué sé yo?

—¿Son hombres que vos conocés?

—No, nunca.

—¿Ni de la televisión, o del barrio?

—No, son tipos que no conozco.

—Pero ¿cómo son? ¿Rubios, morochos, jóvenes, grandes?

—No me los imagino tanto. Pueden ser de cualquier manera. A veces son jóvenes. Otras son viejos.

—¿No te imaginás tampoco las situaciones en que estás con ellos?

—Sí. En general me imagino que no los conozco y me los encuentro de casualidad. En el hall de un hotel, por ejemplo. Me imagino que estoy de viaje y conozco a un hombre en el hall del hotel.

—¿Siempre cambian los hombres?

—Sí.

—¿Qué es lo que más te excita de esos encuentros?

—No sé.

—¿Que nadie sepa que los tenés?

—No, me parece que el hecho de que son hombres que no conozco.

—¿Nunca les decís a esos hombres que sos adventista?

—¡Si te dije que no los conozco!

—Me refiero a las fantasías. ¿Las situaciones que te imaginás no incluyen decirles en algún momento a esos hombres que sos adventista?

—No, no pienso en eso en esos momentos.

—¿El anonimato de los dos se mantiene entonces siempre hasta el final?

—Sí.

—¿Nunca te imaginaste mientras cogíamos que yo era uno de esos hombres?

—No, nunca.

—¿No creés que si te imaginaras eso podría ayudarte a excitarte más?

—No. Cuando hacemos el amor me excita pensar en vos.

Oír palabras de amor puede a uno consolarlo de muchas malas cogidas. Pero no de infinitas. A la larga, el frío de la piel se impone sobre las palabras más ardientes. Y cuando el frío llega al alma, el sexo ya no tiene salvación. Suena la hora de la pareja vegetativa. ¿Cómo salir de ahí si no es por medio de una fe irreductible? ¿Cómo construirla si no es sobre la base de suponer que todo es mentira y que hay en algún reducto inaccesible de esa mujer una brasa escondida?

Una de esas veces en que Romina parecía empeñada en voltear hasta mis últimas reservas erectivas con sus miradas a la pared o su cara de aburrida recordé con inquietud que en las últimas noches ella había llegado más tarde que de costumbre a nuestras citas. Es el tipo de constatación que normalmente desencadena en uno de dos cursos de acción: o la indagatoria, o el esfuerzo para reprimir los propios celos y no amargarse abriendo el paraguas antes de que llueva. Pero hastiado como estaba de su frigidez y persuadido más allá de toda duda razonable por mis pesquisas anteriores de que al menos en acto no me era infiel, incursioné con verdadero entusiasmo exploratorio por una tercera senda: empecé a imaginarme que ella no podía excitarse porque estaba conmigo y hubiera querido estar cogiendo con otro. No con un otro anónimo, como los que poblaban su imaginería autoerótica tal vez por mero temor religioso, no con uno que simbolizara como un emblema masturbatorio la comunión de nuestras impotencias, sino con uno bien concreto, de carne y hueso, con nombre y apellido, que la estaría demorando por las noches con uno de esos cortejos lentos pero sistemáticos que suelen marearle el corazón a toda histérica que se precie.

El primer sentimiento cuando uno imagina algo así es de humillación atroz, de derrota, de estar condenado a una inferioridad insuperable, no coyuntural sino mortal y definitiva. Y tal vez si yo hubiera tenido alguna prueba más tangible que su frigidez que me demostrara que ella quería estar de veras con otro, sencillamente no me habría atrevido a entretener mi mente un solo instante más con una suposición tan dolorosa, hubiera negado la posibilidad de ese deseo en ella o me hubiera separado definitivamente de Romina por mero instinto de conservación. Pero mis periódicos controles de sus efectos personales me suministraban garantías bastante confiables de que Romina seguía tan poco interesada en el sexo de los otros como en el mío, y sus amistades masculinas se limitaban de hecho a algún anciano de su Iglesia, algunos correligionarios jóvenes pero casados, puritanos y aburridos hasta para ella, y un

coprovinciano de 55 años, que tenía una vieja relación con su familia de los tiempos pasados en Salta, muchos hijos, un taller mecánico, y una cantidad de kilos en el cuerpo que le daban una envergadura nada apetecible.

Imagarme en Romina un deseo volcánico que solo se refrenaba ante mi indeseada presencia era entonces un juego suficientemente protegido de todo contacto demasiado directo con la realidad y que tenía por eso mismo amplio margen para florecer sin riesgos explosivos demasiado evidentes. Seguramente fue esa protección lo que hizo que la misma noche en que empecé a imaginarme por primera vez a un rival fantasmático que estaba triunfando allí donde yo había fracasado pude pasar con un esfuerzo descomunal pero inesperadamente exitoso de la humillación infinita a un asombroso sentimiento de victoria: ¡por primera vez la frigidez de Romina no me humillaba, ni los celos me aniquilaban! Había aprendido a gozar con la contracara: su calentura oculta, soterrada, reprimida, dirigida en trenzas tortuosas de deseo, culpa y perversión hacia otro, como un fuego agitado, tormentoso, tan apasionante de ver, de sentir a distancia en todos sus subterfugios y sus trampas, en toda su agitación orgiástica, que podía disfrutarse como un espectáculo, por poco que uno supiera resignarse a no ser el protagonista de la escena. Era un juego delicado, que necesitaba de un equilibrio malabar de uno mismo y del entorno, pero que en las breves situaciones en que podía desplegarse adquiría tal dinamismo, se realimentaba con tal celeridad salvaje de los mismos elementos convocados para frenarlo, que podía transformarse en una criatura incontrolable, dispuesta a prosperar como la misma vida.

Prosperó hasta el hartazgo. Aunque libraba periódicamente combates ingentes para liberarme de ella, la fantasía sobre la sexualidad oculta de Romina resultó casi tan difícil de abandonar como la propia figura enigmática, esbelta e indeciblemente hermosa que la sustentaba. Me acostumbé a recurrir a ella cada vez que Romina me sacaba con su frigidez impenetrable las ganas de coger y hasta de vivir. Era como una droga de aplicación difícil y tortuosa, pero que siempre acababa por producir buena parte de los efectos que se esperaban.

Los mismos gestos de ella que antes me habían sumido en el desánimo se volvían ahora intrigantes y oscuramente afrodisíacos. Por supuesto que ya mucho antes había pensado a veces que si ella examinaba la pared mientras hacíamos el amor era porque hubiera querido estar con otro, y tal vez porque hasta tenía ya su amante. Pero mi reacción ante ese pensamiento cambiaba ahora radicalmente cada vez que yo mismo lograba decidir que era mejor que ella deseara a otro a que fuera de veras una frígida incurable. Ahora ya no exploraba esos gestos de frialdad y de aparente desprecio con la ansiedad del marido engañado que hurga entre los enseres de su esposa en busca de una prueba que le permita salir de la duda y tomar las drásticas decisiones del caso.

Más bien creaba yo mismo un mundo imaginario de infidelidades y desplantes con el que podía jugar en aras de mi propia excitación, para que no muriera de tanto contacto con el hielo, para que se mantuviera disponible, a la espera de esa

combustión que algún día tenía que iniciarse en ella. Creer que una mujer lo desea a uno cuando ella contempla con olímpico desprecio los esfuerzos amorios que uno le dedica es imposible. Pero suponer que ella tiene enormes reservas amorias escondidas aunque aptas solo para otros está al alcance de cualquiera que esté dispuesto a correr el riesgo de la autodestrucción para encender el cuerpo de una mujer.

Yo no pude encender el de ella. Pero sí prolongué la excitación del mío mucho más allá de los límites que imponía la ausencia de una verdadera respuesta sexual en Romina, y sin duda ello contribuyó a que su propia respuesta pareciera alcanzar muy a cada tanto una modesta cima, una pizca más elevada que en el pasado. Yo mismo me sorprendí de ese resultado. Había entrado en ese terreno escabroso en parte movido por el mismo impulso temeroso que llevaría a alguien a recorrer cada rincón de una casa abandonada si por cualquier razón necesitara habitarla. Pensé que imaginarme la casa ocupada por peligrosos intrusos me haría más fácil enfrentarlos si de veras terminaba topándome con ellos, como era de esperar que me ocurriera con Romina dado el trámite frustrante que tenía nuestra sexualidad. Pero tras hurgar prolijamente en cada cuarto sin resultado alguno descubrí finalmente que podía vencer el miedo a esas presencias extrañas, que podía hasta desear profundamente que estuvieran allí, acechantes, en algún lugar escondido de la construcción, porque esa vaga inquietud que aún me provocaban era la única prueba que yo podía tener de que el lugar era habitable.

Esos otros imaginarios estuvieron dentro de mi cabeza rondando nuestra relación durante meses. Eran los garantes de que la mirada caliente de Romina tenía un significado, de que su cuerpo desenfrenadamente sensual no era una broma injertada por el azar en una puritana pétéamente irredimible sino un mensaje de la vida, una sencilla verdad. Fueron compañeros infaltables de una pornografía fantasmagórica que pobló la mayor parte de nuestros coitos en esa época; temibles figuras de virilidad imbatible que aparecían sorpresivamente presagiando mi aniquilación y se esfumaban después como sutiles perfumes afrodisíacos cuando el cuerpo de Romina, un poco más excitado que de costumbre, imponía su casta realidad entre mis brazos y mi propia presencia de carne y hueso emergía al final heroicamente como responsable de tanto pase mágico. Durante un tiempo interminable solo con su ayuda pude imaginarme a Romina suficientemente excitada para poder penetrarla.

Pero como todo en la vida se gasta, las fantasías debieron hacerse cada vez más potentes, ricas, creíbles, para cumplir su función. Crecían y crecían por su propio impulso, por sus nutrientes, por la ejercitación, por el creciente dominio aparente sobre los propios celos, sobre los sentimientos de inferioridad, sobre la culpa y la depresión, por la excitación repentinamente liberada en apariencia de esas barreras internas. Pero también simplemente porque necesitaban crecer mucho, aun mucho

más, para poder seguir desmintiendo la realidad. Porque constantemente se mellaba el filo con el que debían despedazar mi hastío, cortar las amarras de Romina a la indiferencia, tallar un refugio donde prosperara el amor mudo, retorcido, pero cada vez más evidente que empezaba a unirnos con una fuerza de hierro. Por eso, desde el interior secreto donde había florecido, mi pornografía íntima fue lanzando lengüetazos de fuego hacia el exterior, fue acariciando la realidad con sus llamas, para moldearla a tono con las necesidades de ese amor, aun a riesgo de un incendio incontrolable.

Un día me encontré finalmente tocando el tema en una conversación con Romina, empujado por la necesidad irreprimible de llevar las cosas a la acción para poder seguir creyendo en ellas, para que la función afrodisíaca de las ideas no desapareciera por completo. Le expliqué que yo pensaba que ella solo iba a poder asumir su sexualidad si atravesaba una etapa adolescente de experimentación con otros hombres. Si rompía en los hechos, aunque fuera de manera transitoria, con los preceptos monogámicos de la tradición y de su Iglesia, y aceptaba por un tiempo el placer como mandato supremo, sin concesiones a ninguna otra ley, a ningún otro interés, ni de pareja, de familia, ni de religión. “Para encauzar el instinto por las vías convenientes de una moral, primero hay que tenerlo, y vos mataste el instinto tan temprano que ni siquiera guardás de él un recuerdo lejano, es como si jamás lo hubieras tenido”, le dije.

Todo le pareció muy razonable, lúcido, incluso obvio. En teoría. Porque cuando me preguntó con cara de paloma herida si yo de veras quería que ella se acostara con otros hombres y yo le dije que más allá de mi deseo eso era lo necesario, y luego ella me preguntó que si más allá de lo necesario yo de veras lo quería, y yo finalmente le respondí, más allá de todo, del miedo y de cualquier verdad, aquello que necesitaba responderle para no amarrarla a la inacción, rompió a llorar.

—¡Pero entonces vos no me querés nada! ¿¡Cómo vas a quererme si no te importa perderme!? ¿Si no te importa que me acueste con otros?

—Lo que me importa es que no hay pareja que dure sin sexo. Y vos no tenés sexo, Romina. No sé si eso servirá para que vos lo adquieras. Pero si tenés alguna idea mejor, decímela. Todo vale. La otra opción es la separación lenta o inmediata. Porque así no hay nada que pueda unirnos a largo plazo.

—¿Pero no te da miedo que a mí termine gustándome más estar con otro?

—¡Por supuesto, m’hijita! ¿Te creés que soy de piedra? Pero el miedo es el peor consejero. Si esa es la verdad, si vos podés ser una mujer normal solo con otro, que así sea, si tengo que perderte, no hay nada que pueda hacer para impedirlo. Porque de otro modo te pierdo igual. Te pierdo por aburrimiento mutuo, Romina. Yo no me casaría jamás con una frígida, porque no querría tener hijos con ella, para tener que separarme después como todo el mundo que se casa con personas con las que no funcionan en la cama.

¿Se negó porque sintió el terror que yo tenía? Difícil saberlo, pero el terror yo lo

tenía. Sí que lo tenía. De adolescente me había imaginado que el amor de verdad debía ser como el de Sartre y Simone de Beauvoir, libre, con apenas un acento especial en la relación principal. Pero bien temprano, por los veinte, me convencí de que no estaba en mis posibilidades alcanzar ese estadio presuntamente superior y si lo mantuve un tiempo más como modelo solo fue al modo de un ideal platónico al que renunciaba expresamente debido a la falta de condiciones en mi entorno para realizarlo: la escasez de dinero para los amoríos contingentes, la inexistencia en mí de atributos como la fama o la seducción que me permitieran acceder a aquellos sin un gasto exorbitante de tiempo y otras carencias circunstanciales servían de coartada para refugiarme en mis rutinas afectivas y preservar al mismo tiempo el ideal del amor libre de toda prueba con la realidad.

Más tarde, el tránsito de los utopismos radicales a otros más moderados me llevó a preguntarme si de verdad el desarrollo social conduciría algún día a parejas abiertas y al amor libre, y finalmente terminé reconciliando mis ideales con mi realidad, mis celos y mi contumaz monogamia, solo excepcionalmente alterada por alguna experiencia disímil. Entonces pretendí encontrar en la fidelidad y en la monogamia el único terreno donde una relación podía alcanzar la densidad de las cosas verdaderamente profundas y trascendentes, y aun arrastrando la duda culposa de quien se siente más filósofo de la propia resignación que sabio, dejé que los vientos de la moda arrancaran de mi cabeza mi viejo ideal afectivo tal como lo venían barriendo del mundo al influjo del renacer conservador. De modo que no había ya nada en mi propia ideología que pudiera volverme soportable la experiencia a la que había querido volcar a Romina. Nada más que la esperanza de verla arrancar sexualmente a ella de una vez y de vencer a los eventuales amantes que ella tuviera que tener, para poder quedarme finalmente con la hembra más hermosa con la que había salido, habiéndola convertido en una mujer completa.

Pero con su negativa esa opción desapareció, sin que muriera sin embargo la fantasmagoría erótica que me había movido a proponérsela. Esa pornografía secreta, amarga, dolorosa pero imprescindible para poder hacer el amor con ella, cumplió también otro papel decisivo en la relación. Me ayudó a seguir empujando a Romina hacia una independencia que mi ideología me obligaba a fortalecer en ella y que la propia defensa de mis intereses parecía exigir. Ejercitarme en la lucha imaginaria por atraer hacia mí el fuego que suponía dirigido desde Romina hacia otros hombres me dio el mínimo de confianza para atreverme a reencauzarla a ella con cierta calma por la senda de los estudios universitarios, donde descontaba que indefectiblemente aparecerían los intrusos de verdad, aquellos hacia los que no sería en modo alguno necesario que yo la empujara. Creía haberme preparado en la fantasía para las peores pruebas de la realidad. ¿Qué otra cosa podía pensar?

Mientras tanto, intenté seguir con los aprendizajes, que tanto nos habían acercado.

Pero los resultados ya no fueron los mismos. Tal vez solo porque de algún modo había dejado para el final lo que intuía como más difícil para los dos, o lo que menos me interesaba enseñarle, el baile y la lectura. O quizá porque algo en los cimientos de la relación había sido conmovido de un modo muy fundamental como para que todo continuara como antes. Con el baile, el fracaso fue simple y terminante. La adventista no pudo deshacerse en lo más mínimo de los movimientos titiritescos con que las sectas norteamericanas trasplantadas aquí acompañan con distracción robótica los cánticos al Señor, aunque el Periscopio estuviese retumbando con los alaridos de Charly García, vibrara en todas sus maderas con una batucada brasileña o sometiese todas sus paredes al contoneo sinuoso de Rubén Blades. Ni el tableteo musical de Juan Luis Guerra, capaz de levantar de las tumbas a un ejército de amargados muertos de anemia y depresión, ese merengue almibarado y cortito que a ella misma le humedecía los ojos como si estuviera viendo una lluvia milagrosa de café bendiciendo el campo, lograba arrancarle la carcasa adventista enquistada en sus huesos. Bailaban sí, sus ojos, pero solo cuando el cuerpo descansaba aun de los deberes piadosos sentado en una silla o recostado en un sillón. De pie, no quedaba en el cuerpo de Romina una porción capaz de sustraerse a los mil decálogos que la tironeaban en todas las direcciones menos una: la del placer.

La lectura defraudó mucho menos, pero siguió la pauta habitual de respuesta de Romina a las fuerzas más profundas de la vida: promesa inicial infinita, y colapso posterior, pese a que fue con el inglés uno de los pocos aprendizajes que pidió ella, y no que propuse yo. Inspiración mutua o golpe de suerte, la primera lectura no bíblica que hizo la dejó plenamente satisfecha y le arrancó un esbozo de aceptación de la verdad que podría haber en otras religiones que la de ella: *Siddartha*, la novelación libre de la vida de Buda por Herman Hesse, le pareció “interesante” y “noble”. Avancé entonces con *Demian*: su Abraxas, una cruz divina del bien y el mal, ya no le pareció tan noble y la novela, no tan buena.

Busqué el terreno más neutral posible. Le conté dos o tres cosas de Homero y le di a leer “El Inmortal”, de Borges. Ya lo estaba leyendo cuando comprendí que no me había acercado casi nada a la neutralidad: le había dado una apología de la mortalidad del hombre, la defensa más bella y brillante que yo conocía de la finitud humana, a alguien que soñaba con la resurrección de los muertos. Igual el cuento le pareció “inteligente” y “lindo”. Pero no quiso más cuentos. Quiso una novela que contara “cosas de la realidad, como *Siddartha*”. Manuel Scorza, entonces. Sorpresa, epifanía, y fiesta: la novelación de las revueltas campesinas peruanas y los esfuerzos de la izquierda por sacar de ahí algo duradero le pareció “impresionante” y “poética”. Pero de *Garabombo*, el segundo de los cinco volúmenes, no quiso pasar. ¿Un salto a lo grande entonces? No. La sinfonía magna de Vargas Llosa, *Conversación en La Catedral*, no la atrapó. “Algo más real, porque las novelas me gustan pero me cansan, porque no enseñan tanto, entretienen más de lo que enseñan”. Ni soñar entonces con García Márquez. Más bien ir al grano: *El mono desnudo*, un texto de divulgación del

antropólogo Desmond Morris. Se lo había mencionado a poco de conocerla como un libro muy ameno que postulaba la función reproductiva del orgasmo en la hembra humana: a diferencia de la mona, la naturaleza la habría hecho a ella orgasmar para que se canse mucho y quede tendida después del coito impidiendo la caída inmediata del semen que la posición erecta humana podría provocar en caso contrario. Lo empezó con entusiasmo. Pasaron los días y no tenía leídas veinte páginas. Silencio. Preguntas. Rápida indagación. Forcejeo. Finalmente:

—No, yo digo algo real en serio, eso es teoría evolucionista. Está totalmente superada.

—¿Quién la superó?

—En las universidades adventistas se demostró que es totalmente absurdo pensar que los animales vinieron unos de otros.

Pequeña clase de teoría evolucionista. Enojo creciente, indignación, verdadero huracán en San Francisco:

—¡¿Pero qué me estás enseñando?! ¿Te creés que yo no fui al colegio? ¿Te creés que soy estúpida? La conozco de memoria la teoría de la evolución. Pero eso no significa que tenga que aceptarla como una verdad incuestionable. ¡Vos te creés cualquier cosa que te venden!

Paciencia infinita. Imperturbabilidad oriental. Retirada ordenada:

—Bueno, dejémoslo para otro momento. Tampoco tiene tanta importancia.

—¡¿Qué otro momento?! ¡Lo que pasa es que vos no respetás nada de lo que hago o pienso yo! Te creés que sos el único que tiene la verdad, y repetís como un lorito lo que te dijeron en la universidad a la que fuiste vos. Pero no es la única universidad que existe. Hay otras formas de pensar y tenés que saberlas respetar. Ya todo el mundo cuestiona la evolución.

—No, al revés, Romina. Lo que a lo sumo se cuestiona son los mecanismos de pasaje de una a otra especie, no el hecho de que unas deriven de otras.

—¿Vos qué sabés? ¿Sos biólogo ahora? Te creés tan sabiondo y ni te enterás de que ahora todo está en discusión.

—Tenés razón, Romina. Todo está en discusión. Menos algunas cosas básicas. Lo que sí es cierto es que algunos científicos dicen ahora que las mutaciones por azar no pueden ser la única vía de aparición de nuevas formas de vida o ni siquiera la principal. Buscan fuerzas o procesos para explicar por qué la variación genética tiene tanta puntería para crear formas cada vez más perfectas y adaptadas al medio, y no se conforman con la selección natural posterior como mecanismo de armonización entre la vida y el medio ambiente. Se dice de todo. Se habla hasta de “inteligencia genética” como guía de las mutaciones, pero eso, que ni siquiera está muy difundido, no niega sino que refuerza la teoría evolucionista. Es casi como sostener que la ameba, o la primera macromolécula que se formó, “busca” evolucionar hacia el hombre. Y que lo logró. Y no solo con ayuda del azar, sino por medio de alguna interacción desconocida entre los genes y el medio o lo que fuera. Eso sí, hay

científicos que lo dicen a cada tanto, incluso desde hace tiempo. Pero que no sea solo por azar no significa que sea por la mano de Dios, creando uno a uno los organismos por separado. Todos dicen que unos derivaron de otros, Romina. Todos. Por eso la evolución fue lenta, por eso nada es demasiado diferente a nada, en la vida. ¿No viste que los huesos del ala de un pollo se parecen un poco a los del brazo de un hombre? Porque todo se hizo por pequeños retoques a partir de un mismo primer boceto, los primeros bichos de una sola célula, y cada nuevo cuadro se pintó usando uno anterior, y cambiando cada vez muy, muy pocas cosas. Los hombres y los pollos tenemos por antepasado común a los reptiles, ese fue nuestro boceto común. Si no, no tendría por qué haber ese parecido entre los miembros. Partiendo de cero, o del poder de un Dios creador, se podría haber concebido un ala que no tuviera nada que ver con un brazo terrestre, que no está hecho para volar sino para correr en tierra o agarrar cosas. Se podría haber creado un ala mucho más aerodinámica y mejor. Pero es imposible, porque solo se puede crear vida a partir de una vida anterior.

—Ricardo, no quiero que me des más libros para leer. Vos lo único que querés es adoctrinarme, hacerme igual a vos.

—¡Romina, los libros me los pediste vos!

—¡Mentira!

—Sí que me los pediste, a tu manera, pero me los pediste. Vos nunca pedís nada de frente, porque sos una reina a la que hay que adivinarle los deseos. Pero me dijiste que nunca habías leído nada fuera de lo que te ordenaban en el colegio, que querías empezar a leer un poco y que no sabías por dónde empezar. ¿Con tamaña biblioteca en mi propia casa no te iba a dar nada?

—¡Pero yo quería que me dieras libros para leer, no que me quisieras adoctrinar!

—¡Romina, yo por mí hubiera preferido que leyeras a Boris Vian, a García Márquez, a Lovecraft, a los que más despegan de la realidad, a los que la usan casi como una excusa para hacer cosas hermosas que nunca podrían pasar en la realidad! Porque eso es un mundo aparte que sí no se puede conocer a través de los diarios o simplemente viviendo la vida de uno. ¡Pero vos me dijiste que querías libros realistas, que las novelas te cansaban y te di un ensayo, nada más que eso! ¿Dónde está el crimen?

—Ahora tratás de confundirme como siempre. Pero los libros vos los elegís para cambiarme. Te decís muy tolerante, te decís muy amplio pero te molestan las diferencias. Te molesta que yo no sea de izquierda. Te molesta que no tenga tus ideas. Que no sea una intelectual. Te molesta mi religión. No podés aceptarme en nada como soy. No soportás ni mi manera de ser, ni mi manera de hacer el amor.

—¡Al contrario! Todo lo que estás diciendo es verdad si lo cambiás de signo, si lo decís al revés. Salvo lo de tu manera de hacer el amor. Te dije mil veces que una de las cosas que más me gustó de vos cuando te conocí es que no eras una intelectual. Y salvo cuando se trata del sexo o de algo que yo necesite saber para entenderte, también te dije que me gusta tu silencio, porque mi vida me la pasé hablando y de eso

tuve bastante. Si tenemos problemas es justamente porque para mí en la pareja el sexo es lo más importante. Lo decisivo. Como te lo aclaré desde el primer momento. Con tu religión no me metí nunca, jamás. Ni me interesa hacerlo. Y esta es la primera vez que me entero oficialmente de que no sos de izquierda. ¿Y sabés por qué me entero recién ahora? ¡¡Porque nunca me interesó un reverendísimo carajo saberlo!! ¡Nunca te lo pregunté!

—¿Entonces por qué me estás dando todo el tiempo libros de izquierda?!

—Hesse nunca fue de izquierda. Su mejor novela es una apología de la sociedad jerárquica, que es el meollo del pensamiento conservador. Pinta una sociedad utópica, Castalia, donde se selecciona desde arriba, como le gusta a la derecha, a la élite de los creadores que tendrán derecho a unos aprendizajes apasionantes donde se mezcla y se recrea como en un instrumento de música toda la cultura humana, desde la ingeniería a la poesía. Es *El juego de abalorios*. No te lo di porque a todo el mundo le parece árido, no porque fuera una apología de las jerarquías. Borges despreciaba a la izquierda. Llosa tiene una hermosa novela, que te pensaba dar cuando terminaras *Conversación en La Catedral*, donde se satirizan al máximo los peores defectos de una rebelión de pobres, y que la escribió obviamente para dejar mal parada a la izquierda cuando él ya se estaba cayendo del mapa, de tan a la derecha que se había ido en su país. Se llama *La guerra del fin del mundo*, y si querés podés empezar a leerlo hoy mismo, porque a mí mismo me encantó y lo tengo ahí. Morris no sé en qué carajo debe andar, pero el evolucionismo no es de izquierda. Es el ABC de la biología, para todos los científicos del mundo, de cualquier ideología. Al pensamiento conservador más extremista se lo llama justamente darwinismo social, porque pretende instaurar entre los hombres la selección natural. Scorza te lo di porque habla de la cultura andina que supongo que también debe estar todavía viva en Salta. Es el único izquierdista que te di.

—Entonces te las ingeniás para encontrar a los conservadores que critican las cosas en las que yo creo, Ricardo. No me vas a decir que no estuviste eligiendo a propósito lo que me dabas para leer.

¿Le iba a decir que no? ¿Qué escogía al azar? ¿Que le daba a leer solo lo que más podía alejarnos, lo que reforzara todo lo que nos separaba? ¿Las diferencias estaban para incitarlo a uno a aumentarlas o a disminuirlas? No le dije nada. Esperé que pasara la tormenta, confiando en que un cielo más despejado permitiría descubrir algún terreno más neutral. Después de todo, yo mismo había preferido entablar con ella los intercambios más alejados de cualquier contenido cultural y hasta de cualquier contenido a secas desde el mismo momento en que había percibido con asombro en aquella plaza que su orgullo se desplegaba de manera tanto más deslumbrante y seductora cuanto más contrastaba con los materiales precarios de los que se fabricaba. Era casi la definición misma de toda nuestra apuesta.

CAPÍTULO 5

Es notable cómo una simple noticia puede llegar a transformar completamente nuestra visión de las cosas. Un lugar en el que hemos estado trabajando durante años puede aparecérsenos bajo una luz completamente diferente si el mundo ha tenido alguna transformación importante, aunque el testimonio de ese cambio solo nos haya llegado por los diarios o la televisión. Pero el grado en que cambia nuestra visión de un lugar, de todos los lugares, es ya impresionante cuando la noticia no se refiere a lo que pasa en otra parte del mundo, y ni siquiera en nuestro propio país, sino a nosotros mismos.

Turba había sido una excepción entre las editoriales del país por tener además de los lectores externos que cobran por obra, un lector en planta, con sueldo, libertades y funciones suficientemente indefinidas como para que su influencia pudiera ser eventualmente bastante mayor que la que proviene de leer obras por encargo y entregar un informe escrito de cada una. Tras el despido de Barnes prefirió perder esa originalidad, y a nadie le llamó demasiado la atención. Para la empresa era una forma de demostrar que el despido obedecía a motivos más razonables que una pelea por faldas. Sencillamente no necesitaba el cargo. Para mí era una manifestación más de esa resignación conformista que solía empujar a la izquierda a engolosinarse con sus propias limitaciones. Gaitanes había intentado ser vanguardia en el país. Había encarado su negocio con tanta ambición, audacia y tantos toques de modernidad que ya empezaba a parecer para algunos como alguien que estaba dando en la tecla de lo que necesitaba una nueva izquierda en los tiempos del poscomunismo. Pero después de un comienzo muy auspicioso, potenciado luego espectacularmente tras la caída de la dictadura militar, había empezado a vender menos, y en el año que transcurrió entre la caída del Muro y las primeras elecciones unificadas alemanas comenzó a tener los primeros fracasos notorios con nuevos productos. Desde entonces habían aparecido distintas muestras de ahorro y achicamiento, aunque en aspectos que podían parecer más razonables. Que se pusieran a hacer con la ausencia de un lector virtud de una necesidad tan farandulescamente surgida, me rebelaba.

Pero antes de que pasara un año, Elvira, la secretaria de Gaitanes, entró en la sala de administración, donde yo seguía atípicamente cumpliendo mi tarea de traductor, y enfiló asombrosamente hacia un lugar que no parecía estar muy distante de donde yo trabajaba y que a medida que ella caminaba creí identificar con creciente expectativa como mi escritorio, el mismo que tenía desde mis épocas de administrativo. Cuando se plantó ante mí, ya no pude dudar más y empecé a distinguir con cierta claridad los sentimientos que me estaban asaltando. Tenía terror. Un terror macizo. No tembloroso, sino consistente, bien asentado y ya casi superado apenas aparecido. Como esos terrores que ya lo asombran a uno por tener aún vigencia pese a que la situación temida nos ha frecuentado tantas veces que deberíamos estar acostumbrados.

Me estaban despidiendo, no podía haber la menor duda. El achicamiento había tomado finalmente una dirección más racional que la puja por las polleras y habían decidido dejar de pagar un salario de empleado para hacer un trabajo que toda editorial del país se jactaba de poder encomendar a la vocación de servicio y de renombre de aristócratas de la lengua, del linaje, o de la pluma, o a desocupados empeñosos que por un emolumento prácticamente simbólico convertían el *but* en *pero*, cuando era *sino*, el *pourtant* en *por lo tanto*, cuando era *sin embargo*, y *sin embargo* y pese a todo a veces traducían bien algo.

Me estaban despidiendo como me habían despedido en tercer grado del Pueyrredón porque no había logrado soportar la ira pedagógica de la profesora de música y respondí a su tercer grito consecutivo de “¡Ineptos!” comentándole a mi entrañable compañero Oliver “Me cago en ella”, con algunos decibeles más de los convenientes para el caso. Solo si me estaban despidiendo podía Elvira tener el rostro tan endurecido mientras me anunciaba que Gaitanes quería verme. Era la cara que se pone ante un cadáver.

Pero no bien Gaitanes me recibió tuve el primer indicio de que podía estar equivocándome bastante. Gaitanes no tenía la actitud de luto de alguien que está cargando con una decisión de la que se siente culpable, sino una desenvoltura impecable. Al comienzo eso me produjo aun más temor. Pensé que solo podía estar tan desinhibido si me iba a despedir por algún motivo mejor fundado que una racionalización, si había descubierto por ejemplo errores graves en mis últimas traducciones. Pero cuando empezó a hablar su tono no tenía siquiera la solemnidad de una reprimenda. Estaba asombrosa, gozosamente alegre, como solo puede estarlo en una situación así quien tiene una buena noticia que comunicar.

Mientras Gaitanes rompía el hielo preguntándome banalidades yo iba descendiendo a caballo de mis respuestas desde el destierro límbico del despido a los parajes protegidos de Turba. Pero no era un retorno al sitio conocido y ajeno, era el reencuentro con un lugar que un inexplicable error mutuo había impedido durante muchos años que yo reconociera como propio, y que finalmente aparecía en su verdadero carácter de lugar social predestinado para mí.

Cuando Gaitanes empezó a hablar del puesto que había dejado vacante Barnes yo ya estaba preparado para lo mejor. Tanto que al comienzo interpreté todas las salvedades que Gaitanes hacía a su presentación como meras formalidades necesarias para dar más realce a un ofrecimiento impecable. Pero él se encargó de marcar a fuego las precisiones.

—Nosotros sabemos que usted tiene una buena preparación para ese puesto pero no quiero que esto se preste a confusión. No estamos ahora en condiciones de cubrir ese cargo. Tenemos esta urgencia coyuntural que le expliqué por la nueva colección que estamos por sacar y querríamos que usted le dé una mano al director de la colección para la selección de los títulos. Usted seguiría trabajando exactamente en las mismas condiciones que ahora, y con el mismo cargo. Pero cobraría un adicional

fuera del sobre, y tendría menos trabajo como traductor, porque nosotros vamos a empezar a encargar una parte mayor de las traducciones afuera.

“Un adicional fuera del sobre”. Yo había tenido desde adolescente la experiencia del pago en negro o del pago en blanco. Pero desconocía los matices del gris y las sutilezas de sus eufemismos. Que un editor especializado en ilustrar al público sobre los derechos obreros y la ética social ampliara de ese modo la escala cromática de mis experiencias salariales podría haberme parecido suficientemente instructivo, pero en ese momento yo no tenía espacio mental para detenerme en eso. Estaba exultante, inundado de una gratitud incommovible que abrazaba todo el espacio de Turba y lo convertía repentinamente a Gaitanes en un personaje de mi intimidad, como un familiar que reapareciera en mi vida luego de años de ausencia en tierras lejanas y quisiera asegurarse una buena recepción trayendo un equipaje repleto de regalos. El hecho de que sus regalos no tuvieran el empaque habitual o vinieran envueltos en retorcido papel gris solo demostraba cuánto había debido esforzarse para conseguirlos, cuánto quería de veras congraciarse conmigo, hasta qué punto consideraba que yo me los merecía. Si ni siquiera había mencionado aquella entrevista que yo había tenido con él años atrás para pedirle eso que empezaba a darme ahora, ¿no era la prueba evidente de que quería ocultar de la envidia de los demás el secreto entendimiento que existía entre nosotros? A la hora del reencuentro convenía la discreción. Natural que la discreción impusiera también un comienzo medio ambiguo, medio encubierto, medio en negro al que sería seguramente mi nuevo cargo efectivo. Seguramente...

En esas condiciones no podía expresar demandas. Pero hice lo que pude para disipar también de mi parte toda confusión.

—Me alegra mucho —le dije—. Espero que haya mucho que leer y poco para traducir. Porque traducir me gusta muchísimo. Pero más me gusta leer y comentar textos. Se acuerda que tuvimos incluso una entrevista hace unos años en la que yo le dije que me gustaría ser lector, especialmente en una editorial como esta que publica cosas que me interesan mucho y conozco bien. Yo sigo teniendo el mismo deseo, y aunque sé que lo que me está proponiendo no es eso, me parece que se le acerca bastante. Me gustaría que la nueva situación dure lo máximo posible, aunque nunca llegue a convertirse en lo que yo le sugerí aquella vez.

—Por ahora, va a durar lo que dure la nueva colección, Zevi, es lo único que puedo anticiparle. Pero creo que usted definió bien la situación. Yo tuve presente aquella entrevista cuando decidí hacerle esta propuesta, y por eso pienso también que esta nueva tarea le resultará placentera. Además, Fermín Alonso es una persona muy agradable. Le va a gustar trabajar con él.

Fue todo lo que pude arrancarle a Gaitanes como testimonio de una complicidad a la que mi fe no estaba dispuesta a renunciar. Por lo demás, no sé si fue por las mismas razones que Gaitanes tenía en cuenta, pero sí que me gustó trabajar con Alonso. En primer lugar, porque a él no parecía gustarle mucho trabajar, o no tenía tiempo

suficiente, y descargó sobre mí el grueso de la tarea, que era lo que yo más podía pedir para ir ocupando tan rápido como fuera posible el lugar que quería. Pero también era cierto que era agradable. Agradable, fresco, intocado por la ética del esfuerzo o el culto de la queja que no falta en ningún ámbito laboral, creaba a su alrededor una atmósfera de vacaciones, de relajación impune, que lograba superar las condiciones menos favorables, como cuando pese a todo se concentraba finalmente en el trabajo y se ponía a discurrir bastante alambicadamente sobre los textos que tenía que seleccionar para la colección. Fuera de esos momentos de resignación final, su charla era capaz de recorrer todos los tópicos imaginables, sobre todo en música y literatura, sin rozar siquiera nada que tuviera que ver con la sociología, la política y menos aún la colección.

Tenía una capacidad hipnótica completamente inusual en un intelectual, porque no estaba hecha de brillo discursivo, ni de erudición y ni siquiera de inteligencia a flor de piel, al menos no de la que se espera en una persona de su oficio, sino de una afabilidad campechana sin sombras de demagogia que hacía resaltar como una perla inesperada sobre una modesta tela cada trozo de conocimiento que salía de su boca. Bastó que me dijera una sola vez “ah sí, es cierto, quería leer a ese loco de la guerra y solo lo tenía en alemán” como toda respuesta a mi inevitable pregunta por Brockner, para que me diera por satisfecho. El misterio insondable que rodeaba a ese texto escandaloso quedó repentinamente reducido a sus pesadillescas 500 páginas, y se desprendió en un instante de las infinitas redes de sospechas que lo habían atado a Turba, a los Gaitanes y vaya uno a saber a quién más. Fue solo por mera curiosidad profesional que le pregunté entonces si quería usarlo de algún modo para la nueva colección. No, no había pensado en eso. Se lo había traído un periodista amigo que había ido a cubrir las elecciones unificadas alemanas. La editorial era marginal, el tipo era completamente desconocido y él no creía que hubiera que darle tanto realce como para mencionarlo en la nueva colección. ¿Quería conservar el original alemán? No, no lo necesitaba para nada. ¿Lo quería yo? Sí, siempre que podía conservaba los originales. Me lo dio y nunca más se habló del tema. Ni siquiera cuando los temas que fuimos abordando en la colección parecieron rozar por evocación histórica problemas que podían haber provocado un comentario sobre la visión que de ellos tenía Brockner.

Era una colección de libros sobre el funcionamiento de las instituciones parlamentarias y de las otras formas de organización social en unas decenas de países representativos de algún rasgo particular. Se llamaba “Facetas de la Democracia” y exigía un trabajo descomunal, porque había que leer varios libros de cada país, seleccionar uno o varios capítulos de cada uno para publicar en un solo volumen y redactar una introducción para cada país donde se hiciera una comparación con la Argentina. A menudo la bibliografía del país en cuestión era escasa o inaprovechable en su forma original, y la introducción debía convertirse en el ensayo principal y abarcar la mayor parte del volumen.

Alonso no era un especialista en ese tema sino un sociólogo que se había ganado un cierto prestigio entre los intelectuales y un gran rechazo entre los especialistas haciendo análisis comparativos de varios fenómenos en sociedades disímiles: revoluciones “burguesas” en Europa, América y Japón, revoluciones “proletarias” en Europa y Asia, desarrollo del parlamento en Gran Bretaña, Francia y Alemania. En los últimos tiempos había alcanzado cierta fama y hasta había pasado por la TV porque había empezado a orientarse a temas de mayor impacto popular y provocado un gran revuelo con un libro sobre el machismo en México, Argentina, los países árabes y Japón. Sociólogos e historiadores más circunspectos, a quienes la gran prensa había abierto sus puertas por primera vez en años para que salieran a despellejarlo y brindaran con la riña una noticia, vieron ahí confirmadas con creces sus acusaciones de superficialidad. Decían que se lanzaba a escribir de lo que no sabía. Él respondía: “Julio Olivera es el economista más grande que dio el país y es abogado, el ADN no fue descifrado por los microbiólogos sino por el físico frustrado Crick y el ornitólogo debutante Watson en menos de un año de trabajo... A esa gente le molesta que yo haga comparaciones entre esas sociedades sin haber dedicado mi vida entera a estudiar cada una de ellas, pero yo al menos soy sociólogo”.

Tampoco estaba dispuesto a dedicar una parte sustancial de su vida a la colección. En la gran mayoría de los casos se conformó con mis lecturas, y mi preselección terminó siendo la definitiva. Algunos países que no le interesaban mucho los dejó incluso casi librados a mi entera responsabilidad, y así terminé redactando las introducciones para Colombia y la India, que aparecieron en un tomo misceláneo agrupados con otros países de interés menor, aunque no pedí ni me ofreció que yo las firmara.

Para mí fue una experiencia casi extática. De una manera completamente azarosa e inesperada terminaba viviendo con apenas nueve años de retraso los sueños más ambiciosos que había tenido al entrar a Turba y que había debido resignar a las pocas semanas ante la acumulación abrumadora de obstáculos que parecían insalvables. Todo conservaba la ambigüedad y hasta parte de la clandestinidad de los sueños. Pero yo estaba demasiado entretenido viviéndolo como para sentir el regusto a irrealidad.

Había además algo que resultaba tremendamente gozoso e inesperado. El debut en la tarea que me parecía la más ambiciosa que yo pudiera jamás desempeñar en Turba no se daba en los márgenes de la editorial ni en los de mis propios intereses, sino en el más central de los temas. Aunque Gaitanes no había expresado ninguna expectativa particular respecto de “Facetas” y Alonso parecía no tener depositadas demasiadas esperanzas en nada de lo que pudiera ocurrir en el país, ya fuera con la colección o con cualquier otro tema, era imposible ocultar que un buen trabajo de nuestra parte podía contribuir bastante a revitalizar a la izquierda, o en todo caso a sentar un nuevo punto de partida para el trabajo de reconstrucción ideológica que todos ansiaban hacer pero que había desanimado por su escala inconmensurable a todos los que lo habían intentado hasta entonces.

Enterradas —tal vez para siempre— las ideas del cambio revolucionario, el estudio minucioso y comparativo del funcionamiento de todas las instituciones sociales, desde el parlamento o los sindicatos hasta los clubes deportivos, en una serie de países claves podía sugerir nuevas vías para la transformación social mediante la acumulación de pequeñas reformas y la expansión de formas más participativas en la toma de decisiones en todos los ámbitos.

A poco de lanzarse la colección, mi sueño editorial pareció cumplirse a una escala sorprendente. No porque superara a la imaginación, sino porque siempre un trozo de realidad asombra más que mil sueños completos. Y el proyecto terminó juntando más de un trozo. Al ritmo de un libro pequeño y de edición barata cada mes, más un folleto donde se concentraban las ilustraciones, se generó un impacto editorial y político inmenso y durante todo un año Turba, que ya era un emblema cultural del país por el conjunto de sus productos, pasó a ser la gran noticia del momento a través principalmente de esa colección.

Mi estatus en la empresa siguió restringido a la banda del gris, tanto en el sueldo como en el cargo. Pero la gente de Turba no parecía tomar nota de eso. Era evidente que me asociaban sin restricciones en su imaginación al éxito de la colección, aunque no podían tener la menor idea de hasta qué punto mi tarea estaba desbordando la “ayuda a Alonso” que Gaitanes me había solicitado. En todas sus formas de trato y hasta en sus miradas, yo creí notar al comienzo un embarazo sutil pero innegable, aunque no pude decidirme a interpretar si era el despecho de quienes se sienten injustamente relegados por la llegada de un advenedizo o si al contrario era el respeto asombrado y culposo de quien descubre que ha subestimado groseramente la capacidad de una persona.

Eso fue desapareciendo rápido, sin embargo. Y yo contribuí en alguna medida a que todo recobrar algo de su aspecto habitual, porque aunque hubiera tenido la posibilidad de dejar de concurrir lisa y llanamente al edificio, me había empeñado en seguir asistiendo siempre que me fuera posible, y en sacar provecho de la libertad de horario prácticamente ilimitada solo en ocasiones especiales. Eso parecía incomodar por alguna oscura razón a Gaitanes. Él se las había ingeniado para hacerme sentir en su trato que mi estatus no había variado en absoluto, pero que de todos modos casi era necesario para mi nueva tarea que yo concurreniera lo menos posible al edificio y me diera las libertades más irrestrictas. Pero al mismo tiempo y con sorpresa, creí percibir una cierta incomodidad en él por la dedicación que yo le brindaba a la nueva tarea, pese a que nunca más me habían solicitado la traducción de obras ajenas a la colección y por lo tanto estaba exclusivamente dedicado a ella. Por momentos pensé que Gaitanes estaba de algún modo avergonzado por haberme dado el puesto solo a medias, en negro, y quería reparar eso alentándome a no tomar el trabajo demasiado en serio. Pero a veces sentía exactamente lo contrario: que él temía que mi cargo a medias se convirtiera demasiado rápido en definitivo por imperio de las circunstancias, de mi dedicación y de una cierta convalidación difusa por parte de la

gente, y no por una decisión suya que conviniera a sus planes futuros, que yo ignoraba completamente.

En realidad, yo me dejaba absorber por la nueva tarea no tanto por mi deseo de instalarme definitivamente como lector, como por la necesidad simultánea de afirmarme en cualquier cosa para poder huir de la fantasmagoría que había inundado mi relación con Romina. Ya había dado un paso en la dirección necesaria empujándola literalmente a ella a retomar los estudios universitarios. El mejoramiento de mi propia situación laboral era una ayuda inesperada que no podía dejar de explotar exhaustivamente. Había empezado a sentir que en la relación se estaba creando un aire viciado en el que solo podría prosperar una flora de visiones pornográficas, tanto más molestas cuanto que se habían revelado totalmente ineficaces para los fines que habían motivado su surgimiento, pues Romina solo había reaccionado con indiferencia aburrida o cierta preocupación cuando hice algunos intentos sutiles de compartirlas con ella en una mera forma lúdica para excitarla luego de que rechazara contundentemente la posibilidad de llevarlas a la práctica. Que los dos avanzáramos simultáneamente en nuestros respectivos ámbitos sociales podía ser una forma de abrir una ventana por la que entrara un aire fresco, capaz de disipar esas plantas adventicias de la imaginación e iluminar algún otro flanco por donde destrabar la relación. Como todas las cosas que intentaba con ella, alentarla a estudiar era además una forma de prepararle una vía de salida de esa simbiosis insatisfactoria para ambos que estábamos creando. Era una forma de prepararnos los dos para el fin de la relación, si como todo parecía indicar no la podíamos salvar.

Pero la realidad siempre tiene esa capacidad para convertir nuestros proyectos en una caricatura de sí mismos, cuando se aviene a dejarlos entrar en su reino. No bien cambió mi situación en Turba yo empecé a alentarla con insistencia creciente a que estudiara, no solo porque tenía la ilusión de que su desarrollo personal terminaría por hacerla salir del enclaustramiento en la que tenía metidos sus sentidos y su personalidad, sino porque ella parecía resentir la mejoría en mi propia situación laboral como algo que podía distanciarnos. Pero no tenía la menor idea de qué carrera le convendría estudiar. Me decía simplemente a mí mismo que acabaría por descubrir sola la respuesta, y me aferraba a la esperanza de que su elección no resultara incompatible con algunos intentos más por salvar nuestra relación. Solo le desaconsejaba que retomase filosofía, porque no se trataba de hacer turismo cultural sino de buscarse una profesión.

Pero cuando me comunicó su elección tomé por enésima vez una de mis decisiones secretas de separarme. La distancia entre nosotros parecía demasiado grande y condenada a incrementarse.

—¿Y? ¿Qué te parece?

—Bueno, no es una carrera que a mí me guste. Me parece aburrida y no me gusta lo que comúnmente se hace en las empresas en nombre de las doctrinas de los administradores de empresas. Pero me parece bien que te hayas decidido. Cualquier profesión depende de quien la ejerce. Tal vez vos vas a poder ingeniártelas para hacer cosas mejores que las que suelen hacerse.

—¿Por qué decís eso? ¿No ves que nunca te gusta nada de lo que hago yo? Yo no veo qué tiene de malo. Los administradores solo tratan de hacer las empresas más eficientes. Hacen que ganen más dinero, para que todos estén mejor.

—Romina, no sé si sabés que yo soy de izquierda.

—¿Y eso qué tiene que ver? Vos me dijiste que no sos dogmático. No me vas a decir ahora que estás en contra del dinero, que no te gusta que la gente viva bien.

—Alguien de izquierda no es un cura hipócrita que despotrica contra el dinero y el consumo. Pero se supone que aun el menos dogmático de los izquierdistas piensa que la distribución de la riqueza y sobre todo del producto del trabajo en las empresas no es justa en nuestra sociedad. Por e-...

—¿Y dónde es justa, en Rusia, en China, en Cuba?

—En ninguna parte. Pero ser izquierdista es querer que la distribución sea más justa, y creer que esa sería la mejor forma de generar mayor eficiencia, en lugar de los métodos que proponen por lo general los administradores de empresas. Por lo menos en este país, donde solo buscan despedir gente y bajar los salarios.

—Yo no creo para nada que sea como vos decís.

—Romina, ¿vos leés los diarios? ¿Encontraste alguna vez que alguien mencione en este país otra forma de aumentar la eficiencia que dejar sin trabajo a los que crearon las empresas rompiéndose el lomo, alguna otra forma de aumentar la riqueza que disminuir los salarios y reducir la riqueza de los demás? ¿Leíste que alguien se preguntara en este país si los trabajadores no producirían más y mejor si se les pagara más, o si se los formara técnicamente, como lo hacen en los países desarrollados?

—¿Qué tonterías estás diciendo?

Ah, sí. No habíamos tenido más que una o dos discusiones directas sobre política antes de esa vez. Pero habían bastado para saber que ese terreno, justamente aquel donde yo la imaginaba más débil y menos formada, era en el que ella se sentía más invencible y se mostraba más pronta a faltarle el respeto a cualquiera. A cualquiera que defendiera aunque fuera módicamente alguna forma de conducta social diferente del sálvese quien pueda y sálvese quien crea. Romina había sido mi primer encuentro real con la ética de los protestantes. Solo ella me había convencido de que los libros no mentían al describir un carozo tan mezquino y duro en el corazón de esos sorprendentes cristianos. Pero yo siempre había querido creer que su protestantismo, de por sí supuestamente reformado, no tendría mayores consecuencias prácticas, y jugaría —con la única y clara excepción de su antievolucionismo— como un afrodisíaco para la relación, como suele ocurrir con muchas de las diferencias en las parejas. Pero lo que menos sentí ese día fue atracción.

—¿Cómo que tonterías?

—¿Me vas a decir que en el Primer Mundo no despiden gente? ¿Quién trabajaría bien si no supiera que lo pueden despedir?

—¿Y vos te creés que es tan dramático para alguien de aquí que lo despidan con el salario que le pagan y lo mal que lo tratan en cualquier trabajo?

—Por supuesto que es dramático. Vos no tenés idea porque nunca pasaste por esa.

—¿¡Me podés decir entonces por qué carajo este país se va a la mierda si los patronos tienen un látigo tan eficaz para hacer trabajar a la gente!?! ¿¡Por qué toda Latinoamérica se va exactamente a la misma mierda que este país!?

—Porque la gente no quiere trabajar. Porque aquí estamos muy mal acostumbrados. Nos gusta pasarla bien. Nos gusta la cosa fácil. Aquí hay gente que gasta la mayor parte de su tiempo no en ver cómo pueden progresar sino en ver cómo pueden hacer para trabajar menos. Vos no conocés de verdad a la gente de trabajo de este país.

—¿Los patronos también son unos vagos?

—Si fueran unos vagos no habrían llegado a ser patronos.

—Mirá, conozco a algunos patronos y te puedo decir que gastan la mayor parte de su tiempo no en ver cómo pueden producir más o ganar nuevos mercados sino cómo pueden evadir algún impuesto y cómo pueden hacer para pagarle menos a sus empleados. Y después quieren que se maten por la empresa. La cuestión no es simplemente trabajar mucho, sino no trabajar para joder a los demás sino para producir más.

—Ricardo, hay gente que si no la jodés no hace nada.

Ahí estaba nuevamente la Romina que me había negado últimamente a registrar. Una Romina dominante, firme, acerada. La que soportaba con desprecio impaciente los elogios por su magnífico ping-pong, la que solo tenía blandura en la carne para mejor ocultar sus reflejos de gata autoadiestrada para cazar y ganar. Una hembra capaz de atraer cada vez más con la fuerza irresistible de su propio orgullo, si no fuera porque elegía poner su orgullo enhiesto de un lado tan equivocado. El lado donde el orgullo no es ninguna originalidad, aquel donde existe desde siempre, duro, cortante, atolondrado y ciego en cada una de las puntas solitarias de la escala social, donde cada jefecito, patroncito, caciquito, sargentito o generalote, alaba su propia gloria y denigra todo lo que hay debajo de él. El lado que no necesita a ningún orgulloso que venga a defenderle la causa, porque para eso tiene ya una cohorte de chupamedias, porque para eso es el lado del poder.

Y sin embargo sí, pese a todo había algo de afrodisíaco en que Romina volviera a sacar las uñas. Al menos eso fui sintiendo con el paso de los días. Tal vez porque ella las mostraba con cierta discreción. Quizá porque ella no tenía contra quién ejercitarlas de verdad. O tal vez sencillamente porque yo había desarrollado ya una exagerada capacidad de adaptación que me permitía fantasear que me cogía a un subrogado del poder porque hacía el amor con una india que lo alababa.

A Romina empezó yéndole bien en el Ciclo Básico y eso me produjo una satisfacción de una índole muy distinta, me tranquilizó. Porque había temido que terminara decepcionándose de su elección, no porque encontrara criticable la orientación de la carrera, sino porque cursarla le resultara difícil, o peor aun porque se convenciera ya al comienzo de sus estudios de que alguna forma de racismo podía poner vallas insuperables a su posterior cooptación por parte del poder. Al comienzo de la relación, tocando muy desembozadamente el tema del racismo, yo había conseguido que me hablara algunas veces de las dificultades que había tenido por ese motivo en la sociedad pueblerinamente aristocrática de Salta. Pero los dos nos movíamos con mucho más cuidado cuando tocábamos las posibles consecuencias para ella de esos mismos prejuicios en Buenos Aires. Había como un acuerdo tácito en considerar que en una metrópoli como esta el racismo no podía circular en cada ámbito más que como una contraseña de alguna camarilla minúscula, siempre en trance de disolverse en el magma caudaloso de la movilidad social.

Pero estudiar Administración de Empresas parecía como meterse en la boca del lobo, aunque fuera en la universidad oficial. Traté de prepararla de algún modo para enfrentar posibles sorpresas. Un día aproveché una entrevista a un periodista judío que vimos en el televisor de un bar donde cenábamos. El entrevistador le preguntaba si no había tenido problemas en su carrera por ser judío. El tipo, que tenía unos 55 años, se despachó con una apología ferviente de nuestra sociedad diciendo que jamás se había cruzado en este país con ninguna forma de antisemitismo.

—Este imbécil debe haber pasado toda su vida en un ghetto.

—¿Por qué?

—Porque para un judío de la edad de él la única forma de no haber encontrado nunca antisemitismo en este país es haber estudiado en escuelas judías, no haber hecho la colimba y haber terminado de comerciante en el Once. Ahora todo es diferente. Pero ese tipo es mayor que yo. ¿Cómo puede ser tan cagón de decir eso? Por alguna tiene que haber pasado. Además el infeliz es periodista. ¿No oyó hablar del caso Penjerek? ¿De Tacuara? ¿Del ejército argentino? ¿Qué se creará, el pelotudo? ¿Que nuestra constitución prohíbe ser presidente a un no católico para cerrarle el camino a los umbanda, al Hare Krisna? Periodista... ¿Nunca tuvo que rendirle explicaciones a otros chicos de por qué los judíos “matamos a Jesús”? Ese tipo no debe haber ido nunca a jugar a una plaza o a veranear a una playa. Pero si hasta en la escuela primaria había que rendir cuentas a veces. Había pibes que no se metían jamás en una banda del grado donde un judío pisara fuerte, y te lo decían de frente. Si vos no te metías en nada tal vez no te enterabas, pero si no, siempre terminabas tropezando con eso. Y después estaba la pesada. En Mar del Plata un chico judío sentía que se había convertido en un hombre no tanto si había hecho el *bar mitzvá* como si se animaba a ir caminando desde el balneario ghetto del San Jorge hasta el Yacht Club, en la otra punta de Playa Grande, con un Magen David bien

visible en el pecho, porque en el Yacht veraneaban muchos de Tacuara. Yo siempre fui ateo y nunca se me pasó por la cabeza hacer el *bar mitzvá*. Pero las únicas veces que me puse un Magen David fue para ir a hacer esa peregrinación, la primera vez con mi hermano, después dos veces solo. Nunca pasó nada. Pero teníamos yo once y él doce años. Tal vez fue solo por eso... En la secundaria, a veces soñábamos con formar grupos de choque para acuchillar a los nazis del Sarmiento, o de otros colegios donde se decía que un judío solo podía estudiar si tenía cinturón negro de karate y estaba en condiciones de romperle un hueso el primer día de clase a algún fachito para imponer respeto. Había racismo de todos los colores, en mi época, en las escuelas. En la primaria lo sentían más los judíos, porque los morochos eran casi mayoría. Pero a la secundaria llegaban menos morochos y menos pobres. Y ahí les tocaba sufrirlo más a ellos.

Pero no, pese a las prevenciones, Romina no tropezó con eso, o no lo percibió. No hizo amigos en la facultad en esos meses. Pero parecía sentirse completamente adaptada y satisfecha. Más aún, fue adoptando un aire triunfador y su conversación se fue mechando cada vez más de anécdotas, chismes y proyectos relacionados con el ámbito empresario al que previsiblemente solo podría acercarse sin embargo al cabo de varios años. Yo no podía dejar de sentir que ella había decidido instalarse mentalmente con tanta anticipación en ese mundo solo para refregarme por la cara su inmovible adhesión a la ideología del poder, para recordarme que la realidad estaba hecha de esas rocas contantes y sonantes de los ricos contra las que se estrellarían inevitablemente los sueños de no sé qué cambios libertarios que yo esperaba vagamente ver avanzar en el país gracias a los proyectos de Turba.

Tal vez haya sido por eso que yo le fui dando una forma cada vez más precisa a esos vagos anhelos. Me encontraba a menudo fantaseando que Turba iba influyendo con sus ediciones sobre la evolución política del país. Me imaginaba que ampliaba su colección sobre las formas de democracia para hacer un balance de todas las formas de organización social y una autocrítica de más de medio siglo de autoritarismo en la izquierda, tanto el de su socialismo de Estado como el de sus organizaciones partidarias, que tanto copiaban los vicios que criticaban en el poder. De eso iban surgiendo toda una serie de opciones nuevas para resucitar a la izquierda y, con la intención de acabar de cuajo con la propia rémora, la editorial daba el ejemplo instaurando un funcionamiento democrático en todas sus estructuras y cooperativizando la empresa. Por supuesto que eso lo había soñado más de una vez porque eran aspiraciones que se desprendían de mi propia historia. Pero las había enterrado hacía muchos años y el derrumbe del socialismo autoritario no las había hecho reverdecer. Fue empezar a progresar en Turba lo que les dio de nuevo vida. Pero sobre todo las resucitaron las ganas de demostrarle a Romina que la izquierda no era una enfermedad infantil y masturbatoria de la humanidad.

Porque a medida que avanzaba en la facultad no solo hablaba cada vez más de las distintas formas de hacerse rico, sino que daba a entender de tiempo en tiempo, y con

toda la insoportable discreción de una confesión involuntaria, que quien no era rico carecía de la suficiente inteligencia o incluso de ciertos atributos que en un hombre no deberían faltar. En suma: pelotas.

A veces era un relato sobre tal administrador que había “dado vuelta como un guante” tal empresa. Otras veces, una mención de tal o cual norteamericano que se había convertido en un magnate con menos de treinta años. Y si no, alguno de la lista interminable de jóvenes estrellas de nuestro país que venían haciendo desde hacía años su paso obligado por lo que ellos llamaban “función pública”, que más bien parecía un trampolín de uso personal para saltar de una empresa privada a otra mayor. Todos la impresionaban. Yo me defendía como podía. Echaba mano a viejas lecturas. Comentaba al pasar que Estados Unidos, su país aparentemente más admirado, se estaba yendo al diablo por haber alentado tanto ese inmediatez de la ganancia fácil, ese fuego de artificio del éxito contable a cualquier precio, a costa incluso de la propia industria. Invocaba sistemas económicos más equilibrados. Hablaba de Europa, de Asia, de modelos capitalistas más regulados, del respeto por el capital humano, de todas las grandes diferencias entre los capitalismo que se empezaban a ver y estudiar ahora que el frente unido del capital se resquebrajaba ante la desaparición del enemigo rojo.

Pero pocas de mis palabras resbalaban tanto sobre ella como esas.

Una vez la acompañé a un “encuentro” cuasifestivo de su iglesia, que no llamaba —y con razón— fiestas a sus fiestas, y me embarqué en una discusión con un par de ancianos a los que ella me presentó como eruditos del adventismo. Cuando empezó la discusión creí descubrir por qué Romina resultaba más resbalosa en ese tema: la obnubilación de los adventistas frente al poder de Estados Unidos era aun más inmovible que en las otras sectas protestantes norteamericanas, pues estaba más emparentada con el temor y el odio que con la admiración o el amor. Los ancianos me explicaron cómo las profecías bíblicas pronosticaban que “el poder civil y el eclesiástico” de Estados Unidos se aliarían con “la bestia” —en su jerga, el Vaticano— para prohibir y perseguir a la verdadera Iglesia, el adventismo, instaurando la obligatoriedad del trabajo el día sábado. Desde ese país, al que ellos no podían dejar de ver como un poder a absolutamente inmovible, se iniciaría entonces la represión contra la verdadera Iglesia a lo largo y lo ancho del mundo, y solo el segundo advenimiento de Jesús podría detener el exterminio.

Inútil explicarles que los católicos eran un grupo demasiado marginal dentro de la sociedad norteamericana como para poder imponer una alianza transoceánica con el Papa: la corrupción que los adventistas veían en todos los aspectos de la vida moderna, en todas las libertades del placer y del sexo, en toda la difusión de enseñanzas científicas que contradecían a la Biblia, delataba a sus ojos una degeneración ecuménica que contagiaba de satanismo también a todos los protestantes que no estuviesen rigurosamente sometidos a los preceptos de su secta iluminada, la única que respetaba todos los mandamientos de Dios, la única entre las

cristianas que no había cambiado el cuarto de ellos, el de no trabajar el sábado, por otro mandamiento impuesto por un mero emperador terrenal, Constantino, que había adoptado el domingo como día de descanso.

La charla política de los ancianos se centraba entonces en constatar el poder arrollador que crecía cada vez más dentro de las fronteras norteamericanas y su sesgo teológico en lamentar el martirio, que cada vez se volvía más inminente, de los verdaderos cristianos. Solo entonces terminé de comprender el verdadero matiz de la visión política de Romina. Porque cuando para calmar tanto temor apocalíptico yo me atrevía a sugerir que el siglo norteamericano tal vez estaba llegando a su fin y otros poderes, otros modelos económicos y sociales podrían llegar a imponerse, desde Europa o Japón, los ancianos me oyeron con paciencia pedagógica, con indulgencia de iluminado que no se detiene a considerar en detalle los argumentos de quien está en el error, y con cara de que ellos también desearían tal vez que la verdad no fuera tan cruel me explicaron que lamentablemente nunca existiría una nación más fuerte que esa misma que estaba condenada a perseguirlos.

Yo me sentí extraño. Recordé las discusiones con la izquierda stalinista que, en los tiempos del monopolio ideológico casi absoluto de Moscú, lograba constreñir todo el saber político de sus militantes a la afirmación de que todo era culpa del imperialismo yanqui. Japón no existía, era una mera colonia yanqui, Corea del Sur, tampoco, la Comunidad Europea, tampoco. Todo era creación del imperialismo dominante, único, americano. No había diferentes modelos capitalistas, no había en realidad capitalismo, había solo una maldad penetrante, omnipoderosa, imparable hasta el día del próximo advenimiento revolucionario, poniendo a su maléfico servicio a cualquier nación del planeta: Estados Unidos Detenerse a pensar los matices que podían tener esas naciones sometidas era perder el tiempo.

Me había embarcado en la discusión convencido de que oíría una apología sofisticada de los valores norteamericanos. Lo que oí fue un temor extrañamente evocativo de aquel que había servido antaño a aquellos fines propagandísticos elementales. Me pregunté entonces cuánto de la admiración de Romina por el poder no sería también crudo temor. Quise saber en qué aggiornaba ella la concepción que me estaban explicando los ancianos. Pero ella, sentada frente a uno de los ancianos miraba para todos lados con cierta inquietud, como si estuviera impaciente para que cambiáramos de tema. Finalmente puso una cara de aburrimiento abrumador y dijo:

—Bueno, pero no sé si es tan importante saber qué país es más fuerte. Si al fin y al cabo ahora todos los países son iguales. El mensaje de Cristo puede llegar a cualquiera de ellos y la profecía de todas maneras se cumplirá. Todos los países quieren estar bien y progresar.

Aparentemente, no llegaba más lejos que eso el adventismo no dogmático que me había dicho profesar. A mí solo me sonó como una forma eufemística de decir en ese entorno “en todos los países hay que tener las pelotas para joder a los demás”. Porque no bien terminó de decir eso puso una desconocida cara de adulta impaciente por la

molestia inoportuna de unos niños y se levantó a buscar una bandeja con canapés vegetarianos. La discusión había terminado. Yo seguía dudando de si en ella privaba el miedo o la admiración.

Habría pasado así un cuatrimestre. Romina iba creciendo personalmente a ojos vistas. Su seguridad era cada vez mayor. Su conversación había perdido el tono casi constante de interrogación que tenía al comienzo, cuando oscilaba entre mostrarse indiferente o como provinciana dispuesta a aprender hasta lo que ya sabía de memoria. Yo mantenía la relación movido más que nada por una curiosidad cada vez más intensa. El hecho de que ella terminara mostrándome una adhesión sin fallas a todo lo que yo había despreciado durante toda la vida perdió muy pronto hasta su último resabio de amenaza y pasó a ser el atractivo mayor de la relación. Sentía que le debía al adventismo el haberme suministrado la única posibilidad concebible de que una mujer del otro lado de la barricada se interesara por mí: solo una ideología del poder que mantuviera una preferencia por una austeridad de vida digna de los pioneros norteamericanos del siglo xvii podía sentirse atraída por un pelagatos como yo. Me preguntaba impaciente a mí mismo cómo sería la relación cuando Romina empezara a tener de verdad la posibilidad de ejercer poder y joder a los demás.

Pero antes de que mi curiosidad pudiera ser satisfecha la jodieron a ella. No le renovaron el empleo temporario que tenía desde hacía un año en una compañía de seguros y en el que había esperado quedarse como efectiva. Justo un mes antes la dueña de su pensión había aumentado bastante los alquileres. La situación financiera de Romina se tornaba desesperante. Yo no hice la menor referencia a la circunstancia de que le habían dado la misma medicina que ella recomendaba para los demás. Me limité a despotricar contra la empresa que no le renovó el periodo de empleo y contra la agencia de colocación, que le había anticipado que pasaría un tiempo sin poder conseguirle otro puesto porque todo estaba muy parado. Pero admito que me tomé mi tiempo para ofrecerle que se viniera a vivir conmigo. Quería que sintiera por unos días, tal vez semanas, la lógica protestante en carne propia. Y tal vez tampoco me moría de ganas de tenerla en casa. Le dije que no se preocupara, que entre los dos ya íbamos a conseguir algún trabajo para ella, y que si no, yo la “ayudaría” con el alquiler y con sus gastos, o que en todo caso “veríamos”, sin abundar en detalles.

Esperé un par de semanas que a mí se me hicieron quizá más insoportables que a ella. Romina tocaba el tema bastante poco, y cuando lo hacía me parecía que montaba todo un torpe teatro de autosuficiencia, que me daba vergüenza ajena y de la propia, aunque también pensaba que probablemente ella buscaba simplemente esto último y lo estaba logrando con suma maestría. Me contaba cómo estaba a punto de resolver el tema del alojamiento con un par de conocidas de su Iglesia que querían compartir el alquiler de un departamento. Me decía que en la Iglesia también iban a darle pronto un trabajo. Yo sentía que quería mostrarme que no me necesitaba y hacerme

avergonzar por no haberla invitado en seguida a vivir conmigo, que era en realidad la única forma viable en que podía ayudarla.

A la tercera semana comencé a presionarla para tocar más francamente el tema. Resultó que las conocidas de la Iglesia no estaban tan disponibles como ella había creído. Y ella tampoco pensaba que en la Iglesia le fueran a conseguir un trabajo muy pronto, porque no era la única que estaba en esa situación.

—¿Por qué no te venís a vivir conmigo?

—...

—Me parece que es la mejor solución. Y podemos sacar provecho de la situación para ver si así podemos llevarnos mejor.

—...

—¿Qué te parece?

—...

Me tuvo insoportables segundos, tal vez minutos, sin mostrar la menor disposición a dar una respuesta, ni qué hablar del agradecimiento que yo había esperado. Se miraba las manos, desviaba los ojos hacia algún rincón. Pero no decía nada. Yo me sentía como enjaulado, quería escapar de esa trampa horrenda en la que ya no sabía por qué absurda circunstancia había podido caer. Tenía vergüenza por haberle dado la posibilidad de cocinarme en el fuego lento de ese silencio, y vergüenza por no haber sido más generoso y solidario desde el comienzo. Vergüenza por mi generosidad de izquierdista tonto que ofrecía lo que nadie le pedía ni quería y vergüenza por mi mezquindad de pequeño-burgués con techo y trabajo asegurado que quería sacarle el jugo a su miserable parcela de poder, aunque fuese para dar lecciones sobre las vilezas del poder.

—Bueno, no. Si no estás convencida sería mejor dejarlo para otra ocasión. Tal vez nos traiga todavía más complicaciones empezar a vivir juntos ahora.

—No, no es eso...

—Ah ...

—... Es que yo habría querido que esto pasara de otro modo.

—¿De qué modo?

—No sé. Que fuera todo diferente. Distinto.

—¿Más lindo?

—... Sí, más lindo —tenía en los ojos una humedad inusual que en alguien más espontáneo hubiera desbordado en lágrimas.

—¿Que nos hubiésemos casado?

—No, para nada. Yo sé que no estamos todavía como para casarnos. Pero me hubiese gustado que fuera el producto de una decisión diferente.

La segunda cosa más dolorosa que me podían hacer a mí era mostrarme sueños tronchados. La primera, hacerme sentir responsable de esa frustración. Buscar un casamiento con papeles y libreta era para mí una mezquindad. Pero querer un idilio perfecto era el sueño más puro que podía imaginar, el que menos merecía que lo

troncharan.

—Es que la decisión diferente ya estaba —mentí—. Yo pensaba proponértelo hace tiempo. Pero me parecía que tampoco había urgencia. Yo también estaba buscando un momento especial para que todo fuera como la coronación de una aproximación cada vez mayor. Pero justo pasó esto con tu trabajo. Creo que lo mejor es aprovechar la ocasión como viene, y no pensar si podría haber sido mejor. De todos modos no te lo propondría si no sintiera que tengo ganas de que vivas conmigo.

—Yo también quiero vivir con vos.

Qué se le va a hacer. No todo el mundo encuentra en su propia inspiración una boca para sus sentimientos. Algunos necesitamos de la desocupación para dar con las palabras del amor.

Una vez más todo salía no solo diferente sino casi en sentido opuesto a como yo lo había previsto. Mi trabajo en “Facetas” no se combinaba con una mejoría en las condiciones de ella que trajera aire fresco para los dos y nos tonificara para mejorar la relación o para una separación. Tenía a Romina viviendo en mi Periscopio y sin empleo. No era mi primera experiencia de convivencia, pero resultaba totalmente novedosa en la mayoría de sus aspectos.

En mis experiencias anteriores, había existido siempre un reparto muy parejo de las tareas de la casa que parecía deducirse naturalmente del tipo de ambiente en el que nos movíamos con mis parejas de entonces: familias de empleados y pequeños profesionales cultos. Con Romina recibí al comienzo un sacudón inesperado, cuando me di cuenta de que se había acostumbrado al régimen que traíamos de antes, de cuando yo la consideraba a ella siempre una invitada y la mantenía prácticamente al margen de toda tarea hogareña, exceptuando ocasiones puntuales en que ella me hacía un agasajo en mi propia casa.

Se volvía inesperadamente locuaz cuando se acercaban las horas de las comidas. No bien yo decía “vamos a cocinar” tomaba alguna cacerola, le daba una enjuagada aunque no la necesitara y después rápidamente, con una escurridiza habilidad de malabarista, se las ingeniaba para salir nuevamente del torbellino de la cocina. Se sentaba en un banquito frente a la *kitchenette* y encontraba mil temas para charlar mientras yo iba preparando la comida. Yo le decía “a ver si me das una mano” y Romina soltaba un “sí” y se levantaba pesadamente del banquito una vez más para pararse al lado mío y esperar alguna sugerencia. Al tercer o cuarto día que la secuencia se repitió hice un balance y contabilicé en el haber de Romina no más dos o tres piezas de vajilla lavadas, alguna cebolla picada y dos bifos dados vuelta justo antes de que se calcinaran. No cabía duda de que para ella la falta de libreta de casamiento, su exclusión del contrato de alquiler de ese departamento o la presencia de alguien como yo que solía ensalzar los derechos de la mujer la ponían por encima de los deberes más elementales de la convivencia.

No bien lo comprendí le dije una tarde: “¿Por qué no preparás algo para la noche?”. Lo hizo. Y también cada vez que se lo volví a sugerir. Pero sin el pedido-sugerencia Romina no podía reunir fuerzas para mover un dedo por la casa.

Por sus cosas, sí. Casi siempre se levantaba temprano e iba a buscar trabajo. Pero no lo conseguía, y yo no podía dejar de pensar que el principal motivo por el que perseveraba era para tener una ocupación que le sirviera de justificación para no hacer nada en la casa. Seguimos así durante semanas, en esa puja sorda por el trabajo en la casa que yo interpretaba como una puja que giraba exclusivamente en torno del poder, porque para lavar sus cosas, hacer trámites y otros asuntos de su directo interés Romina no demostraba ser nada perezosa.

Que tal era el caso lo pude comprobar al cabo de dos meses, cuando Romina me recibió una noche radiante, rebosante de una felicidad tan grande como nunca le había visto en la cara. Admito que me preparé para oír cualquier cosa menos lo que me tocaría oír. No sé, que había sacado un premio de la lotería, que venía a visitarla el padre desde Salta, que se le había ocurrido un programa especial para la noche. Era que había conseguido trabajo. Por alguna razón yo no había podido imaginar un motivo así, no había podido asociar una alegría tan grande con eso. A medida que me lo contó creí entender por qué.

—¡Me toman de secretaria en una empresa de la Iglesia! —exultó antes de que yo pudiera sentarme.

—Qué bárbaro, amor, te felicito, qué suerte —mentí en todos los tonos de falsa euforia que conseguí emitir.

—No te había dicho nada que estaban por conseguirme un trabajo porque no creí que me lo fueran a dar. Viste que yo no soy muy obediente en la Iglesia, y ya no creo algunas cosas que se profesan entre nosotros. Por eso muchos me miran bastante mal. Pero hablé con un pastor que conoce a mi familia de Salta y él me dijo que iba a hacer todo lo posible. ¡Y resultó!

—¿Qué horario vas a tener?

—De ocho a cuatro de la tarde.

Tal vez no tomó conciencia de lo que estaba diciendo. Quizá no podía frenar la inercia de su justificado entusiasmo. Lo cierto es que me estaba informando con la misma euforia inicial que prácticamente no íbamos a poder vernos en todo el día. Yo trabajaba de 12 a 20.

—No nos vamos a aburrir de vernos...

—Ah... Sí... A mí eso me dio pena. Pero después de que me consiguieron al final un puesto con todas las que pasé, no quise plantearle nada.

—¿Me querés decir que ni siquiera le pediste que te diera otro horario?

—¿Estás loco? ¿Qué querés? ¿Que me quede sin trabajo? ¿Me vas a mantener vos?

—¿Me puede decir la magnífica princesa quién carajo la está manteniendo ahora?

—¿M'hijito, vos te creés que con tu salario nada más vamos a ir a alguna parte?

—¿A qué carajo te referís? —No estaba dispuesto a bajar la guardia y menos el tono.

—¿Ricardo, y si un día queremos casarnos? ¿Tener una casa? ¿Criar hijos?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Lo que tiene que ver es que tu salario no alcanza.

—¿Entonces por qué no te buscás alguien que le alcance el salario?

—Porque esa no es la solución. Yo no quise decir eso. A mí no me disgusta trabajar. Si trabajamos los dos, nos vamos a poder arreglar.

—¿No era que los adventistas eran austeros? ¿No era que se conformaban con poco?

—Yo no te dije eso. Además yo soy yo. Los adventistas nos arreglamos, no ostentamos riqueza. Pero vivimos bien. E incluso nos fijamos tal vez más que los otros cómo vive cada uno. Si yo te dije que somos muy competitivos. Casi toda la gente de nuestra edad en la Iglesia tiene auto.

—Nunca me dijiste que te interesaba tener un auto.

—Tampoco te lo estoy diciendo ahora. Te lo digo para que veas, no más.

—Ya veo. Lo que sigo sin poder ver de ninguna manera es por qué no pudiste siquiera sugerirle al pastor que te diera un horario que nos dejara al menos un momento para saludarnos. Esto va a ser una oficina de dos turnos, cuando entres ahí.

—Pero, Ricardo, ¡qué exagerado que sos!

—¡Cómo qué exagerado! ¿No te das cuenta de que cuando yo esté volviendo del trabajo vos ya vas a querer irte a la cama, si te tenés que levantar temprano? Vamos a vivir juntos pero nos vamos a ver solo los fines de semana. Menos el sábado a la mañana, que vos nunca podés dejar de ir a tu Iglesia. Es completamente ridículo. ¿Así vamos a lograr el “progreso de la relación”, como decís siempre?

—Vamos a tener todo el domingo.

—¿Qué querés decir con todo el domingo?

—¿Cómo qué quiero decir? Todo el domingo.

—¿¡Y los sábados!?

—Los sábados voy a tener que ir seguido a las reuniones de la tarde de la Iglesia, si trabajo para ellos. Es algo que ahí se sobreentiende.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco que me hablás así?

—¿Vos me estás tomando de boludo? ¡Estás a punto de dedicarle a la Iglesia prácticamente la semana íntegra y ni siquiera te atrevés a sugerirle a ese tipo que te dé un horario más cómodo para vos!

—¿Y vos te creés que me lo iba a dar?

—Me importa un carajo si te lo iba a dar. ¡Vos ni siquiera estuviste dispuesta a correr el miserable riesgo de sugerírselo!

—...

—¿Él sabe que vivís conmigo?

—¿Cómo va a saber? ¿Estás loco? Si se enteran me echan en seguida de la Iglesia. Si no estamos casados.

—¿Y a vos te parece que estando todo el día con ellos no se van a terminar enterando?

—Nnno, nno creo...

—¿Te das cuenta de que me estás anunciando nuestra separación?

—¡No, amor! ¿Por qué decís eso? Vas a ver que nos la vamos a arreglar. Nos vamos a llevar mejor. Vas a ver. Porque vamos a tener más plata y yo me voy a sentir mejor trabajando.

—¡Romina! ¡No nos vamos a ver nunca!

—Vas a ver que nos vamos a hacer tiempo para todo. Yo voy a llegar temprano y voy a hacer las cosas de la casa. Y cuando vengas vos vamos a tener todo el tiempo para nosotros.

—Romina. Vos no podés creer lo que estás diciendo ...

Lo peor es que sí lo creía. Y hasta lo cumplió, mientras pudo. La mayoría de la gente se paraliza y se deprime cuando tiene sentimientos encontrados. Romina huía hacia adelante tratando de satisfacer ambos polos de la contradicción a la vez: la Iglesia y nuestra relación. O mejor dicho, nuestra relación y su ambición. Porque no bien empezó en su nuevo trabajo no paró de hablar de las perspectivas que podrían abrirse para escalar en la organización de su Iglesia. Los laicos tenían un tope allí, y las mujeres uno más bajo aún. Pero hasta donde pudiera subir, ella se moría de ganas de hacerlo. Fingía o lograba creer que todo era compatible con nuestra relación. Hasta sugirió alguna vez que mi eclecticismo en materia de religión podía permitirme un bautismo y entonces nos casaríamos y todo marcharía como en el mejor de los mundos. El empeño que ponía en acondicionar cada día el Periscopio llegó a embriagarme, y me dejé llevar gustoso por sus fantasías sobre nuestro futuro. Dejaron de parecerme cínicas, hipócritas y meras excusas de Romina para darse fuerzas mientras preparaba nuestra separación, y se volvieron para mí la expresión más pura de su dulzura. De una capacidad de amar que no le había sospechado.

Pero eso no duró más de dos o tres semanas. Primero empezó a descuidar las tareas que ella misma se había atribuido en el cuidado de la casa. Luego encontró aun nuevos compromisos religiosos además de los seis días que le dedicaba casi íntegramente a la Iglesia. A los dos meses la situación se había vuelto insostenible. Cuando se lo planteé siguió sin embargo oponiendo una tenaz resistencia a la separación que tal vez era el principal misterio que me planteaba como mujer. ¿Cómo saber qué era lo que pretendía? Me decía que tenía una convicción muy íntima de que yo era el hombre de su vida. Que admitía que había algo de acertado en pensar que sus ambiciones en la Iglesia podían contraponerse a nuestra relación, pero que no tenía ninguna duda de que íbamos a superar todas las barreras. Por momentos llegué a

pensar que lo que escondía en la intimidad de su conciencia no era un sentimiento inexpresable de certidumbre en torno de la bondad de nuestra relación, sino un delirio con todas las letras, una locura como Dios manda.

Incluso llegué a imaginar su locura. Recordaba a un compañero de Universidad, judío, que contaba entre carcajadas la historia de una chupacirios católica que se había enganchado en una estación de tren mientras correteaba una enciclopedia. Él le dijo que vendía obras religiosas y la tipa dijo creerle. Él pensó que fingía esa ingenuidad para mejor encubrir la veta de pecadora que estaba descubriendo en sí misma. Pero luego tuvo que admitir que había que creerle. Porque cuando la conoció en el sentido usual y en el bíblico de la palabra se dio cuenta de que estaba loca de remate y podía creer cualquier cosa. Un día la tipa le dijo que él era el enviado de Dios para convertir a los judíos y preparar la llegada del Reino de los Cielos en la Tierra. Él salió corriendo y no volvió a verla más. A mí me había sorprendido cómo él no se había interesado por conocer más a una loca así. A mí me parecía una pieza única: era fervientemente católica pero podía adherir a un delirio rigurosamente reñido con la ortodoxia de Roma. Yo me cansé de preguntarle a él si no se habría equivocado y ella no era en realidad protestante. Porque eso me habría parecido más lógico. Pero él insistió que no.

Ahora tenía yo mi protestante de perfil típico y cada vez que nuestra relación se me volvía incomprensible —lo que ocurría con no poca frecuencia— no podía dejar de pensar que tal vez ella tuviera un delirio como ese, que en una secta irredentista norteamericana, como la de los adventistas, me imaginaba que debería ser la forma más trillada de locura. Pero si lo tuvo, nunca me lo dijo ni me dio ninguna prueba de tenerlo que fuera razonablemente independiente de los espejismos que yo mismo podía estar creando con la ilusión de dar de una vez con la solución a su enigma.

Por eso, cuando logré finalmente ponerme firme en mi propósito de separarme, más firme de lo que consideraban ético todas las partes de mi personalidad, y vi la cara lloriscosa y repentinamente asaltada por una íntima fragilidad que ponía Romina al comprender que esta vez yo no daría marcha atrás, me sentí no solo un reverendo hijo de puta sino el único delirante de los dos.

CAPÍTULO 6

Sin Romina, Turba creció en mi cabeza, en mi cuerpo, en mis venas, hasta devorar mi mundo casi por completo y plantarse en el centro de mi ser como el eje en torno del cual giraba para mí todo el universo visible. Tal vez haya sido por eso mismo que poco a poco fui sintiendo una inquietud creciente respecto del futuro, una difusa inseguridad temblorosa que se fue concentrando cada vez en ese eje, hasta hacerme sentir que en cualquier momento podía zozobrar. Pero fue bastante después cuando la realidad se puso a confirmar cruelmente algunos de esos temores.

El primer esbozo de comprensión que tuve de que mis sueños sobre las perspectivas abiertas para Turba por “Facetas” eran por lo menos exagerados lo tuve de la manera que menos esperaba. No fue a través de cambios en la política editorial de Turba, ni en la política del país, ni en el perfil del mercado editorial. Fue a través de la política laboral de la empresa.

Para mí también el hecho de que en el asunto de Barnes hubiesen estado implicados —aunque en forma sutil, indirecta y en gran medida mentirosa— los celos de Gaitanes, había terminado por restarle a ese despido buena parte de su carácter sintomático. Que alguna gente hubiese usado esa supuesta transgresión de Barnes como justificación para no hacer nada por su reincorporación me había parecido la expresión de la cobardía más hipócrita y rastrera. Pero no por eso iba a dejar de reconocer que los celos pueden ganar en cualquiera un dinamismo paranoico capaz de llevarse por delante a la ética mejor plantada.

Pero lo que pasó con la informatización ya no pudo cargarse a la cuenta de ninguna reacción de celos. En realidad ni siquiera dijeron que se trataba de eso, de la informatización. Como una ola filtrando su agua sobre la arena la versión de que se venía una “racionalización” fue llegando a todos los rincones de la empresa. El mote mismo “racionalización” demostraba que más allá de lo que la gente había dicho pensar en ocasión de lo de Barnes todos habían aprendido una lección fundamental con su caso, o por lo menos terminaron de aprender la lección del caso Barnes cuando les llegó a ellos la versión de los nuevos cambios. Porque desde la fuente oficial, como luego supimos cuando finalmente la empresa se dignó a informarnos, no fue esa la palabra que emplearon. Esa fue la forma irónica y pan pan y vino y vino que usó la gente para referirse a lo que la empresa había hecho filtrar entre los cuadros jerárquicos como “reestructuración”.

Algún distanciamiento profundo se habría estado gestando entre la gente y la empresa desde el despido de Barnes. Porque a simple vista, los planes en danza no merecían siquiera esa ironía. Las patronales solo usan esa palabra para arropar eufemísticamente con una supuesta racionalidad una tanda de despidos masivos. Pero la versión de la “reestructuración” llegó desde la patronal de Turba unida a una primerísima aclaración: nadie debía temer por su puesto de trabajo.

Y efectivamente no hubo lo que usualmente se entiende por despidos, con sus

telegramas y todo su ritual. Un día se corrió el rumor de que lo que en realidad estaba detrás de todo eran las máquinas. Al fin de semana siguiente, que fue uno largo, la empresa puso todo a punto sin que la mayoría de la gente, entre ellos yo, nos enteráramos. Y al primer día laborable de la otra semana encontramos las instalaciones de Turba irreconocibles. Había computadoras por todos lados. Un cablerío infernal salía de todos los escritorios hacia canalizaciones centrales que habían quedado abiertas. Durante la semana estuvieron trabajando técnicos, tendieron más cables, añadieron máquinas. Al otro fin de semana se completó la instalación y reacondicionó toda la decoración. Una *Blitzkrieg* informática.

La Comisión Interna no se dio por enterada oficialmente. Pero los que habían charlado con los delegados contaban que ellos les habían dicho que todo estaba en orden y que la empresa les había garantizado que no habría despidos. No habían hecho una asamblea porque no había nada que discutir sobre el tema. Informatizar solo competía a la política empresaria, y mientras no despidieran gente no había ningún problema.

Lo que se dice una vocación revolucionaria digna de la renovación democrática que pretendía propiciar Turba. ¿De verdad lo pretendía? Yo sí. Pero si faltaba algo para darme cuenta de que ni la conducción ni la mayoría de la gente de Turba pensaban, o fantaseaban demasiado con la aplicación práctica de lo que se profesaba en las publicaciones, la historia de la informatización me lo terminó de demostrar.

Al mes de que se terminara la instalación había unas diez personas que no sabían muy bien qué tarea iban a desempeñar en la empresa, porque lo que hacían se había vuelto superfluo. No pude saber bien cómo, pero los “desubicados” (“nadie está sin trabajo, pero algunos quedaron desubicados”) lograron que se convocara a una asamblea para tratar su caso. Tal vez no sin esfuerzo. Porque una vez más de la Interna solo estuvo Andrés. Era claro que algo estaba cambiando, si antes un despido no había logrado arrancar una asamblea y ahora la “desubicación” de algunos lo conseguía. Yo mismo estaba cambiando. Estaba perdiendo la paciencia. Con Gaitanes, con la Comisión Interna, con todo lo que Turba representaba, pero curiosamente no con la gente. Mi esperanza necesitaba de algo en que refugiarse y sin que yo mismo me diera cuenta lo fue encontrando en esa gente.

Hasta ese momento la distancia que la empresa mantenía con el personal, aceptable para cualquier otro lugar pero inconcebible para una editorial por la que llegaban al público todo tipo de cuestionamientos al orden establecido, me parecía una rémora del pasado, de la que Turba no tardaría en liberarse, o el producto transitorio de una mal concebida estrategia que terminaría sin duda por desecharse. La actitud del personal me irritaba en cambio de verdad, por la misma razón que un chupamedias disgusta siempre más que aquellos a los que rinde pleitesía.

Pero la soberbia de mantener a la gente tan olímpicamente marginada de un cambio tan importante y que podía traer “desubicaciones”, y la propia desconfianza que por primera vez el personal parecía empezar a tener respecto de la empresa,

fueron cambiando el orden de prelación de mis rechazos y hasta dejaron espacio para alguna simpatía hacia quienes ya no me eran tan desagradables como antes.

La convocatoria a la asamblea terminó de producir el vuelco. La esperé con tremenda ansiedad, como jamás hubiera pensado que podía esperar una reunión de esos empleados; aunque no quise fantasear qué podía suceder en ella porque tenía miedo de ser defraudado. Esto último fue tal vez lo que hizo que me sintiera tan cómodo cuando finalmente llegó el momento de la reunión. Y eso fue tal vez también lo que más contribuyó a que pasara lo que pasó.

Todo ocurrió en un *crescendo* muy lento que también les debe haber facilitado a los demás las cosas. El comienzo mismo de la asamblea se demoró como una hora o más. Parecía como si todos se hubieran puesto de acuerdo para dejar pasar la convocatoria a la asamblea como se había dejado pasar el seguimiento del petitorio. Pero a las cinco de la tarde la gente fue entrando en el salón de la administración, donde trabajaba yo y donde se había dicho que sería la asamblea. Era de suponer que Andrés había estado recorriendo las distintas partes del edificio para ir buscando a la gente, pero no fue el primero en entrar, sino que lo hizo con una tanda del medio. Por eso el ingreso de los primeros —unos quince obreros del Depósito— al salón produjo un efecto un poco surrealista. Porque nadie parecía darse por enterado de que había una asamblea, y los tipos se quedaron parados cerca de la puerta, con sus overoles, como si esperaran una orden para empezar a refaccionar el ambiente.

Cuando terminó de entrar todo el mundo se hizo evidente que el salón no se prestaba para ese tipo de reunión. Era chico para las aproximadamente setenta personas, los escritorios impedían que la gente se sentara y además estaba demasiado cerca de la Dirección de la empresa como para suministrar una conveniente privacidad. Eso no podía habersele pasado por alto a la Interna. Pero dadas las circunstancias era imposible saber si los delegados o el delegado habían elegido ese lugar para asegurarse la concurrencia de la gente de Administración, a la que podía suponerse tal vez menos inclinada a ir por ejemplo a otra repartición de la empresa, o si lo habían hecho para mantenerse físicamente próximos a las oficinas de la dirección, con la esperanza de preservar puentes de comunicación que podían empezar a peligrar.

La mayoría de la gente formó un semicírculo cerca de la puerta de entrada, lo que les permitió a los de overol seguir sin moverse, y el resto participó desde cierta distancia, como si hubiera graderías y estar alejado de los demás le permitiera a uno ver desde arriba la reunión. Andrés abrió la asamblea usando un tono ostensiblemente modulado adrede en una gama anodina, como si quisiera tranquilizar a todo el mundo, o desentenderse de la circunstancia más bien solemne de que era la primera asamblea general para tratar un tema que no fuera de forma, como la renovación de los cargos sindicales, único objetivo que había logrado congregarse hasta entonces al personal en una reunión así. Dijo que como había “inquietud en algunos compañeros por la informatización”, “convocamos” a la asamblea para discutir “cualquier

problema” que pudiera haber al respecto.

Y ahí no más abrió el debate y le entregó a la gente el balurdo de entenderse con el problema. Pasó un silencio prudencial, y un tipo muy flaco, de overol, pidió la palabra. Andrés se la dio al “compañero”, sin mencionar su nombre, y ese hecho me impresionó como muestra de sinceridad: no se quería crear la ficción de que todos nos conocíamos de verdad. El tipo tenía una ligera bizquera y como tendía a mirar hacia arriba para buscar las palabras, que le venían con enorme dificultad, daba la impresión de estar recitando o rezando. Finalmente se pudo entender que en el depósito quedaban cuatro personas “desubicadas”, y que ellos habían pedido la asamblea pero no querían tener ningún conflicto “con nadie”. Solo les preocupaba que ya habían pasado varias semanas y a los cuatro que quedaron sueltos no los estaban entrenando para otro puesto, ni les aclaraban nada. Ellos solo se decidieron a pedirle a la Comisión Interna una asamblea “para informarles al resto de los compañeros”, cuando les llegó la versión de que se iba a abrir una “lista de retiros voluntarios”. “Porque nosotros no queremos retirarnos, ni voluntariamente ni nada”.

—Eso ya se lo dijimos al jefe, a Cortinas, le dijimos que la calle está muy dura y no queremos la indemnización pero además queríamos que lo supiera el resto de los compañeros —terminó.

Empezó a gestarse un silencio incómodo. Pero antes de que se hiciera insoportable, Andrés intervino.

—Nosotros también le informamos a la empresa lo que pensaban los compañeros. Tuvimos una reunión especial para tratar el tema y la Dirección nos aseguró que no va a haber ningún despido. Eso ya nos lo habían dicho antes, inclusive, y nosotros se lo fuimos comunicando a todos los compañeros. Nosotros les señalamos sin embargo que estaba pasando esto... que algunos compañeros no estaban con una tarea muy clara desde que se instalaron las máquinas. Y ellos nos aseguraron que eso es algo totalmente transitorio. Les dijimos que íbamos a hacer esta asamblea para informarle a los compañeros y nos dijeron que la hiciéramos breve, para que no estorbara el trabajo. Porque parece que hay mucho atraso a causa de las nuevas colecciones.

Un silencio vergonzoso se extendió infinitamente. Luego la gente se acostumbró: guardó silencio pero ya sin incomodidad. Se miraban unos a otros como se mira un público ocioso antes del comienzo de un espectáculo. Yo soportaba una presión inmensa. Sentía que tenía que decir algo. Esos tipos no habían pedido la asamblea para que nos miráramos entre nosotros. ¿Qué clase de izquierdistas éramos si dejábamos pasar lo que estaba ocurriendo? ¿No era evidente que Andrés quería — para ser indulgentes— escabullir el bulto? ¿Acaso el tipo del Depósito no había dejado claro que el problema no eran los despidos sino la eventual presión futura para que la gente se fuera “voluntariamente” a cambio de la indemnización? ¿No nos estaban pidiendo respaldo? ¡¿Y dónde carajo estaba Jorge?!

—Una pregunta, ¿dónde está Jorge? —Martín, el rockero pelilargo, no había pedido el uso de la palabra. Su tono adolescente lograba unir en un perfecto equilibrio

la provocación inherente a su intervención con la cortesía mínima de avisar que estaba haciendo una pregunta. El conjunto daba una impresión de madurez extraña, desencajada, intimidantemente precoz. Se diría que ya había volteado varias comisiones internas por faltas semejantes o que simplemente todo el asunto le importaba un comino.

Andrés se llevó la mano a la frente e hizo el gesto de quien se da cuenta de que se olvidó de traer algo imprescindible a una cita. Pero como nadie esperaba que devolviera una lapicera prestada, o presentara sus documentos para hacer un trámite, o trajera un regalo prometido, sino que el auditorio se preguntaba presumiblemente cómo diablos había podido empezar la asamblea sin que se informara por qué no estaba el otro delegado, su gesto era a la vez ridículamente ficticio y asombrosamente ofensivo. Finalmente dijo:

—¡Ah! Me olvidaba de decirles. Jorge tuvo un problema... Tuvo un problema y no pudo venir a trabajar. Mañana ya va a poder reincorporarse.

La pregunta de Martín terminó de volver insoportable la presión moral que sentía yo para intervenir. Si un chico de veinte años ponía de esa manera lo que podía de su parte yo no podía seguir quedándome callado. Tal vez los demás sí. Estaban más identificados políticamente con la empresa y sentían tal vez que había en Turba algo mucho más importante en juego que el respaldo que estaban pidiendo esos obreros y el que pudieran pedir los de otras secciones que aún no habían hablado. O en todo caso, pensaba yo, con la confusión que tendrían en la cabeza en ese momento podía entenderse que prefirieran esperar que otro empezara antes que pasar un papelón o terminar hiriendo a alguien. Pero yo no. No tenía en ese momento ninguna confusión. Veía con toda claridad que a la larga nos iba a ser completamente imposible desentendernos de la suerte de los “desubicados” íbamos a tener que dar una respuesta todos juntos y cuanto antes les demostráramos a los afectados que estábamos dispuestos a darla, más confianza iba a haber entre todos y en mejores condiciones íbamos a estar para enfrentar cualquier eventualidad.

¿Pero por qué tenía que ser yo el que se lo demostrara? Justo yo que estaba en pleno sueño realizado de ser lector pero aún flotaba en la indefinición del cargo en negro, a la espera de un nombramiento que tal vez estaba a punto de llegar...

Por fortuna ya estaba interviniendo otro.

—Yo creo que lo que están planteando los compañeros es muy importante y nos mueve a la reflexión. Estamos viviendo en carne propia, en nuestra propia empresa, los efectos de la reconversión industrial capitalista, aunque no estemos en una verdadera unidad de producción capitalista. Es la lógica del sistema que se transmite a todo el tejido productivo a través del mercado y no deja escapar a nadie. Es la dialéctica de la competencia que penetra todos los poros de la sociedad y obliga a la automatización, a la búsqueda de una eficiencia mayor...

El compañero Marcos —como lo llamó el delegado al darle la palabra— siguió discurrendo así sobre la dialéctica del mercado, de la eficiencia y de la puta que lo

parió por un lapso que yo estimé en ese momento en media hora, pero que no debe haber pasado de los diez minutos. Pintó un cuadro tan negro de lo que ocurría afuera de Turba, que lo que estaba pasando puertas adentro de la empresa resaltaba forzosamente como una incomprensible isla de felicidad. Finalmente llegó a la parte resolutiva:

—... por eso mismo tenemos que expresarles a los compañeros nuestra más completa solidaridad.

¿Estaba proponiendo medidas concretas de apoyo a los “desubicados”? Imposible saberlo. Siguió anotándose gente para hablar. Encontraban “importantes”, “lúcidas”, “claras” las palabras de Marcos. Consideraban que los “desubicados” seguramente podrían encontrar otros puestos en la empresa y que nosotros “tendríamos que practicar la solidaridad con la que tanto nos llenamos la boca a menudo” detectando o creando nosotros mismos nuevas tareas para los desplazados. “Porque no se trata solo de que todos sigan en la empresa, sino de que tengan también la posibilidad de aportar y de saber que se los necesita de nuevo y se los seguirá necesitando”, como dijo Laura, una correctora que arrancó un inesperado aplauso de la asamblea. Parecía que estábamos en una cooperativa, que todos éramos responsables de haber dejado sin tareas definidas a los “desubicados” y que teníamos todas las atribuciones necesarias para remediar nuestra metida de pata si tan solo podíamos ser un poquito solidarios. Ya habrían pasado unos 45 minutos de asamblea y no se había aludido a los que habían tomado la decisión de informatizar. Entre los del Depósito algunos parecían conformes con el desarrollo del debate. Pero el flaco volvió a intervenir. Había mejorado notablemente su fluidez de palabra.

—Nosotros agradecemos las expresiones de solidaridad de todos los compañeros... Pero no me quedó claro... creo que a ninguno de nosotros nos quedó claro... cómo piensan los compañeros... concretar esa solidaridad.

Eso ¿cómo pensaban los compañeros concretarla? Formando comisiones, naturalmente. ¿Comisiones para inventarles un trabajo a los “desubicados”? A la segunda intervención que machacó sobre la misma idea no me aguanté más. Levanté la mano para hablar. En los breves segundos que acompañaron y siguieron a mi gesto pude ver la sorpresa inesperadamente reconfortada en el rostro de Andrés cuando decía “pidió la palabra el compañero Ricardo” y una reacción similar en algunos otros. ¿Era la expectativa por saber lo que diría el sapo de otro pozo? ¿Era la bienvenida agradecida al redil? ¿Me habrían otorgado ya en la imagen que se formaban de mí el reconocimiento “profesional” que la empresa todavía no me brindaba formalmente? ¿De veras importaba lo que iba a decir?

—Yo creo que está muy bien todo lo que se propuso para respaldar a los compañeros —mentí con toda la cortesía de rigor pero sin exageraciones, no fuera a ser que alguien se lo tomara en serio—. Pero creo que tal vez podríamos ser aun más efectivos. Es difícil que nosotros podamos resolver el problema de la ocupación de los compañeros desplazados. Creo que tenemos que tomar conciencia de que no los

hemos desplazado nosotros..., lo que paradójicamente es una pena, porque así como no los hemos desplazado tampoco los vamos a poder reubicar. Eso solo lo puede hacer la empresa, que tiene la información y la capacidad de decisión necesarias para encontrarles una tarea. En eso yo quisiera ser totalmente sincero con los compañeros desplazados. Lo que nosotros podemos hacer es decirle a la empresa que consideramos que es un deber de todos garantizar que los compañeros permanezcan en la empresa y con una tarea clara —se oía un murmullo ¿de aprobación?— pero tenemos que hacernos cargo de la posibilidad de que la empresa no piense lo mismo. En ese caso, tendríamos que discutir qué hacemos. Sería un problema que probablemente no se resolvería formando comisiones para ubicarlos...

Oí la voz clara y sonora de Ibarra, gritando “en ese caso no hay nada que hacer”, pero logré contenerme. Hubiera querido terminar mi intervención ahí mismo para obligarlo a Ibarra a explicar por qué no se podía hacer nada para impedir eventuales despidos. Pero vi una alegría tan grande en la cara de los obreros del depósito que no pude evitar seguir hablando. También era una forma de impedir que se quemaran etapas.

—... yo propongo que empecemos en todo caso por mandar a la Comisión Interna para que pida garantías a la empresa de que todo el personal va a ser reubicado. Que es lo que ha faltado hasta ahora y lo que inquieta a los compañeros, según tengo entendido...

—Exactamente, compañero, eso es lo que *no* nos dijeron hasta ahora y es lo que queremos saber...

Pese a la propuesta respaldada implícitamente por el portavoz del Depósito, Andrés no se dio por aludido.

—¿Terminaste, Ricardo? —dijo.

—Sí.

—¿Alguien más quiere hablar? —preguntó impasible a la asamblea.

—Yo querría saber a qué se refiere Ricardo cuando dice de pedir garantías a la empresa —preguntó Ibarra, controlando a duras penas el primer tono inquisidor que se oía en la asamblea.

—Bueno, es una forma de decir. La propuesta es comunicarle a la empresa que no queremos despidos. Ellos tienen seguramente la forma de persuadir a los compañeros desplazados de que no tienen nada que temer en ese aspecto. Y tal vez ellos mismos no lo hicieron hasta ahora porque no estaban convencidos de que los compañeros temieran tanto por sus puestos de trabajo. Mi propuesta es que se lo dejemos ahora bien en claro. Pero admito que tal vez la fórmula que elegí no sea la más feliz. Cualquier otra sería tal vez mejor... ¿A vos se te ocurre alguna?

—No. Es que a mí no se me ocurre porque no veo qué garantías te puede dar la empresa, si no tiene tarea para darles a los compañeros. Vos no podés obligarla a que les dé trabajo si no tiene nada para darles.

—¿Cuál sería tu propuesta, Ibarra? Porque al menos lo que propone Zevi es algo

concreto —se oyó distintamente, a Fernando Corsi, uno de los secretarios de redacción, mientras yo trataba de hacer esfuerzos ingentes para recordar alguna actitud anterior de él que encajara con el gesto que estaba teniendo hacia mí. No lo había tratado nunca y ahora salía en mi rescate.

—Yo no creo que haya que discutir ninguna propuesta. Me parece perfecto que les expresemos nuestra solidaridad a los compañeros. Eso lo veo muy bien. También se lo podemos informar a la empresa, si te parece necesario, aunque ellos ya lo deben saber. Pero me parece totalmente desubicado eso de pedirle garantías. Sería poner todo en falsos términos —insistió Ibarra.

—Bueno, yo supuse que quedaba claro que si se le piden garantías, significa que de haber despidos habría de nuestra parte una respuesta de protesta. Es simplemente eso. No lo aclaré porque me pareció que resultaría obvio, para la empresa y para toda la asamblea, que ese es el sentido de pedir garantías. No se trata de obligar a nadie a nada. Se trata de que no te obliguen a convalidar un despido —dije.

—¿Y quién habló de despidos acá? El único que habló de despidos fuiste vos. Acá nadie habló de despidos. Ni la empresa ni nadie, salvo vos —cargó con creciente ímpetu Ibarra.

—Bueno, che, no dialoguen todo el tiempo —Mónica, una administrativa llamativamente locuaz para lo linda que era me sorprendió con el uso del recurso de rigor en una asamblea para evitar peleas. Esa gente parecía experta en asambleas aunque no había tenido ninguna en Turba en todos esos años. Pero su hábito remoto de asambleísmo le había hecho recurrir al “no dialoguen” en un caso completamente inapropiado. Porque no había nadie más anotado para hablar.

—Entonces yo tengo que haber entendido completamente mal —tuve que continuar— lo que plantearon los compañeros del Depósito. Creo que en ese caso lo que corresponde es que ellos aclaren una vez más si pidieron esta asamblea para recabar apoyo ante eventuales pérdidas de puestos de trabajo, o ante eventuales presiones en favor de retiros voluntarios no queridos, si no queremos que se pronuncie la palabra despido.

—¡Y dale con los despidos! —gritó Ibarra.

—Yo insisto en que los compañeros del Depósito aclaren la cuestión —retruqué yo, cada vez más irritado, más con los demás que con el inesperadamente caradura de Ibarra: con los del Depósito, en primer lugar, que demoraban inexplicablemente la aclaración, como si prefirieran esperar que toda su defensa recayera en mí, sin que ellos tuvieran que mover un dedo, y en segundo lugar con todos y cada uno de los demás presentes, que ayudaban con su silencio a Ibarra a mantener la ficción de que los del Depósito habían hablado de bueyes perdidos y solo yo había mencionado el tema de los despidos. Pero también conmigo mismo, que me había metido en ese brete por defender a gente que se terminaba borrando tan olímpicamente.

—Nosotros no tenemos que aclarar nada a nadie —dijo finalmente uno del Depósito que todavía no había hablado—. El compañero Fernández ya habló bien

claro. Acá se nos quiere hacer aparecer como que nosotros estamos planteando un problema. Como que queremos amenazar a la empresa o que hay despidos en puerta. Nada más lejos de la verdad. Nosotros no emplazamos ni amenazamos a nadie. Solo quisimos poner al tanto a los compañeros de la situación, de cómo nos están afectando los cambios en el régimen de trabajo y nada más. El resto corre por cuenta de quien lo diga.

Era el broche que faltaba. Cuidadosamente y con mi propia infame colaboración, estaban logrando entre todos ponerme casi en la posición del único culpable de lo que pasaba y lo que pudiera pasar. Solo faltaba que si había despidos de verdad se dijera que se habían producido porque yo con mis intervenciones los había precipitado. Yo era el único responsable de turbar la armonía de Turba. Los del Depósito solo habían querido tener a todos presentes para explicarles cuán perfecto estaba todo. Sentía un profundo desprecio por todos los que estaban preparando la marcha silenciosa de esos obreros al matadero, por los propios obreros que desfilaban alegremente hacia el despido y por mí, que no había querido ver con qué bueyes araba. La última frase de Andrés coronó magistralmente ese festival de la hipocresía. Pero yo ya estaba preparado para recibirla como un bálsamo.

—Bueno, creo que se clarificaron todas las cuestiones. Si nadie más está anotado para hablar vamos a levantar la asamblea. Porque ya llevamos más de una hora de debate y nos habíamos comprometido a hacerla lo más breve posible.

La falta de ejercitación en asambleas hizo que la desconcentración durara mucho. Aproveché para ir hasta donde estaban los del Depósito. Me acerqué al que había hablado primero. Estaba fumando. Agachó la cabeza como para concentrarse en la contemplación del piso cuando notó que iba hacia él. Pero no se escapó. Parecía apenas mayor que yo.

—¿Vos creés que con esto quedan suficientemente protegidos? —le pregunté en el tono más afectuoso que pude emitir.

—No sé, vamos a ver. Al menos ya es algo. No creo que se pueda mucho más que eso. Fue muy difícil sacar la asamblea. El otro delegado no la quería hacer. Y a este tuvimos que insistirle mucho.

—¿Jorge faltó por eso, porque no quería la asamblea?

—Ah, eso no sé. Solo sé que no vino. Andrés dice que tuvo un problema. Quizá se enfermó.

—¿Che, y por qué se tiró tanto en contra mío tu compañero?

—No, no se te tiró en contra. Es cuestión de opiniones... Él está en otra, siempre pensó así. No es con vos la cosa.

—Bueno, no quise decir que la cosa fuera conmigo. Lo que pasa es que tirándose en contra mío se estaba tirando contra la propuesta de pedir garantías a la empresa. Ahora ustedes van a tener que bancar lo que venga solos, me parece.

—...

—¿A vos qué te parece?

—Lo que pasa es que Armando la ve distinta. Cree que si llega a haber un conflicto vamos a perder todos como en la guerra. Además tiene miedo. Está medio agarrado, porque tiene un chico con problemas y la empresa le prestó mucha plata. Tuvo que hacerle una operación muy cara.

—¿Vos creés que si tocan a alguien va a ser a él? ¿Él es un desplazado?

—No, no. A él no lo van a rajar nunca. Conoce a los Gaitanes de antes. Pero no quiere tener ningún tipo de problemas.

—¿Pero por qué no intervinieron otros? ¿Por qué no confirmaron que tienen miedo de que haya despidos? Yo les pedí eso para que pudieran volver a reclamar apoyo, porque Ibarra logró que quedara todo en el aire.

—Mirá, nosotros dijimos todo lo que teníamos que decir. El que quería oír, oía. Vos oíste.

—Pero a la gente hay que arrancarle un compromiso. No basta con dejar las cosas picando. Así todos se hacen los fesas y listo.

—Si se quieren hacer los fesas, lo van a hacer igual.

—Yo creo que la gente no es tan caradura para irse al mazo si se comprometieran a dar una respuesta.

—Yo creo que la gente tiene miedo... Y tienen razón. La calle está muy dura — hizo un gesto como para retirarse, aunque todavía había corrillos de gente comentando la asamblea. Intenté retenerlo tocando un punto clave:

—Pero no creo que una empresa como Turba pueda darse el lujo de rajar gente así no más —le dije.

—Un patrón es un patrón y cuida siempre su kiosquito.

Quería seguir charlando con él. Sobre todo preguntarle por qué había hablado pese a todo en la asamblea. Pero hizo con las cejas y la cabeza un gesto de esos como “¿qué le vamos a hacer?”, se dio media vuelta y caminó hacia la puerta de la Administración.

Tuve en ese momento una sensación rara. No de tristeza, como tal vez hubiera esperado, sino de aburrimiento. De profundo desgano. Como si se hubiera cancelado algún programa entretenido para la noche, quizá para la vida. Inmediatamente después sentí una gran tranquilidad. Me dije que tal vez esa gente era dueña de una comprensión que a mí se me escapaba, de una visión de lo que se puede y no se puede, de lo que vale y no vale la pena intentar. Me sentí un niño salvado de una inminente catástrofe por la intervención de adultos experimentados. Solo entonces la sensación de miedo que había estado agazapada, acechando durante toda la asamblea, salió a la superficie con toda la fuerza: ¡había puesto en peligro mi nombramiento efectivo como lector! ¡Quizá ya lo había perdido por intervenir en una asamblea que ni siquiera había considerado mis propuestas! ¡Qué infeliz! ¿Había sido por estupidez o por enfermizo afán de coherencia? ¿Cuándo carajo iba a aprender a no meterme a arreglar entuertos por todas partes!? ¿Cuándo recontramierdas iba a ocuparme de mis propias cosas?! ¿De dónde mierda había sacado que la actitud más sabia no era

la de los otros, que habían dejado emitir en sordina la primera queja hasta que todo se aclarara lentamente, y si no se aclaraba mala suerte! ¿Quién carajos me corría, para ponerme a hablar justo en esa empresa, justo en ese momento?

Ay, ay, ay... Me cago en Dios... ¿O era de verdad pura mala suerte? ¿Una desgraciada casualidad tramposa a la que nadie de mi formación ideológica hubiera podido escapar indemne? ¿Un desafío real puesto por un azar hijo de mil putas en el curso de las cosas y en el que cualquier otro izquierdista hubiera podido saltar? ¿Pero por qué diablos había sido entonces el único, sencillamente el único en hablar de impedir despidos? ¿Debía arriesgarse solo el que más tenía que perder? ¿Era esa la lógica implícita en todo grupo de subordinados, que el más “acomodado” diera la cara por todos, si no era un forro? ¿Pero es que acaso alguien me había pedido que diera la cara por todos?! ¿O yo lo había hecho por mero afán de figuración, por afán de ganarme un lugar en el corazón de los del Depósito, de tener además de un lugar privilegiado en la división del trabajo en la empresa otro no menos ambicioso en el afecto de todos?! ¿Qué quería? ¿Ser envidiado como lector y admirado como compañero, como izquierdista, o defensor de pobres y ausentes? ¿Las quería todas? Tomarse la ética izquierdista en serio ¿era querer tenerlas todas juntas? La puta madre que lo parió.

Todo poder que se precie hace del uso hábil del silencio su arma básica. Quienes están en la cúspide de cualquier pirámide, sea la más alta o la más enana, piensan que solo el silencio crea la distancia y el enigma necesarios para que actúe la fuerza hipnótica de la jerarquía y para que el poder logre imitar la elocuencia muda de la belleza, como si portara una marca innata de superioridad. Para la conducción de Turba la asamblea no existió. No trascendió ninguna mención a su realización ni a eventuales consecuencias. Y la falta de toda filtración desde arriba sobre la impresión que había causado contribuyó a que el episodio fuera rápidamente olvidado. En mi cabeza, la asamblea se desplazó a ese rincón oscuro de transmutaciones mágicas donde se había perdido la primera entrevista con Gaitanes por el cargo de lector o la imagen que tenía de Turba antes de entrar ahí: era el lugar donde los recuerdos perdían su sustancia y solo podían ser recuperados como fantasías, como relatos de otros, como especulaciones improbables que ya no despertaban a primera vista la menor sospecha de que hubiesen podido ocurrir alguna vez en la realidad.

La realidad seguía mientras tanto siendo devorada de manera cada vez más completa por “Facetas”. Solo dejaba algún lugar a la distancia para que se fueran retirando los últimos ladrillos de la URSS. La izquierda toda, desde los talmudistas del trotskismo hasta los más tibios socialdemócratas, veía o mejor dicho trataba de no ver cómo desaparecían piedra a piedra bajo sus pies los últimos vestigios que quedaban de lo que alguna vez había sido su mundo, su civilización, su cultura o su cimiento vergonzante y clandestino. La última catedral de la religión atea del socialismo

parecía llevarse en su derrumbe hasta el último testimonio de que la izquierda había sido alguna vez una realidad, defectuosa como un mundo, malvada como un gulag, vigente como una piedra.

Había en Turba un duelo socavado, penetrante como un aroma, etéreo como un olvido. El éxito paradójico de las publicaciones de la editorial no alcanzaba a despejarlo, y la mezcla de satisfacción, autocomplacencia y duelo generaba un equilibrio displicente que parecía ponerles sordina a todas las cosas. Le daba a Turba, a su gente, un acento posmoderno un poco más auténtico que la pátina afectada del mismo signo que habían ostentado hasta entonces.

Pero yo insistía en mantenerme al margen. No al margen del éxito, sino de la sordina. Para mí lo que estaba ocurriendo con “Facetas”, con Turba era clamoroso. No había muro ni socialismo derribados que pudieran opacar lo que se estaba dando en mi propio país, justo en él, que parecía esculpido por los dioses para ocupar desde su nacimiento hasta el fin de sus días un lugar inamovible a la derecha, muy a la derecha del Señor. Porque en la Argentina ya no había tango, melancolía, machismo, militarismo ni catolicismo ultramontano que pudieran eclipsar esa propaganda tozuda, ese esclarecimiento obstinado que empezaba a llegar a los rincones más insospechados de la sociedad gracias a Turba. Folletos, libros, videos dedicados a hacer un balance doloroso pero imprescindible de casi un siglo de acción y pensamiento de la izquierda estaban garantizando una curiosa vigencia de esa forma de pensar, aunque bajo un matiz diferente, aún inasible, que constituía todo su misterio y su atractivo.

La prensa parecía acomodarse a la situación y empezaba a hablar del “fenómeno Turba” y de los “turberos”. Ya desde fines de los ochenta se estaba admitiendo que los desahuciados izquierdistas seguían resultando imprescindibles como cualquier otro sector, aunque más no fuera a través de un rol de albaceas testamentarios de un credo muerto que solo podían desempeñar los que habían acumulado toda la información del creyente en los tiempos en que su religión estaba viva. Pero ahora que el éxito de la editorial alcanzaba niveles totalmente inesperados algunos se empezaban a preguntar si Turba no se las había ingeniado para resucitar de veras a la izquierda dedicándose a demoler sus íconos. Al desmontar la imagen que todo el mundo había tenido de la izquierda en el pasado, Turba podía estar despejando el terreno para que surgiera algo en ese mismísimo lugar.

Yo era de los que pensaban así. Más que pensarlo, lo sentía. Dejaba que esa convicción me alegrara el alma, me mantuviera en un estado de excitación permanente y de hiperactividad que contrastaban con el ritmo rutinario que tenían las cosas en la propia Turba, donde la gente se las había ingeniado para mantener un notable grado de desvinculación afectiva con lo que estaba pasando. Era como si el éxito de las publicaciones fuese algo distante que ocurría en ese lejano templo de los tiempos actuales, el mercado, y solo sirviera para apoltronar más a cada uno en la seguridad de su puesto de trabajo. Cuando me ponía a charlar con alguien de Turba

sobre política me asombraba la forma en que todos parecían poner entre paréntesis el fenómeno de la propia editorial. Como si las publicaciones de Turba fueran de matemática o lingüística, como si no tuvieran ni pudieran tener nada que ver con lo que pasaba en el país.

Ese encapsulamiento de la editorial fuera de la realidad política en esas charlas me parecía esconder una decepción vergonzante de toda esa gente con lo que se publicaba. Me imaginaba que ellos no le perdonaban a Turba que se concentrase tanto en una suerte de trabajo de demolición, que no fuera capaz de insinuar en ninguna de sus colecciones una nueva esperanza digna de llevar los colores que a ellos les había insumido, en algunos casos, toda una vida de dedicación ideológica. “Ricardo, esto es un trabajo”, solía oír como remate de más de una conversación. “Un trabajo como cualquier otro”, me subrayaban a menudo cuando yo les comentaba mi entusiasmo y trataba de hacerlos partícipes de mis propias fantasías, como cuando, adolescentes, fantaseábamos con mis amigos de a dos, de a tres, de a varios con la revolución, con el futuro, con no se sabía bien qué cambios que iban a empalmar con todo aquel maremoto de transformaciones que habíamos vivido desde chicos: autos, revoluciones, televisión, viajes espaciales.

Tampoco sabía yo bien qué cambios estaba esperando ahora. Pero sabía que si ellos faltaban a la cita no iba a ser por tal o cual deficiencia en las publicaciones de Turba. Sino por algo siniestro, básico, fundacional, una verdadera y profunda carencia de condiciones en el ser humano para los ideales que se le antojaba soñar. Yo no esperaba ninguna revolución, en parte por la sencilla razón de que hacía ya muchos años que había perdido toda simpatía hacia la acción violenta, aun la ejercida por las masas, la única que aceptaban los trotskistas rabiosamente antiterroristas junto a quienes había hecho mi única militancia política partidaria. Pero más que nada porque era el primero en reconocer que cualquier cambio deseable era tan indefinible, estaba tan en pañales en mi propia conciencia y probablemente en la de cualquiera, que hubiera sido escupir para arriba pretender acelerar su llegada con la velocidad incontrolable de la violencia. Sentía en realidad que el propio desprestigio de la violencia, que era la nota más saliente de la hora, venía como anillo al dedo para esos cambios inexpresables que añoraba. Tal vez porque los cambios no los esperaba siquiera en el aparato del Estado, que me parecía inaccesible e inutilizable para nada bueno en esos tiempos de auge liberal en el mundo. Pero esperaba algo así como que nosotros mismos cambiáramos. Lo que los otros lamentaban como un fin de la historia yo creía poder vivirlo como un fin de la violencia y un comienzo de la verdadera historia, una historia más rápida, más auténtica, menos pautada por bruscos zigzags en los que cada grupo imponía su punto de vista a rajatabla para que el otro lo deshiciera de cuajo cuando llegara su turno, que nunca dejaba de llegar.

Era como si sintiera que había llegado la hora en que cada grupo debía demostrar la bondad de sus ideas predicando con el ejemplo, no imponiéndoselo a los demás. Como si la muerte de las utopías globales abriera el camino a la utopía grupal, local,

pequeña, individual. ¿Pero qué podía aportar a eso Turba? “Esto es solo un trabajo, Ricardo”, me decían. Pero en verdad yo no lo oía. Me parecía que el escepticismo que todo el mundo gastaba en esa época en la periferia de la izquierda dentro y fuera de Turba solo podía ser en el caso de esta última una forma más bien impostada de mantener las propias ilusiones dentro de dimensiones manejables, para que no desbordaran hacia la confesión pública, porque no se había tenido el cuidado de actualizarlas de verdad, de volverlas realmente presentables para los demás y para la propia conciencia.

Es decir, creía que la única diferencia entre los demás que se movían en ese mundo y yo era que ellos guardaban en algún rincón pudoroso sus ilusiones tal como ellas habían sido siempre, y esperaban sin confesarlo que Turba se decidiera algún día a relanzarlas, actualizadas con algún aderezo que las volviera potables para los nuevos tiempos. Mientras que yo estaba a la espera de algo diferente, que comenzara no con el rellenado de algún supuesto bache en las publicaciones de la editorial, sino con una transformación en nosotros mismos. Por empezar, en la propia forma de trabajar. La cooperativización de Turba, que había aflorado como fantasía en mi cabeza ya en los comienzos de “Facetas”, se fue convirtiendo en un sueño obsesivo que absorbía toda mi vocación utopizante.

Ya me había parecido bastante aberrante siempre que hubiese empresas que perteneciesen en propiedad privada a individuos o grupos de la izquierda, en lugar de que estos confiaran en los propios trabajadores como propietarios colectivos. Pero en los tiempos en que la izquierda creía en sus utopías globales y hasta mundiales su propiedad privada era dentro de todo defendible. Era una forma de garantizar dentro de los cánones que ofrecía el propio sistema la permanencia de una finalidad supralaboral en el trabajo de la empresa en cuestión, finalidad que estaba además revestida de toda la trascendencia de las convicciones absolutas.

¿Pero cómo se podía pretender seguir planteando el mismo argumento cuando nadie dentro de la izquierda creía ya de verdad en las utopías generales del pasado? Los medios malos o imperfectos para el santo fin se volvían pura aberración cuando ya no había tal fin. Eso no significaba que yo me imaginara la cooperativización como una revolución interna de Turba. Porque cuando uno quiere creer no hay nadie que lo pare. Y yo quería creer que tarde o temprano Gaitanes sacaría las mismas conclusiones obvias que yo, y buscaría cambiar todo dentro de la propia editorial. De lo contrario yo no hubiera podido seguir brindándole a “Facetas” la dedicación que le estaba haciendo falta para continuar expandiéndose como hasta entonces y que mi propio entusiasmo me empujaba a darle.

Porque “Facetas” había desenterrado en mí todas las viejas ambiciones de la adolescencia, que habían debido escapar de mi personalidad cuando sucesivos desencuentros con las disciplinas de estudio, con la burocracia académica o con las dictaduras en la universidad me habían obligado a pensar más en términos de sobrevivencia que de vocación. Eran ambiciones feroces, gigantes, ciegas como las

de cualquiera, pero entrelazadas con la propia ética también como las de cualquiera.

En el tiempo escaso pero aprovechado al máximo para el devaneo que me dejaba el ritmo de trabajo infernal, me veía a mí mismo jugando roles decisivos en la nueva fase de Turba. Pero era incapaz de ver ese narcisista protagonismo mío fuera de los marcos más o menos utópicos que había soñado siempre cuando mi ego se inflaba al influjo de cualquier euforia: un protagonismo en el mundo tal como era me parecía no envidiable, sino ridículo, pequeño. Pequeño en el sentido moral, de mezquino. Pero más aún en el sentido narcisista, de poca cosa. Ser una tuerca más, por más eficiente, adinerada o exitosa que fuera, en el mecanismo de reproducción del *statu quo* tal como lo había encontrado al incorporarme a la sociedad me parecía equivalente a desperdiciar mi oportunidad, a renunciar a la vida como creación y aventura, y la mera consideración de un final así para mí me sumía en la misma depresión insanable que había ocupado buena parte de mi infancia desde que alguien me enseñó que después de la muerte no había nada.

Por supuesto, eso no tenía por qué valer para los demás. Y yo estaba suficientemente *aggiornado* para entender, por ejemplo, que un industrial se desempeñaba en su labor guiado no solo por su mezquindad y por una ética fundada en su propio bien y el de su familia, sino también por una ética social que podía estar incluso restringida exclusivamente a la búsqueda de la excelencia de sus productos, de la calidad de sus mercancías tal como se lo exigía el mercado, con relativa prescindencia del buen trato a su personal, al menos en la medida en que él no comprendiera hasta qué punto ese trato forma indefectiblemente parte de las condiciones de excelencia de sus productos. ¿Pero cuál era por antonomasia la mercancía de una editorial de izquierda si no era la idea, la utopía —cualquiera que fuera— que pretendía vender? ¿Era posible sentirse un productor ético, por más narcisista que uno fuera, en el peor sentido del término, si no se lograba cierta calidad en la idea que se pretendía vender? ¿Era concebible esa calidad en los noventa sin que estuviera respaldada por su puesta a prueba al menos en los marcos de la propia empresa?

En el fondo yo temía que si no adecuábamos la forma de trabajo en Turba a su propia ideología a medida que crecía su influjo, terminaríamos sintiéndonos todos unos estafadores contumaces, que no tendríamos coraje de mirar a la cara a cualquier burgués reaccionario que dedicaba su vida a dirigir —a menudo con métodos condenables para uno pero en los que al menos él creía— la producción de mercancías a veces excelentes.

Discutí mucho de todo eso con Carla Rialto, una periodista que conocí unas semanas después de que Romina se fuera de mi casa, y nunca pudimos ponernos de acuerdo. Como periodista ella estaba admirada del crecimiento que había tenido una editorial que había nadado tanto contra la corriente, y hasta parecía estar pendiente del lanzamiento de un semanario que se comentaba que Turba planeaba publicar. Eso no dejaba de sorprenderme, porque ella era rigurosamente indiferente a la política y

trabajaba en un semanario económico conservador. ¿Querría pasarse a Turba si salía el semanario? Ella creía que Gaitanes debía considerarse más que satisfecho con los resultados conseguidos con la empresa y que mis reproches eran *demodé*.

—¿Lindo, por qué tenés que buscarle la vuelta perfeccionista a algo que ya anda tan bien? Vos no estás pensando en una editorial sino en un partido político —me decía.

Me llamaba lindo y no era su única manera de descolocarme. Ella no era linda. Pero tenía una sensibilidad maravillosa a flor de piel, y la ponía en juego sin reservas en la cama, aunque fuera de ella no era especialmente cariñosa. Ligeramente rubia, no muy alta, con una cara desconcertantemente alegre que conducía invariablemente a subestimar su inteligencia hasta que se la oía hablar, no había militado jamás en política y ni siquiera simpatizado con ningún partido, aunque con 26 años cumplidos y una profesión como la de periodista se podría haber esperado otra cosa.

—Pero es que es una editorial muy particular, una editorial dedicada a la crítica social. ¿Qué dirías vos de un emporio editorial dedicado a difundir el naturismo y el vegetarianismo donde los dueños y los empleados comieran carne como descosidos, y fumaran y chuparan sin parar, y todo eso en la propia cantina de la empresa? —le retrucaba.

—Diría que está perfecto. Que tienen todo el derecho de hacerlo. Vender un producto no es como predicar una religión, Ricardo. Uno no tiene por qué creer en lo que vende. La ética empresaria pasa por otro lado. Un emporio como el que vos decís tiene que preocuparse por no vender recetas truchas o que provoquen carencias alimenticias. Pero no tiene por qué creerse todo el rollo de los vegetarianos.

—¿No tiene que preocuparse por mejorar sus productos?

—Sí, eso sí es ética empresaria.

—¿Y cómo lo pueden hacer si no creen en ellos?

—Claro que lo pueden hacer. ¿Vos no sabés que hay luthiers que no saben tocar los instrumentos que fabrican?

—No serán los mejores. No creo que Edison o Ford o Siemens hubiesen podido crear sus aparatos o montar sus fábricas si no hubiesen estado persuadidos de la virtud, la bondad, te diría hasta la utilidad casi mística de lo que querían fabricar. Lo otro es el relleno, viene después y viene bárbaro. Pero no puede ser la base para construir nada, ni un país, ni una industria, ni una ideología.

—No sé si es tan así, pero aunque tengas razón, tenés que tener más sentido de las proporciones, Ricardo. Gaitanes no es Henry Ford. Y no pretendas que lo sea.

—Pero es que Ford tampoco habría podido montar una editorial de crítica social, Carla. Para eso hace falta un Gaitanes o no hace falta nadie, simplemente una cooperativa, con un buen equipo de editores, por ejemplo, podría hacerlo, pero quienquiera que estuviera al frente de algo así haría una pegada como la de Ford si algo de sus publicaciones se reflejara en su forma de producirlas.

—No creo que eso sea tan importante.

Doy fe de que no lo creía. Pero en eso consistió la virtud de nuestra relación. Con Romina no tenía sentido comentar determinadas cosas. Le parecían problemas de otro mundo, incomprensibles. Con Carla sabía que el intercambio era perfectamente posible, pero tenía la garantía de que no podría convencerla absolutamente de nada. Las dos relaciones encajaban perfectamente en una secuencia. Había querido dejar de tener novias-amigas-compañeras-compinches y lo había logrado en dos formas muy diferentes.

El diálogo siempre posible pero invariablemente polémico con Carla creaba una tensión interesante que se resolvía en el intercambio de los cuerpos. Era una relación liviana, ligera, ágil. Tal vez porque los dos estábamos convencidos de que no podía durar. La conocí en un lugar de salsa. Primero conocí el lugar. Fui tres sábados seguidos a bailar hasta que logré interesar a alguien. Era Carla. Bailaba bien, sonreía todo el tiempo, tenía un aire zumbón y picardía hasta en la forma de toser. Venía de otro mundo. Había caído al lugar con unas amigas en tren de gran jolgorio, de la misma manera que había caído en el periodismo. Porque no era una típica periodista de clase muy rica, pero tenía veleidades de independencia. Veinte años antes esas veleidades la hubieran conducido indefectiblemente a la izquierda, o al menos a la literatura. Ahora la llevaban solo a pasar una estación en el mundo de los mortales, los asalariados, sin alejarse de la ideología de su familia ni de los temas que le serían útiles cuando retornara al redil.

Pero la estación duraba ya tres años. El padre se estaba poniendo intranquilo y le hablaba cada vez más seguido de posibles puestos para ella en sus empresas. A ella le había bastado un cierto giro solemne de su entonación al contarme que estaba empezando a pensar en decirle que sí al padre para hacerme entender que lo nuestro también era una estación que estaba llegando a su fin. No era que hubiese querido ponerme sobre aviso de una próxima decisión, sino para que yo mismo la tomara de alguna forma en algún momento y dejara de llamarla.

Desde el comienzo la regla había sido que fuese yo quien llamara por teléfono. Ella no lo hizo más que un par de veces, para anular citas. Una dinámica que nunca había tolerado yo en ninguna relación, ni con mujeres ni con amigos, pero que esa vez estaba dispuesto a soportar hasta el final, porque la relación era demasiado nueva, fresca y divertida para mí como para que pesara demasiado esa humillación recurrente de llamarla sabiendo que si no lo hacía yo el hilo se cortaba para siempre.

Y si me pesaba, la expectativa en que vivía en aquellos días respecto de todo lo referente a Turba se encargaba de aliviar la carga. Estaba remontado en una suerte de euforia permanente. Todo lo que hacía parecía encajar en un círculo virtuoso de interacción positiva donde cada acierto facilitaba otros. ¿Cómo, si no, hubiese pasado en menos de un año de la soledad, la rutina y la resignación a cumplir el sueño de ser lector y poder probar suerte con tres mujeres sucesivamente? Estaba a la espera de un gran salto.

Tal vez fue esa expectativa en la que yo estaba la que hizo que tuvieran tanto

impacto en mí los cambios que finalmente llegaron en Turba. Ese contraste tan grande entre lo que yo esperaba y lo que llegó tenía que darle forzosamente un sesgo casi trágico al contratiempo más banal. Todo empezó con un recorrido de la secretaria de Gaitanes a través de la Administración idéntico al que había realizado once meses antes para comunicarme que el director me quería ver. Los mismo pasos, el mismo contoneo del cuerpo, la misma indiferencia hacia todo, la misma sonrisa al avisarme que Gaitanes me convocaba nuevamente. Y de mi parte la misma sorpresa. Pero en lugar del miedo de la primera vez, solo alegría. No dudaba de que una vez más solo habría buenas noticias para recibir, y me asombraba simplemente que finalmente llegaran, cuando casi había empezado a descreer de que alguna vez lo hicieran. ¿Cómo, si no, podía interpretar que Elvira hubiese elegido una vez más acercarse en persona hasta mi escritorio, en lugar de seguir usando como en esos once últimos meses el teléfono que constituía el único cambio visible del nuevo estatus que yo tenía en negro? ¿Qué otra cosa que un blanqueo de mi cargo podía hacer juego con los dos pasajes que había sacado dos días antes para irnos con Carla ese fin de semana largo a la costa? ¿No estábamos casi en vísperas de Navidad?

Que una vez más me había equivocado en mis pronósticos pude deducirlo no bien Gaitanes abrió la puerta y me recibió con un rostro en el que faltaba todo rastro de una buena noticia. Solo había la seriedad habitual de muchos de los encuentros que habíamos tenido durante ese tiempo, y el contraste entre ese semblante rutinario con la actitud desusada de Elvira me puso en guardia. Cuando me dijo “síntese un momento que ya estoy con usted” me pareció notar en toda su actitud un intento de simular indiferencia. Tuve un momento de confusión, luego un lamparazo de ilusión, como una absurda sospecha de que a mí me estuviera por pasar algo que él podía envidiar, por ejemplo; que hubiera alguna buena noticia que ya no dependía de él, y que él me comunicaría a su pesar. Y solo un instante antes de que volviera a dirigirme la palabra tomé finalmente conciencia de que nadie había por arriba de Gaitanes en la jerarquía de Turba, y si él mostraba indiferencia no podía ser por envidia de alguna varita mágica que estuviera por posarse sobre mi destino, sino porque yo ya estaba liquidado. Al menos para él, para su empresa, y por su decisión.

—Zevi, perdone que lo haya hecho esperar. Lo hice llamar porque quería informarle de que estamos por hacer algunos cambios. Y en cierta forma esos cambios lo afectarán a usted.

Gaitanes no padecía el defecto del deísmo. Su “informarle de que” después de haber despotricado juntos tantas veces contra los zafarranchos de algunos traductores me sonó por un instante como demostración del sentimiento de culpa que yo habría querido encontrar en él si tenía algo feo que comunicarme. Al mismo origen quise atribuir algunos desvíos de su mirada, que se apartó varias veces como buscando algún auxilio en la contemplación de la puerta de entrada. Pero lo cierto es que esos escasos y dudosos síntomas fueron lo único que Gaitanes se dignó mostrar como expresión de alguna turbación interior por lo que tenía que decirme.

—No sé si a usted le habrá llegado alguna noticia de los cambios que estamos planeando —¿por qué ponía de golpe esa cara de esfuerzo defecatorio mientras yo le decía que no y él empezaba a explicarme?—. Bueno, son bastante importantes y van a implicar una ampliación bastante grande de todo el trabajo en la editorial. Vamos a encarar nuevos tipos de productos para llegar a un mercado más grande. No queremos quedarnos, queremos aprovechar cada espacio que se nos abra. Tal como están las cosas en el país, el que se queda está listo. Queremos que “Facetas” siga su crecimiento y también vamos a sacar otras colecciones. Estamos estudiando distintos tipos de acuerdos para lograrlo, y las cosas están marchando bastante bien ...

Gaitanes siguió hablándome de sus proyectos y la expansión del negocio editorial en el país sin revelarme en realidad absolutamente nada en concreto, como si en medio de todos esos malos augurios yo tuviera la posibilidad de concentrarme en lo que me estaba contando y de inferir por añadidura de las vaguedades que me decía algo específico sobre lo que en verdad se planeaba. Finalmente dijo:

—Todo esto va implicar tomar más personal...

Mi corazón dio un respingo de euforia gigantesco, instantáneo. No iban a tomar más personal sin efectivizar al que ya estaba, ¿no? Gaitanes prosiguió.

—Y vamos a necesitar también un lector. Ya hemos pensado en una persona, que probablemente se va a hacer cargo en los próximos días y que va a realizar ese trabajo para todas las colecciones de la editorial. De modo que usted ya no va a necesitar asistirlo a Alonso.

“Ya no va a necesitar asistirlo a Alonso”. ¡Qué joyita de la hijoputez! ¡Por qué no se va a la reputa madre que en pésima hora lo reparió!, pensé. Pero en el interminable silencio instantáneo que se produjo no le dije eso. No le dije nada de eso. Ni siquiera que todo me parecía por lo menos lamentable, irrespetuoso.

—No es ninguna alegría para mí dejar de asistirlo a Alonso —balbuceé, tratando de ser irónico pero no demasiado. Tenía en el cuerpo la peor mezcla que me había tocado conocer: máximo terror y máxima depresión.

—Yo ya le había dicho que su tarea como asistente de Alonso iba a ser transitoria —contestó con cara de aguantátela que vos aceptaste las reglas del juego.

Pero él no había aclarado que yo en el juego solo podía perder. Que perdería aun cuando hubiese jugado a la perfección. ¿O en realidad yo había jugado francamente mal?

—Bueno, yo entendí que la situación no estaba tan definida, que si hacía bien el trabajo podría seguir hasta el final de la colección, o incluso hacer lo mismo en otras colecciones.

—Mire, Zevi. El trabajo de lector parece muy sencillo, pero requiere una enorme cantidad de cualidades, que no son nada fáciles de reunir en una persona. No le digo que usted no las pueda reunir. Pero entienda que lo que vamos a encarar ahora no es lo que usted estuvo haciendo, no tiene la dimensión de la tarea que usted estuvo haciendo en estos seis meses.

—Creo que fueron más —me animé a decir con la piel sonrojada de vergüenza desde los dedos del pie hasta las orejas. No podía creer que estuviera pasando semejante humillación después de haber sido tratado durante once meses casi como el responsable de “Facetas”.

Me miró con una cara de desconcierto tan bien fingida o tan sincera que casi se volvió amistosa.

—Creo que fueron más meses —aclaré, seguramente aun más sonrojado.

—Los que hayan sido, Zevi. Lo que quiero que entienda es que necesitamos para ese puesto que vamos a crear alguien de mayor experiencia, alguien que cubra más ajustadamente los perfiles del cargo.

Desde la primera hasta la última de esas palabras golpearon mi cara como el latigazo de un padre severo pero justo que ponía en su lugar a un hijo asombrosamente vanidoso, engreído y desubicado. ¿Cómo no había podido entender que había gente con más capacidad para el cargo que la que se reúnen en 37 años de lecturas anárquicas y once meses de codirigir una colección? ¿Acaso yo mismo no lo había pensado siempre? ¿Acaso no me había deslomado para hacer bien el trabajo porque sentía que no lo merecía lo suficiente? ¿Acaso yo no pensaba siempre lo mismo, en cualquier cosa que fuera, que se la podría haber hecho mejor, que yo mismo podría haberla hecho mejor, mucho mejor? Por supuesto que sí. Pero la ventaja de cuando a uno lo ataca un extraño en vez de la propia conciencia es que en algún rincón de la propia cabeza uno sabe que puede haber algo de falso, algo de sucio, algo de ruin, algo de bajo y corrupto en los motivos que desencadenan el ataque. Y cuando uno localiza ese rincón puede atrincherarse allí para tratar de salvar al menos la ropa, no para defender la propia causa como harían los millones de personas que no padecen de hipertrofia culposa y que saben pelear por su lugar sin sentarse a meditar si lo merecen o no, sino para rescatar al menos los restos del naufragio. Guiado por la insolencia del propio Gaitanes yo también encontré ese rincón, y desde allí volví a la carga a ciegas, diciendo lo que se me pasara por la cabeza. Si había tenido alguna vez alguna chance en el juego de Turba quería al menos que esa conversación sirviera para ver cuál había sido.

—Me extraña mucho esto. Porque Alonso pareció siempre muy conforme con mi trabajo...

—Y lo estaba. A nosotros también nos lo comunicó. No se haga fantasías raras. Nadie habló mal de usted, ni pretendemos desvalorizar el trabajo que usted hizo. Nos parece un buen trabajo. Y le estamos reconocidos. Pero mire, somos la única editorial que tiene un lector asalariado. No vamos a tener dos.

—¿Pero no podría hacer una tarea como la de ahora en alguna otra colección?

Me miró con cara de qué quiere que le diga. Insistí:

—No sé... ¿o ayudarlo al nuevo lector?

—...

—Se me ocurre que si va a haber mucho más trabajo que ahora una ayuda no le

vendría mal.

—Zevi, usted es un traductor excelente. Yo siempre se lo dije. No me imaginaba cuando lo tomé que iba a destaparse como traductor y como uno tan bueno. Usted va a volver ahora a hacer lo de siempre, y va a ver que va a ser lo mejor para usted. Porque si las cosas marchan bien su trabajo adquirirá automáticamente mayor jerarquía con el progreso de la editorial.

—¿Mayor jerarquía en qué sentido, profesional? —logré ir rearmándome.

—Claro, No es lo mismo traducir para una pequeña editorial que para una de mayor porte.

¡Mi salario! ¡Qué iba a ser de mi salario! ¡Recién ahora me acordaba de mi salario en negro!

—¿Y salarialmente cómo voy a quedar?

—Con el mismo salario que hasta ahora —se sorprendió de la pregunta.

—¿Voy a seguir cobrando el adicional?

—Ah, no. El adicional era para el trabajo de “Facetas”. Eso le dije ya que lo va a hacer de ahora en más el lector.

Era el broche que faltaba. Podía haberme mantenido aunque fuese una parte del salario en negro en nombre de la supuesta “mayor jerarquía”, o como premio consuelo, o para mostrar un mínimo de comprensión. Pero, no. Era obvio que por alguna razón consideraba que no me merecía las atenciones mínimas del caso. Solo entonces empecé a pensar que yo podía estar siendo víctima, no del azar de la reorganización de Turba, sino de un deseo expreso de la empresa de hacerme a un lado. Sentí que una distancia inmensa crecía de pronto entre Gaitanes y yo, entre Turba y yo, entre todo un mundo y yo. Entonces surgió nítida en mi cabeza —como una cosa que hemos olvidado abandonada, como un detalle increíblemente pasado por alto que nos asalta con su evidencia elemental y obstinada en un momento insoslayable— la imagen de la asamblea.

Era la asamblea, Dios. Seguro que era la asamblea. ¿Pero qué había sucedido en la asamblea? Ah, sí, se había discutido cómo responder a eventuales despidos. Y... Gaitanes se estaba parando para darme la mano. Sí, sí, pero no había pasado nada en esa asamblea. ¿O alguien había hecho planteos duros? ¿Dios, quién carajo había sido? ¡Pero sí, Gaitanes, hasta luego, fui yo, carajo, cómo pude olvidarme de eso, sí, Gaitanes, espero que la empresa pueda darme otra oportunidad de ser lector alguna vez, claro que sí, Zevi, la vida siempre da oportunidades, fui yo, carajo, fui yo, yo, yo, yooo!!! ¡Cómo pude haber sido tan boludo! ¿Por dónde mierda quedaba la puerta? Por ahí, Zevi. ¡¿Pero carajo, estos son izquierdistas aggiornados o soretes de la KGB?! Esto se parece a la broma de Kundera. ¡Por una puta asamblea! ¡Por una puta asamblea! ¡Qué hijos de mil putas! ¡Qué hijos de recontra mil putas!

Cuando volví a mi escritorio estaba todavía echando espuma por la boca y

encontrando nuevos alimentos para mi odio. Pero a medida que pasaban los minutos, la indignación y el odio contra Gaitanes se derrumbaban fulminantemente como una defensa de cartón, y toda la marea de desaprobación se volcaba íntegra y aun aumentada sobre mí mismo. La condena rebelde contra quienes me hacían a un lado daba paso a la humillación más atroz. Me sentía inferior, tonto, torpe, feo. Y ridículo, infinitamente ridículo por haber pretendido compararme con aquel alter ego de Kundera al que los criminales stalinistas condenaron a trabajos forzados por vivir en broma a Trotsky cuando a mí lo único que me estaba ocurriendo era perder una miserable promesa de un puesto de trabajo en un país libre. Esa mera distancia abismal entre ambos hechos debía servirme para diferenciar un crimen dictatorial de un merecido castigo. Toda mi historia reciente en Turba comenzó de algún modo a ser resignificada a la velocidad de la luz. Mis propios pensamientos, que solían ordenarse en mi cabeza con la rigurosidad discursiva extraída de los libros, del paso por la universidad y la polémica con los demás, parecían someterse de pronto a otra ley. Todo ocurría demasiado rápido, y no tomaba la forma de un discurso interior, de una sucesión de palabras o reflexiones. No me decía “me equivoqué”. Sentía sencillamente asco de mí mismo. No me decía “tal vez ellos tienen razón, tal vez todos los cambios que imaginé que se podían hacer en Turba eran un delirio que Gaitanes detectó de algún modo por mi intervención en la asamblea y decidió cortar por lo sano”. No, nada de eso. Sentía simplemente que yo tenía como una lepra en la piel que había estado a punto de contagiar a toda Turba y arruinar un proyecto magnífico. Tenía lepra. Era la lepra de la vergüenza quemándome la piel. Una vez más me veía confusamente ingresando años atrás a Turba desde una historia política emparentada pero diferente de la de los turberos, y esa diferencia ya no era ahora un matiz particular en mi piel que podía enriquecer al grupo, sino la marca de una impostura, que ahora se enrojecía como un tomate al ser descubierta por los turberos.

Estuve largos minutos sentado mirando el vacío. Temía que mi mirada se cruzara con cualquier otra porque suponía que todos estarían al tanto de lo que acababa de pasar. Siempre sabían todo antes que yo. Eran los turberos de verdad. Yo me concentraba en la única idea que podía traerme algún alivio: era un viernes 20 de diciembre, la empresa había dado asueto para el lunes 23. Tenía cinco días francos por delante hasta Navidad para recomodarme a la situación lejos de esas miradas insoportables, cinco días que pensábamos pasarlos con Carla en Villa Gesell. Era todo mi consuelo.

CAPÍTULO 7

Todos conocemos la ley de Murphy, sabemos que las desgracias nunca vienen solas y que la gente nunca está cuando la necesitamos. Pero eso no nos prepara mejor para soportar las andanadas de la suerte. Cuando volví aquel viernes destrozado a mi departamento había en el contestador telefónico un mensaje. Después de lo que acababa de pasar tenía terror de oírlo. Puse un concierto de Mozart. Tenía ganas de llamarla a Carla antes de oír el mensaje. Tenía necesidad de oír algo reconfortante antes de recibir cualquier nuevo golpe. Pero finalmente apreté rewind y oí el mensaje...

Era Carla. Quería que la llamara urgente pero me anticipaba que no podía ir a la costa. Tuve una de esas sensaciones de desamparo que le hacen pensar a uno que Dios después de todo existe pero solo para disponer el orden de las cosas de forma tal que lo joda lo más posible a uno, porque hay guachadas que no pueden ser obra del mero azar ni de alguien con recursos limitados, como el Diablo. Yo sabía que pasar las Navidades juntos iba a ser una prueba que podía darle un giro trascendente a la relación o terminar de hundirla. Pero estaba convencido de que al menos tendríamos oportunidad de probarnos. A Carla no le dio para tanto. Le hablé. Lo obvio: su padre le había hablado. Los dos sabíamos que lo haría. No nos habíamos dicho nada pero sabíamos que lo haría. Cuando planeamos el viaje ella había insistido en que su padre ya sabía que a veces pasaba la Navidad con otra gente y por eso desechó mi propuesta de que pasara conmigo solo los primeros cuatro días del fin de semana largo y estuviera para Nochebuena con su padre. Ahora volvía a rechazar la propuesta, pero por la razón contraria: necesitaba los cinco días para su padre. Yo odiaba comprenderla, pero la comprendía demasiado bien. Traté de persuadirla pero mi comprensión hacia su decisión daba a mis argumentos una suavidad tan racional que le impedía a ella decirme que no y al mismo tiempo no la convencía tanto como para decirme que sí. Faltaba en mis palabras tanto el pedido desesperado que con toda sinceridad podría haberle hecho como la indignación por el desplante.

Cuando estaba clausurando el tema del viaje a la costa y sentí que ella ya estaba por colgar junté las fuerzas para decirle que me habían quitado el cargo de lector, satisfecho conmigo mismo de no habérselo dicho antes para no arrancarle un sí de conmiseración.

—¿Pero cómo te pueden hacer eso?! —parecía que después de todo la carta de la conmiseración no estaba perdida.

—Pueden, pueden. Nunca tuve el cargo en los papeles. Y ahora decidieron que tampoco en los hechos.

—¿Qué pena, che! Qué feo. ¿Y no podés hacer nada?

—No tengo la menor idea. Creo que no. Supongo que les podría hacer un juicio. Lo ganaría tal vez dentro de cinco años. Y en el ínterin me harían pasar las de Caín, si es que directamente no me rajan ni bien lo empiezo.

—¿Pero el trabajo no lo perdés, no?

—No, se supone que voy a volver a ser traductor, como antes.

—¡Che, qué bronca, justo para Navidad! ¿Pero no sabés qué pasó?

—Gaitanes me dijo que necesitan cubrir el puesto definitivamente y que para eso tienen a otra persona. La verdad que yo creía que estaban muy conformes con mi laburo.

Y Alonso también me daba la impresión de estar contento con lo que yo hacía. Pero nunca fui muy de confianza de ellos... Además, mientras Gaitanes me informaba todo me acordé de que había hablado en una asamblea que se hizo para que no despidieran gente. Tal vez eso también influyó.

—Ah, en eso no hay que meterse nunca, ahí sí que se pudre todo. Pero no sé, no creo que sea eso. La verdad que me da una pena muy grande. No sé qué decirte.

—Tal vez si mi hubieran avisado me habría dado menos bronca. No sé. Te digo que tengo ganas de matar a alguien. Echo espuma por la boca.

—Bueno, pero no lo tomes así. Ya vas a tener otra oportunidad.

¿Otra oportunidad? ¿Dónde? ¿Algún otro excéntrico al que se le ocurra tener lectores en planta para un micromercado como el argentino? ¿Algún otro izquierdista al que le sirva la cultura caduca que yo había acumulado? ¿Alguna editorial que me pague por libro traducido lo que se gasta en dos cenas afuera?

—Sí, claro. Voy a tener otra oportunidad. Pero ahora me han cagado bien cagado, y estoy que no me banco...

—...

—... pero ya se me va a pasar. Es cuestión de despejarse un poco. Salir a tomar aire. Voy a ver qué hago. Che, que la pases bien en Pilar.

—Muchas gracias. La verdad que espero pasarla bien, porque tengo varias cosas que querría charlar con papá y me gustaría que se dé la ocasión... De veras siento mucho lo que te pasó, Ricardo. Cuando vuelva de Pilar te hablo y nos vemos. Espero que estés mejor, lindo.

—Sí, seguro, cuando descansa un poco se me va a pasar.

Yo ya había entendido. Era su forma de ser. No le gustaba hablar de más ni tocar toda una serie de temas de manera directa. Era impensable que me hablara por teléfono. De modo que me estaba diciendo que ella sentía que habíamos llegado al final. Tampoco tenía yo ese día fuerzas como para cambiar las reglas del juego y obligarla a hablar más claro. Así que seguí la comedia hasta el final. Con besos, con te voy a extrañar y todo.

Mientras colgaba sentí que estaba cortando el último hilo que me unía a un pasado inalcanzable. Turba, "Facetas", Carla, el sueldo inusualmente abultado que estaba cobrando desde hacía casi un año, y del que por desconfianza o cobardía venía ahorrando casi la mitad, la escalerita de pequeños y totalmente casuales peldaños que había estado subiendo de retorno a las ambiciones utópicas de la adolescencia, todo se estaba destejiendo como un sueño hermoso que al despertar nos cuesta creer que

no ha sido para nada realidad. Eran las nueve de la noche. A esa hora Carla tendría que haber estado llegando al Periscopio para quedarse a dormir y poder tomar juntos el micro de las seis y media de la mañana a Villa Gesell. Así lo habíamos planeado. Así debería haber sido. Había en la heladera justo lo necesario para una cena para dos. Medio pollo, una lata de jardinera para hacer ensalada rusa, la mayonesa. Tenía demasiada angustia para ponerme a cocinar. Me faltaba el aire, me dolía atrocemente la cabeza. Tenía ganas de llamar a alguien y sentía que no debía hacerlo porque solo me iba a dedicar a quejarme de mi suerte y a buscar aliento en la conmisericordia, y eso no me iba a servir de nada.

Estaba persuadido de que lo que me estaba pasando tenía una significación y que yo debía encontrarla a toda costa. Tenía que sacar las enseñanzas debidas bebiendo hasta el fondo el cáliz de esa amargura insoportable, en lugar de buscar consuelo.

Pero yo no era hombre capaz de cambiar en el mismo momento en que veía la necesidad de hacerlo. Aun decidido a emprender un viaje solitario hacia el fondo de esa noche en la que estaba casi seguro de que no podría dormir, hice antes varias llamadas. Logré hablar con Mario Schiavechia y con Edgardo, un licenciado en Historia del que era amigo desde los tiempos de la facultad, y que trabajaba para el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas. Las dos charlas me hicieron muy bien. Después de tantos años de amistad, ambos se habían convertido en especialistas en despejar los incontrolables sentimientos de culpabilidad con que yo solía entrar en cualquiera de mis crisis. Usaban la técnica del judo. Primero acompañaban mis reproches, luego empleaban el mismo empuje lacerante de las críticas contra la fatalidad. Y finalmente todos quedábamos reconciliados con los hechos, y se reconocía que, al fin y al cabo, yo había estado muy idiota, pero también había tenido mis aciertos para mi propia escala de valores y se habría requerido una persona completamente diferente para actuar de otra manera.

Pero, claro, esas eran las charlas. Cuando terminé las dos quedaba la realidad ahí, en el mismo lugar, como un cadáver que se ha velado toda una noche entre recuerdos, consuelos, chistes, y esperanzas, y de pronto llama una vez más la atención con su rigidez marmórea y nos recuerda que sí, que el que tanto queríamos se ha muerto. ¡Cómo me hubiera gustado en esa noche haber sido yo el muerto! Todo lo que había pasado era demasiado grande para poder elaborarlo con el pensamiento. Esa muerte por lo menos anhelaba, la del pensamiento. Quería dormir, pero tenía pavor de incitar al insomnio si lo intentaba demasiado temprano. Quería parar el recuerdo de esa charla con Gaitanes que me volvía a cada rato como una imagen viva, punzante en el cerebro. Pero cuanto más lo intentaba más me enredaba en todas las imágenes dolorosas. ¡Hasta Carla, solo por haber sido arrastrada en el remolino de ese fracaso gigantesco, se agrandaba ahora en mi soledad como un amor de toda una vida! ¡De pronto me parecía que perderla a ella había sido peor que quedarme sin el cargo de lector, mucho peor! ¿Sin el cargo? ¿Sin el cargo? ¿Y quién carajo me había dicho que solo había perdido el cargo!? ¿¡O me iban a sacar el cargo para dejarme ahí

envenenado con ellos toda la vida!?! ¿Acaso no me podían ir presionando hasta que me fuera? ¿No había oído decir que ya se habían ido varios “desubicados” del Depósito? ¡Putra madre, cómo se hace para dormir, así!

Y sin embargo lo intenté. Sin cenar, luego cenado (dos patas de pollo semicrudas pero devoradas con el hambre del insomnio, que es la mayor de todas, y con una ensalada rusa que era todo un consuelo). A las doce me convencí de que había empezado una noche larga. Me vestí, me puse una campera porque no sabía hasta qué hora deambularía, y salí del Periscopio casi corriendo. Desesperado por llegar a un lugar suficientemente discreto para poder soltar todos los gritos. Porque los gritos de mi alma me estaban destrozando el cerebro.

No recordaba haberme sentido tan mal en mi vida. Busqué un desahogo en la plaza del Congreso, la única que quedaba cerca de mi departamento. Vista de lejos me pareció que no tenía ninguna ayuda para ofrecirme. Pero una vez que estuve entre sus escasos árboles y sus raídos pastos, me sentí mejor. Sentí que estaba repitiendo un ritual de tiempos muy remotos. De cuando me habían echado del Mitre por organizar una huelga de apoyo al Cordobazo. De cuando cuatro años después me largó Claudia, mi primera novia, que vaya la casualidad, tampoco me había parecido que me importaría tanto, igual que Carla. Y ahí en la noche veraniega en la que sentía que me había quedado cortado del mundo y de las cosas, supe de pronto que estaba retornando a mí como una vieja compañía infatigable. Era como un reencuentro profundo con una amistad a la que había descuidado por no haber sabido valorar su fidelidad insobornable, que ahora quedaba demostrada una vez más con su presencia oportuna, salvadora, la presencia de mí mismo, mi último baluarte, mi propia persona que había estado a punto de huir despavorida de mí mismo, avergonzada de mi propia suerte, de mi torpeza, de mi incapacidad para la vida, y que ahora retomaba simplemente porque de alguna oscura manera yo me había atrevido a convocarla. Empecé a llorar. Primero despacio y como avergonzado. Luego a los gritos. Persuadido de que había dado finalmente con una inmensa verdad interior y hasta con la estructura del mundo. Una verdad que solo podía captarse a gritos. A gritos pelados.

Cuando terminé creí que ya estaba suficientemente relajado para irme a dormir. Pero al pararme, la sangre volvió a martillarme el cerebro y la angustia retornó casi con igual intensidad que antes, aunque ya sin imágenes, ni conceptos, como un terror inexpresable. Me puse a caminar sin rumbo, para cansarme, para descargar la angustia, para escapar de no sabía ya qué cosa. No bien atravesé el perímetro de la plaza, por la avenida Rivadavia hacia Plaza Once me sentí asombrosamente abrigado por los edificios, las vidrieras, las veredas, los colores. Renuncié a la dirección que inconscientemente había tomado hacia la otra plaza, y me fui metiendo por Riobamba hacia el corazón del barrio Once. Las calles un poco más angostas que las del resto de la ciudad, los negocios más densos, el clima desierto de la noche en un barrio de excluyente comercio textil judío desprovisto de toda contaminación de restaurantes,

lugares de diversión o servicios no me provocaba la depresión indignada de otras épocas. Sentía por primera vez que me era un lugar casi extraño, como si no me hubiera marcado durante años con la amenaza de un aburrimiento fatal.

Tal vez había pasado alguna vez en los últimos años por el barrio. Pero ahora pisaba esas calles como si viviera desde mucho tiempo atrás en el extranjero y volviera a recorrer mi historia con la tranquilidad de quien se sabe a resguardo del pasado. Me sentía descargado, purgado de cualquier sentimiento demasiado intenso, y sobre todo, de cualquier angustia. Como si hubiera terminado algún gran esfuerzo, un examen, una prueba que me dejara agotado y con la mente dispuesta a ocuparse en otras cosas. Pero desconfié de mis sentimientos: el barrio se mantenía idéntico a sí mismo en la esencia, pero no pude identificar una sola construcción o negocio que hubiese quedado igual a como yo los había conocido. No había superado el síndrome del barrio. El barrio ya no estaba.

De pronto, yendo por una calle inesperadamente oscura, volví la mirada hacia la izquierda y vi un intocado edificio que parecía extraído de otro barrio y de otra década. Me quedé parado estupefacto frente a esa fachada absurda, desencajada, que no parecía corresponder a un edificio de la Capital sino al galpón de un taller de la provincia de Buenos Aires, de esos donde había distribuido por las madrugadas volantes trotskistas a los catorce años cumpliendo las apocalípticas consignas redentoras de un partido y pensando que después de todo valía la pena probar a ver si esos textos encendían las mentes obreras como en la Rusia de 1917. Sentía ese mismo sabor a cosa arcaica y suburbana, pero no acababa de entender bien dónde estaba.

Levanté la mirada, vi una inesperada bandera argentina y tuve la certidumbre de que esa bandera no debía estar ahí: era la entrada posterior de la escuela Martín de Pueyrredón donde había trajinado las mañanas de los primeros cuatro años de mi primaria. Había recorrido casi todo el Once, cruzado sin darme cuenta la avenida Pueyrredón, y pasado a media cuadra de la fachada delantera de la escuela, sin percibirla ni ver si tenía o no la bandera donde debía flamear, sobre el frontispicio tímidamente presuntuoso que daba sobre la avenida bañada en la luz fría del mercurio.

Sentí que en el interior de mi cabeza, lejos del aire primaveral y fragante que entraba por mi nariz, se gestaba con una nitidez corpórea un aroma casi palpable a mate cocido, un aroma ora verde ora marrón, que tenía la incomprensible consistencia de un pan fresco, crocante, acumulado encima de una masa innumerable de panes que esperaban en una canasta de mimbre las manos hambrientas de centenares de bestias en guardapolvo blanco. Me vi librando, un mediodía de mi tercer grado, una pelea a puñetazos frente a ese portón de acero pintado, que entonces parecía gigante. Mi primera y última verdadera pelea a puñetazos, empatada contra un chico más alto y que peleaba aun peor que yo, pero al que no sabía por qué oscura razón no podía pegarle con suficiente fuerza. Tal vez porque quería ganarle con elegancia frente a todos los compañeros de grado que nos rodeaban, invitados por él

para presenciar lo que había sido su desafío. Viví la misma vergüenza que había vivido aquel día cuando se hizo tarde y descubrí que me había confiado demasiado porque no podía ganarle, y la misma satisfacción que había tenido al día siguiente, cuando descubrí que los demás habían juzgado muy bueno mi desempeño y hasta decían que le había ganado. Un río de lágrimas profundas, relajadas, casi muertas, se dejó caer desde la cima de mi cerebro hasta el pecho, sin detenerse a pasar por mis ojos.

¿Qué otra pelea había ganado en la vida, si es que de veras había ganado aquella? Mi vida me apareció como una sucesión interminable de empates que el paso del tiempo había convertido no en victorias sino en derrotas, como lo hace siempre con todos los empates. Lo que no avanza retrocede, sabía Hegel. Ah, sí. Lo que no avanza retrocede. El salario que no se blanquea se pierde, el puesto que no se efectiviza desaparece o aparece en las manos de otro. ¿Valía la pena seguir a la pesca de otro empate para ver en qué tipo de derrota se convertía? No estaba dispuesto siquiera a probarlo. Pero tampoco pensaba fingir ante mí mismo que me iba a matar. Ya lo había hecho en la adolescencia y había aprendido la lección: podía perder meses enteros en la abulia y la depresión sin sacar de todo el marasmo autodestructor una sola decisión ni en favor del suicidio ni de nada.

No, lo que quería era acabar con mi vida. Es decir, conmigo, con la vida que había llevado hasta entonces, con mi persona, con mi identidad. Con las cosas en las que había creído, con los gustos que había tenido. Para que cuando todo acabara de derrumbarse volviera a aparecer esa última compañía infaltable que solo se avergonzaba de mis propias vergüenzas, que solo despreciaba mi propio desprecio de mí mismo, que solo me culpaba por mis sentimientos de culpabilidad, que solo aplaudía como cumbre de todos mis aciertos esa hazaña puramente casual de no haberme pegado un tiro. Quería empezar de veras de cero, aun con toda la arbitrariedad que había en poner en esa cifra el marcador cuando ya había recorrido 37 hitos del camino y me faltaban tan pocos para el final.

Llamemos recorrido primero a este recorrido final, me dije con énfasis matemático, y seguí caminando la ciudad. La recorrí íntegra, la que yo llamaba la ciudad, que empezaba en Barrio Norte y terminaba en San Telmo. Apenas el centro y sus vecindades. Era gracioso. No me había podido ir en tiempos de los militares y ahora me despedía de la ciudad como si fuera hacia un exilio, cuando iban ya casi ocho años de democracia. Hubiera querido también pasar por las facultades. Exactas, junto al río; Filosofía y Letras, la de mi época, que quedaba en la otra punta. Pero solo me pareció razonable a esa hora meter en el recorrido a Derecho, en la que nunca había cursado nada, pero en cuya biblioteca hermosamente poblada de maderas estudiaba Historia en los tiempos de la dictadura, cuando lo único que no tenía vigencia alguna era el Derecho. Y después, inevitable, el Mitre, uno de los secundarios, con la llaga de la expulsión con sabor a Cordobazo.

La caminé toda, la ciudad de mi época. La absorbí tal como la había conocido.

Con sus librerías de Corrientes, con sus cines desaparecidos y sobrevivientes. Con las novelas que cantaron su épica, desde las flores que robaron en los jardines de Quilmes pero florecieron en el bar La Paz hasta el melancólico parque Lezama de los héroes y sus tumbas. Dejé que todos sus rincones me penetraran por los poros para que salieran de mi mente para siempre. No paseaba, caminaba a paso acelerado, el paso de los locos. No miraba, no grababa en la retina. Incorporaba a los huesos, a las articulaciones exigidas por el taconeo recurrente, a los músculos sacudidos por la marcha enceguecida cada esquina, cada clima, cada mito. Cuando un asomo de cansancio me aflojaba las piernas, el recuerdo insoportable de Turba, de Gaitanes, de Carla me empujaba a seguir, a hundirme entre las calles, a demorar el retorno al Periscopio.

Fue un recorrido en laberinto, en espirales que tal vez intentaban agotar los puntos de cada barrio o simplemente marearme. Abrazó en un movimiento envolvente desde plaza Italia hasta San Telmo. Al llegar al parque Lezama tuve una fuerte nostalgia de sexualidad adolescente, fresca, vegetal. Pero cuando volví a enfilar para el Norte un recuerdo imposible de tugurios, de mugre mitad porteña mitad provinciana, de aceros literarios y violencias borgianas y arltianas, me empezó a golpear en las sienes, deambuló por el cerebro apurándome los latidos y bajó como un torrente por mis tripas hasta la pija enfurecida de imágenes. Tenía una calentura gigantesca.

No buscaba hembras envainadas en tangueras fundas negras, ni escotes prostibularios, ni piernas torneadas hasta alturas perturbantes. No me guiaba una imagen precisa. Ni siquiera tanta blusa que habré visto por ahí mismo en los sesenta de mucama provinciana en abultado vaivén. Ni tampoco esa holgura indumentaria a lo hippie, que promete (¿a veces da?) libertad a discreción. Me empujaba un río de representaciones sumergidas en mi sangre, una oleada de anhelos de roces y penetración.

Empecé a hurgar con la vista en los zaguanes, en los balcones, en los escasos bares que quedaban abiertos a esa altura de la madrugada. Eran las tres y media y las últimas mesas eran puestas patas para arriba hasta en los más obstinados lugares. Nada de qué agarrarse.

Pero esa calentura bestial era la única llave que tenía para intentar abrir la jaula de angustia en la que se estaba convirtiendo mi vida. Decidí usarla hasta el final. Tomé un taxi y me fui hasta Lavalle y Esmeralda. En toda esa área de cines para provincianos había rechazado infinitas veces tarjetas de publicidad para espectáculos calientes. Prostíbulos disimulados, se decía. Nunca había podido comprobarlo. Ni siquiera había estado en ningún prostíbulo, al menos no como cliente, ni me había acostado con una puta. De chico por orgullo, romanticismo, ideología, tal vez ética. De grande porque no lograba unir ninguna fantasía erótica con algo que tuviera que ver con la prostitución, con el sexo “interesado”, con la frigidez que adivinaba y me contaban que reinaba en ese mundo.

Ahora, por primera vez, sentía que podía desear precisamente eso. Del remolino de imágenes que aún merodeaban fundidas en mis tripas emergieron claros, distintos, uno a uno, pedazos de prostitución, vistos, pensados, soñados quizá en sueños que nunca recordé: escotes desfachatados, codos cubiertos con redes de insinuación, piernas de curvas vertiginosas que se perdían entrecruzadas en hirsutos arrabales vaginales, polleras atijeras por los cuatro costados, mucho negro, mucho rojo, y colorete a discreción. Un collage tan imantado y eléctrico que lograría penetrar sin duda alguna con su carga erótica la nueva barrera plástica que el sida había impuesto entre ese mundo y yo.

Nada como la realidad para voltearle a uno la fantasía. La calentura solo cedió cuando me encontré en un sótano con muy poca luz y dos o tres prostitutas semidesnudas diseminadas en la penumbra. No se habían molestado siquiera en montar un escenario para el supuesto espectáculo caliente que anunciaban en la entrada. Las putas con una especie de bikini muy resumida, un bar con barra, pero aparentemente clausurado, y nada más. Lo que podía ver de ellas no me excitaba ni me gustaba. Eran vulgares no en el sentido prostibulario, sino que no parecían para nada putas. Tan solo mucamas mal agraciadas. Flacas, desgarbadas, narigona la que podía distinguir mejor. Sin mucha teta, ni mucho culo, ni mucha boca, ni mucho nada.

El último resabio de calentura se esfumó cuando se me acercó la narigona y me dijo: “Buenas noches, son veinte pesos por vez, francesa son treinta, podés elegir a cualquiera de las chicas y tenés derecho a un trago”. Lo del trago me pareció francamente delicado. Lo pedí, sobre todo para que se fuera con el pedido. Pero volvió. Le dije que me iba a tomar mi tiempo. Entendió y me dejó solo.

Me acerqué a otra, que estaba sentada sobre un banco alargado apoyado en la pared. Tenía los brazos alrededor de sus piernas y una actitud absorta, como si su mente estuviera enredada en la “música” de los altoparlantes, una seguidilla de ruidos sacudidos monótonamente cada segundo por una batería de desamparo creativo casi militar. Alcancé a ver los zapatos nocturnos, de tacos altos, con tiras sensuales enmarcando los únicos trozos de piel que se mostraban con discreción insinuadora en lugar de ostentación higiénica. Era morocha y bastante linda. Más linda en todo caso que cualquier muchacha que yo pudiera tener a mano en los tiempos que se avecinaban. Mi mente aceptó por primera vez la posibilidad de que llegara a calentarme de nuevo en esa noche. Mi cuerpo todavía no.

—¿Cómo te llamás? —le pregunté antes de sentarme.

—Gabriela —contestó. Hizo ademán de pararse, pero al ver que yo me sentaba me preguntó:

—¿Simple o francesa?

—No sé, después vemos —contesté, pensando que solo estando en la habitación

podría decidir tan filosófica cuestión. Pero ella pareció tomar mi frase como un intento de prolongar el diálogo, porque de inmediato se puso de pie como para cortar cualquier divagación y dijo con cara de ya me cansaste:

—Vamos, entonces.

Fuimos. No bien ella abrió una de las piernas para apoyarla sobre el suelo y levantarse, hubo algo en mí que empezó a ponerse en movimiento. Como un latido, un entusiasmo o un movimiento a medias en el centro del cráneo, a medias en el pecho. Una parte de eso era puro miedo, podía reconocerlo. Pero la otra no era simplemente calentura. No. Era algo más extraño, más complejo. Como un sentido de familiaridad. Como una sensación de ejercicio de un derecho o como la constatación de un acierto. Un insospechado retorno de las cosas a su justo lugar.

Apenas un paso detrás de donde ella había estado sentada comenzaba un pasillo oscurísimo, con un olor macizo y rancio a encierro milenario. Cuando comencé a seguirla por el pasillo me pareció que también podía sentir el olor de ella emanando de la piel, emblanquecida por el contraste con la oscuridad. Los trozos de prostitución que habían deambulado por mi mente comenzaron a reconstruir el rompecabezas del cuerpo que caminaba delante de mí y sentí por primera vez que pertenecía a una mujer. No a una mujer de carne y hueso, con su propia historia para conocer. Sino a una mujer que estaba más allá de la historia, que no tenía sustancia ni densidad pero era sin embargo pura mujer, mucha mujer, solo mujer.

Empecé a calentarme cuando de los hombros desnudos y el pelo mi vista bajó hasta las tiras posteriores del corpiño atravesando la espalda. Cuando dio media vuelta hacia la izquierda y comenzó a hacer girar una llave en la cerradura agradecí la decisión que me había hecho tomar ese taxi para ir a ese lugar. Al entrar en la pieza tenía una calentura desconocida, como liberada de toda inhibición y peligro. Una calentura de la que sospechaba que no corría riesgo alguno de verse frustrada por ninguna barrera en su carrera hacia la satisfacción.

Sentía una alegría profunda que no se expandía por la piel, como me había pasado en algunas buenas horas de sexo, sino por los huesos, las articulaciones, el cerebro. Como si se estuviera adueñando de mi estructura. Tuve un confuso recuerdo de mi único paso por un lugar semejante. Una habitación de un prostíbulo. Una noche. Recién llegado a Valparaíso, desde Santiago. Diecisiete años en la sangre y una travesía a dedo desde Buenos Aires para verlo asumir a Salvador Allende. Ningún partido trotskista amigo que pudiera alojarme: en Santiago hoteles de avería, en Valparaíso un muchacho socialista que me recomienda para que me guarden una habitación en un prostíbulo. Una, dos, tres horas enteras esperando que una de las putas viniera a molestarme, viniera a preguntarme, viniera a inmiscuirse. Un anhelo de sexo libre, de amor libre, de casamiento libre, libre de vergüenza, con una prostituta, socialista, o fascista, o dadaísta, o nadista, emputecidamente puta, embrutecidamente enamorada. Y nada. Solo la noche, muy poco ruido. La proeza impotente de haber encontrado alojamiento sin amigos ni conocidos. La cobardía

indecible de no haber cogido. No haber podido debutar en una larga noche prostibularia, en la que un recorrido “para buscar una silla” no permitió descubrir más que a la vieja matrona que seguía contemplando un explicable vacío. ¿Cómo preguntarle a esa vieja cómo se hace para enamorar a una prostituta? Por empezar, tal vez, se le paga. Oh aberración, oh cobardía, oh adolescente avaricia orgullosa inconciliablemente peleada con el dinero.

—¿Me pagás, por favor?

—Sí, claro.

Veinte pesos. Me sentía suficientemente caliente para no necesitar una “francesa”. Pero tenía además como un anhelo de ortodoxia, o simplemente una verdadera puta me quedaba demasiado grande en esa noche de cataclismo interior para jugar a humillarla con una sumisión oral. A medida que se desabrochaba el corpiño de la escueta bikini, se sacaba la bombacha y se recostaba en la cama de dos plazas podía casi sentir con mi mirada la piel interior de sus muslos, los vellos enrulados que la afeitadora había dejado enmarcados en torno de la vagina, los pezones relajados pero soberbiamente plantados en la cresta de los pechos. Contra todas las expectativas, la erección de mi miembro era buena y solo estaba contenida por el calzoncillo. Cuando terminé de desvestirme y comprobé que la erección permanecía, rendí en mi interior tributo al santo oficio de la prostitución. Me sentí reconciliado con el mundo y con las cosas, con el comercio y el dinero.

Claro que ponerse un profiláctico en esas condiciones tan tardíamente debutantes eran ya palabras mayores. Sin embargo, se logró. Eso sí, fue a duras penas. Y cuando la quise acariciar para recobrar inspiración me dijo: “¿Te subís o me subo yo?”. Me subí, qué iba a hacer, e intenté todavía algún ademán manipulatorio. Pero la siguió con las preguntas. Que si me gustaba que se moviera o no, que hablara o no, que tosiera o no. Tenía un gran oficio para usar las preguntas como látigos que iban empujando al cliente lejos de la relación romántica y lo metían de cabeza en el orificio comercial.

Ah, pero una cosa es decirlo, y otra cosa es tenerlo adentro, bien adentro del orificio comercial. Las cosas cambian de color. No es lo mismo que coger con una hembra de verdad, definida como tal, animalmente externa al mercado y segregando hormonas y flujos como manda el cuerpo fuera del horario laboral. No, no es el éxtasis ni la mística carnal. Pero tampoco es el ánimo congelado por tropezar con un pescado frío luego de haber calentado durante horas, tal vez días, quizá meses el homo inútil de preliminares insensatos. Es tal vez una experiencia a medio camino entre el coito, la masturbación y la degustación de una golosina. En realidad, mucho más cercana a la satisfacción golosa que al acto sexual. Pero qué golosina...

Me volví un goloso incontenible de las putas, durante ese fin de semana largo que habría debido pasar románticamente en Villa Gesell junto a Carla. Fueron cinco días, o mejor dicho cuatro —porque al quinto la cosa cambió— en los que pasé de la mesa a las putas, de las putas a un libro y del libro a la cama. Un círculo de vértigo mental

y corporal que le sacó hasta el último jugo a mi cuerpo y que no dejó lugar ni energía en mi tiempo y en mi cabeza para la angustia o el recuerdo doloroso.

Al ritmo de los días y los coitos la percepción del mundo que se escondía en ese sótano fue cambiando. Mi vista se acostumbró a distinguir los más pequeños detalles en sus penumbras. A registrar primero las simulaciones de calentura, que el primer día habían estado ausentes o me habían pasado completamente inadvertidas, y a advertir o imaginar finalmente sutiles escapes de excitación a través de la blindada coraza profesional de las chicas del sótano y hasta de la propia Gabriela, sin duda la más mecánica de todas.

Si ya desde la primera noche había decidido fijar la vista en lo más atrayente y placentero de mi descenso a ese submundo, con el paso de los días todo me fue pareciendo aun más lógico, razonable, quizá bello —aunque ese era un término que exigía una distancia que yo en ese momento era completamente incapaz de poner entre esa experiencia y yo, y tal vez demandaba también comparaciones que tenía terror de hacer—. Pero una vez que admití la operatividad —para decirlo de algún modo— de ese sistema subterráneo, la funcionalidad de sus piezas, la utilidad del dinero, la coherencia de sus ritos, sus leyes (ni la boca ni el culo, ninguna excitación), sus axiomas (nadie se hace sino que nace), cedí inevitablemente a la tentación de buscar cambiarlo.

¿Por qué era imposible meter amor ahí? ¿No existía la prostitución religiosa desde el tiempo de los Vedas? Si las hindúes habían podido ejercerla como una religión en algunos recovecos de los tantra, ¿no debía pensarse que en lugar de ejercitarla como una gimnasia mecánica y frígida vaciaban en sus ritos carnales una pasión universal más inmensa que el más potente de los deseos concretos, particulares, monogámicos? ¿No decían acaso los mitos que en algunos lugares —algunos decían que hasta en Latinoamérica— había putas que violaban sistemáticamente el sagrado mandamiento de no calentarse con los clientes? ¿O pretender que se calentaran era sumar insulto a la injuria de la prostitución?

Lo charlé con ellas: lo de no calentarse era absolutamente inviolable. Como una verdadera constitución en el parlamento de sus motivaciones, deseos y deberes. Si uno quería modificar piezas del juego tenían que ser otras, no esas. ¡Pero todas juraban que les encantaba el sexo! “Si no, es imposible dedicarse a esto”. Había que imaginar entonces que también para ellas había una forma soterrada de disfrutar las cosas que a mí siempre se me había escapado, una suerte de deleite mental que equivalía en ellas a ese disfrute tan extraño que el cliente podía sacar de sus cuerpos fríos. Imposible captar desde afuera algo más preciso de ese deleite, pero indudablemente debía incluir como componente fundamental el de cualquier trabajo: la sensación crucial de reconocimiento que se tiene a la hora de cobrar el dinero.

¿Pero a dónde iba el dinero? Ellas no eran putas independientes, como esas que al final de los ‘80 ya estaban plantando la bandera feminista en el último verdadero baluarte del machismo, el comercio de vaginas y sus derivados. Tampoco parecían

sometidas al dominio de una madama tradicional, la más puta entre las putas, que explota un costado homosexual de sus pupilas ejerciendo sobre ellas un poder que las subleva y las deslumbra. Podía imaginarme que una puta pudiera identificarse con su madama para mejor soportar su explotación, para sostenerse con la esperanza de escalar hacia la cumbre y encontrar algún día una cierta salida social sin tener que renegar de su pasado para poder alcanzar mayor respetabilidad.

¿Pero cuál era la esperanza de esas putas cuasiasalariadas de una pequeña empresa de prostitución? ¿Había tal vez un último carozo irreductible que sostenía a cualquier puta en su oficio aun en las peores condiciones, las más anónimas, industrializadas, deslibidinizadas? ¿Había un placer masoquista que soportaba todas las privaciones y se encargaba de transformarlas en secretos éxtasis?

Todo eso tal vez no me hubiera obsesionado, o quizá ni siquiera hubiera frecuentado esos días tan seguido ese prostíbulo, si en la misma madrugada del sábado en que volví al Periscopio después de mi primera visita al sótano de Lavalle no hubiese abierto nuevamente por primera vez, desde que terminara de traducirlo, el libro de Brockner.

Desde que me lo había devuelto Alonso, lo había dejado descansando como un trofeo en un rincón de la biblioteca cercano a mi cama, sin la intención real de releerlo, sino más bien como testimonio de una prueba misteriosa que había sabido superar. Había despertado en mí una curiosidad mayúscula, ilimitada, que seguía ardiendo con el calor secreto de un leño ahogado aun después de que Alonso disipara todo el enigma circunstancial que lo había hecho aterrizar por primera vez en mis manos. Me parecía una suma interminable de sofismas, pero tan bien articulada que representaba algo así como el mapa oculto y perverso de todo pensamiento resignado, conservador, mezquino.

Antes de acostarme aquella madrugada de mi debut prostibulario tomé el libro de la biblioteca y me lo llevé a la cama. Abrirlo me suministró algo así como una garantía profunda de que en ese fin de semana largo tendría algo interesante que hacer además de concurrir al prostíbulo, y eso bastó para que me durmiera en seguida, sin llegar a releer más que el título.

Cuando me desperté me llevé unas galletas con agua a la cama y empecé a releerlo al azar. Es muy diferente traducir que leer o releer. El esfuerzo de la traducción desensibiliza en cierta forma la conciencia y hace más tolerables algunas lecturas. Releer a Brockner fue un shock mucho más grande que traducirlo. La obra estaba estructurada para mostrar el juego de dos categorías, unión y separación, como ejes de la biología, del conocimiento y prácticamente de todas las cosas. Algo tan viejo como el mundo. Pero Brockner lo hacía para mostrar que, aunque ambas eran imprescindibles en todo desarrollo material, la separación era el verdadero articulador, el principio activo que provocaba toda evolución, desde lo inanimado a la vida y de esta a las “especies superiores”. Reconocía no haber “descubierto” más que eso: la presencia de un principio jerárquico aun en la base misma, en las categorías

elementales de lo real. Para un apologista obstinado del poder verticalizado, jerarquizado, privilegiado, no era poca cosa.

Desarrollaba esa tesis con una obsesividad abrumadora, y tomaba todo gran pensamiento influyente del siglo XX para ponerlo a su servicio. Abrí el libro justo cerca del apartado donde introducía a Lacan. Ya en su momento me había parecido increíble que un alemán acusara recibo de la existencia del críptico oráculo de París. Pero como además se trataba de un alemán de un conservadurismo tan extremo, me había parecido casi una ostentación de puro afán humorístico, un homenaje a los buenos modales de la hora. Ahora me parecía escalofriante y perturbadoramente lógico.

Leí:

Lacan fue también alguien que quizá sin proponérselo contribuyó decisivamente a reinstaurar el principio jerárquico en el pensamiento contemporáneo, y logró sembrar la semilla de ese retorno nada menos que en los fanáticos igualitaristas del anarcosmo francés, una tarea ardua... Para Lacan el orden simbólico, el de la razón y lo social es, aun en el psiquismo, estructural, inmutable, y se instala en el individuo exclusivamente por medio de la función del corte, a cargo del padre, que rompe la unión narcisista e imaginaria del bebé con su madre, permite así el surgimiento de un verdadero impulso amoroso incluso hacia ella (en lugar de su anterior identificación-fusión narcisista, base de todo lo "imaginario", de todo lo errado en la psiquis del sujeto), promueve el acceso al orden de la cultura y marca al retorno con su nombre, en palabras de Lacan "el nombre del padre". Mientras que en Freud no vemos al orden social estructurar desde el inicio el propio mundo familiar sino prácticamente a la inversa, la libido, la función de unión, el amor del niño recorriendo una imposible escalera sexual imaginaria hacia la madre. Por juicio, por pertenecer a un pueblo tan obstinadamente opuesto al orden social jerarquizado, que aun en nuestros días no acaba ni puede acabar de madurar, era natural que Freud, pese a toda su lucidez, cayera en el lugar común de privilegiar la función de unión sobre la de separación, y describiera al niño estructurado prácticamente por su pura libido, como si pudiera desde el comienzo cual pequeño hombrecito aspirar sexualmente a su madre, con la que en realidad se encuentra indiferenciado en lo que Lacan llama el "estadio del espejo", la identificación especular con ella. Es esa identificación imaginaria con la madre la base de todo impulso gregario destructor de las jerarquías, de todo impulso utópico igualitarista, de toda omnipotencia ilusoria que sueña con crear un hombre al antojo de una teoría social reformadora, y todo eso es lo que logra romper la instauración de "la ley del padre" —en palabras de Lacan— siempre que haya autoridad para imponerla.

Es por esto mismo que Lacan puede resultar útil para combatir los aspectos decadentes del freudismo. Del lado de este último vemos un énfasis morboso en la libido, la sexualidad meramente carnal, la mera concupiscencia como pretendido

motor de la construcción del sujeto. En el otro aparece ya la fuerza de la cultura — marcada por un tajo del amo, es decir, un tajo del padre, con su amenaza implícita de castigo o castración— que es en realidad la definitoria para los pueblos superiores, unidos de la fuerza para cortar y ser cortados, para acatar la autoridad y ejercerla. Fue Lacan el que incorporó en el psicoanálisis la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo, pero vaciándola del tufillo utópico y subversivo que conservaba en Hegel. Fue él quien formuló desde una óptica psíquicoindividual el sentido del orden jerárquico, quien dijo que el acceso a la cultura es el acceso a la “ley del padre”. Fue él quien supo interpretar, inspirado por su formación maurrasiana y nietzscheana —es decir, por lo mejor del pensamiento de la derecha nacional católica francesa y lo mejor de las corrientes ateas alemanas— la decadencia de Occidente como una consecuencia de la declinación de la función del padre, y de su ley, es decir, por la declinación del principio de autoridad.

En cambio, la consecuencia natural del freudismo es el colectivismo, el imperio de los instintos más primarios, “imaginarios”, utópicos, errados, sea en su vertiente totalitaria, o meramente cooperativa, como se intenta en los kibutz de Israel, forma esta última que no es en esencia diferente de la otra, porque ambas anulan la primacía de los mejores y achatan la pirámide social hasta el nivel de los menos aptos. El colectivismo es el triunfo de las fuerzas cohesivas y del amor primario, pero por eso mismo engendra la muerte por vía del inmovilismo igualitarista, del sueño omnipotente, imaginario, infantil, que pretende lograr un progreso de todo el mundo, un avance que no genere la ruptura del gregarismo, del pegoteo amoroso de los primeros meses de la infancia o de la fraternidad de la primera muchachada.

Por cierto tradicionalmente el conservadurismo no lo vio así, sino que consideró al igualitarismo como un mero deseo de venganza contra los más aptos provocado por la envidia, como sostenía Nietzsche. Aunque eso tiene una cuota de verdad (es decir, no solo hay amor primario en el igualitarismo), como tesis central es insostenible y desprestigia inútilmente tanto a la agresión como a la envidia. La envidia verdadera, intensa, capaz de orientar toda una conducta solo se da entre pares, entre iguales o entre gente que se siente tal, sean personas de un mismo oficio o trabajo, hermanos, amigos, etc. Y cuando —en una forma mucho más amortiguada— se da entre padres e hijos (iguales en cuanto a familiaridad pero completamente jerarquizados) es mucho más probable que sea el superior, el padre, el que envidie a su hijo mucho más exitoso que él, si él mismo no ha tenido la capacidad de ejercer autoridad como para sentir que el éxito filial es su propio fruto. Un descendiente de un gran hombre se sentirá abrumado por la responsabilidad de igualar su marca o infinitamente orgulloso de esta, pero difícilmente estará “envidioso” de su padre, que por definición no pudo haber sido nunca su igual. Los hombres pueden “envidiar” en sentido débil y figurado a los dioses, pero no querrán destruirlos envidiosamente, sino alimentarse de su gloria, ponerse bajo su brillo.

Se envidian de verdad y a muerte quienes compiten entre sí. Y Darwin dejó bien

claro que la competencia que mueve la evolución es la que se libra dentro de la propia especie (no entre especies distintas) por el territorio, por la capacidad para hacer fructificar la propia simiente (competencia entre los machos más aptos de la propia especie por servir la mayor cantidad de hembras), etc. Descubrimiento que luego fructificó ampliamente en la obra de Lorenz.

Por lo demás, es más común que la envidia favorezca los intereses del poder que lo contrario. La psicoanalista Melanie Klein decía que la envidia es un producto directo del instinto de muerte, que es el nombre que ella le daba a la capacidad de agresión. Es decir, que quienes más envidian son quienes más capacidad de agresión tienen, es decir, más capacidad de mando y de dominación. Y de hecho la envidia es muy positiva porque fomenta la estructuración vertical de la sociedad, pues genera ese ambiente competitivo interno, que se da por ejemplo típicamente en las empresas de Occidente, donde se imponen no quienes tienen más habilidad en el oficio dado (porque si la tienen deben ejercer justamente esa habilidad y no mandar), sino quienes despliegan una actitud de subordinación hacia las jerarquías, a veces justamente para compensar sus menores capacidades en el oficio concreto de que se trata y calmar su envidia, es decir, sus sentimientos de inferioridad ante sus pares de mayor oficio, transformándola en voluntad de mando, en la revancha del más fuerte ante el poseedor de una mera habilidad estrecha, técnica.

Eso es la clave del equilibrio social y de la productividad económica, pues es la capacidad de una estructura para bajar y aplicar con rapidez y diligencia las decisiones tomadas en la cumbre lo que garantiza la mayor eficiencia. Y es una clave reconocida consciente o inconscientemente por los más débiles, que encuentran en el mando ejercido por sus superiores el marco idóneo para ejercer su propia creatividad, y admiran a sus superiores cuando ese mando logra ejercerse con un amplio reconocimiento social, sin cuestionamientos permanentes por parte del entorno mediante ideologías políticas igualitaristas o acción sindical disolvente.

Existen algunas aparentes excepciones a la regla de la rapidez en la toma de decisiones como fuente principal de la eficiencia económica. Pero no se dan en sociedades arias, sino en las amarillas donde no prima el sano individualismo sino una forma de colectivismo jerarquizado, que aunque no es igualitarista al modo de las utopías occidentales tampoco permite todo el desarrollo del potencial que encierra el individuo en sus genes. Un sistema de tipo oriental, que ya culturalmente está rígidamente adaptado al respeto del orden jerárquico, puede darse el lujo del debate casi permanente.

Así, es sabido que en el Japón las decisiones y hasta las promociones jerárquicas se discuten interminablemente, y se someten incluso a consulta y corrección por los propios subordinados. Eso lleva entre otros el nombre de sistema de ringisho. Solo puede funcionar apoyándose sobre dos pilares de la sociedad japonesa: el empleo vitalicio y el igualitarismo salarial extremo generado por el hecho de que el salario de cada empleado está determinado casi exclusivamente por sus años de antigüedad

en su empresa vitalicia, no por su rango jerárquico o sus méritos. Un técnico raso de treinta años de servicio no ganará mucho menos que su ex compañero de escritorio que desde entonces llegó a integrar el directorio de la empresa. La consulta sería imposible si hubiese escalas salariales diferenciadas individualmente, o si se dudara de que los consultados permanecerán de por vida en la empresa. Como en las sociedades confucianas la lealtad al grupo de pertenencia (familia, empresa) y la subordinación a la jerarquía están descontadas, el criterio en las promociones es más la habilidad personal (meritocracia oriental) y la aceptación del elegido por parte del grupo de sus anteriores pares y futuros subordinados que su grado de obediencia o su capacidad de hacerse obedecer. Por más flexible que sea el elegido, el disciplinamiento colectivo hacia él será total una vez designado. Y eso le permitirá a su vez someter a interminables discusiones todas las decisiones importantes que le lleguen de arriba o tome él. Porque las discusiones solo servirán para explorar ventajas y desventajas, pero partiendo del presupuesto de que si vienen del jefe o de arriba tienen en principio ya toda la virtud que otorga el respeto oriental a las jerarquías.

En Occidente, donde se une el sano individualismo con una declinación creciente del respeto a las jerarquías, a un jefe así nadie lo tomaría en serio, ni sus subordinados, ni sus pares, ni sus superiores.

Como consecuencia de lo apuntado, en el Japón no hay declinación alguna de la función del padre, en sentido lacaniano, hay inscripción de la ley del padre hasta en las más nimias costumbres, y ubicación social y cultural de la mujer y las clases subordinadas en el lugar que les corresponde, abajo de la escala, como soportes imprescindibles de la pirámide social. Pero con una meteórica capacidad de ascenso justamente para aquellos individuos que en Occidente serían sin excepción alguna raleados sin contemplaciones o despedidos de la empresa: aquellos empleados más fieles al grupo de pertenencia más estrecho, a sus propios compañeros de trabajo y al sindicato de empresa. Desde 1945, en una proporción asombrosa para un observador de Occidente, donde no existe siquiera un caso, la presidencia de gran número de empresas fue a menudo adjudicada al activista más duro y representativo del sindicato de la empresa, que luego de convertirse en líder de sus compañeros para arrancarle aumentos salariales al directorio con métodos a veces hasta violentos termina presidiendo el directorio y representando sus intereses en contra de sus ex colegas. Esto es posible sin que nadie piense en traición al sindicato sino en coronación de una lealtad, porque los intereses de la empresa nunca son concebidos como opuestos al trabajador más que en aspectos inmediatos: salarios, bonificaciones, etc. Una vez más, eso solo es posible en un país donde los empleos son vitalicios.

Por la perdurable tradición samurai, en el Japón nadie puede irse de una empresa de primera línea ni ninguna gran empresa que se precie puede despedir a nadie si no quiere incurrir en una gran falta al honor. Toda esta estructura social

representa el máximo colectivismo compatible con una sociedad jerárquica y promotora explícita de las jerarquías, es el único colectivismo no igualitarista conocido, apto solo para un pueblo cerrado, milenariamente aislado, y de segundo orden como es el japonés en comparación con el blanco, un orden inconcebible para la raza aria de conquistadores amantes de la libertad individual, que se expandió hace milenios por Europa y dejó su marca hasta en el más modesto obrero occidental. Así, el Japón no tiene desocupación pero tampoco la libertad individual que genera la mayor creatividad. Son las hormigas de los pueblos nobles, los japoneses, las hormigas aristocráticas. No necesitan promover los pequeños privilegios, la rivalidad, el odio mutuo, la envidia entre los trabajadores dentro de la empresa porque no necesitan dividir para reinar: reinan por tradición, por respeto colectivista, porque no tienen fuertes individualidades que disciplinar, porque no tienen individuos, ni verdaderos talentos, tienen hormigas aptas para copiar las creaciones de Occidente y nada más.

En Occidente, sin las escalas salariales individualizadas, sin la división entre los de abajo mediante innumerables subescalas jerárquicas, ni las órdenes indiscutibles que llegan de arriba, las individualidades impondrían la anarquía o la parálisis, y un sindicalista en la presidencia de una empresa solo buscaría venganza colectiva contra la autoridad, eliminándola de cuajo, como busca en última instancia la oprobiosa cogestión obrera en Alemania, los comités de empresa de la ley Arou en Francia, los comités obreros italianos y su garrote, el Partido Comunista. No se trata de envidia, de sana voluntad de poder y primacía, de noble instinto de agresión, sino del poder mórbido de un amor utópico y descontrolado, que pretende ahogar toda agresión y todo progreso.

Por eso, porque más la necesita, la sociedad aria pone consciente o inconscientemente la capacidad de mando por encima de cualquier otro valor, y por eso constituye esta de manera inconsciente y estructural en la mujer el principio crucial de selección sexual, es decir, de elección del padre para sus hijos, del que se cruzará con ella para perpetuar lo mejor de ambos conjuntos de genes. Eso ya lo intuía Freud, aunque de manera “imaginaria” como diría Lacan, es decir, errada, incompleta, deformada. Freud decía que la mujer envidia el pene. Obviamente, lo que envidia es el poder, el estatus social que da el pene, y no el placer que otorga como órgano sexual, pues según los sexólogos el placer es mayor en la vagina y todo el cuerpo de la mujer que en el órgano viril. Por eso Lacan lo corrigió colocando como objeto del deseo, y por ende de la envidia femenina, en lugar del pene, el falo, el símbolo del poder viril, tal como surge ese poder de la “ley del padre”, del principio de autoridad. Y tanto para Freud como para Lacan la única cura para esa “envidia” está en obtener un equivalente “simbólico” del falo, un hijo. Pero esto se da justamente porque la sociedad moderna llevó a la mujer a considerarse igual al hombre, y entre supuestos iguales surge inevitablemente la envidia cuando se descubre que no son tales. No es sano que un hijo se convierta en equivalente del falo

para la madre, en su ficción de poder, porque un hijo debe acatar una ley, una razón —y una sola, la del padre, como bien decía Lacan—, no dos, y menos aún una puramente imaginaria proveniente de la madre. La supuesta cura del mal femenino mediante la parición se demostró absolutamente errada, con la crisis total de la familia moderna, donde los hijos no tienen guía moral alguna. Si la ficción de igualdad no hubiera surgido en los tiempos modernos, en lugar de envidia del pene o deseo del falo hoy tendríamos en Occidente la admiración y el respeto de la mujer oriental a su marido, y en las fábricas la adhesión del trabajador oriental a su superior.

La ley del padre es tan necesaria para los hijos y la propia madre como el mando del superior es necesario para el trabajador, y como las naciones líderes son necesarias para la comunidad internacional, como las razas superiores son necesarias para las inferiores: ellas proveen el único marco donde puede desplegarse cualquier creatividad real. La raza amarilla mostró todo de lo que era capaz solo cuando Occidente le impuso el marco de normas industriales, culturales y políticas que le dieron la pujanza que hoy tiene y permitieron que las propias tradiciones colectivistas-jerárquicas fueran fuente de desarrollo económico y no de estancamiento. Lo contrario a esas respectivas primacías individuales, nacionales y raciales es el caos, la anarquía o la igualación por lo bajo.

Yo leía y leía y no salía de mi asombro. ¡Ese malabarista de la perversión ideológica se las ingeniaba para presentar a Lacan algo así como el fundador de una psicología de la subordinación gozosa y el enemigo jurado de un supuesto progresismo freudiano! Mis sentimientos eran mezclados. Yo mismo había reconocido un sesgo netamente conservador e inmovilista en el francés, cuando comencé a leerlo en la época de la incontenible moda francoargentina de los setenta entre la gente que se dedicaba a la lingüística. Pero verlo en un ropaje tan caricaturesco sacudía alguna fibra oculta, me hacía oscilar entre la indignación moral, la solidaridad con Lacan deformado y la incómoda sospecha de que tal vez el oráculo de París de educación ultracatólica y derechista no se habría indignado tanto de haber vivido lo suficiente para verse así disfrazado, o simplemente vestido, él que tanto amaba los ropajes extravagantes y el snobismo aristocrático. ¿En esa hora de triunfo aplanador del orden existente, era inconcebible que quienes ya ocupaban un polo conservador en las disciplinas sociales fueran reclutados como corifeos de esa suerte de esclavismo democrático, consentido y bien entendido que propiciaba Brockner, esa propuesta de voltear la última máscara del orden victorioso? ¿Y si gente de ese grado de sofisticación podía ser alistada en una postura así, era esta tan falsa, tan delirante como me parecía?

Leía cada vez más agitado y bajo el nuevo efecto perturbador de ese texto no alcanzaba a recordar cómo formulaba él concretamente su propuesta. Busqué al final del libro: nada sustancioso. Hurgué en otros capítulos. Leí:

La reacción que vemos desde hace unos años en la juventud, el resurgimiento del nazismo de viejo cuño puede parecer anacrónica y en gran medida lo es, pero es un anacronismo necesario. Por cierto, no es necesario que retorne tal cual el nazismo, por la sencilla razón de que ya cumplió su cometido: hoy el prestigio de la sociedad jerárquica, el respeto por el liderazgo y la fuerza económica, política y moral de las sociedades superiores, en particular Alemania y el Japón, están muy asentados, y las correcciones sociales necesarias no son de tal magnitud como en el pasado ni necesitan de aquella violencia que se ejerció. Pero así como el triunfo del nazismo en 1933 obligó pocos años después al colectivismo bolchevique a dar marcha atrás y depurar en los juicios de Moscú a los trotskistas y toda la canalla igualitarista más extremista, nuestros jóvenes skinheads, con tan poca formación ideológica como los jóvenes de 1968, están depurando a Europa del legado infecto de ese movimiento de la juventud izquierdista de dos décadas atrás. Son ellos los que están limpiando la resaca ideológica que dejó esa ola de 1968, y no es poca cosa. Porque la avalancha izquierdista del sesenta y ocho, que llegaría al gobierno con Willy Brandt y Mitterrand, terminó poniendo en peligro la identidad de la civilización europea, promovió la inmigración ilegal y entronizó los valores de la decadencia moral, racial, e intelectual, y ese suicida “ascenso” de la mujer, que llevó al lúcido de Lacan a exclamar indignado su protesta: “la mujer no existe”. Pues la mujer equiparada al hombre deja de ser mujer.

Los neonazis son una reacción extrema pero sin ella no habría esperanza de que el conservadurismo tradicional salga del achanchamiento que lo mantuvo rehén del espíritu pusilánime del sesenta y ocho. Un gobierno como el de Kohl, que no se atreve a imponer la modificación de la constitución alemana para frenar el alud inmigratorio ¿puede llamarse conservador? Pero lo que esos jóvenes tal vez no comprenden es que en el mundo de hoy están dadas las condiciones para un triunfo de banderas verdaderamente conservadoras sin necesidad de insurrección armada, ni de abolición de las libertades públicas tras un eventual triunfo, como Hitler debió hacer en su momento por imperio de las circunstancias. No se trata de resucitar el nazismo. Se trata de recrearlo. La democracia es el sistema válido para el dominio de los superiores. Por supuesto, siempre y cuando los superiores y quienes estén dispuestos a aceptar su liderazgo, que hoy es la gran masa del pueblo en las grandes naciones desarrolladas, se organicen para poner a raya la componente decadente igualitarista que en mayor o menor medida se encuentra en todos los sujetos. El comunismo ya se está derrumbando y no hay necesidad de librar combate alguno contra él. La batalla contra el igualitarismo socialdemócrata y el achanchamiento del conservadurismo tradicional deberá realizarse por la vía democrática. Lo contrario sería dar una excusa burda para la sublevación de los peores impulsos de las masas. Pero será una democracia de nuevo cuño, con una defensa activa de los valores superiores, el orden, la autoridad, la familia, la raza, y de los sectores que los encarnan a escala nacional e internacional, que tienen en Europa, cuna de la

civilización humana, su baluarte inexpugnable, y en Alemania su vanguardia.

Esa debe ser; hoy la verdadera frontera que nos separe del liberalismo decadente. Y esa separación deberá permitir más tarde una confluencia con los sectores más lúcidos del liberalismo, los que admiten cierta necesidad de supervisión del Estado sobre el libre mercado, y comprenden que la verdadera amenaza para las capas superiores de la sociedad es hoy la supervivencia de tendencias igualitaristas entre el obrero y patrón, entre el hombre y la mujer, entre el jefe y su subordinado, y el enquistamiento de esas tendencias en la propia estructura del Estado, como ocurre con la cogestión obrera en Alemania, o las leyes socialdemócratas en el resto de Europa. La eliminación de esa herencia del comunismo solo podrá efectuarse en alianza con el conservadurismo tradicional y los sectores más sanos del liberalismo. El enemigo será la izquierda de todas esas corrientes y la izquierda a secas. La alianza será posible porque el principio de autoridad, tan amenazado en estas últimas décadas en las empresas y las familias, emergerá como factor de reagrupamiento de las derechas frente a las izquierdas, que abusaron tanto de ese principio con su estatismo impertérrito, pero siempre de manera vergonzante e ilegítima, toda vez que izquierdismo significa igualitarismo y aniquilación de las jerarquías.

La alianza con las derechas liberales debe entenderse como estructural, muy diferente de la cooptación que siempre debe poder hacer una nación, una raza, un grupo superior con miembros individuales de los sectores inferiores para enriquecerse y elevarse aun más. Un judío, un no europeo, un no alemán, pueden ser cooptados en su sociedad por los arios, a título individual, sin avalanchas ni aludes como los que hoy se verifican con la inmigración europea. En cambio, con el liberalismo recto y con la derecha tradicional (democrristiana o a la inglesa) no se trata de cooptación sino de franca alianza. El liberalismo político ya no es el enemigo estructural de antaño, y a la larga se puede llegar a integrarlo en un amplio frente nacional, porque el propio programa del pensamiento nacional debe concebirse a escala europea y propiciar una unificación económica espontánea, basada en el libre mercado, pues si es dirigista quedará inevitablemente en manos de la socialdemocracia y su disolvente igualitarismo, que buscará compensaciones bajo forma de “fomento al desarrollo” por cada pie que ponga la industria alemana en Portugal, España, Grecia, Dinamarca, y exigirá hacia adentro “conquistas sociales”, “Europa social”, etc., por cada mercado que ganemos en el exterior.

Europa está además en condiciones de lograr una primacía mundial con un grado alto —aunque no total— de libre mercado. Un grado relativamente alto de libre competencia con Estados Unidos y el Japón es incluso indispensable para que Europa pueda quebrar las resistencias igualitaristas y anarquizantes de sus sindicatos y sus partidos izquierdistas, problema que no tienen, al menos no en el mismo grado, ni Estados Unidos ni el Japón. Los tímidos avances en favor de una mejor jerarquización social que hoy se imponen en Europa con el nombre de

“flexibilización laboral”, serían inconcebibles si los obreros no sintieran la presión generada por las mercancías baratas que se fabrican en ultramar con salarios más bajos. Todos estos son puentes entre el pensamiento nacional y los liberales que en los años treinta no existían.

A los nacionales o los neonazis que se indignen al leer esto les recuerdo que aun en aquellos tiempos del nacionalismo debutante los únicos que votaron en los parlamentos de Italia y Alemania contra la formación del gobierno de Mussolini en 1922 y de Hitler en 1933 fueron los comunistas y los socialdemócratas, y el gobierno del primero incluía solo cuatro fascistas frente a dos populistas, dos liberales, tres demócratas, un nacionalista y dos independientes en ejército y armada. De modo que la primera revolución nacional de la historia fue lanzada por una coalición universal contra la izquierda, coalición conducida apenas por una minoría fascista, y la segunda se apoyó de hecho parlamentariamente en un amplio frente de ese tipo.

Se dirá que esos frentes de facto y de jure duraron muy poco. ¿Pero por qué no podrían durar más —o incluso indefinidamente— los próximos? En 1922 y 1933 había camisas pardas y negras, el pueblo veía razonable y las élites tradicionales comprensible que los grupos de choque respondieran al terrorismo rojo de inspiración soviética con la misma moneda, tomando por asalto los sindicatos, o hasta el gobierno. Las primeras revoluciones nacionales fueron rápidas porque la hora era rápida, en uno u otro sentido histórico, hacia atrás —hacia la izquierda— o hacia adelante —hacia la derecha—, hacia el progreso o hacia la decadencia (y aun así la de Mussolini solo se completó en 1925-26 con el cierre del parlamento y de los sindicatos rebeldes). Las próximas revoluciones serán lentas —lentas puede significar por supuesto quizá solo dos o tres años, pero también diez o más— porque no pueden ser rápidas, y no pueden serlo porque ni siquiera lo necesitan. Al momento de escribir estas líneas, la URSS, bastión nuclear del igualitarismo, marcha hacia su inevitable derrumbe, y la revolución neoliberal en Occidente, a la que cualquier futuro frente nacional le deberá muchísimo, no fracasó por la envergadura de su oponente, sino que se agotó por la falta justamente de una conducción revolucionaria que defendiera las jerarquías consecuentemente hasta el final y proclamara abiertamente cuál es el rol que le cabe a Europa, cuna racial de la civilización, en un concierto internacional que tenderá hacia una tremenda jerarquización por países, por razas, por individuos. La premura que existe ahora se mide en años, no en meses como a comienzos de siglo.

Los nacionales no debemos atarnos a un programa preconcebido, ni en lo económico ni en lo político, que nos impida ganar la adhesión de los neoliberales, actualmente en pleno repliegue y desconcierto. Debemos ser tan flexibles como lo exige esta hora de cambio revolucionario, que tendrá sin embargo el ritmo desconocido que impone por el momento el rechazo mayoritario a la guerra civil y otras formas de violencia dentro del llamado Primer Mundo. Quien crea que esto no basta para empezar a marchar, debe leer Hitler's Secret Conversations (Nueva York,

1953, está en preparación una reedición alemana), donde el Führer cuenta que Mussolini le confesó en privado:

“Cuando empecé a luchar contra el bolchevismo no sabía bien hacia dónde estaba yendo”. Para el neonazi que lo haya olvidado, debo recordar también que Mussolini fue hasta cumplir sus 31 años, en 1914, director del diario del partido socialista Avantijefe del ala ultraizquierdista del marxismo italiano y opositor fanático a la guerra. Nuestra forma de avanzar debe facilitar también que a fines de este siglo haya muchos Mussolinis, muchos nacionales frentistas, porque la línea genealógica de la ortodoxia del pensamiento nacional a la alemana fue casi completamente interrumpida por medio siglo de hegemonía socialdemócrata en la cultura y la ideología, y nuestro acervo debe abrirse más que nunca a todas las fuentes posibles. La extinción de los movimientos radicales más igualitaristas, como el anarquismo, el trotskismo, los verdes y los autogestionarios, terminará trayendo agua de todos los ríos al molino del pensamiento jerárquico. No olvidemos lo que dijo Nietzsche por boca de Zaratustra, que en esto daba más cerca del blanco que Hitler: “Donde divisé un ser vivo allí encontré también voluntad de poder: incluso en la voluntad del siervo encontré la voluntad del señor. Servir al más fuerte, a eso persuade al más débil su voluntad, que a su vez quiere ser señora de lo que es más débil todavía: tal es el único goce del que no quiere privarse. Y así como el menor se entrega al mayor, para dominar y disfrutar de poder sobre el mínimo, así también el mayor se entrega y arriesga la vida por amor al poder”. Hay que saber darle al pequeño un poder sobre el mínimo, si uno quiere construir una pirámide duradera. Cuanto más pequeños y mínimos hay en la base, más alto llega la cumbre.

Esa paciencia siniestra, esa maduración refinada, capaz de integrar el pasado ultraderechista en un discurso moderno que tenía Brockner me provocaba escalofríos. Parecía demasiado hecha a medida para aprovechar las oportunidades que abría al racismo la dislocación de la URSS. Por supuesto el aire estaba también repleto de señales que mostraban un avance de ideales exactamente contrarios a los que propiciaba Brockner. Pero el mundo que vio la revolución rusa de 1917, la alemana de 1918, las huelgas armadas británicas de 1926 y la sindicalización izquierdista de los obreros norteamericanos de los años treinta también mostraba más signos de progreso libertario que de regresión, y sin embargo era solo la antesala de triunfos fascistas que exigirían a la humanidad la mayor de las guerras habidas para aniquilarlos.

Lo que más enraizaba mi mente con la lectura era en realidad el paso crucial que Brockner había logrado dar sobre su antecesor de un siglo atrás, Friedrich Nietzsche, para actualizar y volver tan presentables que resultaban casi razonables las teorías favorables al inmovilismo social, al mantenimiento y refuerzo de las jerarquías. Brockner era nietzscheano en todo, salvo en lo devenido aparentemente innecesario tras un siglo entero de historia transcurrida. Nietzsche aborrecía la democracia,

explicaba dos mil años casi ininterrumpidos de supuesta “decadencia de Occidente” como una consecuencia del despliegue de los ideales igualitarios transmitidos implícita y explícitamente por el cristianismo, y con una franqueza propia de un marginal que cree que no puede ser tomado en serio presentó consecuentemente el orden de las castas hereditarias de la India y su Código de Manú como el ideal de legislación político-social. Que se lo podía llegar a tomar en serio lo demostraron treinta años después Mussolini, Hitler y Franco cuando impusieron en sus respectivos países y luego a escala europea todo lo que podía trasladarse del orden brahmánico de las castas al siglo xx.

Brockner le perdonaba en cambio la vida a la democracia, y no solo para que la democracia se la perdonara a él. Nietzsche había dicho en *El ocaso de los ídolos*: “Yo simplemente no puedo entender lo que se puede hacer con el obrero europeo ahora que se ha hecho una cuestión de él. Está demasiado cómodo como para no pedir más y más, como para no exigir con mayor inmodestia. Después de todo, tiene el número de su lado. Ya ha desaparecido la esperanza de que un tipo de hombre modesto y autosuficiente... pueda desarrollarse como clase a partir de él... ¿Pero qué se hizo? Todo para matar en el huevo las precondiciones para lograr eso... Se habilitó al obrero a prestar servicio militar, se le dio el derecho de organizarse y votar: ¿cómo sorprenderse entonces de que el obrero de hoy viva su propia existencia como angustiante? Si uno quiere el fin, uno también tiene que querer los medios: si uno quiere esclavos, uno es un tonto si los educa para ser amos”.

Brockner sabía en cambio que no por poder votar se habían vuelto amos. Y por saberlo estaba mucho más calmo que Nietzsche, tenía mucho menos miedo al esclavo que él y podía crear una teoría que prescindía de la paranoia de su antecesor. Para justificar su defensa de los “valores nobles y aristocráticos”, Nietzsche había debido articular una perfecta paranoia que atribuía a “la plebe”, a los de abajo en cualquier orden social, una debilidad, enfermedad e inferioridad innatas que les impedían experimentar de manera directa y espontánea los sentimientos favorables a la vida, tanto el verdadero amor, como la verdadera generosidad y la auténtica crueldad. Todo en ellos es para él envidia y resentimiento y cuando se los educa solo se logra que a partir de ese resentimiento innato ellos creen un falso amor, una falsa generosidad, que solo busca una venganza, “sublimada” o no, contra lo “aristocrático”, lo “noble”, por medio de religiones y doctrinas igualitaristas que operan una “transmutación de los valores”. Esa transmutación o subversión igualitarista de los valores por parte de la “plebe abyecta”, según Nietzsche, hace aparecer como “malvado” al “hombre de rango social superior” y como bueno “todo lo bajo, todo lo débil, todo lo enfermo, todo lo plebeyo y ruin”, aunque siempre se presente como fruto del amor, pues ese amor solo es un taparrabos del odio envidioso, del ansia de reparto de lo divisible (la riqueza) o de destrucción de lo indivisible (el talento individual). Es la venganza espiritual del débil, antesala de la venganza material: Espartaco, revoluciones de todo tipo, y en primer lugar, la peor de todas para Nietzsche, la francesa de 1789. Y eso no

tiene su causa en la mera idea, sino en los genes.

“Este es el problema de la raza. Suponiendo que sepamos algo de los padres, está permitido sacar una conclusión sobre el hijo: cierta incontinencia repugnante, cierta envidia mezquina, un torpe darse a sí mismo la razón —y estas tres cosas juntas han constituido en todas las épocas el auténtico tipo plebeyo— tienen que pasar al hijo con la misma seguridad con que pasa la sangre corrompida, y con ayuda de la mejor educación y la mejor cultura lo único que se conseguirá cabalmente es engañar acerca de esa herencia”, decía Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*.

En el “aristócrata de sangre” ocurre para Nietzsche exactamente al revés. Todo es espontaneidad. El amor no es en el aristócrata como en la plebe una maniobra demagógica para hacer aparecer a otros como malvados sino pura autenticidad: “Nosotros los nobles, nosotros los buenos, nosotros los bellos, nosotros los felices”, es según Nietzsche en su *Genealogía de la moral* el grito espontáneo que brota en los cuerpos puros de los que él llama “los bien nacidos” (en el sentido de la sangre, es decir, de los modernos genes). Y brota porque es una mera constatación verídica: son así de bellos en todos los sentidos, los aristócratas. Como dice él, “gente como nosotros”, lo que un porteño llamaría propiamente un cheto encantado de ser “gente como uno”.

¿Y la crueldad, esa “imprescindible crueldad” requerida para dominar? También es toda espontaneidad y pureza, pura manifestación inocente de una abundancia de vida, de una voluntad de poder que no puede ni debe refrenarse. “Exigir de la fortaleza que no sea un querer dominar, un querer sojuzgar, un querer enseñorearse, una sed de enemigos y de resistencias y de triunfos es tan absurdo como exigir a la debilidad que se exteriorice como fuerza”, decía en la *Genealogía*. En eso el noble es fiel a “la humanidad más antigua”. “Repugna, me parece, a la delicadeza, y más aún a la tartufería de los mansos animales domésticos (quiero decir, de los hombres modernos, quiero decir de nosotros), el representarse con toda energía que la crueldad constituye en alto grado la gran alegría festiva de la humanidad más antigua, e incluso se halla añadida como ingrediente a casi todas sus alegrías; el imaginarse que por otro lado su imperiosa necesidad de crueldad se presenta como algo muy ingenuo, muy inocente, y que aquella humanidad establece por principio que precisamente la “maldad desinteresada” (o, para decirlo con Spinoza, la *sympathia malevolens*) es una propiedad normal del hombre, ¡y por lo tanto algo a lo que la conciencia dice sí de todo corazón!”. La crueldad del noble —sobre todo en el sentido de noble germánico, de bárbaro, de pretenciosa “bestia rubia”, como dice él— es apenas un saludable juego pueril. Alarico y Genserico saqueando Roma, los vikingos asolando Europa, apenas un juego dionisiaco, una fiesta del “vigor ario”, como un niño torturando inocentemente a un gato.

En cambio, para Nietzsche, nada más lejos del “aristócrata” que el verdadero odio, coto reservado del plebeyo, del “resentido”, pues el aristócrata no desprecia a su enemigo, quiere un enemigo a su soberbia altura y aun cuando pese a todo —¿quién

lo hubiera pensado?— “el resentimiento aparece en el hombre noble, se consume y se agota en una reacción inmediata y no envenena”, decía en la *Genealogía*. Tan ajeno era según él el odio al aristócrata que es el alter ego de Nietzsche, su profeta ario *Zarathustra*, quien debe exhortar moralmente a los nobles a odiar un poco, al menos en el único caso que se justifica: “Loado sea el que odia a los canes tísicos de la plebe y a toda esa ralea fracasada y sombría”. Los canes, por supuesto, son los propios hombres plebeyos.

Para mí ese desvío paranoico era inevitable en alguien que pretendía convertirse en vocero de una reacción intransigente contra la democracia y la igualdad, pero estaba movido simultáneamente —y con la misma intensidad que en su odio al pobre, al débil o al enfermo— por una meta libertaria en lo que hacía al placer y al sexo, meta que desde la Segunda Guerra Mundial había sido ya plenamente alcanzada por todas las clases sociales pero que para el Nietzsche del siglo XIX aparecía como la única utopía verdadera y justa. Porque en su lucha desesperada por devolver al hombre occidental el derecho al goce, al sexo y al placer ahogados por el cristianismo, Nietzsche diabolizaba y ridiculizaba al cristiano y a sus supuestos adeptos más fieles, los débiles y los pobres, deleitándose en el desenmascaramiento de sus hipocresías y sus contradicciones, y mostrando que la negación de los impulsos sexuales y de vida genera enfermedad y odio, camuflados de piedad, y no amor como se pretendía en su época. Pero para lograr coronar esa demonización del cristiano (para él en primer lugar el represor sexual) terminaba construyendo como antítesis una imagen de la aristocracia de sangre mil veces más pueril que la iconografía mentirosa de los chupacirios de los que se burlaba.

Eso tenía que ser preocupante para un conservador del siglo de las computadoras como Brockner porque así la casta dominante era presentada prácticamente como un infante inocente, un chico travieso e ingenuamente torturador aunque lleno de vida y empuje dionisiacos —y viriles por supuesto—, amenazado por el espíritu artero de una plebe resentida, entrenada en la hipocresía, el engaño, la religión, la mentira y el odio, y por eso mismo, según Nietzsche, “más inteligente”. “Una raza de tales hombres resentidos acabará necesariamente por ser más inteligente que cualquier raza noble, venerará también la inteligencia en una medida del todo distinta: a saber, como la más importante condición de existencia, mientras que entre hombres nobles, la inteligencia fácilmente tiene un delicado dejo de lujo y refinamiento”, decía en su *Genealogía*, refiriéndose a los judíos, es decir, al “pueblo sacerdotal”, al paradigma según él de los “hombres del resentimiento”, de los piadosos, de los frustrados, de los impotentes, de los reprimidos. ¡Toda casta dominante era así presentada como una raza de infantes ingenuos, casi atolondrados, pretendiendo dominar a una de zorros más astutos que el demonio, aunque fueran “impotentes”!

Brockner recurría en cambio a la biología, la psicología y la historia para ahorrarse esa paranoia diabolizadora y paradójicamente magnificadora del enemigo plebeyo e infantilmente idealizadora de la propia casta, la aristocracia, a la que él

convertía a su vez serenamente en “clase” al admitir la cooptación extrarracial controlada, sin nostalgias por las castas hereditarias del Código de Manú. Lograba devolverle a la aristocracia el derecho al odio, a la envidia, y hasta a la inteligencia. Más aún, convertía el odio aristocrático, que Nietzsche había pretendido ocultar mediante trucos delirantes, en la mayor de las credenciales para el mando. En definitiva, Brockner repetía la cantinela atolondrada del burgués satisfecho que dice “alguien tiene que mandar, alguien tiene que cortar, alguien tiene que ordenar”, como si lo único que pudiera brotar de un amor primigenio supuestamente predominante en los de abajo fuera fusión total, pegoteo, indiferenciación, desorden, anarquía, reiteración recurrente de lo mismo, asimilación rutinaria a lo existente, carencia absoluta de creatividad, como si la diferencia ínfima y crucial en los genes que provoca el desarrollo de un feto en sentido masculino o femenino le sirviera a él — aunque no se atrevía a decirlo de un modo tan chato— de modelo para imaginar una pequeña diferencia clave en el balance genético entre el odio y el amor como principio básico del ordenamiento de la jerarquía social, con la capacidad de odiar a la cabeza, por supuesto, gobernando desde la cumbre de una supuesta fría racionalidad —garantizada por el distanciamiento que permite la agresión— los juegos pueriles del amor. Eso estaba mucho más cerca de la conciencia burguesa corriente y de la mentalidad de los mandamases en toda organización vertical, como un ejército, una empresa sin cogestión obrera (aunque su dueño fuera de izquierda) o una banda mafiosa, donde el infantilizado es el de abajo y no el de arriba (como en Nietzsche), donde no se reconoce jamás el acceso del de abajo a la edad de la razón, ni se le concede derecho alguno a la participación real en las decisiones.

El aristocratismo de Brockner tomaba del acervo occidental de los conceptos implícitos en el arte de dominar solo los que no molestaban la conciencia moderna de los propios amos y podían ser difundidos en democracia. Superaba así —en el sentido de la viabilidad política de su concepción— no solo la paranoia universal de Nietzsche, sino la paranoia restringida de Hitler, para quien el diablo no era la omnipresente “estúpida plebe” como en el filósofo del siglo pasado, sino una sola raza, la judía. En *Mein Kampf*, exceptuando a los diabólicos judíos, las masas se parecían más a la plebe ingenua de Brockner que a la cínica y maliciosa de Nietzsche: “¿No es en este mundo toda acción genial una palpable protesta del genio contra la indolencia de la masa?... ¿o es que aún cabe admitir que el progreso del mundo se debe a la mentalidad de las mayorías y no al cerebro de unos pocos?... la mayoría no solo representa siempre la estupidez, sino también la cobardía. Y del mismo modo que de cien cabezas huecas no se hace un sabio, de cien cobardes no surge nunca una decisión heroica”, decía el creador de los hornos crematorios para humanos. Indolencia y estupidez infantiles, pero también afectividad femenina: “La psiquis de las multitudes no es sensible a lo débil ni a lo mediocre; guarda semejanza con la mujer, cuya emotividad obedece menos a razones de orden abstracto que al deseo instintivo e indefinible de una fuerza que la integre, y de ahí que prefiera someterse al

fuerte a dominar al débil... La gran mayoría del pueblo es, por naturaleza y criterio, de índole tan femenina que su modo de pensar y obrar se subordina más a la sensibilidad anímica que a la reflexión”, decía Hitler.

Una razón paternal y viril, “simbólica” en jerga lacaniana, gobernando, explotando y tornando útil la informe masa afectiva de la plebe. Eso era puro Brockner anticipado en el panfleto de Hitler. Pero Brockner además lo fundamentaba, y creaba una “teoría” llena de referencias modernizantes y muy aligerada de la paranoia antisemita y antiplebeya, al menos como fundamento de su postura. Sobre los judíos decía simplemente que “la disminución drástica de su número en Europa ha quitado toda urgencia a la cuestión judía”. Y hasta a las propias izquierdas les hacía señas, no solo evocando el recuerdo del pasado izquierdista de Mussolini, sino con una reflexión más sugestiva: *“El fracaso estrepitoso del sueño igualitario se vio como nunca en el descalabro del proyecto de Dubcek en Praga y de Gorbachov en Moscú. Cuando se hayan limpiado los últimos escombros del socialismo, los mejores entre quienes perdieron su derrotero en el vaho igualitarista reconocerán que a fin de cuentas nunca hubo ni habrá sociedad autogestionada o anárquica como la que prometió Marx para después de la ‘dictadura del proletariado’ y que aun todo partido izquierdista o empresa del área socialista o en manos de izquierdistas en Occidente ha funcionado mediante los mismos principios jerárquicos que sus ideólogos prometen abolir en su utopía... Si en plena Francia del sesenta y ocho tantos maoístas pudieron acudir al redil de un pensamiento hidalgo y jerárquico como el de Lacan, puede imaginarse cuántos Mussolinis modernos, democráticos, saldrán del descalabro de la URSS. No fue la democracia lo que impidió desde 1945 el mantenimiento de una sociedad más jerarquizada en Europa, sino la supervivencia en las masas de sueños igualitaristas estúpidos que el supuesto desarrollo de la URSS caucionaba. Borrados esos vahos tóxicos, los nacionales tendrán el camino pavimentado de votos hacia su meta.*

”La democracia ateniense debía someter a sus esclavos por la fuerza porque estos no estaban en condiciones de comprender por qué el ateniense era superior, por qué tenía derecho a mandar por el bien de todos, incluyendo el de los esclavos. Hoy cualquier trabajador no afectado por la ya muerta propaganda igualitarista entiende los derechos básicos del patrón y del líder. Los asalariados no propietarios arrancaron con salvajes huelgas el derecho al voto en Inglaterra en 1840 (varios siglos después que los ciudadanos propietarios) y en Estados Unidos lo obtuvieron a comienzos del siglo XIX (excepto los negros en el sur; que lo consiguieron en forma definitiva en 1965). En cada uno de esos casos se creyó que se iban a comer el mundo con el voto. Y por un tiempo pareció que iba a ser así, por eso los mejores elementos de la sociedad trataron de impedir la extensión del voto, y en el siglo XX propiciaron directamente la eliminación generalizada de la democracia. Pero hoy ya no tiene sentido pensar como en 1930 que una sociedad jerarquizada debe ser fascista en el sentido original. Aun las capas más bajas de la población tienen hoy la

cultura para apreciar el verdadero liderazgo, si este está dispuesto a ejercerse sin hesitación. Y lo que nos muestran los medios de difusión es más bien una admiración generalizada del liderazgo, de la capacidad de mando de la belleza y de los valores de seres superiores aun por aquellos que nunca podrán acceder a ellos. Mucho más sería el caso si una derecha activa condujera esos medios para ponerlos al servicio de una revalorización más profunda de las jerarquías, el orden y la familia. Ya se puede retornar a un mundo fluido pero ordenado como el de Atenas, aunque los trabajadores cobren salarios y voten, en lugar de ser esclavos”.

Hay que imaginarse un texto así leído entre visita y visita a un prostíbulo durante cuatro interminables días. Hay que imaginarse toda la cultura moderna, y hasta las ciencias, desde las matemáticas a la física y la etología, revisadas y “cooptadas” bajo la lupa aberrante de esa concepción. Pero sobre todo, hay que imaginarme a mí, leyendo esa revisión los días que siguieron a la reunión con Gaitanes, habiendo perdido casi seguro a Carla y sin duda alguna el cargo de lector y sin saber si no me vendría pronto en mi trabajo algo aun peor, con mi pequeño mundo y mi moral sacudidos hasta los cimientos por todo lo que había vivido en Turba y por lo que estaba ocurriendo mucho más lejos, en la URSS, que parecía a punto de disolverse, mientras el comando de áreas espantosamente amplias de su sociedad civil parecía caer en manos de una mafia reconvertida del stalinismo al robo y la trata de blancas.

Brockner dejaba por momentos de aparecérseme como un delirante, y si no lo hacía como un completo lúcido era solo porque atribuimos lucidez a quienes encarnan el bien, o al menos alguna forma oscura del bien. Su cinismo no me parecía encomiable, pero sí empezaba poco a poco a presentárseme como una imagen bastante ajustada de lo que estaba pasando o por pasar en el mundo.

Era como si el mundo hubiese sido ocupado de pronto, hasta en insospechados rincones (¿qué había hecho Alonso con mi traducción?, ¿de verdad era para uso privado?), por seres de una dureza metálica, nuevos conquistadores que se aprestaban a tomar los pocos resortes del dominio conquistado que pudieran haber pasado por alto en su premura inicial, o mejor dicho, los resortes principales, los de las conciencias. Porque ¿podía acaso regir la igualdad jurídica en un mundo en el que nadie creía de veras en ninguna igualdad intrínseca de los humanos? Si la igualdad jurídica había exigido tanto tiempo para implantarse pese a estar implícita desde los albores de Occidente en las formas vaporosas pero por eso mismo más penetrantes de la religión de Cristo, ¿qué podía esperarse para cuando desaparecieran ese sustento afectivo que era el cristianismo y sus más consecuentes herederos, el socialismo reformista y el marxismo? Ese mundo de señores no me deslumbraba, más bien quería escapar de él como fuera. Cuanto más leía a Brockner más me sumergía en el prostíbulo, que se me aparecía como el único lugar donde uno podía tener relaciones al menos ficticias con las personas sin ser amo ni esclavo, sin quedar atrapado en la

ubicua malla de dominación que estaba abrazando el mundo.

Alguien que hubiese asimilado mejor que yo la cultura moderna y el relativismo einsteniano se habría detenido ahí y pensado que, aunque ese triunfo de los conquistadores fuese verdadero o aun permanente, solo era un aspecto de la realidad relativo al particular concurso de circunstancias que la había precipitado, sin que de ahí pudieran sacarse conclusiones absolutas, ni repartirse méritos. Pero a mí pensar en términos relativos tan extremos me había parecido siempre una pirueta que no podía ser de veras vivida íntimamente como propia ni siquiera por los físicos más enfrascados en especulaciones cosmológicas.

Si era verdad que los amos habían triunfado definitivamente, solo podía deberse a razones absolutas, al orden esencial de las cosas, más allá de las circunstancias —era mi modo de pensar—. A alguien que pensaba así solo le quedaban dos opciones: el rechazo macizo y total de una realidad, la realidad humana, que en sí misma no merecía ya atención alguna o buscar el consuelo rastrero de imaginarse a sí mismo como un ser superior. ¿Podía ser yo uno de los judíos “cooptados” de Brockner? ¿O debía acaso cambiar también esa identidad para reclutarme en el bando triunfante?

¿Pero es que era un judío de verdad? ¿Por qué tanto aspaviento con eso de abandonar una identidad? ¿Estaba tan seguro de haber tenido alguna? ¿Había sido acaso de veras alguna vez un trotskista? ¿Me había mantenido de veras desde entonces en la izquierda, aunque fuera en algún lugar reservado al francotirador? ¿Me decía argentino porque había llegado a creerme en algún momento alguna de las esperanzas de la “izquierda nacional”, porque había disfrutado con el *Medio pelo* de Arturo Jauretche como con una golosina, y seguido los rastros biográficos de algunos caudillos federales argentinos casi con la misma pasión con que hurgaba siendo adolescente en el panteón de los internacionalistas del marxismo? ¿O pretendía decirme argentino porque un orgullo desaforado me había convertido a los doce años para siempre en un nacionalista de la economía, casi un chauvinista del desarrollo industrial, amarrado con mil lazos de admiración a todos los pueblos que aun llegando tarde a la modernidad se lanzaban a competir en el mundo con empresas propias, como los coreanos del Sur y el Japón, en vez de dejar que los subdesarrollaran los demás, como los latinoamericanos? ¿Podía decirme argentino porque la cultura de inmigración como cualquier otra estuvo tan ausente en mi familia que en los primeros años todo mi mundo se redujo al deslumbramiento por la mitología nacional transmitida en las escuelas públicas? ¿Porque el único texto literario de mi autoría en toda una vida había sido un incendiario discurso de tres páginas, leído en inusitada connivencia con la autoridad en una fiesta escolar de un 25 de mayo de 1964, reivindicando como mis antepasados a todo el panteón de la Independencia e incitando a recomenzar la gesta, como si hubiera captado por no sé qué mecanismo portentoso el sentido americano de un linaje que se adquiere por opción, no por genes? ¿Cómo armonizar en una identidad la admiración por Corea del Sur y el Japón con el amor por la socialdemocracia alemana? ¿En medio de tanto

festival de chauvinismo desarrollista en mi cabeza, quedaba para el judío el lugar del cosmopolitismo cultural? ¿Era judío simplemente porque odiaba todo nacionalismo que desbordara lo económico, todo provincianismo cultural, toda “pureza” en la cultura? ¿Acaso había sido alguna vez judío en algún otro sentido que en el que había establecido Sartre? Al judío lo crea el antisemita, había dicho él. Y a mí me había parecido una verdad incontrovertible que cualquiera habría podido detectar en mi conducta instintiva desde la niñez: yo solo aclaraba que era judío cuando olía el odio antisemita en mi interlocutor. Y gozaba como chanco con el desconcierto posterior.

Eran las ventajas del sefaradí. Uno no se llamaba Fishman, ni Stillman, ni Heller, al gusto germano, ni Poliakov, ni Zobotinsky, ni Stejilevich, al gusto eslavo, es decir, de ninguna de las maneras fácilmente identificables de los judíos ashkenazis sino hebraicamente Catan, Cohen o Levi, o hispanamente León, Pereira o Angel o, itálicamente, Benedetti, Candiotti o Canetti, algo mucho más difícil de descifrar para la pesquisa étnica precaria del antisemita corriente. Uno tampoco arrastraba en los oídos desde la infancia un coro de acentos extranjeros escandidos por el ídish delator, sino la nostalgia de un español aun más español que el más hispano, diestro en camuflajes de emergencia en caso de Inquisición. ¿Entonces lo había sido? ¿Había de veras sido un judío sefaradí? ¿Pero qué había sido ser eso, para mí?

Hasta 1981 había pensado simplemente que un judío sefaradí era un descendiente de los judíos expulsados de Sefarad, España, en 1492, y desperdigados por todo el Mediterráneo, con epicentro en Turquía y los Balcanes y estribaciones en Francia, Holanda y Gran Bretaña, y con apego atávico al castellano de aquella época mechado de unas pocas palabras hebreas o heredadas de cinco siglos de deambulación. Había constatado también que un sefaradí porteño era uno al que nadie llamaba ruso, como a los ashkenazis, sino turco, por más señas, turco del Once, es decir, de los que vendían telas, ropas o cosas parecidas, como los “rusos” del mismo barrio; pero que no pasaba su tiempo libre al modo ashkenazi tocando el violín, el piano, o el clarinete, o pintando, o leyendo, o escribiendo, o esculpiendo, o ascendiendo en el ranking de grandes maestros del ajedrez, o ganando olimpíadas mundiales de matemática, o comiendo semillas de girasol hasta que estuviera listo el *gefилte fish*, sino sentados alrededor de una mesa verde, con unos naipes en una mano y cadaífes, mostachudos, mogadós u otro manjar oriental en la otra, siete días a la semana los más piadosos del culto de la timba, tres o al menos dos días los más heterodoxos, jugando sus horas, su tiempo, su vida en una apuesta obnubilada por perder la memoria de los días, los años, los siglos de gloria y palacios perdidos en España, en Turquía, en Marruecos, no por nostalgia, que aquí no se la pasaba tan mal después de todo, sino para que Dios siguiera olvidado de sus destinos y no les recordara su deuda con la lengua y el pasado del que tanto se ufanaban, que al fin y al cabo, de qué sirvieron las bibliotecas acumuladas en Toledo, en Sevilla, o Aragón, en Salónica, en Esmirna, o Macedonia, tanto verso hebreo, árabe y castellano regalado a la gloria de España, tanta Alliance Française para las hijas en Kavala, tanto Liceo Británico para

los varones en El Cairo, si tarde o temprano iba a venir la Inquisición, o la guerra, o la estupidez, y había que ir a América latina, y vivir entre gentiles que creían hablar el verdadero español cuando solo marmullaban la lengua postiza inventada por el advenedizo de Cervantes, tan alejada del verdadero hablar del *Mio Cid*, de esa perla sonora que engarzamos en nuestra lengua ladina y nos llevamos en 1492 para que quienes nos echaron no volvieran a recuperarla hasta el día en que cada una de las llaves que guardamos como consuelo y promesa de nuestras casas confiscadas volviera a girar en cada cerradura saqueada por los bandidos de sangre pura, de raza pura, de pura infamia.

Y todo eso hacía cierto efecto melancólico y dulzón, cuando uno sentía que podía escapar a ese destino, aunque el aburrimiento estuviera a punto de ganarle a uno el póker de la vida a menos de diez años de haberla iniciado. Porque uno sentía que podía entretenerse viendo al sefaradí porteño como mucho más sefaradí que uno holandés, francés, o inglés, porque venía ya de un segundo exilio. Porque no había dejado solo España sino también Grecia, Rumania, Bulgaria, Italia, Turquía, Marruecos o Yemen. El sefaradí porteño no solo podía haberse burlado entonces con su único prócer de estatura universal, Maimónides, de los fanatismos, no solo podía haber racionalizado hasta el hartazgo su fe o su poca fe hasta empaparla de ciencia y poder mirar como europeo cualquier siglo de luces desde su misma altura esclarecida, sino que podía haber arrastrado desde la infancia un asombro reverente frente al mundo obstinado y, pese a todo iluminismo, siempre resurrecto de la magia del sufí, del derviche, del brujo turco harapiento y musulmán que nos camina en las narices sobre las brasas cuando menos lo esperamos y convoca un mundo de fantasmas más reales y misteriosos que los de un millón de cábalas. Pero eso era solo un juego nostálgico y dulzón para noches de luna llena. Porque el sefaradí nunca admitía esa flora adventicia prendida al pasar cual abrojo a sus atuendos en las deambulaciones de Oriente. Porque inglés, francés o americano, sobre todo americano, el sefaradí era por excelencia el hidalgo hispano exiliado, el aristócrata olvidado hasta el delirio de que ya había pasado medio milenio desde que el mundo había dejado de asombrarse por la filosofía sefaradí, por la matemática sefaradí, por la medicina sefaradí, por la astronomía sefaradí, por la poesía sefaradí, por los príncipes, ministros, y caballeros de igual derecho que un cristiano o musulmán que se paseaban o gobernaban por las calles de Córdoba, Sevilla o Toledo, cuando el resto de la judería mundial seguía sumida en la esclavitud, y que cuando él evocaba con desprecio a un “rusito” estaba nombrando a uno de esos millones de ashkenazis que hicieron de la miseria y del ghetto una fuerza creadora que estalló después de siglos de maduración y paciencia en la cara de la humanidad dejando la huella más inesperada que haya dejado un pueblo en el rostro del siglo xx, desde Marx hasta Freud, desde Max Born hasta Einstein, desde Kafka hasta Woody Allen, desde Chaplin hasta Chagal, desde Gershwin hasta Copland, desde Trotsky, Kamenev y Zinoviev, pasando por Ber Borojov hasta la revancha aristocrática genocida del Holocausto.

Por eso si uno había caído en la atipicidad de dedicarse a los libros siendo un porteño sefaradí uno tomaba con indulgencia esa condescendencia sefaradí atolondrada hacia los ashkenazis, que estaban teniendo en todo el planeta un Sefarad de gloria y productividad desde la posguerra. Uno pensaba que era solo el dolor por el propio paraíso perdido el que sangraba por esa herida y no una verdadera soberbia racial. Que si ese folclore podía tomar el sesgo inesperadamente filoso del desprecio tenaz de un padre a todo el que no fuera de “buena familia”, a todo lo que mostrara un supuesto defecto de construcción, desde los sorprendentes ojos azules plantados por las centenarias cruces eslavas y germanas en la carne semita de los ashkenazis, hasta la huella de la fatalidad en un cuerpo gentil marcado por la enfermedad, por la renguera poliomielítica (que tenía escandalosamente prohibida la entrada a ese hogar supuestamente noble porque tanta pretendida imperfección no se podía tolerar aunque estuviera coronada por la cabeza más inteligente de toda una camada de colegiales de la Capital), que si se podía llegar al extremo de armar un culto delirante a todo tipo de “purezas”, de linaje, estirpe o de estética, solo podía deberse a esa peculiar paranoia paterna que hacía también del obrero el principal enemigo del progreso, que achacaba con thatcherismo *avant-la-lettre* a los sindicatos y al peronismo su propio desbaranco comercial, cuando una indagatoria tenaz lograba en cambio desentrañar que había sido justamente en la década distribucionista del peronismo cuando ese mismo padre había prosperado hasta el hartazgo y desde entonces nunca había cesado de caminar para atrás, como lo había hecho simplemente cualquier otro industrial en un país que casi había hecho de la desindustrialización su credo más íntimo y fervoroso, desde la bendición frondizista a las multinacionales extranjeras hasta infame retorno al campo de Martínez de Hoz.

Pero luego vino 1981, cuando le dieron el Premio Nobel a Elías Canetti y uno pudo saber de su existencia y leyó *La lengua absuelta*. Y así terminó uno enterándose de que para un sefaradí búlgaro de comienzos de siglo había sido todo exactamente igual. La misma obsesión ancestral por el linaje, la alcurnia genealógica y la “buena familia”, denominación que también allá podía beneficiar a verdaderos delincuentes, siempre que llevaran algún apellido vuelto ilustre por alguna tradición ya inescrutable o simplemente por el dinero acumulado, la misma altanería frente a los “tedescos”, los “rusitos” de Europa, enfrascados por entonces en darle mil matices socialistas al sionismo que nacía en los salones opulentos de París, Londres y Berlín, para que pudiera prender entre la judería harapienta y obstinadamente culta qué se perdía en las ciudades y las estepas eslavas. Y por último y asombrosamente, la misma tozudez para privilegiar el comercio por sobre todas las cosas, la misma incapacidad de incorporar a los hijos a la empresa pretendidamente familiar por la propia premura del empeño, por el propio desprecio a todo lo demás, a los libros y la música en primer lugar, que al padre de Elías Canetti lo había obligado a dejar el violín y a escapar hacia Inglaterra con una maldición paterna pisándole los talones, y a Elías lo había hecho aferrarse con todas las garras de la razón a los libros y a un desprecio

visceral hacia todas las variantes del racismo y las vanidades de alcurnia. En suma, la misma obstinación de aceptar como única cultura útil para ser tolerada en la “buena familia” los idiomas, ese poliglotismo que en los Balcanes le podía salvar la vida a cualquiera, porque no había mil metros cuadrados de superficie donde se hablaran menos de cinco idiomas. Al punto que uno podía haber conocido en Buenos Aires el eco gigantesco que provocan las paredes de una casa acomodada sin un miserable libro y haber tenido sin embargo profesora de inglés y de francés desde los siete años.

Y uno sentía entonces como si un misterioso consuelo le subiera por la piel, porque al fin y al cabo era tranquilizador descubrir que no era solo una desbocada mezquindad paterna la que se había puesto a urdir la paranoia familiar, sino que ese turco de Gallípoli no había hecho más que transmitir —con los acentos reforzados de las pasiones conservadoras argentinas y su énfasis personal— una peste ancestral, la peste de la estupidez étnica, que demostraba así estar tan democráticamente distribuida entre todos los pueblos del planeta que había abrazado ecuménicamente en su ansia de pureza también a los propios sefaradíes, echados como ratas de la más suya de todas sus patrias en 1492 y rastreados desde entonces durante tres siglos con inquina inquisitorial y asesina hasta el último rincón de los múltiples virreinos de América en nombre de la infecta pureza de sangre, tan bruta y analfabeta en la boca de un capellán de ejército de la Argentina, como en la de un católico rey de España o en un turco del Once. Mostrarse incapaz de retener en torno suyo una familia, ver con supina indiferencia a su hijo mayor, único depositario de esperanzas sucesorias, escapar ya a los dieciocho años del autoritarismo obstinado de su industria agonizante para hacer buen dinero en Nueva York, y a su hija aun más mayor (pero que no contaba como tal por ser mujer) preferir un exilio casamentero en California como quien recalca en una playa salvadora al final del naufragio de tanta ambición imposible, no parecía ya el solo producto de un narcisismo paterno exorbitado: tenía todo un linaje de soberbia ancestral detrás. Entonces, solo entonces, todo tornaba a encajar en el orden de las cosas, en la democracia y la igualdad de la estupidez humana. Que al fin al cabo un siglo entero de progresismo e iluminismo ashkenazis tampoco los había librado a los otros de sus fachos a la Jabotinsky, de sus cazaárabes vergonzosos a la Beguin, Shamir o Sharon. ¿Qué tanto escándalo porque un padre sefaradí, entre póker y póker, entre timba y timba, entre tela y tela, entre full de ases y full de minas se hubiera deshecho en la infancia de uno en elogios a Mussolini, a Franco, a Onganía, a todo fascista que hubiera sabido mantener en un segundo plano cualquier veleidad antisemita? ¿Qué tanta indignación porque hubiera usado todos los minutos que pasaba en su casa para explicar, afirmar, pontificar que nada era tan crucial en la vida como el orden y mantener a raya a los comunistas y a los sindicatos, como si de sus diatribas hogareñas hubiera dependido la prosperidad de la nación, ya que las telas se las había llevado el diablo?

¿Era la conciencia de esa historia familiar mi judaísmo? ¿Un odio pese a todo visceral al antisemitismo como lo peor de lo peor? ¿La vergüenza confusa,

contradictoria, pero imborrable como una lepra cuando se nombraba la palabra “palestinos”? ¿El culto íntimo y fervoroso a cada judío que había sabido abrazar a Arafat, desde su mítico guardaespaldas sefaradí que asesinaron los palestinos, hasta todos los progresistas más obstinados, los Avneri, los que habían tenido el coraje suicida de ir a saludarlo en su último búnker de Beirut cercado por las balas de Sharon? ¿No era todo eso el colmo de una identidad por la negativa? ¡¿Qué tanto aspaviento con la identidad?! ¡Si ni siquiera Brockner se decía ya antisemita! ¿Mi izquierdismo era acaso mayor identidad? ¿Tal vez porque había empezado tan a la izquierda que ahora resultaba incómodo doblar? ¿Qué había sido para mí el trotskismo en el que había recalado a los catorce años tras un año de oscilación entre el anarquismo y el desprecio por la política a secas?

Bueno, eso no era tan difícil de decir. Para mí el trotskismo había sido el marxismo de mi época, y listo. La ortodoxia marxista, si se quiere, pero la verdadera, no la del fusil, no la del Gulag, no la de los juicios de Moscú, o las invasiones a Hungría y Checoslovaquia, sino la de la repetición, la aplicación, la rumia talmúdica, enloquecidamente fiel, de la letra y el espíritu de los textos que habían encendido las cabezas de los obreros europeos en el siglo XIX, desde el Manifiesto Comunista en adelante. Era la ortodoxia de Marx, con su deslumbramiento por las revoluciones democráticas, por las filosofías democráticas, por la ciencia, por la industria, por la razón, por la Comuna de París, por la democracia corriente, “burguesa”, y la radical, la comunera, con facilidades máximas para revocarle el mandato a cualquiera. Pero sobre todo, con su fe ilimitada en la razón. Porque el trotskismo era sobre todo racionalismo, en una época donde la poesía, el sentimiento, la intuición y la mística ganaban terreno en las izquierdas bajo la bandera del maoísmo y del nacionalismo populista. Por algo Trotsky, vecino en eso a Lenin, había sido un razonador, un polemista, un historiador, mientras que Stalin y Mao, como berretín más personal, habían preferido probar su suerte con la versificación. Por algo el trotskismo había florecido, en la medida en que las sectas pueden florecer, en la racionalista Francia, la cuna de Descartes, Robespierre y Poincaré, o a lo sumo en la empirista Gran Bretaña, y nunca en la Alemania que tanto había intentado hacer equilibrio entre la mística y la razón, con esa ambición de captar todo lo que desborda el causalismo simple, como un Hegel buscando atrapar en sus redes filosóficas el árbol de la vida y del progreso, las leyes del todo respirando más allá de la mecánica de las partes. El trotskismo, como Marx, no pretendía ordenar el todo y consideraba como una aberración totalitaria intentarlo. Solo pretendía meter mano en el meollo social de las “relaciones de producción”, socializar las fábricas y la producción agrícola. Meterse con las costumbres, con la cultura, armar una mística de emergencia con el nombre de “cultura proletaria” lo calificaba de “barbarie staliniana”. Para el trotskismo la única cultura, la única ciencia, el único arte eran los que existían en cada momento espontáneamente y estaban por encima de las clases porque se nutrían de todas ellas y servían a todas.

Por eso el trotskista iba a la discusión con el resto de la izquierda como un elucubrador talmúdico, como un matemático, o como un enciclopédico historiador: aceptaba los datos elementales suministrados por los medios de información que los stalinistas consideraban “burgueses” o los hechos convalidados por el consenso social como axiomática del saber político fundamental, y luego argumentaba, abrevaba en su esperanza milenarista. El stalinista pro moscovita le contestaba con bastante racionalismo pero partiendo de aseveraciones de improbable demostración: los obreros soviéticos eran felices, en Siberia no se vivía tan mal después de todo, los burócratas comunistas no tenían privilegios, en la URSS reinaba la libertad desde la fundación si la discusión estaba ocurriendo antes del informe de Jruschov, o desde Jruschov, si era posterior, ciertos generales progresistas del Tercer Mundo iban a traer el socialismo a sus países con solo que los trotskistas pararan de criticarlos y los dejaran realizar en paz sus revoluciones democráticas, que luego desembocarían en el socialismo, porque solo a un ultraizquierdista podía ocurrírsele que un progresista como Chang Kai Shek iba a meter a los comunistas de Shanghai y Cantón vivos en las calderas de sus locomotoras como combustible, o que un patriota constitucionalista como Pinochet iba a sublevarse. La prueba de que todo eso era verdad había que buscarla en la “prensa proletaria”, y toda refutación de tales verdades tácticas solo era atribuible a la perfidia de la “prensa burguesa”. Después de todo, solo la “prensa proletaria” del Partido Comunista había descubierto, unos días antes del 11 de septiembre de 1973, que Pinochet era un patriota constitucionalista y que abrirle proceso por contrabando, como estaba contemplando hacerle la Justicia, era una burda provocación.

El stalinista pro maoísta no se molestaba en cambio en aludir a la realidad, su dominio era la poesía: las cosas eran como eran porque había un “gran Timone”, o porque había que lograr que “florezcan cien flores”, porque se daría un “Gran Salto Adelante”, o se privilegiaría la “contradicción principal” sobre las “secundarias”. Cómo se pasaba de eso a la masacre de millones de comunistas y no comunistas chinos con cada gran salto, con cada flor florecida, con cada revolución cultural, podía entenderse si se conocía la respuesta que los sentimentales, los intuitivos, los místicos, los poéticos maoístas daban a los enigmas trotskistas sin solución: “con un trotskista no se discute, se lo abofetea”, había dicho —rezaba la leyenda— Ho Chi Minh, y repetido Vo Nguyen Giap, o a la inversa. Y no había por qué poner en duda las leyendas. El panteón stalinista estaba repleto de asesinos, hasta sus más presentables héroes gustaban adornarse con alguna frase criminal de ese estilo. Por cierto, lo que habían recibido millares de trotskistas en Siberia, en Europa Oriental, en Yugoslavia, en la China e Indochina no habían sido siquiera solo bofetadas, sino balas o el encierro menos indultable de todos en los campos de concentración. Pero no debía pensarse que se usaba el eufemismo por faltar a la verdad, sino por elipsis poética, por puro refinamiento artístico. El maoísta nunca se molestó en mentir, como el pro moscovita. Siempre creyó que había algún giro poético, alguna voltereta del

lenguaje, algún ideograma mágico que podía convertir mil cadáveres en mil flores y hacer de cada crimen un verso, fuera en la China, en Camboya o en el Perú. Le habría parecido el colmo del despropósito que se lo acusara de mentir: ¿miente el poeta?, ¿miente el surrealismo?, ¿miente el arte? El maoísmo era el arte, la intuición, el sentimiento hecho política. Por eso en el Tercer Mundo terminaba a menudo disolviéndose en la lava sentimental del nacionalismo, casi siempre en el de derecha, porque el de izquierda había sido ya ocupado por los pro soviéticos. Pocos maoístas más fieles a su inspiración poética que los argentinos que apoyaron el irresistible ascenso del pseudonazi López Rega ya antes de que Pekín sentara escuela apoyando a Pinochet.

Un trotskista era un marxista que sí aludía a la realidad, y permanentemente, pero que no sabía mentir: a lo sumo deliraba, o más bien, a menudo deliraba. No sabía decir que había libertad en Siberia mientras gobernaba Stalin, no sabía decir que la había con Mao en Pekín, aunque pensara que 1949 marcaba para la China el año de la salvación, como 1868 lo había marcado para el Japón. No sabía decir siquiera que la había en Cuba, aunque se muriera de simpatía por Fidel. No sabía decir que bastaba con que alguien gobernara en nombre de una bandera roja para que el ideal rojo se hubiera realizado y sus materializadores se vistieran con los hábitos de la santidad. Entonces, único izquierdista sin un metro cuadrado de esperanza territorial sobre la faz de la tierra, único comunista sin patria socialista, único marxista apegado a la utopía originaria, el trotskista fantaseaba cual cristiano milenarista que las masas estaban a punto de traer el reino de los cielos socialistas sobre la tierra aquí, allá y en todas partes, no por imperio y voluntad de nadie, no por bondad o lucidez de un líder, no por acierto de ninguna vanguardia esclarecida, sino por la fuerza de las cosas, por efecto de las mismas leyes que habían traído un dominio creciente sobre la naturaleza en la historia humana y le habían permitido al mono erecto pasar del esclavismo al feudalismo, del feudalismo a la democracia representativa. Auténticos internacionalistas de la fe, socialistas apátridas contumaces, creían, creían como solo un loco o un trotskista puede creer, que las masas hacían huelga, luchaban, bregaban aquí, allá y en todas partes, aunque no fueran conscientes de ello, por un solo y mismo ideal contenido en germen en sus propias formas de lucha: el socialismo auténtico, democrático, revolucionario y puro, el socialismo de verdad, no el de la mística mentirosa para tapar los campos de concentración, sino el contante y sonante, con elecciones libres, secretas y multipartidarias, con consejos obreros para regir las fábricas y el país en todos los dominios de la política y de la producción, con libertad irrestricta en el campo de la cultura y las costumbres, con los derechos individuales preservados para todos, con las minorías preservadas y estimuladas por los demás, con la mujer alentada a ascender hasta la igualdad, con todas las perfecciones que el iluminismo de los dos últimos siglos hubiera podido fantasear, con todas las fraternidades internacionales concebibles, desde Bolivia a Polonia, desde Pekín a Ceylán, más allá de las barreras entre los bloques socialista y antisocialista, más allá

del odio inveterado del pueblo soviético a la dictadura staliniana que lo aplastaba, más allá del rencor de todo el mundo contra los grupos terroristas que pretendían confiscar en su provecho la lucha de la gente, más allá de los crímenes rutinarios de los maoístas dentro y fuera de las fronteras chinas, más allá de todas esas degeneraciones perversas y psicóticas de la izquierda que constituían una parte central de sus propias denuncias como trotskista, como polemista, como predicador, pero sobre todo más allá de toda realidad y toda sensatez. Hasta que el trotskista iba pasando la barrera de los veinte años y a Salvador Allende no lo “superaban” las masas con sus consejos obreros sino Augusto Pinochet con sus masacres, y a Velasco Alvarado en el Perú tampoco las masas sino el general Morales Bermúdez, y al general izquierdista Torres tampoco los mineros trotskistas sino el general fascista Hugo Banzer, y al gobierno peronista tampoco las masas ni los sindicatos, aunque lo limpiaran al menos del pseudonazi López Rega, sino una alegre banda de demonios desatada en una orgía de sangre soñada por lo más loco de la oficialidad y los capellanes militares desde los tiempos de Amadeo Genta, de monseñor Tortolo, de Bonamín, y más atrás aún, desde antes de la Independencia, desde los mismos años puros de la Santa Inquisición, y uno terminaba convenciéndose de que después de todo las masas nunca habían querido “superar” esos liderazgos, así las llevaran a ellas mismas al matadero, ni ejercer el poder directamente y sin intermediarios, y que por algo el propio Trotsky, que no descubrió el democratismo trotskista cuando lo proscribió Stalin sino que ya a comienzos de siglo disparaba junto a Rosa Luxemburgo sus flechas envenenadas contra el “autoritarismo jacobino” de Lenin, había olvidado durante siete años que cambiaron al mundo todo su apego al democratismo y toda su fe en las masas: los siete años sangrientos en que le había tocado cogobernar a él, de 1917 a 1924. Era una convicción que se le gestaba a uno ya mucho antes que el chiísmo lo sorprendiera en 1979 con un cachetazo iraní que demostraba con excesiva claridad que demasiada historia quedaba afuera de cualquier esquema racional o marxista: una revolución popular que entronizaba al clero a fines del siglo xx.

Entonces, entre página y página de Brockner, entre puta y puta de Lavalle, entre fognazo y fognazo cerebral con regusto doloroso a Carla y Gaitanes, entre noche y noche de un Periscopio cada vez más enrarecido, yo me preguntaba si después de haber descreído del racionalismo riguroso del marxismo al gusto trotskista, por el fracaso evidente de la revolución, me tocaría descreer ahora del progresismo calmo y ecléctico de inspiración socialdemócrata que lo había reemplazado, y que parecía la definición misma del saber político europeo, ahora que Europa volvía por los fueros del culto a las jerarquías. ¿Tenía incluso sentido seguir jugando al progresismo en una empresa donde el orden era más vertical y jerárquico que en el Vaticano? ¿No valía más la pena ensayar al menos una vez el otro escalón? ¿Sentirse uno mismo un ser superior?

Jugué bastante a la superioridad mientras concurría al prostíbulo. Descubrí que

podía resultar enormemente afrodisíaco, y especialmente útil para mí, que no había logrado acostumbrarme del todo al comercio sexual con putas, y oscilaba entre un tímido machismo, y un utopismo que me ponía completamente en ridículo cada vez que afloraba en ese ámbito, inhóspito si los hay para esas veleidades. De modo que al compás de esos cuatro días de lectura y puterío quedó definitivamente instalado en mí un mecanismo de relojería que preguntaba y preguntaba si un mundo que podía convertirse en eso que Brockner pintaba no había sido en realidad siempre así. Si lo que afloraba en sus escritos no era más que la verdad absoluta y permanente, que había pasado siglos agazapada en el proceso de la modernización para aparecer finalmente clara y desnuda cuando el desarrollo humano permitió a los amos conformar para siempre los gustos elementales de las masas para hacerse votar *ad infinitum* por ellas, en el mejor de los conformismos posibles. Si Brockner en lugar de ser un canalla hábil y culto, no era un lúcido, un sabio... y yo había pasado 37 años papando moscas.

Ese tic-tac preguntón se difractaba angustiosamente en el mundo del sexo prostibulario. ¿El placer de las putas —ese que les hacía decir que no podrían dedicarse a eso si no les gustara el sexo— no era acaso masoquista? El masoquismo me había parecido siempre la coartada del sádico, del mezquino, para justificar el plus de placer que se las ingeniaba para sacar de cualquier relación: si él era sádico y explotador era porque los demás eran masoquistas, pretendía él. Para mí el masoquismo había sido siempre el único refugio de placer que le quedaba al débil para seguir viviendo en la selva de quienes eran más fuertes en las artes de la dominación —y casi siempre más débiles en cuanto a creatividad y utilidad social—, un refugio que no impedía la presencia de un cuchillo vengador escondido en algún pliegue del sometimiento.

Había pensado incluso que el masoquismo podía ser una fuente de energía psíquica más potente que el sadismo y que cualquier otra posición, por la mera razón de que su alimento era el dolor, que dura más que el placer, es más abundante y más fácil de producir en la vida. ¿No había incluso comprobado haciendo aerobismo o nadando que uno podía seguir corriendo mucho tiempo después de que el corazón y las otras vísceras se pusieran a doler si tan solo uno abandonaba todo intento de bloquear ese dolor y concentraba la mente en él, sin quiméricas pretensiones de hacerlo desaparecer, sino tan solo de mantenerlo presente en la conciencia, confiando en que el cerebro sí encontraría finalmente —porque siempre lo encontraba— un modo de diluirlo, de mellarlo, de asimilarlo, cuando no directamente de convertirlo en placer, a veces por medio de una imaginería transmutadora, otras de un modo arcano ocultado incluso a uno mismo, como un perro fiel y sabio al que uno le entregara una tarea que solo él supiera realizar pero que no pudiera acometer sin una orden reiterada constantemente para mantenerla en el campo de su conciencia? ¿No había comprobado a veces que esa piedrita que nos molesta en el zapato, esa basurita que busca irritarnos la piel o la córnea, ese ruido que quiere distraernos

empecinadamente de una lectura terminaban catapultando una concentración aun mayor cuando uno lograba la proeza de no luchar contra su intromisión sino que lo incorporaba como un soporte mudo de la propia actividad, tal como el traqueteo insoportable de un tren puede convertirse de estorbo en sonido que acuna el paso de la conciencia hacia su meta, sea dormir, leer o demostrar un teorema? Como la esclavitud creando en Hegel las condiciones mismas de su propia liberación, por su vinculación con la vida, con el trabajo y con un saber más auténtico que el del amo, yo había querido barruntar en la base del propio masoquismo un faquirismo físico y moral, que más que prepararlo al sometido para una revancha sádica posterior lo predisponía para la libertad solitaria de quien posee un dominio acerado sobre sí mismo.

Pero ahora todo eso tambaleaba. Si las putas no se permitían calentarse, ¿era por autopreservación física y afectiva, por afán de mantener un último reducto de soberanía propia o porque la historia prohibía a la mujer excederse con los goces, y gozar con los clientes podría ser considerado un intento de dominarlos, de adueñarse de un plus de ellos adicional al dinero? ¿Fingir calentarse sin calentarse de veras no era una forma de sometimiento aun más clara, del tipo que Brockner esperaba de los “inferiores”, de los esclavos felices, convencidos, incapaces de burlar las leyes de la jerarquía con la astucia artera de un placer filoso y revanchista como daga de “resentimiento” nietzscheano?

Estuve enredándome en ese devaneo desde el comienzo de ese fin de semana larguísimo, hasta confundirme cada vez más. El último día empecé ya a sentir temor de que verdaderamente algo empezara a funcionar de manera diferente e irreconocible para mí mismo en mi personalidad. Pero ya era tarde para vencer la inercia contraria, la tentación de ver qué podía esconderse detrás de toda esa confusión. Me habían dicho que ese miércoles de Navidad el prostíbulo al que yo había estado yendo estaría cerrado. Pero me habían dado la dirección de otro.

Me subí a un taxi a primeras horas de la tarde en una Avenida de Mayo desierta. Apenas le indiqué la dirección al taxista comencé a entender que su radio estaba relatando algo importante del exterior, aparentemente de la URSS. Se mezclaban comentarios de columnistas con flashes de información en directo desde Moscú. Hablaban de que estaba cambiando una era. Sentí inmediatamente que la piel de todo el cuerpo se me erizaba solemnemente y anticipé lo que una décima de segundo después acabó por aclarar el locutor:

“Rusia entró a esta nueva era de un modo apacible. Gorbachov renunció por la mañana y momentos después fue arriada la bandera con la hoz y el martillo en el Kremlin. La URSS, la única superpotencia que llegó a desafiar a Estados Unidos, dejó oficialmente de existir sin que se disparara un solo tiro”.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Los diarios habían anunciado algo así para fin de año. Pero el fin de Gorbachov había sido presagiado casi mes a mes desde que había lanzado sus reformas, y él siempre había sobrevivido a su epitafio. Ahora ya no

había reformas. Había un gigantesco agujero en el mundo. En mi mundo. Yo había amado a ese hombre. Me había devuelto la esperanza. Me había hecho sentir que no había estado equivocado al dedicarle buena parte de mi adolescencia a la militancia en la izquierda. Aquella no era la izquierda que él encarnaba. Pero él había reverdecido con sus palabras y sus actos a toda la izquierda, le había dado por primera vez en muchos años un sentido a esa palabra.

Para ese día yo ya tenía suficiente. Le pedí al taxista que me llevara de nuevo al punto de partida. Cuando llegué al Periscopio sentí que me faltaba sangre en la cabeza y que un cansancio anormal, incontrolable, enfermizo estaba a punto de voltearme en cualquier momento. Me derrumbé sobre mi cama. Fue la primera vez desde la adolescencia que dormí una siesta y una noche corridas.

CAPÍTULO 8

Nunca pude saber si la gente de Turba dejó pasar la desaparición de la URSS como un hecho lejano y sin importancia. Tiempo después sentí que había sido una pena no haber podido charlar con nadie de los que trabajaban ahí por esa época. Pero me era imposible. Turba me había resultado bastante ajena durante ocho años, inesperadamente íntima, familiar, casi propia durante once meses, y más aborrecible que un campo de concentración desde el momento en que salí de aquella entrevista con Gaitanes y por mucho tiempo más. No tenía ánimo para hablar con nadie que estuviera aunque más no fuera remotamente vinculado con ese lugar.

La empresa se encargó de hacer que ese sentimiento se reforzara cada vez más desde los primeros días que siguieron a aquel fatídico viernes. La degradación de mi situación laboral fue rápida y sistemática. Por esas cosas del derecho, mi salario en blanco no fue tocado. Pero mientras que Gaitanes me había dicho que me necesitarían aun más que antes como traductor, me tuvieron varios días sin encargarme ningún tipo de tarea. La primera que me dieron, justo dos semanas después de la entrevista con Gaitanes, me pareció un viaje en el tiempo: era un trabajo administrativo elemental, para el departamento de ventas. Parecían haber olvidado que durante más de cinco años yo había sido el traductor. Querían volver a fojas cero.

No fue el único mazazo que recibí en esa época. El otro lo había incluso previsto. Después de esperar inútilmente que Carla me llamara a su regreso de Pilar para salir el fin de semana, la llamé yo el sábado. Me dijo que ese fin de semana no iba a poder porque se iba a quedar a preparar una nota especial. En la semana tampoco pudo. Cuando empezó a poner problemas para salir el fin de semana siguiente, le hice la pregunta obvia y me contestó que sí, que prefería que no nos viéramos por un tiempo. El azar y la ineluctabilidad se habían puesto a coordinar el movimiento de sus ruedas para triturarme.

Yo me defendía como podía. Leía libros en mi departamento, en las plazas y en mi escritorio de Turba. Solo literatura. No podía soportar ninguna lectura que se basara en la premisa de que existía un saber a transmitir, ningún ensayo, nada que pretendiera presentarse como la verdad. En mis huesos se había arraigado la convicción de que toda verdad había muerto en el mundo real y concreto que me tocaba vivir. En otra esfera distante e inalcanzable, los físicos, los biólogos, tal vez podían seguir descubriendo cosas inmutables, tangibles o simplemente revestidas de sentido. El único sentido alcanzable para mí era que el mundo, mi mundo, era una mierda y siempre lo había sido. Simplemente se había tomado su tiempo para adaptar toda su apariencia a su esencia infame.

Por las noches iba casi invariablemente al cine. Había cambiado radicalmente mi hábito prenavideño de la distracción prostibularia por una suerte de embrutecimiento cinematográfico. En un mundo que se me aparecía ya como esencialmente

prostibulario las putas de carne y hueso parecían perder todo interés, no eran piezas maestras de un engranaje oculto que revelara un inquietante misterio humano. En su oficio no afloraba como por un plegamiento tectónico una placa profunda de la geología social, sino que se reflejaba la misma chatura, el mismo lodo, la misma inmundicia visible a la luz del día que impregnaba todo el paisaje cotidiano desplegado a mi paso por las calles, mi oficina, los diarios. Solo algunas películas y algunos libros lograban sacarme la sensación de banalidad insanable.

Muchas noches iba a ver dos películas distintas. Siempre había sido muy exigente con el cine. Pero no podía pretender que hubiera catorce películas buenas en una semana. De modo que me acostumbré a disfrutar del atontamiento que produce ver una película de la que se puede estar seguro que no ha de dejarle a uno ningún otro beneficio que el tiempo aniquilado, matado pero con anestesia, no como en la vida real, donde se lo estaba torturando sin pausa para hacerlo morir. Rápidamente desarrollé una suerte de capacidad para conformarme hasta con lo peor. Para descubrir hasta en un bodrio de guerra norteamericano algún elemento, alguna enseñanza que valiera más que la chatura que me rodeaba.

Sin embargo, al final de la segunda semana ya empecé a sentir que el truco cinematográfico se estaba agotando, y no sabía cómo reemplazarlo. Había estado viendo a algunos amigos. Pero no tenía solteros a la vista como para compartir desde una comprensión común el abismo de soledad que se estaba formando en torno de mí. La excitación sexual, que se había retraído hasta grados absolutamente inesperados después de la Navidad, empezaba a retornar reforzada por su descanso. Los olores del verano me asaltaban con una premura que ninguna puta podría calmar. Había sed de aguas profundas, densas, reales. Los espejismos, los trucos, los pases mágicos de la satisfacción ficticia se me antojaban indigeribles.

El viernes por la noche pasé un buen tiempo hurgando en mi desvencijada agenda de teléfonos, buscando el de alguna vieja amiga que pudiera estar disponible para salir. Hice algunos llamados, pero ninguno dio resultado. Al menos me quedé conforme de haberlo intentado. Eso me permitió mantener esa noche una abstención cinematográfica. Oí música. Clásica, como siempre. Con Mozart, a un volumen normal, intenté retornar a la calma de los años púberes, en los que el estudio de materias elementales me había hecho sentir que la vida podía llegar a ordenarse de alguna manera cristalina, apacible, verdadera. Con las sonatas de Beethoven, a un volumen ya respetable, intenté alejarme lentamente de esas coordenadas descansadas e inmovibles para aproximarme una vez más al campo de la duda que constituía mi vida. Con la segunda sinfonía de Sibelius, a todo, absolutamente todo lo que daba mi equipo de audio, me entregué una vez más al caos en el que estaba sumergido desde hacía días y lo sentí por primera vez majestuoso, lejanamente comprensible, remotamente benéfico. Lloré como un condenado, pero un condenado que de un modo apenas entendible comienza, o quiere sospechar, que su vida que se acaba ha valido de alguna oscura manera la pena. Me dormí satisfecho, como alcanzado por

primera vez en mucho tiempo por el olvido.

Me despertó el teléfono. Desde que tenía contestador automático lo dejaba conectado por las mañanas para que respondiera ya al primer llamado y no me despertara. Pero, remontado lejos de las miserias del insomnio por la música, había olvidado hacerlo esa noche. El resultado fue que no bien sonó me desperté alarmado para ir a desconectarlo y atender, pero antes de que pudiera hacerlo volvió a sonar y recordé ese olvido. De modo que lo dejé sonar un poco más, persuadido de que algo oscuramente emparentado con el destino tenía que estar actuando, para que justo me llamaran cuando todo estaba dispuesto en mi precaria tecnología y en mis ansiosos deseos para recibir una señal providencial. Levanté el tubo, oí un hola Ricardo lento, tímido, infantil, y sentí que entraba en un túnel del tiempo. No sabía si estaba haciendo esfuerzos por recordar el pasado o estaba oyendo la voz de Romina que me decía cómo estás, tenía ganas de charlar un poco y de saber cómo andaban tus cosas.

—Bien, bien —logré reaccionar—. Con algunos problemas en el trabajo pero en general bastante bien. ¿Y vos?

—Uy, vos sabés que yo también ando con problemas. Tuve que dejar el trabajo en la empresa de la Iglesia.

—Qué pena —mentí—, ¿por qué?

—En realidad lo que pasó es que no pudieron confirmarme. Porque me tomaron porque estaban haciendo una expansión pero después no pudieron seguir.

Busqué satisfacer con las preguntas menos evidentes que se me ocurrieron mi curiosidad por los detalles que podían haber puesto piedras en el camino entre Romina y sus relaciones adventistas. Pero como de costumbre ella me mantuvo a prudente distancia de los pormenores. Las ventas simplemente no se habían mantenido y ella había tenido que dejar el puesto. Ella no creía que hubiese habido ningún problema particular con ella. Ahora se las arreglaba correteando libros casa por casa para una editorial de “interés general”: colecciones de frases célebres, diccionarios, biografías, esas cosas. En la voz se le notaba la poca gracia que le hacía el cambio. Tampoco estaba muy conforme con su desempeño en la facultad, aunque había aprobado Economía e Introducción al Pensamiento Científico y le habían dado por aprobadas por el Ciclo Básico de Filosofía de Salta, Sociología, Introducción al Estudio de la Sociedad y el Estado y Ciencias Políticas. Un bochazo en Análisis Matemático le había empañado el año, y obviamente no esperaba que yo festejara demasiado un rendimiento general que a ella le parecía inferior a sus merecimientos, aunque la había dejado con una sola materia pendiente para empezar a cursar el primer año de Administración de Empresas.

Finalmente me tocó hablar a mí. Me avergonzaba contarle en qué situación estaba, pero al mismo tiempo sentía que mi caída en desgracia también nos hermanaba.

—Bueno, a mí tampoco me estuvo yendo demasiado bien en el trabajo —empecé—. Hace unas dos semanas me quedé sin el cargo de lector, que tampoco era efectivo. Y ahora parece que no me están queriendo mantener como traductor. Parece que quieren que haga trabajo de oficinista, como cuando entré.

—Qué lástima, a vos que te gusta tanto traducir.

Que considerara o simulara considerar la situación solo desde el punto de vista de la frustración que acarreaba para mi vocación me parecía una delicadeza inesperada, bella, terriblemente oportuna. Hacía que las distancias entre nosotros se acortaran abruptamente. Abundé un poco en esa vocación frustrada como para realzar aun más su gesto. Y de golpe sentí que el tiempo se aceleraba.

—¿Podríamos vernos, no? —le dije, sin saber bien si lo hacía para retribuirle su gesto, o por caballerosidad, o por soledad, o por atolondrada calentura.

—Sí..., podríamos.

—¿Por qué no te venís a almorzar a casa?

Vino. Empezarnos un nuevo ciclo, en el que todo se volvió más rápido, más vertiginoso y también más caótico que antes. Tal vez porque ya éramos expertos en nuestras frustraciones e impotencias. O quizá simplemente porque nuestros tiempos nos apremiaban ahora mucho más.

Como siempre con ella el reencuentro fue una fiesta de sexo encendido. Nos tomamos una hora y media antes de almorzar y después del almuerzo casi no paramos hasta la noche. No nos despegamos en todo el fin de semana. Tal como me había ocurrido en todos los reencuentros que habíamos tenido, los primeros encontronazos cuerpo a cuerpo me asombraron completamente y me hicieron arrepentirme infinitamente de haberme separado. También esa vez me dije que Romina debía haber tenido en el ínterin alguna experiencia que la había despertado —cosa que volvió a desmentir como en el pasado— o que yo había debido estar atolondrado para no haber comprobado antes que era aun más bella como amante que como muñeca para regalarse la vista hasta el hartazgo.

Montado sobre esa ola logré olvidar como nunca el camino de frustraciones que teníamos detrás y en lugar de la fantasmagoría pornográfica fui visitado por primera vez en la vida por un fantaseo diametralmente opuesto: en cada uno de esos coitos felices alcancé tal grado de idolatría por Romina que sentí unas ganas crecientemente incontenibles de rendirle un tributo único, y la certidumbre incommovible de que ese tributo no podía ser otro que el de un hijo. No podía dejar de verla, de sentirla, de palparla embarazada mientras cogíamos, de percibir cómo nuestros cuerpos y nuestros sexos comenzaban a fabricar otra vida con su fuego. Fue una experiencia que me conmovió hasta los cimientos y me dejó un regusto de reconciliación profunda con la vida y con la propia Romina. Tenía miedo de que algo de lo que sentía terminara brotándose por la boca antes de tiempo porque ella siempre había reaccionado con enfriamiento a cualquier entusiasmo demasiado exaltado en mis palabras. Pero lentamente fui sintiendo que podía dejar aflorar algo de ese cataclismo

interior, porque estaba pisando un terreno de excitación firme. O creía estar pisándolo. Llegué a llamarla mi esposa un par de veces, llegué a decirle que sería la madre más hermosa del mundo, y alguna cosa más. A la primera incursión en ese terreno reaccionó con buena aceptación, no de manera especialmente acusada, apenas con una prolongación *in extremis* de las últimas estribaciones de su excitación usual en los reencuentros. Y en seguida, con la puntualidad inexorable de un mecanismo de relojería, su frío terminó devorándose todo como en un sueño. Las incursiones siguientes rebotaron contra el mismo hielo de siempre, y al concluir el fin de semana el reencuentro había cumplido un ciclo tan idéntico en los hechos a los anteriores que llegué a tener la impresión de haber rozado una realidad diferente, de haber visitado durante un fin de semana un mundo mágico y eterno donde nuestros cuerpos repetían la felicidad trunca de su primer encuentro como en una reencarnación perpetua de sí mismos, al modo de esa reincidencia hinduista que no puede cortarse hasta que el alma alcanza una perfección suficiente para fundirse con el todo y dejar la rueda de la vida. Era el ciclo de la reencarnación hecho pesadilla, la promesa de la transmigración triturada en los engranajes de un eterno retorno.

Tuve que admitir una vez más que todo había sido una ilusión, y que la única Romina real era la que estaba volviendo por sus fueros, con su aburrimiento irredimible, con su frigidez inmovible y su extraña actitud que solo sabía prometer. Me sentí por enésima vez un ilusionista que se tomaba a sí mismo como único verdadero objeto de sus pases mágicos, un embaucador que solo sabía engañar a su propia conciencia y que había encontrado por una extraña casualidad una acompañante dispuesta a asistirlo de espejismo en espejismo hasta las puertas de la locura. Me arrepentí como siempre de haber dejado entrar una vez más en mi vida a esa asistente inexplicable y logré eludir sus insinuaciones para volver a instalarse en mi casa.

Pero en las condiciones en que yo estaba ninguna actitud heroica podía durar demasiado. A las dos semanas de volver a vernos mi situación en Turba había terminado instalándose de manera aun más decidida en las coordenadas del pasado. Me daban trabajo administrativo con toda naturalidad, y el editor, Mejía, no me dirigía la palabra, como sí ya no perteneciera a su área. A partir de la tercera semana me dediqué a pedir día por medio una entrevista con Gaitanes, pero no hubo forma de conseguirla. Finalmente me recibió Mejía. Me dijo que lo del trabajo administrativo era transitorio, porque había un cuello de botella en esa área y porque estaban haciendo mucha traducción afuera. Que esperara tranquilo porque no tenía ningún motivo para preocuparme.

Yo no me preocupaba. Me demolía. Me hundía. Me evaporaba. O quería lograr todo eso. Desaparecer por cualquiera de esos medios o los tres a la vez. No solo de Turba. Del planeta. Porque ya casi no recordaba la época, terminada apenas un año atrás, en que había podido yo también tomar a Turba como un mero trabajo. No tenía ya otro verdadero mundo fuera de Turba. Ni fuera de Romina. Y ambos mundos se

habían convertido en un infierno. El de Romina, con un aditamento especial que le daba a todo directamente la apariencia de una burla: me confesó que finalmente había ido durante la última separación a un Instituto de Desarrollo Sexual, como yo le había pedido infinidad de veces que lo hiciera. Pero me lo confesó ya cuando toda ilusión de una mejoría había quedado sepultada detrás de nuestros primeros desencuentros. A partir de entonces yo no podía dejar de pensar que cierto robotismo más acusado en sus esfuerzos fríos por vivir el sexo se los debíamos al IDES, donde le habían prescrito algunos ejercicios de pretensiones propiciatorias. De los esfuerzos que recomendaban para emprender en pareja había muy pocos que espontáneamente no hubiésemos intentado en el pasado. Pero los pocos novedosos que le aconsejaron también los intentamos en ese reencuentro. Con los mismos resultados que con los otros.

Mucho más tarde me pregunté innumerables veces si hubiera podido escapar a toda esa trampa, o a alguna de las dos tenazas de las que estaba hecha, a Turba o a Romina. Durante cierto tiempo creí que sí, y me avergoncé de mi cobardía. Pero finalmente pensé que cualquier otro lugar de trabajo o cualquier otra mujer se me habrían convertido en una cárcel similar. Porque había algo en mí que se había quebrado definitivamente, un eje interior o una brújula que habían quedado sin norte y me hubieran hecho estropear el mejor de los mundos, si es que tenía la improbable suerte de encontrarlo.

Antes de que terminara enero Romina se había instalado nuevamente en mi Periscopio. Lo logró suavemente, con ese aire distraído que tenía para conseguir como un fruto del destino todo lo que le interesaba de verdad. Primero logró quedarse en casa hasta bien tarde. Luego añadió el elemento inusual pero no inédito de mantener la casa en regla, y hasta hacer las compras. Y antes de que pudiera darme cuenta mi vida íntima había hecho un viaje en el tiempo similar al de mi entorno laboral. Romina vivía en casa, recomenzaban todos los desencuentros y sobre todo el sexual.

Estaba anonadado. Buscaba escapatorias en la imaginación. Fantaseaba con irme a otro país, a una isla, lo más lejos posible de las ciudades y de sus miserias humanamente infligidas, aunque fuera para padecer males mayores pero atribuibles solo a la furia indiferente de la naturaleza. Recorría librerías en busca de pinturas de paraísos terrenales y paisajes bucólicos. No sabía por qué no podía tolerar siquiera las fotos de esos mismos lugares. Tenían que ser pinturas, como si yo no estuviera siquiera en condiciones de someterme al estímulo visual real de la fuga, y este solo pudiera cumplir su rol sedativo si aparecía desde el inicio en forma fantástica, figurada, a veces solo sugerida detrás de los velos protectores de las técnicas impresionistas o deformada por las erupciones de un volcán interior como en Van Gogh.

La lectura parecía haberse cerrado definitivamente como refugio para mí. No lograba concentrarme en ningún tipo de texto, ni siquiera de la literatura que más me

había gustado en mi vida. Podía pasar horas leyendo obnubilado el diario, esperando que me surgiera la inspiración para leer algo mejor. Intentaba compensar ese gigantesco vacío saliendo cada vez más con Romina. Íbamos al cine, al teatro, a jugar ping-pong, a cenar afuera. Nos volvíamos los amigos que no habíamos podido ser antes, y yo evitaba en lo posible el sexo para no arruinar con una reiteración de viejos fracasos esa compañía cada vez más sincera que empezábamos a brindarnos mutuamente. Hasta había vuelto a recomendarle libros a ella, con buenísimos resultados por haber tenido el cuidado de no meterme de nuevo con la evolución.

Así fui reconstruyéndome y readaptándome a la nueva situación. Pero seguía sin poder soportar yo mismo la lectura, de modo que en Turba no tenía ningún paliativo para las interminables horas en que no me daban siquiera un trabajo administrativo. Pero un día hurgando en una librería de usados en Avenida de Mayo encontré algo absolutamente impensado para ese lugar, un ejemplar en alemán de *El castillo*, de Kafka. A las mesas de ofertas de esas librerías podía ir a parar por error algún ejemplar desvencijado en idioma extranjero, una novela policial en inglés o un texto de un francés desconocido del siglo XVIII. Pero un ejemplar en alemán de *El castillo* solo cuadraba en una librería especializada, y donde yo lo encontré hacía un efecto tan desopilante que lo compré de inmediato, sin siquiera abrirlo, disimulando apenas ante mí mismo la impresión que tenía de estar recogiendo algún mensaje cifrado, aunque dudaba que lo fuera a leer en los años que tenía por delante.

A la mañana siguiente lo abrí, y no pude despegarme de él en los días que siguieron. De adolescente me había conmovido hasta el espanto con *La metamorfosis* y había admirado la elegante corrosividad de *El proceso*, pero me había aburrido al intentar seguir avanzando en su obra, y había encontrado en sus tramas una artificialidad demasiado seca. Ahora sentía que en cada página seca vibraba una sensibilidad enorme, y que su manera infinitamente despojada de describir el infierno que es la sociedad moderna era la única forma posible de hacerlo. Una pirámide jerárquica cuyo único misterio era la falta de objetivos racionales y su meta excluyente la autopreservación a toda costa era mucho mejor descripta si se la vaciaba de todos los fines humanos que usaba para justificarse a sí misma y que constituían normalmente hasta Kafka el núcleo de todo drama en la literatura social. Aun así había drama, aun así el señor K no podría ingresar en la sociedad para cumplir resignadamente la tarea vacía que deseaba que se le encargara como a los demás si no estaba dispuesto a someterse previamente a todos los caprichos de los funcionarios; a tantos, que nunca acabaría por ingresar. Pero para captar ese drama en toda su dimensión, para sentirlo vibrar con toda su resonancia afectiva, había que haber pasado por esa, había que haber sido empleado, por eso me había aburrido a los quince años, y me había parecido demasiado obvio.

Das Schloss era también el retorno del alemán, una forma de mantenerme cerca de mi pasado de traductor y también de limpiar ese idioma antaño amigo de los ecos siniestros que evocaba en mi cabeza desde Brockner. Conseguí poco a poco todas las

novelas y cuentos de Kafka en alemán, y llevado de su mano me dispuse a entrar al otoño, aferrado a ellos como a un salvavidas —yo, experto nadador— para soportar la corriente tumultuosa del retorno a clases de Romina en la Universidad.

La correntada arreció antes de lo que yo esperaba. Romina tenía que empezar las clases en abril. Pero ya en marzo tenía que dar el final de Matemática, que le había quedado pendiente. Si aprobaba podía empezar a cursar primer año, si no, tenía que recursar nuevamente Matemática. Haciendo trámites en la facultad, se encontró con los miembros también bochados de un grupo de estudio que se había formado en su comisión de trabajos prácticos de Matemática. Eran tres, dos muchachos y una chica. Otras dos chicas que lo integraban habían aprobado, y pese a la escasa tasa de éxito que les había deparado el estudio en grupo, los tres restantes querían reincidir en el mismo método para preparar el final. Supieron sin embargo transmitirle a Romina de mil maneras que les daba un no sé qué mantener la conformación del grupo que les había quedado, y que estaban buscando con urgencia una chica más para emparejar las cosas. Le dejaron dos teléfonos y le pidieron que si se decidía los llamara a más tardar en dos días.

Cuando me lo contó le recordé como al pasar que yo había aprobado Análisis y Álgebra 1 en Exactas, que la había ayudado a ella con la materia varias veces antes de la separación el año anterior, y que le había ofrecido volver a hacerlo para el examen final de marzo. Pero no tenía suficientes tripas para presionarla de veras para que no se incorporara al grupo, aunque las que tenía comenzaban a retorcerse bajo efecto de los celos. Para ella era una buena oportunidad para ir integrándose con la gente de la facultad, de la Capital, fuera del escuetísimo grupo que giraba en torno del adventismo. Nuestra relación era además nuevamente tan frustrante que yo estaba ya planificando una vez más la separación. No quería cargar con una culpa que me frenara en esos planes, que además se verían previsiblemente facilitados si ella se sentía más sostenida por nuevas relaciones en la Capital.

Tenían solo tres semanas para presentarse al último llamado. Fueron tres semanas de tormentos sistemáticos. No estudiaban más que de noche, pese a mis protestas, que fueron subiendo de tono. Me sentía torturado de manera absurda e incomparablemente ridícula, por poder ponerme tan desesperadamente celoso cuando había tantos motivos que debían haberme llevado a festejar como una suerte lo que estaba ocurriendo. Ella no querría separarse, y ni siquiera aceptaría dejar el Periscopio, si no tenía alguna opción de integración social que le permitiera soportar el chubasco. Yo jamás tendría el coraje de echarla en la situación anímica en que se encontraba, justamente porque mi propio ánimo no soportaría sus primeras lágrimas. Si su sexualidad despertaba con los cálculos nocturnos y el teorema de Bolzano, yo todavía estaba a tiempo de aprovechar el cambio e intentar retenerla. Mi mera curiosidad eternamente desbocada podría ver satisfecho un anhelo de casi dos años.

Había un solo factor que tiraba en contra: el hilo profundo del corazón, los celos primarios, irredimibles, inmoldeables, apremiantes como un código etológico inscripto en cifras genéticas que no tenía esperanza alguna de modificar, a juzgar por el ritmo que podían alcanzar mis pulsaciones cuando pasaban las doce de la noche y Romina no llegaba.

Capeaba el temporal como podía sumergiéndome en Kafka y usando todas las artes de la indagación detectivesca y de la interrogación supuestamente casual, pero de profunda inspiración paranoicofreudiana, para averiguar qué estaba pasando por la cabeza y sobre todo por el corazón de ella. No, no habían repasado todavía el Teorema de Bolzano. Sí, lo más difícil son los ejercicios con funciones trascendentes. Bueno, el que más rápido los resuelve es Gerardo. Tiene 23 años pero parece un poco más. No, no físicamente. Parece más por la forma de hablar que tiene, o tal vez por la voz, un poco demasiado grave. No sé por qué me preguntás tanto. No, anoche no recuerdo haber soñado nada, habré hablado en voz alta, pero no soñaba nada, no recuerdo, sí, tal vez haya suspirado, pero no recuerdo nada. ¡No, cómo me va a gustar! ¿Cómo se te ocurre eso? Nos reunimos para estudiar y nada más. No vuelvo cada vez más tarde, anoche fue porque nos distrajimos un poco y cuando nos dimos cuenta se nos había pasado como una hora y además tenemos que estudiar cada vez más porque vemos que no llegamos bien al examen. ¿Qué sé yo de qué hablamos? Una hora se pasa rápido. Hablamos del trabajo de Rubén y del de Gerardo. Vende coches.

Vendía coches, el chico. No era el dueño. El dueño era el padre. Una concesionaria chica. Era un poco duro para los libros el gallego González. Pero no se desesperaba. Tenía la suerte de que lo bocharan justo en la materia en que podía estudiar con una hembra como Romina. Una hembra a la que yo había enseñado a vestirse para perturbar mis ojos, que había dejado hacía poco tiempo de esforzarse en hacerlo y que ahora retomaba el arte indumentario con un refinamiento supino, una delicadeza solapada que le permitía fingir que se arreglaba tan solo lo justo para no aparecer con una facha desagradable a sus reuniones de estudio.

Si Gerardo podía bancar restringirse al estudio con una hembra así al lado, era un monje, un homosexual o un imbécil. Demostró no ser ninguna de las tres cosas: lo bocharon, como a Romina, como a Alberto, el otro muchacho que estudiaba con ellos. Solo aprobó la otra chica, la única que logró concentrarse en los cálculos. Me imaginé que sería muy fea.

Luego la tormenta pasó. Había dos semanas de paz hasta que empezaran las clases. Pero no había relampagueado en vano. La paz en la que había florecido nuestra mayor amistad, nuestro compañerismo resignadamente asexuado de los dos últimos meses, había sido conmovida en los cimientos. Yo sabía que eso ocurriría tarde o temprano. Pero me molestaba que fuera tan pronto, y sobre todo que Romina no se diera por enterada de nada, aunque todo su comportamiento lo expresara a gritos. Sus juegos infantiles en el trato no se habían ido, como yo había esperado,

bajo el influjo de una maduración conmigo, sino que habían perdido convicción, se habían abreviado hasta lo maduramente tolerable bajo el influjo de alguna presencia extraña que demostraba así no serle indiferente.

Las tres semanas de su estudio en grupo habían empezado con una brusca mejoría de su sexualidad que me persuadió una enésima vez de su potencial amatorio y me desilusionó casi de inmediato, como de costumbre, a los dos o tres días. Esos dos o tres coitos felices —en grado decreciente— dejaron sembrada una semilla explosiva, pusieron en marcha una rueda de retorno a viejas fantasmagorías que había creído enterradas para siempre, una rueda que continuó girando mucho tiempo cuando los celos empujaban ya mi alma en la dirección opuesta: hacia la separación o el emplazamiento a Romina para que dejara de estudiar en grupo. Fue esa rueda fantasmagórica la que me impidió durante esas tres semanas moverme en ninguna dirección, la que me sometió a un insomnio cada vez más incontrolado y la que diseñó las peligrosas coordenadas para todo lo que siguió. En mi grado de confusión y excitación crecientes solo estaba seguro de las siguientes cosas: 1) No quería en absoluto que Romina volviera a estudiar en grupo. 2) No se lo confesaría. 3) Si volvía a estudiar con Gerardo la empujaría a que se acostara con él. 4) Si la experiencia le servía para despegar sexualmente de una buena vez, pelearía por reconquistarla. 5) Si la experiencia no le servía, no la vería más en mi vida.

Las dos semanas previas al comienzo de las clases fueron una tregua, un período de distensión que aparentemente nos abarcó a los dos completamente, al menos en nuestras conciencias, si no, no habríamos podido disfrutarlo tanto. Pero en un fondo insondable de mi cabeza la rueda estuvo al acecho, vigilante a las reacciones que pudiera tener Romina, como un mecanismo hambriento a la espera de una pieza que le permitiera echar a andar y adueñarse de mis actos.

Romina volvió a ver a Gerardo y eso bastó para poner las cosas en movimiento. No fue como yo esperaba. No se las ingenió para encontrárselo “de casualidad”. La casualidad los juntó de veras: el sorteo les asignó la misma comisión en matemática una vez más. Yo no tenía siquiera el consuelo de imaginarlos envueltos en una conspiración artera. Era la pura suerte la que me estaba arrinconando.

Después ya no pude saber cómo se repartieron las culpas y las inocencias. Cuando comenzaron las clases, Romina me dijo que una chica le había propuesto formar un grupo de estudio. Repetí mis objeciones al estudio grupal, consciente de que estaba haciendo añicos el segundo de los cinco mandamientos que me había estipulado días antes y de que ni siquiera tendría la convicción suficiente para convertir mi queja en una prohibición del estudio en grupo. Romina dijo que le costaba mucho estudiar sola y que pensaba que podría exigirle al nuevo grupo que se reunieran de día.

Así fue. Con la chica que tomó la iniciativa consiguieron formar un grupo que se reuniría a las dos de la tarde, es decir, mientras yo trabajaba. Todo estaba perfecto. Solo que cuando ya habían sumado a una chica más y a un muchacho y habían

acordado su primer encuentro, otro propuso entrar: Gerardo, naturalmente. ¿No era que él solo podía reunirse de noche? Sí, claro. Pero a él también le costaba estudiar solo y no había conseguido otro grupo. Había decidido hacerse un tiempito algunas tardes. Alguna ventaja tenía que tener trabajar con el padre.

—Lo que quiere Gerardo es levantarte.

—¡No seas ridículo!

—Quiere levantarte. ¿Vos querés que te levante? Decímelo. Lo podemos hablar. No te voy a hacer ningún drama.

—¡¿Pero por qué salís con esas cosas?! Yo con él estudio bien, y me da pena que no lo podamos incluir solo porque a vos se te ocurren esas cosas. A él le cuesta estudiar y yo lo entiendo.

Lo entendía. Claro que lo entendía. Santa Unión de los Matemáticamente Impedidos. ¿Cómo impedirla? Tal vez la única forma era creerle. Tener fe. ¿Pero fe en qué? ¿En que no se iba a perturbar nuestra relación? ¿Cuál? ¿La del compañerismo sin cama que estaba reemplazando mis viejos compañerismos con cama? ¡Por favor!

Uno de esos días en que todo parece sonreír y plegarse a los sentimientos de uno decidí por enésima vez olvidar frustraciones e impotencias, la llamé antes de ir a casa para que se arreglara para ir a cenar afuera y me caí con un ramo de flores a buscarla. Nos fuimos a comer a un restaurante francés de San Telmo. Edith Piaf, Yves Montand, Brassens, Brel, Barbara, candela en la mesa, *fondue bourguignonne*, trucha al champignon, *crepes suzette*, vino de primera. Un paraíso. Temprano estábamos de vuelta en casa con una concentración alcohólica en las venas apenas suficiente para creer que la noche podía ser especial de veras. Decidí que lo sería de un modo auténticamente inusitado: me declarararía en secreto definitivamente resignado a lo que viniera. Jamás intentaría una nueva relación sexual con Romina. La querría como era. Como esa formidable amiga con la que había intercambiado a la luz de la vela recuerdos de Salta contra un resumen de la historia de la canción popular francesa. Si yo no podía prescindir del sexo lo resolvería de otra manera. No recordaba que se trataba de una decisión vieja que ya en su momento no había resuelto nada.

En la cama la tomé entre mis brazos amigablemente y me dispuse a dormir. Estaba por lograrlo cuando comenzó a acariciarme con unas manos húmedas que lograron desenterrar de una tumba perdida en mi cerebro esperanzas diferentes de las de una apacible amistad. Pero su sensibilidad duró aun menos que otras veces. No bien empecé a responderle con la lentitud que me había deparado los mejores resultados con ella, fue perdiendo el entusiasmo. Por una tozudez cuya clave solo ella poseía insistió en seguir adelante. Seguimos. Peor que de costumbre. Oculté mi desesperación. Recurrí a mi vieja pornografía interior para regalarle otro coito entre un incomprensible calentón-soporta-todo y la sirena de aguas heladas. Cuando terminamos (solo una forma de decir), me dije a mí mismo basta.

—Romina. Esto no funciona. Ya probamos de todo. Yo quiero que nos separemos.

Vino la ya clásica escena de llanto, pero ampliada, asombrosamente mejorada en sentimiento y autenticidad, en intensidad y en entrega verbal por parte de quien era cada vez más incapaz de entregarme su piel, su cuerpo, su sexo. Me sentí avergonzado por haberla puesto una vez más en esa condición, e inmediatamente después por morirme de ganas de batirme en retirada y seguir todo como si no hubiera pasado nada. Pero por un mecanismo que no comprendía no cedí a las ganas. De esa vergüenza por las ganas de ceder brotó una voz que no me pertenecía, que no expresaba nada que estuviera pasando por mi cabeza en ese momento, pero que de algún modo me representaba en esa situación, tenía todos los derechos y responsabilidades por mi persona. La voz dijo:

—Romina, vamos a hacer una cosa. Vos conmigo sexualmente funcionás cada vez menos. Yo no quiero seguir así porque los dos perdemos el tiempo. Tenemos que hacer algo y lo único que no hicimos hasta ahora es que vos probaras acostarte con otros tipos. Vos te vas a buscar alguien que te guste. Te vas a acostar, y vas a ver si podés arrancar de una vez y excitarte. Si después querés seguir conmigo, seguimos. Si no, veremos cómo hacemos.

—¡Otra vez con lo mismo! Ya te dije que eso no lo quiero hacer. No me vengas más con esas cosas. Si algún día quiero acostarme con otros hombres lo voy a hacer pero no así, no porque vos me los digas, no porque me lo impongas. Ni siquiera te lo diría. Algo así tiene que ser una cosa muy íntima, si no, no tiene sentido. Sería algo de pervertidos.

—¡Ah, claro! ¡Lo vas a hacer cuando a vos se te antoje, que tal vez va a ser el momento en que eso sea lo último que yo quiera que hagas! Cuando esté sin trabajo, por ejemplo. Más hecho mierda que ahora. O cuando ya me haya resignado por cualquier razón a casarme y tener hijos con vos sin esperar a que madures sexualmente y tal vez haya encontrado la forma archibudística para sentirme satisfecho con tu coito frígido, sin tener que hacerme una película perversa en la cabeza. Entonces ahí sí, un buen día por azar —porque vos no sos pervertida, no vas a abrir la boca para nada— me voy a enterar que vos no te hacés la película, vos te estás garchando como Dios manda a tal o cual. Y que si yo no logro resucitar mi pornografía de viejas épocas para bancarme la situación y tratar de usarla para bien me la voy a tener que morfar como un boludo, no me voy a poder separar igual porque voy a tener uno, dos, tres hijos, los que sean, y no voy a querer que se separen de su madre porque eso solo se lo haría a un hijo mío por una razón crucial y remediable, no porque el padre es el idiota más grande del mundo. Eso no se podría remediar. ¡No me jodas, Romina! ¡¿Qué me estás planteando?!

—¡Pero es que vos deformás todo! ¡Yo no quise decir eso! Fue una forma de decir que no le veo sentido a lo que vos planteás porque aun en el caso de que quisiera hacerlo no serviría de nada así. Pero no te quise decir que pensaba hacerlo alguna vez. Eso es un invento tuyo. Yo no te dije nada de eso.

—¡Por supuesto! ¿Te parece que alguien le diría eso a alguien en la cara? Lo que

yo digo es que si seguimos así va a pasar exactamente eso que te acabo de decir. Tal vez lo que yo te propongo no es la solución. Pero ya probamos todas las otras opciones, salvo hacerlo con una mujer más, que vos decís que te provoca repugnancia el solo pensarlo. Así que vos te vas a conseguir un tipo, o te lo voy a conseguir yo, y vamos a ver qué pasa.

—¡No, sacate esas ideas de la cabeza!

—No, es que no son ideas. Son las únicas condiciones en que tiene sentido que sigamos juntos. Si no, es mejor que nos separemos ya, porque va a ser peor para los dos.

Yo no podía creer lo que estaba pasando. La voz no le había hecho a Romina una mera propuesta, como yo mismo tiempo atrás. La había colocado entre la espada y la pared para obligarla a hacer algo que a mí me retorcería las tripas, pero que la razón y la oscura pornografía fantasmagórica que había nacido a su sombra me indicaban como la única salida a ese laberinto de frustraciones en el que deambulábamos los dos. Me sentía en cierta forma como si estuviera acorralando a alguien para que se atreviera a matarme y a fugar con todas mis pertenencias, bajo la garantía de que no cometería con ello ningún delito.

Romina se debatió con toda la fuerza de sus lágrimas y sus argumentos contra la opción de hierro que le planteaba la voz. Yo estaba tan conmovido que no alcanzaba a tomar nota de cuánto había aprendido a llorar esa muchacha que antes tenía frías hasta las glándulas de la tristeza. Seguía con el alma hecha pedazos la lucha entre la voz y Romina. Era como si estuviera viendo una película desgarradora que a su drama conmovedor sumaba el suspenso de insinuar un final siniestro.

De pronto una voz también extraña, pero de un registro diferente, tierno y entrecortado por el esfuerzo de contener el llanto, empezó a explicarle a Romina que Ricardo la amaba sin límites, más, mucho más que a ninguna mujer que hubiera tenido en la vida, y que por eso mismo le decía que hiciera eso que él nunca habría tolerado en otra mujer, porque era la única esperanza de que el amor de ambos dejara de chocar siempre contra la misma roca. Romina porfiaba que no. Que Ricardo la dejaría si ella se acostaba con otros. Que Ricardo no la quería. Que ella no quería a ningún otro. Que lo quería solo a él y era a él a quien quería sentir y a nadie más. Que tenía fe en que algún día lo iba a sentir en el cuerpo como lo sentía en el alma, porque ya lo sentía en realidad, aunque no lo pudiera demostrar. Y Ricardo se sentía cada vez más miserable y culpable, pero a la vez ridículo y estafado. Esa película ya la conocía. Provocaba en el espectador mares de llanto, culpabilidades, dulzuras y nostalgias pero terminaba en el tedio del hielo. Ricardo terminó sintiendo que Romina era una araña que se las ingeniaba para atraparlo siempre en la misma tela, sin siquiera molestarse en alejarse de su frígido rincón desde donde lo veía debatirse como un loco. Una araña astuta y ciega que solo pudiera atrapar a su presa si esta conservaba la movilidad suficiente para metérsele en la boca de puro tonta, o ganada por una persuasión misteriosa. Suicidada por su propia pornografía o vencida por un

fatal momento de ternura.

Ricardo se levantó de la cama sin saber por qué y Romina se puso de rodillas. Ricardo creía cada vez menos lo que estaba viendo. Estaba ganado por un marco inmenso.

—Te pido por lo que más quieras, no me dejes, Ricardo. No me dejes. Te juro que voy a hacer lo que me pidas, pero no me dejes.

Ricardo la miró con rostro absorto. La voz dijo:

—Ya te dije lo que tenés que hacer.

—Bueno, bueno. Lo voy a hacer. Como vos digas. Pero no me dejes, te lo ruego. Te lo pido por favor. Por lo que más quieras, no me dejes.

Sin levantarse, Romina se aferró a las piernas de Ricardo, que estaban rígidas como rocas. Solo adentro de la cabeza de Ricardo temblaba todo bajo un martilleo de sangre macizo y siniestramente regular.

Al día siguiente Romina se levantó temprano. La vi ajetrearse en torno de sus cosas. Pensé que buscaría prepararse para la inconcebible aventura que la había comprometido a encarar. Supuse que estaba buscando qué ponerse. Cuando observé mejor entendí que estaba preparando sus cosas para irse. Parecía enojada. Decidida. Por una vez yo estaba logrando que me dejara. Pero no era como yo lo había esperado. Siempre había pensado que si me dejaba podría de una vez por todas separarme sin sentirme culpable. Habría sido una experiencia con un solo antecedente en mi vida. Tristeza sin culpabilidad, pura impotencia. Siempre había pensado que eso era mejor que la culpa. Pero ahora se veía en sus gestos duros, ofendidos, que creía poder hacerme sentir culpable aun cuando era ella la que me dejaba. Y tenía razón. Me sentía un cochino. En eso estaba cuando me habló.

—Ricardo, lo que vos me proponés me desmerece como cristiana. Es malvado y perverso. No sé si lo hacés para ayudarme, como vos decís, o porque es una forma de divertirte a costa mía. Pero no lo pienso hacer. Así que me voy a ir.

—Me gustaría que me dijeras más bien cómo lo sentís como persona, no como cristiana. Si pensás que a una no cristiana que estuviera en tu condición la ayudaría, que podría servirle como un remedio para sus inhibiciones, creo que deberías aceptar hacerlo y darle el tiempo a la religión para que convalide el remedio. Si le das tiempo, cualquier religión sana termina avalando los buenos remedios, y hasta termina reconociendo con apenas unos siglos de retraso las verdades elementales de Galileo. Ahora, si querés curarte en este siglo y no dentro de diez la decisión la tenés que tomar vos.

—Ya la tomé. No creo que me pueda ayudar a mí, como persona, como vos decís. Pero además, yo como persona soy cristiana.

—Se suponía que eras un poco más que eso. Que no eras dogmática.

—Lo que me proponés no es un detalle, no es que me aleje del dogma. Vos me

hablaste de pureza cuando nos conocimos. De una pureza que podía encontrarse en muchas partes, en muchas religiones, en muchas personas. Algo así dijiste. Pero ahora me pedís que me saque toda la pureza que yo pueda tener. Así me voy a sentir muy mal. Y vos no me vas a respetar más.

—Romina, hay una pureza que no es pureza sino cobardía. Hay gente que no se ensucia las manos no por honesta, sino porque no se anima, no porque le guste el bien y le disguste el mal, sino porque tiene terror al castigo de la sociedad, no al desprecio de su propia conciencia, sino al de los demás. ¿Vos nunca quisiste acostarte con otro hombre mientras saliste conmigo?

—Ya te dije mil veces que no.

—Pero cuando te masturbás sí pensás en otros tipos.

—¡Pero son tipos que no conozco!

—Eso es entonces lo que deberías hacer. Acostarte con tipos que ni siquiera conozcas.

—Pero vos me estás diciendo que me convierta en una puta.

—Yo prefiero una puta a una frígida, Romina. Y no te lo digo en broma. Prefiero a alguien que no pueda contener su sexo, que alguien que no tenga sexo a secas. Una ninfómana a una mina que se la pasa examinando la pared mientras está cogiendo, Romina. Con la ninfómana hay una esperanza y hay un desafío. Hay algo que encauzar y dominar. Dominar algo que no existe no es ninguna virtud. La fidelidad de quien no le gusta el sexo no es fidelidad, es desinterés. Y no solo en los demás, sino en la propia pareja.

—¡Pero si yo no soy frígida! ¡Soy anorgásmica! Eso es lo que me dijeron en el instituto.

—Sos anorgásmica una vez por mes o por trimestre. El resto del mes o del trimestre sos frígida.

—No. Me dijeron que me voy a curar cuando llegue al orgasmo.

—Seguro. El tema es que así como veníamos no ibas a llegar. Está bien que optes por la separación. Cualquiera de las dos opciones es buena. Seguir como estábamos es lo que no podíamos. Con otros tipos seguramente lo vas a lograr.

—Pero yo querría lograrlo con vos.

—Hace dos años que hacemos lo imposible para lograrlo, Romina.

—Pero yo tengo fe en que lo voy a conseguir. Jesús me va a ayudar y si vos quisieras seguir conmigo lo disfrutarías conmigo, cuando yo llegue al orgasmo, ya que tanto hiciste para ayudarme.

—Sacate algo de la cabeza: Jesús no es un afrodisíaco. Si alguien no llega a arrancar sexualmente es más porque no logra entrar en contacto con el mal, con su propio mal y sus propios egoísmos, que con el bien. No solo el bien hace falta en la vida, Romina. Mucha gente dice hacer el bien y son estafadores que todo el mundo conoce. Alguna gente muy honesta se cree entonces que el problema es brindarse más enteramente al bien, para no terminar como esos degenerados. Y no es así. Sin algo

de mal el bien no llega a ninguna parte. La ética en serio, no la hipócrita, no es una receta fácil, es una mezcla demasiado sutil de altruismo y egoísmo, de coraje para entregarse pero también coraje para aprovechar egoístamente las circunstancias. Vos no tenés el coraje para entregarte a mí y seguir avanzando perdidamente con tu calentura hasta llegar al orgasmo cuando lograrás a cada tanto excitarte. Si tampoco tenés el coraje suficiente para aprovechar que yo te dejo acostarte con otros ahora — porque no sé qué haría incluso dentro de poco tiempo— y pese a eso seguimos juntos, seguramente vos vas a terminar acostándote con otros cuando ya tengas hijos míos y estés tranquila de haber alcanzado tus fines sociales y te venga el interés por conocer eso que ya casi todas las mujeres conocen en estos tiempos, que es el verdadero placer sexual. Por no sentirte despreciable ahora vas a meterme los cuernos de la manera más banal e hipócrita cuando yo ya haya soportado durante una década tu frigidez. Ahí sí que el fruto se lo van a llevar los otros. Y vos del cristianismo no te vas a acordar, cuando estés arrancando de una vez en otra cama. Porque si te acordás, ni siquiera entonces vas a poder arrancar, Romina. Y eso es lo que menos te deseo. Te morirías sin conocer lo que pueden dar los tiempos que vivimos. El progreso te quita cosas. Hoy en día ya no hay el lirismo inocente o ingenuo o idiota de otros tiempos; la gente ya no puede morir fanáticamente por la cruz como en el 1200 para tomar Jerusalén de otros fanáticos, pero a cambio de eso te da libertades que si vos no las tomás te quedás sin el pan y sin la torta, sin la mística perdida ni la nueva que nace. Ninguna religión corriente te puede ayudar a orgasmar. Solo algunas tántricas de la India, que nunca te las vas creer demasiado aunque quieras, viniendo del adventismo. Para el protestantismo el único buen mal, el único mal necesario es el mal que sirve para adquirir dinero y poder. Ama a tu prójimo a menos que debas joderlo para escalar en la sociedad. Como vos me decías hasta que te jodieron a vos en tu Iglesia. Un gurú protestante puede llegar a convalidar el sexo como instrumento de poder, y hasta el de las putas, si te descuidás, porque ellas no gozan, con sus clientes son tan frías como vos. Pero el sexo de verdad, el placer, no lo vas a poder vivir hasta que te cagues en todos los gurúes, desde Billy Graham hasta James Swaggart... Tampoco necesitás vivirlo. Tal vez es ridículo que te esfuerces en lograr eso solo para conseguir pareja. Hay montones de tipos que se casarían gustosos con mujeres aun más frías que vos. Son una minoría pero hay para todos los gustos. Yo no pertenezco a ese grupo. No me banco la frigidez.

Cuando terminé esa perorata yo mismo estaba sorprendido de cómo no la había hecho antes. Me había llegado a confesar tiempo atrás que le pedía a Jesús que la hiciera orgasmar. Y ese sincretismo me había parecido suficientemente conmovedor como para merecer el mayor de los respetos. Pero más allá de eso yo había tratado siempre la religión de Romina con más miramientos que cualquier otra cosa que me molestara en ella porque sentía que era su único refugio de provinciana en la Capital. Y por mi vieja repugnancia a la presión ideológica, a la que siempre había identificado con la hipocresía y el stalinismo. No habíamos tenido siquiera

verdaderas discusiones sobre el tema, salvo el encontronazo por el evolucionismo. Cada una de las pocas veces que habíamos hablado de religión yo había sacado a relucir más que nada lo que veía de positivo en todas ellas, lejos del simplismo sobre el opio de los pueblos, y me había limitado a decirle que para mí el ateísmo era aun mejor y más apto para abreviar en lo bueno de todas las religiones. Pero sin siquiera decirle que quería que ella siguiera ese camino. Ahora yo tampoco sentía que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por alejarla de todo eso, sino que estaba simplemente buscando sacarme la culpa que ella quería hacerme sentir.

Ella pareció sentir el golpe. Estaba apabullada por tantas palabras o de veras conmovida por algún atisbo de novedad en lo que oía. Se quedó mirando el piso del Periscopio. Yo me preparaba temeroso para alguna formulación que no hubiera previsto, algún viraje brusco en todo. Llegó. Pero no como lo esperaba. La cara de Romina se fue reconcentrando en un esfuerzo que parecía intentar dominar un estallido de indignación. Pero cuando el estallido se produjo no fue de odio, sino de llanto. Lloró más de lo que me había imaginado que podía llorar cualquier mujer, no solo ella. Y yo lloré ahí mismo más de lo que hubiera querido llorar junto a ella, aunque lograba hacerlo silenciosamente. Ella no. Toda la energía que no había aprendido a liberar en el sexo lograba estallar en su garganta ya por segunda o tercera vez en los últimos tiempos. Lloraba a gritos, sin inhibiciones, como una hembra de verdad. Yo estaba anonadado, cohibido, admirado. Me daba por derrotado sin culpa. En algo se había vuelto una maestra superlativa, Romina. No era humillante caer ante un enemigo de tal nivel. Pero no iba a tomar yo la iniciativa de la rendición. Que siguiera manejando la situación ella.

Sin embargo, o no se dio cuenta o eligió dejar pasar su ocasión. Cuando empezó a llorar más despacio, la abracé y estuvimos un buen tiempo así. Finalmente oí, en medio de un reguero final de lágrimas:

—¡Qué difícil es vivir, amor!

Se había rendido ella. Rendido a hacer lo que menos quería, a irse. Y se fue.

No volví a ver a Romina durante dos meses. Un día me llamó para decirme que quería pasar a buscar unas carpetas con documentación personal y de la Universidad que se había olvidado. Yo no había registrado ese olvido. Pero me alegró enormemente que llamara. En todas las separaciones la había extrañado inmensamente. Pero en las anteriores el tormento había seguido el curso habitual en toda tristeza, una suerte de media campana de Gauss cayendo desde un pico de intensidad máximo hasta un punto manejable, con todos los altibajos imaginables de día a día, pero con ese perfil declinante claramente dibujado a lo largo de las semanas. Esta vez había sido al revés. Convencido de que había aprendido algunas cosas de las separaciones anteriores, había guardado de inmediato todos los pequeños recuerdos que ella había dejado involuntariamente y no los había vuelto a ver.

Anotaciones casuales que llevaban su letra en la que casi podía oler la piel oscura que había logrado vibrar algunas veces bajo mis manos, algún mechón de pelo enredado en un cepillo viejo, chucherías religiosas o no perdidas entre libros, o colocadas en vasos en algún ordenamiento provisorio que la casualidad había vuelto definitivo como un pliegue tectónico guardando un fósil durante eras completas, todo había ido a parar a una sola bolsa menos de diez minutos después de que Romina partiera la última vez de mi departamento. En los primeros días había logrado convertir esa bolsa en depositaria de todos los recuerdos que mi propio cerebro, mi piel, mi olfato guardaban de Romina. Así como no volví a tocar la bolsa, durante largos días tampoco volví a entretenerme con las huellas que Romina había dejado en mí. Estaba sorprendido del cambio notable en mi forma de enfrentar un trance así.

En esas condiciones de liviandad, de inédita desatención hacia el pasado, conocí en un local de salsa una mucama no muy linda pero que funcionaba muy bien en la cama, y sentí que había dado verdaderamente vuelta una página. Pero con el paso de las semanas el recuerdo de Romina empezó a cruzárame a cada tanto de manera inopinada y veloz por la cabeza, como si una vez satisfecha la sed con agua diáfana comenzara de nuevo mi organismo a estar deseoso de los gustos espesos, embriagadores, complejos de los vinos, las cervezas, los alcoholes, todos los brebajes perturbadores que podía evocar en mi mente el olor inquietante de esa piel que tanto había amado.

Los encuentros con María se convirtieron rápidamente en una rutina que solo se tornaba satisfactoria durante el momento preciso en que la veía desnuda, la sentía vibrar eficientemente bajo mis caricias con una regularidad que yo extrañaba enormemente en una mujer, y olía su piel misteriosamente emparentada con la de Romina pero definitivamente distinta. Fuera de esos oasis de compenetración con María, mi soledad era absoluta y hasta mi cuerpo se comportaba como si no tuviera ninguna descarga sexual. Un día en lugar de lograr esquivar esos pantallazos de Romina que se me venían encima a cada tanto me detuve más de un instante en su recuerdo, me pregunté con cierta precisión qué sería de ella, y me la imaginé sin ninguna precisión saliendo con Gerardo. Sentí un momento de desesperación infinita, me vi durante interminables minutos como un pobre tipo de una capacidad inferior en todos los aspectos, que había dejado escapar a su gran amor por temor a tener que medirse con otros hombres en las formas habituales del contacto social y solo logré salir de ese trance demoledor cuando dejé de rebelarme contra ese sentimiento repugnante y me sometí completamente a eso que se me estaba apareciendo como una revelación, un destino, un mandato. Ese era todo el problema: yo no había comprendido cuán inferior era, qué recovecos del placer me estaban reservados como sujeto inferior en los márgenes del orden social. A una bella de verdad como Romina yo no había podido excitarla ni retenerla. Esa posibilidad solo le cabía a un joven rico. Yo debía como máximo haber sabido soportar que ella se siguiera acercando a él y esperar que eso la pusiera en condiciones de funcionar en la cama conmigo. Había

creído jugar a ser el Pígalión del sexo invitándola a una apertura de la pareja cuya mera posibilidad no me había podido aguantar, cuando en realidad había obrado como movido por un saber inconsciente sobre mis limitaciones y posibilidades.

Cuando terminé de ubicarme mentalmente en esa realidad obligué a mis neuronas, que aún temblaban de miedo e indignación, a esforzarse en la construcción de una escena imaginaria, a precisar las imágenes de Romina y de Gerardo, a quien todavía no había visto, en el acto de sentirse atraídos en las noches de estudio. Pero no terminaba de avanzar, solo lograba deprimirme y empezar a tener ganas de matarme. Me desnudé entonces y, en una actitud que me parecía por una parte totalmente enloquecida y al mismo tiempo loablemente coherente con la búsqueda de esa tranquilidad que había logrado minutos antes en un momento de sometimiento a mi destino, comencé a masturbarme mientras hacía enormes esfuerzos para representarme lo que estaría pasando entre Romina y Gerardo. Tampoco pude. Era notable. No hacía otra cosa que intentar resucitar la pornografía que me había permitido soportar la frigidez de Romina durante tanto tiempo. Pero ahora que existía la posibilidad de que esas escenas estuvieran ocurriendo de verdad, mi cuerpo y mi mente se negaban al unísono a dejarse visitar siquiera durante un instante por tamaña escenografía, encerrada en un rincón blindado de mi cerebro por un miedo gigantesco.

Sin embargo, merced a una paciencia suicida inexplicablemente tenaz, mis manipulaciones propiciatorias terminaron por rendir frutos. El universo se redujo abruptamente a mi propia piel, y comencé a excitarme de una manera puramente física, a entrar en un mundo sin coordenadas ni imágenes. Olvidé a Romina, a Gerardo y mi encrucijada, y sentí que la vida nos aporta dentro de todo soluciones bastante simples a problemas complejos. Y así, remontado en la omnipotencia narcótica de mi calentura sentí cómo ellos se acercaban conceptualmente al lugar, como una presencia sigilosa apenas sospechada, sin cuerpo y sin rostro. Luego, poco a poco, a través de alguna imagen parcial que fue ampliándose hasta completar la escena en toda su siniestra dimensión, terminé por verlos claramente, a los dos, a ella, que yo conocía hasta en los pliegues microscópicos de su piel, y a él, a quien mi mente había inventado de alguna forma inconsciente desde su primera aparición en la conversación de Romina y mi envidia vestía ahora con los atributos más irresistibles del varón. Cogían como chanchos, gozaban como si se acercara el juicio final, recuperaban todos los tiempos perdidos. Y en ese mismo acto me aniquilaban. Destruían hasta la última gota de mi orgullo, de mi dignidad y de todo lo que pudiera haber habido en el pasado de valioso en mi persona. Todos mis atributos cambiaban su signo. Si Romina me había confesado admirarme como “intelectual”, ahora estaba convertido en un inútil elucubrador marginado a la hora de la acción, esa acción incendiaria que estaba consumiendo en una hoguera de felicidad esos cuerpos exultantes. Si yo me había sentido satisfecho de mi ideología, ahora esta aparecía como el taparrabos de la impotencia. Si me había jactado de haber logrado desarrollar

en nuestra relación con Romina una gran sinceridad, ahora ellos recordaban ahí, enfrente de mí, adentro de mí, en el punto más sensible de mi propio cerebro, las veces que habían querido coger sin fin en esas noches de cálculos infinitesimales que habían alimentado una pasión sin límites, y la forma en que habían logrado comunicárselo el uno al otro en todas las sutiles gradaciones del silencio.

Y de pronto, del nivel subterráneo de aniquilación en el que estaba sumergido, la persistencia de la excitación me remontaba una vez más. Una fuerza más poderosa que la misma muerte, enroscada en el centro de mi ser como una carcajada impune, me decía que yo ya no sufría. No. Porque yo también estaba ahí. Me asociaba de alguna manera oculta, cifrada y orgullosa, a la felicidad de esos cuerpos, exultaba con la excitación de Romina, esa excitación que había perseguido infructuosamente durante tantas noches de sexo maratónico. Y cuando el recuerdo de la realidad, de la posible realidad de esa escena macabra asomaba nuevamente como un puñal, allí estaba listo yo una vez más para poner la cabeza de mi orgullo en la guillotina pornográfica, para lijarle a mi sistema nervioso toda la costra de identidad, y dejarlo pelado, despersonalizado, domesticado, libre de todo lo que no fuera goce y percepción del goce, como una membrana capaz de resonar en armonía con cualquier onda y de hacer de todo sonido una música para mí, que ya no era yo, sino mi sexo, o simplemente, sexo. Y cuando mi propia guillotina no bastaba estaban ellos ahí, burlándose de mí, sacando ellos también hasta la última cáscara de respetabilidad que pudiera protegerme, dejándome ellos también con el alma desnuda, lista a excitarse con los contactos más aberrantes, con las visiones más humillantes. Romina le decía que yo era un boludo, un verdadero inútil, que había salido conmigo porque le convenía muy bien para arreglar sus cosas en la Capital pero que lo que ella siempre querría tener era un macho como él, como vos Gerardo, un macho de verdad que me sepa dominar de veras, que me vuelva su esclava con solo mirarme, que me haga empapar la concha con el mero sonido de su voz. Y él le preguntaba qué le había dicho ella a ese boludo, al boludo de mí, después que se acostaron por primera vez a la segunda noche de haberse reunido a estudiar en grupo, porque vamos a ser sinceros, esa fue la verdad, Romina, aunque a vos como cristiana tanto te costó admitirlo que te lo olvidaste. Y ella le decía que nada. Que no le dije nada, que él es tan boludo, que Ricardo es tan marmota, que yo soy tan imbécil que ella siempre lograba salir del paso sin necesidad de armar alguna mentira, porque yo me había creído lo de su frigidez, que solo fue frigidez hasta que vos me cogiste, Gerardo, mi macho, mi hombre.

Y cuando por esas leyes de la física que hacen que todo lo que suba baje, todo eso ya no bastaba y mi excitación decaía, ellos podían ya no conformarse con la mera denigración, él le pedía que volviera conmigo porque quería apoderarse del Periscopio, quería vivir con ella ahí. Y ya estaban aquí, pero yo no me quería ir. Entonces ella le pedía a él que me matara; mientras le acariciaba sumisamente todo el cuerpo, le pedía que me matara para quedarse con el Periscopio, para poder ofrecerle

a él, a su verdadero macho, ese Periscopio único. Él le decía que le parecía demasiado matar a ese inútil por el Periscopio. Pero ella le replicaba que no. Mientras lo iba besando desde la punta de la cabeza hasta su miembro erecto le decía que no era solo por el Periscopio, sino porque a ella le produciría un placer enorme verlo morir a ese inútil, si antes podía torturarlo, humillarlo, humillarme, hasta que yo mismo no pudiera más de la calentura y acabara por fin.

Ya estaba sólidamente engarzado en esa nueva edición de la trampa pornográfica, cuando Romina me llamó por teléfono. Ya la extrañaba no solo con los hilos inmutables de la ternura, sino con las amarras enloquecidas de la perversión. En esas condiciones la vi entrar una vez más al Periscopio, para buscar sus supuestas carpetas.

Estaba vestida para matar. Me dio un beso, sin abandonar ni un segundo la sonrisa atontada que ponía cuando aparecía en el Periscopio por sorpresa o después de una separación; inspeccionó de un golpe de vista rápido pero inquisidor todos los rincones, y me preguntó cómo me iba, sin hacer la menor mención a lo que supuestamente venía a buscar. Conversamos muy poco sobre Turba, sobre la facultad. Seguía recursando Matemática y estudiando con su grupo. Todavía no había conseguido trabajo. Se las arreglaba con el dinero que no había necesitado gastar mientras vivía conmigo, al que aludía como sus “ahorros”. Vivía en una pensión más cercana que la anterior. Finalmente, fuimos al grano.

—¿Estás saliendo con alguien? —le pregunté, mordiéndome el nombre de Gerardo para que no saltara a mis labios.

No sonrió. Lo había hecho ritualmente en todas las ocasiones anteriores al responder la misma pregunta.

—No —contestó como al pasar, y en seguida añadió—: ¿Y vos?

—Tampoco —mentí. Lo había hecho ya otra vez en iguales condiciones. Pero por alguna razón, esta vez no me sentía culpable.

Unos segundos después estábamos siguiendo el ritual del reencuentro. La besé. Estaba mucho menos receptiva que otras veces en esas condiciones. Pero cuando nos desvestimos sí fue la fiesta única, irrepetible y siempre reiterada de todos los reencuentros. Me pareció incluso notar en ella una sensibilidad mayor que otras veces, o al menos una libertad de movimientos más parecida a la de una hembra cuyo cuerpo empieza a ser sometido a una ley que no es la de ella, sino la de la excitación. Pero no quise volver a construir una vez más castillos en el aire. Después de que se vistió, la dejé buscar su carpeta, en realidad un pequeño sobre de plástico que yo no había visto nunca entre los libros de mi biblioteca, y que inspeccionándolo tras su llamado telefónico había resultado tener copias del título de bachiller y otras cosas que no me parecieron urgentes. Pero cuando siguió el ritual hasta el final y me preguntó al llamar el ascensor cuándo nos veíamos la próxima vez, le dije que no, que todo estaba bien así. Que dejáramos pasar el tiempo. Me miró con un gesto de desesperación que no le conocía.

—Por lo que más quieras, veámonos, Ricardo. Si no nos vemos ahora no nos vamos a ver nunca más —dijo, y aprovechando el desconcierto que leyó en mi cara remató—: El sábado a las siete paso por acá.

No esperó la respuesta. El ascensor estaba ya en el palier. Abrió la puerta y se fue sin mirarme. Se lo agradecí. No habría sabido qué respuesta darle, y por supuesto que tras esa escena lo que más quería era volver a verla lo antes posible.

El sábado traté de sacarle qué le estaba pasando por la cabeza para que hubiera actuado con esa contundencia que le desconocía. Pero banalizó todo, como si no hubiera pasado nada. Simplemente el tiempo pasaba y ella quería definiciones. En todo caso los períodos se estaban haciendo más cortos. Porque ese mismo sábado alcanzó el grado de frigidez incommovible que habitualmente registraba solo varias encamadas después de un reencuentro. Si eso se estaba acelerando otras cosas también tenían que estar haciéndolo. Me preparé anímicamente para un fin de semana de indagación ininterrumpida. Tras unas cinco horas sin parar de hablar en la cama a oscuras de todo, de su infancia, la mía, y nuestras vidas, consideré que podía ir de nuevo al grano. ¿Cómo estaba Gerardo? Bien, gracias. Ahá, bien, bien, muy bien. ¿No se estaban viendo? ¿Cómo, viendo? Viendo, fuera del grupo de estudio. No, para nada. Solo un par de veces, se habían encontrado. ¿Para qué? No, para nada, para charlar. Ah, para charlar.

—¿Y nunca trató de tocarte?

—...

—¿Mmm?

—... Sí.

—¿Se besaron?

—...

El mundo estaba dando vueltas dentro de mi cabeza desde la primera demora de ella en responder si se habían tocado. Ahora los segundos pasaban como siglos, sumando eras de cambios en mi cerebro, mientras ella se demoraba esta vez inconcebiblemente en responder. Mil sutiles amarras se cortaron en mi corazón. Primero me sentí tan lejos de ella como de cualquier desconocida. Luego comprendí que no era así: a ella la despreciaba, profundamente, estaba a una distancia de ella mensurable en un desprecio infinito. En seguida me asusté por mi propia estupidez, y me pregunté si estaba reaccionando como el más idiota de los varones, un varón que además fue él mismo quien jugó al aprendiz de brujo incitándola a salir con otros. No, para nada, me dije. Ella no está destrozando un tabú machista mío. Lo que ella está destruyendo es la imagen ingenua que ella misma me vendió de tener hacia mí un amor intransferible, la misma imagen lírica y piadosa que yo rechacé mil veces para empujarla a vivir su sexo con sinceridad, abiertamente, mientras estábamos juntos, y que ahora resulta que no duró siquiera dos meses de separación. Porque tal como yo le había dicho no puede haber amor único si no es completo, con sexo de verdad. Si su famosa originalidad liricomonogámica fue puro verso, toda esta historia

ya no me interesa un comino, o por lo menos tengo que pensar ahora todo de nuevo.

—¿Mmm?

—... Sí.

El silencio que siguió fue muy distinto. Era denso, no se arrastraba. Se llenaba solo, sin necesidad de palabras, y poco a poco se fue poblando de sonidos finísimos. Tardé en entenderlo porque era lo que menos me esperaba, pero Romina estaba llorando. Estiré mi mano en la oscuridad y le apreté suavemente el brazo con toda la comprensión que estaba en condiciones de convocar en ese momento, que no era mucha. Lloró más fuerte. Me le arrimé y la abracé. Entonces lloró como alguien solo se puede animar a llorar en un Periscopio, donde los gritos no los puede oír ningún extraño. Se aferraba a mi cuerpo, tironeaba la piel de mi pecho como si fuera la solapa de un abrigo. A mí las distancias se me esfumaban como evaporizadas por un sol gigantesco. La sentía mucho más pegada a mi alma, a mi historia, a mi amor, que lo que estaba su cuerpo al mío. La consolé con mis manos, mi piel, mis brazos henchidos de tanta ternura que hubiera querido poder regalarle mi vida en ese mismo instante si eso la podía hacer feliz. Quedaba algún punto en mi alma porfiando desconfianza y protestando por sus fueros, pero sospechaba que habría forma de acallarlos. De algún modo ella lo debe haber sentido porque empezó a besarme, y nos amamos como nunca lo habíamos hecho, con una ternura y una excitación como para hacer brotar un gigantesco oasis en el desierto usual de nuestros intercambios corporales.

Pero después me quedé atónito. Cuando terminamos de coger se quedó un largo tiempo pensativa, en lugar de regodearse corporalmente como hacía en los casos felices. Luego pareció despertar de un trance, antes de que yo alcanzara a preguntarle en qué pensaba, y comenzó a moverse para servirse algo de tomar con una soltura fenomenal en el cuerpo, tan inusual en ella que en lugar de sana madurez sonaba a indiferencia. Decidí entonces hacerle la pregunta que después de nuestro maravilloso coito solo pensaba hacerle en algún momento especial que se presentara en otro día.

—¿Romina, se acostaron?

La sorpresa fue mayor cuando me contestó:

—¿Por qué me preguntás tanto? Si nosotros estábamos separados.

—Sí, de acuerdo. Estábamos separados. Pero eso no me quita el interés de saber si se acostaron.

Puso una cara de enojada. Como si estuviera avergonzada o disconforme con lo que iba a decir.

—No, no nos acostamos.

¿Podía evitar preguntarle si se hubiera querido acostar con él? Aunque fuera un manoseo, un abuso, una indiscreción o una torpeza. ¿Podía guardarme una pregunta así?

—¿Por qué no se acostaron?

—Porque no estábamos como para eso.

—¿En qué sentido?

—No queríamos formar una pareja.

De hecho ese “nosotros” refregado en mis narices diseñaba ya una pareja de ellos enfrente de mí. Una pareja especial, con sus límites y tal vez también sus potencialidades mayores que los que habíamos tenido nosotros. Todo me daba un cierto asco que no tenía nada que ver con lo que pensaba que iba a sentir en una situación como esa. Tenía claro que no quería ver más a Romina. Una parte del cerebro y el corazón se me retorcían de interés por saber si ahora podría arrancar sexualmente. Pero ella misma ya no me interesaba. Yo no entendía todavía cómo podía haber tal distancia en mí entre el placer pornográfico que me provocaba imaginarme a ella infiel y la sensación de rechazo total que me producía pensar que podía serlo de veras. Pero me imaginaba que algún buen fundamento habría. Tal vez algo de lo que había pasado entre ellos me dejaba demasiado al margen, me aburría por su vulgaridad o alguna otra oscura razón. Y ya no tenía ningún interés en seguir enredado en el asunto.

Y, sin embargo, cuando empezó a insistir en que quería volver de nuevo a vivir al Periscopio yo sabía en el fondo que acabaría por decir que sí. Le había dedicado tanto tiempo a todo eso. No podía dejar de hacer un último intento. Le pregunté por qué no se había ido a vivir con Gerardo. Se ofendió. Y logró asombrosamente mantener dentro de su indignación un discurso favorable a nuestra relación. Que lo de Gerardo había sido solo una mera experiencia como las que yo mismo le había aconsejado para liberarse sexualmente. Que efectivamente le había ayudado mucho. Pero que cómo se me ocurría a mí mismo compararme con él, “un chico que no tiene idea de nada”. Que ella había decidido terminar esa experiencia porque ya le había dado todo lo que le podía dar. ¿También había decidido no verlo más? No, eso no lo había pensado. Para qué si faltaban solo unas semanas para el examen final y ella estudiaba mucho mejor en grupo. Pues yo sí lo creía necesario. Entre otras cosas porque no faltaban unas semanas, sino casi un mes y medio. Terminó aceptando. Pero con una cara que anunciaba una convivencia en otros términos, una ebullición desconocida.

CAPÍTULO 9

Lo malo que tienen las caídas demasiado graduales es que uno tiene todo el tiempo de readaptarse a cada nuevo escalón y de construirse una esperanza de retorno al nivel de origen o simplemente de buscarle todas las ventajas posibles a la nueva situación. Y cuando uno ya está bien instalado en esa nueva situación y tiene toda la piel de la esperanza sensible a lo que pueda venir, viene el nuevo porrazo y otro más y otro más y uno ni siquiera después de muchos logra quedar atontado porque lo agarraron demasiado fresco. Es el principio del buen torturador: dejar descansar a la víctima para que pueda sentir los golpes.

Para entender en qué condiciones estaba yo cuando recibí a Romina esa vez hay que saber que en los dos meses que precedieron a su retorno Turba pareció seguir conmigo puntillosamente los preceptos del buen torturador. Yo me había habituado ya a mi nuevo status de empleado administrativo. Pero pensaba que la ambigüedad básica de mi situación debería resolverse tarde o temprano, y eso ocurriría cuando la empresa comenzara a necesitar de nuevo grandes cantidades de traducciones. Económicamente lo que estaban haciendo conmigo era un desaprovechamiento absurdo, no les convenía para nada, y cuando se dieran cuenta estarían proponiéndome algún cambio. Mi situación en el futuro solo podía mejorar.

En poco tiempo se acumularon incluso indicios que parecían darme la razón. Como por un acuerdo secreto, todos parecieron empezar a recordar que yo había sido hasta hacía solo un par de meses y durante largos años traductor de Turba y que mi nombre figuraba como tal en decenas de publicaciones de la editorial. Pero lo hicieron de un modo curioso: empezaron a usarme como traductor personal todos, desde Granstein, el jefe de Ventas, hasta el editor pasando por la mayoría de los empleados del salón de Administración y hasta de otras secciones, de Diagramación o Corrección. Desde las instrucciones de un aparato fotográfico, una licuadora o una *notebook*, hasta algún artículo que les había parecido interesante en tal o cual revista, pasando por alguna carta que alguno quisiera mandar en inglés a alguna parte, todos tenían algo para pedirme que les tradujera oralmente en esos días.

Antes de perder el puesto de lector, eso había ocurrido muy ocasionalmente, no más de un par de veces por mes. Un mes después de volverme administrativo, se tornó casi cotidiano. Yo no podía dejar de considerarlo una especie de conspiración espontánea y bienintencionada de todo el personal para recordarle a la empresa quién era yo. Pero en ese cuadro no encajaba que entre los más asiduos aprovechadores de mis servicios gratuitos estuvieran adherentes inconfundibles al oficialismo de la empresa, como Granstein o Mejía, el editor. Por una idiotez insanable, por orgullo, o por pretensión confraternizados no se me pasó por la cabeza que todo pudiera ser más bien el producto de mi degradación, que tal vez hacía sentirse a todos habilitados para ponerme a su servicio.

Un día, dos semanas después de que Romina empezara las clases y se fuera del

Periscopio a cursar Matemática con Gerardo, supuestamente sin tener el menor interés sexual por él, recibí el primer golpe de la nueva tanda, la tanda fresquita, y comprendí que había interpretado todo al revés. Mejía me comunicó que iba a trabajar bajo las órdenes de Granstein. Era un personaje repugante a simple vista y mucho más cuando uno pasaba de esa primera impresión. Se jactaba de su autoritarismo en tren de joda, pero a mí me constaba rigurosamente que no era mera broma. Sabía que había apretado hasta lo insoportable a Diana para que no siguiera adelante con lo del petitorio por Barnes y perseguía a toda su sección con chicanas: cumplimiento de horarios, velocidad en el trabajo, libertad de movimientos, sobre todo tenía periódicamente algo que recriminar a cada uno de sus súbditos.

Pero además la gente bajo su férula solía expresar la desconcertada sospecha de que era un imbécil. A mí me extrañaba cómo podían dudar de que lo era. Pero el motivo era explicable: ellos solo se atrevían a sospechar que podía serlo porque solía asombrarlos con una ignorancia inexplicable de las reglas más elementales de la contabilidad, y eso a ellos les parecía en última instancia relativamente perdonable en alguien que se sintió llamado alguna vez a tareas más enaltecidas (supuestamente había militado en política, como tantos otros en Turba). Pero además, los hacía dudar el hecho de que Granstein desplegaba sus ignorancias siempre cuando intentaba corregirles algo, si no, pasaba inadvertido. “A veces parece que no es tan bruto, sino que se empecina tanto en corregirle todo a la gente que termina enredándose y mezclando todo, yo no creo que sea tan idiota como parece, si no ya lo habrían rajado”, le oí decir varias veces a Diana. Eso sí, todos estaban de acuerdo en que pese a su obstinada vigilancia jamás había descubierto un verdadero error a nadie, y más de una vez alguno había debido pedirle de vuelta algún trabajo para corregir él mismo alguna barbaridad escandalosa que se le había pasado por alto, que solo había registrado retrospectivamente y que Granstein por supuesto no había notado.

En cambio, mi visión era diferente. Yo había charlado un par de veces de política con él y había podido descubrir fronteras nuevas de la ignorancia sobre los hechos que supuestamente él más debía conocer. De la cultura de izquierda parecía tener la versión de algún manual lleno de errores que ni siquiera correspondían a las mentiras del stalinismo, si no más bien al honesto y estúpido desconocimiento. Llegué a pensar que el *Reader's Digest* debía haber publicado alguna vez su versión de la revolución rusa y del marxismo en algún tomo especial lleno de estupideces y que ese volumen constituía la fuente secreta de toda la cultura —no solo la política— de Granstein.

Pero Granstein había tenido conmigo hasta entonces una actitud realistamente humilde. De modo que nunca habíamos discutido sino “intercambiado opiniones”, como decía él. Llamaba de esa manera al hecho de que durante una conversación yo le explicara por ejemplo que Kerensky no había sido exactamente un miembro del Partido Bolchevique que se había dado vuelta, sino un dirigente de otro partido bastante enemistado con los bolcheviques, que su revolución no había sido considerada “socialista” —como pensaba Granstein— por nadie, que tal vez él se

confundía un poco porque el partido de Kerensky se llamaba Socialista Revolucionario, pero todo el mundo, de la derecha a la izquierda, la había considerado una revolución “democrática”, y que por supuesto la idea de calificar el golpe bolchevique como “revolución comunista” solo aparecía en materiales propagandísticos de derecha, porque para los marxistas el comunismo no era un estadio al que se llegaría por una revolución, sino como coronación apaciblemente evolutiva luego de una revolución “socialista” muy anterior, ella sí eventualmente violenta. Luego de ese tipo de “intercambios”, me miraba desconcertado, decía “respeto lo que decís porque yo pienso que vos sos un gran conocedor de la historia pero no estoy de acuerdo”, y finalmente se conformaba con una disquisición de dos o tres minutos para explicar que todo era cuestión de opinión. Unos podían pensar que la capital de Estados Unidos era Washington y otros Nueva York, así de simple parecía funcionar la cabeza de Granstein cuando estaba a punto de perder la cara. Yo asentía invariablemente porque eso me daba la oportunidad de terminar el “intercambio”, que no me aburría en absoluto (de hecho quería saber cuál era el sistema dentro del caos de desinformación que tenía en los temas políticos y culturales), pero que me provocaba una vergüenza ajena constante: se suponía que esos eran los temas en que Granstein era un experto, los que hacían que la gente de su sección se aguantara resignadamente su minidictadura y su inepticia, en lugar de deducir de ellas la existencia de una falla insanable en la empresa.

Nunca había trabajado con Granstein porque cuando yo estaba en Contabilidad él estaba a cargo de otra sección. Por eso pensaba que la relación distante y supuestamente respetuosa que manteníamos tenía que ver de verdad con lo que él decía: estimaba mis “conocimientos”. No bien caí bajo su férula comprendí que me había respetado solo porque no tenía poder sobre mí. Cuando lo tuvo fue fatal. Se cobró mis pedagogías, que yo creí que de veras él había “apreciado” (“da gusto charlar con vos, Ricardo, no sabés como aprecio tu opinión”), con moneda de sargento.

En la contabilidad hay trabajo simple y trabajo muy complejo. Por los años iniciales de Turba yo no solo había aprendido los más complejos, sino que conocía además muchos hábitos de la empresa que me habrían permitido readaptarme con soltura. Granstein me dio desde el comienzo solo el trabajo que en una oficina corresponde al de un cadete que no tiene que salir a hacer nada: ordenar ficheros, hacer listados, etc. Le recordé dos veces que yo había trabajado un par de años en esa sección. Me dijo que lo sabía pero que de todos modos él pensaba que toda adaptación a un trabajo debía ser gradual. Supuse que no podía haberse resentido tanto y que tarde o temprano retornaría a los “intercambios”. Pero jamás volvió a dirigirme la palabra para otra cosa que para darme trabajo. O mejor dicho, solo para eso y otra cosa más: sus famosas recriminaciones de errores. Durante varias semanas me pareció incluso notar una ausencia total de esas célebres reprimendas contra los demás miembros de la sección. Mi ingreso parecía haberlos salvado, distrayendo

sobre un nuevo recluta la furia del cabo.

Se lo comenté a Diana, pero me dijo que no, que no tenía nada que ver. Que él se había puesto más calmo ya hacía varias semanas. ¿Pero yo no había entrado justamente hacía un mes? Ah, sí, es cierto. Pero no, yo no creo que te tenga bronca. Él siempre dijo que te respeta mucho. No sabés las loas que hablaba de vos y de tu trabajo en “Facetas”. “No te persigas, Ricardo, con vos no se las va a agarrar, yo creo que hasta te tiene miedo”. Por supuesto las mejores condiciones para que surja una paranoia es que a uno lo persigan sin que nadie lo note.

Pero en ese momento yo todavía no me sentía de todas maneras tan cercado. Ese último resbalón en la escalera coincidió casi con el inicio de la relación con María, la mucama que durante unas semanas actuó de gran consuelo por su sexualidad perfecta. Y además me dediqué a recorrer todas las agencias de turismo dejando mi currículum para proponerme como guía turístico de argentinos en el extranjero o de extranjeros en mi país. Un viaje apurado en los tiempos de Martínez de Hoz por buena parte de Europa no era mucho antecedente para aspirar a guía turístico. Pero hablar seis idiomas europeos y conocer “profundamente” la historia de Europa y Estados Unidos debía ayudarme. Estaba seguro de que en esas condiciones podía aguantar cualquier chubasco hasta que me llamaran de alguna agencia.

Pero los días pasaron y no me llamaban. La novedad que tuve en lugar de eso fue el golpe de gracia. A comienzos de junio tres semanas antes de que Romina volviera con su noticia de haber flirteado con Gerardo, vi que acomodaban a una chica bellísima en el escritorio que yo había ocupado hasta caer bajo la férula de Granstein. Era de lejos lo más hermoso, animado o no, que había pasado por esa empresa. La cara y el físico perfectos para trabajar de secretaria hasta que se animara a hacerse millonaria como modelo. Solo que ese lugar relativamente apartado dentro de la Administración no parecía adecuado para una secretaria. La circunstancia se aclaró en seguida, cuando la chica distribuyó varios diccionarios por la mesa pelada: era la nueva traductora.

La gente pareció no darse por enterada. Siguieron trayéndome sus traducciones privadas. Una semana después había entre los consultantes un nuevo integrante: la traductora.

—Mucho gusto, yo soy Celeste, la nueva traductora. Me dijeron que vos hacías antes traducciones y que si tenía alguna duda te consultara porque tenés mucha experiencia en esto.

La voz no era tan hermosa, pero transmitía una timidez que resultaba seductora y amortiguaba la imagen de usurpadora de rapiña que me había hecho de ella al verla distribuir diccionarios en mis antiguos lugares. Por supuesto podía mandarla a la mierda. Pero mi odio comenzaba a abrazar tan indistintamente todo el ámbito de Turba que ya no podía tomar objeto alguno como parte de una hostilidad particular, a menos que se tratara de los verdaderos responsables de mis tormentos. Me propuse ser con ella un poquito más gentil que con todo el mundo. Es difícil saber si lo logré.

Me dijo que traducía inglés, porque había hecho “toda la escolaridad” en ese idioma, y “francés más o menos”, porque si bien había estudiado en la Alianza Francesa no lo había “practicado” mucho. Le dije que ambas formaciones podían bastarle. Pero que de todos modos no se confiara, porque el problema del “más o menos” en el francés podía ser peor que en cualquier otra lengua. Estaba por supuesto ya desde el siglo pasado el gusto de algunos franceses por los galimatías de los simbolistas. Pero a eso se había sumado en las últimas décadas el hecho de que a causa del vaciamiento conceptual provocado por los estructuralistas las ciencias humanas estaban haciendo en Francia del alambicamiento verbal su principal orgullo, y su único motivo de ocupación, como si asumieran un viejo deseo tapado de los intelectuales franceses más mediocres de imitar y superar las complicaciones gramaticales de sus eternos rivales alemanes, quienes sin embargo no incurrieran en ellas por snobismo o falta de creatividad como ellos, sino porque su lengua era así de complicada.

Celeste parecía sin embargo no entender muy bien de qué le estaba hablando. De modo que insistí.

—Y además están todas las trampas de la falsa similitud, que entre lenguas romances son fatales. ¿Sabés cuántos chantas traducen el *pois não* brasileño por pues no, aunque es exactamente lo contrario, o el *stare stanco* italiano por estar estancado, en lugar de cansado? En francés tenés de esas trampas a carradas. Te juro que en una novela he leído cómo un personaje se apoyaba sobre su “orejero”, en lugar de su almohada, porque el tipo que lo tradujo se consideró suficientemente intuitivo para no necesitar consultar *oreiller* en un diccionario —abundé.

Me miró desconcertada. Pensé por un instante que se había sentido ofendida porque le aclarara esas cosas tan elementales. Traté entonces de darle la impresión de que todo era para introducir algo menos probable de entrar en el dominio de sus conocimientos:

—Nadie va a traducir *miel* del ruso al español por miel en lugar de tiza, aunque suena como miel, o *raskás* por vos rascás en lugar de relato, o *siudá* por ciudad en lugar de aquí. Porque ningún hispanoparlante se anima a traducir ruso sin conocerlo. En cambio la gente que habla lenguas romances se cree que las puede traducir todas sin conocerlas.

Inmediatamente me di cuenta de que finalmente había terminado con algo que podía ser tomado por una insinuación hiriente. Sin embargo solo ahí pareció ella salir de su embarazo.

—Ah, sí. Eso es muy común —dijo—. Por eso yo no digo que traduzco italiano o portugués, porque no quiero hacerlo de oído. Hago lo que sé hacer de veras. ¿Así que sabés ruso?

—Un poco.

—¿Es muy difícil, no?

—Sí, demasiado. Es solo para los que se apasionan con las dificultades

lingüísticas. Y aun así te puede desanimar fácilmente.

—Debe ser muy interesante.

—Es divertido, como todo lo extraño. Pero para serte sincero, también ahí se chantea de lo lindo. Yo no sé tanto como para traducir literatura. Pero si leíste a los novelistas rusos sabrás que hasta el día de hoy los personajes de Tolstoi y Dostoievsky se pasean siempre por la “perspectiva Nevsky” y no sé cuántas otras “perspectivas” que no me acuerdo. *Prospékt* en ruso es avenida, pero en más de un siglo no hubo entre los traductores al español casi ninguno que se enterara de eso buscando la palabra en el diccionario. Ponen que Raskólnikov se paseaba por la “perspectiva” y nos dejan a los hispanoparlantes imaginando que los rusos son tan raros que tienen ciudades con calles, avenidas, y además “perspectivas”. Eso en literatura puede tener un efecto mágico que es hermoso. Pero a Dostoievsky no hace falta añadirle algo así para volverlo original.

Por supuesto, yo no ignoraba que un despliegue como ese estaba destinado apenas en un cincuenta por ciento a cumplir la función cortés que yo me había propuesto conscientemente. La otra mitad, si no más, buscaba indudablemente hacerle tomar alguna conciencia de la peculiar situación que había instaurado en ese ámbito y en mi cabeza mi reemplazo en el puesto de traductor por una chica de veinte años y con solo un idioma bien sabido. Pero supuse que el conjunto de mi actitud se mantenía dentro de límites que dejaban abierta la posibilidad de una buena relación futura entre colegas por encima de la distribución aberrante de funciones impuesta por la empresa. De hecho seguimos departiendo amablemente unos minutos sobre gramática y literatura y llegué por eso en condiciones anímicas ideales al momento de abordar su pedido.

Pero toda la soltura, la distensión y la flamante satisfacción con el estado de las cosas se me fueron al diablo cuando vi que la chica había acumulado por obsesividad, preferencia por las economías de escala o una ignorancia enciclopédica del idioma que pretendía conocer “bastante bien” no menos de diez consultas para traducir del francés un artículo que no tenía más de una página. Sentí una indignación inmensa, desconocida. ¡De modo que yo le tenía que enseñar a traducir desde cero a quien la empresa había elegido para reemplazarme! Esto debe sentir una empleada que depende vitalmente de un trabajo cuando el jefe la obliga a acostarse con él, me dije. Pero luego me corregí: ni siquiera esa comparación valía, la empresa estaba haciendo coger a un hombre de treinta y siete años por una chica de veinte que no tenía la más puta idea del oficio que venía a desempeñar, y a quien el cogido debía entrenar para que le pudiera quitar bien el puesto. Comprendí infinitamente a las denunciantes de abuso sexual. Siempre había simpatizado enormemente con sus causas. Pero no había sabido hasta qué punto extremo era imposible negarse a ser explotado de maneras aberrantes (el sexo revelaba ser solo una de las variantes) si uno necesitaba de veras conservar un trabajo. Hasta que no me llamaran de una agencia de turismo haría lo imposible para no estallar. Le expliqué todo con rapidez. Se lo repetí apenas una

pizca más lento con la idea de encontrar la velocidad justa que ella tolerara. Pensaba mantener esa velocidad en cualquier futura consulta, cosa de que no le resultara demasiado placentero volver a preguntarme nada pero pudiera pensar que yo solo lo hacía así porque me había hecho tantas preguntas que no quedaba tiempo para demorarse en cada una. Una mano sí, pero entrenamiento completo era demasiado. Le recomendé una gramática francesa. Y preventivamente también otra de inglés. A mi edad, con la cantidad de trucos que conocía para desenredar textos difíciles y la ideología solidaria que aún tenía, me daba una vergüenza atroz hacer lo que estaba haciendo. Pero que a uno lo arrinconen tanto tiene la ventaja de que le resuelve algunos problemas morales.

Uno no siente estar decidiendo nada, sino estar actuando bajo la presión insoportable de las circunstancias. Vergüenza sí, pero no verdadera culpabilidad, porque oscuramente la razón estaba de mi lado.

Apenas dos días después estaba con consultas de inglés. Casi la misma proporción de preguntas que en la ocasión anterior, aunque esta vez se trataba del idioma que “dominaba”. Me explicó que ella hablaba muy fluido. Le creí. Parecía bacana y si de veras había hecho la primaria y la secundaria en un colegio inglés debía ser así. Pero traducir textos sofisticados es distinto. No es cuestión de oído, ni de fluidez, sino de oficio e inteligencia. Para eso es cien veces mejor punto de apoyo haber traducido en la escuela un poco de latín, griego u otro rompecabezas gramatical que dominar con perfecta fluidez el propio inglés elemental de una conversación cotidiana. Abandoné mi programa de desalentarla y decidí ser más neutro y esperar a ver qué pasaba. Tiene que haber una medida óptima de ayuda que la haga depender de mí sin que la ponga en condiciones de trabajar bien demasiado rápido, me dije. Me limité a reprimir toda mi vocación pedagógica y a traducirle las partes dudosas sin ningún tipo de aclaración, ni comparación. Y a sus preguntas adicionales, comparaciones, etc. —¡la chica estaba interesada en formarse en serio!—, respondía muy rápido con alguna banalidad. Después siempre podía decirle que no le había entendido bien. Si me traía alguno de los problemas de traducción verdaderamente endemoniados, de esos que me costaba a mí mismo varias lecturas resolver, encontraba la solución por incontinencia profesional, pero no se la decía. Ella no iba a encontrar fácilmente quien pudiera hacerlo. Con miles de páginas traducidas sabía que cualquier idioma ofrece periódicamente al traductor verdaderos teoremas de Fermat, problemas casi irresolubles o ambigüedades que solo parecen poder traducirse con dos frases contradictorias simultáneamente, a menos que uno tenga un oficio completamente acabado y evite las trampas. Entrenarla en eso habría sido darle las llaves del oficio. A eso no estaba dispuesto.

En esa situación estaba cuando Romina me llamó por su carpeta y terminó instalándose una vez más en el Periscopio. Siguiendo con una fidelidad pasmosa la pauta de todas las ocasiones anteriores, su sexualidad murió a los tres o cuatro días del reencuentro, pero dejándome a su breve paso una vaga impresión —¿cuántas

veces iban?— de haber tocado un pico más alto, más cercano al orgasmo. A la semana me pidió volver al grupo porque estaba teniendo muchos problemas para estudiar sola.

Le dije que sí. Me había rendido. Que haga las cosas a su gusto, me dije. Que me cocine a fuego lento en polifonía culinaria con los de Turba. Va a ser un plato doble, Ricardo a la Gerardo y a la Granstein, un estofado lleno de tajos en la piel. Tal vez le resulte estimulante. Pero voy a escaparme crudo. Cuando entre en una agencia de turismo voy a salir del doble horno. Me voy a dedicar a viajar por el mundo, me voy a oxigenar hasta la última de las neuronas y a olvidar que alguna vez trabajé encerrado en un edificio y viví atormentado por los vaivenes de una princesa incaica.

Solo que se cumplieron dos meses desde que había dejado mi currículum en la primera agencia de turismo y no me llamaban de ninguna parte. Ya al mes había dado un golpe de teléfono a todas las agencias. Este es un país muy especial. Nadie le dice a uno que no lo va a tomar, porque todos tienen la peregrina idea de que alguna vez pueden necesitarlo y para qué descartarlo. Ya cuando había dejado mi currículum algunos me habían dicho que tal vez me llamarían porque estaban buscando un guía, o había emigrado uno que usaban antes *free lance*, o lo que fuera. Muchos repitieron el mismo discurso cuando llamé por teléfono la primera vez. Y lo reiteraron imperturbablemente cuando quince días después volví a recorrer con mis llamados todo el espinel.

Ahora habían pasado dos meses, Romina había tenido ya tres reuniones con su grupo de estudio, y no me llamaba ni una puta agencia. Por primera vez en mi vida me sentí de veras cercado, perdido, acorralado como una rata. Dormía cada vez peor, estaba cada vez más irritable y como no quería estallar me ponía taciturno, organizaba conscientemente un repliegue sobre mí mismo para no empeorar las cosas con una guerra con Romina. Pero Romina reaccionaba poniendo una distancia que se me volvía insoportable. La nueva convivencia había fracasado en tiempo récord, porque en esas condiciones yo no podía siquiera ensayar la variante puramente amigüera. ¿Ser yo el amigo y Gerardo el amante? Pero no estaba dispuesto a volver a fojas cero, la sensación de fracaso habría sido aun mayor, aunque en esas circunstancias me parecía difícil imaginar mayor fracaso.

Un día Romina me dijo que esa noche vendría tarde porque se reunía con el grupo. ¿Pero en qué habíamos quedado? ¿No era que nunca más iba a haber reuniones nocturnas?

—¿Y qué te molesta tanto que me reúna de noche? —me dijo con tono insolente. Romina tenía un olfato fino para ponerse dura cuando me sentía destruido anímicamente.

—Sabés perfectamente que estoy durmiendo muy mal. Si me acuesto tarde es peor. Y no me voy a poder dormir hasta que vos llegues.

—¡Y bueno, tomate una pastilla!

Sentí un odio capaz de estallar casi en lágrimas e inmediatamente después un

relámpago de felicidad. Esa guachada simplificaba las cosas. Me le acerqué como sonámbulo y le pegué una bofetada. No demasiado fuerte, ni siquiera recordaba ya que no era la primera vez. Su reacción me dejó atónito.

—¡A mí no me pegás, frustrado hijo de puta! —me gritó con un odio profundo, condensado como por años de oscura sedimentación, e intentó devolverme el cachetazo.

Le agarré el brazo y forcejamos. Yo no podía creer lo que acababa de oír. “Frustrado hijo de puta”. Pero Carajo. Puta madre que lo parió. ¿No era que yo era su hombre ideal? ¿No me rompía siempre las bolas para que volviéramos a juntarnos porque decía que sin mí todo lo que hacía le parecía un “trámite vacío”? Frustrado hijo de puta. La empujé para cortar el forcejeo y le tiré cachetazos sin interrupción ni contemplación, como si quisiera ahogar la pregunta que no quería rebajarme a hacerle: ¿a la guachita le podía pegar solo un “joven exitoso”, un nene de papá bien forrado en guita como Gerardo? Le pegué como pude. La única concesión al hecho de que era una mujer fue que no cerré mis puños.

Romina reveló ser una mujer anormalmente fuerte, o tal vez por mi inexperiencia yo subestimaba lo que es pelear con una mujer. En los interminables segundos que duró la pelea, logró meterme mucho mejores cachetazos que los que le di yo, que no me permitía —o creía que no me permitía— a mí mismo pegar con toda mi fuerza, aunque lo hacía con la mano abierta. Pero gané por simple demolición, por exceso de odio, y porque estaba dispuesto a cualquier dolor para meterle cada uno de los míos. Aposté a la velocidad. El odio puede canalizarse por la velocidad, no solo por la fuerza. Por arriba, por abajo, por los costados, le tiraba cachetazos con una velocidad casi cómica de dibujo animado, y creo que terminé por marearla. Así me dejó en un instante la cara despejada, y ahí le pegué los dos buenos bofetones llenos, claros, humillantes que quería darle desde un inicio y que nos habrían ahorrado todo el pandemonio, si ella se los hubiera dejado dar antes. Como estaba seguro de que ella no iba a dar por terminada la pelea la empujé después despreciativamente para alejarla, y me di vuelta para que no intentara seguirla.

No la siguió. Yo traté de entretenerme de todas las maneras posibles porque no sabía qué hacer con mi cuerpo y mi cerebro, que se salía del cráneo por todos los costados. Tomé agua, busqué algo de comer en la heladera.

Me resigné a pelar un salamín pese a la ausencia completa de hambre. Romina se había puesto a mirar por el ventanal. Yo estaba intrigado sideralmente por lo que ella pudiera hacer. Sentía que se le había escapado la verdad que yo había estado sospechando periódicamente sobre lo que en el fondo ella pensaba de mí. Y esa verdad desentonaba tan inconmensurablemente con todo lo que había sido nuestra comunicación explícita mutua a lo largo de toda la relación que no lograba imaginarme qué jugada iba a hacer ahora.

Hizo una nueva, inédita, jamás estrenada por ella aunque figura en el primer rango de los buenos modales. Se dio vuelta para encararme, y frotándose las manos

de esa manera infantil que solo ella entre todos los adultos que conocí en mi vida podía mantener, me dijo:

—Perdoname, papi. Yo no pienso que vos seas un frustrado.

—¿Tampoco pensás que me tenga que convertir en un adicto a los somníferos para que vos puedas volver tarde por la noche?

—No.

Romina encontró al día siguiente una solución para el problema. Ellos estudiaban siempre en bares. Pero ¿qué me parecía que se reunieran en el Periscopio cuando tuvieran que hacerlo de noche? ¡Eso! ¿No era bárbaro? ¿No era genial tener la casa ocupada hasta las dos de la mañana por varios adolescentes seguramente insoportables, uno de los cuales había estado a punto o de hecho se había cogido a la mujer de uno? Tal vez no. ¿Pero cuánto se puede seguir forcejeando sobre lo mismo?

Vinieron dos días después. Era un viernes. Estaban reunidos desde hacía quince minutos cuando yo llegué del trabajo a las ocho y media. Resultaron responder bastante bien a la imagen que me había hecho de ellos, que era la de los universitarios primerizos que uno ve charlando y haciendo bromas a los gritos en cualquier lugar del Barrio Norte, no demasiado infatuados todavía por su riqueza, y disfrutando los últimos meses de una edad sin clases sociales, o con pocas barreras entre ellas y poca vigencia de cualquier convencionalismo. Pero me sorprendió Gerardo. Era muy narigón. Recordé fulminantemente que Romina me había mencionado que de chica le gustaban mucho los narigones, “cuanto más narigones, mejor”, porque ella tenía una nariz minúscula, así de simple. Pero no me había mencionado siquiera que la nariz de Gerardo se saliera algún milímetro del promedio. A mí se me hacía que ese detalle se devoraba toda su apariencia. Tenía cara de buen tipo, lo que en un rostro asociado por la nariz a un águila no es siempre fácil de lograr. Tal vez lo ayudaban los ojos —moderadamente oscuros y tímidos— o los gestos. El pelo era negro y lacio, pero con medio rulo sobre la frente.

Intercambiamos con todo el grupo alguna formalidad; unas frases jocosas, y me elogiaron el Periscopio. A una chica se le escapó un “usted”, pero mientras la vergüenza se me retorció como una tripa el otro muchacho la amonestó: “Che, loca, es el marido de Romina, no el Papa”. Luego siguieron estudiando en torno de la mesa hasta las doce menos cuarto, mientras yo leía tirado en la cama. Cuando terminaron, me ofrecí a bajar a abrirles la puerta de calle. El ascensor era minúsculo, así que tuve que hacer tres viajes. En el último me tocó viajar con Gerardo y el otro muchacho. Yo sabía muy bien lo que quería hacer pero dudaba muchísimo que me animara a hacerlo. Estaba temblando, aunque solo por dentro.

Bajamos hablando banalidades. Cuando estábamos por llegar a la puerta de calle dije con el tono de distraído de quien recuerda algo:

—Gerardo, si tenés un minutito me gustaría charlar con vos. ¿Puede ser?

—Sí, claro, no hay problema. Raúl, vos andá yendo, hablamos mañana.

Lo invité a tomar algo en un bar. Aceptó. Le dije a Romina por el portero eléctrico que iba a aprovechar para dar una vuelta porque la noche estaba impresionante y quería ir a pensar solo por alguna plaza. Un vicio que me conocía. Estaría de vuelta en media o una hora. Le pareció bien.

Me fui con Gerardo charlando del lugar al que podríamos ir y nos metimos en un bar minúsculo a la vuelta de la esquina. Nos sentamos. Pedimos una cerveza. Y me borré. Dejé que hablara la voz:

—Bueno, a vos esto de que te quiera hablar a solas te debe parecer muy extraño y en tal caso tenés toda la razón. Lo que ocurre es que en la vida a veces hay cosas que no te dejan salir del paso con las soluciones más usuales, y lo que quiero decirte no es muy usual... Yo sé que vos estuviste saliendo con Romina y por esa razón querría charlar con vos algunas cosas. En principio te aclaro que lo que quiero hablar con vos no tiene que ver con celos ni disputas, sino con problemas que tiene Romina y que me gustaría saber si con vos también los ha tenido por ejemplo, y en todo caso si me podés ayudar a que ella pueda resolverlos, esos problemas.

—No sé a qué te referís.

Ese es el problema con la preparación de un diálogo. Uno la tiene clarísima hasta el final del primer párrafo. Después, resulta que los demás no se enteraron a tiempo de lo que tenían que decir ellos, y se salen con una barbaridad así. O hasta terminan poniendo cara de pocos amigos. Pero para eso estaba la voz.

—Me refiero al sexo.

—Sigo sin entender.

—Bueno —empecé empapado en sudor en pleno invierno—, Romina es una mujer extraordinaria, que además de ser hermosa está llena de atributos personales. Pero tiene una falla, como una deficiencia, que es la sensibilidad física. No es muy sensible. Y en la cama es la mayor parte de las veces, frígida, digamos. Casi siempre, en realidad.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

Ya me parecía que un narigón así estudiando Administración de Empresas tenía que ser un hijo de puta o un imbécil.

—Bueno. Ocurre que yo sé que vos le gustás mucho y que estuvo saliendo con vos. Pero se ve que por cualquier razón terminaron a mitad de camino. Y ahora yo quiero ver si vos me podés ayudar a sacarla de esa frigidez que nos tiene mal a los dos. Muy mal.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—Bueno, yo creo que a ella le hizo bien salir con vos. Pero como las cosas quedaron a medio camino el efecto se perdió.

—...

—La cuestión sería llevar ahora las cosas hasta el final.

—¿Vos me estás pidiendo que vuelva a salir con ella?

—No exactamente. Me refiero al plano sexual.

—¿Que me acueste con ella?!

—Sí.

—¿Pero vos estás loco de remate! —dijo a los gritos pelados, se levantó de la mesa, tomó su campera del respaldo de la silla y se dispuso a dejarme ahí petrificado en la mesa del bar.

Yo sentí un terremoto. Un terremoto que no tenía epicentro en mí sino en el mundo de Romina, de sus amistades de la facultad, de su difícil adaptación a la Capital. Me sentí la última basura del mundo. Le había arruinado a Romina todo su difícil trabajo de integración social en la Capital. Para salir, Gerardo tenía que pasar por delante de mí, porque el bar no era más que un largo pasillo y él estaba de cara a la salida. Me puse de pie, lo tomé de un brazo con estudiada brusquedad cuando intentaba pasar junto a mí y le dije:

—Mirá, pibe. De esto Romina no sabe absolutamente nada. Haceme el favor de no comentarlo ni siquiera con tu almohada. Si la gente que la conoce en la facultad se llega a enterar de esta charla te juro que te vas a arrepentir. Cuando crezcas vas a aprender a diferenciar entre la locura y el amor.

Hizo con su brazo un movimiento brusco para liberarse de mi mano y me dijo:

—Me das asco.

—Que te dé lo que quieras. Pero no te olvides de lo que te dije. No andes buchoneando.

Salió del bar. Yo pagué y me fui caminando hacia plaza Congreso. Quería esperar que se me pasara el asco de mí mismo, que en su última edición había surgido mucho antes de que ese infeliz intentara implantarlo en mí. Pero al pasar por casa preferí directamente ir a hablar con Romina. Tal vez él estaba hablándole ahora por teléfono.

No solo no estaban hablando. Romina estaba ya completamente dormida. Tardé interminables horas en dormirme, mientras le daba vueltas a la situación y trataba de ver qué podía hacer para remediar el zafarrancho y para seguir luchando por convertir a Romina en una hembra. A la mañana siguiente le conté:

—Anoche, cuando te dije que me iba a una plaza me fui a tomar algo con Gerardo. Porque quería hablar con él y ver si me ayudaba a sacarte la frigidez.

—¿¡Qué!?! ¡Sos un hijo de puta!

—La verdad que todo me salió bastante mal. Más bien pésimo. Pero ya no sabía qué hacer, fue la única posibilidad que se me ocurrió. Pero se lo tomó muy mal. Parece que ustedes dos congenian por la manera de reaccionar. Por la manera de preferir dejar que los problemas estallen solos, sin hablarlos, sin encararlos.

—¿Pero qué derecho tenés a meterte así en mi vida?

—Bueno, todo es una recagada, pero no porque lo haya intentado. Sino porque el pibe reaccionó muy mal.

—¡Sos una basura! ¡Sos una basura!

—Dejame contarte porque si no vas a hacerte una imagen mucho peor de lo que en realidad fue.

—¡Sos una basura!

—El pibe en realidad estuvo de acuerdo con vos. No me dijo que soy una basura. Me dijo que yo le daba asco. De modo que hay consenso entre ustedes en la calificación de mis cualidades. Le aclaré que vos no tenías la menor idea de nada y que si le contaba a alguien la conversación lo iba a pasar muy mal. Le di a entender que lo iba a matar. No me contestó en ningún momento a eso. Solo me dijo que estaba loco, cuando le pedí que me ayudara a hacerte superar la frigidez.

—Yo no soy frígida para nada. Eso es un invento tuyo. Sos vos que estás loco y no sabés qué querés. Sos un perverso, Ricardo. Sos un asqueroso. Se acabó lo nuestro. Ahora sí que se acabó. Vos te cagás en todos. Solo pensás en tus obsesiones. Jamás pensé que ibas a llegar a eso. Vos te das cuenta lo que va a pensar la gente del grupo cuando se enteren. Él tiene amigos. A alguien se lo va a contar. Te odio, Ricardo. Te odio. Vos te querés meter en todo, arreglar todo y solo terminás haciendo desastres. ¿Por qué no te ocupás de tus cosas? ¿Por qué no te conseguís un trabajo como la gente? ¿Te creés que sos perfecto vos? ¡Una perfecta basura, eso es lo que sos!

Tiene su ventaja haber luchado dos años ininterrumpidos para poner en movimiento a una muchacha que apenas se animaba a decir unas palabras en presencia de otra gente, y tenía terror a tantas cosas que parecía condenada a padecer atolondramiento bíblico de por vida. La ventaja es que uno termina por tener siempre un ojo pedagógico abierto que se alegra por cada avance de la muchacha, aun por los que a uno le cuestan los peores retorcijones de tripas. Al verla ahí, dando vueltas por el Periscopio como una fiera enjaulada, abocada a la minuciosa tarea de insultarme de pies a cabeza, no podía dejar de pensar que unos meses atrás —ni qué hablar unos años— habría sido incapaz de decirle esas cosas aun a un tipo que le hubiese hecho algo mil veces peor que lo que le acababa de hacer yo.

Pero más allá de ese consuelo todo tenía un regusto melancólico y repugnante, para el final de una relación así. Y lo mantuvo hasta que Romina cumplió, apenas tres horas después, su anuncio y se fue del Periscopio por enésima vez, pero como nunca lo había hecho antes: como una dama ofendida y, en algún pliegue apenas oculto de su alma, victoriosa.

Las cosas que se han cansado de seguir siempre iguales a sí mismas invariablemente terminan estallando cuando ya han convencido hasta a sus últimas víctimas de su inmutabilidad intrínseca y nadie cree ya que tengan capacidad de cambio, regeneración, o siquiera de desaparición o muerte. Romina me acababa de sorprender con el primer verdadero desplante que le debía, cuando Turba me

asombraba ya con una resurrección de la actividad sindical aun menos concebible.

Lo que menos esperaba yo en Turba era que volviera a haber asambleas o cualquier tipo de planteo colectivo. Desde la última y única asamblea que habíamos tenido se había impuesto un trato mucho más duro entre la empresa y el personal, yo había padecido una interminable degradación en cascada de mi condición laboral y en general nadie parecía recordar que alguna vez se había pretendido tratar cuestión alguna de igual a igual con la empresa. Pero como una materia pendiente, los “desubicados” por la informatización terminaron por patear una vez más el tablero.

Varios “desubicados” habían sido definitivamente reubicados. Era el caso de Marta, por ejemplo, que antes se dedicaba todo el año a programar los pagos de los derechos de autor y ahora destinaba a lo sumo unas horas mensuales a eso en su máquina desde su nuevo puesto en la Administración. Pero en el Depósito el control de stocks se había agilizado tanto que habían quedado desde el inicio cinco irreubicables. Solo uno había hecho un arreglo monetario para irse.

Los del Depósito se las ingenieron como la otra vez para que se convocara a asamblea. Pero ahora parecía que las complicidades se extendían mucho más allá de su sector. Ya la misma convocatoria marcaba una diferencia notoria: la asamblea estaba anunciada en el subsuelo, en el Depósito. Eso significaba que no podía haber jefes que participaran de puro distraídos, como quien no se da cuenta de que está incursionando en un foro muy especial, que tiene sus reglas, sus derechos, pero también sus deberes y compromisos —como el de cumplir las resoluciones que aprueba la mayoría—. Ibarra, el jefe de toda la parte administrativa, no fue. Y tampoco lo hicieron los demás de su mismo rango. Pero el ambiente estrecho y opresivo del Depósito y algunas caras adicionales entre la gente sin cargos jerárquicos compensaron con creces las ausencias, dando una impresión, tal vez exagerada, de una concurrencia aun mayor que en la asamblea de un año atrás. Entre las caras nuevas se dibujó, dejando boquiabiertas todas mis expectativas, el rostro inquietante de Celeste, la supuesta traductora. Ese ambiente fantasmagórico le añadía a la asamblea el toque que le faltaba para completar su imagen de túnel del tiempo. Las huelgas y las asambleas sindicales habían desaparecido del país casi por completo desde hacía ya varios años. Salvo excepciones aisladas, los trabajadores parecían haber quedado prisioneros de una protesta rumiada y masturbatoria que se interrumpía invariablemente a las puertas del cuarto oscuro, donde votaban disciplinadamente a sus tradicionales representantes peronistas, los mismos que estaban “ajustando” la economía en detrimento de sus bolsillos. Pero más allá de ese entorno de desbande sindical generalizado, lo más increíble era que quienes empezaran a nadar contra la corriente fueran empleados de una editorial de libros. Un rubro que no había conocido actividad sindical alguna prácticamente en toda su historia, al punto de que no tenía sindicato para la propia rama, sino que estaba absorbido en el de Empleados de Comercio, desde sus obreros de depósitos hasta sus traductores.

Pero ahí estaban los turberos nuevamente en asamblea, prisioneros de sus propias concepciones progresistas. Las mismas que los habían movido antes a no hacer nada contra la empresa de su misma ideología cuando empezaron las “desubicaciones” de la informatización, y que ahora parecían empujarlos al borde de la acción, a medida que el conflicto se volvía incontorneable.

Como en la ocasión anterior, Jorge había tenido “un problema”. No podía concurrir a la asamblea, y Andrés era el único delegado. La situación era a todas luces insostenible porque, dado el clima que había, cada empleado con inmunidad sindical se volvía imprescindible para sus representados, pero asombrosamente todos lograron pasar la asamblea entera sin plantear expresamente el tema de Jorge.

Andrés empezó explicando que “la Interna” —sin aclarar si Jorge había participado— había tenido tres reuniones con la empresa porque se estaba presionando a los tres “desubicados” del Depósito para que tomaran la indemnización y se fueran y ellos no se querían ir. Luego aclaró que en realidad los “desubicados” sumaban ya algunos más, porque había habido toda una reorganización de varias secciones, en algunos casos por las computadoras y en otras por mero motivo de racionalización. Había otros tres en Administración, y alguno más que por ahí se le escapaba. Andrés empezó a recorrer la asamblea con la mirada como para apuntalar su memoria, y finalmente dijo:

—Ah, sí, también está el caso de Fernando Corsi, el compañero redactor, que en los últimos tiempos casi no recibe trabajo. Su caso no está claro, porque a diferencia de los demás, la empresa no trató en ningún momento de convencerlo de que se vaya, y dice simplemente que transitoriamente hay ahora menos trabajo para él, pero que no cree que necesite prescindir de sus servicios.

Me corrió por la piel un escalofrío siniestro. Corsi era el que de la manera más inesperada me había dado una forma de apoyo vago pero perceptible en la asamblea pasada. Parecía que ese simple gesto le había costado a él tanto como a mí mi propio discurso nada incendiario. En un instante me invadieron infinidad de sentimientos contradictorios que jamás había conocido. En mi agitada experiencia con las autoridades de otro tipo de institución me había sentido más de una vez culpable por los costos que mis rebeldías contra ellas me habían provocado. Había sentido esa culpabilidad de quien sabe que había alguna forma de evitar el conflicto pero no ha podido optar por ella, por razones éticas o de cualquier otro tipo. Porque aun de ser ético se puede uno sentir horrendamente culpable, cuando serlo le cuesta a uno demasiado. Pero lo que nunca me había pasado en la vida era que los costos no se limitaran a mí, sino que otro tuviera que pagar también por haberse solidarizado conmigo.

Había en eso un consuelo y sobre todo como un elemento tranquilizador: mi módica rebeldía no había sido después de todo tan desubicada, si alguien la había respaldado suficientemente para que la empresa se diera por enterada del hecho abarcando también a esa persona en su venganza. O dicho de otra manera, no ser el

único sancionado también lo ayuda a uno a sentirse víctima de una injusticia, y no de la propia irresponsabilidad. Pero nada de eso compensaba la culpa monstruosa que sentía de golpe por la suerte de Corsi. Me atormentaba sobre todo no haber podido enterarme antes, no haber podido decirle algo. No podía entender cómo nadie me había hecho llegar la información de su caída en desgracia, cuando para cualquiera debía resultar evidente que estaba vinculada al hecho de que Corsi me había apoyado en esa asamblea. Pedí la palabra:

—¿Hace cuánto pasa eso con Corsi?

—Creo que hace bastante tiempo —contestó Andrés.

—¿Corsi, no podrías precisar un poco, desde hace cuánto te están dando menos trabajo? —insistí.

—Es que fue muy de a poco. Yo diría que desde hace un poco menos de un año que empezaron a bajar.

—¿Fue después de la asamblea anterior? —alcancé a preguntar en medio de un murmullo de desaprobación y preguntas dirigidas a mí para protestar por lo que algunos interpretaban como un “interrogatorio”. Seguí—: Pregunto porque puede ocurrir que en el caso de Corsi, y tal vez también en algunos más, se presente bajo el rótulo de racionalización por informatización lo que en realidad son desquites o sanciones de la empresa contra alguna gente por sus intervenciones en una asamblea... Y eso me parece mucho más grave. Una cosa es que la empresa no pueda encontrar (o le parezca que no puede encontrar) forma de aprovechar a alguien que quedó desplazado por la informatización, y otra cosa muy diferente es que se pretenda sancionar con desplazamientos forzados, injustificados e incluso perjudiciales para la eficiencia de la propia empresa a alguna gente porque haya dicho tal vez algo que le haya molestado a la gerencia... Eso sería preocupante en cualquier caso, pero mucho más en una empresa que vive de publicitar los buenos modales sociales.

—Mirá —dijo finalmente Corsi, después de haber dejado pasar un par de silencios que yo había hecho para ver si respondía él en lugar de que yo tuviera que tapan la voz de quienes protestaban contra el “desvío del tema” alargando mi intervención—, yo creo que entiendo a dónde vas vos. Pero quiero pensar que no hay nada de eso. A mí la empresa no me mencionó absolutamente nada por el estilo. Y algo así estaría totalmente fuera de lugar. Porque creo que hablé en aquella asamblea. Pero no dije más que un par de banalidades. En todo caso creo que lo mejor es discutir el tema de los desplazamientos globalmente sin hacer nombres.

No se hicieron nombres, pues. Plantear mi caso personal después de la intervención de Corsi habría sido suicida. Me dije que tal vez yo había estado torpe o apresurado y me resigné a jugar en el tablero tal como se configuraba ahora: un tablero donde no se planteaba la cuestión de fondo sino donde todos trataríamos de resolver un problema adicional —las sanciones encubiertas— fingiendo que resolvíamos solo otro, el supuesto excedente de personal. Pero mi resignación se

convirtió en indignación cuando habló Fernández de Depósito para explicar la situación en su sector.

Fernández era el que había hablado en nombre de su sección ya en la asamblea de un año más y con el que yo me había quedado charlando un poco en aquella ocasión. Ahora hablaba con mucha más fluidez. Aclaró que él también estaba desde hacía unos seis meses entre los “desubicados”. No lo había estado al comienzo, “pero con las máquinas no hay caso, cada vez te quitan más trabajo”. ¿No se sentía sancionado por su intervención de un año atrás? Aparentemente, no. No hizo la menor mención a eso. Ni siquiera una indirecta sutil o un encadenamiento astuto colado acusadoramente en su narración. La informatización había resultado más desplazadora de lo que había parecido al comienzo. Y había provocado justo una baja más, la de él. Nada más. Ellos habían presentado a la empresa varios planes para mantener todos los puestos de trabajo de la sección, pero no se pudieron poner de acuerdo con el jefe de Personal.

—Ahora lo que les pedimos a los compañeros es una solidaridad muy concreta, porque ya no es como la otra vez. Nos están apretando con todo. Y ustedes saben lo difícil que está conseguir trabajo en estos días. Hay un compañero que justo tenía previsto poner un kiosquito y venía ahorrando para eso. Él agarró la indemnización porque le venía justo. Pero los demás no estamos en condiciones de hacer eso. La verdad es que todos pensamos al comienzo que por ahí nos poníamos de acuerdo de algún modo. Porque no queríamos meter a todo el mundo en un conflicto. Pero hablando con alguna gente parece que el problema ya es generalizado. Ya afecta a muchos sectores. Y sería tonto que no tratemos de buscar una solución y tengan que abandonar la empresa uno a uno tantos compañeros que después vamos a pensar que algo se podía haber hecho. Si la empresa está creciendo tanto... Nosotros lo vemos todos los días en el Depósito, se imprime como nunca, llegan tantos libros que en realidad no damos abasto. Yo creo que con la informatización lo que se consiguió es mantener un inventario casi permanente. Pero eso no quita trabajo. Porque antes el inventario lo hacíamos cada seis meses. Cosa que la empresa nunca sabía bien qué tenía que reimprimir porque de las existencias no tenía idea. Ahora todo eso se lleva al día. Pero no disminuyó el trabajo. Yo creo que al contrario. Aumentó. E igual nosotros le presentamos un plan de cosas que no se están haciendo, y que se podrían hacer, en cuanto al ordenamiento del stock. Eso requeriría incluso más trabajo. Pero permitiría que se tarde menos tiempo en entregar un pedido cada vez que llega. Porque la verdad que por razones de espacio y por la cantidad de ediciones que están saliendo, cuando se juntan varios pedidos suele hacerse un despelote. Tuvimos que discutirlo mucho en la sección porque algunos tenían miedo de que la empresa lo tomara para hacerlo cumplir por los que queden, que trabajarían así mucho más que antes con menos gente.

La gente se miraba. Ponía cara de alarma. Algunos hacían comentarios indignados vagamente dirigidos contra las autoridades de la empresa. Parecía que

nadie hubiera tenido antes de la asamblea la menor idea de lo que había estado pasando. ¿Podía ser que nadie supiera lo que pasaba con Corsi? ¿Nadie se había enterado de lo que había pasado conmigo? ¿Nadie? Si así eran las cosas, plantear “casos personales”, como solía calificar despreciativamente la izquierda a los dramas individuales, era garantía segura de hacerse tildar de paranoico. ¿No decía Diana que lo de Granstein no era contra mí? ¿No me había dicho “no te persigas”? ¿No se hacía el propio Fernández el distraído, como si su inclusión en la lista de “desubicados” hubiese sido un azar de la tecnología? La gente parecía haber evolucionado de la exclusión de toda idea de que pudiera haber lucha de clases en Turba a la idea de que la había. Pero lo que nadie estaba dispuesto era a enfrentar el problema como un drama real, suma de dramas individuales.

Ya los sentía dispuestos hasta a hacer un paro contra “el capitalismo opresor de Turba” en nombre de lo que pudiera quedar de las banderías ideológicas que había defendido alguna vez cada uno. Me imaginaba que Marcos —esta vez no había hablado— se largaría de un momento a otro con una tirada contra “el ajuste menemista”, explicando minuciosamente por qué ni siquiera Turba había podido escapar a “la lógica perversa del sistema”. Eso encajaba en los libretos, bastaba cambiar las palabras “General Motors”, “Coca-Cola”, o “El Capital” por “Turba”. Una reclasificación y listo. En la era del cambio universal, se había descubierto que ni los buenos eran los buenos, y se los ponía más o menos con los malos. Punto.

Pero de ahí a pensar que podía no estar operando una simple “lógica” del sistema, sino un plan concretísimo de la empresa para sacarse de encima a toda la gente que les molestara, independientemente del “ajuste” y tal vez por mero autoritarismo desprovisto de toda funcionalidad, por mera soberbia ideológica o narcisismo feudal, eso a la gente no parecía interesarle para nada. Estaban las clases, que no existían en Turba, y de pronto habían nacido allí, del día a la noche o en gestación de un año, y la tecnología.

Los humanos, los mamíferos regodeándose como un súperman de Brockner con el sometimiento adulator de los esclavos felices no existían ni en Turba, ni en la Ford ni por supuesto habían existido en la fenecida URSS, ni en los partidos de izquierda, devenidos unánimemente sectas en el país desde hacía décadas, ni podían esos inexistentes humanos tener un objetivo tan perverso como arrinconar a alguien por otro motivo que los del “sistema”: el beneficio, la ganancia, el progreso económico, mal o bien entendido.

Me daba la impresión de que lo que quedaba de la izquierda seguía jugando a la santidad: la santa clase trabajadora, incapaz de otro fin que el progreso social propio, contra la santa burguesía, tan incapaz como aquella de salirse de los fines pudorosos del propio progreso, del propio enriquecimiento. Y yo tenía algo muy claro: económicamente la empresa no se enriquecía sino que se empobrecía relegándome a la Administración para tomar a una chica que apenas estaba empezando a aprender sus idiomas, y seguramente también se estaba empobreciendo cargándole el trabajo

de Corsi a los otros dos redactores. Pero el placer perverso de ejercer poder y hasta de ver desmoronarse frente a ellos la carrera o las vidas de la gente que no había sabido adularlos no se lo quitaba nadie a los Gaitanes. Ese plus de placer valía quizá para ellos más que todas las plusvalías del mundo, o al menos justificaba sacrificar algunas de estas. ¿Para qué ser rico si uno no puede darse gustos de rico?

Lejos de toda esa especulación “individualista”, la gente de Turba estaba ahora al menos dispuesta a enfrentar la acción intempestiva del “capital” o a ponerle límites. Eso se veía en los murmullos y los comentarios de desaprobación por lo que estaba pasando con los desubicados. Pero cuando terminó de hablar Fernández los murmullos siguieron como si no hubiera estado abierta la lista de oradores para responder al pedido de la gente del Depósito.

Finalmente, el rockero Martín resultó quien menos soportó el vacío que se estaba creando, que ni siquiera era un silencio.

—Y bueno, hagamos algo, como nos piden los compañeros. Una vez se hizo un petitorio. Creo que aquella vez no sirvió de mucho. Pero tal vez ahora ayude.

La idea no le convencía a nadie. Todos ponían cara de que no estaba mal pero añadían distintos gestos elocuentes de incredulidad: no se animaban a salir del aprieto con algo que podía terminar tan claramente como un saludo a la bandera. En unos pocos se leía el fastidio por toda la situación y las ganas de que los del Depósito los dejaran tranquilos de una vez. Pero en la mayoría me pareció por primera vez distinguir un sentimiento de culpa. Finalmente todos empezaron a comentar en voz alta que era una buena forma de empezar. Pero lo decían con un tono de resignación excesivamente consciente de que el paso estaba de más en este caso.

Diana preguntó entonces si no nos convendría ir a ver a la gente del sindicato. La pregunta cayó como una bomba. El sindicato de Comercio era quizá la representación más cabal de la burocracia gremial corrupta que la izquierda aborrecía y Turba había despellejado en sus folletos sobre la historia del movimiento obrero. La pregunta tenía la sublime bondad de ilustrar el fondo de la cuestión: a la hora en que las papas quemaban alguien sin la menor idea de la política como Diana comprendía que aun con los portafolios llenos de botines de estafas y tal vez con un arma en la cintura para pelearse con las mafias rivales, los dirigentes del sindicato eran para nosotros mayor esperanza que la empresa.

Pero la idea no pasaba por ninguna garganta. La gente se miraba. Las caras iban de un fruncimiento de entrecejo a modo de asco, a un gesto de no sé apenas formal de quien responde a una propuesta tan aventurada como jugar todo a un billete de prode. Se oyeron algunas bromas estentóreas y otras apenas susurradas. Alguien dijo: “¿A dónde vamos, a Rincón o a Bulnes y Charcas?”. En la calle Rincón, al sur de Rivadavia, quedaba la sede del sindicato, y Turba había publicado hacía poco tiempo en una colección sobre el movimiento obrero un resumen de las riquezas malhabidas que se atribuían a su máximo dirigente, que vivía supuestamente en Bulnes y Charcas, pleno Barrio Norte acomodado, en un departamento de un cuarto de millón

de dólares. Una voz retrucó: “Yo creo que los vamos a encontrar más receptivos en el hipódromo de Miami”. Un palco en uno de los hipódromos de Miami era otra de las exquisiteces que se regalaba el secretario general del sindicato. Pero por alguna razón el tono de los cuchicheos se fue apagando, hasta que pudo oírse con claridad que alguien decía con tono de obviedad: “Che, en Rivadavia y Donizetti sería mucho mejor”. Ahí estaba abandonado todavía un edificio gigantesco que debía haber albergado en los años ‘70 a centenares de empleados mercantiles y que no se había terminado de construir por una estafa que el mismo jefe sindical habría perpetrado con fondos y préstamos que le estaban destinados. En esa época se lo había expulsado del gremio, pero el gobierno peronista lo había salvado en 1973 con el abandono de la querrela y la consecuente anulación de un auto de prisión preventiva. La broma daba aparentemente el último remache a la idea peregrina de ir al sindicato.

Entonces una voz grave comentó como en un corrillo pero con un volumen descuidadamente alto que la hizo oírse nítidamente: “Che, qué será mejor, ir a Miami o a Río en esta estación”. Me pareció que era la voz de Fernández, pero impostada, deformada por el complejo objetivo de hacerse oír como inadvertidamente, y remontada por unas pocas risas que la acompañaron desde su entorno en el tramo final y después siguieron festejando la ocurrencia por un breve lapso. En Río tenían los Gaitanes supuestamente un departamento principesco, que como toda su fortuna estaba mucho más lleno de misterio que la de cualquier viejo cuadro de la mafia sindical. A las últimas risas siguió un silencio de ultratumba, que disfruté al comienzo como un manjar. Pero finalmente no lo aguanté más. Tuve miedo de que llegara a librarse una polémica sobre el sindicato antes de que tuviéramos la menor idea de la actitud que la directiva podía tomar hacia nosotros. Dije:

—La idea del petitorio no me parece mal. Pero tal como están las cosas creo que todos sabemos que acá va a haber por lo menos un forcejeo, y un papel lleno de firmas no puede forcejear ni negociar por nosotros. El sindicato tal vez lo podría hacer. Pero en general un sindicato quiere llegar a una mesa de negociaciones cuando la propia Interna ya ablandó bastante a la patronal. Más allá de lo que uno piense de cada dirigente, una conducción nacional se juega mucho la cara como para empezar desde cero y bancarse todo el desgaste. Yo creo que le daríamos a la propia empresa la posibilidad de ir concediendo alguna garantía de estabilidad de a poco si primero vamos nosotros y luego va el sindicato. Yo diría que se mandate a la Comisión Interna para que tenga un primer contacto con la empresa en base a una resolución de asamblea que rechace todo despido y pida que cesen las “propuestas” de indemnización. Y que se le mantenga a cada uno su trabajo. Porque una vez que a uno lo empiezan a ralear es mucho más fácil despedirlo.

Todos estuvieron de acuerdo. Yo sabía perfectamente que era porque los había salvado de la sugerencia casi involuntaria de Diana de acudir al sindicato. Pero eso estaba en el orden de las cosas. Yo no tenía la menor esperanza de que pudiéramos triunfar, pero no veía qué otra cosa podíamos hacer que librar la batalla hasta donde

aguantáramos.

Alguien recordó entonces que no estaba Jorge. Yo dije que se podía elegir un delegado ad hoc en su reemplazo, y tal vez hasta dos, porque en estas circunstancias cuantos más pudieran argumentar frente a la empresa mejor. Nuevo acuerdo. Diana propuso que uno de los mandatarios fuera yo. Maldije por dentro. Había hablado porque no sabía callarme la boca. Pero de ahí a actuar de representante había un abismo que no quería cruzar para nada. Eso sí, tampoco era capaz de negarme a un pedido directo.

—Si nadie se opone... —dije.

El otro representante fue Fernández.

La asamblea se levantó y los de la comisión nos reunimos media hora entre nosotros en el Depósito para preparar la negociación con la empresa. Decidimos que Fernández iba a ser el que la abriera, luego íbamos a insistir Andrés y yo. Si la actitud de ellos era buena nos conformaríamos con una promesa de estudio del problema. Si era claro que nos bicicleteaban les pondríamos un plazo para contestar y daríamos a entender que podía haber medidas de fuerza.

—¿Te parece que salen medidas de fuerza, Fernández? —le pregunté.

—Seguro, en el Depósito la gente está con mucha bronca porque nos tomaron el pelo haciéndonos creer que no pasaba nada y después empezaron a apretar para las renunciaciones.

Andrés pensaba que “algo podía salir”.

Nos dirigimos hacia las oficinas de los Gaitanes convencidos de que algo estaba empezando a cambiar en Turba. Delante de mis ojos se proyectaba sin parar una película en la que no se llegaba siquiera a una huelga, la empresa retrocedía lentamente y reubicaba a todos, y se abría la discusión sobre las sanciones encubiertas contra los que hablaban en las asambleas. Para poder creerme la película le ponía un detalle desafortunado: mi caso no se discutía, pero sí todos los demás, lo que era un consuelo y una esperanza de solución también para mí en el futuro.

Pero la película que se proyectó de veras resultó muy diferente. La secretaria de Gaitanes tomó nuestro pedido para entrevistarnos, y desapareció en seguida en las oficinas de la Dirección, en una obvia demostración de que no quería hablar del tema con sus jefes por teléfono mientras nosotros escuchábamos ahí al lado. A los dos o tres minutos reapareció para decirnos que Gaitanes no nos iba a recibir porque no éramos una comisión “legalmente constituida”. Fernández y yo le pedimos a Andrés que se reuniera entonces a solas con él como delegado “legal” y tratara de ver si nos recibía a todos más tarde. Andrés hizo el pedido a la secretaria, que volvió a desaparecer por unos minutos. Los tres empezábamos a transpirar y a darnos cuenta de que nada se iba a parecer ni remotamente a lo que nosotros habíamos previsto para ese conflicto. No habíamos intimidado ni arrinconado a la empresa, la habíamos llenado de ganas de aplastarnos.

Gaitanes recibió finalmente a Andrés. Cuando salió de la reunión, Andrés dijo

que Gaitanes estaba “irreconocible”. “Este no es el tipo con el que traté yo todos estos años”, repetía. Contó que le había anunciado que estaban prohibidas las asambleas y que la empresa iba a proceder a “todas las reestructuraciones que juzgue necesarias”. Cuando Andrés le sugirió que alguna gente pensaba que so pretexto de reestructuración se estaba sancionando a algunos, Gaitanes se puso loco. “¿¡Qué querés, que los premie a los caraduras que le calentaron la cabeza a la gente!?”, le gritó. A Andrés le parecía que se había puesto medio paranoico con lo del sindicato. “Acá hay gente que está en un juego político muy sucio, gente que trabaja para la mafia sindical y que quiere destruir la única empresa que ha denunciado los chanchullos de esas bandas”, le explicó pedagógicamente Gaitanes a Andrés.

Se veía que en la media hora que nosotros habíamos estado reunidos en el Depósito, Gaitanes había recibido un informe bien envenenado de lo que se había dicho en la asamblea, o se había encargado de envenenarlo él mismo. Andrés le dio a entender que tal vez algo de esa conspiración era cierto —“cuando alguien se vuelve loco hay que correrlo por donde dispara”, nos aclaró—, pero insistió en que no comprendía por qué no nos recibía a nosotros “que a nadie se le puede ocurrir que estén arreglados con la burocracia sindical o algo así”. La reacción de Gaitanes le dejó claro que en realidad éramos Fernández y yo los peligrosos agentes de la mafia sindical. “No quiero gente que venga a buscarme problemas sino gente que me ayude a solucionarlos”, fue la respuesta de Gaitanes a la mención de nuestros nombres.

Nos reunimos entre nosotros otra media hora. Fernández dijo que veía dos opciones: proponerle a la gente una huelga para obligar a la empresa a negociar un programa de “reubicación” de los desubicados con la Comisión Interna o pedirle al sindicato que negociara con la empresa. No le gustaba ninguna de las dos opciones, pero no veía otra. Gastar ahora una medida tan dura como una huelga solo para imponer una negociación nos iba a dejar sin fuerzas para la propia instancia de negociación, si es que algún día la alcanzábamos. En cambio llamar al sindicato iba a aumentar la paranoia de Gaitanes. “Y si no se la aumenta va a hacer como que se la aumenta, porque es un vivo”, resumió resignado Fernández.

Yo dije que también veía las desventajas, y que me preguntaba si lo mejor no era dejarle ahora la iniciativa a la empresa: “Hasta ahora no despidieron a nadie, prácticamente confirmaron que lo van a hacer, y que lo van a hacer porque se les canta en las pelotas, y no por algún motivo razonable, pero si hacemos cualquier cosa que ellos puedan presentar como una provocación nuestra van a tener la excusa para dárselas de víctimas que reaccionan a una agresión. Yo creo que lo mejor es resolver un paro fuerte, tal vez por tiempo indeterminado, para el caso en que despidan a alguien, pero entre tanto no hacer nada, absolutamente nada. A lo sumo poner al sindicato al tanto de todo, si es que la gente no se escandaliza con eso”.

Fernández admitía que esa parecía la mejor opción. Pero tenía miedo de que la empresa aprovechara el respiro para tratar de forzar renuncias con mucha más presión sobre los desubicados. “Ese Corsi no va a ver un libro ni en sueños”, explicó. Andrés

decía que eso se podía evitar si la gente estaba dispuesta a reaccionar. Fernández puso cara de que tal vez. Yo dudé —no era la primera vez— de la honestidad de Andrés. Me parecía que estaba demasiado conforme con mi idea de no hacer nada y me sublevaba que pretendiera que en esas condiciones íbamos a poder frenar eventuales sanciones. Yo proponía una franca retirada, pero no me hacía ilusión alguna sobre lo que nos esperaba durante esa retirada. Haríamos a la empresa todas las advertencias que se nos ocurrieran. Pero hasta que ellos no tocaran a alguien íbamos a estar completamente a la defensiva. La única esperanza de resguardo era contactarse entre tanto con el sindicato. Deslicé que tal vez también nos convendría elegir un delegado más, para no tener siempre el mismo problema con las comisiones “ilegales”. Andrés dijo que eran dos delegados porque era lo que había correspondido inicialmente por ley, pero que ahora tal vez se podía elegir uno más por el aumento del personal en los últimos años. En realidad yo había querido sugerir que se reemplazara a Jorge D’Amico, que nunca había estado en una asamblea, ni lo había visto yo desempeñarse como delegado. Pero la ampliación de la Comisión Interna tal vez era directamente mejor. Con todo insistí:

—¿Qué pasa con Jorge, que nunca está cuando hay quilombo?

—No, lo que pasa es que él hace la electricidad en la quinta de los Gaitanes, y a menudo tiene que salir volando para allá.

No podía dar crédito a mis oídos. Lo miré a Fernández, tenía una cara extrañísima, de pena, como quien dice “mala leche”. Andrés me miraba con una ligera sorpresa. No entendía, o pretendía no entender qué me asombraba. Frené con esfuerzo el odio inmenso que estaba sintiendo, y traté de rebajar con un tono jocoso lo que tenía que decir:

—¿Che, me estás diciendo que Jorge no viene a las asambleas porque tiene trabajos privados que hacerle al patrón?

—Sí, ¿y qué tiene eso? ¿No puede hacer una changa?

—Andrés, ¿si mañana estamos con todo el mundo jugándose el puesto de trabajo en una huelga vamos a tener un delegado cuyos ingresos dependen de las changas que pueda darle el patrón cuando se le antoja? —pasé de la broma a la alarma, y me felicité de poder modular en dos tonos alejados del enfado preguntas tan odiosas.

—Bueno, Ricardo, estás hilando demasiado fino. Jorge tiene esas changas pero no creo que su vida dependa de ellas. No pudo venir a las asambleas porque justo coincidió. Pero no va a coincidir siempre. Si a vos te parece que no puede ser delegado plantealo directamente vos en una asamblea.

Lo miré a Fernández. Seguía con la misma expresión desconcertante de tristeza. Le pregunté qué opinaba.

—La situación de este muchacho Jorge no es la mejor para un delegado. Un delegado tiene que tener las manos libres, y tener una changa con alguien te puede atar un poco. A un delegado no lo pueden sancionar porque tiene inmunidad gremial. Pero si vos tenés una changa la podés perder y es como una sanción. Pero yo creo que

podemos hablar con él para ver qué se puede hacer. Porque algo así no es bueno plantearlo en una asamblea. Sería muy feo para todos.

Respiré profundamente aliviado. Por un momento me había sentido atrapado en una trampa montada de la manera más desfachatada desde hacía tiempo. Jorge había sido delegado durante al menos seis años. No había participado del petitorio por Barnes, ni de ninguna asamblea, salvo las puramente formales para renovación de mandatos. Me lo imaginaba perfectamente apareciendo de golpe en el momento menos indicado para negociar en nombre de todos nosotros con la empresa y descubrir que después de todo las indemnizaciones no estaban tan mal o algo por el estilo.

Convocamos a la asamblea nuevamente en el Depósito y Andrés informó sobre la reunión con Gaitanes. Todo el mundo estuvo de acuerdo en votar una medida de lucha para el caso en que despidieran a alguien. Pero cuando Fernández aclaró que esa medida sería un paro por tiempo indeterminado varios exigieron que se votara aparte. Ganó por dos votos —27 contra 25— el paro por tiempo indeterminado contra una moción que proponía posponer hasta la ocasión concreta del despido la determinación del tipo de medida de fuerza. Pero la derrota de las posiciones duras llegó con el tema del sindicato. Solo quince personas, todas del Depósito menos yo, votamos porque se pusiera a la conducción del sindicato al tanto de la situación y se le pidiera asesoramiento.

Pero hasta que los últimos efluvios de esa asamblea se despejaron definitivamente del Depósito, de Turba, y de las conversaciones, no dejé de considerar ni un solo instante que la gente había dado mucho más de lo que yo había esperado de ella. Yo estaba convencido de que eso no sería suficiente en modo alguno para resistir lo que se nos estaba por venir encima. Pero por unas horas —y tal vez todavía por un tiempo más— yo había logrado salir de las condiciones de aislamiento atormentado en las que estaba. Y eso había sido gracias a la decisión de la gente de poner algún límite, de elevar alguna protesta contra lo que estaba haciendo la empresa. En ese aspecto, me sentía deudor con todos. También con Celeste, que más hermosa que nunca había asistido con rostro concentrado a las dos asambleas sucesivas y le había dado así a la protesta como una patente de calidad estética, de justificación profunda, que valía como pocas.

CAPÍTULO 10

En las asambleas y en las charlas que se dieron entre gente de todas las secciones en los días siguientes se había revelado —aunque nadie lo formulara expresamente así—, que la empresa había estado sancionando con degradaciones o “desubicaciones” en esos meses a una gran cantidad de gente. Yo me preguntaba ahora qué nueva forma de sanción iba a adoptar esta vez, qué nueva tanda de represalias de las que nos enteraríamos tal vez en alguna asamblea próxima. Pero, sorpresa, no hubo nada de eso. Los Gaitanes encontraron algo nuevo, algo que no habían probado hasta ahora, y que les permitía ampliar considerablemente el número de gente que de ahora en más sabría —se lo admitieran a sí mismos o no— que tenían una deuda de sometimiento a pagar a la empresa. Turba inauguró una política de premios. En el pasado, los salarios se arreglaban por lo general al ingreso a la empresa y se ajustaban más o menos de acuerdo con la inflación, según una comunicación periódica que el jefe de Personal le hacía a la Comisión Interna. Pero premios no habían existido nunca.

En apenas dos meses a partir de las asambleas de julio de 1992 hubo una verdadera subasta de “adicionales salariales” y ascensos jerárquicos. Gente que hasta ese entonces ganaba lo mismo terminó teniendo salarios con diferencias de hasta el ochenta por ciento. La gerencia hizo correr primero el rumor de que se trataba de una política de “jerarquización” y “calificación”. Y después, los trabajadores de cada sección —no faltó el Depósito— terminaron haciendo pedidos de “adicionales” en bloque, que la empresa filtraba minuciosamente para dejar afuera del beneficio a los indeseables. Cuando la operatoria terminó, los “sancionados” con falta de promoción o “adicional salarial” eran por supuesto todos los “desubicados” de antes, pero además muchos otros que en ningún momento se habían visto desplazados por las máquinas, o incluso los había que gracias a las computadoras hacían un trabajo mucho más calificado. Por una vez no tuve que esperar a una asamblea para enterarme de un caso de represalia que me interesaba sobremanera: Diana, que había pasado a manejar la vital relación con las imprentas, había sido marginada de los adicionales. La mayoría de sus ex pares salariales empezaron a ganar al mes siguiente de las asambleas un cincuenta por ciento más que ella. Y se les había anunciado una “política sostenida de estímulo a la producción”, a modo de presagio de nuevos aumentos.

Fueron semanas de excitación generalizada en la empresa. Los beneficiarios, que eran la mayoría, juraban estar convencidos de que la empresa por fin había entendido que le convenía llevarse bien con su personal. Decían que el trato estaba mejorando en todos los sentidos. Señalaban que además de los aumentos estaban las promociones. ¿No era bárbaro que le dieran a un piba como Celeste la oportunidad de ser supervisora a los veintidós años, en reconocimiento a su nivel profesional?

—¿Supervisora de qué?

—Supervisora de traductores. La pendeja sabe un montón. Estudió en un colegio

inglés. Domina como diez idiomas. Me lo decía Granstein para persuadirme de cómo estaba mejorando su actitud la empresa.

No le contesté nada y puse cara de que le creía. Pero me quedé pensando. Acababa de tener una iluminación: por fin entendía cómo en un país donde hay un conocimiento masivo de las lenguas extranjeras podían todavía —y por épocas cada vez más— editarse libros donde *bagnole* no era auto sino bañadera, donde *clerk* no era oficinista sino clérigo y donde *Steheaufmanchen* no era tentempié sino hombrecito parado. Era indudable que sobraban las pibas que sabían un montón, como veinte idiomas, sabían. Y que las promociones a lo Turba eran más la regla que la excepción.

Al mes de presenciar esa fiesta atolondrada, donde los propios relegados parecían sentirse obligados a sumarse al jolgorio general como por temor a ser tachados de envidiosos, terminé convencido de que mi única salida en Turba era la salida. Si de veras andaban ofreciendo “retiros voluntarios” con indemnización me convenía aprovechar la oportunidad antes de que tal vez tuviera que irme de puro asco sin posibilidad de llevarme nada.

Una noche en que estaba haciendo cálculos sobre lo que podía llegar a cobrar si me acogía a un “retiro voluntario” y trataba de armar proyectos para una vida post Turba que ya parecía inminente sonó el teléfono en el Periscopio. Cuando uno está mal o al borde de una gran decisión recibe bien cualquier llamado. Pero dada mi situación había un solo llamado que podía sacarme algo de la soledad y la humillación que estaba viviendo en esos momentos. Solo había una persona que habiéndome humillado ella también podría aliviar con un solo hola mi sufrimiento. Esa persona era Romina. Y era la que menos esperaba que me llamara en un momento así. Pero fue la que llamó.

Romina no me hablaba para preguntarme cómo me iba, ni para levantarme el ánimo, ni para disculparse porque tal vez se había equivocado en su actitud de la última vez. Me hablaba porque ella también estaba destruida y necesitaba charlar con alguien, “porque vos siempre me escuchaste muy bien”. Y yo no entendía nada. Se había ido tan triunfante que solo esperaba enterarme algún día de que era administradora de una multinacional o cosa parecida.

Pero no. No administraba nada. No había siquiera seguido con la facultad. Los habían bochado a los dos, a ella y a Gerardo en Matemática. Y para el segundo cuatrimestre no había tenido ánimo para inscribirse. Estaba de nuevo sin trabajo y se le habían acabado los ahorros. El mes pasado los padres habían tenido que enviarle dinero por primera vez, y eso que ellos mismos habían tenido que volver a emigrar de Salta a Corrientes porque solo algunos conocidos del padre en esa provincia podían tener alguna solución para los aprietos económicos que estaban pasando. No lloraba al contármelo, pero su voz había aprendido a transmitir tristeza como un instrumento de música. Todo era tan horrible que de golpe ya casi no tenía ganas de saber lo único que siempre pensé que querría saber si volvía a verla alguna vez: qué había pasado

con Gerardo.

Estaba anonadado por mi propia reacción. Había estado tan convencido de que nadie en el mundo podía estar peor que yo, que había recibido la voz de Romina como un salvavidas. Pero ahora resultaba estar ella tan desarmada que una vez más sentía que se me convocaba a ayudarla. Una vez más yo tenía que ayudarla a ella y no ella a mí. La imagen de dos años de frustración sexual a su lado se me apareció de golpe como un castigo suplementario que venía a completar el que estaba sufriendo en Turba. Una vez más era como si Dios se decidiera finalmente a existir pero solo para arruinarle la vida a uno, atiborrándola de coincidencias siniestras. Antes de colgar el tubo todo el llamado de socorro había acabado por repugnarme. Sentía que estaba dirigido a mí, pero de manera subrogada, sustituta. Ayudar a quien sabía que no podía ayudar justo en lo único que de verdad necesitaba y padecer la frustración combinada de su impotencia y la mía una vez más era algo que me superaba completamente en las condiciones en las que estaba.

Supongo que ahí tomé la decisión sobre lo que iba a hacer. Pero no le dije nada a Romina. Ni siquiera me lo confesé a mí mismo. Cumplí puntillosamente el ritual del reencuentro. Le pregunté si no quería venir a cenar esa misma noche. Solo eran las ocho y media.

Ella también cumplió. Dijo que sí y estuvo una hora más tarde de lo prometido. Pasamos los dos o tres días felices de rigor. Se quedó a dormir todas las noches, y tuvimos charlas interminables. Todo seguía las pautas de nuestra tradición. Apenas un cambio, que no resultó un cambio. Se había acostado con Gerardo. Pero según ella eso no la había ayudado a vivir el sexo de otra manera. Con mis tripas rotando en un interminable torniquete, fui recogiendo a lo largo de tres noches versiones sucesivas de sinceridad creciente de lo que había sido esa relación.

No, no había tenido ni comparación con la nuestra. Nada que ver. Ni comparación. Sí, siempre habían cogido con forro. Todo había sido como un trámite inútil que la decepcionó, sin miga ni sustancia. Pero bueno, tampoco fue tan así. No, no. Tuvo su sentido. En realidad, hasta su gracia. Hubo uno o dos días que en realidad no salieron de la cama. Ella se sentía bien. No, no se excitaba más que conmigo, no. Era distinto. Sentía de golpe como una sensación de libertad. Un cambio no sexual. Era como si una angustia, una opresión que había tenido durante mucho tiempo en el pecho hubiera desaparecido. No se excitaba mucho, pero vivía todo como un juego, era como si por primera vez hiciera el amor de vacaciones. Con Gerardo no tenía casi nada que charlar, y ella no tenía ningún interés en prolongar la relación más allá de un tiempo. Y eso le hacía vivir todo mucho más relajadamente. ¿Cómo sabía que no se había excitado más que conmigo? Porque él también le había hecho notar que “no era muy caliente”. No era que a él le preocupara, simplemente le había extrañado mucho porque ella tenía cara de mujer “tórrida”.

Él le dijo que no había creído para nada lo que yo le había dicho aquella vez en el bar de que ella era frígida, porque pensaba que yo era simplemente un degenerado

que buscaba una excusa para hacerla acostar a ella con otro. Pero que después de dos semanas le pareció que el problema de la frigidez también existía. Él le propuso al final coger sin forro, pero ella no quiso. Le dijo que la excitaba más coger con forro, porque le daba como un matiz de cosa prohibida.

¿Qué había hecho terminar una relación tan llevadera? Nada. Simplemente la habían encarado como algo transitorio y así había sido. Fueron dejando de verse. ¿Pero había sido él o ella el que dejó de llamar? Él le dijo directamente que andaba cada vez con menos tiempo porque se tenía que dedicar más a la concesionaria del padre. Y así fue.

Cuando no charlábamos sobre esa relación de dos meses con Gerardo, cogíamos. Cuando cogíamos, jugábamos a que ella era mi puta. Ya lo habíamos hecho antes. Con resultados alentadores para las primeras dos o tres veces, como con todos los otros trucos, y nulos después. A la semana Romina todavía no había vuelto a su pensión. Dejamos de hablar de Gerardo. Hablamos de su pasado, desde donde podía recordar. Y seguimos jugando a que era mi puta. Mientras fue efectivo para ella como afrodisíaco, fue como siempre, un juego más hecho de sugerencias ambivalentes que de precisiones. Pero cuando llegó la hora inaplazable de la frigidez, no lo abandoné como de costumbre. Lo usé cada vez más, con más precisión, con más detalles y mayor distancia respecto de la ambivalencia usual del término “puta”, que evocado en un coito entre dos verdaderos amantes parece siempre excluir mágicamente a todo otro cliente que el que está presente.

—¿Vas a ser mi puta?

—Sí, mi amor.

—¿Por qué vas a ser mi puta?

—Porque te quiero.

—Y vas a hacer todo lo que yo te ordene.

—Sí, mi amor.

—Te vas a acostar con quien yo te ordene.

—...

—Te vas a acostar con quien yo te ordene.

—... No, eso no, mi amor.

Y ahí un bofetón sacado del arsenal de trucos de nuestra prehistoria.

—Ay, sí, mi amor, como vos me ordenes.

—Te amo.

—Sí, mi amor, yo también te amo.

Y cuando el desgaste erótico rominiano siguió batiendo sus propias marcas y alcanzando nuevos picos de frigidez no me refugié en otra pornografía ni busqué caminos laterales. Seguí solo las bifurcaciones que se abrían a partir de la misma ruta. Cuando en el pasado había jugado con Romina a la prostitución, los otros, los clientes, habían estado en mi cabeza. Pero el dinero, jamás. Romina sería una puta sometida eróticamente a mí, pero dueña de todo su dinero. Ahora, con toda esperanza

de que Romina se calentara reducida a la mínima expresión, el dinero, esa tecla jamás tocada en mi instrumental erótico empezó a ingresar por primera vez en mis fantasmagorías.

—¿Y vas a tener muchos clientes?

—...

—(Tirón de pelos) ¿Vas a tener muchos clientes?

—Sí, mi amor.

—¿Para hacerme rico?

—Sí, amor.

—¿Muy rico?

—Sí, mi amor. Para que te puedas dar todos los gustos.

—Te amo.

—Yo también te amo, mi amor.

Pero eso que entre nosotros dos era un mero juego, un truco más en el arsenal amatorio, se fue convirtiendo en el interior de mi cabeza en una opción cada vez más real, cuyas ventajas y desventajas pasaron a formar el objeto principal de mi rumiación mental cotidiana. Trataba de imaginarme qué pasaría si de veras llevaba el juego a la realidad. Me decía a mí mismo que si la prostitución no servía para despertarla sexualmente, tal vez me permitiría experimentar al menos ese extrañísimo placer de sentirme servido económicamente por otra persona, un placer que empezaba tímidamente a interesarme por primera vez desde que lo había puesto en juego para apuntalar mi esperanza erótica. Había rechazado inicialmente ese placer tan pronto lo había visto aparecer en mi fantasía, no solo porque le había visto de inmediato la marca prohibida que llevaba en mi propio universo ético todo lo que tuviera que ver con la explotación, incluso si se trataba de una explotación para mí enigmática y jamás analizada detenidamente como era la explotación de la mujer amada, sino por toda la sensación de banalidad que despertaba en mí el parasitismo. Pero ahora sentía por primera vez que en la relación con una mujer la explotación económica superaba holgadamente la chatura del parasitismo o la puerilidad masturbatoria del sadismo del amo y podía reemplazar llegado el caso toda la fantasmagoría erótica como un lazo capaz de atar dos destinos con una intensidad comparable a la de un recurrente orgasmo. Al menos necesitaba creer eso para poder dar ese paso inconcebible de convertirme en cafishio, así fuera en mi pura fantasía.

Solo armado de esa doble esperanza en el erotismo del dinero y en el de la pornografía prostibularia podía embarcarme en una aventura que uniría mi vida a la de Romina con tanta o más fuerza que un matrimonio o un hijo. Porque si yo llegaba a prostituir a Romina marcaría su vida de un modo irreversible. Pero yo sabía que si era posible, muy posible que después de algo así dejara de amarla, mucho más seguro aun era que a partir de entonces estaría más allá de mis posibilidades desentenderme algún día de ella.

Ser un cafishio leal no era mi única coartada ética. Casi tan importante como eso

era saber que el dinero en sí me importaba un comino. No había sabido qué hacer con los ahorros de la época de “Facetas” que no me había gastado con las putas, y con el dinero de Romina no pensaba hacer nada más que ahorrarlo a la espera de alguna buena idea, que muy probablemente consistiría en esperar un tiempo hasta devolvérselo. Un tiempo suficiente para que esas corrientes de oro que me imaginaba ganadas con el sudor de su cuerpo me regaran el alma como un torrente de flujo erótico, como esa marejada vaginal que ella no había sabido darme en esos años de sexo, amor, ternura y dedicación.

¡Ah, pero una cosa es soñar con volverse diablo y otra es lograrlo! Cuando unos diez días después de que Romina volviera al Periscopio la encaré un sábado a la tarde con un sorprendente cambio de frente que pretendía transformar nuestro juego en una realidad, yo estaba deseando en el último rincón de mi alma que me dijera que estaba loco y se marchara.

—Romina, quiero decirte algo.

—¿Sí?

—Lo que te estuve diciendo estos días mientras cogíamos no era un juego. Yo de verdad quiero que seas mi prostituta.

Sentí que me ponía rojo como un tomate no solo en el rostro, en las orejas y hasta en la nuca. Pero junto a ese rubor sentía que acababa de decir la frase más sincera de toda mi vida. Era como si hubiera atravesado un Rubicón de autenticidad. Y al revés de lo que había esperado, sentía que en lugar de estar viviendo un juego farsesco me acercaba por primera vez a la realidad. Pero Romina no se dejaba enlazar.

—Y si soy tu puta, mi amor.

—Te estoy diciendo en serio. Quiero que trabajes de puta para mí. Que me mantengas. Vos también vas a poder vivir mejor así.

Puso una cara extrañísima, que no le había visto nunca. Tenía un dejo sutil de sonrisa y de expresión de desprecio al mismo tiempo, pero todo tan ligeramente esbozado que el conjunto hacía el efecto exacto de aburrido yo-ya-te-conozco con el que esa misma mujer seguramente encaraba —en ese momento yo ya no tenía la menor duda— a todos los hombres reverendos hijos de puta que se le habrían acercado con malas intenciones a lo largo de toda su vida. Me dijo:

—No, Ricardo, sacátelo de la cabeza.

El efecto de esa expresión sobre mí fue demoledor. Pero aun faltándome las fuerzas insistí en hacer lo que suponía que debía hacer en ese caso. Me le acerqué y le tiré una bofetada, con tanta falta de decisión que alcanzó a parar el golpe con el brazo y empezó a repetir con una voz reconcentrada de odio y un silabeo lento, rítmico:

—No/me/pegues, no/me/pegues.

Sentí una vergüenza atroz y todo lo que había de Ricardo Zevi en mí huyó en ese momento despavoridamente. Una voz que ya me sonaba familiar se abrió camino hasta mi garganta. Imitando el tono que había usado Romina la voz le dijo a ella:

—¿Que/no/te/pego? ¡Te/voy/a recagar/a palos/guacha-de-mierda!

—¿Amor, qué te pasa?

—¡Vos vas a ser mi puta aunque te tenga que romper el culo a patadas!

—Soltame, dejame ir, soltame.

Romina empezó a forcejear para tratar de soltarse de él. Pero él había adquirido una fuerza que Romina le desconocía. Lograba torcerle los brazos como nunca antes. La tiró sobre la cama, le puso las rodillas sobre los brazos y comenzó a sopapearla, con las manos abiertas pero con una fuerza de bestia, de asesino. Solo paraba para preguntarle: “¿Vas a ser mi puta o no?”. Romina no contestaba. Estaba aterrorizada. No entendía nada. El mundo había cambiado de golpe sin decirle nada. Sabía que otras veces había salido del paso mintiéndole a Ricardo que sí, que iba a hacer lo que él quería. Pero antes todo era diferente. Ricardo se dejaba mentir. Ese loco que ella tenía encima ahora no era Ricardo. ¿O sí? ¡Dios! ¡Qué horror! ¡Pero si Ricardo es un hombre! ¿Por qué no puede ser así? ¡Qué horror!

Romina alcanzó a sacar un brazo debajo de una rodilla de él. Pero él la hizo dar vuelta boca abajo, se tiró sobre ella como para alcanzar algo debajo de la cabecera de la cama y sacó un alargacable que estaba enrollado. Lo desenrolló y le ató las manos a la espalda con el cable. Le dijo:

—No te muevas —y se levantó de la cama.

Ella trató de levantarse. Él le pegó un sopapo en la cabeza. Ella se quedó inmóvil.

Él fue al desván del departamento y trajo una soga. Puso a Romina boca arriba y le ató los pies a las patas de la cama. Le desató las manos y ató cada una a una pata de la cabecera. Romina lloraba y repetía: “¿Por qué me hacés esto amor?”. Él no contestaba. Preparó un trapo y lo puso junto a la mesa de luz. Romina pensó que era para taponarle la boca, y calló lo más que pudo. Él buscó cosas en la casa y le dijo:

—Te voy a taponar la boca porque voy a bajar a hacer las compras.

—¿Amor, qué me vas a hacer?

—Nada. Estoy esperando que estés lista para bajar a buscar un cliente.

—¡Amor! ¡No seas injusto! ¡Mirá, mirá lo que me estás haciendo! ¡Vos no sos así! ¡Vos no sos así! ¡Algo te está pasando!

Él le tapó la boca e hizo las compras. Romina trató de desatarse, pero no pudo. Cuando él llegó estaba extenuada. Él creyó que estaba vencida. Pero cuando se le acercó y le sacó el trapo de la boca, ella alcanzó a decir:

—Amor, dejame ir, no doy más. Por favor, dejame.

Pero él le agarró la cabeza de los pelos y le dio bofetadas con la otra mano. Sin parar. Al comienzo ella gritó. Pero después le agarró un terror demasiado fuerte. Sintió una debilidad general, como una fiebre y un dolor de cabeza atroz. Y empezó a decir:

—No, está bien, está bien. No voy a hablar más, no me pegues. Te juro que no hablo más.

Ella se puso a llorar muy quedo. Él volvió a atarle el trapo a la boca y dijo que salía y volvía en diez minutos, y volvió en diez minutos. Ella seguía llorando. Él le

sacó el trapo de la boca y salió sin decir nada. Volvió a los quince minutos. Cuando entró, ella estaba dormida. Ricardo la tapó con gran lentitud para que no se despertara, y se tiró a dormir en el piso, envuelto en una frazada, al lado de la cama. Pero el sueño se le escapaba. A las seis de la mañana alcanzó a dormirse y a las ocho se despertó. Romina seguía durmiendo. Ricardo desayunó pan con salami y dos duraznos. A las ocho y media Romina se despertó, le gritó:

—¡Ricardo, sacame de acá, mirá como estoy, no doy más!

Él se le acercó con actitud agresiva y se inclinó para agarrarle los cabellos.

—¡No, no, no me pegues! ¡Está bien, dejame así, está bien!

Él la tomó de los cabellos y le pegó dos bofetadas.

Romina empezó a llorar y a insultarlo simultáneamente, con voz suave, cansada, mezclada con el llanto:

—... Sos una basura... Sos un cafishio hijo de puta. Sos lo peor que conocí en mi vida... Esta me la vas a pagar. Te lo juro que me la vas a pagar... Así que vos eras el socialista... Socialista torturador. Hijo de puta.

De pronto, dejó de llorar, cobró fuerzas y gritó dos veces, bien alto y casi quebrándose la voz:

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta!

Él se puso nuevamente de pie y avanzó indeciso hacia ella. Ella dejó de insultarlo y siguió llorando. Él se sentó apenas unos segundos, le tapó la boca, dijo que salía a comprar pan y se fue veinte minutos.

Cuando volvió Romina miraba con sus ojos enrojecidos de llorar hacia el ventanal de su derecha. Él le desató el trapo de la boca. Era un día espléndido. Ella le dijo con voz enojada:

—Tengo hambre.

—Vas a comer cuando tengas tu primer cliente.

—¡Es la madrugada del domingo, no hay clientes a esta hora, vos me querés matar de hambre! Sos un sádico.

Ricardo tuvo un escalofrío de terror. La argumentación de Romina, el tono de voz, todo mostraba un primer atisbo de aceptación de ese destino que él estaba buscando imponerle. Le dijo:

—Son las nueve de la mañana. A las diez las plazas están llenas de gente y de tipos solos. En los bares de Libertador también hay gente. Si no a las once ya hay gente en cualquier lado. Tenés tu primer cliente y a la una estás almorzando opíparamente. Vas a haber hecho un ayuno de menos de 24 horas.

Romina calló largamente. Luego dijo:

—Dejame ir al baño por lo menos. Tengo ganas de hacer pis.

Él fue hasta la heladera, vació una botella de jugo de frutas de pico muy ancho que usaba para el agua, la llevó junto a la cama, destapó a Romina e hizo ademán de bajarle las medias y la bombacha.

Ella gritó:

—¡No! ¿Qué hacés? ¡Dejame ir al baño, yo no voy a hacer en eso!

—Entonces hacé pis en la cama si querés. No hay problema. Después lo vas a limpiar. Pero esperá que voy a poner un plástico.

Trajo tres bolsas de residuos y forcejó hasta que quedaron debajo del trasero de Romina. Romina dijo enojada:

—Poneme la botella.

Él le bajó la bombacha y las medias hasta un tercio de los muslos. Puso entre las piernas de ella el pico de la botella, que apenas cabía porque era muy ancho, y Romina empezó a orinar. Después él le pasó por las piernas y la vulva una toalla y la secó. Romina guardó silencio.

Él le dijo:

—No apuestes a que se pase el domingo, porque el lunes pienso pedir varios días de licencia en el trabajo. Ya avisé el viernes que tal vez pedía licencia para asistir a una conferencia sobre problemas de la traducción en Derecho. No sé si me creyeron pero me dijeron que no había problema.

—Amor, decime por qué me hacés esto. Solo quiero entender por qué me lo hacés. Vos nunca me pediste nada sin explicarme por qué me lo pedías. Pero ahora no me decís nada. No entiendo nada, amor. ¿Qué te pasa, qué te pasó? ¿Por qué me hacés esto?

—Vos no tenés que entender nada. Vos tenés que ser mi puta y se acabó. Va a ser un cambio enorme. Pero te vas a acostumbrar rápido. Todos nos acostumbramos a todo.

—¡¿Pero, amor, cómo querés que me acostumbre si ni siquiera sé por qué me pedís esto?! Cuando me enseñaste a nadar estuviste días explicándome por qué me iba a hacer bien. Yo no te creía pero a la larga vi que tenías razón. Y aprendí a nadar. ¿Y ahora que querés hacer que haga algo terrible, mucho más peligroso para mí que nadar, querés que baje a la calle y me convierta en una prostituta así no más?

Ricardo comenzó a sentir mareo y un cansancio atroz. Tenía miedo de enredarse en una discusión sin salida. ¿Podía arriesgarse a volver a ser él sin poner en peligro todos sus planes? ¿Empezar a argumentar no lo paralizaría de nuevo, justo cuando parecía a punto de lograr lo que se había propuesto? ¿Pero y si Romina tenía razón, si la argumentación era el golpe de gracia que faltaba para vencer su resistencia? Sentí unas ganas tremendas de llorar. Fui a la heladera, tomé de un solo envión una botella entera de agua fría. Le dije:

—La única esperanza de que vos pierdas la frigidez es que no cojas por el gusto de hacerlo, sino por deber. Y que no lo hagas con gente que conozcas o aprecies, como yo o Gerardo, sino con desconocidos. Por eso vos te masturbás pensando en desconocidos. Vos solo vas a poder disfrutar si no te ve nadie que te conozca cuando estás cogiendo, si el que te coge no sabe quién sos, cuán protestante sos, cuánto estás violando tus normas que prohíben el placer. En tu ideología no entra el placer por sí mismo, porque no tiene utilidad, no tiene meta. Todo el protestantismo está hecho así.

Solo existen dos objetivos: la familia y el trabajo. Un placer que no sirve para esas metas no debe existir en tu visión. No debe existir en la de ningún chupacirios de ninguna religión. Y como los chupacirios creen que se puede tener hijos y educarlos sin gozar del sexo, para ellos el placer es inservible. Pero vos vas a trabajar de cogedora, de puta, vas a coger por dinero. Así que vas a tener tu meta, no vas a “perder el tiempo”, como se suele decir. Y con ese dinero yo te voy a mantener. Pero la guita va ser toda mía. Yo voy a ver en qué la voy a gastar. Tal vez ni siquiera la gasto y si un día orgasmás te la doy toda junta, o una buena parte. Si me hacés trampa una sola vez te muelo a golpes. Yo no te voy a deber nada. Toda deuda que pueda contraer está amortizada de anticipado por el tiempo que te dediqué en estos dos años. Tal vez me quede con toda la guita.

Con voz más mimosa que llorosa, Romina contestó:

—Lo que vos querés es quedarte con la plata. Vos querés explotarme, porque te aburríste de mí. Porque no me querés más y porque necesitás plata. Y lo de mi orgasmo no te importa para nada.

—Entendelo como quieras. Pero dinero no me falta. Todavía tengo mis ahorros de los adicionales de “Facetas”. Pero no te voy a poner a trabajar de puta sin recibir ningún beneficio. El dinero va a ser mi placer en el negocio.

—¿No era que no te gustaba el dinero?

—Antes no, ahora sí. Por ahí me vienen ganas de viajar. No sé.

—No te creo nada de lo que me estás diciendo. Me estás haciendo una broma muy pesada.

Con un esfuerzo enorme me levanté de la silla, le tomé los pelos de la cabeza, pero ella empezó a gritar.

—¡No, eso no! ¡Por favor! Hablemos así no más como estábamos.

Cuando terminó le pegué dos sopapos.

—¡Te odio, me entendés! ¡Te voy a denunciar a la policía! ¡Cuando salga de acá te voy a denunciar a la policía!

Le até el trapo a la boca. Empezó a llorar. Le revisé las ataduras y el trapo. Me fui a comprar el diario, sin decirle nada. Lo fui a leer a la plaza Congreso. Tenía terror de que se desatara y me denunciara a la policía, pero estaba dispuesto a correr todos los riesgos. Estaba temblando, casi sin dormir. Quería que una larga ausencia mía la ablandara. Y quería salir de ese infierno en que se había convertido el Periscopio. Logré empezar a leer el diario. Aguanté unos quince minutos. De golpe me pregunté si no podía hacerse daño Romina, si no tendría problemas para respirar. Repasé la imagen que me llevé de ella antes de salir: respiraba perfectamente. En ninguna película que hubiera visto alguien se asfixiaba porque lo ataran de esa manera. El trapo ni siquiera le cubría la boca, la atravesaba por la comisura de los labios, justamente porque había tenido miedo de asfixiarla. Total si gritaba nadie la iba a escuchar en el Periscopio. Se lo había puesto para ablandarla, y porque no quería pegarle más.

Pude aguantar quince minutos más y volví al Periscopio. Todo estaba igual. Ni bien me vio entrar se puso a tratar de decir algo llorando. Le saqué el trapo, pero lo retuve a corta distancia de su boca, como para ponerlo de nuevo. Me dijo:

—Te amo, Ricardo. No me hagas esto. No seas injusto.

—Ni bien me digas que estás dispuesta a buscar tu primer cliente te suelto y una vez que lo tengas y cobres no va a haber más de estas historias.

Me senté. Empezó a llorar de nuevo. Dijo:

—Ricardo, a vos las putas nunca te gustaron. Siempre me dijiste que son frías. Vos me vas a largar ni bien me haga puta. Y yo me voy a quedar sin virtud y sin vos. No me hagas sufrir así. Me estás rompiendo la vida.

Sin virtud. Romina tenía eso, ese lenguaje arcaico y religioso que usado en otra circunstancia resultaba ridículamente impostado, pero que oído ahí tenía una fuerza arrolladora que me hizo sentir vergüenza hasta en la última célula de los huesos. Pero ya estaba embarcado en un mecanismo automático, que solo desconocía un movimiento, el retroceso.

—Si de verdad me amás vas a ser mi puta, como yo quiero.

Se hizo un silencio bastante largo. Y de pronto, lo inesperado, lo absurdo, la burla del destino:

—Si me jurás que no me dejás, lo hago. Lo hago hasta que te convenzas de que es absurdo, de que no sirve para nada.

El mundo se derrumbó dentro de mí. Sentí que la presión me abandonaba completamente, que estaba a punto de desmayarme. No quería ni que ella se hiciera puta, ni jurarle nada, porque en realidad me moría de ganas de no verla más, nunca más. Pero eso lo decidiría más tarde. Había planeado todo para varios días de asedio. Y en menos de 24 horas cedía la muralla.

—Te lo juro —le dije—. Pero vos no me hagás trampas.

—¿Qué querés decir?

—Ni con el dinero, ni con tu nuevo oficio. No quiero mentiras. Quiero ir sabiendo toda la verdad. Cómo te va, todo. La primera vez que te pases de viva te muelo a golpes. Si no, nos vamos a llevar bien.

—¿Cómo vas a saber que voy a venir con un cliente y no me voy a ir?

—Porque te voy a acompañar, y si me traicionás te voy a moler a palos.

—Vos no podés controlar mis movimientos en la calle.

—Ah, no, por supuesto. Si lográs escaparte, te escapás. No voy a andar persiguiéndote. Pero no vas a poder volver nunca más. Porque el primer día que vengas, primero te doy una paliza peor que todas las que te di hasta ahora, y después te llevo a sopapos a buscar un cliente.

Se quedó callada. Miró hacia el ventanal. Comenzaron a caerle grandes lagrimones. Me paré y miré por el ventanal en otra dirección, dándole la espalda. Empezó a llorar de nuevo. Ella que tan tarde había aprendido a llorar, estaba llorando sin ningún esfuerzo, sin impostación, sin falsedad, sin gritos siquiera, como para

poder prolongar por más tiempo la descarga. Era un llanto crucero, de alguien que se ha vuelto experto en descargar angustia, un ritmo de llanto óptimo como ni siquiera los niños pueden lograr, como tal vez solo una madre que ha perdido un hijo puede dominar. Duró más de media hora. Yo tomaba carradas de agua. Necesitaba tener la garganta en funcionamiento, para que no me doliera, porque parecía resonar en empatía con ese llanto que yo había logrado impedir que me arrancara lágrimas. No podía leer el diario, que los domingos era mi primera gran diversión. Finalmente empecé a comer un peceto que me había traído de una rotisería. Logré olvidar el llanto de Romina y empezar a leer.

Al mediodía paró de llorar, Dijo:

—Ricardo, prefiero irme ya. Está bien. No te voy a volver a ver más. Pero quiero irme ahora.

—No, no te vas. Yo tengo una semana de licencia. Vas a estar así, hasta que te decidas a buscar un cliente. Solo podés salir de aquí engañándome que vas a buscar un cliente. Por ahí lograrás escaparte. Por ahí zafas sin siquiera una paliza. Pero así no más no te dejo salir. Me vas a tener que engañar. Eso va a ser como una garantía de que no vamos a vernos más.

Yo empezaba a dudar por primera vez de mi salud mental. Cada vez que ella cedía un poco a mi exótico mandato de prostitución sentía un inmenso terror. Pero cuando se resistía me fastidiaba aun más y me llenaba de odio. Ella pareció percibirlo, porque abandonó el tema:

—Soltame por lo menos un rato. No me voy a escapar, pero quiero descansar. Me duelen las muñecas.

—Si te suelto voy a tener que pegarte a cada rato y con mucho riesgo. No quiero lastimarte.

—No, te juro que no hago nada. Me quedo quietita aquí. No me muevo de la cama.

—Se te va a ser más largo y más torturante así. Mejor que te decidas a ser mi puta y se acabó.

—Es que ni puedo pensar así como me tenés, Ricardo. Me estás pidiendo que cambie de vida y ni me dejás pensar.

—Lo mejor que podés hacer es no pensar —le dije, pero dudé.

—Soltame las manos nada más.

Le solté las manos. Se las llevó a la cara. Asombrosamente casi no tenía rastros de las bofetadas que le había dado. Pero se masajaba las mejillas como si le dolieran mucho.

—Dame agua.

Le di agua.

—Quiero comer algo, aunque sea poco.

—La regla es que no comés. La próxima vez que la cuestionás te ato de nuevo. Tratá de pensar sin hablar. Y decidite. No bien hayas tenido tu primer cliente vas a

comer y a descansar.

Romina guardó silencio y finalmente durmió, atada solo de las piernas, más de tres horas. Ya oscurecía cuando despertó. Pidió comida, lloró un poco. Finalmente dijo entre sollozos:

—Vos me vas a hacer puta, Ricardo. Me vas a hacer puta y te voy a odiar toda la vida, Ricardo. Mi Ricardo, ¿por qué? ¿Por qué?

Ya no me aterrorizaba el anuncio de su resignación. Me producía una tristeza infinita, una depresión instantánea que era como un anuncio de mi propia resignación. Nada más. Lloraba por dentro. No podía pensar, solo llorar por dentro, solo gritar en mi interior, para no tener que sacar nada afuera.

—Ya te dije por qué. Vamos a ser felices Romina. Aunque te parezca ridículo lo que te digo, vamos a ser felices.

—¿No me vas a dejar?

—No. De ninguna manera. Ni se me pasa por la cabeza —dije, sin saber si mentía o no.

—Pero dejame por lo menos estar desatada, pensar durante la noche. Ver lo que voy a hacer.

Le dije que no. A la noche la volví a atar de las manos también. Pasamos una noche idéntica a la anterior. Pero a eso de las tres de la mañana se despertó y quiso hacer caca. Le saqué sus llaves de la cartera y cerré la puerta del departamento con llave. La acompañé hasta el baño y me quedé parado, enfrente de ella y casi pegado a su cabeza inclinada mientras hacía. Después durmió hasta las diez de la mañana. No podía creer cómo lograba dormir tanto en esas condiciones. Pero me alegraba infinitamente que pudiera hacerlo. Odiaba el insomnio, que últimamente yo padecía cada vez más, y no se lo deseaba a nadie. Tampoco creía que pudiera vencerla por privación de sueño. Eso solo podía precipitar una locura, no una decisión.

No bien se despertó le desaté las manos. Me pidió que la dejara ir. Pero con poca convicción, y no insistió. Dijo que quería ver el diario porque necesitaba distraerse. Lo hojeó muy por arriba. Empezó a hacerme preguntas sobre lo que quería hacer con el dinero, si ella “trabajaba” para mí. Le dije que no sabía. Poco antes de mediodía me dijo que estaba “empezando a poder pensar en lo que me proponés”. Pero que quería comer para poder pensarlo bien. Le dije que eso lo íbamos a hablar cuando ella tuviera “ideas más precisas”. Pero bajé a hacer las compras para traerle algo, y aproveché para llamar a Turba, porque en realidad no había hablado nada de una licencia. Le dije a la gente de Personal que no iba a ir ese día porque tenía que hacer la mudanza de mi novia. Después compré en la rotisería dos porciones de peceto para ella, y una para mí. Cuando entré al departamento le pregunté si había pensado ya algo “definido”. Me dijo:

—No, nada. Pensé que me voy a poner a meditarlo. Pero antes quiero comer.

Abrí el paquete y le serví. Respaldada en varios almohadones, porque las piernas atadas le impedían estar más cerca de la pared, comió una porción y media y una pera de postre. Se la veía muy bien. Tuve el primer momento de alivio en 48 horas, y por unos minutos estuve casi alegre. Mientras ella comía me moría de ganas de acariciarla. Pero ni lo intenté: eso me evocaba demasiado la imagen del policía “bueno” que se alterna con el “malo” en las sesiones de tortura, y tenía terror de que Romina pudiera percibirlo así. Sentía que la única esperanza de salvar algo humano a partir de ese momento era que entre todos los atributos horrendos que Romina estaría descubriendo en mí desde aquel sábado infausto al menos uno estuviera reducido a su mínina expresión: la hipocresía. Pensaba que la sinceridad tal vez podría sacarnos más tarde del pozo interminable en el que estábamos cayendo.

Después de comer, todavía con las manos libres, se puso a dormir una siesta maratónica de las que solo podía dormir ella. A las dos horas más o menos comencé pese a todo a acariciarle la frente muy suavemente con los dedos. Luego con toda la mano, ambas mejillas. Se despertó e inesperadamente apretó su mejilla contra su hombro como para acariciar entre ambas partes mi mano. Me besó la mano. Nos besamos. Me dijo:

—Te amo, Ricardo. Quiero que entiendas que te amo. Aunque sea frígida o lo que sea. Te amo.

Yo seguí besándola para que no hablara más. Después me solté y me senté en la silla. Me dijo:

—Yo te pido que vos también reconsideres lo que me proponés, y lo pienses bien. Porque vos tampoco vas a poder arrepentirte más tarde.

—Ya lo pensé, repensé y mastiqué. Y no tengo ninguna duda.

—¿Pensaste también que me puedo agarrar enfermedades?

—Sí, Romina. Vas a coger exclusivamente con forro. Sin forro, ni que te regalen un banco con sucursales. Y para chupar una pija lo vas a hacer también solo con forro.

—Me puedo agarrar cualquier cosa igual.

—Con forro no, Romina.

—Sí que puedo.

—Si fuera así la prostitución habría desaparecido hace rato.

Empecé a sentir miedo, un miedo que no había sentido en esas 48 horas. Miedo a todo. A que ella se enfermara, a ablandarme y ser derrotado estúpidamente... y volver incluso a la rutina de nuestra convivencia frustrante. Más que miedo era en realidad una certeza de estar derrotado. Con terror comprendí de pronto que ya no tenía la convicción como para volver a pegarle a Romina. Le dije que había olvidado comprar algo para la merienda, le volví a atar las manos y me fui a pensar a la calle, lejos de ella. Sabía que aunque en el paseo no se me ocurriera nada ya habría logrado el objetivo fundamental: volver a atarla. Ya encontraría una excusa para volver a pegarle y retomar la iniciativa.

Cuando volví al departamento Romina dormía nuevamente. ¡Me iba a ganar por sueño! Eran las cinco de la tarde. La desperté acariciándole la cara y le dije:

—Romina, ya te conseguí un cliente ...

—No, no...

—Oíme. Es un bancario que estaba tomando sol en la plaza. Está esperando en el bar de la esquina. Le dije que vos sos maestra y a mí me echaron de un banco y que nos la estamos arreglando como podemos. Que vos no te animás a buscar clientes, y que lo hago yo por vos. Está dispuesto a pagar cuarenta dólares.

—No, amor, no, por favor. No me hagas eso.

La agarré de los pelos. Le dije:

—Romina, no me obligues a pegarte en serio. El tipo te está esperando en el bar de la esquina.

—No, amor...

Le pegué dos sopapos. Empezó a llorar desconsoladamente, rendida. Las últimas líneas de defensa de mi resistencia empezaron a aflojarse. Su llanto estaba desmontando todos mis planes como si fuera el puntapié de una niña desbaratando un rompecabezas armado con sumo esfuerzo. Estaba completamente atolondrado, sin fuerzas. Fui hasta la *kitchenette*. Mis manos comenzaron a hurgar en los cajones. No sabía qué buscaban, pero tampoco me importaba. Yo también estaba rendido. Quería que esas manos me condujeran, y no podía reprocharles que no me revelaran sus propósitos. Buscaron en todos los cajones, en la alacena, palpaban todos los objetos metálicos con rapidez, solvencia y decisión, como si sintieran que había llegado el momento del ahora o nunca. Finalmente encontraron un viejo batidor de crema. Lo tomaron, lo presionaron entre los dedos como si evaluaran la densidad del metal. Lo tomaron por el mango con un repasador y lo pusieron al fuego. Romina sospechaba que se preparaba algo. Pero no se atrevía a mirar a Ricardo. Emitía ya un llanto forzado, que era una excusa para fingir que no sabía que venía algo dramático. El batidor tardaba mucho en ponerse al rojo. Cuando finalmente estuvo bien al rojo, él se dio vuelta para acercarse a la cama. Romina estaba mirándolo, aterrorizada. Se retorció como para salirse de las ataduras.

—¡Ay, qué vas a hacerme, papi! ¡Qué vas a hacerme! ¡Por favor!

Él caminaba hipnotizado colocando el hierro al rojo en la visual entre los ojos de Romina y los suyos para expresarle a ella sin palabras lo que le esperaba. Ella estalló en una crisis incontrolada. Gritaba y se retorció.

—¡No, papi, por favor! ¡Hago todo lo que me pidas, todo, todo! ¡Papi! ¡Papi! ¡Sos mi amo, papi! ¡Te amo! ¡Sacame ya, ya que quiero bajar a ver a mi cliente para hacerte feliz! ¡Quiero cogerlo! ¡Te juro que quiero cogerlo para vos, papi! ¡Para que vos te des tus gustos y seas feliz, papi!

Él se detuvo cerca de la cara de ella, con el hierro menos rojo pero humeante. Y se quedó mirándola a través del batidor como un asesino, mientras una extraña descompostura porfiaba por derribarle la cabeza.

—Papito, dejame hacerte feliz, amor. Si yo quiero ser tu putita, ahora. Antes no lo había entendido, amor. Solo quiero ser tu putita y de nadie más, me oís papi. Decíme que me oís porque, si no, el cliente se nos va a ir. Y yo quiero traerlo acá, o que lo traigas vos, como quieras vos, papi. Pero quiero que me coja bien, sabés, amor. Porque si no, no voy a ser feliz, me oís, papito, porque si no no voy a poder ser tu puta para siempre como quiero serlo. Te amo, Ricardo. Te amo, mi cafishio del alma. Mi macho más macho. Mi amo. Mi rey. Mi patrón. Ni aunque me lo pidieras dejaría ahora de ser tu puta. Llamame tu puta, a ver, amor.

Al ritmo de las palabras de ella el mareo con aroma a cosa rancia y descompuesta que lo había asaltado se fue estilizando, afinando en una sola embriaguez, hasta convertirse repentinamente en una irrupción de energía, un asalto de calentura gigantesca e irrefrenable como una euforia. Ya no tenía tristeza, ni angustia. Estaba mareado de felicidad. Le estaban frotando el alma con ungüentos de felicidad. Él no había imaginado jamás que pudiera haber una sensación de plenitud tan gigantesca y que hubiera estado esperándolo todos esos años para llegarle ahora como una clamorosa recompensa. Pero tenía miedo de echar a perder todo si mostraba su entusiasmo. Le dijo despreciativamente:

—A trabajar, mi putita.

—Ya, ya, mi amor, ahora mismo. Como vos me mandes. Si querés me quedo atada acá y lo traés vos. Dame un beso que te amo.

Me le acerqué y me comió a besos. Refregaba su cara contra mí. Yo hacía esfuerzos gigantescos para no llorar, pero no sabía si era de felicidad o de tristeza. Miré sus manos. Lo notó y me dijo:

—No, no me desates. Quiero que me goces así, como vos querés. Mi felicidad es ser tu esclava, amor. Completamente.

Le apreté la cara contra la mía. Suspiró infinitamente y dijo:

—Amor, soy feliz. Pase lo que pase quiero que sepas que con vos voy a ser siempre feliz. Sos mi hombre. Mi verdadero hombre.

—Te amo.

Le dije que iba a ver si el cliente no se había ido. Bajé y traté de pensar qué iba a hacer. El cliente no existía. Lo había inventado para poder plantearle las cosas de una manera más concreta e ir llevándola así a la aceptación de la situación. Pero no había decidido qué camino tomar después. Podía intentar de veras encontrar uno. Fui ritualmente hasta el bar, como para convertir en verdadera la mentira. Fingí buscar al cliente. Y volví. Entré con cara de desesperado:

—No, no está, se fue. Puta que lo parió. Se ve que se cagó en las patas. Si lo encara una mujer un tipo está tranquilo, pero si aparece un hombre ya piensa que lo puede asaltar.

—¿No podés conseguir otro?

—No, este método no va a funcionar. A los tipos no les gusta que los vaya a buscar otro tipo. Vas a tener que ir vos. Yo te acompaño, pero de lejos.

Nuevamente un terror. Un nuevo terror, completamente desconocido: el terror a que todo se desbaratara. A que la sumisión que me acababa de prometer Romina fuese una mascarada. A que el éxtasis que había sentido hacía quince minutos hubiese sido un engaño. Pero, no. No lo era. Y ahí mismo, la sorpresa: nuevamente había dolor brutal, punzante, en el triunfo:

—Está bien, amor. Dejame arreglarme y bajamos juntos.

La desaté. No mostró la menor seña de dolor o de haber estado incómoda. Se acarició los lugares de las ataduras pero con indiferencia, casi como si quisiera mostrarme que en realidad no le dolía, ella que hacía un drama por un rasguño. Fue hasta el placard y empezó a buscarse ropa. No hablábamos ninguno de los dos. Se vestía rápido, como cuando nos apurábamos para no llegar tarde a un cine. Yo seguía atento todos sus movimientos. Ya no pensaba que se quisiera escapar. Simplemente quería captar qué sentía.

Actuaba con una decisión total. Se vistió de la manera más sexy que le había visto a esa hora aún no nocturna. Pero no exageró la exhibición del cuerpo. Pensé que era por temor a la policía. Pero no le dije nada. Fue al baño y empezó a maquillarse. De golpe se quedó mirando en el espejo. Me le acerqué en seguida con enorme temor a un desmoronamiento de ambos. Pero cuando le puse una mano en el hombro me dijo:

—No, dejá, ya me siento bien.

Se puso hermosa, de una hermosura intolerable. Sin la acentuación circense de las prostitutas de película. Pensé que sería capaz de arrastrar a la cama a un obispo. Me dijo:

—¿Puedo venir acá, no?

—Sí, claro, a la larga no es lo mejor. Pero las primeras veces nos conviene hacer así.

—Yo tengo miedo de estar sola con el tipo. Me puede hacer algo.

—Me puedo esconder en el desván, ahí hay lugar como para tres personas. Si le hago unos agujeritos a la puerta puedo ver todo, para salir si hay problemas.

—¡No, no! No quiero que veas.

—Bueno, pero no sé cómo te puedo proteger si no veo —le dije, completamente consciente de que ella sabía que yo quería ver por otros motivos. En primer lugar porque los cuernos me eran tanto más intolerables cuanto más me excluyeran.

—Bueno, la primera vez hagamos que veas. Pero después, no.

—De acuerdo.

Tenía que pedirle la agujereadora al portero, que hacía carpintería en su casa y tenía todo tipo de herramientas. Podría haberle dicho a ella que bajáramos juntos hasta la portería, en planta baja, para pedírsela. Pero tal vez era mostrar ya una inseguridad que después tendría que pagar muy cara. Tenía que correr el riesgo de que en mi ausencia llamara por teléfono a alguien. Con el corazón latiendo a martillazos bajé solo a buscar la agujereadora. Cuando volví Romina estaba todavía en el departamento. Leía la Biblia sentada en el sillón. Lo hacía en todos los

momentos de crisis. Al comienzo eso me había producido siempre una satisfacción extraña. Me producía tranquilidad, me daba de ella una imagen transparente, bella y a la vez culta. Pero en los últimos meses de hastío total por su frigidez yo aborrecía su Biblia.

No le dije nada y me puse a hacer agujeritos bien cerca uno de otro a media altura en la puerta del desván hasta lograr abrir una ranura horizontal bien estrecha de unos veinte centímetros de largo, desde donde se podía dominar la cama y casi todo el departamento. Solo un cuarto del espacio, a la derecha de la puerta de entrada quedaba fuera de alcance. La lijé bien y la oscurecí por dentro con un marcador negro para que se notara menos. Era fácil porque la madera era muy delgada. La había hecho a media altura para poder ver sentado en un banco, pero además eso le terminó dando un aspecto de buzón que hacía pensar menos en un espadero. Cuando vio que estaba terminando, Romina dejó la Biblia y se acercó a ver un poco. Le dije:

—Desde aquí no necesitás hacerme siquiera señas si estás en peligro. Yo lo voy a descubrir antes que vos. Pero tratá de no irte demasiado hacia aquel lado. Hay una parte, ahí, en la punta, que no se alcanza a ver. Tenelo en cuenta.

—No, igual no necesito ir para ese lado.

Me acomodé para probar mirando en el apostadero y le pregunté si se me veía. Me dijo que sí. Le pedí que se pusiera ella con mis anteojos en mi lugar. Luego sin los anteojos. Si uno prestaba mucha atención se notaba. Pero si no, no. Y asombrosamente se notaba menos con los anteojos. Le dije que directamente por las dudas no iba a mirar y lo usaría como respiradero adicional (la puerta tenía uno arriba de todo). Pero pensé que bastaría con apartarme rápido de la ranura si el tipo miraba en esa dirección. Le dije:

—Bueno, vayamos porque se nos hace tarde. Yo te acompaño de lejos, y ni bien veo que enganchás a alguien vengo rápido para acá. Vos tratá de hacer apenas un poco más de tiempo. Con que te demores cinco minutos más que yo, va a salir todo bien. Ah, no, mejor va a ser que me hagas alguna seña, porque tal vez creo que te lo enganchaste y después no pasa nada. Ni bien el tipo dice sí, haceme una seña. Si estoy detrás tuyo, hacé que te arreglás la parte de atrás de la blusa. Si estoy delante, te pasás muy lentamente un dedo por la frente como alisándote un grano.

¡¿Pero dónde diablos iba a “trabajar”?! Le había hablado de las plazas y las calles, pero lo único que conocía de eso era un extremo tremendamente bajo del oficio, las putas de Retiro y Constitución. Sabía que había putas independientes de mayor tarifa en los bares de Libertador y de Carlos Pellegrini. Pero entre esas había modelos y hasta minas de la oligarquía. Tenía terror de que Romina pudiera sentirse rebajada ante otras putas. Eso ya hubiera sido el colmo. En el fondo no había pensado jamás que llegaríamos a las vías de hecho y me había limitado a confiar en que ella misma elegiría su terreno. Pero me preguntó:

—¿A dónde vamos?

—¿Dónde pensás vos que te sentirías mejor?

—No sé, donde vos digas.

—Vamos a un bar de Libertador —no iba a correr el riesgo de ofenderla con menos que eso.

—Pero son muy caros ...

—M'hijita, es una inversión... Además no vas a cenar. Tomás un trago o una gaseosa.

—¿Y cuánto cobro?

—No tengo la menor idea de cuánto cobrarán las de esos lugares. Pero supongo que te podés tirar a sesenta dólares e ir bajando si se pone duro. Pero hazlo aunque sea por mucha menos guita. Porque no hay oficio donde no haya que pagar derecho de piso. No corras el riesgo de perder el cliente por jugarte a sacar mucho. Pero eso sí, siempre cobrá antes de que el tipo te toque. Le decís “me pagás, por favor”, o lo que se te ocurra y solo después te desvestís. Toda vez que no lo hagas te vas a quedar sin cobrar y te van a tomar de boluda. Después de que te cogió no tenés forma de hacerlo pagar. Y nadie respeta a una puta que no sabe cobrar. Puede hasta ser riesgoso.

A la hora de la consumación había recordado historias de putas amateurs que se quedaban a menudo sin cobrar, y se me ocurrió que Romina iba a estar con unos nervios que la podían hacer pasar por la misma situación. Puse sobre la mesa de luz una caja de forros importados que había comprado el viernes, y reiteré mis advertencias de “sin-forro-nada-jamás”. Le puse tres forros en la cartera “por las dudas”. Le dimos algunos arreglos a la cama y al departamento. Recogí un libro para hacer que leía en el bar y le di a Romina el diario, porque pensé que un libro podía espantarle algún tipo de cliente. Creía que ya estaba todo listo y nos disponíamos a bajar, cuando me preguntó:

—¿Y cómo hago?

Había tenido tanto la esperanza de que no me lo preguntara que había borrado el tema de mi conciencia. Ella me había hablado alguna vez de putas en los medios de las muchachas del interior y en el ambiente de la pensión. Me imaginé que se las podría arreglar.

—Te fijás si alguno te juna con ganas y, si no, elegís vos alguno que te interese y lo mirás muy alevosamente y le sonreís y no parás hasta que te lo levantás. No sé cómo hará ese tipo de profesionales en esos bares. Pero si se pone remolón, directamente hacele una seña de invitación a que se siente en tu mesa. Si no es el estilo de ahí, mala suerte. Siempre se puede innovar. Jugate el todo por el todo. La primera vez forzosamente vas a sentirte ridícula, la pegues o no. Vos pensá que vas a ser ridícula y que igual te vas a ir con tu cliente y tu dinero y vas a haber ganado un oficio, aunque al tipo le parezcas medio atolondrada. Pensá solo en vos. Aclarale cuanto antes que le vas a cobrar. Si querés decile que estudiás cosmética o algo así y que hacés esto ocasionalmente para pagarte los estudios. Decile que solo lo hacés con los que te gustan mucho, aunque el tipo sea un monstruo de 120 kilos.

Oyó todo tan callada que empecé a dudar si me lo había preguntado porque de verdad estaba dispuesta a pasar a la acción, o porque quería darme la impresión de estarlo, así me confiaba y podía escaparse. Le devolví sus llaves y bajé con ella en el ascensor con la mente completamente en blanco, incapaz de saber exactamente qué era lo que más temía en ese momento. Al llegar a la vereda Romina no intentó escapar ni pidió auxilio. Pero algo me decía que todavía lo estaba considerando en su cabeza. No había taxis a la vista. No quería dejarle la libertad terrible de tener que decidir no escaparse, ni desconocer su decisión presuntamente ya tomada de obedecerme, agarrándola del brazo. La iba tocando entonces casi imperceptiblemente en el brazo y en los hombros como hace uno cuando empieza a cortejar una mujer. Bajamos de la vereda a la calle, para buscar el taxi.

Era increíble que a las siete de la tarde no hubiera taxis en Avenida de Mayo. Romina caminaba delante de mí. Yo miraba más bien a los que iban por la mano de enfrente porque ella me tapaba con el cuerpo los de nuestra mano. De pronto Romina se echó a correr para adelante. Quedé paralizado y sentí una felicidad increíble, la más inesperada que me tocó vivir en mi vida. Romina estaba huyendo de mi tenaza.

Y de golpe, todo pareció más confuso. Romina levantó el brazo derecho bien alto. Un taxi paró al lado suyo, a diez metros de mí, y vi que Romina se acomodaba al fondo del asiento y dejaba la puerta abierta para que subiera alguien más: yo. Por primera vez sentí que mi vida y la de ella estaban moviéndose de verdad hacia esa dirección siniestra que me había sentido compelido a tomar y que lo hacían no por un mero capricho mío, sino porque algo oscuro en esa relación había buscado ese destino desde el primer momento. Romina acababa de elegir seguirme en esa travesía loca quizá solo por no perderme. Ella podía haber escapado, y tal vez había buscado dejármelo meridianamente claro con su corrida. Alguien más seguro que yo se habría sentido en ese momento infinitamente amado. Yo sentí sobre todo una fuerza desconocida en Romina, una fuerza tal vez no superior a la que yo había debido crear en mí para ese asedio de dos días pero sí muy diferente a esa y absolutamente inalcanzable para mí y para cualquiera de mi sexo. Porque lo único que yo alcanzaba a captar de ella era que se trataba de una fuerza de mujer, sin lugar a dudas, hecha de otros elementos, otros códigos, otras razones.

Al subir al taxi tenía ya por primera vez desde que salía con Romina la sensación física, íntima, intelectual y afectiva de que éramos dos personas. De que nada que pasara sería de mi sola responsabilidad, aunque mía fuera esa huella imborrable: la culpa. Me sentía tremendamente acompañado, y en esas condiciones pude decirle al taxista la barbaridad que tenía que decirle.

—Mire, somos periodistas y tenemos que hacer una nota sobre prostitución. Ya anduvimos por varias plazas. Llévenos a los bares de Libertador donde van esas chicas.

De unos sesenta años y seguro ante una larga experiencia en ese campo, el tipo dio sin embargo muchas vueltas para contestar. Pero finalmente nombró varios bares

“que tienen esa fama”. Le pedimos el que tuviera más gente. No sabía cuál era. Que eligiera entonces según “su corazonada”. Nos llevó a uno que quedaba en una esquina de Libertador.

Romina no me soltó la mano en todo el viaje. Pero no me miraba. Miraba hacia adelante todo el tiempo. Uno podía sentir físicamente que estaba pensando. Pensando como nunca en su vida. Yo rogaba que todo le saliera bien y rápido, y que yo tuviera el coraje para no abandonarla nunca o, si no, que fuera ella la que me dejara por algún ricachón. Cuando bajamos del taxi cerca del bar —le pedimos que no nos dejara enfrente— se me adelantó un paso, me paró con la mano y me dijo:

—Te quiero decir algo. Quiero que sepas que esto lo hago porque te amo. Podría haberme escapado cuando encontré el taxi. Pero no quise hacerlo porque no quiero perderte, Ricardo. No quiero perderte. Quiero que te acuerdes para siempre de esto que te digo ahora. Porque con esto que voy a hacer no sé qué puede pasar mañana con mi vida. No sé en qué va a terminar todo esto. Pero pase lo que pase, quiero que siempre recuerdes que lo hice porque te amo, nada más que por eso.

Me sentí la última basura del mundo. Con un torniquete en la garganta le dije:

—Lo sé, amor. Lo sé perfectamente. Es lo que tengo más claro de todo esto.

—Decime que me amás.

—Te amo más locamente que un loco de remate.

—¿Me querés?

—Te quiero, te quiero muchísimo.

De pronto se puso tensa, respiró hondo como cuando se metía en el agua para aprender a nadar, me dio un beso rápido, dio medio vuelta y se fue al bar. Esperé cinco minutos larguísimos y entré yo también.

El bar era un semicírculo un poco más chico de lo que yo esperaba. Había una columna en el medio que escondía de la vista del cajero y de quienes estaban en el mostrador una mesa vacía que tenía arrimada a ella. Romina se había sentado junto a la puerta de entrada, al comienzo del semicírculo, un poco demasiado lejos de todo el mundo, pero podía ver de ahí todo el bar, que tenía un tercio de las mesas ocupadas. Me senté en la mesa de al lado de la columna, perpendicular a la posición de Romina. Suponía que podría seguir desde ahí todo sin que me vieran de la caja y me sospecharan cafishio. No le había mencionado el tema de la policía a Romina. Pero tenía terror de que nos descubrieran.

Romina estaba leyendo el diario. Lo leía demasiado, sin levantar la vista. Ni siquiera le habían servido. Había una mujer sola, rubia, despampanante, pero desagradable, que parecía el paradigma de puta del lugar. Tendría unos 35 y estaba sentada de espaldas al mostrador, casi paralela a Romina pero alejada de la ventana y por eso más cerca del centro del bar. Después había un par de grupos, dos tipos solos en la barra, a los que Romina les daba la espalda y un tercero en la otra punta del

ventanal, el único al que Romina podía mirar. El tipo estaría bordeando los cincuenta, pero no tenía canas, tenía pelo bien negro y no era ni feo ni lindo. Me parecía que la ubicación de Romina era pésima, pero que haberse puesto de cara a la barra habría sido peor. Había tenido mala suerte.

De golpe Romina frunció terriblemente el ceño y levantó la mirada hacia el tipo solo. El tipo desvió la mirada hacia la ventana. Romina se quedó mirándolo y hacía esfuerzos terribles para relajar el rostro que solo desembocaban en una mezcla de morisquetas y tics. La imagen era calamitosa. Yo sentía una vergüenza atroz y me odiaba por haberla metido en todo eso. Ella luchaba a brazo partido con sus nervios y estaba perdiendo la batalla. De golpe apoyó la cabeza en un brazo y leyó así el diario, mirando a cada tanto al tipo. En esa posición yo ya casi no podía ver su rostro, pero parecía mucho más tranquila. El tipo la miró un par de veces furtivamente pero luego volvió a apartar su mirada.

Romina llamó a un mozo, le pidió algo, se levantó, quedó de cara a mí y registró por primera vez mi presencia, pero no me hizo ninguna señal. Se fue directo al baño. Cuando volvió tenía ya una Coca-Cola en la mesa. Se sentó y tomó Coca-Cola mientras hojeaba el diario. Por la otra puerta, detrás del tipo solo, entró otro tipo solo, de unos 35 años. Era más bien flaco, de cara alargada, rubio, de pelo muy lacio, nariz recta y una pinta impresionante. Podía ser un actor de teleteatros, pero como supuse que yo no podía tener tanta mala suerte junta, me imaginé que sería un comerciante de ropa bacana. No bien lo vi empujar la puerta de vidrio temblé de miedo.

Quedé tan atemorizado que tardé interminables centésimas de segundo en reaccionar dirigiendo la mirada hacia donde me interesaba, hacia Romina. Solo logré hacerlo cuando vi que la mirada de él parecía dirigirse justamente a ese mismo lugar sensible. Alcancé a ver con un puntazo brutal en el corazón que ella estaba bajando la cabeza, sin duda alguna después de haber captado la mirada de él, y con una naturalidad completa que le había faltado totalmente hasta ese momento. Mi corazón empezó a enloquecerse. Si no hubiera temido desbaratar todo, me habría levantado por lo menos para ir al baño, a gritar un poco, a descargar los nervios.

El tipo se sentó en medio del bar en diagonal a Romina. A menor distancia tenía a la rubia. Tuve por un instante la esperanza cobarde de que se quedara mirando a la rubia. Pero le pasó como por encima con la mirada e hizo señas hacia el mostrador para que lo atendieran. Inmediatamente después puso cara de distraído y miró para la derecha hacia la ventana, en dirección del otro tipo solo. Romina seguía leyendo el diario, sin la menor muestra de nerviosismo. Tuve la esperanza improbable de que ella hubiera decidido abandonar el emprendimiento por considerarlo imposible y sabía que yo no iba a reprochárselo en esas condiciones. El rubio fue girando lentamente su cabeza desde la zona del otro tipo hacia la izquierda hasta dejarla estacionada en dirección de Romina.

Romina giró la cabeza para dar vuelta una página del diario, y con una velocidad, soltura e intensidad completamente pasmosas y contradictorias aprovechó el gesto

para clavarle al tipo la mirada por un instante. Yo no lo podía creer. Esa no era una puta buscando un punto. Esa era una hembra expertísima levantándose un tipo como Dios manda. El alma se me retorcía. No sabía si el súbito aplomo de Romina era porque el tipo tenía tanta pinta que le había interesado en serio y le había hecho descubrir la técnica de golpe o porque él la había mirado al entrar de tal manera que le había hecho sentir que ya había ganado y solo era cuestión de esperar. En los dos casos Romina volaba ya con sus alas y yo me sentía un suicida ridículo.

Lo que siguió fue como una tortura china, minuciosa, insoportablemente lenta y sistemática, que tuvo momentos al gusto de Sade y Masoch en que uno terminaba excitándose con su propia destrucción. Romina dio vuelta otras páginas del diario. Le siguió echando miradas al rubio. De golpe se dejó de ocupar de él. Pareció ocuparse del primero, que no le había mostrado interés. Fue arreglándose el pelo con una sensualidad intolerable, y haciendo con las manos, los dedos o el cuerpo todo tipo de gestos minúsculos, delicados, sutiles como una caricia, que terminaron por hacerme olvidar a mí mismo que estaban dirigidos a otro y me despertaron una calentura atroz. La misma que imaginaba que tendría ella en ese momento para poder actuar así. El rubio se empezó a mover un poco en su propia silla. Finalmente Romina giró la cabeza con suma delicadeza y le clavó la mirada al tipo sin soltarlo durante un lapso inconcebible. De golpe apartó la mirada, sacó un estuche de la cartera y empezó a pintarse los labios con cronometrada parsimonia, y haciendo unas muecas tan perfectamente sensuales con los labios y la lengua que yo no sabía si reírme o llorar. Pero mis ganas eran definitivamente de llorar. Me preguntaba si no estaba soñando. ¿Cómo no se llevaban en cana a una mina que era una concha caminando? ¡Era como si estuviera cogiendo ahí en la mesa! ¿En ese bar valía todo?

Cuando Romina guardó el estuche el rubio se paró y se acercó a su mesa. Cambiaron unas palabras, ella sonrió con aire de superioridad, sacó su cartera de la silla que daba frente al ventanal para que él se sentara —de espaldas a mí— y charlaron durante interminables minutos. O mejor dicho le habló él. Porque ella ya no se molestaba en lo más mínimo en hablarle o en seducirlo. Más bien mostraba una desenvoltura, una seguridad y una picardía que resultaban seductoras en sí mismas. A eso de los diez minutos empezó sin embargo a reír seguido, y volvió a hacer algunos ademanes sensuales. Se tiraba el pelo para atrás, del lado de su cabeza que daba a él —y a mí—, con la mano en posición invertida respecto de ese usual gesto femenino: no con la palma en sentido del movimiento sino con la palma hacia el tipo, como avanzando a contramano, hacia atrás, y los dedos bien abiertos como si buscara abrirse los pelos para que se le secaran en lugar de estirarlos simplemente hacia la mesa. El gesto me sonaba familiar pero estaba segurísimo de que a ella no se lo había visto hacer jamás. Me parecía de una originalidad apabullante. Y sentía la intolerable certeza de que no podía haberlo descubierto en ese instante y que lo habría usado solo en ocasiones en que su nivel de interés sexual hubiera llegado a cierto punto que yo no conocía.

En un momento empezó a hablar más ella y negó con la cabeza varias veces mientras sonreía pícaramente. De golpe me pareció ver que se pasaba el dedo por la frente como alisándose un grano. Comencé a temblar. Pero me dije que no, que se habría olvidado de que esa era nuestra seña. ¿Cómo se habría podido acordar de que yo existía después de haber protagonizado ese espectáculo de seducción sin dirigirme la mirada una sola vez? Pero, no. Ahí estaba de nuevo el gesto. Por algún motivo Romina había decidido seguir las leyes de hierro de la buena comunicación y había sido suficientemente redundante en el mensaje como para que no hubiera confusiones. El gesto no encajaba en nada de lo que había estado haciendo antes.

No cabía duda. ¡Me estaba diciendo vamos! Llamé al mozo con una tristeza inconmensurable, mezclada con el mezquino consuelo de que después de todo Romina se hubiese acordado de mí, hubiese cumplido nuestras consignas y no hubiese preferido marcharse directamente con el tipo a otro lugar, que después de todo era una opción autorizada implícitamente por mi gesto de ponerle tres forros en la cartera.

Me había demorado tanto en aceptar como auténtico el mensaje que no tuve paciencia para que viniera el mozo. Me levanté y pagué en la caja. Salí del bar temblando a buscar un taxi. ¡Me costaba enormidades dejarlos ahí solos en el bar aunque sabía que dentro de unos minutos iban a estar cogiendo directamente ante mí! Por suerte o desesperación logré llegar al Periscopio en quince minutos. Tenía miedo de cometer un error, de no soportar lo que iba a ver, de arruinar todo el plan, o si no, la vida de Romina y la mía, en caso de que todo saliera bien. Me encerré en seguida en el desván.

Los minutos empezaron a convertirse en chicle. ¿Por qué no venían? ¿Se habrían ido a otro lado? ¿Romina lo quería enganchar como novio y me había tomado el pelo haciendo que me fuera? Estaba en una oscuridad total, pero alcanzaba a ver un poco el Periscopio iluminado por el resplandor de la ciudad que entraba por los ventanales. Los dos respiraderos que tenía ahora la puerta debían bastarme en condiciones normales. ¡Pero al ritmo que estaba respirando podía asfixiarme en minutos! A cada tanto abría la puerta. Esa puerta solo se cerraba con llave. Yo había guardado la llave para no tentar a Romina a que me encerrara y tendría que sostener la puerta todo el tiempo por un tornillo larguísimo que fijaba la perilla y entraba para adentro. Estuve abriendo y cerrando la puerta hasta que me cansé y la dejé entornada. De golpe oí el ascensor, la cerré espantado, pero no era para mi piso. Finalmente no aguanté más y cometí la locura de ir hasta la mesa de luz a prender la luz: ¡habían pasado 25 minutos desde que había llegado! ¡Cómo podían tardar tanto si el tipo debía tener un flor de auto!

Me encerré de nuevo en el desván empecé a pensar qué haría si no venían, y en eso oí de nuevo el ascensor. Bajaba. Después subió. Llegó hasta mi piso. No pensé más. Tuve solo un vago miedo de que se me parara el corazón. Oí la llave dando vuelta en la cerradura. Tuve una imagen instantánea de Romina entrando sola porque

el rubio no había querido ir. Pero ni bien se encendió la luz oí la voz de Romina que le decía “pasá”, y el tipo entró detrás de ella y se puso a recorrer con la mirada todo mi Periscopio. La madera del desván era tan fina que se oía todo perfectamente.

Iba a apartarme de la ranura pero pensé que solo me convenía hacerlo si el tipo dirigía la mirada muy directamente para ese lado. Pero en su inspección no pareció registrar la ranura. Ni siquiera el desván. Romina le dijo “solo tengo pisco para ofrecerte”, y el tipo aceptó. Se lo trajo y quedaron ubicados ella de espaldas y el tipo frente a mí. Si se acercaban un poco más dejaba de verles las cabezas. Pero no lo hicieron. Mientras el tipo tomaba, ella se sacó la blusa. No podía creerlo: ¡Por qué carajo tan rápido! ¿Cómo sabía que las putas actuaban así? ¿Pero y la guita? Ahí oí:

—¿Me pagás?

Sonó extrañísimo. Como la materialización abrupta de una extraña femineidad que remataba todo el despliegue de solvencia seductora que Romina había mostrado en el bar. Mientras el tipo buscaba el dinero ella llevó su mano derecha hasta la nuca e hizo un gesto aparentemente descuidado, que yo le conocía muy bien y que lograba siempre distribuir su cabellera alrededor del hombro. Podía ser una simple forma de hacer tiempo hasta que él encontrara los billetes. Pero ella no podía ignorar que tanto el gesto como su resultado eran de una belleza hipnótica cuando tenía, como en ese momento, los hombros descubiertos.

El tipo sacó del bolsillo lo que me parecieron dos billetes y se los dio. ¿Dos de veinte? No había alcanzado a ver, pero billetes de veinte había muy pocos en circulación. ¿No se habría vendido por veinte dólares, no? El tipo le pidió música. Ella prendió la radio y buscó música bien ruidosa. La puso bien alto pero el tipo le pidió que la bajara, y la bajó hasta dejarla casi inaudible.

Mientras el tipo comenzaba a desvestirse junto a la cama, Romina salió de mi visual para ir al placard, aparentemente para guardar los billetes. Pero cuando volvió estaba además desnuda. ¡Completamente desnuda! Sentí que el universo entero comenzaba a acelerarse en un vértigo tétrico. Había tantos golpes adentro de mi cuerpo que no sabía siquiera qué estaba sintiendo yo. Romina dudó un instante en el medio del salón y el tipo le hizo seña de que fuera hacia él en lugar de meterse en seguida en la cama. Mientras iba hacia él noté que llevaba un profiláctico en la mano. Pero el tipo no estaba todavía en condiciones de ponérselo. Entonces sentí un dolor agudo en las tripas y vi cómo él la acercaba con los brazos hasta pegarla a su cuerpo y empezaba a refregarse contra ella. Buscaba besarla en la boca pero ella desviaba el rostro hacia los costados. ¡Bien, Romina! Pero fue apenas una oscilación de unos segundos, porque de inmediato ella empezó a refregarse contra él con una fruición que le debe haber hecho olvidar al tipo su deseo de besarla como a mí me hizo olvidar que conocía esos movimientos perfectamente y sabía cuánto podían prolongarse sin conmovér en nada la frigidez de Romina. Me puse loco. ¡Se refregaba contra él como una gata en celo! ¡Como una hembra cabalgando hacia la felicidad! ¡Era para matarlos a los dos! En lugar de la excitación que me invadía cuando me

entregaba al fantaseo pornográfico con imágenes como la que estaba contemplando ahí tenía ahora un odio gigantesco, desafortunado, un odio que solo podía apoyarse en el axioma frío y despojado de que ella debería estar gozando pero que no me permitía sin embargo de ninguna manera representarme su goce como me lo representaba en mi pornografía, y ni siquiera recordar que ella era frígida: no dejaba lugar en mi cabeza para otra cosa que para la propia imagen desnuda, externa, muda y extrañamente real de esos cuerpos entrelazados y para el deseo asesino que desencadenaba en mí. ¿Cómo representarme su calentura si solo quería cagarlos a tiros a los dos!? Sentí la certeza física de que yo podía clavarle una puñalada a ese tipo cuando Romina apartó sus caderas de él para agarrarle la pija y acariciársela. Pero cuando yo ya estaba tratando de imaginar qué podía hacer para no terminar abriendo la puerta y acuchillarlo, ella le dio el profiláctico, y la función profesional y sanitaria que el gesto y el propio objeto evocaban puso una pausa en el vértigo. El tipo agarró el profiláctico y los dos se metieron en la cama. Se apoderó de mí una velocidad absolutamente diferente, húmeda, íntima, espantosa, un sentimiento de inminencia trágica, crucial, un golpeteo infernal, desgarrador, un terror al contacto y a los roces que se convirtió en galope incontenible por mi pecho cuando él estuvo ubicado encima de ella y los brazos de ella subieron contorneando los de él hasta alcanzar sus hombros. Un revuelo en mi pecho pujaba por subirme hasta la boca en un estallido brutal. Pero justo cuando sentí que algo tremendo estaba por pasar, los movimientos de él y los de ella alcanzaron un número suficiente de reiteraciones para que la sospecha de una carencia insanable se dibujara contra el fondo de mis retorcimientos: solo entonces tomé conciencia de que no había pasado nada, no estaba pasando nada, ni podía llegar a pasar. Romina no había volteado su cara hacia la pared ni una sola vez, no se había quejado con desagrado como si tuviera una presencia molesta encima de ella, ni había exployado su aburrimiento de ninguna de las maneras que yo le conocía, pero tampoco había mostrado nada remotamente parecido a una verdadera calentura, ni siquiera comparable a lo que era capaz de sentir conmigo. Tuve una sensación de *déjà-vu*, de eterno retorno devorándose las emociones con aburrimiento. Y entonces, cuando ya todo mi cuerpo y mis vísceras se empezaban a relajar, cuando ya todo insinuaba una rutina propiamente comercial, cuando las manos de ella descansaban sobre las muñecas de él como para ayudarlo en su trámite hasta un pronto final, los pies de ella empezaron a treparse por las piernas de él, a frotarlo con una delicadeza distraída, luego con insistencia atenta y finalmente con una solicitud inconcebible, insoportable, inesperadamente metódica. A los pies los siguieron las rodillas, luego las piernas, que buscaban refregarse de una extrañísima manera contenida contra las piernas de él, y todo el movimiento reptante fue subiendo por el cuerpo de ella hasta alcanzar sus hombros, que se frotaban contra él como solo en las mejores ocasiones lo habían hecho contra mí, mientras su rostro, que pareció oscurecerse como siempre lo hacía en esos raros momentos, se volteaba hacia el desván a desplegar en torno de sus ojos cerrados la única rigidez que

sobrevivía en ese cuerpo ondulante. Entonces sí, algo de mi vieja avalancha pornográfica estuvo a punto de empezar a galopar. O galopó, aprisionado entre los nervios que se me retorcían por dentro con el mismo ritmo con que todo el cuerpo de ella se enroscaba y viboreaba contra ese hijo de puta. Hasta que pronto entre los pliegues de una tristeza abrupta que me fue aplastando contra mi asiento noté que la energía abandonaba a Romina con la misma puntualidad obstinada que yo le conocía y el serpenteo moría entre los movimientos mecánicos acudidos en su socorro. Su rostro, que se había dirigido hacia arriba en busca de inspiración, se volteó nuevamente hacia el desván, con unos ojos abiertos que sin duda querían decir “¿ves que no pasa nada?”, pero que por eso mismo parecían creer que todo podía pasar. No sé qué habrá podido sentir el tipo, porque acabó inmediatamente después.

No sabía si alegrarme o entristecerme. Por lo menos no había llegado al éxtasis con el primer tipo. Pero no cabía duda de que había cogido con él de verdad, dejándose llevar hasta donde había podido. Yo no se lo había pedido ni ordenado, explícitamente. Solo porque creía que si lo hacía se lo haría más difícil. Ella siempre había preferido no ver las manos de los magos cuando hacían un truco. Le había dicho que la haría puta para hacerla orgasmar y eso debía bastar. Porque al mismo tiempo había querido excitarla someténdola totalmente a mí, y una orden que dijera “gozá con tus clientes” se contradecía con ese sometimiento. Pero nada parecía estar saliendo como lo había querido. No había visto sometimiento a mí sino deslumbramiento ante un hombre que sin duda le gustaba y que no era yo. No había visto un verdadero arranque sexual sino un despegue frustrado como todos los que había vivido conmigo. ¡La pérdida absoluta de todo nuestro magro tesoro de intimidad no se había visto siquiera compensada con una promesa de verdadero orgasmo! Pero ahora que estaba en el baile tenía que seguir bailando.

El tipo se vistió rápido. Romina bajó a abrirle la puerta. Y volvió. Yo la esperaba sentado en un sillón. No bien entró, me dijo, muy seria, con cara que no supe interpretar si era de tristeza o de miedo pre-examen:

—¿Estuve bien?

Una gran parte del sentimiento de frustración, odio e impotencia que yo tenía se esfumó. Solo unos celos punzantes parecían resistirse a ser barridos por la pregunta tranquilizadora de Romina. Le dije con el mejor tono que pude encontrar:

—Bueno, me parece que vos misma te habrás dado cuenta de que te fue muy bien.

—¿Por qué?

—Me pareció que la pasaste muy bien. Para ser la primera vez, notablemente bien.

—¿Por qué decís eso?

—No sé. ¿La pasaste mal?

—No. Pero lo decís como si me hubieras visto en el paraíso —dijo con cara entre enojada y decepcionada por mi ingratitud—. Estaba nerviosísima. En el bar me sentía

muy mal todo el tiempo. Acá me tranquilicé un poco porque sabía que vos estabas ahí y no había nadie más.

—Pero es impresionante cómo podés controlar lo que pasa adentro tuyo. Porque en el bar cuando entró el tipo este empezaste a actuar con un aplomo asombroso. Antes se te veía muy nerviosa. Pero yo creo que desde que entró este tipo hasta ahora fuiste otra persona, actuaste como una experta en todo sentido. Yo no lo podía creer.

—¿¡Vamos, qué decís!?

No me lo decía con cara de “no seas zalamero”. Me lo decía furiosa. Ofendida. No cabía duda de que sentía que la estaba tratando de puta o de infiel. Pero esas dos cosas eran para mí muy diferentes y no tenía forma de averiguar cuál era la que ella sentía. Se suponía que yo tenía que callar y no mostrar celos. Pero era ella la que me había preguntado cómo había estado.

—Romina, no sé por qué te enojás. Vos te habrás sentido mal, pero visto desde afuera parecía que estabas muy interesada en el tipo, y cuando cogiste parecía que disfrutabas por lo menos tanto como conmigo en tus mejores momentos.

—¿¡Pero qué estás diciendo!? ¿¡Qué tenés en la cabeza!? ¿¡En qué te creés que estaba pensando todo el tiempo!?

—No tengo forma de saberlo, Romina.

—En nosotros estaba pensando. En vos y yo. En si a vos te iba a parecer bien. En si el dinero te iba a poner bien. Si te iba a hacer feliz.

¿Yo tenía que caer en el ridículo de recordarle que el dinero no era el principal móvil en toda esa historia? ¿Tenía que recordarle que debía superar la frigidez, cuando parecía haber hecho en mi presencia lo que estaba a su alcance para lograrlo? ¿Íbamos a tener que vivir todo eso hasta el final sin hablarlo nunca, con ella fingiendo que no gozaba mientras trataba de gozar y hasta tenía sobrado éxito en el empeño y mientras yo simulaba que estaba simplemente alegre porque mi método resultara efectivo, aun a costa de mis tripas? ¿Era la mentira la base irrenunciable de la sexualidad de Romina? Probé salir de la trampa:

—Aquí hay más en juego que el dinero.

—¿Ahora no me vas a decir que no te interesa que cobre?

Imposible escapar.

—¿Cuánto te pagó?

—Ciento cincuenta.

—¡A la mierda! ¿No le ibas a pedir setenta?

—Tenía pinta de tener mucha plata. Le dije que estaba haciendo una “promoción” a ciento cincuenta porque se acerca la primavera.

—¡Qué promoción!

—Me pidió que le rebajara. Pero le dije que no. Que ya era un precio rebajado. Que normalmente cobro doscientos. Y al final dijo que sí, y vinimos.

—¡Muy bien hecho! —estaba admirado de veras, o en verdad muchísimo más que eso, estaba orgulloso, muy orgulloso. Me moría de ganas de decirle que se guardara

todo el dinero. Pero todo había salido bien en contra de todas las previsiones y tenía miedo de tocar aunque fuera ligeramente el inconcebible equilibrio que había permitido el éxito. Pensé que ahí mismo me iba a dar el dinero. Pero se quedó callada.

—¿Y por qué tardaron tanto en llegar?

—Él no se apuró a llamar al mozo. Me pareció que quería hacer un poco de tiempo antes de venir. Fui yo la que le dije al final que fuéramos viniendo. Me quería contar de sus viajes de vacaciones. Estuvo por todos lados.

El tipo se había llevado nuestro teléfono, pero no le había dejado ninguno a ella. Se llamaba Leonardo. Romina no sabía si la iba a llamar. No le hizo ningún comentario sobre su desempeño.

Cenamos poca cosa. Durante el postre le pregunté como quien no quiere la cosa dónde había puesto el dinero, aunque los dos sabíamos que yo la había visto ponerlo en su cartera. Era evidente que esperaba algo así para sacárselo de encima, porque en seguida trajo la cartera y me lo entregó un poco teatralmente y con una sonrisa, para marcar el momento, o el bautismo. Le devolví la sonrisa y la besé expeditamente. Me quedé preguntándome si ella pensaría que yo había acabado por desviar toda mi sed frustrada de satisfacción sexual con ella hacia el dinero, o si tendría la esperanza de poder provocar a la larga en mí ese desvío, esa sustitución de un deseo sexual por una sed de acumulación al estilo protestante. Pero no bien me vio pensativo dijo que estaba cansada y comenzó a bostezar como para desalentar cualquier sondeo.

Nos acostamos en seguida. A los pocos minutos de apagar la luz, cuando yo estaba ya entre mortificado y excitadísimo reviviendo las imágenes de esos minutos terribles de infidelidad pactada marcados a fuego en mis retinas, Romina se me acercó y me empezó a acariciar. Sentí una alegría inmensa. De a minúsculos pasos, la realidad parecía terminar poniéndose en marcha en la dirección en que yo la pateaba con desesperación para hacerla avanzar. Pero la felicidad duró los escasos minutos previos al coito. Después fue lo de siempre. Salvo el vago consuelo de pensar que en el cerebro de ella tal vez estaba germinando algo diferente.

Cuando ya la creía dormida, oí que empezaba a llorar. La traje hacia mí y mientras me regaba el pecho de lágrimas, le dije:

—Vas a ver que vamos a ser felices. Todo nos va a costar horrores a los dos. Pero al final vamos a ser felices y vamos a salir de esta sacándole todo el provecho posible.

Yo no creía para nada lo que le estaba diciendo. Pero tener la fuerza para poder mentirle de esa manera me tranquilizó a mí mismo y me permitió superar la angustia que tenía y que no podía darme el lujo de descargar en lágrimas. Le canté nuestras canciones, las de María Elena Walsh, las del folclore francés, las de Georges Brassens, las de nuestros buenos momentos. Y se durmió. Para mí fue la paz. Su respiración pausada, su cuerpo magníficamente relajado, su capacidad indoblegable para dormirse aun en las condiciones que había debido soportar durante esos tres días

eran la única esperanza de equilibrio que teníamos los dos. Yo agarré *Das Schloss*, lo abrí al azar, y leí unas tres horas hasta que pude dormirme.

CAPÍTULO 11

Suele repetirse que los dioses cuando quieren castigarnos de la peor manera se limitan a acordarnos nuestros pedidos. Pero es que basta a menudo una demora o algún cambio de detalle en el cumplimiento de un deseo para que se convierta más en un tormento que en una concesión divina. Yo había pensado, en la época en que recorría ilusionado las agencias de turismo, que si conseguía un puesto de guía tal vez podía irme de Turba con una buena indemnización. Cuando el alegre turismo pareció eludirme definitivamente me resigné incluso a intentar un reinicio por los oscuros vericuetos de las traducciones presentando mi currículum en los pocos diarios y revistas que incluían en su staff un traductor. Por eso mismo me había aferrado aun más al sueño de una buena indemnización a la salida de Turba. Había fantaseado con su monto, había imaginado mil colocaciones excelentes para convertir esos billetes en una palanca que me asegurara algún refugio de independencia, algún paragolpes de cualquier índole en la próxima picadora de carne donde me tocara emplearme, y tal vez también se me habrá escapado algún ruego irresponsable a algún dios tan sádico como cualquier dios. Si tanto me habían degradado en Turba estarían interesados en que me fuera, me repetía con la mirada del corazón fija en los cálculos monetarios. Pero como el puesto de guía no apareció por ninguna parte, y el de traductor asalariado se mostró tan esquivo como aquel, no tomé ninguna iniciativa.

La iniciativa la tomaron entonces ellos. Hubo una travesía de Elvira a través del salón como en el pasado. Hubo una reiteración de mi desconcierto como aquellas veces. Y hubo a diferencia de las ocasiones anteriores una anticipación por primera vez acertada en mi cabeza de lo que me esperaba. Pero como a enemigo que huye —o uno quiere hacer huir—, puente de plata, el comienzo de la revista con Gaitanes fue suficientemente obsequioso como para hacerme recordar las mejores épocas y sumirme una enésima vez en el desconcierto. Sin embargo, fieles a ese juego de gato y ratón que la realidad se empeñaba en jugar conmigo, esos buenos augurios solo sirvieron de introducción al siguiente planteo de Gaitanes:

—Usted sabe que nosotros tenemos pendiente una reestructuración muy profunda que nos va a obligar a prescindir de mucha gente, gente que valoramos mucho pero a la que no podemos encontrarle una ubicación en nuevas condiciones. Eso va a ser un momento traumático que queremos ahorrárselo a todos los que quieran eludir esa experiencia. Por eso estamos instrumentando un plan de retiros voluntarios que parte de un nivel de generosidad máxima y esperamos que sea aceptado por todos los interesados en ese nivel óptimo, para beneficio de ambas partes, y no en una forma más diluida, cuando más tarde ya no contemos con los medios para premiar tan generosamente una decisión rápida. En su caso, lo que hemos calculado como un monto equitativo para el caso en que usted acepte en los próximos días desvincularse de la empresa con una fórmula de mutuo acuerdo, es esto.

Me extendió una hoja donde figuraba bajo el rótulo de “Liquidación final” una

cuenta con todos los ítems de una indemnización. Pero con un ítem suplementario en concepto de “Bonificación”, que en muy rápido cálculo, ayudado por mis propios cálculos de los tiempos en que fantaseaba con irme de Turba, estimé aproximadamente igual a la diferencia para alcanzar un monto indemnizatorio como el que me correspondería si aún cobrara el “adicional” de “Facetas”. El arreglo monetario propuesto era correctísimo. Pero me llegaba en el peor momento. No tenía esperanza alguna de conseguir otro empleo, y tenía terror de verme presionado a convertirme definitivamente en un cafishio, no por alguna voltereta de la psicología de Romina o de la mía, sino por falta de opciones.

Por cierto, aun sin opciones laborales, en otro momento hubiera sentido una presión moral gigantesca ante alguien que me ofreciera un arreglo financiero aparentemente tan irreprochable. Más si el mismísimo Gaitanes se tomaba la molestia y riesgo de encararme personalmente con un planteo que por todo lo que yo sabía había corrido en los otros casos a cargo de Madurga, el jefe de Personal. Podía adivinar además que el gesto no era solo un remache honorífico en el puente de plata hacia la puerta de salida, sino un claro mensaje de una voluntad comercialmente intachable de redondear números de inmediato, si era eso lo que yo necesitaba como empujoncito final. Pero entre mis viejas épocas de vulnerabilidad enfermiza al chantaje moral y esta nueva entrevista con Gaitanes había pasado mucha agua bajo el puente, o mejor dicho, una sola agua pero caudalosa como un torrente. Yo había prostituido a Romina, la había obligado a renunciar para siempre a la sociedad respetable por medio de una violencia criminal. No tenía ya una ética cristalina ni una imagen impoluta de mí mismo que defender. La rectitud —aparente o real— del planteo financiero de Gaitanes me importaba tan poco como cualquier arreglo aun más elegante o hidalgo que me quisiera ofrecer. Si había hecho temblar la carne amorosa de Romina con un hierro asesino, cualquier cosa que viniera de ese viejo hijo de mil putas a trabajarme la moral me dejaba completamente indiferente. Al notar lo sentí una alegría profunda, acababa de descubrir un beneficio absolutamente inesperado de mi conducta criminal: haber incurrido de veras en el mal le permitía a uno actuar como un hijo de puta también con quienes se lo merecen de verdad y solo entienden ese trato.

Me quedé mirando el papel. Puse cara de lo lamento, y le dije:

—Es una propuesta interesante. Pero justo ahora no tengo ninguna posibilidad de conseguir otro trabajo. Usted sabe que como traductor no se consigue un empleo fijo así no más. Y con 38 años tampoco es fácil conseguirlo en otro campo... —y en tren de hijo de puta bien podía mentir como Dios manda—: ...es una pena porque cuando estaba en “Facetas” me surgió una posibilidad como guía turístico con un sueldo más que interesante para lo que yo estoy acostumbrado. Pero el puesto en “Facetas” era demasiado lindo como para perderlo por una diferencia de sueldos.

—Si le surgió le puede volver a surgir, Zevi...

Lo interrumpí. No me iba a cagar tan fácil:

—No, para nada. Fue una situación de mucha urgencia la que hizo que me lo ofrecieran sabiendo que no tenía experiencia y solo contaba con los idiomas para defenderme. Después me enteré de que lo cubrieron bastante rápido. En situaciones normales una persona de mi edad sin experiencia no entra así no más en un nuevo oficio.

—Zevi, lo que quiero que entienda es que no hay ubicación para usted en la estructura actual de la empresa y menos la va a haber cuando avance la reestructuración. Pero el ofrecimiento monetario que le estoy haciendo vale solo para este momento. Después las cosas pueden tomar un curso impredecible. Y ojalá no pase nada, pero si acá se generara una situación digamos de conflicto o disputa la empresa se vería obligada a achicar costos incluso más allá de las indemnizaciones previstas por ley.

Ya lo había comprobado antes. Ciertos izquierdistas suelen estar tan convencidos de que lo que hacen o simulan hacer es subversivo, inigualmente generoso, enaltecedor y audaz que se creen que toda acción más o menos de protesta está en realidad penada por la ley y multada en consecuencia. Era el mismo razonamiento que lo había llevado al caradura de Ibarra a mentir con convicción que no se podía hacer huelga sin avisar al Ministerio de Trabajo. Me había cansado de oír a izquierdistas afirmar que si a uno una empresa lo echa durante una huelga no necesita pagar las indemnizaciones legales. Era con lo que me estaba amenazando el infeliz de Gaitanes, y fue lo que me hizo perderle el último resabio de respeto que le tenía.

—Sí, yo lo entiendo. Pero póngase en mi lugar. Yo no tengo la menor opción de trabajo a la vista. Aquí fui reconocido como traductor y me desempeñé de facto como cosupervisor de traducción y, durante once meses, como codirector de colección, como si hubiera sido secretario de redacción. Tengo que pensar que la empresa a la larga va a reconocer que puedo volver a hacer bien lo que ya demostré poder hacer bien. Y si no lo reconoce y se empecina en prescindir de mis servicios, que podrían serle muy útiles, va a tener que pagar a la larga lo mismo que está sobre este papel. Porque eso es lo que marca la ley. En lugar de bonificación diría “indemnización por salario en negro”, o por “bonificación fuera de sobre”, referido a “Facetas”. Pero no habría diferencia en cuanto al monto. Tampoco en el caso de que hubiese una disputa, como usted dice, es decir, una huelga, una huelga o lo que sea. Pese a lo que cree mucha gente, las leyes no son tan alevosamente injustas. Solo niegan la indemnización en caso de que la huelga sea declarada ilegal, algo que ocurre muy poco en democracia.

Nunca había visto a Gaitanes perder el control. Fue una experiencia interesante. Puso cara de decepcionado, empezó a sacudir la cabeza para ambos lados pero muy inclinada hacia abajo, como si se dijera a sí mismo “no hay caso, este tipo no la quiere entender”. Y de pronto pareció intuir que eso no le iba a dar resultado. Pasó a un modo más francamente grosero, y moviendo su mano derecha con los dedos unidos en punta hacia arriba en señal de “¿qué carajo querés?”, me dijo:

—¿Zevi, qué es lo que quiere usted? Dígame con confianza, ¿qué es lo que quiere?

—Bueno, como querer quiero muchas cosas. Quiero volver a hacer el trabajo que sé hacer y que le conviene a la empresa que haga, que es la traducción, o la selección de textos, o la edición, o el trabajo de lector. Pero yo no vine a pedirle nada. Si me permitiera hacer cualquiera de esos trabajos me haría muy feliz. Pero yo no quiero ni presionarlo, ni molestarlo, ni gastar la paciencia, ni gastar el tiempo de ninguno de los dos. No le pido nada, si eso lo va a poner molesto.

—¿Usted se da cuenta de que me quiere indicar a mí qué es lo mejor para mi empresa?

—No, para nada, Gaitanes. No se lo tome así. Discúlpeme, si dije algo que se prestara a esa interpretación. Si fue así, créame que fue totalmente involuntario. Haga con mi cargo y con mi puesto lo que se le antoje. La ley le da toda una gama de opciones. Y a mí me da las mías. Pero la que no voy a adoptar por ahora va a ser la renuncia. Porque no puedo. No tengo otro trabajo... Olvídense de mis opiniones sobre lo que sé o no sé hacer. Después de todo, ¿qué idea puedo tener yo sobre eso? Nadie mejor que usted para evaluar esas cosas, con todos sus conocimientos y su experiencia, y con todo lo que conoce a todo el personal. Me parece perfecto que usted piense que el mejor aprovechamiento que puede hacer la empresa de mí es ponerme a ordenar papeles. Pero por ahora no me puedo ir. Si me aparece alguna otra opción para poder irme le aseguro que lo voy a tener al tanto.

—Zevi, usted no tiene idea de lo que se está perdiendo y del aprieto en el que se va a poner por rechazar un acuerdo justo y honorable. Cuando una relación se deteriora hay que saber cortarla. Porque si no, se envenena y provoca daños crecientes y hostilidad para ambas partes. No le va a ser llevadera una situación así en la empresa. Me parece que usted todavía no entendió el punto en el que estamos.

—No, quédese tranquilo. Lo entendí perfectamente. Pero para serle sincero hay algo que sí no entiendo y me deja pasmado. Usted tiene una fama de la que se enorgullece de ser un hombre de acción, emprendedor, decidido, que no esquiva el bulto. ¿Cómo puede ser que cuando le toca disparar a quemarropa prefiere tratar de convencer a su víctima de que mejor se pegue un tiro? ¿Me vio cara de suicida?

—Ay, Zevi. Usted leyó demasiada literatura. Aquí no es cuestión de tiros ni de gran épica. No trate de sentirse un héroe porque el perfil de la cosa no da para eso. Es apenas una cuestión de un pequeño puesto de trabajo.

—Por eso mismo. Creo que para una cosa de una importancia tan nimia los dos hemos perdido ya una cantidad de tiempo notable, usted sobre todo, cuya realidad no se agota en esta nimiedad. Me asombra de que no se haya dado cuenta.

—Sí, Zevi. Ahí sí que tiene razón. Mejor lo dejamos así. Yo quise simplemente hacerle un favor.

—Muchas gracias, pero mejor no se hubiera molestado, no me gusta sentirme en deuda, ¿vio? —le dije, y me puse de pie. No quería que fuera él el que me diera la

orden de retirarme.

Vi que no se paraba ni hacía el menor gesto para darme la mano. Estiré entonces mi brazo hasta dejar mi mano casi en sus narices. No me convenía que él se sintiera habilitado a considerar que las hostilidades habían sido iniciadas oficialmente. Con gran lentitud se decidió a estrechar mi mano muy fugazmente, sin mirarme a la cara y haciendo como que tenía de golpe acaparada su atención por unos papeles que estaban encima de su escritorio. Salí asqueado, con los puños ansiosos de pegar en la cara de ese y de toda otra legión de hijos de puta, y por primera vez en mi vida entera después de una sesión de desvalorización sistemática de ese estilo.

Con mi disconformidad crónica estaba arrepentido de muchos errores que había sentido que había cometido en la entrevista. Me reprochaba no haber sido más duro, menos irónico y más directamente agresivo, para sacarme algo del odio que tenía encima. Pero al menos por primera vez en mi vida en un caso así no tenía la menor sombra de duda sobre quién tenía razón, quiénes eran los hijos de puta y quién defendía sus justos derechos.

Los días siguientes a la entrevista con Gaitanes ahondaron en mí la misma sensación que me había surgido dos semanas atrás al haber coronado la inconcebible empresa de prostituir a Romina. Sentía cada vez más hasta en el último poro de mi piel que estaba incorporándome por primera vez en mi vida a la realidad. Estaba actuando sobre el mundo y produciendo resultados. Los resultados no guardaban casi relación alguna con mis proyectos y mis deseos. Más aún, la relación que guardaban era casi la de una caricatura con su modelo. Pero eran resultados extremadamente difíciles de lograr, eran hechos tremendamente improbables y habían ocurrido pese a todo sin lugar a dudas en la realidad, y solo porque yo me había empeñado en provocarlos. Romina era ahora, a escasas semanas de que padeciera mi secuestro, una puta hecha y derecha, y se había acostado con no menos de veinte tipos por sumas nada despreciables, que nunca más había vuelto a demorarse en entregarme sin que yo necesitara recurrir a indirecta alguna. Su sexualidad no parecía haberse beneficiado en lo más mínimo por eso, y desde ese punto de vista el fracaso de mi acción era completo. Pero no menos completa era la certidumbre de que mi poder de transformar su vida tenía que ser apreciable para haberla podido llevar a contramano de su Biblia y de todos sus intereses más visibles a ese extremo.

A su vez Gaitanes obró como siempre lo había hecho conmigo: apenas unos minutos después de que retornara a mi puesto de trabajo tras la entrevista en que me ofrecieron el retiro voluntario, Granstein me dijo “ya no hace falta que termines lo que estabas haciendo”, y a partir de entonces no volví a recibir ningún encargo de trabajo de la empresa. Pero a diferencia de todos los casos anteriores, esta vez Gaitanes me lo había advertido, había habido prácticamente una declaración de guerra, y la había habido porque yo mismo lo había obligado a una claridad que él

jamás habría querido tener. Un poder sin contrapesos no necesita ni gusta de la claridad, porque se reserva el derecho de interpretar él mismo lo que quisieron decir sus propias órdenes, sus palabras y hasta sus amenazas.

Por todos los costados —desde el flanco hostil de Turba, o en la frigidez imperturbable que sobrevivía indignantemente en Romina a su prostitución— yo estaba arrinconado en una situación límite. Pero en lugar de padecerla oscuramente y sin la menor responsabilidad, había participado esta vez activamente de cada jugada que me había colocado en esa posición, y tenía casi una sensación física de estar pulseando con las piezas de la partida, en vez de ser triturado por un mecanismo indescifrable.

Cuando inevitablemente esa flamante convicción, como cualquier otra, desfallecía, me acordaba entonces del hierro al rojo en mi mano a milímetros del rostro más hermoso e inocente que había visto en mi vida, de los dos días de secuestro delictivamente tenaces, del aplastamiento inconcebible de esa virtud amada. Solo entonces percibía la verdadera ventaja de sentirse un criminal: es la de permitir que uno se irrite menos con las guachadas que le inflige a uno el mundo. Por esa época, me pregunté muchas veces si no había puesto ese hierro tan cerca del rostro de Romina solo para tener un crimen que me hiciera sentir menos desdichado por su frigidez y por las humillaciones a que me sometía Turba. No había sido cuestión de vengarme. Para mí la venganza no era el placer de los dioses sino la descarga elemental, urinaria, de los infantes. A mí no me interesaba descargarme. Me interesaba no sentirme tan criminal como las desgracias que me pasaban sugerían que yo era. Se trataba de cometer un crimen de tal calibre que justificara todas las porquerías que me estaban pasando: si no tenía un crimen concreto al cual reducir mi culpabilidad, las desgracias probaban que yo era culpable de una falta desconocida y, por lo tanto, infinitamente mayor que cualquier injusticia que un vulgar mortal pudiera cometer, o por lo menos más condenable aun que el hecho de haber prostituido a una muchacha.

Pero se trataba también, en un sentido diametralmente opuesto, de estar prevenido para esos momentos infinitamente más terribles en que aun bajo los golpes salvajes del destino uno no alcanza a creer siquiera en esa culpabilidad enigmática, secreta, anónimamente inmensa, y se siente entonces víctima indignantemente inocente de una injusticia descomunal, con lo cual el propio odio entra en un estado de sublevación permanente bajo un extraño mandato moral justiciero —el hacer justicia a los propios derechos de uno— que es la peor tortura que conozco. Porque encerrado entre una infinita culpabilidad y una inacabable inocencia, cualquiera se siente motivado a emprendimientos autorreivindicatorios o expiatorios tan gigantescos que nunca pueden pasar al terreno de la acción. Antes que la rebelión permanente, impotente y fantasiosa contra mi destino de fracasado o contra las injusticias que se me infligieran, yo había preferido finalmente la resignación profunda, convencida y sincera de quien sabe que él también tiene las manos sucias. Pero al ensuciármelas

había descubierto asombrado que eso no provocaba resignación, sino que abría un camino intermedio, entre la culpa y la inocencia, hacia el mundo para mí casi desconocido de la acción.

En esas condiciones tuve un verdadero raptó de hiperactividad. Traté el tema del apriete que me habían hecho con Andrés, el delegado. Se mostró o quiso mostrarse muy afectado. Dijo “qué hijos de puta”, “qué barbaridad”, y “qué pena”. Pero también:

—¿Pero qué podemos hacer? Contra eso no podemos hacer nada.

Le pregunté si también habían estado apretando a los otros. Me dijo que no había tenido ninguna noticia. Le dije que pensaba ir a ver qué opinaban en el sindicato. Me recordó que se había votado no llevar el problema “a esa instancia”. Le dije que por supuesto que lo recordaba, pero que eso se refería al colectivo de trabajadores.

—Yo como afiliado individual tengo el derecho de hacerme asesorar por quienes cobran mi cuota sindical. Y ellos tienen el deber de asesorarme y hasta de defenderme.

—Ah, sí, eso sí. A título individual es otra cosa.

Pues fui al día siguiente a título individual a la sede nacional del sindicato. No estaba el secretario gremial. Yo tenía terror de que se filtrara la noticia antes de lo que me convenía. Un conflicto en la empresa progresista y opositora al gobierno conservador era algo que a un sindicato vinculado al oficialismo podía interesarle sobremanera. Pero cualquier jugada en falso podía abortar todo.

Pedí una entrevista con el secretario gremial para dos días después. Usé ese lapso para hablar con la gente de Depósito y los desubicados de otras secciones. Todavía no habían empezado a apretar a nadie. Le pregunté a Fernández si no convendría ir al sindicato en caso de que empezaran a apretar más gente.

—Ah, eso lo puede hacer cualquiera. Cualquiera está en su derecho. Es nuestro sindicato, la gente puede votar no recurrir colectivamente a la directiva pero el sindicato tiene que estar disponible para cualquiera —me dijo.

—¿Pero no nos convendría meter al sindicato en algunos casos individuales?

—Yo creo que tal vez sí. Acá la cosa no está demasiado firme. Si se da la situación quizá vendría bien. Todo depende de cómo venga la mano.

—Yo creo que voy a ir a verlos por mi caso. ¿Si me piden una entrevista con otra gente para palpar la cosa, o para confirmar lo que yo les diga, vos vendrías?

—Sí, si te hace falta puedo ir.

Al día siguiente estaba frente a la imponente sede de diez pisos del sindicato, con esa sensación tan compleja que deben tener todos los izquierdistas cuando visitan uno de esos templos del poder sindical en nuestro país. Una mezcla de orgullo, alegría, sentimiento de protección por el poder creado por los trabajadores y un temor generalmente mayor aún ante la dirigencia habitualmente corrupta, casi invariablemente macartista y ocasionalmente antisemita que gobierna esas organizaciones. Me ayudaba a mantener un precario equilibrio entre ambas

sensaciones la flamante conciencia de tener yo también ahora mi propia parte corrompida, la del *cafishio sui generis*, que una vez más obraba de manera inesperada brindándome una extrañísima tranquilidad para tratar con gente que imaginaba dispuesta a cualquier traición.

Con el corazón todavía oscilando entre ambos sentimientos, entré en el despacho del secretario gremial, que no tenía para nada la apariencia de un dirigente obrero. Pero la entrevista terminó volcando la balanza drásticamente en la dirección positiva, y todo lo que había visto en el trayecto hasta esa oficina fue inmediatamente resignificado: me sentía en mi casa, una casa que no había sospechado que existiera y desde la cual todo combate en los meandros tortuosos de Turba aparecía como menos quijotesco y desesperado, una casa capaz de albergar a gente desterrada de toda santidad pero apta para pactar asistencia mutua y defenderse entre sí con lealtad.

El tipo, un funcionario de mi misma edad, no mostró para nada los signos de “¿yo qué puedo hacer?” que había temido. Tampoco se extrañó en lo más mínimo por las cosas que le conté que estaban pasando en Turba. Tomaba nota de todo con un criterio burocrático. Como un médico al que uno le informa de síntomas que a uno le parecen singularísimos y que luego de anotar herméticamente hasta el último detalle del relato como una rareza digna de colección dictamina: “una típica zoonosis por ingesta, en los próximos días le va a aumentar la picazón en todo el cuerpo, el dolor de cabeza y el estreñimiento y tal vez tenga erupciones”. Lo que dictaminó el sindicalista fue que se nos venía una ola de despidos fuerte y que convenía que todos los que pudieran se anticiparan con un planteo judicial por cualquier privación de derechos que hubieran sufrido en esos años.

Entre las privaciones de derechos más obvias estaba el marginamiento de gente con mucha antigüedad de las promociones y de los adicionales salariales: “Los premios nuestros están fijados en el convenio, tienen justificativos claramente estipulados y no pueden superar cierta proporción del salario; lo que hizo la empresa con ustedes no es distribuir premios, es un aumento salarial encubierto generalizado del que han marginado ilegalmente a toda una cantidad de gente, y eso lo prohíbe no solo nuestro convenio sino la ley de contrato de trabajo”. Aclaró que “por supuesto” no era Turba la única empresa que violaba el convenio en ese punto. Pero las otras lo hacían creando siempre jefaturas ficticias para los premiados, en lugar de adicionales, lo que disminuía su vulnerabilidad ante un planteo judicial. Y de todas maneras convenía ir sumando causas en contra de la empresa para enfrentar mejor la ofensiva de ella por los despidos. Yo debía pasar ese mismo día por la oficina de los abogados laboristas del sindicato para encauzar legalmente mis propios temas: “Facetas”, el paso de traductor a administrativo, etc. Además podíamos elegir otro delegado, por la cantidad de gente que trabajaba.

El sindicato respaldaría cualquier medida que nosotros tomáramos para frenar o reducir los despidos y él estaba dispuesto a entrevistarse aun antes con los Gaitanes si la Comisión Interna se lo pedía. Me aclaró que él veía posibilidades de frenar los

despidos “porque esa empresa creció cualquier cantidad” y si despedían gente, después iban a tener que reemplazarla por otra. Pero insistió en que de todos modos íbamos a tener un “conflicto muy duro, porque las relaciones se deterioraron mucho y para un patrón dar marcha atrás frente a los trabajadores es en un noventa y nueve por ciento de los casos peor que morirse o que le anuncien que tiene sida”. “Por ahí se los puede apretar con la difusión pública del conflicto, a una empresa así, medio política, le puede hacer mucho daño eso”, añadió. ¿Podría financiar el sindicato una eventual difusión? “Eso se podría ver, pero lo importante es si todo el personal respalda la idea, si no es inviable, nosotros solo nos metemos en un conflicto si la gente respalda”.

Le aclaré que mucha gente tenía temor de recurrir formalmente al sindicato, pero le mentí en cuanto a los motivos: “Tienen miedo de que la empresa pueda aprovechar para acusarnos de meter a gente de afuera, porque ya por las asambleas empezaron a decir que estaban actuando intereses políticos opuestos a lo que hacen ellos”. Pareció o fingió tomar la actitud de los turberos como muy normal, y dijo:

—En todo caso, si nos necesitan vamos a estar acá. Nos pueden llamar por teléfono o se vienen directamente aquí.

Me despedí entre infinitamente tranquilizado y medio eufórico por la esperanza de que otros postergados se sumaran a un juicio por discriminación salarial. En seguida tuve la entrevista con un abogado en el mismo edificio. Un tipo menos joven que el secretario gremial, que tomó nota de todo y me dijo que dado que yo no quería declararme despedido primero correspondía hacer un reclamo “administrativo” ante el Ministerio de Trabajo para ver si la empresa accedía por las buenas a reubicarme nuevamente como supervisor de traductores o al menos traductor y a mantener el salario que tenía mientras estaba en “Facetas”. Y si no había acuerdo podía iniciar un juicio para obligarla a hacerlo. También podía incluir en el juicio la marginación de los aumentos salariales encubiertos, y si había otros dispuestos a sumarse podía hacerse un juicio pluriindividual. Dijo que era muy probable que ganara un juicio individual o colectivo pero que todo demoraría mucho, la vía administrativa “varios meses”, la judicial “varios años”, porque “nuestras leyes y nuestra jurisprudencia son excelentes, pero el aparato de la Justicia no existe más en este país, es un fantasma que se perdió en la maraña burocrática hace ya décadas”. “Tenés que tener algo claro, si te metés en esta tu única arma va a ser la paciencia, y las armas de la empresa todas las que te puedas imaginar”, me dijo. De todos modos consideraba sobreentendido que yo debía intentar ambos trámites, y me dijo que pediría lo antes posible una audiencia de conciliación para mí en el Ministerio de Trabajo. “No creo que nos la den para antes de un mes o 45 días”, aclaró.

Cuando me retiré del edificio la euforia inicial se había desvanecido al contacto con el abogado. Pero me quedaba un resto de alegría, como una satisfacción íntima e imborrable porque toda esa pesada institución que se alojaba en esa planta más grande que el edificio de la propia Turba pudiera estar persuadida por definición de

que la razón estaba de mi lado, aunque no fuera mucho lo que ella misma pudiera hacer para hacer valer esa opinión.

En los días siguientes les conté a todos los relegados de Turba con los que pude hablar, a Andrés y a varios de los propios promocionados y premiados lo que me habían dicho sobre el juicio pluricolectivo que se podía hacer, pero sin revelarle a nadie más que a Fernández que además del abogado también me había encontrado con el secretario gremial. Nadie se interesó en el tema. O mejor dicho, el único que pareció valorar la información fue un promocionado, Hernán Cohen, uno de los tres “secretarios de redacción”, al que acababan de promover a “director de colección”, con un sesenta por ciento de aumento salarial. Siempre había tenido un buen diálogo con Cohen porque teníamos un gusto muy similar para el cine y la literatura. Cuando le conté me dijo: “Che, eso está bien, si se logra hacer un planteo con base legal se les puede parar la mano y van a tener que revisar muchas cosas, se podría mejorar muchísimo el ambiente de laburo aquí”.

Pero salvo esa exótica reacción, los demás me oyeron como entre descreídos y aburridos, y me dieron a entender de distintas maneras que nunca habían dudado en lo más mínimo que la situación estuviera planteada jurídicamente así, y que las discriminaciones fueran ilegales, solo que a ninguno se le había ocurrido jamás que eso tuviera importancia alguna. Hasta Fernández lo tomó como una noticia buena pero más bien irrelevante. No mostró ninguna disposición a especular sobre posibles usos que pudiéramos hacer del apoyo que prometió el secretario gremial ni de las opciones judiciales que se nos abrían. Parecía estar mucho más resignado que cuando lo había visto la última vez.

En realidad todos parecían estar totalmente resignados a los despidos y los castigos salariales, o eufóricos por los adicionales y las promociones recibidas. Todo lo que se saliera de ese *statu quo* depresivo y eufórico a la vez les parecía un exotismo totalmente ajeno a la situación real de Turba.

Yo no alcanzaba a entenderlo de ningún modo. Para mí la cobardía podía llegar hasta el extremo de impedirle a la gente realizar una protesta riesgosa o ilegal frente a una injusticia, pero de ninguna manera podía ser tan poderosa como para cerrarles a todos el camino hacia un procedimiento de autodefensa totalmente amparado por la ley y que no tenía además riesgo evidente alguno, más que el de consagrar un enfrentamiento que la empresa ya había iniciado, alevosamente marginando a tanta gente de los aumentos y promociones. Pero las únicas opciones a la explicación por la cobardía eran sencillamente delirantes: que la gente era tan estúpida para pensar que al menos los aumentos —ya que no las promociones— se generalizarían finalmente a todos (algo inconcebible pues habían sido otorgados no para incentivar a la gente sino para impedir una reacción sindical unificada a los futuros despidos), que los relegados tenían algún ambiguo compromiso individual o colectivo con la empresa

como el del delegado fantasma Jorge, que su marginación del ascenso general había activado en los relegados fulminantes complejos de inferioridad que los habían llevado a aceptar íntimamente como relativamente justo el nuevo lugar subordinado que les tocaba en la estructura de la empresa, o —finalmente— que tenían un vínculo de admiración tan irrestricto hacia la patronal que convertían a través de un giro masoquista en placer su propio sometimiento.

Llegué a darle en algún momento su cuota de credibilidad a cada una de esas explicaciones imposibles y a la de cobardía misma, que me parecía ligeramente más probable. Pero finalmente opté por aceptar la reacción de la gente como un enigma. Un secreto indescifrable del que tal vez todos y cada uno poseían la clave, pero que por alguna oscura razón no querían transmitírmela o les resultaba imposible hacerlo.

De ese modo, el abismo que me había separado de la gente de Turba desde el momento en que me desplazaron de “Facetas” y que misteriosamente había disminuido desde el día siguiente en que prostituí a Romina comenzó nuevamente a crecer descontroladamente. El fenómeno era en sí tan extraño que no podía siquiera pensarlo demasiado. Lo sentía físicamente y hacía lo que podía para frenarlo, como quien está parando con el cuerpo una pesada roca que quiere precipitarse por una ladera hacia su casa y sabe que la menor distracción de su parte —ya sea para mejor pensar su situación— provocará un deslizamiento fatal. Saludaba absolutamente a toda la gente de la empresa con quien me cruzara en Turba o afuera del edificio, así fuera Ibarra o alguien de su tipo. Me esforzaba en pensar lo mejor de todos. Por momentos los imaginaba a todos víctimas de un engranaje. Otras veces “intuía” que todos dejaban pasar las cosas como estaban porque se reservaban su reacción para un momento oportuno en que resultara más efectiva o porque sabían algo de lo que preparaba la empresa que volvía superflua toda protesta ahora... Y los mismos propósitos de la empresa podían tornarse de pronto positivos en mi cabeza: los Gaitanes esperaban apenas que la gente demostrara su lealtad aguantándose el chubasco para premiarlos a todos con una reparación de entuertos e injusticias. Y todos esos esfuerzos míos, en lugar de mantener los vínculos con la gente, sellaban un distanciamiento que nos volvía a ellos y a mí como seres de distintas especies, que ni siquiera una íntima comprensión mutua podía llegar a acercar: creía absolutamente en todas las mentiras bienpensantes que me vendía a mí mismo sobre los turberos, pero eso solo lograba tornar superfluo para los fines de nuestra inexistente relación todo lo que me imaginara sobre ellos y lo que ocurriera en realidad. Aun si eran santos, habían dejado de interesarme o de pertenecer al mismo mundo que yo. Su exculpación terminaba de definirlos como seres que me eran irremediabilmente extraños en lugar de acercarlos a mí.

Tal vez si solo Turba se me hubiera vuelto cada vez más indescifrable, el efecto sobre mí no hubiera sido tan profundo. Pero la pasividad de la gente ante los cambios más drásticos y aberrantes que había habido en la empresa, coincidió con una frustración aun mayor con Romina, en la aventura inconcebible en la que la había

embarcado.

No es que hubiera ocurrido algo verdaderamente imprevisible. Más bien lo terrible es que todo salía demasiado prolijo, demasiado fluido, demasiado bien, menos lo fundamental. Porque su sexualidad parecía haber retrocedido a un nivel aun menos desarrollado del que había tenido antes en sus peores momentos. Pero lo inquietante de verdad era que eso parecía no afectar a Romina en lo más mínimo, como si su frigidez no hubiera tenido nada que ver con los motivos que me habían llevado a prostituirla. Jamás hizo el menor planteo para dejar lo que parecía considerar como su nuevo oficio, ni para llevar siquiera alguna conversación nuestra hacia un sendero cualquiera que hiciera aparecer bajo una luz negativa esa nueva “actividad”, como llamaba ella a su trabajo de puta cuando se veía obligada a nombrarlo.

Su “actividad” parecía haberse convertido en un axioma incuestionable, que por eso mismo se ausentaba de manera cada vez más completa de nuestra conversación. Yo era cómplice de todos sus circunloquios, eufemismos y ambigüedades porque tenía horror de tocar antes de tiempo el *statu quo*, de tener que reconocerle que había provocado un cambio tan gigantesco en su vida inútilmente, pero también de llevarla a mentir sobre los verdaderos motivos que podían estar haciéndola sentirse aparentemente cada vez más cómoda con ese modo de vida si forzaba una discusión antes de que ella misma la planteara. En el fondo, conservaba la esperanza de que un esfuerzo tan gigantesco como el que ambos habíamos puesto para llegar a eso tuviera a la larga su merecido premio en el único plano donde yo lo quería obtener: la sexualidad de Romina. Y no quería tocar el tema en un momento donde solo había indicios de un fracaso abrumador.

En realidad, una vez intenté abordarlo, y con mi obstinación habitual. El resultado fue suficientemente decepcionante como para no dejarme ganas de probar de nuevo, dado que también estaban los riesgos mencionados. Fue en los comienzos, cuando Romina acababa de tener apenas su segundo cliente, y fue también entonces cuando perdí casi voluntariamente la batalla por llevar un control estrecho de lo que había puesto en movimiento mediante ese derecho ambiguo que había querido reservarme a espiar —so pretexto de protegerla— a Romina en plena “actividad”.

Su segundo cliente fue como el primero, un tipo joven y pintón, pero morocho. El proceso fue casi idéntico al del primero, y ocurrió apenas un día después, y un poco más tarde, porque como yo fui a trabajar salimos solo a las nueve de la noche, ya cenados. Las pequeñas diferencias que hubo fueron todas en el sentido que podía esperarse de una práctica que estuviera en camino de convertirse en rutinaria. Esa vez en el bar Romina no pasó para nada por una fase de torpeza e inhibición absoluta. Apenas mostró un ligero nerviosismo cuando el tipo empezó a mirarla y lo hizo solo a través de señales que probablemente nadie que no la conociera tanto como yo podía interpretar como muestras de incomodidad.

Todo fue además más breve, más ágil. En el departamento, Romina pareció

empeñada en copiarse a sí misma en todo cuanto había hecho y dicho la primera vez, como para mostrarme que había adoptado una rutina propiamente laboral y se limitaba a cumplir una orden mía. El grado de entusiasmo fue marcadamente menor que la primera vez. Tanto que en un momento me pareció percibir un signo inesperado, a la vez natural y para mí inconcebible, de que Romina estaba haciendo en realidad un esfuerzo por ocultar una excitación que empezaba a sentir, una excitación que apareció por esa misma razón durante ese instante minúsculo y fulminante como la única verdadera que le había visto a Romina jamás.

Pero todo había sido tan breve y confuso que descreí de inmediato de mi propia impresión. Romina había encorvado de golpe sus dedos sobre la espalda del tipo como si estuviera hincándole las uñas e inmediatamente después soltó por la garganta un sonido apenas perceptible, no por su bajo volumen sino por su brevedad y por lo agudo, inconcebiblemente agudo para el registro relativamente grave de ella. Por supuesto podía ser dolor. Pero hacía más de un año que Romina no tenía jamás dolor durante el coito. No lo había tenido con su primer cliente y nada explicaba por qué podría tenerlo de pronto con el segundo, cuando ya ese mismo coito estaba avanzado. Pero además, ese sonido, visiblemente arrancado a su garganta tras el fracaso de sus dedos en retenerlo, no tenía ni el más remoto parecido a los gemidos artificiales que Romina solía hacer muy frecuentemente como algunas putas, sin la menor espontaneidad, porque se los habían aconsejado en el Instituto de sexo como forma de ayudarse a orgasmar. Esos gemidos artificiales habían abundado con su primer cliente. Y habían estado llamativamente ausentes con el segundo.

Lo que siguió a esos sonidos remató mi desconcierto. Con la mayor falta de espontaneidad que pudiera concebirse, Romina dijo un par de veces:

—Muy bien, lindo, muy bien.

Y casi inmediatamente después, algo que me sonó en ese momento como el colmo de la teatralidad pero que con el tiempo retornó filoso de ambigüedades como un pase de bruja:

—¿Acabamos?

El tipo respondió que esperara un poquito, pero terminó en seguida. Por supuesto, cuando nos quedamos solos llevé lo antes posible el diálogo hacia la pregunta:

—¿Acabaste?

—¿Qué te pasa, te volviste loco?

—No te vuelvas loca vos. Te pregunto porque le preguntaste “¿acabamos?”, no “¿acabás?”.

—¿Pero qué te pasa? ¿No te das cuenta de que digo “nosotros” como se le puede decir a un chico “comemos” aunque solo tenga que comer él? ¿No te das cuenta de que trato de ser gentil para que los tipos vuelvan? ¿Querés que tenga que buscarme siempre tipos diferentes, que tenga que estar exponiéndome toda mi vida en los bares, en las calles, en todas partes?

—No te hagas la víctima que yo no te cuestioné nada, solo te pregunté.

—Ah, claro, ¡no soy la víctima! Cómo se ve que vos no estás de este lado.

—Romina, no es un crimen si estuviste por acabar. De hecho pareció todo el tiempo que la pasabas mucho mejor que con el anterior y que disfrutabas más —mentí como quien se juega una carta a pura intuición.

Me contestó con cara de asco:

—¿Disfrutaba? ¿Disfrutaba? ¡Mírenlo al señor! ¡Disfrutaba! Sacate esas ideas de la cabeza, Ricardo. Estaba menos nerviosa. Es normal, ya sabía cómo era la cosa. No tenía tanto miedo. Creo que no tenía nada de miedo, incluso. ¿Pero disfrutar? ¿Qué te creés que es esto?

Me sentí infinitamente ridículo y desafortunado. La situación era absurda. Me había preguntado a mí mismo varias veces desde el día anterior si iba a tener otra vez la fuerza de voluntad para pegarle a Romina. Estaba seguro de que, una vez pasado el umbral de la prostitución y la marginalidad, solo podría garantizarme el respeto de ella ejerciendo periódicamente alguna violencia física. De lo contrario los riesgos a correr serían tan grandes como grande era el daño que ella sentiría que le había infligido al prostituirla. Más elementalmente aún, suponía que no había esperanza alguna de que ella mantuviera un mínimo interés sexual en mí durante toda esa interminable orgía forzada si yo no ejercía ese poder, esa marca física que anclara de un modo convincente el placer masoquista de ella en el plano sexual a mi persona. Debía poder pegarle por la misma razón que buscaría atraparla con los hilos de una explotación económica aunque más no fuera fingida con la esperanza —a la vez culposa y enamorada— de salvar alguna parte de ella de la vorágine trituradora de la promiscuidad. ¡Pero ahora que sentía con inesperada rapidez unas ganas tremendas de sopapearla no podía hacerlo y debía perder una batalla crucial por esa causa!

No podía sopapearla porque estaba en entredicho el placer, su placer. Y todo lo que hiciera sospechar que yo lo cuestionaba estaba prohibido. Podía molerla a golpes y después decirle que había sido por su insolencia y no porque había parecido gozar (cosa de la que ni siquiera estaba yo mismo convencido). Pero era casi seguro que ella lo entendería al revés, si de veras había gozado algo. Y que ella hubiera empezado a vislumbrar algún goce físico, vaginal, era la única esperanza de toda esa historia.

Misteriosamente seguro de que ella interpretaría esa vez sin error alguno el mensaje de retirada, le dije:

—Chupame un huevo, Romina —y me puse a seleccionar con toda la lentitud que me pareció admisible dos duraznos de la heladera.

Ella se puso a cambiar las sábanas y en unos minutos estuvimos en la cama. Se puso a cogerme de inmediato con la frigidez usual. Después, apoyada en mi pecho, con voz cariñosa y acariciándome, me dijo:

—Papi, sabés que me parece que me gustaría hacer sola todo esto. O que vos estés, pero que no mires y que no oigas. Por ahí que vayas al bar, si querés. Pero me gustaría en el departamento estar sola. Creo que me haría bien. Me ayudaría a

madurar. Con vos ahí me siento como controlada. Como que no me tuvieras confianza. Y creo que ya te demostré sobradamente que me podés tener total confianza y que voy hacer todo, absolutamente todo lo que me digas. Pero dejame hacerlo sola. Estoy segura de que eso me va a hacer muy bien. Me va a permitir vivir todo mucho más relajada y mejor. No quiero que lo entiendas mal. Tal vez más adelante me gustaría que estés de nuevo. Pero ahora siento que sería mejor que no. Vos para mí sos muy importante. Sos lo más importante que me pasó en la vida. Pero por eso mismo no querría que estés más cuando yo hago estas cosas, porque no me hace bien que estés.

Yo la dejé hablar para ver si podía captar algo nuevo de ella. Sabía que ese momento iba a llegar tarde o temprano, y que cuando llegara, aun tan temprano como finalmente estaba llegando, la única decisión coherente, la única no ridículamente incompatible con todo lo que yo había hecho era dejarle hacer exactamente lo que pidiera. Sin cambiarle una coma. Que el momento había llegado, así, absurdamente rápido, quedaba meridianamente claro por la frase que había usado ella. “Lo más importante que me pasó en la vida”. Me la había copiado a mí. Pero había tardado muchos meses en copiarla. Yo le había dicho “sos la cosa más linda que me pasó en la vida” el primer día en que me excité ferozmente imaginándola embarazada y empecé a querer tener un hijo con ella. Ella cambió más linda por más importante — una corrección que habría valido también para mi propia frase—, y se tomó casi un año en pronunciarla. Era inconcebible que eligiera esas palabras para transmitir otra cosa que no fuera sinceridad. Más bien la frase demostraba que cualquiera fuera el proceso que Romina estaba viviendo, este no incluía una pérdida del respeto o del interés hacia mí. Al menos no todavía. Le dije:

—Hermosa, hacé como te sientas más cómoda. Hacé siempre como te sientas más cómoda. Pero acordate que vos también sos lo más importante que me pasó en la vida. Y yo querría saber lo más posible de todo lo que te pasa, y cómo lo vivís. Y cómo avanzás o retrocedés. Y qué te hace feliz o no.

Alegre, con una actitud casi obscena de alivio, y mintiendo de una manera tan alevosa como inevitable, me dijo:

—Sí, mi amor. Te prometo que te voy a contar todo.

A partir de esa conquista crucial de Romina, su “actividad” se me fue completamente de las manos. Al día siguiente me aclaró que en realidad tampoco “necesitaba” que yo estuviera en el bar. Mi único vínculo con ese aspecto de su vida pasó a ser el dinero que me entregaba puntualmente cada día de trabajo, y los relatos invariablemente anodinos y superficiales que me hacía cuando yo insistía o cuando ella consideraba que tenía que satisfacer de alguna manera mi curiosidad.

Eso me hizo perder algo de la sensación extrañísima de nacimiento a la realidad que tuve desde la mañana siguiente al debut prostibulario de Romina. La experiencia

bautismal de aquella mañana me había marcado a fuego tanto como la propia contemplación de la infidelidad profesional de Romina la noche anterior. Porque había sido un sentimiento inconfundible de irreversibilidad que yo conocía desde chico por la muerte de un amigo; la inesperada similitud de las sensaciones entre aquella insanabilidad de la muerte y la irremediable pérdida de la “virtud” de Romina causó en mí una impresión que toda la posterior pérdida de control sobre su “actividad” desgastó pero no pudo eliminar totalmente.

Fue una mañana que se salía de la cotidianidad de una manera empecinadamente ajena a la fantasía, como se salen de la rutina los días pasados en un hospital, sin que por ello ganen nada en magia imaginativa. Romina dormía con esa imperturbabilidad tan saludable que jamás perdió. Yo me desperté asombrosamente descansado después de haber dormido unas siete horas. Eran las diez de la mañana. Durante un instante brevísimo disfruté la sensación de descanso, la rutina de Romina durmiendo a mi lado, la victoria sobre el sol, que venía colándose por las cortinas seguramente desde hacía varias horas sin haber logrado perturbar mi sueño. Y de pronto recordé que antes de dormirme había ocurrido una tragedia, algo horrible e irremediable como una muerte. Solo cuando el recuerdo de la muerte de Bernardo emergió claramente en mi conciencia alcancé a despertarme suficientemente para recordar que lo que había ocurrido era que yo había logrado prostituir a Romina, tras dos días de asedio implacable sobre su voluntad, su moral y sus defensas.

Tenía trece años cuando murió Bernardo. Nos habíamos hecho amigos en los dos últimos años de la primaria. Empatábamos casi siempre en la punta de las calificaciones o nos turnábamos en los primeros dos puestos, pese a que ninguno de los dos era verdaderamente estudioso en ese entonces. Habíamos planificado estudiar juntos física y tras una visita de todo el sexto grado al observatorio astronómico de La Plata decidimos que trabajaríamos codo a codo en un lugar así, si no podía ser en nuestro país, en cualquier otro. Pero extrañamente Bernardo se empecinó en hacer la secundaria en un colegio judío, aunque se decía tan ateo como yo, que no había siquiera querido hacer el *bar mitzvá*. Creí que todos nuestros planes caducarían. Pero Bernardo se tornó extrañamente más amigo mío en ese primer año de secundaria separados, y ratificó constantemente las metas comunes.

Un sábado fuimos a una kermés, que a él no le interesaba pero donde yo tenía grandes esperanzas de encontrar chicas apetecibles. Él manifestaba por las chicas un desdén que era lo único que yo envidiaba de verdad en él y que consideraba como una muestra de una superioridad imbatible de su carácter sobre el mío. Pero lejos de confesarle mi envidia yo trataba su desinterés sexual casi como una enfermedad porque quería forzarlo a acompañarme en la búsqueda de chicas. Los únicos dos chicos de mi nuevo colegio con los que había intentado compartir la caza sexual estaban demasiado alejados de los libros, la ciencia y la inteligencia a secas, y sentía que si seguía saliendo solo con ellos terminaría perdiendo la amistad de Bernardo y me quedaría sin nadie para charlar sobre cosas intelectuales.

La kermés era en la provincia. La excursión fue un fracaso completo para los dos. Inexplicablemente, él dijo sin embargo haberla pasado “bárbaro”. Volvimos a eso de las cuatro de la mañana. Nos tomamos un colectivo que lo dejaba a él muy cerca de su casa. Yo me bajé antes para tomar otra cosa, y nos despedimos con toda normalidad. Pero a las nueve de la mañana, la madre me llamó para avisarme que su hijo se había caído al intentar bajar del colectivo en movimiento cuando estaba llegando a su casa y se había golpeado muy fuerte la cabeza contra el cordón de la vereda. Estaba internado.

Viví una semana de tortura ininterrumpida. Iba todos los días al colegio por la mañana y por la tarde iba a verlo a Bernardo, que no salía del coma. Rogaba que se salvara, pero también que al menos se despertara para ver cómo interpretaba él lo que había pasado. Porque yo estaba enredado en una ensalada de sentimientos indigerible. Me sentía culpable por haberlo llevado casi a la rastra a la kermés. Pero mucho más culpable me sentía de sentirme culpable: interpretaba yo mismo esa culpabilidad solapada, irracional por haberlo llevado a una kermés como un delirio de grandeza que me parecía imperdonable. No creía en Dios ni en causalidades misteriosas, sentirme culpable por su muerte era —pensaba yo— un intento despreciable de arrogarme una responsabilidad y un poder que no podía tener de ninguna manera.

Finalmente terminé por sentir que todo eso era una pesadilla tan irreal y tan imposible como la culpa delirante que yo había sentido. El viernes al mediodía Bernardo se despertó, como para confirmar esa impresión, y todos los pronósticos tomaron un sesgo claramente optimista. No me dejaron verlo. Pero estuve haciendo planes toda la tarde para nuestro futuro de físicos junto a la sala de terapia intensiva. Cuando ya tenía más o menos redondeados todos los detalles de los planes, pasó algo extraño. Vi salir una enfermera apurada y con cara de muy preocupada de la sala. Al rato volvió con dos médicos y se quedaron adentro todo el tiempo. La madre de Bernardo, que había bajado con una amiga a la calle, volvió y me preguntó si había alguna novedad. Yo estaba espantado por lo que había visto, pero le dije que no. Que dos médicos y la enfermera habían entrado poco antes pero no se sabía nada nuevo. Al rato salieron los tres con cara de duelo. Uno se quedó a informarle a la madre, a su amiga y a mí que Bernardo había muerto.

Yo había llorado bastante poco durante esa semana. Desde las siete de la tarde de ese viernes parecí abocado a recuperar el tiempo perdido. Salvo unos esfuerzos torpes para servir de sostén a la madre de Bernardo, no paré de llorar hasta que me dormí en mi casa, a eso de las tres de la mañana. El sábado me desperté despejado, y decidido a ir a leer unos manuales de física a lo de Bernardo. Cuando una millonésima de segundo después recordé lo que había pasado el viernes por la tarde dudé un instante sobre cuál era la realidad y si no había imaginado una tragedia inexistente. Hasta que el peso macizo de todos los recuerdos frescos de la clínica, pero sobre todo del compromiso de ir al entierro de Bernardo ese mismo día a las dos de la tarde distribuyeron entre las sensaciones definitivamente los signos acertados de realidad y

fantasía, y dispararon mi llanto una vez más desconsoladamente.

La duda sobre la realidad retornó sin embargo durante varias mañanas, hasta dejarme finalmente una sensación paradójica: aquello de lo que había dudado tanto se convirtió de pronto en la única certidumbre de mi vida. Nada me había ocurrido que fuera importante de verdad. Nada que me asegurara un camino, una conquista o una derrota. Lo único seguro era que Bernardo había muerto, y que la realidad estaba más tejida de ese tipo de cosas que de todos los espejismos de nuestros sueños. Con el paso de los días y los meses quise sacar de todo eso algo así como una sensación de maduración, aun a sabiendas de que solo me fabricaba un consuelo. En algún sentido debo haberlo logrado.

Pero con Romina fue distinto. También olvidé por la mañana su debut de la noche anterior bajo mi férula, también imaginé una continuidad gozosa de nuestras rutinas. También tuve unas ganas tremendas de llorar al recordar lo que en verdad había pasado. Pero la diferencia fue que la marca imborrable que retornaba finalmente esa mañana en el Periscopio no nos la había infligido el azar, sino yo mismo. Y solo había podido hacerlo porque ella me había creído como nadie, me había creído más allá de mis propias posibilidades. Había creído que yo era capaz de lo que seguramente no era, de marcarla para siempre en la carne o algo aun peor si no se dejaba marcar para siempre en el alma como mi esclava.

Durante semanas el recuerdo de ese hierro al rojo vivo en mi mano y de la realidad plegándose dócilmente con el sometimiento abrupto de Romina alimentaron en mí un sentimiento de bautismo tan poderoso que solo pudo ser erosionado muy lentamente por la pérdida de la prerrogativa de espiarla y por el aislamiento creciente que vivía en Turba ante la negativa de todos los desplazados a hacer algo por enmendar su propia situación.

Pero finalmente el desgaste llegó y terminó sumiéndome en un caos total. Fue como si obnubilado por ese recuerdo gigantesco yo hubiera bajado la guardia y dejado que todo en mi entorno se configurara de una manera que me resultaba intolerable, y cuando finalmente lo percibí empecé a buscar una salida que acabó siendo un ingreso a otro mundo, un mundo del cual me resultaría muy difícil volver a salir.

Romina pareció querer consolarme desde el primer momento por la pérdida de mi derecho a espiarla mediante una obsequiosidad que en verdad logró satisfacer durante un tiempo esos fines. En realidad, lo que perdí fue no solo el derecho a espiarla, sino la misma posibilidad de hacerlo, porque pronto empezó a recibir a sus clientes cada vez más fuera del Periscopio —como ambos habíamos previsto— o de mis horarios libres, y eso le daba una independencia a la que yo atribuí su inesperada alegría, su soltura creciente, su ausencia completa de todo reproche hacia mí, y la atención reforzada que me prodigó desde el mismo día que dejé de acompañarla en su

actividad.

Yo intuía que además de consolarme, su obsequiosidad y una nueva locuacidad que había adquirido y resultaba en ella asombrosa tenían la función de impedir que surgieran preguntas sobre su actividad. Casi todos los días aparecía con alguna idea nueva para salir a divertirnos o sobre todo para vestirme mejor a mí. Teatro, cine, music hall, compras, para todo tenía proyectos. Y en el medio me sorprendió varias veces con propuestas para ir a comprar libros que yo eligiera, pero que ella terminaba siendo la primera o la única en leer. Hicimos apenas una ínfima parte de las cosas que ella proponía. Porque ella misma no se empecinaba en imponer esa vorágine de consumo, sino que parecía casi haber encontrado en la discusión amigable sobre las cosas que podíamos hacer con nuestros nuevos ingresos una forma de juego suficientemente satisfactoria en sí misma. Pero aun así, salimos y gastamos como nunca, porque yo sentía que la necesidad que ella tenía de hacerlo era muy fuerte, misteriosa, y hecha de infinidad de objetivos: aturdirse para no pensar, probar la buena vida, compensarme por su creciente independencia, crear en mí la dependencia de su persona y su dinero para que no la dejara, pese a la pérdida de su virtud, gastar el dinero que de todos modos yo parecía estar guardando para mí y no para ella.

Las escasas veces que hacía alguna referencia a su actividad era para burlarse de sus clientes, que nos “financiaban” nuestras salidas, como ella decía. Yo no creía para nada en la impresión de naturalidad que Romina pretendía darle a todo, pero esperaba que ella misma se decidiera algún día a hablar, porque suponía que estaba esperando algo determinado para hacerlo y que debía haber una razón bien precisa y valedera por la cual eludía sistemáticamente todo intento mío de tocar el tema, o salía del paso contándome banalidades de ese mundo suyo ya impenetrable para mí. Lo único que alcanzaba a imaginar de lo que estaba pasando, es que debía haberse dado algún cambio profundo en cualquier plano que no fuera el sexual, porque en lo que se refería a eso la frigidez de Romina se había tornado más sistemática aún, y quedaba a menudo más subrayada que antes por cierta teatralidad profesional que yo atribuí a su nuevo oficio. Tendía a pensar que se había enamorado del oficio, que quería seguir ganándose la vida así y no sabía cómo decírmelo.

Un día, poco después de mi visita al sindicato, cuando ya estaba claro que nadie quería en Turba usar recursos legales o gremiales para enfrentar la política de la empresa, consideré que el momento de hablar con Romina había llegado, que ella misma lo percibiría, pero que tendría temor o timidez de hacerlo.

Ella había querido ir a comer afuera, pero yo había preparado ya todo para que pudiéramos cenar en casa y charlar mejor. Estábamos en el postre cuando empecé a hacerle preguntas precisas sobre la jornada. Había tenido dos clientes, como casi todos los días. En hoteles alojamiento los dos. Eran dos que ella ya conocía. Se había hecho una clientela de unos diez. Pero también iba a los bares, y se había puesto en contacto con dos o tres empresas que distribuían clientes a cambio de comisión. No había puesto avisos en los diarios porque no quería quemar el teléfono. Siempre

conservó la esperanza de que no tiraran el edificio y pudiéramos quedarnos a vivir en el Periscopio. Como de costumbre intentó entretenerme con el relato de la vida de esos dos clientes. Pronto la interrumpí:

—¿La pasás mejor ahora con tus clientes?

—¿En qué sentido?

—¿Sexualmente?

—La paso. Hago mi trabajo. Esto es un trabajo, Ricardo.

—¿Y qué te parece como trabajo?

—Yo no lo elegí.

—¿Pero qué te parece?

—No es lo mejor del mundo pero debe haber peores.

—¿Querías dejarlo?

—Ahora me parece que no valdría la pena. Ya estoy en esto. Podría dejarlo. Pero no le veo mucho sentido a hacerlo ahora. Tampoco quiero seguir mucho tiempo. Pero si es por mí no tengo un apuro especial.

—¿Y por qué no vale la pena dejarlo?

—Y ya empecé a hacerlo me parece que por lo menos nos convendría que llegue a juntar alguna plata. Creo que entre dejarlo ahora y dejarlo dentro de unos meses no va a cambiar gran cosa para mí. Y por lo menos podríamos juntar algo.

No tenía sentido decirle que más bien se comportaba como si quisiera gastar de inmediato todo lo que ganaba, porque no lo iba a tomar como una invitación a ser más sincera sino como una protesta avara. Dejé que el tema muriera ahí. Pero esa misma noche pasó algo extraño. Me incitó a coger, se puso encima mío y me cogió literalmente ella, muy reconcentrada, lentamente, y como si quisiera comunicarme algo con la mirada, no en un juego de seducción como en nuestra prehistoria, sino nuevo, indefinible. No llegó a excitarse en verdad más que de costumbre. Pero a mí me gustó lo que hizo como si fuera un esfuerzo más sincero para acercarse a mí que el de sus gemidos teatrales. Y cuando apagamos la luz y nos dispusimos a dormir noté que estaba llorando. Cuando la abracé y le pregunté por qué lloraba me dijo que quería poder hacerme más feliz.

Era demasiado. Se había hecho puta por mí. Me trataba cada vez más obsequiosamente. Y sabía reconocer todavía en toda mi actitud que yo seguía persiguiendo mi quimera y estaba insatisfecho. Decidí que no lo estaría más. Y le dije:

—Vos tal vez no te estás dando cuenta. Pero yo estoy empezando a ser feliz solo gracias a vos. Estoy empezando a disfrutar tal como sos, a llenarme con lo que me das porque aprendí a saborearlo. Estoy empezando a darme cuenta de que a tu sexualidad no le falta absolutamente nada, sino que le sobra una cualidad única, una intensidad escondida que yo no había sabido descubrir antes justamente porque no es frecuente en las mujeres. Yo te enseñé muchas cosas antes. Ahora sos vos la que empieza a enseñarme. Así que no te engañes. Es ahora que empiezo a conocer por

primera vez en mi vida la felicidad.

Se aferró a mi pecho. Me acarició y me dijo que me quería, todo con una actitud de melancolía que me hacía dudar de si me había creído. Yo le había mentado como un cochino, completamente, de la primera hasta la última palabra. Pero estaba decidido a convertir esa mentira en verdad costara lo que costara. Por primera vez en mi vida sentía la necesidad de ser feliz no solo como un deber moral, sino como el más importante y elevado que tenía que cumplir.

CAPÍTULO 12

Las condiciones estaban claras. Yo tenía que encontrar la felicidad bajo esas coordenadas: casi casado con una puta frígida, sin más trabajo que un puesto ocioso en una empresa que estaba a punto de estallar por sus conflictos laborales pendientes, y sin la menor idea de lo que podría hacer de mi vida cuando pasara ese caos al que solo soportaba pensar como transitorio.

Pero lo logré. Lo logré de una manera tan completa que el sentimiento inicial de ingreso en la realidad por mi transformación en *cafishio sui generis* retornó multiplicado *ad infinitum* por una verdadera omnipotencia, una euforia que solo supo alternarse con momentos de angustia absoluta y totalmente imposible de describir con palabras cuando algún hecho inesperado despertaba en mí la sospecha de una inminencia trágica, tan gigantesca como la omnipotencia misma o cuando surgía la intuición insidiosa de que todo, alegría, magia y destrucción, eran un burdo engaño de mi imaginación acorralada.

Todo ocurrió muy rápido. La obsequiosidad que Romina me había mostrado desde su debut prostibulario me había impactado de una manera ambigua, porque no sabía bien cómo interpretarla. Pero al día siguiente de aquella charla en que le mentí estar viviendo en el paraíso borré toda ambigüedad de mi percepción. Romina era una santa. Así, a secas, y sin más vueltas. Y todo lo que pareciera apartarse de esa verdad era sometido al necesario proceso de elaboración y reinterpretación hasta que encajara finalmente en ese axioma incommovible, aunque ello exigiera modificar mi visión de la vida y del mundo en su conjunto.

Una santa despierta forzosamente bondades, altruismos y amor infinito de manera sistemática y permanente en su pareja. Y una persona que se siente tratada con una bondad tan incommovible y unidimensional acaba por confirmar de mil pequeñas maneras que posee en verdad esa santidad. Rápidamente quedamos los dos enredados en un mundo de gentilezas, altruismos y cariños mutuos que no debe haber sido muy distinto del trato que se dispensan las parejas de las sectas religiosas más utópicas en los momentos de mayor convicción.

Era la consulta permanente no para indagar al otro sino para satisfacer su capricho. Era la rutina del regalo, de la sonrisa y de la comunión. Era el éxtasis constante satisfecho con la nimiedad de la vida que se mantenía entre nuestros dedos enlazados por un día más. La danza de las miradas tuvo una resurrección inesperada y completamente purgada de su sesgo diabólico y pendenciero que, aunque delicioso en su momento, ya no se hacía extrañar de ningún modo.

Cuando la rutina o un click inopinado detenían por cualquier razón el mecanismo, yo volvía a las fuentes. Me recitaba el decálogo de esa, mi primera religión. Romina era una santa que había demostrado estar dispuesta a todo para retener al hombre que amaba. Y yo era un torpe que no había sabido captar su amor, ni la forma que este tomaba en su propia expresión física, sutil, de una profundidad hecha a la medida de

su naturaleza única. Romina era una santa y yo era un torpe, que había demorado infinitamente en comprender que ella me estaba predestinada. Pero era un torpe que había merecido su amor, su loca adhesión por encima de toda violencia y perversión, un torpe que debía haberla merecido desde siempre y para siempre, sin que hubiera crimen capaz de abrogar ese derecho por definición. Pero todo eso había sido mi deducción tardía. Romina no podía haber actuado guiada por un razonamiento así. Ella no se había demorado a razonar para jurarme lealtad vitalicia. Romina debía tener la clave de nuestra relación, debía haber poseído desde el inicio en las cifras proféticas de esa religión aún viva en sus ritos adventistas cotidianos el secreto de nuestro encuentro y nuestra comunión.

Romina debía tener el secreto. Ese era el pilar de todo. Y yo oscilaba entre confiarme diligentemente a su saber críptico, a la espera de lo que ella pudiera decidir, o creer que en realidad ella estaba a la espera de que yo averiguara todo, que le arrancara todas las claves con la misma decisión con que la había iniciado en tantas cosas, que recogiera los secretos allí donde estaban para elegir yo, a partir de ese conocimiento, el nuevo camino que ambos debíamos tomar.

Antes de que pudiera darme cuenta de nada, me encontré la mayor parte de tiempo sumido en un estado de alerta universal, omnidireccional, privado de toda selectividad. Estaba al acecho de señales, señales de las que ignoraba totalmente la forma que podían llegar a tener, la dirección de la que podían provenir, la información que habrían de transmitir. Era como cuando uno mete la mano en busca de algo en un bolso repleto de chucherías y fracasa a los primeros intentos: después uno termina reconociendo que le hace falta una concentración especial para mantener sensibles no solo las yemas de los dedos sino cada milímetro de la piel de toda la mano y hasta las propias uñas para reconocer la dureza, la blandura, la textura o la geometría específica del objeto que uno está tratando de detectar a fuerza de frotamientos azarosos en ese mar de aristas, pliegues, asperezas, corporizaciones y desplazamientos, donde absolutamente todo lo que ocurra, desde la velocidad de un deslizamiento hasta la filiosidad de un pinchazo en el dorso de la mano, pueden delatar la presencia del objeto buscado. Es un tipo de concentración que solo da sus frutos si uno suspende la vigilancia consciente y focalizada, y deja que una vaga percepción sincrética seleccione por cuenta de uno las señales de manera prácticamente automática y dirija la mano hacia su objetivo.

El proceso no tiene mayores consecuencias cuando se trata de algo simple como buscar un manojito de llaves o una factura en un bolso. Mucho tiempo después, cuando ya había recuperado una percepción más serena de las cosas, llegué a reconocer por una circunstancia fortuita que se trataba incluso de un tipo de percepción explotada sistemáticamente por los cultores de una actividad más bien prosaica: el circo. Cualquiera que quiera trasladar entre puntos distantes una pila de platos de un tamaño que supere sus capacidades habituales de malabarista, o correr con dos dedos una brasa en un fogón, o trepar sobre una pila de dos o tres sillas hasta colocar un libro en

el último estante de una biblioteca, puede comprobar cómo —ayudada en gran parte por el mero terror al descalabro— se le despierta una sensibilidad capaz de unir en una sola malla perceptiva de eficiencia automática todas las sensaciones pertinentes para el logro del fin, e incluso algunas más cuya función permanece inescrutables si todo marcha sobre ruedas. Así como el pianista o el dactilógrafo arruinan todo si se empeñan en hacer conscientes los movimientos de sus dedos, también en este caso es crucial mantener una atención flotante que presida regiamente sobre todo sin ocuparse verdaderamente de nada, y menos que menos de las sensaciones de función más enigmática: un codo inexplicablemente sensible a la actividad de los dedos de la mano opuesta, un pie que parece indispensablemente alerta al estado de las yemas de los dedos bajo el calor de la brasa, una lengua que parece gobernar con su tensión flexible el viaje de la pila de platos por un espacio de geometría impredecible.

Tampoco en este caso la concentración elevada e inusual del malabarista debutante (probablemente el profesional consumado y automatizado solo deba exigirse tanto a sí mismo durante el aprendizaje inicial de cada truco) tiene consecuencia alguna sobre el equilibrio psíquico de quien la practica.

Pero yo no sentía que estaba jugando al circo. Estaba abocado a la captación de señales cruciales para entender mi vida. Señales de Romina, que tenía las claves. Estaba con todas las ventanas de mi percepción convertidas en antenas alertísimas, pero sin el cerebro sometido a las metas precisas del malabarista. En esas condiciones es inevitable que uno termine percibiendo más que lo que ocurre de verdad, que termine confirmando la existencia de todas las formas nuevas de percepción que sienta necesarias para poder captar una verdad innombrable, escandalosa, crucial. Cada silencio de Romina era una demostración de que había sabido captar un lado oculto de mis palabras, tal como debía ser en el orden sospechado de las cosas. Cada vez que yo lograba callar estaba abriendo las puertas a una nueva forma de interacción que tarde o temprano debía brotar. Romina era el foco de toda esa tensión comunicativa. ¿Pero era concebible que Romina fuera la única que estuviera al tanto de las claves de nuestra relación? ¿Si había un secreto, un sentido, un fin podía dejar de haber una misión? ¿Si había una misión, no habría toda una legión de seres que participaría en ella?

El camino estaba ineluctablemente trazado para un deslizamiento descontrolado por la ladera de la más completa arbitrariedad deductiva. Un carozo de conciencia crítica se mantenía siempre despierto, de forma que solo podía deslizarme por la ladera como quien se interna en una senda tan solo para probar. La ciencia moderna me daba coartadas a granel. Desde el principio de indeterminación de la mecánica cuántica, que fuerza a cada propiedad de una partícula a oscilar eternamente entre determinados valores sin aferrarse jamás a ninguno, hasta las concepciones matemáticas del caos, que se estaban devorando por esa época la teorización de todo cuanto tiene la complejidad abigarrada e imperfecta de un proceso real, pasando por las lógicas probabilísticas que se niegan a encerrar el diagnóstico de una afirmación

entre los exclusivos barrotes de la verdad o la falsedad, y sin olvidar a la relatividad que ata fatalmente las verdades de la cinemática y la dinámica a su espuria circunstancia espacio-temporal, todo cuanto había leído en mi vida sobre ciencia contemporánea parecía despertar desde una tumba desmemoriada para ponerse al servicio de mi paseo para probar. Todo contribuía a dejar el juicio de realidad definitivo en suspenso a la espera de que una acumulación masiva de saberes y deducciones recogidos en las distintas sendas de la travesía mental me revelara qué de toda la trama infinita de mis interpretaciones de la realidad era verdad.

Era como un médico perdido en una indefinida anamnesis, sometiendo al paciente —en este caso toda la realidad— a interminables análisis clínicos y registrando *ad infinitum* los síntomas sin arribar jamás a un diagnóstico. O mejor aún, un físico a la espera de sus grandes utopías, las nonatas teorías de la gran unificación, que siempre están por conciliar, desde que la cuántica es cuántica y la relatividad relatividad, las fuerzas elementales del universo en una sola gran explicación que disuelva la insoportable diversidad del electromagnetismo, el decaimiento radiactivo, la cohesión nuclear y la dinámica gravitatoria, y que a falta de una posibilidad de efectuar experimentos recorriera las teorías como un cabalista la Torá en busca de la clave de la verdad, oculta tal vez en las condiciones de coherencia, en las exigencias de la estética o en alguna otra forma de armonía oculta entre esas teorías divididas.

Solo que cuando uno está en esas condiciones la suspensión del juicio de realidad, la postergación presuntamente momentánea de la discriminación entre verdad e ilusión, no permite almacenar ideas verdaderamente hipotéticas cuando se trata de hallar el sentido de la propia vida. Basta que uno se niegue a rebatir de inmediato una hipótesis improbable para que ella se refugie en un lugar blindado del cerebro, convoque a todas las otras ideas compatibles con ella a una alianza indestructible y adquiera rápidamente toda la fuerza de una convicción capaz de tomar por asalto hasta la última neurona. So pretexto de explorar las sendas uno termina cayendo cada vez más por la ladera de otra realidad.

Entrar en otra realidad no es algo que se haga de un solo tirón. Se lo hace en etapas, no con la prolijidad de un paso a paso, sino con la evolución volcánica del sacudón, como quien juega una carrera de embolsados donde el equilibrio solo se logra con un nuevo enviñón y donde el terror a la caída no es a quedarse sin un trofeo, sino a perder para siempre el control del órgano mediante el cual se salta: el cerebro.

Yo salté mucho desde el primer momento, pero en gran parte lo mantuve en secreto porque eso estaba en el orden mismo de las cosas. Estaba persuadido de que la verdad emergería de lo dicho a medias y de la alusión, de un intercambio paciente en el que inicialmente solo Romina y yo, y luego todo el mundo, deberíamos dejar filtrar lo que podía filtrarse de la verdad, que nombrada burdamente de frente solo podía provocar el caos, el desconcierto o algo peor. Porque nadie sabía en realidad

cuál era la verdad. En mi cabeza misma ella cambiaba constantemente de lugar al ritmo de sus empujones de embolsada. En su trayectoria dejaba algo así como un residuo resinoso o la baba de una gata peluda de la que podía elaborarse tal vez un filamento para tejer la trama de la verdad, si uno avanzaba con un cuidado extremo, para que el hilo no se rompiera en ningún lugar.

Nuestra comunicación con Romina se fue tornando así cada vez más escueta y alusiva, como si buscáramos despistar a algún testigo permanente de nuestros diálogos.

Durante un cierto tiempo eso se vio facilitado por el caldo de sonrisas, cariños y gentilezas en el que chapaleábamos. Las ambigüedades eran más que toleradas alentadas, porque ambos parecíamos haber despertado de nuestros pensamientos el mal y la desconfianza. Las distintas interpretaciones posibles de un mensaje no suficientemente precisado se abrían sobre mundos cada vez más promisorios, en lugar de despertar el temor de una traición.

Fue un periodo breve, como todas las etapas de ese proceso. Romina llegaba por la noche agotada, o estaba ya en casa cuando yo retornaba de Turba. Pero la sonrisa permanecía imborrable en su rostro. Cenábamos envueltos en un halo de promesa, sumergidos en una esperanza siempre más imprecisa y siempre más convencida. El punto básico era que nos iba “mejor”. Siempre “mejor”.

—¿Viste gente hoy?

—Sí, amor. Dos clientes.

—¿Cómo está yendo todo?

—Ah, muy bien. La verdad que me está yendo mejor. Me estoy poniendo más práctica. Ya no me pongo nerviosa y estoy empezando a conseguir clientes a los que les puedo cobrar bastante más.

¿No le iba a preguntar qué pasaba con el sexo? No. Ahí no más me perdía en la indagación de aquellos mismos temas que antes había querido eludir como intentos de Romina de entretenerme con las banalidades de la vida de sus clientes. Cada detalle de la vida de un cliente, cada comentario vertido como al pasar sobre la rutina prostibularia era la promesa de un mensaje, una clave, una iluminación. En cambio mi pornografía íntima, que había seguido vigente al comienzo y se había convertido en una necesidad insalvable para poder hacer el amor con Romina después de su debut prostibulario, había sido reemplazada desde mi decisión de ser feliz por una suerte de comunión altruista que me quitaba la curiosidad de saber qué pasaba en sus otras camas. En la nuestra, yo ya había aprendido a registrar las señales elocuentes de un éxtasis mudo que se transmitía de Romina a mí a través de vibraciones más profundas que cualquier contacto físico. Miradas, silencios, roces minúsculos, movimientos apenas esbozados pautaban una nueva forma de amar más profunda y auténtica que todas las que se habían conocido, una forma de amar en la que no había zona erógena porque cada punto del alma y de la piel soportaba la tensión de ese malabarismo que iba a llevarnos a la fusión de nuestros seres. A menudo no

llegábamos siquiera a la penetración, y en nuestro regodeo contemplativo y pausadamente danzante terminé por ver una forma de sexo que tal vez podía llegar a ser compartido, en una orgía de un tipo ya no vigorosamente animal, como la de los griegos, sino de ese orden ingenuo, despreocupado e infinitamente libre que uno podía atribuir en su imaginación a los primeros cristianos, cuando quería creer en las teorías de que su comunidad primitiva no había sido meramente espiritual.

Asomaba así en mi fantasía erótica una comunión sexual propiamente cristiana, donde el estímulo no estaba suministrado como en mi vieja pornografía personal por los celos, la humillación masoquista o la promesa de una victoria fauquímica sobre mí mismo o sádica sobre los demás, sino por un registro totalmente diferente, de mera ternura, entrega y amor alegremente compartido. Era un mundo sin celos, sin miedos y sin traición.

¿Acaso el venerable marxista Karl Kautsky —tanto más venerable cuanto que su obstinado realismo reformista le había valido el odio del desprestigiado Lenin— no había interpretado al cristianismo originario como un movimiento socialista primitivo, surgido de la ola de revuelta nacional judía contra los romanos, que había alentado entre sus miembros no solo la comunidad de bienes sino también de mujeres? ¿No había descifrado en ese sentido las enigmáticas referencias evangélicas al “misterio terrenal de la iglesia” encerrado en las primeras congregaciones cristianas? ¿No había pretendido incluso que la propia secta judía de los ascéticos esenios, que habría transmitido a los cristianos su inicial comunismo, practicaba alternativamente tanto su ya por entonces célebre abstinencia sexual, como “alguna forma de comunidad de esposas”? Yo, que vivía sumido en una coparticipación sexual forzosa regulada por el oficio más viejo del mundo, quería imaginarme mi inexplicable destino como un anuncio de una nueva forma de amor por venir, descifrada en su germen por aquel viejo marxista goy, que no vivió suficiente para ver al menos sus afirmaciones sobre los esenios desmentidas por los rollos del Mar Muerto. Porque supuestamente los rollos confirmaron medio siglo más tarde de la muerte de Kautsky a los esenios como incorruptibles chupacirios perdidos en las aburridas redes del ascetismo, sin “alternancias” kautskianas ni fracciones traviesas.

¿Pero por qué demoraban tanto en darse al libre examen del público esos papiros más de tres décadas después de haber sido descubiertos? ¿No sería que Kautsky había acertado? ¿No habría en algún pliegue escandaloso de los rollos una verdad que el papado, el rabinato y todas las religiones bienpensantes no estaban dispuestas a dejar que se filtrara? Si la comunión sexual había sido posible alguna vez en armonía, toda comunión patrimonial debía aparecer forzosamente como algo más simple de lograr que un juego de niños. Eso era lo que querían ocultar las religiones tradicionales, y de eso quería tener noticias yo a través de Romina, más que de su sexo con los demás, al que ya podía imaginármelo en su homogénea felicidad altruista y armónica, tal como lo vivía yo ahora con una renovada frecuencia desde mi pequeña isla de irradiación cristiano-socialista en mi Periscopio de Avenida de Mayo. De eso tenían

que traer noticia esos clientes que por algo se ponían cada vez más cristianamente generosos con Romina. De tanto indagarla y tanto insinuarle, Romina acabó por saber de mis nuevas elucubraciones mucho más de lo que yo la hubiera creído capaz de soportar. Y de golpe me sorprendía poniendo sobre la mesa cosas que yo jamás me había atrevido a mencionar abiertamente.

—¿Y qué te dijo, a qué se dedica?

—Es ejecutivo de una empresa importante, dice que es una empresa de ingeniería pero que dirige a todo otro grupo de empresas que está en todas las ramas industriales.

—Ah, la madonna, Pérez Companc.

—No, nunca mencionó un nombre.

—¿Está vinculado a alguna Iglesia?

—Sí, parece que es muy católico, pero de eso no habla nada.

—¿Y no te habla nada de vos, de tu vida, de por qué hacés esto?

—Sí, todos me hablan de eso.

Por supuesto. ¿De qué le iban a hablar acaso? ¿No era evidente que Romina estaba cumpliendo una misión?

—¿Y qué te dice?

—Me pregunta si creo en Dios. Yo le digo que sí. Una vez me preguntó cómo creo que Dios ve lo que yo hago. Y yo le pregunté cómo cree él que Dios ve lo que él hace. Porque él también cuenta cosas feas de su trabajo, y de las luchas que hay entre los distintos grupos del directorio y con otras empresas. Pero él creyó que yo no se lo preguntaba por su trabajo, sino porque se acostaba conmigo y me dijo que a veces cree que Dios le da este alivio porque si no su familia no podría mantenerse unida. Y ahí le pregunté eso que decís vos, que qué le parecería que el sexo sea libre y si no piensa que los primeros cristianos vivían así, y si a la Magdalena Jesús no la puso por eso de ejemplo. Pero se enojó mucho. Entonces yo también me enojé. Y le dije que yo hacía esto no por el dinero, y que si quería que se metiera el dinero en el culo, porque yo lo que hacía era predicar el amor. Y que él también debería predicar el amor y repartir las acciones entre los trabajadores de su empresa, y vería que la gente se pondría a producir mejor, y él mismo ganaría a la larga más, y se sentiría mejor, y no tendría que pelearse con las otras bandas de su empresa porque ni él ni los otros tendrían la manija, sino que la manija la tendrían los trabajadores. Como decís vos, amor. Pero se empezó a reír a carcajadas, entonces me levanté y me fui y le tiré las llaves del departamento donde nos vemos sobre la cama. Pero él tenía nuestro teléfono. Y a los dos días me llamó. Me esperó en el departamento con un nuevo juego de llaves que tenía un llavero de oro, con el vestido azul ese que conocés sobre la cama, y ese sobre con cinco mil dólares que te di aquella vez. Me dijo: “Empecé con la distribución de utilidades”. Nos reímos mucho y seguimos como siempre. Pero nunca más hablamos de esas cosas.

Romina se había convertido en una militante de las imprecisas ideas que yo

evocaba ante ella de manera insinuadora pero sin siquiera tomar partido por ellas. No había hecho más que contarle lo que tal o cual autor había pensado de las religiones o del sexo. Había evocado un poco del historicismo de Kautsky, otro poco del freudomarxismo de Reich y Luigi de Marchi, apóstoles de una liberación sexual inspirada en Freud pero diametralmente opuesta a la concepción de este de una superación de las inhibiciones y los traumas mediante el mero uso de la palabra y el análisis. Le había hablado de cómo ellos pensaban que la represión psíquica supuestamente fundadora del inconsciente no era una necesidad de la civilización, como daba a entender Freud, sino un producto de las sociedades estructuradas en torno de la defensa de ciertos privilegios. Y también había deslizado alguna vez que muchos desconfiaban de por qué se demoraba la difusión de los rollos del Mar Muerto.

Pero había esperado pacientemente que ella misma sacara de esa ensalada de insinuaciones su propia conclusión. Porque la había convertido de algún modo en mi oráculo. En el aislamiento casi absoluto en el que yo estaba entrando, Romina se iba convirtiendo en mi único interlocutor, mi único criterio de realidad, y más que convencerla quería que ella me diera algún indicio externo para saber si la avalancha de deducciones fulminantes que estaban apoderándose de mi cerebro con una vertiginosidad imparable e insomne tenían alguna incompatibilidad insalvable con la realidad.

Pero, no, ¿cómo la iban a tener? ¿Que tal cliente se reía? ¿Que tal otro le decía que todo era un delirio de otra época y otro mundo? Puede ser. ¿Pero cómo se reía? ¿Qué cara ponía cuando decía que era un delirio, con qué convicción se lo decía? ¿No le parecía que le estaba dando a entender otra cosa? Era como la escucha de un psicoanalista ortodoxo: uno se puede negar indefinidamente a tomar lo que dice el otro por lo que realmente quiere decir.

Cuando el camino de la coherencia deductiva se veía bloqueado por alguna contradicción o enigma, no tomaba partido por alguna de las alternativas, dejaba que la mente dibujara espontáneamente su propio fractal, su curso tan policausalmente determinado que uno más que dirigirlo apenas podía desviarlo levemente, o indicarle un rincón donde pudiera alimentarse para reiniciar su búsqueda. El cuerpo era un refugio de elección. Renacía la agilidad, la concentración, la destreza y precisión del malabarista. Un malabarismo de las pequeñas cosas cotidianas, de las escasas tareas de la casa que Romina dejara sin hacer. Hasta el más nimio gesto podía convertirse en un número de circo, cuando era presa de una concentración corriente, o en una sesión de tai chi chuan cuando la geometría recta de los movimientos a la occidental se me antojaba agotada y buscaba lo que la actitud ondulante del Oriente podía brindar. Pero también había un malabarismo de todo lo demás, desde la rutinaria respiración, que debía alcanzar alguna mejoría cualquiera, hasta el deporte. A la distancia que impone el equilibrio mental recuperado es difícil juzgar cuánto de lo que creí vivir en esas condiciones fue real. Pero llegué a estar convencido de que lograba nadar más de

dos minutos bajo el agua, de que conseguía trotar tres horas sin parar, de que entre las condiciones siempre más exigidas en las que me ponía a meditar era ya rutina pasar una hora sentado bajo el agua fría de la ducha a la que había retirado la regadera para que cayera un solo chorro con violencia de catarata sobre mi cabeza imposible de distraer.

En ningún momento de esa época se me ocurrió pensar que estaba viviendo una experiencia común, banal, codificada por la humanidad bajo el nombre de locura, y sistemáticamente alejada de la verdad por su propio ensimismamiento, por su blindaje impenetrable contra las refutaciones de la realidad. A lo sumo pensaba —o más bien sentía— estar viviendo una experiencia común a toda la humanidad, pero que esta vivía de un modo menos consciente y por ende menos pasible aun de ser comunicada que la mía, y más sensible eventualmente al escándalo si alguien pretendía abordarla directamente en lugar de expresarla por las vías insinuadas y cifradas que usábamos con Romina para acercarnos poco a poco a una misma idea, sin delatarnos a inexistentes oídos extraños.

Me imaginaba que lo que me tocaba vivir a mí no era más que la punta de un iceberg cuya masa se sumergía en las mentes de todos los habitantes del planeta, que estaban alumbrando lentamente un nuevo hombre. Era la marcha de la libertad, que tras cuajar en una maduración lentísima de las estructuras sociales a lo largo de los siglos empezaba ahora a liberar a los hombres de sus propias cadenas interiores, los tabúes, la represión intrapsíquica, el temor y la desconfianza mutuos. Un día le conté a Romina que Howard Fast había escrito un cuento que se llamaba *Una ventana al futuro* y describía cómo la desaparición de la explotación social y la represión intrapsíquica dentro de mucho tiempo llevaría a la gente a una confianza tal que nadie sentiría temor de confesar sus más íntimos pensamientos y se podría descubrir así el camino para una comunicación directa entre los cerebros, la telepatía. Recorrí todas las librerías de la ciudad para conseguirlo, pero fue inútil. Como todos los libros que ahora me parecían haberse cruzado en mi camino guiados por una mano intencional, lo había leído hacía más de diez años pero estaba retornando a mi mente con la fuerza de una iluminación, como si lo acabase de descubrir en esos días, como si recién entonces lo hubiera comprendido. Romina pareció acomodarse desde ese día mejor a mis prolongados silencios.

Yo me iba refugiando cada vez más en mí mismo a la espera de hallar los resortes que me permitieran volver a saltar hacia el mundo exterior. Sentía que así como había una mecánica cuántica para las partículas subatómicas, una mecánica newtoniana para la experiencia humana corriente y una mecánica relativista para la cosmogonía, mi cuerpo me estaba alimentando ahora desde su escala elemental de partícula del cosmos con sensaciones íntimas, propioceptivas, que debían combinarse como en un juego de abalorios hesseano unas con otras para permitir el vínculo con la esfera newtoniana del intercambio social y desembocar finalmente en alguna forma de comunicación universal con otros mundos, posibilidad esta última que dejé largo

tiempo en reposo como una incógnita que, aun en el estado de audacia intelectual desahogada en el que yo ya estaba, me parecía peligrosa de pensar y demasiado proclive a la arbitrariedad y el descontrol.

Así, cerraba los ojos y veía colores en profusión, sentía olores como de una invasión de pétalos, recordaba los textos leídos hacía un tiempo inmenso sobre el budismo, sobre el brahmanismo, sobre la India, sobre el yoga, sobre los pies de los monjes avanzando sobre un territorio y una vegetación distintos irremediabilmente de los míos, y me persuadía de que esos colores eran las formas ocultas de conceptos que se habían mantenido durante toda mi vida separados y sin comunicación alguna entre ellos en sus respectivas guaridas dentro de mi cerebro, y que ahora se habían puesto a interactuar, como si quisieran confesarse el uno al otro la verdad que habían almacenado mezquinamente durante tanto tiempo y que ahora cedían con la esperanza de crear una nueva vegetación en mi mente, nuevos colores, y ocupar nuevas regiones de mi propio paisaje neuronal, con matices que llevarían todos los saberes que cada color aislado había logrado mantener en el pasado mezclados en un orden preciso que posibilitara la mayor compatibilidad, la mejor armonía en una nueva paleta intelectual, capaz de captar más verdades, de lograr más potencialidades.

Era como si al desaparecer el odio de mi interior se hubiesen roto todos los tabiques internos de mi mente, y todos los saberes y experiencias acumulados se hubieran trenzado en una red cognitiva infinitamente compleja capaz de abarcar estereoscópicamente cualquier realidad desde el punto de vista adecuado a cada uno de sus costados y a algún misterioso punto de vista adicional, donde cualquier nostalgia de absoluto se podía refugiar. Me imaginaba que eso solo podía estar ocurriendo si yo mismo vibraba en armonía con todas las otras mentes del planeta. Lo que me estaba ocurriendo era demasiado importante para que yo fuera el único que lo estaba viviendo. El globo terráqueo se me antojaba sumido en un intercambio idéntico al que vivía mi cerebro. Los distintos países, las diferentes culturas se habían puesto a dialogar más allá del seco intercambio de objetos que los cantores del libre mercado glorificaban desde todos los rincones como la verdad primera y última de todo el quehacer social. Podía sentir físicamente la tensión de una creatividad pujando por salir a la superficie a escala planetaria como un viento huracanado que los amanuenses del GATT pretendían encauzar por los modestos carriles del comercio universal. Podía ver cada tradición marchando a una misma meta desde un punto de partida inconcebiblemente distinto, podía percibir sus ganas de trenzarse con todas las otras en una sola tela capaz de alojar al mundo y lanzarlo como una honda a su más verdadero destino. Podía sentir el vértigo de una humanidad al borde del alumbramiento de una nueva era. Pero ya cuando el salto se volvía inminente a través de mil pequeños signos, ya cuando retomaba ese “estallido de la paz” del que volvían a hablar los diarios tras los sacudones del Golfo Pérsico, ya cuando la izquierda asumida o vergonzante se levantaba de sus tumbas recién cavadas con Rabin en

Israel, con Clinton en Estados Unidos, con los brasileños volteando a Collor y arrimando a Lula al umbral del poder, un diente de la rueda no encontraba su muesca en la rueda opuesta, algo del orden de lo imprevisto trababa el engranaje y la otra cara del planeta aparecía con toda su brutalidad. Podía percibir entonces los miedos, los odios, los remanentes de milenios de lenta evolución biológica que hicieron de la agresión una componente crucial de todo bagaje instintivo. Podía sentir las uñas trazando nuevas fronteras, defendiendo propiedades, almacenando objetos, cultivando la propia etnia, no como una planta dispuesta a enriquecer un jardín universal, sino como un vegetal parásito y sanguinario con ansias de exclusividad. Podía oír el rugido descomunal de quien espera espantar con su grito todo lo que más teme.

Terminé por sentir una vez más que estaba haciendo un equilibrista malabarista entre la paz y el estallido, por una cuerda que un soplo podía quebrar. Era otra vez la tensión por todo el cuerpo, el alerta omnidireccional, la piel convertida en antena parabólica. Se veía en el rostro de Romina, en sus relatos sobre sus clientes, en las caras de quienes más me odiaban en Turba: en cualquier momento el delicado balance que mantenían las fuerzas en pugna podía volcarse del costado de la muerte y descargarse en una violencia criminal.

Entonces sentía retrocesos gigantescos en mi armonía con el mundo, y parecía que el planeta entero se iba a convertir en un universo feudal, con millones de señores grandes y minúsculos reinando sobre una masa despreciable de siervos que estaban renunciando a su libertad. La desaparición del Gran Miedo que había padecido entre 1871 y 1991 el linaje de los aspirantes a superhombres-a-costa-de-los-demás estaba envalentonando hasta al último de los matoncitos suburbanos en cada rincón del planeta. Habían sido nada menos que 120 años en que la raza de los señores había temido una repetición de la Comuna de París, una expansión de la URSS, una rebelión aniquiladora de los siervos. Y ahora el Gran Miedo hacía mutis por el foro sin que lo hubieran siquiera empujado, como si huyera bajo el peso de una impotencia insuperable, de una vergüenza fundamental, de una toma de conciencia sobre la propia impostura.

A algunos poderosos la desaparición del gran miedo parecía empujarlos a audacias de un humanismo que antes jamás se habrían permitido. Se ponían a hablar de ética en la empresa y hasta de distribuir un poco de poder. Pero para los más era más bien la hora del piedra libre. Para ellos no era cuestión de distribuir poder hasta la base de siervos sino de repartir feudos entre leales vasallos, reproducir hasta las bajas escalas la ley del garrote impune. Si la humanidad había podido vivir con ella por tantos siglos, por qué no lo iba a volver a lograr. Cada pequeño patotero suburbano de la Alemania unificada podía empeñarse en demostrar sobre los huesos rotos de algún extranjero desprevenido que la era de Brockner había sonado por fin, aunque para lograr esas fracturas óseas los candidatos a superhombres hubiesen tenido que atacar de a veinte contra un solo supuesto subhumano. Nadie los iba a

castigar.

La lucha que me había parecido ganada apenas unos días atrás volvía entonces a librarse en todos los frentes. Y mi desconfianza respecto del resultado se convertía en terror generalizado, por momentos en certeza física de una inminente aniquilación. La batalla se libraba en las cabezas de todos. Cualquiera podía empujar al mundo a un gigantesco salto adelante o enviarlo para atrás. Desconfiaba de todos, de Romina, de sus clientes, de mis amigos, a los que veía cada vez menos y a los que trataba de enredar en una comunicación ambigua e indescifrable como la que mantenía con Romina. Pero cuando me sentía demasiado arrinconado ante la posibilidad de una traición de cualquier origen, terminaba confiando en todos, y dando yo mismo un nuevo salto en mi secreta comunicación con los demás. Aun los *skinheads* más redomados sabrían oír el mensaje del amor, si se lo brindaban de la manera adecuada, si quien pretendía interactuar con ellos tenía él mismo la mente libre y abierta, para entender sus propios odios y comprender los miedos del candidato a superhombre, desocupado, desculturalizado, desprotegido y sin educación.

Catapultada por mi propio terror, una nueva ola de amor me inundaba. Una ola que ponía a su servicio mi cristianismo utópico, modernizado, sexualizado y potenciado por una mística que abrazaba todas las ilusiones omnipotentes de las religiones que alguna vez había llegado a conocer o cuyos textos me había visto obligado a traducir, y hasta la imaginería de un tibetanismo telepático de un impostor como Lobsang Rampa o un paganismo americano individualista y desértico como el de Carlos Castaneda. Ecos, retazos de lecturas muy antiguas retornaban con la fuerza de un deslumbramiento, y yo acabé por sentir que algún engranaje oculto de mi cerebro debía haberme conducido desde el inicio a ese eclecticismo asombroso que de joven me llevaba a mezclar Marx con estudios modernos sobre mística sufí o budismo zen, para poder recordar ahora de cada lectura unos pocos elementos de los que no me cabía la menor sombra de duda que eran los verdaderos, los fundamentales, los necesarios para fabricar el nuevo hombre, o al menos para que yo pudiera sobrevivir a las batallas del alumbramiento.

Esa omnivoracidad lectora que en su momento me había explicado a mí mismo como producto de la marginalidad atávica de todo judío, me parecía ahora el producto de una elección demasiado acertada para obedecer a la casualidad. Haberme asombrado alguna vez ante el espíritu del guerrero que el brujo Juan había sabido inculcarle a Carlos Castaneda me era demasiado útil en este inesperado momento de aniquilación inminente como para creer que lo había leído quince años atrás de puro ecléctico. Haber rozado algún día la comprensión de lo que era el aprendizaje no focalizado que el zen impone a quienes pretenden acceder al arte del tiro con arco me ayudaba demasiado a sentirme acompañado por toda una cultura oriental en mis seudoincursiones por el mundo de las habilidades circenses y del faquirismo como para pensar que no jugaba un rol predeterminado el hecho de haber traducido para un amigo el libro de Herrigel porque era inhallable en los años setenta. Y si era por los

satoris, por la iluminación fulminante tras horas de indagación intelectual al gusto de los propios monjes o de Deitaro Suzuki, yo creía estar yendo continuamente de uno en otro, entre estaciones de la más completa devastación interna.

Poco a poco, la propia evocación recurrente de mis lecturas de tantos años, la reflexión ininterrumpida e ininterrumpible, y una lectura “sintomática” de los diarios me fue llevando a precisar, de a pinceladas concéntricas que no cesaba de retocar, un cuadro aproximado de lo que podía estar pasando. La desaparición de la URSS había desequilibrado el mundo al privar a las clases subordinadas del gran garrote rojo que les había permitido arrancar conquistas sociales e ir mejorando sus condiciones de vida en el capitalismo moderno, el mismo garrote rojo que había conducido al reemplazo de todos los enfrentamientos circunstanciales de la historia de la humanidad por enfrentamientos ideológicos, las viejas pujas por más territorio o por una inclinación excluyente a tal o cual divinidad, por una lucha en torno de una oposición racional y de un debate necesario para toda sociedad, el debate que había librado Aristóteles con Platón, el que había abordado lo mejor de la filosofía de todos los tiempos y continentes: cuál era la mejor organización social, cuál la que acercaba más al hombre a la felicidad.

Ahora se abría un período de transición en el que los de abajo conservaban todavía los frutos de esa rivalidad planetaria y las élites todavía no estaban suficientemente adaptadas a la idea de retomar a sus viejas pretensiones egoístas, esclavistas hacia adentro y guerreras hacia afuera. Era el momento preciso para dar un nuevo salto adelante antes de que todo volviera al viejo cauce de lucha irracional del pasado. Los de abajo ya no tendrían ahora el espantajo rojo para ayudarse, pero eso tenía ventajas, no solo desventajas. Se había desmoronado en la URSS la iglesia supuestamente marxista que predicaba el comunismo hacia afuera y practicaba el Gulag hacia adentro. Había muerto una forma vicarial de defender a los de abajo con métodos casi idénticos a los que usaban los de arriba, con estructuras semejantes y con dictaduras a menudo más sangrientas que las de las propias élites. Librados de la amenaza real del comunismo pero con el recuerdo aún bien fresco de él, los de arriba estaban en óptimas condiciones para oír qué tenían que decirles ahora los de abajo.

¿Pero qué tenían que decirles? Lo de siempre. Que el reparto es mejor, más eficiente y más productivo que la concentración. Que el hombre puede identificarse con su empresa de una manera más efectiva siendo copropietario de ella que amenazado de despido o sanción. Que la participación rinde más que la represión. Por eso el verdadero problema no era qué decir sino cómo decirlo. Y ahí veía yo algo así como una religión hecha de todas las religiones, una fe atea amasada de todas las devociones, capaz de abreviar utilitariamente en todas las místicas y en todas las ciencias como quien equipa su casa comprando en un hipermercado y somete todo lo adquirido al capricho ordenador y consumista de la propia conveniencia, la conveniencia de la libertad y el autodesarrollo de los individuos.

Veía, intuía, sentía gestarse esa ola: con un gandhismo insobornable como método

político, aderezado con el tinte social que le dio en sus últimos años Martín Luther King al luchar no solo contra la segregación racial sino por salarios dignos e igualdad económica para los negros, emergería entre los asalariados de todo el mundo un movimiento gigantesco de huelgas, sentadas, ocupaciones pacíficas de empresas y otras formas de lucha del arsenal no violento. Un movimiento sin dueños, sin centralización, sin banderas, sin partidismos, sin más consenso que una vacía voluntad de participación y una disposición a servirse de todas las ideas. No pensaba en una salsa indiferenciada de concepciones, en un aplanamiento del relieve majestuoso de la creatividad humana. Pensaba en los puentes, en las transiciones, en las traducciones posibles entre una y otra religión o concepción, en las equivalencias que podían establecerse para que cada uno pudiera hablar esos diferentes lenguajes indistintamente y pudiera abordar la realidad estereoscópicamente desde varios ángulos simultáneos.

Porque ese poliglottismo de las ideas era infinitamente más que uno de los idiomas. Los idiomas difieren solo en la forma —y aun ahí ni siquiera tanto como parece a quien no los habla—, los universos de ideas en los contenidos y aun en el ordenamiento de los contenidos comunes. Pero había que buscar las equivalencias, los puentes, las traducciones.

Lo más angurriente de la burguesía cantaba ahora loas al egoísmo y a la fuerza. ¿Pero qué egoísmo? ¿El de Zaratustra? “A riesgo de molestar a oídos inocentes yo afirmo esto: de la esencia del alma aristocrática forma parte el egoísmo, quiero decir, aquella creencia inamovible de que a un ser ‘como nosotros’ tienen que estarle sometidos por naturaleza otros seres. El alma aristocrática acepta este hecho de su egoísmo sin ningún signo de interrogación y sin sentimiento alguno de dureza, coacción, arbitrariedad, antes bien como algo que acaso esté fundado en la ley primordial de las cosas: si buscase un nombre para designarlo diría ‘es la justicia misma’”. Eso más que egoísmo era miedo a la soledad, a la propia impotencia, a la falta de talento para ser o hacer algo sin chuparle la sangre a otro, sin vivir del esfuerzo ajeno.

El paradigma de lo bueno y de la fuerza era para Nietzsche el guerrero, pero un guerrero más dependiente de la explotación del otro que un niño acostumbrado a quedarse con los juguetes de los demás porque no tiene imaginación para jugar con los suyos. Era un guerrero quejoso contra una supuesta envidia hereditaria que alimentarían los débiles: “Oh, predicadores de la igualdad, el tiránico delirio de vuestra impotencia es lo que en vosotros reclama a gritos igualdad... presunción amargada, envidia reprimida, tal vez presunción y envidia de vuestros padres: en vosotros resurgen como llamas y quimeras de venganza”, rezaban los delirios racistas de su alter ego Zaratustra. Envidia, según él, madre de toda filosofía, conocimiento y mal, en el sentido de bajo y despreciable, de débil: “Su envidia los conduce también a los senderos de los pensadores, y ese es el signo característico de su envidia”. Era un guerrero que se ufanaba de osado pero temía al pensamiento, un guerrero que cantaba

a la soledad pero solo la podía soportar en compañía de su mucama o su mayordomo.

Pero era un débil como Nietzsche, un enfermo que había sido jubilado de su cátedra en plena juventud por sus taras hereditarias o no, y se la pasó desde entonces despotricando contra los débiles y los enfermos, el único que se había atrevido a expresar a través del espejo deformante de la paranoia la envidia gigantesca, terrorífica, asesina del propio poder a todo el talento sobre el que gobierna y manda. Detrás de cada burgués satisfecho que repetía de la boca para afuera cantinelas como las de Brockner para explicar que alguien debía mandar, yo veía la paranoia nietzscheana del patrón que por no identificarse con sus trabajadores los fantasea envidiosos y criminales y solo sueña con reemplazarlos por otros “más leales”, menos caros, menos exigentes, más resignados, y sobre todo, menos talentosos.

¿No había una forma de acercarle a ese patrón el conocimiento de otras lenguas, otros sistemas de referencia, otros universos conceptuales donde el egoísmo se conjuga de manera casi opuesta? Porque frente al guerrero lloroso, frente al patrón neoliberal o totalitario abrumado y quejoso por el “poder” de sus obreros y el “gigantismo del Estado”, había otro guerrero, uno de verdad, hidalgo y no paranoico, el guerrero del brujo Juan: “Lo más difícil en este mundo es adoptar el espíritu del guerrero. De nada sirve estar triste y quejarse y sentirse justificado de hacerlo, creyendo que alguien nos está siempre haciendo algo. Nadie le está haciendo nada a nadie, mucho menos a un guerrero”, le había dicho Juan a Castaneda.

Frente a la moral guerrera definida a la nietzscheana por oposición a la moral del sacerdote, frente a ese repudio de todo cuanto había cultivado o tolerado el cristianismo de simpatía o protección hacia el débil, estaba ese espíritu guerrero a la yaqui, un guerrero entrenado no contra las debilidades humanas del pobre y el sacerdote con el fin de explotarlos a ambos, sino contra las inclemencias de los desiertos mexicanos, contra los ataques verdaderos de los elementos, contra las violencias cotidianas de la selva humana, es decir, contra las amenazas reales, no contra las persecuciones paranoicas deliradas por los señores del poder, supuestas causantes por sus restricciones a sus libertades de que el sistema del sálvese quien pueda no logre la perfección que ellos le atribuyen.

Y frente al egoísmo parásito de quienes se creían predestinados a someter a otros, estaba el verdadero egoísmo, orgulloso, solitario, el que buscaba la verdadera voluntad de poder, no del poder sobre los otros, sino del poder sobre uno mismo, para desarrollarse uno y para poder compartir lo que se pudiera compartir con los otros, y aun para ayudar a desarrollar poder en ellos. Esa era la meta del egoísmo budista y también la del brujo Juan, la de los ambiciosos de verdad. ¿No podía descubrirse una forma de traducir al lenguaje del patrón el alma del trabajador, para que el poder se viera en un espejo apaciguador en lugar de proyectar su propia envidia? ¿Acaso el orgullo nietzscheano del aristócrata burgués que desprecia a la masa y desconfía de las iglesias que hacen la apología del pobre y el débil era muy distinto del orgullo del obrero que desprecia al carnero, al rompehuelgas, al alcahuete, al arribista que a

menudo sin oficio llega más alto porque tiene lengua más larga para chupar las medias del patrón? La diferencia era que el obrero estaba condenado a buscar el apoyo del carnero, a conocer las razones del carnero, a entender la lógica del carnero, porque en cualquier momento la abrumadora mayoría, y hasta el propio obrero orgulloso, podía actuar como un carnero, y para el de abajo la fuerza propia solo se torna real cuando se vuelve masa y despierta a los otros siervos. En cambio el patrón despreciaba al siervo por su sumisión, pero estaba condenado a hacer todo lo posible para perpetuarla, porque no sabía vivir de otra manera que alimentándose de esa plusvalía narcisista, de ese autoendiosamiento ficticio del dominador que era sin embargo millones de veces mayor y más embriagador que cualquier plusvalía económica. ¿A la paranoia exclusivista del patrón, deslumbrada por una sola teoría, una sola jerarquía, un solo orden inmutable de los que nacieron para mandar, no podía oponerse un saber esquizofrénico, propiciador de jerarquías oscilantes, móviles, donde cada verdad y cada rango tuviera su turno para gobernar?

Con la información casi nula de que disponía en esos momentos sobre el mundo exterior y sobre mi propia compañera de travesía, deduje que era esa ampliación cada vez mayor de las fuentes de mis pensamientos lo que estaba causando un distanciamiento creciente que se volvía inocultable por parte de Romina. Me imaginaba que ella podía seguir con algún esfuerzo mis alusiones a un cristianismo diferente. Pero las mezclas indiscriminadas de religiones que ella había estado acostumbrada a despreciar podían estar excediendo su límite de tolerancia. Además ella debía haber estado poniendo desde el comienzo una paciencia gigantesca para acompañarme en mi viaje sin brújula ni destino. De modo que me tomé cierto tiempo en atribuirle una importancia decisiva a sus primeras muestras de agresividad y fastidio, que me parecieron el resultado natural de un esfuerzo sostenido, prolongado, y agotador. Pero a una primera ola de fastidio siguió otra y al ritmo de sus más mínimas demostraciones de disgusto mi visión del mundo se tornó cada vez más sombría. Solo veía el triunfo de la muerte por todas partes.

Hubo un momento de última lucidez, para llamarla de algún modo, antes de entrar en un vértigo imparable. Un momento en que mi cerebro pareció haber sacado de toda su agitación anterior un equilibrio perfecto de conocimiento y metabolización de todo lo que había vivido, un momento en el que el mundo también pareció reflejar apaciblemente en su propia historia y su presente una armonía a tono con mi visión interior. Fue cuando llegué a ver durante unos pocos días la historia de la humanidad como una marcha desde el orden, la continuidad y el tradicionalismo máximos generados por los grandes imperios longevos en las extensas planicies de Oriente, de la China, la India, Egipto, a la libertad de pueblos e individuos que la geografía quebrada de Europa permitió empezar a gestar. Veía lo que había sido visto mil veces por innumerables ojos más expertos que los míos con el deslumbramiento iniciático

de quien cree descubrir una verdad cifrada: un paisaje donde los plegamientos montañosos y refugios insulares imponían como en Europa barreras sistemáticas al desarrollo y a la longevidad de grandes imperios había generado sistemas sociales y culturales un poco más libres de ataduras a un pasado de norma o tradición. Y con la marcha aun más hacia el Oeste el nuevo continente había proporcionado a los ya menos tradicionalistas europeos la tierra presuntamente virgen donde lanzarse directamente a un intento de empezar de cero: libertad máxima, tradición mínima, individualismo tendencialmente infinito y un desorden y movilidad con pretensiones de creadores.

Oriente, Europa, América, tres galaxias infinitamente distantes entre sí que durante milenios se habían puesto a divergir como para perfeccionar su propia diversidad. Pero solo dos series de principios contrapuestos actuando como polos magnéticos capaces de crear el único campo de fuerzas concebible para el desarrollo de una historia humana: pasado contra presente, colectivismo contra individualismo, justicia contra libertad. Y en el preciso medio de las líneas de fuerza, en la línea de choque entre las esferas de influencia, las resultantes aflorando recurrentemente como un magma de síntesis crecientes en su poder de unificación: la democracia esclavista griega (todos libres e iguales menos los que hacían el trabajo más duro o cuestionaban los dioses de la polis), el cristianismo (todos libres e iguales como pueblos, menos los infieles; como individuos solo iguales en el cielo), la democracia parlamentaria (todos libres, pero iguales solo para votar), el marxismo (todos libres e iguales para lo político y lo económico aquí, ahora y a toda costa).

Sobre esas cuerdas fundamentales tendidas entre los polos sociales otra serie de haces cruzaba oblicua el campo horizontal aportando oscuras correspondencias culturales: el ensimismamiento femenino de los grandes imperios del Oriente satisfechos dentro de sus planicies interminables, aferrados a la continuidad y la diversidad interior como grandes úteros narcisistas incapaces de concebir la utilidad de lo exterior, enamorados de su propio paisaje y su cultura como un ombligo del mundo que no podría ni querría producir más vida que la de una partenogénesis asexual que enriquezca siempre con un matiz nuevo lo que ya traen en sí mismos, incontaminado de elementos provenientes del inconcebible espacio de los bárbaros... y la extraversión irrefrenable del Occidente que se sabe bárbaro, que se siente privado de la riqueza de la tradición y recae incesantemente en la búsqueda desesperada de penetración en otros espacios, donde espera cual vikingo enriquecerse con el saqueo de los que se cierran sobre el trabajo, la propia continuidad, la paz y la indiferencia. A caballo de esa diversidad sexual, otra estética: continuidad de Oriente, con su música sinuosa, ondulante, de tonos partidos hasta alcanzar una permanente transición fluida entre las notas, y discontinuidad occidental, con sus notas distanciadas por extensos tonos y sus ritmos poblados, densos, hechos para quebrar el *continuum* con claras oposiciones en la paleta de sentimientos que el sonido está llamado a evocar. Y como un resorte final y privilegiado de todas las oposiciones, la del eje de la lógica: un

apego a la continuidad analógica en el discurso oriental, un acento en la discontinuidad analítica de la razón occidental. Dos polos lógicos desembocando sugestivamente en la modernidad sobre dos tecnologías para la cibernética: una analógica y otra digital, una atada a la similitud, a la representación, a lo figurativo, a la inmediatez, a lo sensible ya la intuición, y otra articulada en torno de la mediatez, la discontinuidad, la arbitrariedad del signo, la renuncia a toda representación, el sometimiento a las conclusiones cortantes de la razón, la fe en la precisión y la fidelidad de los instrumentos discontinuos de la matemática y la lógica para aprehender la diversidad del mundo.

Todas eran series de oposiciones que alguna vez se habían desplegado a lo largo del tiempo y la geografía. Pero ahora se veía, se sentía, se oía, se olfateaba la contemporaneidad escandalosamente anacrónica y creativa de esos principios discordantes, el diálogo del pasado y el presente, del colectivismo y el individualismo, de la tradición y la libertad en un mismo tiempo unificado por todos los instrumentos que habían tendido un puente a través del universo divergente y discrónico de las poblaciones terráneas: el marxismo, que modernizó a Rusia y China; la socialdemocracia, que impuso en el corazón de Europa protección, participación y derecho al confort para los de abajo contra el festín darwiniano del capitalismo salvaje vikingo-occidental; las reformas democráticas de las tropas de ocupación norteamericanas en el Japón, que le dieron a ese imperio feudocapitalista el último toque de hibridación occidental que le faltaba para convertirse en la maquinaria social más apta de todo el planeta para la producción industrial, una maquinaria social capaz de hacer entrar a remolque o por efecto de imitación a toda la vieja zona de influencia imperial al mundo del futuro. Esos, y muchos otros puentes más, que habían sincronizado los relojes históricos del planeta y habían engendrado lo que ahora se glorificaba como un mercado mundial sacado de la galera del GATT y era en realidad mucho, muchísimo más.

Yo había visto eso, había leído eso, había vivido eso durante décadas. El capitalismo saliendo en todo el Primer Mundo del parasitismo oligárquico y rentístico empujado a patadas por los sindicatos y el universo rojo, que lo obligaron a perfeccionarse porque le impidieron seguir explotando un trabajo mal pago y semiesclavo. Había que automatizar y perfeccionar técnicamente todo porque el obrero se volvía amenazadoramente caro, pero también porque se había arrogado mediante huelgas, insurrecciones frustradas y revoluciones antológicamente sangrientas el derecho descarado al confort, no fuera a ser que se volviera comunista. El propio obrero primermundista, ya no los pueblos colonizados, se había ganado a puro golpe y con la ayuda de la amenaza roja el derecho a ser el verdadero mercado consumidor inagotable para los productos finales de todas las revoluciones tecnológicas que obnubilaban a los charlatanes. Por eso los sistemas más eficientes eran los de la línea de choque contra la amenaza roja: Europa y el Japón. Europa protegiendo y otorgando derechos en la empresa a los de abajo como Suecia le había

enseñado desde los albores del siglo que se podía hacer. El Japón confiriendo en cualquier gran empresa al trabajador un status de empleado vitalicio que lo convertía en aliado indestructible del robot: si la introducción de tecnología jamás iba a llevar a una empresa a echar a un empleado, la maquinaria no era más que una sierva del trabajador. Un empleado vitalicio que sabía además que su salario aumentaría anualmente con la antigüedad en la empresa, fuera promovido o no, intentara *alcahuetear* a sus compañeros para ascender o no, aumentara su rendimiento o no. Por respeto a su antigüedad, por respeto a sus años, por respeto a la tradición, que buscaba su mejor inspiración y olvidaba su pasado autoritario, porque los sindicatos resucitados por la ocupación norteamericana y la omnipresente amenaza roja de adentro y afuera la volvían bonachona.

Se lo puede llamar último momento de lucidez o último momento de equilibrio delirante. Me imaginaba los aspectos restrictivos de las estructuras sociales como un látex hecho de miedos y odios que cediera progresivamente a las fuerzas pujantes del amor, la justicia, la igualdad, la fraternidad. El principio creador, la energía impulsora viniendo de abajo o del centro de expansión, del trabajo, del amor y el odio poniendo los límites necesarios para que el globo de látex no estallara, seleccionando las formas sociales que eran viables para construir un futuro y descartando las utopías aún no suficientemente maduras que llevarían a la autodestrucción del amor, a la conversión en su contrario, a un alejamiento demasiado veloz de las certidumbres probadas de la tradición, al triunfo de la muerte en la búsqueda de perfección.

El mundo y el propio acto de pensarlo parecían haberse puesto a vomitar sus verdades como un torrente irrefrenable, una catarata de iluminaciones que estaba mucho más cerca de una auténtica experiencia vivencial que de una mera visión, como si fuera el fruto de una praxis interior y de su reflexión sobre sí misma más que de un mero cambio de focalización. Era un flujo que evocaba los satoris porque en su relativo estoicismo intelectual estaba más cerca del pragmatismo del zen que de cualquier trance místico, de la efusividad emotiva de inspiración religiosa o de la exuberancia imaginativa preautada del hinduismo y todos sus prefabricados mandalas. Casi nunca se bordeaba lo inefable. La iluminación no se me producía como un deslumbramiento inexpresable, sino como una configuración insoportablemente densa de conceptos que de pronto cuajaba inesperadamente en mi cerebro al final de un recorrido por sus laberintos intelectuales, afectivos, memorísticos, y cuya imposibilidad de comunicación no provenía en absoluto de una imprecisión o de una falta de definición en los contornos, como suele ocurrir en la comprensión mística, sino de la variedad y cantidad inconcebible de experiencias, ideas y sentimientos que aportaban al suceso mental y que al participar en él se veían por ese mismo hecho, y solo por él, explicados en su más trascendente significación, o al menos en su significación más formal, más desvinculada de su mera materia, de su circunstancia, de su contenido y hasta de toda forma de definición semántica propia, para entregarse a un metanivel, a un estadio superior de definición donde la

relación con innumerables otros elementos rescatados fulminantemente de mi memoria establecía en un momento eterno un grado de conocimiento que jamás había pensado en mi vida que iba a poder alcanzar y que me llenaba el cuerpo y todos los rincones del alma con una lluvia de endorfinas celebradas en el centro de mi ser como un maná no soñado, ni mendigado, ni esperado, sino atónitamente festejado como por alguien que hubiese ganado una lotería sin haber comprado siquiera un billete. No tenía el menor asomo de duda de que el torrente interminable de conocimientos que se me estaba revelando por el mero deambular por las redes multidimensionales de mi mente podría ser minuciosamente expresado en frases corrientes, en un lenguaje simple y llano como el de cualquier científico de fuste cuando tiene que comunicar sus verdades. Pero saberlo no me consolaba de otra certidumbre fatal: expresar una sola de esas iluminaciones en cualquier lenguaje concebible habría exigido varios volúmenes, tantos eran los núcleos conceptuales que participaban en cada una y tantas las relaciones que los unían entre sí. No había ninguna esperanza de poder mantener esos paisajes mentales suficiente tiempo en la conciencia como para poder volcarlos a un papel. Esa convicción contribuía a que me dejara escapar siempre hacia adelante buscando en cada nuevo valle intelectual una geografía suficientemente profunda y sintética como para presumirla resumen, esencia o coronación de todas las demás y esforzarme en retenerla hasta que una escritura, o al menos una mera secuencia de palabras claves rescatadas del fluir calidoscópico, pudiera salvarla de su evanescencia. El momento de esa transcripción no llegó nunca. A lo sumo pude extraer del hábito de su aparición una intuición suficientemente precisa de lo que representaban para mí, de la utilidad que podían tener si alguna vez lograba arrancarles un testimonio perdurable. Y entonces las pude bautizar. Las llamé “representaciones epistemológicas”.

Epistemológico era el interés principal que despertaban en mí y era la teoría del conocimiento, la epistemología, la brújula ambiciosa que me guiaba en el recorrido de sus senderos móviles. Epistemológica era también la curiosidad que torcía cada huida conceptual sobre sí misma para hacerla interrogarse sobre qué representaba cada representación para un nivel superior de integración y conocimiento, qué leyes estarían actuando sobre las leyes que me llevaban a cada descubrimiento, y así *ad infinitum*. Cada concepto de un paisaje mental dado era una puerta que se abría sobre nuevos paisajes, nuevas redes, nuevas iluminaciones, con solo que yo cediera a la tentación de una penetración hacia verdades más generales o pretendiera hallar en la perpetuación de ese viaje interior un consuelo para su evanescencia. Si lograba resistir al encanto fácil de esas puertas, si me armaba de la fuerza capaz de detener el cuadro en un instante inmóvil, sin huir hacia adelante por alguna de las partículas, por alguno de los corpúsculos en los que cobraba vida cada concepto, todo el paisaje engendraba otro, en el cual lo que antes había sido relación, vínculo, onda circulando entre los corpúsculos era ahora ella misma una parte, un concepto, un corpúsculo que tejía con los otros del nuevo cuadro sus propias relaciones, y emitía en ese acto de

belleza indecible una sutil certidumbre que fue lo más parecido que experimenté en mi vida a la quimera de un conocimiento total. De verdad en verdad, por ese doble camino, de partículas y ondas entretreídas en un haz primordial al modo de una luz corpuscular y ondulatoria, el mundo iba perdiendo interés como un fruto al que se le ha exprimido el jugo y asomaba como única brújula del incontenible viaje la utopía desenfrenada de un cerebro que se arranca a sí mismo mediante su travesía interior las leyes de su propio funcionamiento. Sin perros pavlovianos, ni laboratorios de Wundt, sin transferencias freudianas ni grupos operativos, sin clínica piagetiana ni laboratorio conductista, sin tomógrafos computados ni fascinantes pero inasequibles emisores de positrones. A puro pulmón. A mero esfuerzo. Por prepotencia de trabajo, como Arlt quería parir su literatura, como solo podía nacer lo que pudiera nacer en un Tercer Mundo desindustrializado.

Porque al fin y al cabo, cuando el viaje se aquietaba en una meta humana, cuando la sed delirante de saber se recogía en la ambición pedestre de una praxis, de un obrar pautado, capaz de reflejar al menos —si no de comprender— ese volcán interior, el arte surgía como el ámbito privilegiado de la imagen, y la propia imagen, que había estado escabullida y manejando desde un escondite cerebral todo el tinglado de mi fantasmagoría epistemológica, emergía al fin victoriosa como la síntesis imposible y sin embargo lograda del concepto y la relación, de la partícula y la onda, del conocer y el sentir.

Y a uno, que se había formado en el culto de una epistemología de la razón, al gusto de Kant, Hegel, Marx y su retoño de vocación científica, el suizo Jean Piaget, todo eso le parecía el fruto de un descubrimiento avasallador, una iluminación capaz de cobijar bajo el ala verdadera de la ciencia la otra cara de la luna, la de la intuición, esa que hacía soñar en sumo exceso a Karl Jung y no podía encontrar su expresión en la elegante pirámide de estructuras lógicas que el piagetismo, apoteosis de todos los racionalismos de Occidente, veía levantarse en el cerebro como fruto de la combinación integradora de los esquemas formales deductibles de la acción del sujeto sobre el mundo: apretar, apartar, abarcar, eludir, tapar, juntar, separar. Como si al suizo se le hubiese escapado la diversidad infinita de la acción cuando se la ve no desde sus atributos lógicos, de reversibilidad o no reversibilidad, de unión o separación, de postulación o negación, sino desde su fuerza metafórica, como imagen abigarrada no desnuda sino plena de sensaciones, como las del artesano que teje una alfombra, pule una lente, carda una lana, ata unos nudos, lima una aspereza, o un alquimista que funde metales con una esperanza menos extirpable de su alma que una utopía de una cabeza adolescente. Como si la lógica y la matemática que a Piaget lo deslumbraban fueran solo un instrumento de comprobación, de comunicación y de demostración, es decir, una herramienta del momento posterior a la creación, pero jamás de la creación misma, que hundía sus raíces en el caldo proteico de lo real interiorizado por la acción, sí como quería él, pero interiorizado por una acción completa, no filtrada por las embarazosas mallas ascéticas de la lógica, sino plena de

formas figurables, plegamientos, torcimientos, equilibrios, explosiones, pariendo una topología final capaz de evocar todo, absolutamente todo lo que puede entrar por los sentidos y trenzarse con el pensamiento sin siquiera desprenderse demasiado del acontecimiento particular que la engendró como topología mediante su recurrencia: una noche de cabalgata, una tarde de natación, un poner la mesa para una cena, un paso de baile especialmente abarcador, un olor que se dobla en roces y penetración o se tuerce en danza angelical de música y de color, un teorema que marcha con pasos alambicados pero ágiles como un resorte hasta el deslumbramiento cristalino de su resolución.

No era ni por asomo una desvalorización del lenguaje del que me nutría como artesano de la traducción, de ese artefacto que Saussure creyó arbitrario, pero Jakobson vio diagramático, Ducrot inherentemente argumentativo y Chomsky generativo, prolífico de polisemias a través de su capacidad de construir distintos sentidos según los caminos recorridos para generar una misma frase. No. Era simplemente la captación de un universo que —aun con todas esas distintas formas de soldar para siempre aunque más no fuera en un punto mítico y vergonzante la sintaxis con la semántica, la forma con su contenido— el lenguaje jamás podría resumir, a no ser en extensiones inconmensurables de páginas, donde no siempre las baterías polisémicas, las resonancias polifónicas inscriptas en la propia sintaxis, actuarían como ayuda, sino tal vez podrían convertirse en ruidos de la comunicación, en interferencias, por esa imposibilidad de dictaminar con un gasto de tiempo viable en el propio acto de la comunicación qué restricciones se sobreentendían con cada “pero”, qué concesiones con cada “sin embargo”, y así sucesivamente.

Pero era también la esperanza, densa como una vida, de que ese instrumento comparativamente unidimensional del lenguaje pudiera reflejar alguna vez como una escala tendencialmente lineal —aunque fuese una línea trazando un ovillo retorcido en el espacio— el espectro cuantitativo-cualitativo de cada dominio de la realidad, y representar, por ejemplo, de una forma casi precisa, la gradación que había ido convirtiendo cada milímetro de más de romanticismo en el socialista Mussolini en un elitismo apto para crear el fascismo, cada centímetro excedente de irracionalismo en un misticismo autoendiosante apto para la traición, cada átomo de rencor por la lentitud de las masas en ponerse en movimiento en un quantum de energía revolucionaria al servicio de la reacción.

Pero de golpe hubo un viraje muy brusco y profundo de toda mi forma de sentir y pensar. Había habido otros momentos similares en esas semanas, momentos en que la certidumbre de una marcha hacia una armonía creciente se trocaba en una convicción igualmente profunda sobre una inminente hecatombe. Pero esta vez fue demasiado fuerte, y terminé huyendo hacia adelante avanzando ya sin ningún tipo de restricción lógica por el sendero de una imaginación convertida en única realidad. No tenía otra forma de poder enfrentar mi creciente terror.

Con el cambio tuvo mucho que ver el televisor que había querido comprar

Romina y que yo finalmente había dejado entrar en casa porque acababa de llegar la TV por cable a la zona del Periscopio y ya se podía ver otra cosa que cortes publicitarios como los que devoran casi toda la programación en nuestro país.

Una noche, a fines de febrero de 1993, vimos juntos la CNN. Romina había llegado a aprender bastante de inglés conmigo, pero de la CNN era todavía totalmente incapaz de entender más que unas pocas palabras sueltas. Yo la exhortaba siempre a esforzarse con el inglés y le traducía en líneas muy generales algo de la TV, tal vez no tanto con la esperanza de que aprendiera sino de que eso me ayudara a combatir la culpa que sentía por insistir en ver algunos programas que ella no podía entender.

Pero esa noche había una complicación suplementaria, absolutamente inesperada. Cuando prendimos el televisor la tanda noticiosa ya estaba en marcha, y muy pronto me pareció entender que se hablaba de los adventistas. Desde el comienzo tuve una sensación muy extraña. Los adventistas tenían en nuestro país una existencia suficientemente discreta para que Romina hubiese sido el único testimonio vivo que yo recibí de esa presencia en 39 años de vida.

Ahora la CNN daba cuenta de la existencia de la secta de una manera inquietante. Había un grupo que se había atrincherado en un rancho en Texas, cerca de un pueblo que tenía un nombre notable, Waco, como escogido entre la familia de palabras de *wacky*, que en inglés es chiflado. Aunque la locutora había mencionado a los adventistas, la reportera enviada al lugar hablaba todo el tiempo de los davidianos. Se fue aclarando que eran una vieja escisión de los adventistas que había dado origen en 1935 a una secta más extremista. Su actual líder, David Koresh, había ganado la conducción de la secta a punta de pistola, luego de hacer internar en un manicomio a su predecesor, decía la central de la CNN. Había impuesto la abstinencia sexual a sus seguidores pero él ejercía una suerte de derecho de pernada irrestricto y recurrente sobre todas las mujeres del grupo. Un perfecto superhombre al gusto de los apologistas de la raza de los señores.

El rancho no estaba propiamente en Waco sino en Monte Carmelo. La cobertura en exteriores se mezclaba con informes sobre el grupo y sobre la situación que se había creado por la negativa de los davidianos a entregar sus armas ante un ultimátum de la ATF, la oficina supervisora federal de Armas de Fuego, Tabaco y Alcohol, que tenía orden de allanamiento por haber detectado que ahí se convertían ilegalmente armas semiautomáticas en automáticas supuestamente almacenadas en un arsenal. La ATF acababa de lanzar un asalto contra el rancho, tan mal preparado que había arrojado como único resultado cuatro agentes y seis davidianos muertos, y había convertido al ignoto lugar y a los davidianos en la gran noticia del día.

Yo le había mencionado a Romina en seguida que se trataba de los adventistas y me había impresionado por su extraña reacción ante la noticia. No pareció sorprenderse ni indignarse, ni siquiera interesarse, y tampoco lo hizo cuando le conté que habían matado a seis ocupantes que yo di al comienzo por adventistas. Pronto

estuve en condiciones de aclararle que no eran adventistas, sino una facción escindida hacía años, pero su actitud no se modificó en lo más mínimo. Miraba con atención la pantalla, pero con un rostro no absorto sino endurecido y que no dejaba escapar la menor seña de emoción o reacción alguna. No pronunciaba palabra. Comía con forzada lentitud y parecía querer demostrar ante algún testigo —que no podía ser otro que yo— que el asunto no podía tener nada que ver con ella. Tuve una convicción inmediata y profunda de que había sabido la noticia antes que yo, e inmediatamente la sospecha escalofriante de que estaba al tanto porque participaba de alguna manera en esa rebelión de los esclavos alegres davidianos detrás de su padrillo redentor.

Yo había tenido antes momentos de desconfianza absoluta, pero había estado siempre pese a todo en condiciones de superarlos mediante pequeños retoques a las ideas que me iba haciendo de la situación, ideas que nunca confesaba a Romina más que bajo la forma críptica de insinuaciones, sobreentendidos o comentarios casuales. Cuanto más me había visto amenazado por un aparente vuelco del mundo en favor del mal y de la muerte, más había recargado mi imaginería de detalles que sirvieran para equilibrar las amenazas. Si se multiplicaban los signos anunciadores de un nuevo reino de la esclavitud, de un poder recobrado de los señores aplaudido esta vez por sus siervos, yo dirigía de inmediato mi mirada hacia otro lado y veía nuevas esferas de la libertad abriéndose paso en todos los rincones. Sobre todo había un consuelo especial, invencible como una roca, que se negaba a toda refutación por parte de la nueva era del sometimiento alegre: el avance imparable de la mujer en todo el planeta, con ropaje de derecha, machista y conservador a la Thatcher, con imposibles hábitos musulmanes a la Benazir Butto, o con atuendos a tono con los fines justicieros del feminismo, como Hillary Clinton, encargada por su marido de trasplantar a la selva social norteamericana algunos de los beneficios de la seguridad social conquistada en Europa a fuerza de huelgas, revoluciones y guerras.

Que Romina pudiera simpatizar con una rebelión esclavista de un rebaño feliz contra un gobierno progresista norteamericano que promovía a la mujer, que pretendía imponerles a los militares el reconocimiento y respeto a sus propios homosexuales, que buscaba cerrar doce años de apología de la selva social neoliberal era a mis ojos algo tan inmenso, tan inconmensurable que tuvo el efecto de una revelación siniestra, imposible de refutar desde su misma aparición por sus propias dimensiones. Algo tan horrible solo podía ser verdad, porque si no, si mi cerebro no hubiera recogido suficientes pruebas corrientes, o intuitivas, o telepáticas o de cualquier otro orden, jamás se me podría haber ocurrido. Eso fue lo que sentí.

Con la revelación tuve una sensación idéntica a otra que había tenido recurrentemente durante algún tiempo en mi infancia. Solía ocurrir cuando estaba toda la familia reunida a la hora de comer. Yo tendría ocho o nueve años. En cualquier momento de esa ceremonia gastronómica me asaltaba de golpe la impresión de que todos y cada uno de los que estaban sentados a la mesa podían convertirse de repente en monstruos, o si no, que eran monstruos que por cualquier razón

disimulaban su condición fuera de momentos muy únicos, precisamente como el que se avecinaba. La sensación era tan poderosa que durante minutos enteros debía ingeniármelas para no mirar a nadie a la cara, porque sabía que cualquier rostro podía estar en ese momento en plena fase de transformación y yo estaba persuadido de que no iba a soportar verlo con el nuevo aspecto monstruoso. No miraba por miedo a experimentar un susto fulminante, pero también porque tenía la esperanza de poder impedir esa transformación con el solo acto de negarme a presenciarla, como si en el fondo persistiera la certidumbre de que todo era solo un producto de mi imaginación y que la vista podía dejarse llevar por ella y ver espejismos monstruosos en cualquier parte, pero no mis oídos, por ejemplo, o tampoco mi mente, que mantenía la calma si estaba aislada de la percepción.

De chico atribuía eso a mi inclinación por ver todas las películas de terror que pasaran por TV y a esa sed insaciable de experimentación mental que me llevaba a veces a deambular por la casa a oscuras cuando todos dormían para ver qué se escondía detrás del temor que me provocaban las sombras. De adolescente hice las habituales interpretaciones antifamiliares, recordé la desconfianza que solía sentir hacia todo un grupo que me parecía incapaz de remediar la serie de injusticias infantiles que yo pretendía estar sufriendo, y los episodios de transformación de mi familia en monstruos me parecieron más una reacción de temor que de audacia exploratoria.

Pero era un temor que en mi infancia nunca había durado más de unos minutos y jamás se había repetido en un mismo día o a distancias de tiempo cortas, tal vez por la falta de otras ideas compatibles con la ocurrencia terrorífica que inopinadamente me asaltaba. En cambio, aquella noche ante la TV, cuando sentí que Romina se había pasado quizá hacía ya tiempo a un bando infinitamente hostil, tenía toda lista y rumiando desde hacía semanas la red de pensamientos necesaria para propulsar ese temor hacia escalas inconcebibles y transformarlo en una obsesión que convirtiera mi cerebro en un infierno.

Ya no había una misión común a ella y a mí en una puja planetaria que desarrollaba sus delicados equilibrios con la elegancia de un ballet. El equilibrio se había roto, la puja de fuerzas se había convertido secretamente en una guerra a muerte y Romina había sido ganada en algún momento que yo no podía precisar por el bando opuesto. El mundo había dejado de oscilar. Ya no había batalla en la mayoría de las mentes. Había victoria creciente de un bando, que no era el mío. Lo había temido, sospechado y creído ya antes. Pero la adhesión de Romina al otro bando, evidenciada de manera tan palmaria en su reacción ante la TV, probaba que esas sensaciones mías habían sido apenas pálidas intuiciones del triunfo siniestro que estaba por venir.

Esa realidad inconcebible parecía ir a contramano del universo. ¿Era posible que desapareciera uno de los polos de la infinita cantidad de pares que definen la estructura de todo lo que es? ¿Podía esfumarse para siempre el yin o el yang? ¿No se

entretenía desde siempre la física en descubrir polaridades sin las cuales ninguna materia o energía podía definirse? ¿No operaban las “Teorías de Gran Unificación” por sistemáticas simetrías y simetrías de simetrías que acoplaban ya no a cada partícula su antipartícula sino a pares de partículas otros pares rigurosamente opuestos? ¿Y más elementalmente aún, no llenaba dogmáticamente la física cuántica el espacio antaño vacío de infinitos pares de partículas y antipartículas virtuales como un caldo en equilibrio oscilante de unos y menos unos anulándose casi siempre en cero pero no tanto como para dejar de ser la fuente última de toda realidad?

Por supuesto que sí. Pero también estaba lo otro, lo que nunca me había querido detener a pensar. Lo que ahora saltaba escandalosamente a la vista en los ojos endurecidos de Romina. Porque ¿a dónde había ido a parar tanta antimateria, ya no la virtual, la dudosa, la que un físico pone en la base de su estantería teórica para que no se le caiga todo el mueble encima, sino la otra, la tangible, la contante y sonante, hecha de sus antielectrones girando en torno de sus antiprotones y antineutrones? Eso me pregunté y tuve otra experiencia abrumadora. Sabía perfectamente a dónde había ido a parar la antimateria, pero eso no me había llamado nunca la atención desde ese punto de vista, y hasta había festejado la respuesta que había dado la ciencia en los años sesenta como una revancha del determinismo y de cierto pensamiento clásico contra los apologistas del azar y los juegos intelectuales arbitrarios.

Pero ahora esa respuesta me inquietaba. Lo que la ciencia había descubierto en aquellos años era que en lo relativo a la antimateria no era simplemente cuestión de decir este es el universo, puede concebirse un antiuniverso con toda una serie de atributos invertidos y es arbitrario elegir uno u otro pues lo único que los diferencia es su oposición relativa. No, no era así de simple, aunque una concepción arbitrarista de ese tipo estaba vaciando por entonces las ciencias humanas haciéndolas retroceder durante años hasta un cero balbuceante que llevaba el pomposo nombre de estructuralismo.

Y no era así de simple porque se había descubierto que al menos una de las cuatro grandes fuerzas del universo, la electrodébil, que provoca en el núcleo del átomo los rechazos mutuos causantes de ciertos decaimientos radiactivos, no poseía ninguna de las simetrías necesarias a esa concepción arbitrarista de la física: actuaba de manera diferente sobre una partícula y sobre su imagen especular (la misma partícula pero girando en sentido contrario), y también distintamente sobre una partícula y sobre su antipartícula. Más tarde se descubriría que ni siquiera haciendo los dos cambios simultáneamente (reemplazar la partícula por la antipartícula y hacerla girar en sentido contrario) se lograba una identidad en los efectos de la fuerza débil sobre las partículas. La única forma de que la fuerza siguiera actuando como si nada hubiera cambiado era que a esas dos transformaciones se sumara simultáneamente una tercera: la inversión de la flecha del tiempo.

Pero si el añadido de la inversión del tiempo no iba acompañado de las otras dos transformaciones tampoco había simetría, es decir, al menos la fuerza débil no

aceptaba siquiera la simetría temporal. Una fuerza que actuaba distintamente sobre partículas y antipartículas y además generaba efectos diferentes según la dirección de la flecha del tiempo (es decir, efectos no reversibles en el tiempo) podía naturalmente haber causado que a partir de cantidades iguales de materia y antimateria en el universo primitivo se generaran cantidades completamente distintas de ambas cosas y por ende la irreversibilidad se tragara casi tanta antimateria como lo que hoy perdura de materia en el espacio. Quince años atrás esos descubrimientos me habían parecido providenciales porque, además de refutar las concepciones arbitraristas que hacían de la realidad un guante que podía usarse del derecho o del revés con perfecta indiferencia, marcaban a fuego una clara dirección para la flecha del tiempo de un modo mucho más bello y razonable que la famosa segunda ley de la termodinámica, esa que contra toda intuición y todo testimonio de vida juraba y jura que todo tiende a la larga a hacerse mierda, no cada elemento del todo tomado por separado, que por supuesto siempre muere, sino el mismo todo, el universo, en una supuesta marcha hacia un desorden fatal que el hombre y la naturaleza vienen desmintiendo con sus obras desde siempre. Y marcaban una dirección irreversible para la flecha del tiempo mucho antes de que Prygogine y otros descubrieran muchas otras formas de irreversibilidad que mostraban que el tiempo no era, como pensaba el relativismo duro, una ilusión que podía recorrerse también al revés, si no hubiese sido por la famosa e incongruente segunda ley.

Pero todos esos hechos y esas revelaciones que antes me habían parecido elegantes, bellas, salvadoras se me antojaban ahora un anticipo siniestro de una fagocitación del amor por las fuerzas del miedo y el odio en un mundo convertido en la selva de los señores de la nueva feudalidad. ¿Porque qué carajo me importaba que la asimetría de la fuerza electrodébil pusiera orden en el tiempo si ese orden venía a demostrar por la vía poderosa de la explicación, mucho más fuerte que una constatación, que efectivamente la antimateria podía haber sido fagocitada, devorada, eliminada en el devenir del tiempo, en lugar de estar escondida en algún pliegue misterioso de un universo con insobornable vocación de equilibrio? Y ahora, más allá de la desaparición de la antimateria, más allá de ese testimonio arqueológico de una asimetría fundamental, recordaba otras asimetrías. ¿Acaso el neutrino no era un testimonio vivo de una asimetría actual? A contramano de todas las otras partículas, que giraban con entera libertad para uno u otro lado, el neutrino se empeñaba en hacerlo solo a la izquierda (visto de frente según la dirección en la que viaja), contrariando también a su modo las simetrías de la cuántica. ¿Por qué no concebir entonces un mundo volcado de una mala vez y para siempre a un solo lado, en favor de los señores, mientras la filosofía alegre se seguía mirando el ombligo y haciéndose la paja con el yin y el yang? ¿No sobraban pruebas de que una aniquilación, una muerte de verdad, una noche sin fondo y sin fin eran perfectamente posibles para uno de los polos de la realidad?

Había revuelto mis recuerdos de física en un intento de persuadirme de que la aniquilación que presentía esa noche mirando la TV junto a Romina no era posible. Y solo había logrado contagiar mis propios retazos de racionalidad del mismo terror que sentía frente al mundo exterior. La hecatombe había terminado instalándose en el centro de mis marcos culturales, y de allí se iba proyectando a toda la extensión del universo asequible a mi conceptualización. La lucha oscura y solapada que se había mantenido hasta entonces dentro de los marcos relativamente modestos del planeta tenía que salir en esas condiciones inevitablemente fuera de esos límites, aunque eso implicara renegar de todo lo que cualquier persona medianamente instruida tiene como verdades evidentes, probadas e inamovibles sobre la estructura del universo.

Yo era un púber cuando había leído por primera vez los cálculos astronómicos que demostraban la imposibilidad de superar con medios imaginables las distancias que existían entre la tierra y cualquiera de las estrellas de las que se pudiera suponer que tenían planetas habitables en derredor. Por eso siempre había considerado toda la literatura amarilla sobre los ovnis con un desprecio infinito, cuando no con el odio que a veces despierta la enfermedad no asumida como tal sino pavoneada como verdad. Pero la defección de Romina me parecía demasiado gigantesca para ser producto de un combate meramente terrestre. Si ella había decidido cambiar de bando era porque la lucha era de una escala tan gigantesca que la había acobardado.

Cualquiera hubiera pensado que en esas condiciones uno fantasearía que ella se habría aliado a seres extraterrestres. Pero para mí la noción misma de una civilización tan superior como para acercarse a través del cosmos hasta la nuestra excluía cualquier posibilidad de designios malignos. De modo que consideré simplemente que Romina se había pasado de bando porque ya casi todo el mundo lo había hecho, abierta o secretamente... y que un vuelco tan monstruoso en el equilibrio biológico del planeta, tan opuesto a sus tendencias más profundas, a sus potencialidades más ambiciosas, tenía que haber provocado tensiones mentales gigantescas que debían haber sido captadas por alguna civilización superior. En el optimismo contumaz que mi mente siempre había cultivado aun en los momentos de íntimo descalabro, el triunfo del mal en cualquier lugar del universo solo podía ser un fenómeno local, que tarde o temprano sería compensado por el resto de lo existente. A través de los pliegues del espacio en alguna dimensión inaccesible para nuestra comprensión ya nos debería estar llegando el indicio vago, telepático, de esa preocupación que teníamos que estar despertando en alguna punta saludable del universo. Los atajos en la geometría retorcida del cosmos y la velocidad fulminante del pensamiento debían permitir establecer esa comunicación inconcebible. ¿Si no, cómo era posible que con tanta facilidad yo hubiera pasado de la indiferencia satisfecha del pensamiento convencional a esas iluminaciones que me estaban revelando la estructura del mundo? Si hubiese bastado con el intercambio telepático con los humanos para desarrollar esos pensamientos, el mal no hubiera avanzado hasta mi mismo entorno,

conquistando a Romina. Había como una homeostasis del cosmos que buscaba imponer su equilibrio en la hora aberrante del vuelco producido en la Tierra.

Así sí se entendía cómo se iba a lograr el gran despertar de los trabajadores. Así sí se comprendía que los cambios por venir, que el último gran salto que pondría al mundo sobre su verdadera senda pudieran lograrse con los métodos pacíficos que yo había estado imaginando. Más que una revolución o siquiera una reforma lo que estaba por ocurrir era una gran revelación. Una descomunal puesta en descubierto de las posibilidades reales que tenía el ser humano si se entrenaba para desarrollar su propio potencial en lugar de parasitar al prójimo, si un freno gigantesco le cerraba el paso al camino fácil, el camino de la violencia, de la acción atolondrada sobre el otro y el medio ambiente, y lo obligaba al desvío de la práctica sofisticada, cognitiva, forjadora de una tecnología de las relaciones humanas similar a aquella otra de los procesos materiales que estaba civilizando lentamente la relación del primate erguido con la naturaleza.

Me imaginaba barreras infranqueables que tornaran una vez más difícil el camino para los de arriba. Diques que les demostraran a los cantores del darwinismo social que en lugar de haberse impuesto hasta ahora contra las supuestas dificultades del entorno natural y social como ellos creían, no habían hecho más que medrar desafortadamente en un medio tanto más fácil cuanto más primitivo y proclive a la explotación bruta, al que ahora querían retornar con todas sus ansias, todas sus “reformas laborales”, todas sus “desregulaciones” comerciales. Me imaginaba a todo el planeta convertido por esos diques en una Alemania, una Corea del Sur, un Japón, un territorio sin recursos fáciles naturales ni sociales, sin poder omnímodo del de arriba sobre el de abajo, sin naturaleza pletórica, sin trigo fácil, ni bananas fáciles, ni petróleo fácil, amenazado como una marca de frontera por un enemigo exterior, pero no el enemigo primitivo y angurriente, aferrado a su hambre de territorio o de expansión religiosa, espejo de los propios egoísmos infantiles, sino el enemigo social, ideológico, el otro bloque, el otro modelo de desarrollo, el otro camino, la utopía, esa fuente inspiradora de progreso para el mundo no utópico aun en la forma primitiva y horrenda en que durante poco más de medio siglo la humanidad la conoció en el Este. No sabía bien cómo los seres extraterrestres podían levantar esos diques. A veces me imaginaba simplemente que explicarían a la humanidad las verdades de manera telepática, o por tv. Y por momentos temía aun que todo fuera en realidad al revés de cómo yo lo había pensado y me llevara con los ovnis el mismo chasco que con Romina, que había terminado en el bando contrario.

Entonces el mundo, las caras de las personas, el cielo, los edificios, todo se poblaba de una tensión, una densidad, una impenetrabilidad, un misterio espantoso, una significación agresiva y persecutoria. El cemento de las construcciones teñía todo de una fatalidad irredimible. El mundo revelaba el rostro de su derrota tras las máscaras de tantas esperanzas insensatas. Vivíamos sin escapatoria posible en El Castillo, y los ovnis solo podían venir a poner en él el último cerrojo.

Cuando ese pensamiento se me volvía demasiado asfixiante me rebelaba contra ese vértigo paranoico y tenía alguna vaga noción de que podía estar siendo víctima de una especie de idea patógena que había tornado mis meditaciones incontrollables, una idea absurda que introducía irracionalidad de manera recurrente en mis pensamientos, como un virus de computadora generando caos en los programas. Intuí que esa idea no podía ser otra que la que violaba todos mis conocimientos de física, la posibilidad de que desde la Tierra alguien estuviera comunicándose con otros planetas. Esa debía ser mi ruptura de simetría aberrante, que me impedía seguir meditando pacientemente en armonía con el mundo.

Entonces intentaba volver a encontrar el equilibrio en las dimensiones que consideraba cognocibles: todas menos las de los astros. Como un físico que se refugiara en la rumiación unificadora de las tres fuerzas más o menos ya dominadas por las teorías de campos pero renunciara a pensar la gravedad por temor a la locura. Una de las pocas cosas que pude leer en esos tiempos fueron artículos de revistas que había juntado en la época en que había leído a Brockner para intentar documentar una refutación de sus posturas. Un ejemplar de *National Geographic* y otro de *Der Spiegel* traían informes de los bonobos, unos monos que algunos llamaban “chimpancés enanos” y cuyo rasgo de conducta más notorio era que privilegiaban de manera llamativa la cooperación en todo tipo de tareas y los gestos de apaciguamiento y cariño en la aproximación mutua, en contraste con los chimpancés corrientes, que son más agresivos y competitivos. Se discutía cuál de los dos troncos de primates estaba más emparentado con los hombres, si los chimpancés corrientes o los bonobos, pero lo seguro era que estos últimos, que tenían una agresividad dramáticamente menos desarrollada que otros simios, igualaban cuando no superaban los mejores desempeños intelectuales de todo el reino animal, chimpancés inclusive. Yo tomaba partido por los bonobos, reconsideraba mis absurdos temores de una derrota de los impulsos de cooperación y amor entre los hombres, y por unos instantes la tensión telepática se disolvía como un sueño. No había necesidad de un combate universal, ni siquiera habría batalla decisiva en la Tierra: simplemente la lenta y sabia evolución volviendo al mono humano más hombre.

Pero pronto dejaste de imaginar, de pensar, y de calcular. Muchas noches sin dormir y en reflexión permanente te estaban colocando nuevamente en un estado de hiperexcitabilidad. Tomaste esa alteración como anuncio de que tremendas fuerzas telepáticas se estaban acercando o se habían instalado ya en la Tierra. Hasta que una noche miraste por los ventanales del Periscopio y saliste de toda duda: primero en una ventana, luego en varias, una persona o pequeños grupos de dos o tres personas o de seres idénticos a personas, se dibujaron contra la luz eléctrica del interior de varios departamentos y comprendiste. Comprendiste claramente que te estaban esperando a vos. Algunos charlaban a cada tanto entre ellos, otros se mantenían inmóviles a la espera de una señal. ¿Señal de quién, Ricardo, si no de vos? Te contemplaban desde esas distancias de una cuadra o más, a veces con insistencia, a veces con distracción,

pero siempre con actitud de buscar una comunicación. Sabías que no podías recurrir ni a las señas ni a las palabras, porque intuías que se trataba de una verdadera prueba. Ni siquiera estaba dicho que esos seres pudieran tener las mismas pautas de comunicación gestual que los humanos, si es que no eran humanos. No sabías qué hacer porque para vos la comunicación extrasensorial nunca había sido más que una hipótesis remota, descartada en el escepticismo de la prudencia, hasta el día en que habías iniciado unas semanas atrás esa inconcebible travesía con Romina. Aun desde entonces no te había sido dado conocer esos códigos.

A la noche siguiente la insistencia de las figuras creció. Algunos pasaban minutos interminables en actitud inmóvil, a la espera. A la tercera noche te quedaste solo, Ricardo, porque Romina tenía que ver a un cliente. La insistencia de las figuras aumentó aun más hasta volverse insoportable. Pero seguían sin hacer la menor seña. Entonces no aguantaste más y decidiste que todo lo que tenían que decirse esos seres y vos antes de pasar a la acción ya había sido dicho de alguna misteriosa forma, y ahora se trataba de cerrar esa comunicación muda con un gesto inequívoco. Prendiste y apagaste la luz una vez, Ricardo. Esperaste. Lo hiciste de nuevo tres veces seguidas. Y tampoco hubo respuesta.

Pero de pronto, en una ventana que habías pasado por alto porque tenía una luz mortecina, como de un tubo fluorescente descompuesto, viste apenas un guiño de luz, un parpadeo instantáneo que juzgaste mucho más veloz del que podría lograrse por el medio mecánico de accionar un interruptor. La figura que se recortaba en el marco de esa ventana hasta la cintura no se movía, Ricardo, no, pero finalmente pasó de esa continencia absorta a esbozar movimientos hieráticos, indescifrables, y finalmente se apartó hacia el interior. La luz se apagó. Y ahí sí, Ricardo, ahí sentiste que todo estaba dicho.

¿Pero por qué me había sido dicho a mí? Justo a mí. ¿Acaso no eras el traductor? Ricardo, eras el traductor. El que había estado buscando los puentes, las transiciones, las reglas de pasaje y conversión, los códigos capaces de traducir el odio de un lenguaje a otro, el amor de un sentido a otro, la visión de un polo a otro, el orgullo del de abajo en los términos del patrón, el deseo del amo en las fórmulas del esclavo, el colectivismo de los individualistas en el individualismo de los comunistas, el derecho de sangre europeo en las fórmulas americanas del linaje por inmigración. ¿No tenías acaso también tus títulos para haber atravesado el umbral de esa comunicación? ¿Los tenías? ¿Podías recordarlos?

Con un escalofrío recorriéndote el espinazo recordaste entonces en tu buhardilla aquella tarde inconcebible de 1979 en que habías ido a visitar a una amiga en el barrio del Once, Ricardo, y te sentiste irresistiblemente tentado de entrar en el templo de la calle Paso. Eras ateo, siempre lo habías sido. Pero te atraían los templos de todas las religiones. De todas menos de la judía, Ricardo. Menos de esa, porque

sentías que evocaban un aburrimiento remoto. Ese año te habías puesto a estudiar chiísmo, chiísmo con la esperanza de entender algo de lo que estaba pasando en Irán, Ricardo. Y sentías que una atmósfera extraña te rodeaba y te mareaba a medida que te perdías en el estudio de califas y teólogos musulmanes. El primer templo con el que te cruzaste entonces te atrajo por primera vez como si fuera de otra religión. Entraste. Encontraste un hombre viejo, de esos que dejan arrastrar sus horas en los templos de cualquier religión, Ricardo. Y hablaron, hablaste. Se interesó por vos. Cuando le dijiste tu nombre te llevó a la biblioteca, mientras hablaba y hablaba de la cábala, de la mística judía, de la *Guía de los perplejos*, de Luria y del Zohar, y su actitud se te volvía cada vez más extraña, Ricardo, porque no sabías si te estaba mostrando vergüenza o admiración. Hasta que te preguntó qué se decía en tu familia de Shabetai Zevi, Ricardo, de Shabetai. Y vos tuviste que decirle la verdad, Ricardo, que no tenías la menor idea de lo que él estaba diciendo. Y no la tenías, no. Entonces él te alcanzó el último tomo de la Enciclopedia Judaica y te hizo leer el artículo sobre él. Fue una de las conmociones más grandes de tu vida.

Leí ahí mismo, mientras ese viejo se acariciaba a mi lado su barba de pocos días, un artículo extenso sobre el que había sido el “falso mesías”, el mesías herético más popular de la historia judía, el único en haber persuadido de su misión divina a las grandes mayorías de su propio pueblo, por entonces sacudidas como nunca por casi dos siglos de traumático exilio de España. La historia era en sí misma más increíble que el hecho de que su nombre no hubiera sido evocado ni una sola vez por mis padres. Shabetai Zevi era, me estaba enterando en ese templo, un sefaradí de Esmirna que se sintió el mesías en el 1660 y acaudilló una revuelta religiosa que terminó cuando en su delirio místico se creyó en condiciones de convertir al judaísmo al propio sultán de Turquía y emprendió un apacible viaje hacia Estambul, hasta que fue apresado por los turcos en la entrada de los Dardanelos y encerrado en la fortaleza de Gallípoli. Mantuvo sus pretensiones mesiánicas hasta que lo llevaron a Estambul y el sultán lo puso en la pedestre alternativa de morir o convertirse al islamismo. Se convirtió, pero al mismo tiempo se las ingenió —con ayuda de su mentor judío Nathán de Gaza— para justificar su conversión musulmana como parte de su tarea mesiánica judía, y el círculo de sus seguidores más estrechos siguió creyendo en él y considerándolo el mesías. Durante siglos siguieron rindiéndole culto de manera abierta distintas sectas judías y musulmanas de los Balcanes y muchos de los grandes cabalistas judíos de todo el mundo nunca sospechados de herejía se nutrieron desde entonces decisivamente de su experiencia y le prodigaron una admiración que no por inconfesada dejaba de traslucirse en sus obras. El meollo de su herejía había sido desde el inicio predicar el sentido sacramental de actos que violaban la ley judía y que estaban ahora permitidos si se efectuaban de la forma ritual que él fue autorizando en su calidad de mesías, porque la única forma de limpiar el mundo del mal era ejerciéndolo en aras del bien. Ni él ni sus seguidores de los siglos posteriores autorizaron una profanación indiscriminada, pero sobre todo en el ámbito del sexo se

dieron algunas libertades ritualizadas, que podían dar frutos que desbordaban la temporalidad restringida de cualquier rito sacramental: como los hijos concebidos en “noches santas” donde los shabetaístas conversos al islamismo intercambiaban parejas en violación de los mandamientos séptimo y décimo.

Cuando terminé de leer el artículo tuve en lugar del apaciguamiento que esperaba el aluvión de sentimientos más indiscernibles y profundos que hubiera podido imaginar. De golpe todo un hermetismo familiar que me había provocado una ira recurrente e incontenible a lo largo de la infancia y la adolescencia aparecía bajo una luz diferente, y en el medio de la confusión del momento alcancé a discernir que asomaba en mi interior una oscura comprensión hacia mi padre, la primera que había sentido hasta entonces de un orden profundo, racional, capaz de medirse con los odios que nuestras peleas habían desatado en el pasado. Podía sentir casi físicamente la firmeza enloquecida de cada gesto del cuerpo y de la mente con los que ese turco, nacido en la misma ciudad donde Shabetai había permanecido preso durante su pulseada ideológica con el sultán, había intentado contener a lo largo de su vida la sombra ancestral de un estallido místico pisándole los talones. Yo me había mantenido toda mi vida aislado tanto de mis padres, por su ausencia insobornable de un hogar entregado en regencia cotidiana a las mucamas, como de la comunidad judía, y no tenía más referencia sobre la comunidad sefaradí que saber que mis padres alternaban supuestamente sus noches entre los distintos clubes de timba del Once, donde a veces los había alcanzado a ver jugar. Ese descubrimiento en el templo de Paso fue por eso la primera explicación no malvada que encontré para entender muchas maldades de mi padre. Y así se conservó pese a la imposibilidad de tratar de veras el tema con él en los días siguientes, cuando eludió mi indagatoria arguyendo que había varios Zevis, y los de Shabetai, que habían inmigrado a Esmirna desde Salónica (¿desde cuándo lo había sabido él?!), no tenían según él nada que ver con los de Gallípoli. De hecho la tenacidad de su silencio terminó imponiéndose, y como para mí mismo el interés por ese probable antepasado se restringía a lo que podía haber influido su mito sobre mi padre y mi madre que debían haber sabido siempre de él, el tema se fue perdiendo dentro de mi propia cabeza en los meandros de los sucesos curiosos pero desprovistos de importancia.

Hasta que esa noche en tu buhardilla sentiste el impacto descomunal de haber entrado en comunicación con esos seres y comprendiste que la historia de Shabetai Zevi era tu verdadero destino, Ricardo, y que si habías parecido empeñarte en huir de ese sino no había sido más que para nutrirte en el trayecto de todas las savias que te permitieran retornar con más fuerza a él. Percibiste con una certidumbre extendida por todo el cuerpo que los extraterrestres solo estaban reanudando de la manera más estrecha una comunicación que siempre habían mantenido difusamente con los hombres, provocando con sus señales confusas las crisis místicas de los inspirados, dando un golpe aquí y allá en la historia humana, para ayudarla a encontrar su camino cuando en la propia Tierra se nublaba la visión. Ahora estaban aquí, de cuerpo

presente, para contar toda la verdad. La verdad que no podía atraparse en las redes de la razón, la verdad que podía poner orden en un mundo que se hundía en la sinrazón, la verdad que brotaba como lava en un cosmos conmovido por la amenaza inconcebible de una ruptura en un equilibrio fundamental.

Y para empezar a revelarla, Ricardo, habían elegido a alguien como vos: un judío, del pueblo frontera entre Oriente y Occidente, del pueblo paria que se nutría de todas las culturas y todas las lenguas. Un sefaradí, de la rama más judía de los judíos, los de España y los Balcanes, los de las dos líneas de choque entre el cristianismo y el islamismo, la línea mora y la línea turca, la doble frontera cultural de Occidente con Oriente, donde la máxima convivencia y tolerancia se había alternado siempre con la extrema persecución y el fanatismo, donde al reino trirreligioso de un omeya siempre podía seguir el ansia purificadora de un almohade o la hoguera de la Inquisición, y a los omnipresentes matrimonios mixtos de los eslavos de ambos bandos, de los servios con los croatas, de los croatas con los musulmanes, podía seguir una guerra cultural genocida como la que en ese mismo momento estaba despedazando a la Yugoslavia de las tres religiones, medio milenio después de la desaparición de la España de las tres religiones, Ricardo. Habían elegido a un ex marxista, formado en esa religión atea del socialismo que había intentado recoger todas las éticas y todas las ciencias en un gran proyecto de creación social y humana. Un descendiente del linaje de los Zevi que habían vivido la experiencia fronteriza en su línea más candente, la de Gallípoli, donde los turcos habían apresado a Shabetai Zevi, donde había nacido tu padre entre los fuegos cruzados de las tropas de cinco continentes en el primer año de la Primera Guerra Mundial, y de donde había huido veinte años más tarde espantado al sospechar que esa hoguera que se encendía periódicamente en los Balcanes solo se apagaría con el peor holocausto mundial, si es que se apagaba alguna vez. Habían elegido a un latinoamericano, a un argentino que había sobrevivido a las purificaciones y las inquisiciones, que se había encendido con las pasiones sociales como solo en Latinoamérica era posible hacerlo por entonces, Ricardo, a alguien que arrastraba el orgullo de la independencia y la vergüenza de la Triple Alianza, y que había sabido descubrir, más allá de las durezas y rechazos, su destino anunciado en los ojos de una mujer que lo había buscado como emblema de su propio destino desgarrado.

Imbuido de una convicción absoluta de haber entrado en contacto preciso con los extraterrestres y haber sido confirmado en una misión que tu linaje y tu historia individual te señalaban, te pusiste el único traje y la única corbata que tenías y bajaste hasta la calle con la certeza incommovible de que tus pasos serían guiados inequívocamente hacia su meta necesaria.

Pasaste la noche entera recorriendo la ciudad, sus calles, sus plazas, sus bares, sus locales nocturnos. Llevabas dinero, pero en ningún lugar tuviste que pagar, ni te detuviste momento alguno en tomar conciencia de esa nimiedad. Captaste señales de todo tipo, telepáticas, gestuales, verbales, y hasta el contacto de alguna palmada que

te alentaba a continuar. Te supiste seguidor de un trayecto nocturno inevitable que el lobo estepario y el Wim Wenders de “Las alas del deseo” habían iniciado antes, tal vez conscientes del tremendo significado que entrañaba. Sentiste la inminencia acuciante del hachazo que iba a cortar todas las distancias, el acecho del encuentro que iba a precipitar la verdad. Y caminaste, caminaste sin cesar.

Caminé y caminé hasta sentir que tenía toda la ciudad resonando en armonía para el momento crucial. Pero justo cuando la miríada de pequeños mensajes y claves empezaban a cuajar en una instrucción precisa, la noche se fue apagando, los locales se cerraron sobre sí mismos, y me encontré solo en una plaza al amanecer, con la intuición terrible de que el contacto directo no se haría por medio de otros humanos, sino directamente con esos seres que ahora empezaban a evocar para mí un peligro de muerte y oscuros temores de traición. Eché a caminar una vez más hasta que un misterioso cansancio me venció frente a un edificio cualquiera y tuve que sentarme en su umbral para hacerme un cuadro de la situación, porque en mi desconcierto final asomaba la sospecha más terrible que cualquier otra de que todo pudiera haber sido tan solo una ilusión.

CAPÍTULO 13

Hay determinadas cosas que un ama de casa que se precie no puede tolerar, y no se trata solo de las habladurías, ni siquiera de las costumbres dudosas de algunos vecinos descarriados. Se trata simplemente de que no puede admitir así no más, por ejemplo, que un hombre por más bien vestido que esté se ponga a descansar en el umbral de su casa. Yo no lo sabía por esa época, pero un tiempo después desarrollé una curiosidad insobornable por conocer el exacto encadenamiento de acontecimientos que terminó dándole a mi travesía de aquella noche un giro notoriamente trágico, aunque sin duda bastante previsible, y así supe de esas cosas que un ama de casa no puede soportar. Los archivos policiales me proporcionaron un informe con suficientes detalles como para disipar el tufillo inverosímil que porfiaba en desprenderse de todo ese asunto.

Parece que las cosas ocurrieron así. Aproximadamente a las ocho de la mañana un ocupante de ese edificio le preguntó al susodicho si se sentía bien, pues su actitud inopinada, de estar sentado en el umbral de un edificio en el que no habitaba, le hacía pensar lo contrario. El sujeto contestó que sí se sentía bien, y le dijo que no se preocupara. Pero al poco rato otra vecina, de nombre y señas que se especifican al pie de esta, también se preocupó por la situación apuntada. Ante lo cual se acercó con actitud solícita, según testimonia ella misma, y lo indagó sobre el particular. A esto el sujeto contestó con muy malos modales que se sentía lo más bien y que lo dejara tranquilo, con un gesto extraño que le hizo a la susodicha dudar de su estado mental. Ante esa situación la susodicha insistió en su indagatoria, pero el sujeto se negó reiteradas veces a dar la menor respuesta. Dado lo cual la vecina, que habita el inmueble y es conocida en el vecindario por su solicitud y sus buenas costumbres, pidió la intervención de esta seccional, que se hizo presente en la persona del oficial actuante. El oficial intentó interrogar al sujeto, pero este no profirió palabra alguna y mantuvo en todo momento su mirada perdida en el vacío, demostrando no hallarse en sus cabales. La situación antedicha movió al oficial actuante a ordenar el traslado del sujeto a esta comisaría, donde no se lo pudo identificar por persistir en su actitud reticente y carecer de documentación personal, por lo que sin más trámite se lo trasladó al palacio de Justicia y, tras el diagnóstico de demencia autista establecido por el médico competente, se efectivizó el traslado del sujeto al nosocomio J. T. Borda para su internación y tratamiento, según la decisión judicial. Cumplido ese trámite cesó la intervención de esta comisaría y quedó el sujeto al cuidado de la Justicia.

Pero está dicho que todo lenguaje oculta tanto como revela. Para traducir del policial básico al idioma de la experiencia del sujeto un incidente así, habría que ubicarse en esa noche llena de promesas que se va sin una verdadera confirmación, en esa espera gigantesca del encuentro imposible que se desploma con la aparición del sol, y en esa duda que amanece lenta, sobria, cruel y luminosa como una ciencia para

preguntarle a uno si todas las certidumbres de aquellos días no fueron una absurda confusión. Y en ese lugar preciso, sobre ese escalón, donde el sujeto siente caer como un diluvio aniquilador la sospecha crecientemente certera de que estuvo a punto de perder la razón, dos personas que se acercan para unas pocas preguntas de rigor, apenas un trámite cotidiano de humana —tal vez molesta— preocupación, e instantes después un vértigo delirante, enloquecido, un viaje contra el tiempo y natura a la noche de las sirenas, las batidas uniformadas, la negra oscuridad de los perros salvajes de la dictadura. Un patrullero que se detiene frente a uno; tres, cuatro, varios policías inconcebibles que se bajan y no se dirigen a impedir un asalto a un banco, ni a interrumpir una pelea en el vecindario, ni a socorrer a ningún accidentado, sino que avanzan, caminan, corren incomprensiblemente hacia uno, preguntan a quien ya ni siquiera entra en el campo visual del sujeto si “es este”, y sin más trámite lo toman a este primero entre dos, luego entre cuatro, finalmente entre más, no como cuando lo secuestraron a uno a la salida de un local ferroviario en 1969 por organizar las huelgas posteriores al Cordobazo en el Gran Buenos Aires, no con un revólver en la sien y varias ametralladoras apuntando a pocos metros, no como cuando lo corrieron a uno durante cinco interminables cuerdas en el desbande de una manifestación estudiantil al año siguiente hasta que un patrullero le cerró fatalmente el paso en una bocacalle, y tuvo que reconocerse cercado, no a la manera usual de los policías, parapolicías y paramilitares del país, sino como si uno fuera Bertrand Russell o un verde alemán cumpliendo el rito de la protesta pasiva, haciéndose alzar diligentemente por uniformados del Primer Mundo provistos de una paciencia inmutable, entrenada a fuerza de leyes restrictivas de sus instintos de perros policiales.

Pero uno que no era Bertrand Russell, ni un verde alemán, ni un ciudadano del Primer Mundo, lograba impregnar su cuerpo de una pasividad aun más pesada y tenaz, de una inercia exótica que superaba ya la fuerza tractora de cinco o más pares de manos, y los policías acababan por recordar que ellos tampoco eran de ese mundo primero y refinado, y perdían la paciencia y entraron a golpear el cuerpo inerte, el cadáver misterioso, que miraba el vacío con la concentración de un faquir al recostarse sobre su lecho de clavos. Y lenta, bien plantada sobre sus raíces, renacida sobre sus cenizas nocturnas, la vieja certidumbre volvía a crecer. ¿Podía pensarse acaso que toda una cuadrilla, con otros dos patrulleros concurridos en histérico despliegue de sirenas y aspavientos para cortar el tránsito, pudiera empeñar hasta tal punto sus fuerzas si no era para acabar con una misión insidiosa y tremenda que los amenazaba en su existencia misma como autoridad? ¿No era todo ese inesperado remate de la noche de espera insomne la confirmación palmaria que había estado buscando inútilmente en mi recorrida por la ciudad? ¿No era la demostración más perfecta de todo eso el hecho de que el encuentro se produjera justo cuando yo había dejado de buscar y empezaba a renegar de mi convicción misionera? ¿Cómo explicar, si no, esa saña que estaban poniendo en golpearme cuando ya habían logrado

alzarme? ¿Por qué, si no, me iban a poner en el piso de uno de los patrulleros, esposado a un policía que además descansaba uno de sus pies sobre mi cabeza como para impedir que me levantara o que me reconociera alguien desde afuera?

Lo que en todo caso estaba fuera de duda era que yo no debía pronunciar palabra. Porque cualquier colaboración de mi parte podía ponerlos sobre la senda de la verdad. O más sencillamente porque, intermediario de los extraterrestres o no, yo no estaba dispuesto a poner en juego mi fantasmal puesto de trabajo en Turba dando datos que pudieran servir a la policía para comunicarse con mis patrones. Estaba persuadido de que el incidente culminaría con mi puesta en libertad, sin que se requiriera siquiera una intervención extraterrestre, e ignoraba que estaba sin documentos, si es que de veras lo estaba, como tampoco sabía que estuviera sin dinero, como aseguró luego el informe policial.

Solo tomé conciencia de la situación en la que me había metido cuando después de haber sido trasladado en un patrullero a lo que parecía ser un hospital me llevaron a una pieza donde había un paciente en una de las dos camas, un obrero con los ojos inyectados de sangre, y tras colocarme en la otra cama quisieron darme una inyección. Me resistí no al modo pasivo que había empleado con la policía, sino de una manera feroz, intentando proteger mis nalgas de lo que no dudaba era una de esas drogas con las que la psiquiatría soviética había intentado destruir cerebros como los del matemático Pliutsch y de todos los intelectuales contestatarios que no eran tan famosos en Occidente como Sajarov. La minúscula habitación se llenó entonces en pocos minutos de “enfermeros” que podrían haber competido en olimpiadas de lucha o levantamiento de pesas. Pero sea porque mi concentración había tenido un desarrollo efectivamente prodigioso bajo los efectos de la ejercitación circense de esas semanas, o porque mi desesperación superaba ya toda medida, o por una mezcla de ambas cosas, logré resistir por unos minutos más verdaderas oleadas de esfuerzos judokas y trompadas. Uno de los enfermeros dijo entonces: “Tenémelo que le voy a romper el meñique”.

La frase me pareció tan absurda y delirante que pensé que había oído mal o había habido una confusión. Decidí retornar de inmediato al modo pasivo, me relajé completamente y caí pesado sobre el piso. Entonces ocurrió algo que me persuadió definitivamente de que todo lo que había pensado sobre la existencia de una misión crucial para mí era cierto: entre dos enfermeros me pusieron en la cama y un tercero, el quiebrameñiques, tomó el dedo más pequeño de mi mano derecha entre las tenazas carnosas que tenía por manos y lo rompió de un solo movimiento. Nunca pude recordar si sentí dolor. Ese instante quedó para siempre resumido en mi cerebro en el sonido siniestro, enloquecidamente real, que produjo mi dedo al quebrarse. Fue un ruido breve, sintético, mágico, el que demostró que la frase delirante que había emitido el quiebrameñiques había sido real, el que suministró la prueba tangible de la misión sobrehumana que me estaba encomendada y por la que ninguna autoridad me podría perdonar jamás.

Era natural que después de esa comprobación los enfermeros me aplicaran sobre una nalga resignada la droga aniquiladora y me ataran por las dudas a la cama, sin arriesgarse siquiera a desvestirme. Durante la operación comprobé la utilidad sanitaria de mi meñique quebrado: el rompemeñiques lo apretaba, uniendo la yema de mi dedo roto a la palma de mi mano, cada vez que yo me demoraba en cumplir las instrucciones que debían conducirme a quedar atado de pies y manos a cada una de las patas de la cama, ahí sí sentía un dolor que guardo indignadamente en mi memoria.

Después supe que el haloperidol, como llaman los psiquiatras a ese venenoso remedio, es reputado como antidelirante, y tarda unos pocos minutos en dormir durante un día entero o más a quien tenga el dudoso privilegio de recibir la dosis por primera vez. No tuvo ese efecto en mí, y tampoco esperaba yo que lo tuviera. Tuvo el efecto que sí pensaba que esos carceleros de la mente estaban buscando: sentí literalmente la química siniestra de mis enemigos luchando desafortunadamente por apoderarse de mi cerebro, cuya marcha por primera vez me sentía impotente para controlar. En lugar de detenerse, la aceleración mental que arrastraba tras varios días de insomnio y pensamientos desacostumbrados alcanzó un ritmo imposible de seguir por lo que restaba de mi voluntad, mi conciencia o como quiera que uno llame a la vigilancia que se puede ejercer sobre el pensamiento propio. Estuve horas tendido boca arriba viendo cómo desfilaban ante mi mente las imágenes más tenebrosas que habían cruzado mi conciencia en mis 39 años de vida, más otra interminable serie de monstruosidades nuevas. Era un desfile del mal como jamás un adulto se puede atrever a imaginarlo, como la representación cinematográfica del concepto de malignidad en estado puro, infantil, fantasmagórico. El mundo que se revelaba ante mis ojos era exactamente ese cuyo triunfo yo había temido. Todo se burlaba de mí por haber tomado mi propia debilidad por amor y sed de justicia. El mundo de los fuertes, de los verdaderos, de los meritorios, me mostraba entre carcajadas estentóreas cómo se veía la auténtica realidad. Todo mi entorno, mis amigos, mis familiares, mi mujer les estaba ahora alegremente sometido, como podía verlo en escenas interminables que cambiaban de una manera mucho más incontrolable que la de un sueño, pues lo hacían sobreponiéndose con indignante facilidad a mis esfuerzos desesperados por detener su curso, burlándose con cínica satisfacción de los gritos de “quiero dormir”, que emitía en un cubil vacío donde me habían llevado con cama y todo cuando empecé a pedir que me dieran algo para conciliar el sueño y escapar a ese infierno.

Con algún grado de detalle solo recuerdo dos de las últimas escenas de esa tortura visual: un hombre gigantesco, musculoso y verdugo de oficio me recibía destrozado tras los interminables tormentos de toda esa pesadilla vigil y mientras yo intentaba con el ritmo desaforado de todas esas secuencias adaptarme a la idea de morir de una vez por todas el verdugo me violaba y yo descubría que había algo peor que la muerte, a la que tanto había temido de chico. Entonces, cuando ya creía haber

probado todo lo que el infierno tenía para ofrecer me daba cuenta de que me estaba convirtiendo en un cerebro, un cerebro que me resultaba familiar, pero que había conocido antaño en otro contexto completamente distinto y que ahora por el lóbrego contraste entre esas situaciones resultaba tanto más escandalosamente siniestro. Era el cerebro en el que había querido convertirme a los ocho años, cuando charlando con una mucama a la que creía fervientemente católica la oí decir que “no, Ricardo, el cielo no existe, está vacío, como lo ves ahora, cuando uno se muere uno ya no existe más, es como si uno estuviera dormido pero sin soñar, la muerte es cuando se termina todo, Ricardo”, y transformé mi desesperación por la finitud de la vida en un terror que me condenó al insomnio hasta que la política me sacó de él a los catorce años a fuerza de ilusiones. Solo que a los ocho años había soñado con que la ciencia me permitiera al final de mi vida sobrevivir al menos en estado de cerebro, de conciencia mantenida en vigilia artificial, para ser testigo de las maravillas que le tocaría vivir a la humanidad tras los escasos sesenta o noventa años de existencia que me estarían asignados, mientras que ahora estaba convertido en un cerebro incapaz de percibir otra cosa que el infierno permanente en el que se había convertido mi mundo interior y el universo que me era accesible. Era como el broche que remataba con una burla sideral toda una vida de engaños y falsas expectativas. Pero curiosamente, fue también la única imagen que logró agotar el caudal innumerable de mis terrores, porque es la última escena que recuerdo antes de haber logrado la proeza increíble de dormirme.

Mi estadía en el Borda duró nueve días. El primer día dormí sin parar hasta que me desperté nuevamente en la habitación doble, con el obrero de ojos sanguinolentos. Lo primero que sentí al despertarme fue una serie de dolores inconcebibles en casi todas las articulaciones, que mi propia memoria corporal atribuyó inequívocamente a la inmovilidad insoportable que había sufrido durante esas horas de sueño, de las que aún no sabía que habían sumado 24. Pero inmediatamente después sentí algo más extraño. El dolor generalizado del cuerpo tendió a concentrarse de manera sorpresiva y asombrosamente masiva en los talones de los pies, que me ardían de una manera inexplicable, con una intensidad dolorosa que me era totalmente desconocida.

Empecé a gritar “desátenme”, “suéltense los pies”, “por favor”, y de pronto oí un grito más agudo, espantado, de una enfermera que decía “Pero qué horror, ¿qué le han hecho en los pies?”. Siguió una discusión entre varios personajes de guardapolvo blanco, de la que solo pude retener dos expresiones: “se debe haber cortado él mismo” y “¡pero está todo ensangrentado!”. Me volví a dormir muy poco tiempo, no más de un par de horas y cuando me desperté tenía los pies vendados. Poco después, aún en ese mismo pabellón siniestro donde por efecto de una misteriosa amnesia profesional ningún enfermero parecía entender qué me había pasado, pude enterarme de que mi caso era muy usual, aunque no con la misma gravedad: el haloperidol en

las iniciales dosis caballares que suelen emplearse en esos lugares provoca temblores incesantes de todo el cuerpo. Si el paciente es atado se sabe que indefectiblemente sus talones se pelarán —eventualmente hasta dejar al aire el hueso— al rozar durante unas 24 horas sin parar contra las sábanas. Para mitigar el desgaste de la piel y la carne, se colocan siempre unas taloneras de cuero lanudo de oveja que impiden el contacto directo con las sábanas, precaución que habían omitido en mi caso. La omisión me obligaría a llevar vendajes durante dos meses.

Esa misma mañana me pasaron a una habitación general. Dejaron de inyectarme drogas, pero pretendían que las tomara por vía oral con el desayuno y las comidas, como hacía el resto de los internados. Yo fingía que las tomaba y las guardaba en los calzoncillos, hasta encontrar el momento para tirarlas a un inodoro. Estaba fascinado con la facilidad con que se podía burlar a una institución que tanto daño había logrado hacerme en los primeros momentos que me tuvo en su poder.

El mismo día del primer despertar comencé a charlar absolutamente con todo internado con el que me cruzara, aun con los que parecían más bien débiles mentales varados en el lugar por algún déficit de diagnóstico, una falta de alternativa o algún capricho médico. A todos les expliqué que si querían salir de las distintas crisis que los habían hecho recalar ahí tenían que dejar de tomar las drogas, porque hacían un daño atroz, les impedían pensar y entender qué era lo que buscaban con los “pensamientos raros” que muchos decían tener, o simplemente no los dejaban descubrir cómo hacer para no volver a perder el control sobre sí mismos como en la crisis a veces única que había conducido a su internación.

Yo mismo me sorprendía de la paciencia inagotable que tenía para pasar horas al lado de algunos que se negaban a salir de su mutismo y solo con lentitud aparentemente estudiada se dignaban abandonar trocitos minúsculos de desconfianza. Al cuarto día de esa dedicación exclusiva ya conocía las historias de casi todos los que estaban a mi alcance y muchos comenzaban a buscarme para consultar tal o cual cosa que creían poder interpretar de lo que les estaba pasando. Yo continuaba al comienzo imbuido de mi misión a escala planetaria, pero no hacía la menor alusión a ella ni a lo que ellos mismos podían considerar en mí “pensamientos raros”, pues creía que había un orden de causalidad restringido a nivel individual o local que podía explicar la mayor parte de los problemas que los aquejaban a ellos y cuyo conocimiento podía bastar para desarrollar en ellos actitudes que les permitieran escapar a esa trampa institucionalizada que era el loquero.

Les decía que ellos habían sido invalidados socialmente de manera total por su internación, y que la falta de derechos que los afectaba los convertía en pasto de las ansias de dominación de profesionales frustrados como los psiquiatras, que ignoraban todo de la locura, a no ser que esta les permitía ejercer un poder de tormento irrestricto sobre las personas que les eran sometidas. Los exhortaba a dejar de tomar las drogas, a tratar de enredar a los psiquiatras en la discusión de sus historias personales, y cuando no lo lograban, a reunirse simplemente entre ellos para charlar

sobre ellas y recomendarse mutuamente caminos, trucos, técnicas destinadas a fortalecer su cuerpo y su espíritu para la lucha contra las obsesiones absurdas, las “ideas raras” y la pérdida del control del pensamiento que a ellos mismos les disgustaba tanto como les atraía.

Les hablaba mucho del zen, y les decía que cuando nuestro propio pensamiento no termina de satisfacernos, nos parece de una rareza no creativa sino engañosa, o nos resulta incontrolable, lo mejor es detenerlo. Algunos occidentales habían llamado al zen el suicidio del pensamiento: “Es porque le temen demasiado a la muerte —les decía— y no tienen suficiente fe en la vida; el pensamiento puede suicidarse millones de veces como forma de ejercitarse en el dominio de sí mismo, pero mientras haya cerebro activo y no lo destruyan con drogas cada supuesta muerte autoinfligida no hará sino fortalecerlo, purificarlo, volverlo dócil a las necesidades de uno mismo para después poderle dar una dirección, una puntería, una eficiencia mayor; el zen es el freno que necesita el vehículo de la mente para poder correr más seguro, más lejos y mejor”.

Fue el zen lo que me permitió ganar la confianza de José, un ex combatiente de Malvinas que se convirtió en mi más incondicional aliado durante toda la estadía, después de haberse resistido durante más de una hora a dirigirme la palabra y de haberse burlado con los gestos de su rostro de absolutamente todas las reflexiones con que había intentado antes atraer su atención. Sentados en un banco de un jardín del hospital, parecíamos un monje budista enseñándole a su samurai a poner la mente en blanco, a buscar el atajo pragmático que, evitando la imaginería brahmánica, yoguística o shintoísta, condujera directamente al blanco del control interior en todo lo que tiene de controlable el pensamiento, para poder confiarse después al funcionamiento fluido de la máquina cerebral, a su sapiencia automática, a la habilidad espontánea del Ello zeniano para rastrear todo camino necesario.

Solo cuando José sintió que yo estaba dándole algo valioso de verdad, empezó a soltar su odio gigantesco contra las fuerzas armadas argentinas, a contar los estaqueos, las violaciones, las infinitas sevicias que ocupaban casi todo el tiempo dedicado por los oficiales y suboficiales del ejército a sus propios subordinados cuando el destino de dos islas probablemente asentadas sobre un interminable mar de petróleo se estaba jugando en un combate que él —y yo— estábamos seguros que se podría haber ganado si toda esa escoria humana de perros rabiosos con charreteras hubiera dirigido su agresión contra el bando contrario en lugar del propio.

Yo le contaba que todo lo que él me decía podía ser imaginado por cualquiera que no hubiese estado en Malvinas pero que conociera siquiera por mentas las tradiciones recientes de nuestra oficialidad. Y que se quedara tranquilo, que un escritor argentino había puesto todo eso que se podía imaginar en un testimonio vivo, sentido, en una novela llamada *Los pichiciegos*. Que nuestra gente seguramente no habría de embarcarse jamás en otra guerra si antes no se destruía de cuajo eso que llamaban aquí ejército, adiestrado solo para morder a sus propios ciudadanos, cerrar

universidades, dejar sin trabajo a profesores, entregar la tarea de fabricar todo lo imaginable a empresas extranjeras y después pretender que de esa barbarie educacional y económica brotara desarrollo como del alambique de un alquimista medieval. José oía, y a veces me interrumpía para explayar su propio odio, para revivir sus propias humillaciones en las islas. Pero no era la única experiencia imborrable con que él contaba.

Fue José quien me puso en guardia sobre el abandono de las drogas. Ya había estado internado una vez y había sufrido mucho por dejarlas de golpe. Me contó que el síndrome de abstinencia era atroz y provocaba contorsiones dolorosísimas. Tiempo después me enteraría de que esos síntomas no venían solo con la suspensión del suministro sino también a lo largo de muchos tratamientos prolongados: el haloperidol provoca, además del temblor en su dosis inicial, síntomas parkinsonianos (temblores, vibraciones, contorsiones involuntarias, estereotipia postural y endurecimientos) llamados “extrapiramidales”, que pueden aparecer en cualquier momento y son supuestamente compensados con drogas de administración simultánea, pero que muchas veces se descargan con toda la furia sobre el cuerpo y la mente del paciente por más que los psiquiatras midan con precisión las dosis respectivas de “medicamentos” para mantener el delirante equilibrio perfecto parkinsoniano y antiparkinsoniano del tormento supuestamente “antidelirante”. La consigna con José fue entonces ir partiendo en mitades recurrentes las pastillas, para evitar síndromes de abstinencia que pusieran en guardia a los psiquiatras, hasta dejar de consumirlas.

Una pequeña logia de autoterapia codirigida por José y yo se fue extendiendo fulminantemente entre los internados. Pero antes de que cometiéramos la torpeza de hacer alguna reunión visible de varios miembros o algún desafío abierto a la autoridad hospitalaria, alguien que parecía ser el psiquiatra de mayor rango me citó un mediodía a una reunión. Era un tipo con cara de hijo de puta que tendría unos cinco años más que yo. Me dejó duro al recibirme llamándome por mi nombre.

—¿Quién le dijo que me llamo Zevi?

—Su familia y su mujer se pusieron en contacto hoy con nosotros. Estaban muy preocupados por usted, pero al encontrarlo finalmente hoy y hablar con nosotros se han quitado una angustia de encima. Saben que está bien, en buenas manos y que sigue un tratamiento que lo va a ayudar.

—¿Cómo sabe que es mi familia si ellos todavía no me vieron?

—La primera noche usted llamó a gritos varias veces a su mujer, Romina. Le pedía que le diera algo para dormir. Fue ella la primera que habló con nosotros esta mañana. Todas sus señas corresponden a la descripción que nos dio Romina Sánchez de usted. Sería demasiada casualidad que el viernes por la noche hayan desaparecido de su casa dos personas de sus características y cultura, vinculados con una mujer llamada Romina.

—Su mujer lo va a venir a ver hoy. Pero no se lo va a llevar. Porque le hemos

explicado que acá usted está siguiendo un tratamiento que le va a permitir recuperarse totalmente en unas pocas semanas y que en su casa no lo va a poder seguir.

—Nadie sigue acá ningún tratamiento. Mantienen dopado a todo el mundo para que no moleste. Tal vez ustedes no tienen suficiente personal o buenos salarios para ocuparse de la gente. Pero el hecho es que nadie se ocupa de nadie, y lo único que se hace es mantener a la gente controlada con drogas que les hacen mucho daño, les impiden pensar y recuperarse. Acá hay gente que lleva adentro más de veinte años.

—Mire, Zevi. Justamente de eso quería hablar. Hemos visto que usted tiene una facilidad especial para acercarse a la gente y ha establecido contacto con muchos de los internados. Nos parece bien que crezcan las relaciones entre los pacientes, pero algunos con los que usted estuvo hablando se han negado a seguir tomando los medicamentos y eso creó situaciones tremendamente difíciles y perjudiciales, porque tuvimos que suministrarles las dosis por la fuerza.

—Yo no le dije a nadie que se resistiera a tomar los medicamentos. Pero sí les dije que charlaran con ustedes el problema. Porque los medicamentos los están destruyendo.

—Mire, Zevi, los médicos somos nosotros. Usted es, por lo que pudimos saber, traductor. Pero acá no se trata de traducir un texto sino de curar una enfermedad, de resolver una crisis psíquica, y esa tarea nos la debe dejar a nosotros, que estamos preparados para eso. Usted mismo no se da cuenta de cuánto mejoró desde que llegó, con solo seis días de tratamiento gracias a los remedios.

—Los remedios no mejoran a nadie. Le quitan los reflejos y la capacidad de concentración y reflexión a todo el mundo. Y a mí me destruyeron los talones de los pies.

Ahí el psiquiatra lanzó una carcajada tan histriónica y mal fingida que me hizo sentir repentinamente seguro.

—¡Vamos, Ricardo, no se me haga el mártir que lo vimos jugar esta misma mañana al fútbol y jugó como Maradona! ¡Qué me viene a decir que perdió los reflejos!

—Jugué bien porque nunca tomé los remedios.

Así es. Bastó un instante de relajación en la vigilancia paranoide del intermediario de los extraterrestres para que Ricardo Zevi, yo, el más soberano imbécil que haya puesto un pie subversivo en un hospicio psiquiátrico traicionara el secreto que una banda de lunáticos había logrado hasta ese momento mantener aparentemente a buen resguardo. El psiquiatra se puso blanco de odio. Pero ni siquiera entonces comprendí la magnitud irreversible de mi torpeza. Pretendía ante mí mismo que no me había enterrado vivo sino que estaba persuadiendo a ese sargento como había persuadido a los internados.

—Zevi, lo que me está diciendo es muy grave.

—Lo grave es que usted piense que un tipo con los pies vendados puede hacer las cosas que hice hoy con la pelota si estuviera drogado como los demás. Yo estoy cada

vez mejor porque solo me ligué la primera inyección y después me dejaron tranquilo. Creo que podrían ayudar a todo el mundo acá, aun con menos personal que ahora, si tan solo los dejaran solos y se les acercaran solo cuando ustedes tienen ganas de veras de acercárseles a charlar, a aprender de ellos, a ayudarlos, a enseñarles, a intentar de veras curarlos.

—Zevi, usted está delirando hasta un grado que yo jamás había visto.

—¿Laing y Cooper también deliraban? ¿Los antipsiquiatras también deliraban? ¿Todo Palo Alto estuvo décadas delirando?

—¿Qué sabe usted de antipsiquiatría, Zevi?

—Los libros de Cooper se consiguen en cualquier librería.

—¿¡Pero quién se cree que es usted, Zevi!? ¿Es el mesías, el nuevo redentor? ¿No se da cuenta de que está muy enfermo?

—Usted sabe perfectamente que no estoy enfermo.

—Por eso mismo, Zevi, porque usted cree que no está enfermo tiene que tomar los remedios. Si no se los vamos a tener que suministrar por la fuerza, y el proceso de su rehabilitación va a ser mucho más largo.

Yo no estaba acostumbrado a mendigar. Pero un terror incontrolable me hizo encontrar al menos un tono de súplica honorable.

—Le pido que no lo haga. Si hace falta no voy a hablar más con ningún internado, o directamente con nadie que no lleve guardapolvo blanco. Pero no me haga tomar los remedios, que ya me produjeron un efecto terrible la primera vez.

—Va a ver que está equivocado. Nosotros lo vamos a medicar como corresponde y usted se va sentir mejor y más tranquilo.

Retrocedí todo lo que me resultó posible. Hablé de mi tranquilidad, de mi disposición a no mezclarme más con los problemas de los demás. Pero no hubo caso. El carcelero se mantuvo inamovible. Cuando volví a mi habitación una enfermera vino con un vaso con un poco de agua, en la que tiró unas gotas. Traté de distraerla y en un momento que creí haberlo conseguido tiré el escaso líquido sobre mi cama. Creí que si no había logrado engañarla al menos le había arrancado una complicidad compasiva. Pero se retiró sin decir palabra y a los cinco minutos vinieron cuatro enfermeros-roperos que me llevaron a la habitación aislada y repitieron la operación del primer día, con idéntico uso de mi dedo meñique aún no curado como perilla comando de mis movimientos. Pero esta vez no me ataron.

Cuando me soltaron me levanté pero me dijeron que me acostara en seguida porque la dosis era muy fuerte y me iba a desmayar. Me senté en la cama, sentí por un brevísimo instante una embriaguez gozosa, y cuando ya estaba a punto de cantar victoria sobre el tormento del haloperidol, cuando ya creía haber logrado convertirlo en un mero mareo controlable, todas las sensaciones terroríficas de la primera inyección que había recibido retornaron esta segunda vez con una fuerza multiplicada por el espanto de la reiteración y por un cambio siniestro en sus contenidos. Eran las mismas sensaciones monstruosas pero que ahora versaban sobre hechos aun más

siniestros. La primera película dopada que me había tocado experimentar había tocado solo inicial y lateralmente los “pensamientos raros” que yo tenía en esa época. En cambio esta vez el contenido delirante acompañó la imaginería espantosa en todo momento. Las escenas terroríficas tenían que ver no con mi vida real, como en la primera ocasión, sino con mi delirio, como si mi cerebro se aferrara a él cuanto más intentaban —o simulaban que intentaban— arrancarlo desde el exterior.

No era además como en la primera vez una película que pasara ante mis ojos de espectador, aunque yo apareciera también en ella. Las sensaciones eran esta vez infinitamente más reales, no meramente visuales sino corporales, internas, articulares, y sobre todo cognitivas, pues se referían no a mensajes o eventos que pudieran o no ocurrir sino que yo estaba captando desde ese cubil del loquero lo que realmente estaba pasando en el mundo, y lo captaba con una certidumbre apabullante, como si el saber espantoso de esos acontecimientos llegara a mi cerebro sin mediación de ningún sentido, sin la duda inherente a la percepción. Más que ver sentía, más que sentir captaba, más que captar comprendía y admitía con dolor.

Sentí todo lo que una persona puede no querer sentir jamás ni aquí ni en otro mundo. Vi en un momento el triunfo del mal imponiéndose incluso a los intentos tardíos de los extraterrestres de intervenir telepáticamente desde sus planetas para impedirlo. Vi la cara monstruosa de un mal universal, interplanetario apoderándose de las mentes de los terrícolas hasta llevar al mundo a su autodestrucción. Vi la tarea casi cumplida con un segundo diluvio universal que estaba ahogando toda vida sobre el planeta. Vi el agua subiendo por la celda en la que yo estaba. Captaba las órdenes precisas de los seres monstruosos que me ordenaban elegir a quiénes de mi familia y mis amistades dejaría exterminar antes de pasarme al bando de ellos. Sentí la presión para que fuera entregando uno a uno a todos mis seres queridos, o me entregara yo mismo al bando del mal, en cuyo caso tampoco podía garantizar la supervivencia de nadie. Y ante mi negativa a responder sentí los tiros abatiendo uno a uno a los miembros de mi entorno íntimo, mis amigos, mi familia, la gente que más sentía hecha de una fibra incorruptible. Uno a uno cayeron de un solo balazo en una secuencia que no puedo recordar y de cuyas víctimas solo tenía noticia después de cada disparo. Solo sé que la serie se interrumpió cuando por algún motivo intuí que ese era el turno de Romina, y me puse a gritar como un desesperado: “¡A Romina, no; a Romina, no!”. Y me dormí.

Tengo entendido que dormí sin parar durante un poco más de 24 horas. Cuando desperté ya habían terminado el almuerzo del día siguiente. La gente estaba libre pero no podía comunicarme con nadie porque había perdido toda coordinación del habla, aunque tardé mucho en descubrirlo, como también tardé mucho en averiguar cuánto tiempo había dormido. La total descoordinación mental que me produjo la dosis caballar que me dieron generó un costo muy grande en la relación con todos los internados y facilitó así la decisión que tenía que tomar. Comencé a sospechar que el efecto de las drogas había sido esta vez más demoledor que la anterior cuando me le

acerqué a preguntar por algo de comer a una enfermera y se quedó mirándome con una cara espantada. Solo después de dos o tres intentos con otras personas di con José y él me aclaró las cosas, aunque sin abandonar su descortesía marcial.

—¡Parala con esa jergonza, pelotudo! —me dijo cuando me le acerqué a preguntarle qué diablos estaba pasando.

Fue suficiente. Dejé de hablarle y empecé a tratar de comunicarme por señas para que entendiera que si mi lenguaje sonaba raro no era porque yo lo quisiera. Junté la manos como una almohada y dibujé una pregunta en el aire dirigida a mí. Pero en lugar de entender que le preguntaba cuánto había dormido me dijo que me podía ir a dormir cuando quisiera. Seguí luchando un rato sin mejor suerte. José tenía muy poca paciencia y renunció a seguir aguantándome justo cuando yo empezaba a entender qué me pasaba: estaba mezclando todas las lenguas que conocía. Al comienzo me pareció que estaba hablando en inglés, la primera lengua extranjera que conocí. Pero cuando intenté plegarme a ese inglés que parecía salir automáticamente de mi boca comprendí que con su inglés elemental José no podría entenderme, porque yo no lograba decir más de dos palabras seguidas en el mismo idioma. Inevitablemente se colaban otros. Todo ese día se esfumó en medio de una desesperación inenarrable por el temor a haber sufrido un daño cerebral irreparable.

Pero a la mañana siguiente comprobé en mi primer diálogo con una enfermera que la descoordinación había desaparecido por completo. Aun así José se mostró muy raro cuando lo abordé.

—Creí que te habías vuelto loco —me dijo, mostrando en los ojos la timidez que provoca la desgracia ajena—, no se te entendía nada de nada. Parecía que hablabas en inglés pero después no parecía inglés. Parecía una lengua de otro planeta, che.

Me pareció que se estaba burlando. No le había dicho absolutamente nada de los pensamientos raros que yo tenía. Pero sí había hecho referencia a que algunas personas podían creer que estaban en contacto con extraterrestres si sufrían procesos incontrolables que la ciencia aún no podía explicar y que eso no era motivo para internarlos. De todos modos fingí que todo estaba bien y así pude comprobar que para él, no. Estaba irritadísimo porque yo hubiese perdido el control de mi palabra. Le parecía una verdadera traición, no cabía duda, una caída en el pecado más imperdonable para un internado: la verdadera locura. Tras casi dos horas de conversación conseguí apenas hacerle retornar la vieja confianza. No el respeto que lo había llevado a dedicar días enteros a organizar nuestra pequeña logia. Pero esa confianza era suficiente para lo que yo buscaba ahora.

—¿Por qué no nos rajamos de aquí? —le dije no bien me pareció viable hacerle la pregunta.

—Estás del tomate. De aquí no se raja nadie. Te agarran en seguida, y después te meten droga hasta que no sabés más quién sos.

—El otro día pasé por la puerta. Parece que no hay ningún control. Apenas un tipo en la garita que se las pasa leyendo el diario.

—Estás mamado. Aquí está todo controlado. Te la hacen creer así, que no pasa nada, porque para ellos es mejor. Si no la gente diría que es una cárcel o un campo de concentración. Pero te digo, de aquí no se escapó nadie jamás.

—Pero vale la pena probar. Antes de que te destruyan el cerebro de a poco es mejor intentar algo, y si fracasa, bancarte que te revienten de una vez.

—No, ni loco. Conmigo no contés. ¿Y a dónde voy a ir si me escapo?

—Con tu familia.

—¿Al Chaco? ¡Si se están cagando de hambre!

—Buscás laburo. Te vas a una pensión. Yo te puedo ayudar los primeros días.

—No, no me jodas. Aquí estoy bien.

—¿Qué, ahora te gustan las drogas?

—No es tan grave lo de las drogas.

—¿A vos no te gusta jugar bien al fútbol, jugar como uno juega cuando está con los nervios limpios de esa basura?

—¿Para qué querés jugar bien al fútbol si estás aquí adentro?

Por supuesto, lo más fácil era pensar que José tenía razón. Que había sabido descubrir simplemente que nuestros caminos se apartaban inevitablemente. Y que el suyo conducía sabiamente a una vida de encierro en ese lugar donde no hacía falta jugar bien a nada. Pero yo estaba convencido de que eso era mentira; por eso, abandonar a José fue lo único que me atormentó de la decisión que tomé en ese mismo momento en que él me mostraba en sus palabras, en sus miradas, en sus gestos, que ya estaba a años luz de distancia.

—Yo me voy a intentar rajarse muy pronto. Te quiero dejar mi teléfono para que me llames de acá o si salís, si es que tengo suerte —le dije, convencido de que estaba sentando las bases de una amistad.

Pero José me miró con un miedo sorprendente. Me dijo que no hacía falta. Que no se iba a ir nunca de ahí. Entonces escribí mi teléfono con mi nombre completo en un papelito, se lo metí en un bolsillo y le dije que si él no me llamaba un día yo iba a ir a visitarlo. Pero que le pedía que me hiciera el favor de no obligarme a poner de nuevo un pie en ese lugar y que se escapara él también. Seguimos hablando un rato de banalidades y después él dijo que tenía ganas de dormir.

Al día siguiente, un lunes, estuve por la mañana casi media hora concentrándome para revivir mis épocas de la universidad y convencerme de que era un médico diplomado de visita en el hospital. Cuando me sentí suficientemente identificado con el personaje empecé a caminar derecho hacia el portón que una vez me había parecido la salida al verlo a gran distancia y al que no me había acercado jamás, para que los guardias no me identificaran como paciente. En el hospital me habían sacado el cinturón y la corbata, pero abrochándome el saco del traje que asombrosamente no me habían incautado y constituía mi único abrigo, supuse que podía confundir perfectamente a la guardia.

O salir del Borda está permitido a cualquiera, aun a los internados de oficio por la

policía, o mi soltura superó holgadamente la que podía esperarse de un paciente en trance de fuga. Lo cierto es que con el solo truco de caminar desde mi habitación, con todo el grado de distracción que pude concentrar en mis ojos, a través de varios patios, y jugarme completamente a la suerte de que aquel portón que había visto una sola vez desde lejos fuese efectivamente la salida, sin hacer el menor movimiento de los ojos o del cuerpo para comprobarlo, pude atravesar lo que increíblemente resultó ser aquello que parecía y tomar un taxi providencial en las narices de los guardias, a los que ni siquiera pude ver, porque lo único que veía en esos momentos era el guardapolvo de médico que imaginaba llevar sobre mi traje y el punto lejano del espacio donde se configuraban los compromisos profesionales urgentes que tenía que cumplir no bien terminara esa jornada de trabajo en el hospital.

Al subirme al taxi y constatar la banalidad de toda la escena, la tranquilidad distraída del taxista, la rutinaria intransitabilidad de la ciudad con sus embotellamientos imposibles del lunes por la mañana, sentí de pronto que empezaba a subirme a la cabeza un orgullo inconmensurable, una certera sospecha de que había logrado escapar a una verdadera masacre psiquiátrica con el solo recurso de cierta habilidad de prestidigitador, la misma que me había permitido escaparme sin pagar en supermercados y grandes librerías en algunos tiempos difíciles de mi adolescencia, mucho antes de que se me ocurriera la necesidad de alguna intervención extrasensorial o paranormal para colarme por las rendijas de la atención de los demás. Por primera vez desde que había empezado a tener los pensamientos extravagantes sentí que no sería ninguna tragedia comprobar que toda la travesía mental de esas semanas había sido un mero delirio, una convicción tan vacía y arbitraria como la de un Otelo fabricándose infidelidades imposibles en el aire con una lógica de celos paranoides, como la de un marido atando cabos que no ha sabido comprender que estaban sueltos para seguir así de sueltos, y no para que él los uniera contra natura en una explicación imposible que solo delata sus propios miedos. Me sentí suficientemente fuerte para afrontar esa realidad y para escapar eventualmente del engranaje exterminador de la represión social, sin tener que convertirme para ello en heredero de un linaje de médiums, telépatas o superhombres. Pero también sabía que en el fondo toda la imagería fantástica de aquellas semanas de aparentes prodigios seguía atrayéndome irresistiblemente.

El resto del viaje hasta el Periscopio lo pasé pensando qué debía hacer con el taxista, porque no tenía encima un solo peso para pagarle ni las llaves para entrar en casa. Cuando ya estábamos llegando me dije que no tenía otra salida que embromarlo a él, porque no podía correr el riesgo de que Romina no estuviera en casa y yo tuviera que confesarle al tipo que no tenía dinero y pasar una escena complicada, tal vez delatora de mi fuga. Le cambié el destino en tres cuadras, con la excusa de pasar antes por un lugar, me bajé diciendo que volvía en seguida y no lo vi más.

Pero Romina estaba en casa, durmiendo. Tuve que tocar el timbre bastante para que se despertara. No bien le dije que era yo entró en un estado de alegría y solicitud

que me hizo sentir como si yo estuviera aterrizando repentinamente desde otro planeta en mi propio mundo. Nos besamos interminablemente. Tuvimos unos de esos coitos memorables de los que Romina solo era capaz en nuestros reencuentros y que nunca habíamos tenido desde su debut prostibulario. Pero la frontera no la pasó, no orgasmó, ni se acercó remotamente a eso. Aparentemente no había habido en ella cambios cruciales después de esa interminable tormenta que había arrejado durante semanas enteras.

Le conté cómo había ido a parar al Borda, poniendo énfasis en las noches sin dormir e invocando una especie de cansancio atroz y estupidizante para explicar mi falta de reacción en los primeros momentos. Creí darle una explicación que lograba obviar pasablemente la mención a cualquier pensamiento extraño de mi parte. Ella me contó que me había buscado desde el día de mi desaparición, y dos días después se le habían sumado mis padres. El viernes había ido a verme como había acordado con el psiquiatra, pero él le dijo que me habían medicado mucho porque había tenido una “crisis” y que solo iba a poder recibir visitas el lunes por la tarde, de modo que quedó en volver para entonces. Cuando la sorprendí con mi llegada pensó que habían decidido largarme antes.

Quiso saber más detalles. Le conté la verdad exterior, omitiendo, como siempre, precisiones sobre lo que había estado pasando en mi cabeza. Estaba convencido de que la reacción de ella iba a ser la de siempre cuando veía en mí la menor debilidad: frialdad y fuga. Pero no quería mentirle sobre algo que tal vez se repetiría alguna vez y me obligaría a buscar su ayuda. Sin embargo, contra todas mis expectativas, Romina pareció emocionarse con mi relato, y tuve la impresión de ver formarse en sus ojos las primeras lágrimas de conmiseración por otra suerte que la de ella misma que me tocó detectar en nuestros tres años de relación.

Se acercó a mí, que estaba abundando en detalles sobre la vida en el Borda sentado en una silla, me apretó la cabeza contra sus pechos y me la acarició con una convicción que estaba a millones de años luz del automatismo mecánico que mostraban habitualmente sus intentos de aproximación tierna. Algo del orden de la protección, el cuidado y la ternura adulta nació entonces en Romina, y por primera vez noté hasta qué punto desusado esa dimensión elemental había faltado en esa muchacha que hasta entonces se me había mostrado sobre todo a través de dos caras salientes: su hermosura inconcebible y su frigidez obstinada.

Esa manifestación inesperada tuvo sobre mí el efecto de una epifanía, pero también me hizo sufrir por primera vez como una verdadera desgracia el destino que estaba viviendo desde que las cosas comenzaron a enturbiarse en Turba. Lejos de toda pretensión extrasensorial o interplanetaria me aferré a su cuerpo con todas mis fuerzas, dejé caer unas lágrimas, y finalmente lloré, lloré como un condenado, como nunca lo había hecho en presencia de otra persona.

El fin de semana de mi desaparición le había servido a Romina para ponerse en contacto con familiares y amigos míos y recabar opiniones sobre qué actitud tomar. De los conciliábulos salió la decisión de llamar el mismo lunes a Turba para decir que yo había tenido que salir de urgencia hacia el interior porque estaba muriéndose una tía. El viernes en que finalmente me encontró estuvo esperando hasta verme a mí para decidir qué hacer. Pero finalmente fui yo mismo el que me presenté el mismo lunes para explicar todo y empezar a trabajar, aunque tenía el enorme temor de que no me dejaran hacerlo y hubiesen enviado ya un telegrama de despido que por alguna razón no había llegado.

Al entrar en el edificio me sorprendió una cierta tensión alegre que me pareció notar en el ambiente y una actitud inesperadamente receptiva de la gente a mi saludo. Algunos me saludaban incluso como si hubieran esperado ansiosamente mi retorno y llegué a preguntarme si no estarían al tanto de que venía de una experiencia poco recomendable y querían consolarme con una buena acogida. En Personal no plantearon ninguna duda o cuestión por los días que había faltado, me dejaron en claro que solo iba a tener que afrontar el descuento de esos jornales. Parecían haberse dado plenamente por satisfechos con el aviso de Romina, que yo transformé por mi parte en un pormenorizado relato de la agonía de mi supuesta tía. Me pregunté si todo el odio que había sentido hacia la conducción de la empresa no había sido parte de la misma crisis nerviosa que me había conducido al Borda.

Solo cuando me presenté en mi sección y Granstein me dio trabajo por primera vez en meses me rendí a la evidencia de que algo había pasado en Turba durante mi ausencia, algo que debía desbordar ampliamente mis propios asuntos. No bien pude me puse en contacto con Diana.

—¿Me podés decir qué está pasando en este loquero que de pronto todos se hacen los buenitos?

—¿No sabés nada?

—Yo nunca sé nada, Diana.

—El lunes pasado lo sancionaron a Fernández, del Depósito, por haberse equivocado al contar unas pilas de libros para hacer un inventario. Una semana atrás ya lo habían sancionado con un día de suspensión por llegar tarde. Él vive en el Tigre, y parece que se demoró el tren y no se apioló de traer un certificado. Esta vez le pusieron tres días de suspensión y le mandaron un telegrama donde prácticamente le dicen que a la próxima lo echan sin un mango. El mismo lunes se hizo una asamblea, que no se levantó hasta que lo dejaron entrar y se comprometieron a levantarle la suspensión. A la gente le agarró una mezcla de bronca y cagazo, porque gente de Administración dijo que había otros telegramas preparados para enviar el martes.

—Tal vez era para mí, que tuve que viajar el fin de semana anterior al interior y les hice avisar por mi mujer.

—De eso no se dijo nada. Pero en la asamblea se comentó que por lo menos había un telegrama más, para otra persona, y que si dejábamos pasar el de Fernández se iban a deshacer de todo el mundo sin siquiera pagar un mango. Parece que ahora quieren ahorrarse las indemnizaciones porque están por comprar máquinas para imprimir un semanario o un diario.

—¿Y la historia de Fernández en qué quedó?

—El telegrama anulándole la sanción ya se lo enviaron. Pero los del Depósito habían pedido igual una asamblea para esta semana y parece que se va a hacer el miércoles, como se había dicho. Aunque no quedó muy claro.

—¿Estuvo Jorge?

—¿Qué Jorge?

—El delegado.

—Ah, sí, estuvo, pero no habló. Habló Andrés nada más, de los delegados. Estuvo muy duro con la empresa.

—¿No se plantearon los temas de los otros castigados?

—No, para nada. Se centró todo en Fernández, y en tratar de sacar un compromiso de la empresa de que no va a haber despidos.

La satisfacción que revelaba la voz de Diana con los resultados logrados me entristecía. Era obvio que algunas cosas habían cambiado de manera impresionante durante mi ausencia, y que la empresa había debido renunciar a una intimación o un despido contra mí con la excusa de mis ausencias por la reacción que hubo ante la sanción a Fernández. Pero ni aun con la evidencia tan clara de la intención de la patronal de sacarse a la gente de encima a toda costa, se había cruzado la frontera de una acción empecinadamente defensiva y circunstancial, sin salir a combatir la política de la empresa de envenenar el ambiente con amenazas y divisiones salariales y de todo tipo entre la gente.

Tuve que confesarme que había esperado mucho más desde el mismo momento en que había entrado al edificio por el ánimo misteriosamente festivo de la gente y la actitud tan amigable que había detectado en todo el mundo hacia mí. Y al darme cuenta de eso comprendí que había bastado ese mínimo cambio en los semblantes de la gente para que de alguna manera yo me hubiera instalado una vez más en el mundo de euforia y apocalipsis donde había vivido durante esas semanas y hubiera esperado una vez más que las claves ocultas de una misión sobrehumana se me revelaran. Otra vez había interpretado falsamente las señales. Recordé puntualmente el rostro neutro de Romina mirando la tv y el terror inconmensurable que esa simple actitud me provocó. Sentí por primera vez en muchísimo tiempo esa sensación común y banal de cuya existencia casi me había olvidado: la de estar equivocado.

Y junto a esa sensación, otra que también se había perdido en algún punto distante de mi memoria: vergüenza. Una vergüenza atroz de haber podido errar hasta un punto tan inconcebible. Durante las 48 horas que quedaban hasta la asamblea me dediqué a combatir con una violencia mental asesina toda aparición de aquellas ideas

extravagantes que por primera vez clasifiqué en mi interior abiertamente como delirantes y desprecié como narcisistas, como síntomas repugnantes de una pretensión patológica de grandeza, como manifestaciones de un delirio megalómano adaptado a mis modestas dimensiones de traductor. Ahora sabía que en Turba estaban pasando cosas, no las que yo hubiera deseado pero cosas al fin, y necesitaba purgarme de toda infatuación para poder percibir las en su realidad. Me enfrasqué en un esfuerzo constante y reincidente de limpieza interior. Cuando el simple razonamiento o el bloqueo de la mente no bastaban para detener todo intento de retorno de pensamientos extraños, dirigía contra mi propia flora mental adventicia como una daga suicida y asesina de un sublime Mishima enloquecido, con una furia exterminadora que lograba poner todo desborde demente al servicio de la propia razón, del retorno al equilibrio, del reencuentro con el paisaje despejado de un cerebro en reposo, resguardado bajo sus propios custodios, refugiado en su silencio interior. Cuanto más me acomodaba en ese sosiego, más me devolvía el entorno señales que armonizaban con ese triunfo interior. Cuanto más inmóvil lograba estar dentro de mí, más lograba percibir hasta qué punto el exterior se había puesto en movimiento al fin.

El resultado de ese raid de zen contra el delirio fue excelente, pero solo se mantuvo sólido hasta el final de la asamblea, como si el objetivo excesivamente preciso que había presidido su puesta en práctica hubiese condicionado puntualmente también la duración de sus efectos.

La asamblea tuvo lugar el miércoles, como estaba previsto, pero los carteles anunciándola aparecieron solo el día anterior a última hora, signo elocuente de las ambigüedades con que se vivía todo entre el personal, pero sobre todo en la Interna. La asamblea había sido pedida en momentos en que se temía que la empresa no diera marcha atrás con las sanciones contra Fernández, pero una vez lograda la anulación de estas era demasiado evidente que todos los problemas seguían planteados como para poder levantarla sin más trámite. El resultado fue que hubo una asamblea vergonzante, convocada casi a escondidas y que durante toda su primera mitad consistió en un elegante ballet de todos los oradores para esquivar los verdaderos problemas y hablar de qué importante había sido “frenar esta actitud completamente extemporánea” de la empresa. Solo el propio Fernández se atrevió a insinuar que solo se había logrado una postergación de un combate inevitable con la empresa, y aun así, lo hizo a modo de comentario, sin sacar conclusión alguna o promover alguna medida al respecto. Era evidente que el pequeño triunfo de anular la sanción a Fernández y la relajación del celo patronal que siguió habían terminado por conformar a todos. Eran victorias tan inesperadas que se magnificaba en la percepción y nadie parecía tomar conciencia de las limitaciones que tenían.

Movido en parte por la inercia de mi combate antidelirante y antinarcisista me negué a pedir la palabra casi hasta que la asamblea estuvo a punto de levantarse, y ni siquiera lo hubiera hecho entonces si no hubiera estado convencido de que la gente

estaba yendo al degolladero con la alegría de quien festeja una paz recién firmada. Porque el hecho es que no se había firmado nada, la empresa no se había comprometido absolutamente a nada en cuanto a su política general, y solo habían aceptado considerar que la última sanción a Fernández era debatible, ni siquiera errónea. Decían que la levantaban simplemente para “evitar mayores daños al personal”. Daban marcha atrás, pero lo hacían invocando una suerte de conmiseración que les impedía por ahora provocar mayores daños a todo el mundo con despidos masivos o algo similar.

Sentí que terminar el conflicto en esas condiciones era un suicidio, y en el mejor de los casos era darle un tiempo precioso a la patronal para que organizara nuevas divisiones, como las que ya había creado con sus promociones epilépticas y sus aumentos discriminados. Cuando Andrés dijo que “si nadie más se anota para hablar vamos a levantar la asamblea”, alcé la mano. Estaba tan concentrado en despejar el miedo que no alcancé a percibir ninguna reacción a mi pedido de palabra.

Comencé diciendo que estaba de acuerdo con todos en que se había conseguido algo, abundé en elogios a la actitud de todos por haber logrado frenar los propósitos de la empresa, y destacué extensamente lo difícil que había sido dar una respuesta después de las divisiones que la patronal había intentado establecer entre la gente. Pero después insistí en que los propósitos de la empresa de deshacerse de sus “indeseables” seguían en pie, y que estos no tenían nada que ver con motivos de producción, pues todo el mundo comentaba que la empresa estaba más bien con proyectos de ampliación y no de reducción de su actividad. El motivo real era imponer un tipo de conducción empresaria lo más verticalizado, disciplinado y autoritario posible, aun a costa de una caída brutal de la eficiencia debido a la persecución contra gente de mucho oficio, a la promoción de gente sin experiencia de la que solo se buscaba obediencia, o a los costos de indemnización y reemplazo. Si no lográbamos parar en seco esa política y postergábamos una respuesta, solo estaríamos alentando a la empresa a seguir por ese camino, a golpearlos más fuerte después y a destruir la empresa tarde o temprano. La única forma que yo veía de resolver el problema era tomar la iniciativa, declararnos disconformes con la mera solución del tema de Fernández y exigir la formación de una comisión obrero-patronal para analizar todos los castigos aplicados en el último año para ver si eran efectivamente eso, como pensaba casi todo el mundo, o meros accidentes en la jerarquización del personal, como sostenía la empresa.

Rubén Argüello, el otro secretario promovido a director de colección, contestó que era para él muy extraño oír eso de los “castigos”, porque si los había habido no habría que haberlos dejado pasar porque eso era una barbaridad, más en una empresa progresista, como era Turba. Seguramente en otra época habría querido partírle la cabeza y sin embargo me habría callado: una negación tan descarada de los castigos era una invitación a los simpatizantes de la patronal a salir a cuestionar toda disconformidad y a esa previsible jauría se sumarían las dificultades enormes que le

plantea al orgullo de uno pedir que lo defienda un grupo que está por su propio terror obligado a pensar que no hay en uno nada que defender ni ningún derecho menoscabado.

Pero había pasado ya por tantas en los últimos meses que me bastó dirigir en mi cabeza contra mí el hierro al rojo con el que había cambiado la vida de Romina para adoptar una actitud diferente. Le pregunté si él creía que mi calificación profesional no daba como para traducir el material que publicaba la empresa y si el único aprovechamiento que se podía hacer de mí era mantenerme durante meses sin ningún tipo de trabajo y luego ponerme a confeccionar listados de clientes. Por supuesto la respuesta de Argüello fue que las asambleas no se hacían para “discutir casos personales” y que él no estaba en condiciones de evaluar cuál podría ser mi aprovechamiento profesional. Entonces, entre los gritos no identificados para que no dialogáramos, le dije que era natural que él no pudiera tomar partido en una situación así, pero que no se preocupara, si a él lo pasaran un día de secretario de redacción a cadete mucha gente que estaba más curtida que él en las cosas de la moral diría que es un castigo aberrante y yo también lo haría, aunque él mismo no estuviera muy al tanto de esas cuestiones de la ética profesional o sindical, y por eso tal vez no lo considerara como una sanción sino como una contribución suya a la eficiencia. “Yo mismo juntaría el coraje para decir públicamente que es un castigo aberrante, no por simpatía hacia vos, porque no me haría falta eso para darme cuenta de que si hoy te lo hacen a vos mañana se lo pueden hacer a cualquiera, a alguien que yo valore o estime más que a vos, o a mí mismo”, le dije.

Pero Argüello se sentía incommoviblemente ganador y no se rebajó a contestar esos ataques. Me respondió con un juego de palabras: “Yo no necesitaría juntar el coraje porque ya lo tengo”. Obviamente contesté: “No se nota, la verdad que lo disimulás como un maestro”, y hubiera dado todo el oro del mundo para que siguiera el intercambio hasta terminar a las trompadas. Pero estaba dicho que Turba no daba como para eso. Los gritos de *no dialoguen* arreciaron hasta interrumpir efectivamente el “diálogo” y Silvina, una chica de Administración que siempre quería quemar la empresa salvo cuando estábamos en condiciones de hacerlo, propuso que levantáramos la asamblea para “tranquilizar los ánimos”. Pero entonces ocurrió lo increíble. Diana pidió la palabra y habló no más de dos minutos, pero bastaron para cambiar el curso de todo. Dijo que si queríamos hacernos los tontos podíamos hacerlo, y tal vez era lo mejor en estas circunstancias, para que la empresa pudiera deshacerse de quienes ella consideraba indeseables sin mayores conflictos. Pero que en ese caso ella prefería que se lo dijeran así. “La última muestra de compañerismo que yo quisiera llevarme en caso de verme yo también en la situación de muchos compañeros castigados que la empresa quiere despedir sería que los demás me dijeran que reconocen la injusticia que se comete conmigo pero que no están en condiciones de defenderme, yo creo que ese reconocimiento me bastaría para cerrar diez años de trabajo en este lugar”, dijo. Después se declaró sorprendida de que en las

charlas de pasillo todo el mundo hablara de los “castigados” y que el tema nunca se pudiera tratar en una asamblea. “En realidad lo primero que yo quería decir era que la propuesta de Silvina me parece excelente. Habría que levantar la asamblea, pero no solo esta, sino todas las asambleas porque si es para hablar de boludeces y hacer como los avestruces frente al problema principal, la verdad que no vale la pena hacerlas; quienes saben que están en la cuerda floja podrían aprovechar ese tiempo mucho mejor leyendo los clasificados de los diarios para buscarse otro laburo”, explicó pedagógicamente.

Siguió un silencio de ultratumba. Yo no tenía ganas de hablar. Si Diana se declaraba conforme con que le llegara ese reconocimiento justiciero que pedía, yo ya me sentía satisfecho con su propia intervención. Era más de lo que esperaba de esa gente. Pero también era más de lo que podía soportar la conciencia de muchos de ellos. Lenta y tímidamente algunos oradores empezaron a intervenir en una línea absolutamente inaudita para el personal de Turba. “Tenemos que reconocer que el problema se nos ha ido de las manos”, dijo Marcos, el diagramador, como si la empresa hubiese estado bajo su control hasta poco tiempo atrás. “Muchos pensamos que ciertas actitudes recientes de la empresa eran puramente transitorias y se justificarían tarde o temprano con las propias conexiones que oportunamente la propia dirección introduciría, pero estamos viendo que más bien ocurre lo contrario y se insiste en un camino que no se corresponde ni con la historia de Turba ni con la de nosotros como trabajadores que compartimos ciertos ideales”, continuó. Y luego, a contramano de toda su trayectoria como discurridor metafísico en Turba, Marcos propuso que se formara una comisión para analizar las últimas promociones y marginaciones. Era mi misma propuesta, pero en boca de alguien tan afín a la empresa como Marcos tenía un sabor mucho más apetecible para la gente, y hasta para mí mismo, y se tardó mucho en recordar que la idea ya había sido sugerida media hora antes.

Me vino bien. Yo aproveché el olvido general para apoyar la propuesta de Marcos y añadirle solo una convocatoria a otra asamblea para una semana después, con el fin de analizar la respuesta patronal. Era una forma de ponerle un plazo a la empresa sin llamarlo abiertamente así. Fernández decidió finalmente salir del segundo plano en que lo había ubicado paradójicamente el hecho de ser el mayor castigado, y habló para apoyar ambas mociones.

Con todas las marchas y contramarchas usuales, la propuesta “unificada”, como la llamó Andrés, fue aprobada por unanimidad, y se resolvió posponer hasta la respuesta de la patronal la elección de la comisión sobre castigos y promociones. Ahí mismo se levantó la asamblea en medio de un nerviosismo y una expectativa que ningún rostro lograba ocultar. Cuando volví a mi puesto de trabajo estaba atacado por una euforia tan inmensa que casi sin darme cuenta me encontré delirando una vez más. No sería por mucho tiempo. Apenas dos días después hubo algo que me arrancó del otro mundo para siempre.

CAPÍTULO 14

La misma noche de la inusualísima asamblea en Turba tuve un sueño que tenía tan poco que ver con todo lo que me estaba pasando que no dudé en vincularlo, a poco de despertarme, no a mi propia situación psíquica, sino a la realidad exterior. Estábamos con Romina haciendo turismo pero en nuestra propia ciudad. Íbamos a un hotel bastante confortable, que sin embargo tenía en parte la estructura de un edificio de departamentos. Yo tenía que bajar a comprar algo. Tenía dificultades para conseguirlo y me demoraba mucho, algo más de una hora. Cuando retornaba oía a través de una de las puertas de los otros departamentos o habitaciones a una mujer gimiendo de placer con una intensidad, una modulación de voz y una insistencia que hacía pensar en una hembra instalada en el más inconcebible de los paraísos. Inmediatamente me asaltaba una envidia aguda y dolorosa, porque mi hembra era frígida y yo nunca iba a poder hacerla sonar con esa fuerza melodiosa, tántrica y voluptuosa. Pero inmediatamente después de pensar eso sufría un puntazo agudo en el alma: algo en la voz de esa mujer evocaba de un modo siniestro e inquietante a Romina. Entraba en una confusión espantosa. Si era Romina no podía gozar de esa manera, si gozaba así no podía ser que fuera sin mí, si era sin mí era insoportable que lo hubiera hecho en una escapada mientras yo hacía compras para nosotros. Pero sobre todo lo espantoso era que yo jamás me hubiera enterado que podía gozar así, ni siquiera me lo había imaginado. Empezaba a correr hacia nuestra habitación. Me costaba horrores llegar, pero lo lograba. Cuando estaba por abrirla sentía a través de la puerta un silencio profundo que solo podía delatar su ausencia. Dudaba entre abrir nuestra puerta o volver corriendo a abrir la otra antes de que esa pareja terminara de coger. Me desperté transpirando, angustiadísimo porque tenía la certeza horrible, aniquiladora y ya improbable de que a la que había oído a través de la otra puerta era a mi mujer, mi Romina, gozando como descosida con otro. Me sentía una basura, un impotente, un estúpido, un perfecto inútil.

Cuando logré retornar de ese mundo pesadillesco a eso de las tres de la mañana y oí la respiración pausada de Romina junto a mí, me tranquilicé enormemente, y me dije que sin lugar a dudas el sueño no tenía nada que ver con la realidad sino con mis propios temores, con mi miedo de perderla ahora que parecía que Turba podía dejar de ser un cementerio profesional para convertirse nuevamente en un ámbito de trabajo para mí. Me dije que tal vez el sueño era una mera señal de alarma de mi inconsciente, que había registrado que yo estaba logrando rearmar mi estructura laboral desde mi retorno del Borda pero sin haberme atrevido siquiera a plantear el tema de la “actividad” de Romina. Mi cerebro había detectado un gran agujero en el círculo de mis preocupaciones y actividades, un descuido alarmante, y me lo hacía saber en el sueño. Estaba a punto de dormirme tranquilamente de nuevo cuando una idea punzante y seca como un axioma matemático se me clavó en la mente: si Romina había desplegado en torno de mí una ternura que jamás le había visto y hasta

de la cual la creía completamente incapaz, si se había mostrado infinitamente solícita y hasta inesperadamente enamorada, ¿de dónde diablos había sacado mi cerebro elementos para lanzar su señal de alarma? ¿Acaso no había desatendido yo toda la cuestión de la “actividad” de Romina porque ella parecía tan feliz y adaptada a todo que yo temía trastocar un equilibrio valioso con alguna pregunta o insinuación inoportuna? ¿No transmitía además todo el sueño como un sentimiento de realidad irrefutable, de certidumbre fáctica, de comprobación disponible para todo aquel que se atreviera a abrir ciertas puertas? ¿No podía ser que yo me hubiera atrevido a soñar la verdad recién ahora que mi mundo parecía comenzar a reconstruirse en torno de Turba? ¿No podía ser que Romina misma hubiera estado soñando junto a mí lo que para ella ya era una realidad cotidiana, el verdadero placer sexual que toda su vida le había estado negado?

Entré en un estado de angustia y excitación insoportables y sentí simultáneamente que empezaba a entender un poco de lo que me había estado pasando en todo ese tiempo tan extraño de ideas imposibles y arrobamientos místicos. Era un sentimiento extraño de exterioridad similar al que vivía de chico cuando mis familiares se transformaban delante de mí en monstruos, con la diferencia de que de algún modo el que se había convertido esta vez en monstruo era yo, que había dejado pasar ante mis narices la realidad durante largo tiempo y me había refugiado en un mundo inexistente para comprobar luego que el mundo real había seguido el curso predecible, normal y racional, sin inmutarse por mi partida.

Pero además había algo mucho más extraño aún. Yo, que había delirado durante larguísimas semanas sobre todo tipo de percepción extrasensorial, había creído estar en comunicación permanente con los más distintos rincones del mundo y había tenido todo tipo de experiencias que creía telepáticas, no había captado jamás información que tuviera importancia alguna ni para mí ni para los demás. Mis experiencias “telepáticas” se habían limitado a intuiciones sobre pensamientos o actitudes de gente que no era en absoluto decisiva para mí y versaban sobre cosas que nunca podría haber sometido a la prueba de la realidad. Fuera de eso solo quedaba esa manía que había tenido de soñar antes de despertar una o más noticias que aparecían en la tapa del diario que el portero estaría depositando a esa misma hora junto a mi puerta. Esos hechos también resultaban imposibles de comprobar, porque las alusiones a las noticias eran suficientemente metafóricas o imprecisas para que se pudiera poner en duda que hubiera sido captada verdaderamente una información: un terremoto se transformaba en mi sueño en una masacre, el número de muertes no coincidía, la renuncia de un ministro era en realidad la de un presidente, una caída estrepitosa en la bolsa se convertía en un inexplicable desbande de una estantería de platos, y así sucesivamente.

Ahora yo no había soñado una metáfora, sino algo muy concreto y comprobable, que además no requería de una teoría delirante para explicar que se hubiera colado en mis sueños, porque no era necesario tener una gran misión universal que cumplir para

estar interesado en lo que pasaba con la mujer de uno y esforzarse en percibirlo por todos los medios. Era una paradoja que la verdad de lo que había estado ocurriendo durante mi ausencia del mundo real decidiera anunciarse finalmente por un medio propio del mundo de la locura como la telepatía, ahora que yo empezaba a instalarme una vez más en la realidad. Más que una paradoja parecía una burla. Por eso mismo resultaba tanto más creíble.

Me levanté desesperado y empecé a revisar la cartera de Romina. Encontré una agenda. Tenía citas marcadas de tarde y de noche. Toda anotación de cita llevaba siempre —en general al comienzo— una letra P, H o D, que interpreté como Periscopio, Hotel o Departamento, por los departamentos o los bulines de sus clientes. Había muy pocas marcadas con una P, pero la del día siguiente al de mi sueño sí lo estaba. El día anterior, donde debía ubicarse el estímulo telepático inmediato para mi sueño, si es que tal cosa existía, estaba marcado con una doble H, un caso único en toda la agenda. El lugar de esa cita debía haber tenido entonces algo especial.

No pude dormir en toda la noche más que las tres horas que habían desembocado en ese sueño terrible. Pero tampoco parecía necesitar dormir más. Estaba tremendamente angustiado y solo quería que pasara el tiempo a una velocidad gigantesca, para estar ya metido en el desván del Periscopio, espionando para poder ver qué ocurría a las cinco de la tarde entre Romina y su cliente. Durante toda la madrugada me dediqué a limpiar la casa y a ordenar todo de la manera más minuciosa, para que Romina no sintiera necesidad de abrir el desván para buscar los elementos de limpieza.

A la mañana le dije a Romina que tenía que ir al dentista y así lo hice. Era una vieja cita para una emplomadura que venía posponiendo desde hacía meses con un dentista con el que charlábamos mucho de política, y que me atendía sin turno bastante rápido. Le pedí que me hiciera un certificado de que me había atendido de urgencia a las cinco de la tarde, por una inflamación. Pareció mostrarse hasta alegre de poder hacerme ese favor. Volví al Periscopio y cuando bajé al medio día a comprar pan llamé por teléfono a Turba y dije que se me había inflamado una muela e iba a tener que ir de urgencia al dentista, que empezaba a atender a las dos de la tarde. Que si me atendía temprano iba a trabajar. Si no, no. Luego llamé a una librería alemana que sabía que cerraba a las seis de la tarde y pregunté por varios libros que Romina sabía que yo amaba con especial intensidad. Tenían uno de ellos: *Das Glasperlenspiel, El juego de abalorios*.

De vuelta en el Periscopio le dije a Romina que había descubierto una librería alemana que tenía un ejemplar de *El juego de abalorios* en versión original, algo que ella sabía que yo buscaba hacía mucho tiempo. Le pedí que me lo fuera a comprar porque lo quería ver esa misma noche y si no tal vez lo vendieran. Romina seguía con la actitud tierna y solícita que había adoptado desde mi retorno del Borda, y parecía contenta de poder hacer esa compra por mí. Cuando terminé de comer partí como si

me fuera al trabajo. Rogué que Romina saliera lo más tarde posible y me ubiqué en una esquina de enfrente desde donde podía dominar la entrada de mi edificio sin caer de inmediato en el campo visual de quien salía de él.

Mi intuición no fue errónea. Romina salió recién a las cuatro de la tarde, seguramente después de haber hecho una siesta y haber arreglado todo en el departamento para recibir a su cliente. La vi tomar un taxi, me escondí, esperé cinco minutos y subí. Todo estaba en un orden mucho más impecable aún que el que yo había impuesto durante la madrugada. Llamé desde ahí a Turba, dije que estaba en el dentista y que todavía no me había atendido, que no iba a trabajar. Entré un banquito en el desván, me llevé un libro y me puse a tratar de leer ahí, con la puerta abierta. Al cabo de unos diez minutos había logrado entrar en tema, mi respiración se había normalizado y yo estaba relativamente bien resignado a pasar uno de los peores momentos de mi vida. A las cinco menos cuarto cerré la puerta del desván y apagué la luz. Cinco minutos después oí el ascensor. Romina abrió la puerta y entró con una bolsa en la mano. Yo empecé a concentrarme en la idea de un futuro solitario, en el Periscopio, intentando escribir alguna poesía o escuchando Mozart hasta hartarme. Quería pensar en cualquier cosa que no fuera el hecho escandaloso de que la estaba espionando desde el desván, porque sentía que un pensamiento así terminaría por abrirse paso desde mi cabeza a la suya y ella se sentiría misteriosamente movida a abrir la puerta que me escondía. Pensé diez mil cosas intensas, felices y tristes. Y a una hora que juzgué las cinco y diez oí sonar el portero eléctrico.

Romina dijo “ya bajo”. Unos minutos después ella y su cliente entraban en el Periscopio. De todo lo que pasó hasta que se acostaron solo guardo una memoria borrosa, exceptuando el primer puntazo que debería haberme preparado para lo que me iba a tocar presenciar: Romina ya se dejaba besar. No era algo verdaderamente inesperado. Las putas caras lo hacen. Nadie paga cientos de dólares para que le anden poniendo demasiadas restricciones. Y ni siquiera se trató de un beso apasionado. Apenas una contraseña entre los cuerpos cuando estuvieron desnudos junto a la cama. Pero a partir de que se metieron entre las sábanas las cosas adquirieron un ritmo infernal, delirante, majestuoso, absolutamente inesperado. Romina suspiraba desde el comienzo como un gata, como una leona, como un pájaro herido por la flecha del placer y del deseo. Era un coro de una sola voz orquestando una polifonía de todas las satisfacciones concebibles. Era la imagen misma de la felicidad, una imagen que solo había tenido bajo esa forma sublime entre mis brazos algunas veces bien precisas, tan pocas que surgieron como fogonazos de recuerdos relativamente nítidos en medio de ese desván infernal: una hermosa folclorista con la que había salido durante unas semanas y una profesora de canto definitivamente fea con la que me había acostado durante unos meses. Era la misma sensibilidad hipertrofiada, deliciosa, bendecida por el toque mágico de una disposición inocultablemente artística, modulada para estallar en un orgasmo justo en el punto preciso en que podía convertirse en empalagosa de tan feliz, tan bella, tan plena. Era el mismo festival de femineidad, la misma

intensidad hembruna penetrando por el oído y los sentidos como un mar agudo y devastador. Pero aquellas eran mujeres que vivían de la música, que sentían y pulían el sexo como sentían y pulían su canto. En cambio Romina había nacido al arte en ese marco supremo de la vida que era el sexo. Había en todo el despliegue tumultuoso de su arte la riqueza abrumadora de una profesional, la seguridad hipnótica con que el experto deslumbra al profano y lo conmueve más allá de su voluntad. Era ahora una artista consumada del orgasmo. Y era la misma Romina que desplegaba conmigo cada noche una frigidez obstinada y presuntuosa, por alguna razón insondable que me derribaba el alma.

Solo cuando la herida de su canto orgiástico cedió una pizca a la costumbre pude tomar conciencia de que no había solo ante mí un festival sonoro: Romina, la misma esfinge que se empecinaba en una rigidez hierática a la hora de nuestros desencuentros corporales, estaba desarrollando ante mis ojos una verdadera danza del coito. Sus brazos se arqueaban en los sentidos más improbables, su cuerpo todo ondulaba como el de una serpiente encantada, sus pies se aferraban al cuerpo que esa tarde le tocaba hacer feliz con sus pases mágicos.

Nunca en mi vida había sentido esas descomposturas que la gente vincula con la visión de ciertas cosas impresionantes, como la sangre brotando en cantidades o un cuerpo abriéndose por los tajos de un cuchillo. Pero ese día tuve la certeza de estar experimentando exactamente esos famosos descensos de la presión sanguínea, esos conocidos mareos incontrolables, esos nublamientos masivos de la visión siempre a punto de resolverse en un vómito gigantesco o en la pérdida de la conciencia. La imposibilidad de moverme o de gritar convertía lo que intuía era una tortura no del todo inusual en un pesadilla exclusiva, única, inconcebible. Respiraba jadeando para tratar de controlar la aceleración del corazón y del cerebro, hasta que se me ocurrió que podía estar imitando estúpidamente en clave muda los jadeos insoportablemente gozosos de Romina en esos brazos hijos de mil putas. Entonces me jugué todo a un silencio absoluto, con la esperanza de que la presión irrefrenable de los innumerables caballos desbocados por mis venas terminara haciendo estallar alguna arteria providencial en mi cabeza y el mundo se apagara en la única paz que podía concebir en ese momento, la de un interminable cementerio.

No morí yo, pero algo en mí logré matar con esa actitud prolongada desesperadamente durante infinitos minutos. Porque cuando finalmente el orgasmo de Romina llegó como una gritería infernal de una vagina apuñalada yo estaba tan atolondrado por una suerte de muerte interior que pude descargar una pena resignada en un llanto imaginario que recorrió todas las puntas de mi cerebro, como una lágrima callada sobre el rostro de un condenado. Ya no sentí necesidad de gritar, ni de moverme, ni de estallar, sino tan solo de seguir así, llorando por mis venas en lágrimas de sangre, sintiendo que el cuerpo se me disolvía en una sola tristeza con oscura promesa de final.

Cuando Romina bajó a abrirle al tipo, me quedé inmovilizado un rato. Luego

sentí que me asaltaba una vergüenza insoportable, que la piel de la cara me ardía como un hierro al rojo, que había vivido durante meses en una fantasía suicida y que por primera vez en la vida comprendía qué era delirar: era huir hacia una realidad ilusoria mientras la realidad verdadera se lo cogía a uno y a la mujer de uno como solo los seres de carne y hueso pueden hacerlo. Sentí un odio infinito hacia todo lo que tuviera que ver con lo extrasensorial, lo extraordinario, lo fantástico, y un desprecio profundo hacia toda utopía radical, hacia todo sueño demasiado feliz que pretendiera crear o ver paraísos en la Tierra. Tuve una sed insaciable de realidad y verdad, aunque fueran las de mi propia ejecución, y no era algo muy diferente de esto último lo que estaba preparado a recibir cuando abrí la puerta del desván y me puse a esperar sentado en un sillón que Romina subiera de nuevo al departamento.

Cuando entró y me vio ahí se asombró más que asustarse, y eso me sorprendió a mí. La Romina que yo había conocido era tímida y asustadiza, pero indudablemente no tenía ya mucho que ver con la que persona que yo acababa de ver y oír dominando las artes más sublimes del sexo.

—¿Oia, cómo estás acá? ¿Por dónde entraste?

—Estuve todo el tiempo metido en el desván.

—...

—Tuve anoche un sueño que me hizo pensar que vos podrías ser con los demás una mujer absolutamente diferente de la que yo conozco. Que muy probablemente ya lograbas gozar de verdad y orgasmar como cualquiera o mejor aún. Y no hubiera podido vivir sin tratar de ver si eso era cierto o no. Ahora sé que soñé la verdad.

—¿No tendrías que estar en el trabajo?

—Dije que tenía que ir al dentista, y tengo un certificado de que de verdad fui, aunque eso fue a otra hora. De todos modos creo que eso no es lo más importante del caso.

—No, ya sé. Pero me extrañó tanto verte acá a esta hora...

—¿Hace mucho que la pasás tan bien con tus clientes?

Dio vuelta la cara hacia un ventanal, y se instaló en un gesto extraño, como si estuviera en parte compungida y en parte incapacitada de revelar secretos insondables.

—Bueno, debo suponer que sí. Que la pasaste muy bien desde el comienzo. Y que como intuías que podía pasar eso me pediste que no estuviera más presente. Pero me lo podrías haber contado. El acuerdo era que me ibas a contar todo, y dejaste afuera lo único importante.

Finalmente me miró con cara de experta y me dijo:

—¿A vos te parece que te podía contar algo así?

—El problema no es contarlo o no, sino vivirlo. Vivirlo vos y vivirlo yo, percibir que algo así debe estar pasando y no poder saberlo.

—Te aseguro que la peor parte me tocó a mí.

—¿Cómo podés estar tan segura?

—¿Por qué te creés que muchas veces me encontrabas llorando? Y muchas más fueron las veces que no me encontraste. Creo que nunca lloré en mi vida tanto como en estos meses.

—Pensé que era porque te había obligado a esto. Y porque te sentías culpable ante tu Iglesia. Porque en general llorabas y rezabas.

—¿Vos te creés que yo sigo creyendo en Dios?

—Nunca me dijiste que no creyeras más.

—A Dios le pedí que me hiciera orgasmar y no me lo concedió. Después dejó que me hiciera puta para conseguirlo y ni siquiera me lo concedió entonces, porque no pude orgasmar con vos. Después de eso pensé que ya le había dado bastantes oportunidades de demostrar que existía. Me habrás visto rezar una última vez, cuando logré orgasmar y le pedí que me dejara vivir eso con vos. Pero después no lo hice nunca más. Dejé de creer por eso, y porque vos querías que dejara de creer. Me habías dicho que me ayudaría a vivir el sexo. Y yo creo que sí, que dejar de creer en Dios me ayudó, me terminó ayudando muchísimo. Pero no con vos.

—¿Pero no llorabas porque habías perdido tu virtud, como me dijiste una vez?

—No, para nada. A eso me acostumbré en unas semanas. Pero nunca me pude acostumbrar al hecho de que con vos no podía calentarme y con los otros sí, con los tipos que no conocía ni me interesaban, con los que estaba segura que nunca iba a querer tener como pareja.

—¿Te diste cuenta desde el comienzo de que podrías acabar con ellos?

—Me pareció que podía pasar. Porque cuando estabas vos no me podía soltar. Pero aun así me calentaba mucho, pero trataba de ocultarlo para no herirte.

—¿Y conmigo qué te pasa? ¿Qué sentís?

—Es algo muy raro. Cuanto mejor cojo con los demás más te quiero a vos, más cosas siento que te debo, más te respeto. Pero más difícil se me hace calentarme pensando en vos, y si te tengo cerca mucho menos. Me enfrío en seguida. A veces me pasa incluso de sentir una calentura enorme, mucho mayor que con los otros, de solo pensar en vos, si estuvimos sin vernos por cualquier motivo. Pero no bien te encuentro se me va. Es como si estuviera con un pastor de la Iglesia o con mi padre, o con un profesor de la Universidad. Siento que me enseñaste la mayor parte de las cosas que sé de la vida y además los juegos, y los deportes, y a leer, porque yo no leía nada antes de conocerte. Pero es como si la calentura se hubiera desarrollado por otro lado, con otra parte de mi personalidad que desaparece cuando te veo a vos. Yo sé que vos no sabés bien cuánto yo te admiro y respeto, y creés que no me caliento con vos, por lo contrario de lo que me pasa en verdad. No es porque no te admire sino al revés. Es como si te tuviera miedo. Si además de admirarte me calentara con vos siento que estaría frita, que no me quedaría ninguna parte mía, ninguna personalidad, ninguna fuerza. Sería tu títere.

—A vos te puede parecer que eso me halaga. Pero más bien me repugna. Sos tremendamente cobarde. No te querés arriesgar a caer en mi poder con el corazón y

terminás cayendo con tu cuerpo, tu vagina, o como decías vos, con tu virtud. Preferís ser mi puta a ser mi hembra caliente. ¿Qué te puedo hacer peor que prostituirte?

—No sé. Es difícil de explicar. La prostitución tal como se dio siento que no me anuló tanto como lo hubiera hecho entregarme a vos totalmente. Es decir, lo quería hacer. Pero también me da miedo.

—¿Miedo de qué?

—No sé. Miedo de que te aproveches, supongo.

—¿Qué me faltaría hacer para “aprovecharme”?

—No sé. Yo no lo veo muy claro. Pero es eso.

Mucho de esas confesiones de Romina me pareció sincero e iluminador. Pero había algo en todo ese discurso que no encajaba para nada ni con lo que yo acababa de ver ni con muchas cosas que yo había sentido en mis días de locura, cuando notaba que se distanciaba hasta el desprecio, se volvía agresiva o me hacía creer con su actitud que podía simpatizar con un dueño de vidas y haciendas de sus súbditos como David Koresh. Pero sobre todo había algo en lo que me decía sobre mí que no encajaba con su vieja admiración por las luces del poder, ese deslumbramiento que la había llevado a intentar seguir la carrera de administradora y que yo no sentía para nada muerto en ella. Las incongruencias eran tanto más notorias si uno creía lo que ella decía de que no me guardaba rencor por su prostitución. Y eso había que terminar creyéndolo, porque Romina parecía mucho más divertida que avergonzada por el hecho de haberse hecho puta. Se diría que se había hecho modelo, actriz de cine o campeona de tenis. Al darme cuenta de eso entendí por primera vez qué me evocaban toda una serie de gestos nuevos y extraños que le había visto desde la primera vez que se levantó aquel rubio en el bar de Libertador. Pensé alguna manera de unir esa casi defensa que por primera vez ella hacía de su prostitución con los distanciamientos que tanto habían influido en mi derrape mental. Le dije:

—Yo creo que no solo es miedo a mi poder, a mi capacidad de “aprovecharme”. Sino sobre todo miedo a tu propio fracaso. Creo que te sentís cómoda “saliendo” — para llamarlo de alguna manera— con tipos con los que no podés fracasar como mujer, porque son de por sí relaciones ficticias, ni podés destruir tan fácilmente la imagen que tenés de ellos en tu interior, como fuiste destruyendo la mía, que al comienzo te excitó y en seguida te fue dejando fría. Porque son tipos que en general prácticamente no conocés, no podés llegar a conquistar de verdad, y podés rellenar de los contenidos fantásticos que se te antojan. Son todos como “pretendientes”, como “admiradores”, casi como empleados que te hacen sentir bien e importante, y tal vez fue eso lo que yo no te pude llegar a dar, como ningún hombre solo lo hubiera podido hacer. Vos querés ser una reina, una gran actriz, una ídola, y solo pudiste arrancar sexualmente cuando la realidad te permitió fantasear que lo habías logrado, que tenías decenas de pretendientes. Por eso fantaseabas que cogías con gente que no conocías, como una estrella del espectáculo que es admirada por mucha gente anónima. Te quedaste prendida a esa fantasía y, cuando me conociste a mí, la única manera que

encontraste de elevarme al nivel de tu fantasía fue convertirme en ese personaje tan respetado del que hablás, y conquistarlo como una niña, poniendo voz de nena, llamándome papi y acercándote infantilmente todo el tiempo. Pero no resultó: con eso solo lograste desarrollar cariño, y tu deseo quedó fijado a la fantasía que yo terminé satisfaciendo convirtiéndote en una puta.

Había hecho mi perorata más por desesperación que por otra cosa. Pero Romina se quedó sorprendentemente pensativa y callada. Traté de seguir tanteando el terreno:

—Llegaste al orgasmo de a poco o de golpe.

—De a poco, pero bastante rápido, una vez que empecé a trabajar sola.

—¿Cuándo empezaste a dejarte besar?

—Fue lo mismo. Prácticamente igual. De a poco pero bastante rápido. Al comienzo no dejaba que me besaran todos.

—¿Solo los que más te gustaban?

—No, creo que no tenía nada que ver con eso. Me dejaba besar por los que menos me calentaban. Si me calentaba mucho sentía como que no hacían falta los besos. Ni para ellos, ni para mí.

—Y besarlos te ayudaba a calentarte.

—Sí, a veces, sí.

—Es decir, fuiste avanzando un poco con cada uno sin sentir que le debías mucho a ninguno.

—Bueno, pero no quería deberle mucho a uno porque no quería enamorarme, porque yo te quiero a vos.

—Creo que tu verdadero enamoramiento es con todos ellos juntos. Ellos te mueven la fantasía y te hacen sentir una diosa. Con uno solo no te enamorarías, porque no te bastaría. Lo convertirías en un tonto, como en cierto sentido lo lograste hacer conmigo en estos meses. De cafishio que había empezado a ser me convertiste en cornudo. Las putas se calientan solo con su cafishio. Con el único que vos no te calentás es conmigo. Porque a mí sabés que me tenés. Yo no estoy con vos ni por un garche ocasional pago ni por tu dinero, aunque pueda llegar a vivir de vos —le dije mintiendo para salvar siempre la impresión de que podía llegar a explotarla de veras, si eso la excitaba—, y eso no te gusta. Te gusta la difícil y retorcida a vos. Creí que con la prostitución te iba a bastar. Pero no resultó. Aunque por lo menos aprendiste a coger con otros.

—Vos hablás como si esas cosas que decís a mí me gustaran. Puede ser que me pase algo así. Yo no te lo niego. Pero vos te olvidás de que yo hago todo lo posible para no ser así. Lo que pasa es que con vos no puedo, porque te tengo miedo. Vos no lo entendés porque vos no te das cuenta de lo importante que sos para mí.

—Ya lograste convertirme en un cornudo real, un cornudo del afecto, no de la vagina. ¿Qué más te parece que tenés que lograr para perderme el miedo?

Y ahí lo más inesperado. Romina se largó a llorar a moco tendido y a gritar en medio de los sollozos:

—Yo no te convertí en un cornudo, tarado. Al contrario, sufro por no poder darte a vos lo que les doy por dinero a los demás, tarado.

—Entonces probemos la última que nos falta, Romina —le dije haciendo un esfuerzo enorme para no consolarla y no desviarnos del tema—. Tomá vos el hierro al rojo en tus manos. Mandá vos. Tal vez lleguemos a alguna parte. Para mí no creo que pueda haber una situación peor que en la que estoy ahora.

—¿Qué es eso del hierro al rojo, papi? —me dijo secándose los mocos.

—Buena parte del miedo te debe venir de ese hierro con el que te amenacé.

—Sí, pero ese hierro me hizo también mucho bien. Yo ya me acostumbré a recordarlo cada vez que tengo que hacer algo que me cuesta mucho, que es muy difícil o me da miedo. Me acuerdo del hierro, de tu cara y me imagino que vos estás empujándome a hacerlo. Y me sale bien.

—Nunca te pregunté cómo hiciste para arreglártelas tan bien con tu primer cliente.

—Y bueno, si te lo acabo de decir. Pensaba todo el tiempo en vos y en el hierro.

—Cuando te pregunté aquel día vos me dijiste que pensabas en el dinero que podíamos ganar y en hacerme feliz.

—Pensaba solo en el hierro. Pero no te lo quería decir.

—¿Por qué?

—Me daba vergüenza... Y tenía miedo de que vos te aprovecharas de eso.

—¿Cómo?

—Y... no sé. Que me hicieras hacer otras cosas. Que te volvieras todavía más fuerte.

—¿No trataste alguna vez de recordar ese hierro para ponerte caliente conmigo?

—Sí, pero no resultó. Tu hierro y la cara que tenías aquel día me calientan si me imagino que me obligan a acostarme con otro, no con vos.

—Vos habías intentado alguna vez llegar conmigo al orgasmo imaginándote que Jesús te lo ordenaba. ¿No usaste la misma imagen con los clientes?

—No, para nada... Si prácticamente dejé de creer en Dios al día siguiente de que tuve el primer cliente. Pensé que Dios no tenía que existir, si había permitido que yo hiciera eso.

—¿Practicaste sadismo o masoquismo con tus clientes?

—Sí, casi todos te piden esas cosas, cuando se vuelven habitués. Pero solo sadismo. De masoquismo no aceptaba nada, decía que yo eso no lo podía hacer y la cortaba en seguida. No me inspiraba eso, pero además tenía miedo, porque no estando vos no sabía hasta dónde podían llegar los tipos con la violencia.

—¿Qué llegaste a hacer?

—Un poco de todo. Hubo tipos a los que los dejé muy mal, y se fueron contentos, con heridas de cinturón en la espalda.

—¿Te calentaba más que el coito normal eso?

—Algunas veces sí, otras no. A veces sí porque me ponía como loca y hacía mis

propios programas. A varios los hice tragarse mi pis a cachetazos. A algunos les pegaba con mis zapatos en la cara, o les refregaba las medias más sucias que tuviera mientras cogíamos. Se volvían locos.

—¿No se te ocurrió nunca hacer algo así conmigo?

—No, para nada. Con vos no resultaría porque vos sos más fuerte que yo.

—Ellos también eran más fuertes que vos.

—Pero es distinto. Ellos pagan para tener eso.

—¿No creés que vos obtendrías placer de hacerlo por tu propio gusto con alguien?

—No puedo saberlo, así, sin haber probado. Pero me parece que no.

—¿Nunca fantaseaste situaciones en las que fueras más fuerte que yo?

—No.

—Ni que me hacías sufrir.

—Sí, eso sí. Cuando orgasmé con los otros y con vos no podía, empecé a venir de nuevo al Periscopio para ver si podía erotizar el lugar. Pero me puse fría. Entonces me imaginé que el tipo no era un cliente sino un amante con el que yo te hacía los cuernos. Y eso me dio muchísima culpa. Pero después me calenté mucho.

—¿Más que cuando cogías con clientes sin pensar eso?

—A veces, sí. Era algo muy diferente. Me ponía muy nerviosa y culpable y sufría mucho, y de golpe lograba sentir menos culpa y eso me excitaba mucho, era como una liberación de golpe. Sentía que había superado un obstáculo. Me sentía más fuerte.

—A mí también me excita sentir que vos te sentís más fuerte. Incluso más fuerte que yo. A veces yo también me masturbé pensando que vos me hacías los cuernos, hace mucho tiempo, cuando no te podía calentar y a mí mismo me resultaba difícil coger porque era como hacerlo solo. A veces me imaginé que eras muy fuerte aunque no te acostaras con otros. Que eras en realidad tan fuerte que ni necesitabas acostarte con otros para dominarme... Pese a lo que decís yo creo que vos misma intentabas todo el tiempo ser más fuerte que yo.

—Bueno, un poco sí. Pero después dejaba en seguida porque no me salía. En una época te agarraba siempre de los pelos fuerte cuando cogíamos o te tironeaba, vos te dejabas pero aun así yo no lograba convencerme.

—Tal vez te convencerías si yo te entregara todo el poder.

—¿Cómo?

—Si la que mandarás fueras vos.

—...

—Probemos. Yo voy a obedecerte en todo. Pero vos también vas a tener una parte muy difícil. Porque vas a tener que ejercer tu poder sin dejar afuera ningún resquicio. Si no, todo te va a parecer un juego. Y no va a ser un juego. Yo voy a conservar solo el derecho al pataleo, a peticionar o protestar, pero no a rebelarme de verdad. Puedo decir que no voy a hacer lo que vos me ordenes, pero no dejar de hacerlo de verdad.

Si no, habré violado nuestro pacto...

—...

—¿Te animás?

Romina miró con una cara de incredulidad extraña y altanera, que lograba reunir en un gesto que jamás le había visto un matiz de un interés solapado, vivo, que terminó de persuadirme que yo estaba por la buena senda. Pero inmediatamente cambió de apariencia y dejó solo la incredulidad en sus ojos. Dijo:

—No sé. No creo que lo logre. Algo así se da naturalmente e no se da. Vos sos más fuerte que yo, sabés más cosas.

—Si renuncio a desobedecer no puedo ser más fuerte ni aprovecharme de ningún conocimiento.

Siguió mirando incrédula, incluso desconfiada. Empecé a decir mentiras que me parecían suficientemente lógicas para pasar por verdades, o tal vez lo eran:

—En realidad, si estoy dispuesto a renunciar a todo poder y derecho eso ya demuestra que la más fuerte sos vos y que ganaste esta guerra. Porque si renuncio a mis derechos acepto de hecho que nos puede ir mejor como pareja si mandás vos. Y porque en el fondo me encanta que vos mandes. Yo creo que siempre me encantó pero solo ahora me lo puedo confesar y te lo puedo confesar a vos.

—¿Y qué cosas podría ordenarte?

—No, no me hagas pensarlo a mí, metete en la cabeza que mandás vos, en todo, y se te va a ocurrir.

—¿Puedo ordenarte también que me des dinero?

—¿Cómo que te dé? El dinero lo vas a guardar vos, va a ser íntegramente tuyo. Imaginate que sos el hombre y yo la mujer de una pareja autoritaria, patriarcal de la era feudal.

Se sonrió y seguramente se habría puesto roja como un tomate, si su tinte de piel no hubiera hecho que simplemente se le oscureciera notablemente el rostro. Pregunté:

—¿Te gusta?

—No sé... ¿Puedo pedirte dinero también de tu salario?

—Metete en la cabeza que vas a mandar vos. Yo te voy a tener que pedir dinero para cada cosa, porque voy a darte el salario no bien lo cobre, porque va a ser tuyo.

Con el rostro aún encendido miró por un ventanal. Luego, lentamente dejó que un rostro calculador e interesado se hiciera cargo de la situación. Dijo:

—¿Y por cuánto tiempo lo haríamos?

—Un año. Yo no voy a tener derecho a rebelarme de verdad, solo voy a poder protestar, durante un año. Es una barbaridad de tiempo para entregarle la vida de esa manera a alguien. Pero te tiene que quedar claro que no es un juego y por eso tiene que ser mucho tiempo.

—¿Y yo voy a mandar en todo?

—Me parece que no entendiste. En realidad vas a poder mandar mucho más que cualquier hombre de esta época. Vas a tener sobre mí un poder absoluto. Me vas a

poder ordenar que me suicide, por ejemplo, como podía hacerlo un señor del Japón feudal con su siervo. Y si decidís eso yo voy a tener que escribir a mano una carta al juez poniendo que me suicidé y después me voy a tener que pegar un tiro o lo que vos mandes. Es decir que vas a poder matarme sin tener siquiera que ir a declarar jamás a la Justicia ni ser acusada de ninguna forma. Porque además vas a ordenarlo como se te cante. Que me mate por ejemplo en Córdoba, estando vos acá y acumulando todas las coartadas posibles. Y yo no le voy a contar de esto a nadie.

—Yo no creo que vos ni nadie pueda cumplir algo así.

—Es que si no lo cumplo una sola vez voy a perder toda credibilidad, y voy a malgastar el último recurso para salvar nuestra relación. Y tenés que saber algo. Si siempre te quise con locura, desde que te vi orgasmar hoy sé que si no logro que seas así conmigo prefiero morirme, Romina. De veras.

Había mucho de histriónico y calculado en todo lo que estaba diciendo. Pero a mí mismo me sorprendía comprobar simultáneamente cuánto de verdad había también en absolutamente cada una de las frases delirantes que estaba pronunciando ahora, que me había liberado de toda locura. Movido por una convicción irresistible de poder caminar con la mayor soltura sobre el filo del ridículo y la poesía, me arrodillé mientras unas lágrimas entre gozosas y avergonzadas corrían por mis mejillas, le besé las generosas partes libres de sus pies en sus zapatos de noche, y le dije:

—¿Me vas a dejar ser tu esclavo, mi ama?

El rostro de Romina se iluminó con una sonrisa absolutamente nueva, generosa, llevada casi al límite de la risa, libre de toda la avaricia calculadora que acechaba habitualmente detrás de cada gesto de ella.

—Sí, mi amor. Claro que vas a ser mi esclavo —me dijo con rara ternura, y me tendió una mano como para ayudarme a levantarme.

Pero antes de que yo empezara a hacerlo apretó mi cabeza contra su regazo y dijo con una intensidad gozosa.

—Vas a ser mi esclavo, amor. Mi sometido, mi lacayo.

—Te amo, mujer. Te amo hasta el recarajo.

Ahí no más, todavía de rodillas, empecé a acariciarla y me dejé llevar por la convicción de que cogeríamos de lo lindo. Pero ella me apartó el rostro del regazo, me miró sonriente, y me dijo:

—Ahora no, lindo, ¿sabés?

Sentí que me estaba dando una puñalada baja y artera, que arruinaba todo nuestro contrato. Era como darle a un chico el trono de todo el planeta para ver cómo asombraba al mundo y que él lo utilizara para exigir que le dieran un camión lleno de caramelos. Porque no coger conmigo había sido siempre para Romina como una golosina. Pero yo ya había firmado el contrato y solo podía salir adelante respetando sus cláusulas. Mi pene estaba absolutamente muerto y había perdido hasta el recuerdo de la calentura. Pero le dije:

—¿Mi patrona, puedo ir a masturbarme al baño?

Comprendí por primera vez que no me había equivocado del todo con la apuesta de la esclavitud cuando con una seriedad que delataba cierta turbación me contestó:

—Podés hacerlo aquí también, si querés.

—Como digas vos.

—Hacelo aquí.

Fijé mi vista en sus ojos y no la aparté de allí durante un lapso infinito que abarcó desvestirme, recostarme sobre la moquette en frente de ella, que permanecía sentada, acariciarme y masturbarme al comienzo rápidamente, y luego con cuidado y lentitud, cuando empecé a temer que mi orgasmo bajo la mirada concentrada y hermética de Romina fuera un sello que convirtiera mi esclavitud figurada en una verdadera. Sin embargo, inesperadamente, Romina abandonó de pronto su hieratismo reconcentrado y se acercó lentamente, como estudiando cada uno de sus gestos, hasta que pegada a mi hombro desnudo dejó de mirarme por primera vez y comenzó a acariciarme lentamente por todo el cuerpo. Primero apenas como un roce, con la punta o el dorso de los dedos, y luego más intensamente con toda la palma de sus manos. Estaba tan compenetrado en mi rol de esclavo que debo haber tardado mucho en percibir que su respiración había comenzado a acelerarse, seguramente al pasar a las caricias intensas. Porque en un momento lo que oía yo no era ya una respiración sino casi un ronquido, o más precisamente, el ronroneo apenas audible e involuntario de una gata humana, como solo me había tocado oírlo de manera tan prolongada en un par de mujeres que tenían sin embargo una forma de coger completamente diferente de la que había visto recién en Romina, sin gritos ni exteriorizaciones, más bien con orgasmos silenciosos y ensimismados. Tuve un raptó de felicidad infinito que reprimí sin embargo completamente por temor a romper el encantamiento. Más bien lo convertí en una eyaculación cuyo producto ella esparció por todo mi cuerpo, con el interés absorbente y frío de un niño que barniza su juguete.

Cuando terminó de pintarme el cuerpo con mi propio jugo nos sonreímos sin decir una palabra, como si rubricáramos una vez más el pacto impronunciable. Yo tomé la iniciativa de lanzar la aplicación de las cláusulas en el mundo prosaico de la cotidianidad, que se revistió así de una magia tensa y peligrosa, donde cada tarea hogareña relucía o intimidaba con el brillo de un acero en una gigantesca batalla.

Ahí mismo saqué las sábanas que Romina había usado con su cliente. Actuando con una celeridad que sugería el convencimiento de que debería hacer todo sin esperar coordinar mis actos con otras manos, las cambié por otras limpias y las metí en la bolsa del lavadero. Esa misma noche preparé la cena sin que Romina moviera un dedo, aunque se las pasó charlando junto a mí mientras yo cocinaba, tal vez porque sentía que acompañándome con su charla me hacía más liviana la tarea, o quizá para disfrutar desde la primera fila del espectáculo de su flamante poder. Yo oscilaba entre la vergüenza y el fastidio, pero cuando cada aparición de esos sentimientos era superada daba paso a una excitación extraña, absolutamente desconocida, mucho más intensa aun que la calentura incontrolable que había sentido

cuando me masturbaba con fantasías masoquistas donde era el derrotado y humillado en la puja sexual por los favores de Romina. Cuando terminé de lavar los platos bajo la mirada a medias consoladora a medias gozosamente extática de Romina, después de cenar, tenía la energía y la imaginación agotadas como si hubiera acabado tres veces.

Esa noche estaba por dormirme cuando una mano de Romina, que no sentía así enternecida sobre mi pecho desde hacía meses, comenzó a acariciarme y enredarse suavemente entre mis pelos. Estábamos con la luz apagada, pero yo podía percibir como evocada por su mano la languidez inusual de todo su cuerpo, perdido en un descanso ocasional de un combate de mil años. Muy lentamente fue acercando a mí toda esa masa cansina y me fue cubriendo con los besos de esa boca que tan raramente me había querido besar. Esa boca normalmente huraña, seca y encallecida como por un capricho se soltó metódicamente sobre cada palmo de mi pecho y me estuvo vertiendo encima durante deliciosos minutos un almíbar que habría desatado en mí la pasión más encendida, si no hubiese sido porque fiel a mi contrato estaba decidido a aferrarme a la pasividad diligente del más obediente de los esclavos. Me dejé entonces coger literalmente por ella, que montada sobre mí recorrió toda la escala tonal de la suavidad y la ternura, como si estuviera empeñada en curar con sus cariños las marcas de los latigazos que en nuestra imaginación habían marcado toda mi piel durante esa jornada.

Toda la relación con Romina durante las semanas siguientes siguió esa pauta rigurosa de sometimiento mío y disfrute silencioso y voyeurista de parte de ella durante el día, y de aproximación sigilosa, inconcebiblemente tierna y generosa de ella en la oscuridad hermética de cada noche, siempre cuando yo creía que esa vez ya no me tocaría. Solo con el paso del tiempo pude deducir que Romina no orgasmaba durante esos coitos. Porque la intensidad baja pero incansablemente regular de su disfrute enternecido, y mi propio goce retenido pero muy expandido en mi interior, impedían de todos modos localizar alguna cresta del éxtasis en caso de la que hubiese habido. Ni siquiera me planteaba entonces el problema, porque era difícil percibir una verdadera carencia en esa danza desconocida que estábamos estrenando. La relación había encontrado un equilibrio estrecho y delicado, hecho del sosiego reconfortante de la noche y de una tensión inconcebible que recorría durante el día mi mente y mi cuerpo cuando ella se dedicaba a desparramar, bajo los efectos de una infaltable distracción, su ropa y los más distintos enseres por la casa con el objetivo claramente proclamado por su rostro y por sus gestos de renovar en una tarea hogareña cada vez más pesada el sometimiento de hierro al que me había comprometido.

Yo sabía que no bien entrara al Periscopio se sacaría los zapatos uno para cada lado, dejaría en el camino las medias, se tiraría en el sillón diciendo que estaba agotada, me pediría que le alcanzara algo de la heladera e iría disponiendo sus actos durante lo que quedaba de la jornada con el objetivo casi exclusivo de producir el mayor desorden. Someterme a esa dictadura que era la única relación de intensidad

que parecía haber logrado Romina conmigo en tres años era para mí por momentos un ejercicio de superación yoguística de mis propios límites, de mi rebeldía, de mi desilusión por el trámite relativamente banal que estaba tomando mi última gran carta jugada para calentar a esa muchacha. Pero en otros momentos, cuando la cara de ella delataba con excesiva claridad la superación gozosa de alguna correspondiente barrera en su propio interior, o cuando yo mismo salía holgadamente triunfante en mi propia prueba, el disfrute era tan inconcebible que terminaba inevitablemente en masturbación o en coito, según el capricho de ella.

Y sin embargo, una alquimia misteriosa de los afectos y los instintos hizo que durante ese mismo periodo la seguridad y el comportamiento definitivamente opuesto a toda pasividad o resignación que yo estaba desarrollando en mi trabajo desde mi retorno a Turba lejos de disminuir parecieron verse favorecidos por esa irrestricta esclavitud hogareña.

A nuestra “propuesta unificada” de formar una comisión para examinar promociones y relegamientos, la empresa dio una respuesta doblemente negativa: dijo que esos temas correspondían a la estricta competencia de ella y que no recibiría “cuerpos representativos no legalmente constituidos”. De esa parte de su estrategia podían pensarse distintas cosas, pero de la forma casi inmediata en que la comunicó solo se pudo considerar que era un error: aunque muchos de quienes se habían ilusionado con evitar el combate mediante una mera demostración de fuerza se refugiaron satisfechos en su presunta impotencia y abandonaron toda esperanza y toda voluntad de protesta, otros tomaron el camino opuesto y pasaron a formar un núcleo duro de rechazo a toda la política patronal, que era la condición indispensable para cualquier verdadero enfrentamiento.

Ese núcleo apareció inesperadamente acaudillado por Néstor, un muchacho taciturno del Depósito, del que luego me enteraría que era un militante trotskista y que por insondables motivos —tal vez porque solo tenía un par de años de antigüedad— había mantenido silencio en todas las asambleas anteriores. Su accionar parecía estar a tal punto coordinado con Marcos y con Cohen que no pude dejar de pensar que todo un entramado opositor podía haberse ido gestando quizá durante mi estadía en el Borda, mientras se desarrollaba el conflicto por Fernández. Por el apresuramiento soberbio de la empresa en mostrar sus cartas, el núcleo duro tuvo hasta la próxima asamblea tiempo suficiente para desarmar los argumentos de los quietistas, alejarlos de la seguridad de un microclima complaciente e inhibirlos de hacer una defensa verdaderamente tenaz de sus posturas en público.

Cuando llegó la asamblea, los quietistas solo se atrevieron a intervenir para hacer “reflexiones”, plantear “inquietudes” y decir “lo que yo me pregunto es si...”, pero no sacaron de sus dudas ninguna conclusión explícita ni efectuaron propuesta alguna. El debate se dio entre el núcleo duro, que planteaba comenzar a aplicar, por primera vez en la historia de Turba, paros simbólicos de treinta minutos, y yo, que más por experiencia que por mis resabios paranoides me preguntaba interiormente cómo

diablos pensaban los duros librar un combate contra la empresa con la Comisión Interna que teníamos. Dije que lo que ellos planteaban era para mí el camino más justo, que los apoyaba incondicionalmente, pero que para recorrerlo debíamos antes poner un poco de orden en nuestro frente, porque con dos delegados nunca íbamos a tener la base mínima “legalmente constituida” para negociar en condiciones difíciles o para formar comisiones permanentes en cualquier instancia de control de la política de la empresa. No mencioné, como tenía ganas de hacerlo, a Jorge, que inusitadamente había estado presente en la asamblea anterior y lo estaba en esta, mudo como siempre, pero me explayé en interminables consideraciones sobre el problema que plantea la ausencia de un delegado cuando se tienen solo dos: “Si falta uno nos quedamos sin el cincuenta por ciento de nuestra representación legal; entrar en un conflicto en esas condiciones es una negligencia inexcusable, porque se puede subsanar con suma facilidad”.

Me pareció que como todos sabían que Jorge había faltado siempre que su presencia había sido realmente necesaria, y nunca había abierto la boca para nada sustancial mientras estuvo presente, no hacía falta aclarar que con otros delegados dos representantes habrían bastado y en otras empresas la gente se arreglaba perfectamente con ese número. Pero curiosamente fueron algunos duros quienes más empecinadamente rebatieron mi propuesta, que era ir a elecciones generales por tres puestos, como permitía la ley, o por lo menos elegir un nuevo delegado, negándose cerradamente a considerar la parte tácita de mi argumentación: con Jorge, dos delegados serían siempre uno solo. Llegaron a calificar de “ridícula” mi propuesta, y me instruyeron pedagógicamente sobre la cantidad de “luchas gloriosas” que habían sido libradas por solo dos delegados o incluso por uno solo. Obviamente pensaban que renovar la Interna implicaba desviar la atención del paro y postergar toda medida de lucha.

Jorge pareció ser el único que no estaba dispuesto a desentenderse del problema que había con la Interna. Se unió a los duros con una desfachatez que no le había sospechado, y aclaró que él “podía estar presente toda vez que fuera necesario”, única acusación de recibo que se hizo en la asamblea del problema que yo estaba planteando. Pero más que la política del avestruz pudieron los miedos de algunos otros asambleístas. Porque muy pronto los quietistas reconocieron en mi propuesta la única esperanza de postergar el combate que ellos no querían librar de ningún modo. Y empezaron a mechar las intervenciones de los duros con defensas cada vez más claras de mi propuesta. “No sé qué le ven de ridícula a la propuesta de Ricardo, si es prácticamente lo que exige la ley y lo que la propia empresa nos está sugiriendo que hagamos, tanto para evitar el conflicto como para empezarlo, si es que no lo podemos impedir”, dictaminó Argüello, convirtiéndose en el primer defensor a ultranza de la empresa en mencionar mi nombre en una asamblea, en lugar de hablar de mis propuestas como si hubieran sido formuladas por un fantasma.

Para mí ese era el mejor de los mundos posibles. Mi propuesta era mucho más

radical que la de los duros, pues apuntaba a preparar un combate de veras fuerte con una conducción sindical depurada. Que terminara imponiéndose con el voto de los blandos contra los duros era una maravilla. Eso terminaba desplazando todo el espectro hacia la confrontación con la empresa y a mí me blanqueaba, aunque más no fuera por unos días, al aparecer enfrentado con los duros. Más importante aun, borroneaba momentáneamente la frontera entre duros y blandos —otra condición indispensable para cualquier lucha— en virtud de mi aparente desplazamiento a la derecha. De algún modo los blandos lo sintieron, porque Barrientos, una especie de escudero que tenía Ibarra, intervino para decir que estaba de acuerdo con mi moción, pero que prefería que se votara unida a la propuesta de mandar a la interna en funciones para hacer un último intento de negociación. Hacer negociar a una interna difunta por la inminente cesación de su mandato era una estupidez más digna de Granstein o ese tipo de adeptos al oxímoron que del soberbio Ibarra y su escudero. La moción mostraba que ya no sabían qué hacer.

Pero yo temía que esa salida desesperada bastara para hacer naufragar lo que tan precariamente había empezado a bogar. Más profundamente aún sentí una desconfianza hacia ellos que en el fondo nunca me había permitido experimentar, pues quien quiere unir a un grupo está obligado a un optimismo incommovible y una sólida fe en la capacidad de todos sus miembros para contraer en algún momento un pacto leal y sincero. Movido entonces más que nada por el fastidio y con la mente puesta como consuelo en la aventura entretenida en que se estaba convirtiendo mi relación con Romina, arriesgué todo, convencido de que así sería yo mismo quien enterrara todo por odio en lugar de dejar que la cobardía de ellos lo ahogara lentamente. Hablé con un tono que anticipaba un rechazo absoluto a ceder ni un tranco de pollo. Dije que si había consenso para elegir una nueva Interna era esta la que debía negociar, y exhorté públicamente a Argüello a que presentáramos juntos una propuesta de renovación completa, no de mera elección de un tercer delegado, y que se resolviera que hasta ese momento se congelaría la situación con la empresa, y no se tomarían medidas de fuerza a menos que hubiera alguna provocación patronal. Me esforcé en presentar mis posturas como un intento descarado de erigirme en vocero de los blandos contra quienes querían parar ya, y solo defendí la renovación de la interna invocando la necesidad de adecuarnos a la ley, sin volver a hacer referencia alguna al combate que media hora antes había declarado inevitable, y hasta dando a entender que estaba empezando a pensar que era una locura hacer huelga con o sin Interna renovada. Terminé diciendo una mentira descarada con una facilidad que me enorgulleció infinitamente:

—Estoy convencido de que si tenemos una Comisión Interna más conforme a la ley y aun más representativa tentaremos menos a la empresa a una provocación y casi seguramente lograremos evitar el conflicto y hasta los paros simbólicos que se proponen.

Pero cuando vi que Argüello se limitaba a mostrar con su cabeza una aprobación

inesperadamente generosa a mi propuesta, pero sin decidirse a verbalizar nada, deslicé que si no había una propuesta unificada de quienes se oponían al paro para poder renovar la interna yo prefería que al menos empezaran los paros ya, y retiraba mi moción, porque consideraba que seguir con la ficción de la negociación cuando la empresa ya había rechazado nuestra propuesta de formar una comisión era invitar a los despidos. Argüello siguió haciéndose el distraído y apoyándose con los gestos sin dignarse a hablar. Pero providencialmente Néstor no pudo soportar la indefinición y la negociación más bien campechana que se estaba intentando y pidió “que se vote el paro”, con un gesto de fastidio que parecía toda una intimación a dejarse de joder y pasar a los bifés. El rockero Martín lo apoyó en seguida y fue él quien expresó finalmente que era eso lo que había que hacer, pasar a los bifés. Argüello pasó: ante un último intento mío de pedirle respaldo dijo que “sí, cómo no la voy a apoyar a tu propuesta si ya la defendí hace un rato”.

Lento pero precavido el escudero de Ibarra aceptó tras varias consultas y reflexiones de otros asambleístas retirar su moción de mandar a la Interna en funciones, pero cuando ya lo había hecho creyó encontrar en el susurro de un vecino una “solución unificada” proponiendo que se ampliara la interna con un tercer delegado y que no se renovara completamente para “no cambiar de caballo en el medio del río”. Sin consultar para nada con quienes me habían apoyado dije que mi propuesta ya era unificada y había sido hecha “con el respaldo del compañero Argüello”, que no pudo reunir suficiente descaro para salirse de la trampa que yo le había tendido. Se votaron entonces solo dos mociones. Ganó la renovación de la Interna por 35 votos contra 24. Agradecí enormemente que existieran la derecha, el cagazo y los cagones.

Pero a partir de ahí quienes salvaron mis esperanzas fueron los duros, que exigieron una asamblea para elegir Junta Electoral en 48 horas, en lugar de la semana que proponía Argüello, y de la inusitada idea de Andrés de ver “qué dice el sindicato y qué marca el estatuto”. Andrés había tenido la dignidad de votar la renovación completa de la Interna, pero debía saber que la asamblea de Junta Electoral podía ser inmediata. Jorge D’Amico tuvo su último acto público en Turba votando con los duros un paro durante el cual seguramente habría estado como de costumbre trabajando en la quinta de los Gaitanes y no se animó a prenderse en el tren de la consulta al sindicato. Se resolvió votar un calendario y solo después buscar la aprobación de la directiva, que terminaría obteniéndose sin ningún problema.

Durante las dos semanas que pasaron hasta las elecciones tuve una sola obsesión: convencer a Fernández de que se presentara. Pensaba que una Interna en la que estuviéramos los dos era lo máximo que yo podía pedir. Pero no hubo caso. Me dijo que Néstor había armado ya una estructura de apoyo en toda la empresa en base a algunos simpatizantes de su partido y él no quería dividir a su sección presentándose contra él. En el fondo él estaba persuadido de que no podía ganar. Yo pensaba exactamente lo contrario. Pero no hubo caso, no lo pude convencer.

Por lo que pude enterarme por la gente con mayor capacidad de acceso al chisme dentro de quienes se llevaban bien conmigo, la verdadera campaña electoral ocurrió antes de que cerrara el plazo de inscripción de candidatos y murió inmediatamente después. Aparentemente fue llevada por los allegados de la empresa con la consigna de “impedir que salgan el loco y el trostko”. Algo bastante improbable de conseguir, porque Andrés, Néstor y yo éramos los únicos anotados, y la empresa no tenía un candidato potable para intentar dejar al menos a uno de los dos cucos afuera.

Un día en plena campaña electoral Diana vino a contarme con cara de preocupación que esa era la estrategia que la empresa había decidido usar para combatirme. Yo estaba mucho más preocupado aun que ella, pero no le podía explicar por qué, de modo que debía fingir indiferencia. Me dijo que habían empezado a llamarme el loco poco después de mis intervenciones en las primeras asambleas pero que ahora lo hacían más sistemáticamente. Yo tenía miedo de que hubiesen descubierto que ahora tenían algún argumento para justificar el mote. Pero fingí que nada de eso me inquietaba. Le dije:

—Es natural, todos estos canallas pasaron por el PC o estructuras parecidas, nunca abandonarán el sueño de poder encerrar en manicomios a sus oponentes. El sueño del burgués tiene una definición positiva: es tener esclavos, y lo que pasa con quienes no caen bajo su férula o se resisten fuera de su esfera de influencia le preocupa poco y solo en función de su coto cerrado. El sueño del stalinista se define en cambio negativamente, es exterminar físicamente a sus oponentes o negarlos como locos, porque su ideal es una perversión más ambiciosa: ser el que posee la verdad, absoluta, incuestionable, no el mero poder sádico sobre un grupo limitado de hombres, aunque tampoco se prive de disfrutar del burdo sadismo cada vez que puede. El burgués quiere ser rey o vasallo privilegiado de la corona. El stalinista, Dios, Papa, u obispo. Como la religión conduce a la locura más fácilmente que la política, es obligado que el stalinista piense siempre en términos de normalidad o demencia. Él mismo se sabe siempre al borde del delirio. Mucho más lo debe estar quien se le opone, piensa él.

Por el gesto indefinido del rostro de Diana comprendí que mi perorata no la había satisfecho ni tranquilizado. Parecía esperar otra cosa. Comencé a indagarla sobre la campaña de la empresa como para ayudarla a hablar. Enfiló nuevamente hacia el tema de la locura, pero ya con más ironía y menos preocupación. Ella creía recordar que habían empezado a llamarme el loco desde que había dejado de estar en “Facetas”. Cuando ella había preguntado a algunos por qué, todos se escudaban en el presunto sesgo cariñoso del mote para no dar explicaciones o, como le dijo Argüello una vez, aludían a cierta marginalidad irresponsable: “Es un francotirador bastante simpático, pero le gusta demasiado poner la cabeza para que le devuelvan el tiro, y eso nos puede joder a todos”. De golpe Diana cambió el tono burlón que le había servido para tomar distancia de las acusaciones que me estaba transmitiendo, e hizo un gesto de tristeza apenas matizado por un esbozo de sonrisa para no resultar

dramático:

—Es eso, entendés. No pongas tanto la cabeza debajo de la guillotina —me dijo, y me apretó cariñosamente un brazo con su mano.

De modo que era eso. Una cariñosa preocupación por mí y nada más. Respiré aliviado, aparentemente no había en ella rastros de inquietud por esa semana de ausencias mías. Aunque tampoco entendía muy bien a qué venía tanta preocupación por mí cuando mi carrera en la empresa estaba liquidada hacía tiempo y estaba a punto de convertirme en delegado con inmunidad gremial. Estaba pensando eso cuando Diana volvió a sonreír y añadió:

—Los que te queremos queremos que te cuides más.

Caramba, era cierto. También estaban ellos, los que me querían. Traté de transmitirle con todos mis gestos algo de la gratitud que sentía hacia todos ellos y resumí mi respuesta en un solo gracias por temor a borrar todo con algún añadido superfluo. La charla no me había permitido averiguar nada verdaderamente nuevo sobre lo que estaba diciendo la empresa sobre mí, pero el gesto de Diana había bastado para volver innecesaria esa información.

Los resultados de la elección confirmaron esa impresión. A Andrés lo votó absolutamente todo el mundo, incluyendo los jefes, los incondicionales de la empresa y buena parte de los duros, pues sacó casi todos los votos que se emitieron. Pero a mí tampoco me fue nada mal: obtuve solo unos veinte votos menos que él. Néstor sacó diez menos que yo. No se presentó nadie más. Fernández consiguió algo de la relevancia formal y la protección que yo quería que obtuviera porque presidió la Junta Electoral, donde estuvieron además Diana y el escudero de Ibarra. Eso les daba a ellos tres inmunidad gremial por seis meses, como si hubieran sido candidatos derrotados. Si la empresa quería echar a alguno de los tres que conformábamos ahora la Interna tenía que pagarle como indemnización inmediata todos los salarios pendientes hasta el fin del mandato, que era de dos años, más las indemnizaciones corrientes que tan reacia estaba mostrándose últimamente a desembolsar para deshacerse de sus “indeseables”. Ya solo por eso la relación de fuerzas había tenido un cambio sustancial.

En lo que hacía a mi situación personal, me sentía bastante incómodo por la rigidez formal del cargo que tenía que desempeñar, aunque me enorgullecía que fuera un puesto no jerárquico sino electivo y revocable por los electores a voluntad. Mi ideal político había sido desde mucho tiempo atrás la rotación periódica de todos los ciudadanos en los cargos sin mediar siquiera la elección, como había existido en breves periodos de las ciudades estados de la Grecia antigua, o la rotación entre los electos, como los verdes alemanes habían intentado hacer durante diez años con sus mandatos. Pero no creía que los turberos quisieran hacerse cargo de la responsabilidad que ese tipo de participación de todos implicaba para cada uno. En todo caso, me conformaba pensando que por el momento mi interés era impedir que los quietistas me hicieran imposible toda gestión, ganar la confianza de la máxima

cantidad de gente posible, y después ver qué innovación podía introducirse en lo formal. Por eso mi mayor inquietud no se refería ya a Turba, sino a cómo podía repercutir la nueva situación en Romina, que hasta entonces no había acusado recibo de manera alguna de lo que se estaba jugando en mi trabajo.

Yo le daba a Romina informes más o menos detallados, aunque sucintos, de lo que pasaba en Turba. Pero en esa época los dos parecíamos empeñarnos en quitarle entidad a todo lo que pasara fuera del extraño escenario que estábamos montando en la intimidad del Periscopio. Tal vez fue por eso que acusó el impacto de mi elección de manera tan clara. Cuando volví esa noche un poco tarde después de haber seguido el escrutinio en la editorial, Romina no había comido aún la cena que le había dejado preparada desde el mediodía y parecía turbada, incómoda, sin saber cómo reaccionar a la noticia de los resultados, más allá de un “qué bien” soltado con claro embarazo y con una sonrisa de circunstancia.

Me di cuenta de que si no sabía hacerle superar ese momento en seguida se derrumbaría el esfuerzo de más de un mes de esclavitud y ella nunca podría recuperar la convicción de ser mi ama. La saludé con especial cariño y atención y fui mientras tanto guardando la ropa que en su extrema indecisión Romina había dejado por primera vez ordenada sobre los sillones pero que no había llegado a acomodar en su lugar como lo hacía cuando aún no era un... ama. Limpié alguna vajilla que ella había ensuciado para matar el hambre hasta que yo llegara y cuando vi que ella se quedaba parada en el centro del departamento sin saber qué hacer aproveché la oportunidad, me le arrodillé a sus pies y con una teatralidad que asombrosamente lograba mantener dentro de misteriosos límites de verosimilitud le dije mirándola en todo momento con desvergüenza a los ojos:

—Perdóneme, mi dueña, por haberme presentado a elecciones sin pedirle permiso. Pero lo hice solo para poder someterle la decisión a usted una vez asegurado el triunfo. Si usted lo manda llamo ahora mismo a la empresa para comunicar mi renuncia. Si no, lo hago mañana, a menos que usted me ordene lo contrario.

Una felicidad que casi me tocaba la piel brotó del rostro de Romina. Hizo una sonrisa ancha como un horizonte y me dijo:

—No, mi amor. No. Estoy muy contenta de que seas delegado. Te felicito, mi esclavo hermoso. Te amo.

—Yo te venero, amor.

Solo después de esa renovación del pacto cenamos y entramos una vez más en nuestra rutina de intercambio cotidiano de sometimiento contra ternura. En los días siguientes Romina ilustró incluso una versión invertida de la máxima hegeliana de que aquello que no avanza retrocede: por no haber retrocedido ella avanzó. Su dominación se tornó más segura en todos sus registros, fuera en vertiente refinada y astutamente sutil, o en la más burda y rayana en la violencia. Algunas veces temí que

echara a perder el truco gastando mi paciencia. Pero ella tenía un olfato agudísimo para saber hasta dónde podía estirar la cuerda cada día. Y si alguna vez sentía que se le había ido la mano, yo tenía la seguridad de que esa noche el premio en la cama tendría algún suplemento exquisito, algún matiz inédito, algo que me hiciera festejar retrospectivamente el desborde agresivo que ella había tenido durante el día.

Tanto que llegué a preguntarme cómo diablos hacía para modular su sensibilidad en tantos tonos de excitación sin desbocarse hasta el orgasmo, hasta una liberación gigantesca como la que le había visto disfrutar en aquel espectáculo imborrable. ¿Podía mantener al mismo tiempo de manera auténtica una gama tan disímil de conductas sexuales —la orgiástica y la tierna— sin que el final reflejo automático de la descarga las hiciera confluír en un solo registro que mereciera el nombre de coito?

Conmigo no parecía actuar de manera alguna. ¿Estaría fingiendo ahora con sus clientes? ¿¡Dios, qué se había hecho de sus clientes!>? Por supuesto que se lo había preguntado. Pero las tres veces que había violado con mi insistencia los preceptos del buen esclavo, me había contestado con una rudeza que escaló potencialmente:

—¡Ese no es asunto suyo!

E incluso creí recordar que al día siguiente de cada una de las dos últimas veces en que se lo había preguntado fueron las únicas ocasiones desde el inicio de mi esclavitud en que ella tuvo o fingió tener compromisos que la obligaron a llegar tarde por la noche, como si en respuesta a mis indiscreciones hubiera querido reservarse ostensiblemente con clientes reales o ficticios sus prerrogativas de ama, dueña y soberana de todas sus horas y sus cosas. Fuera de esos casos, su dictadura le impuso a ella misma cadenas de dedicación a mí que nunca había llevado hasta entonces. Parecía inagotable su capacidad de encontrar ocupaciones que le permitieran disfrutar de cerca el espectáculo de mi esclavitud o ejercer su mando de manera más estrecha. Llegué a estar seguro de que elegía ver televisión, leer, o hacer alguna tarea propia de una patrona, como alguna costura difícil o algún ocasional postre, según cuál fuera el ángulo más conveniente para observarme directamente o gozar con la percepción difusa que dan los ruidos o la visión periférica mientras yo bregaba con las tareas que su decisión había hecho recaer en mí.

CAPÍTULO 15

La empresa reaccionó a la elección que cambiaba tan profundamente el equilibrio de fuerzas con su personal como de costumbre. No se quiso dar por enterada. Abruptamente imbuidos de cierto celo formal, propio de los momentos que consagran una transición hacia un peldaño socialmente pautado, Andrés y yo pensamos que correspondía pedir una entrevista para “presentar a la empresa la nueva Interna”, y tras unas módicas tres horas de discusión logramos convencer a Néstor de que un gesto de ese tipo no mellaba el filo revolucionario de nadie y nos colocaba en un plano de iniciativa que sería bien visto por todos. Tras una asamblea de menos de cinco minutos en que nos presentamos ante nuestros propios electores, pedimos en seguida la entrevista con la empresa. Con esa grosería de iluminados que los caracterizaba hasta en sus eructos, los Gaitanes nos hicieron saber a través de la secretaria que “no hace falta porque los conocemos hace años muy bien a todos”. La relación de la nueva Interna con esos patrones dueños de una verdad inmarcesible no abandonó hasta el final ese son de guerra con que se inició, pese a que muchas veces a lo largo del combate perpetuo Andrés y yo les manifestamos de mil maneras, bajo el silencio indulgente de Néstor, que preferíamos estar en una misma trinchera con ellos ganando posiciones en un “mercado” ya suficientemente hostil, a dedicarnos a la gimnasia bélica —que más bien nos parecía insanablemente masturbatoria— elegida alegremente por ellos como modo exclusivo de intercambio con nosotros.

Al comienzo eso me produjo una verdadera depresión, porque había tenido la ilusión de que Gaitanes reconociera inteligentemente que la nueva relación de fuerzas exigía un cambio al menos en la relación con los sectores que se sentían más directamente identificados con la nueva Interna. Pero cuando comprobé en las reuniones de la Interna a solas qué distancia separaba las concepciones con las que nos movíamos los propios delegados, empecé a pensar que la intransigencia de la empresa podía jugar el rol positivo de impedir una ruptura dentro de la propia representación del personal. Néstor, que se había manifestado dispuesto a toda ofensiva en sus escasas apariciones como orador poco antes de las elecciones, repitió de mil maneras la frase “caminar con pies de plomo” en la primera reunión que mantuvimos entre nosotros el mismo día del escrutinio. Con el paso de los días tanto Andrés como él parecieron soldarse en un mismo frente dentro de la Interna para abogar en favor de una moderación que nos permitiera ganar la confianza de la gente. “Tenemos que golpear solo cuando la gente se haya convencido de que no nos comemos a los chicos crudos ni somos la Interna del trotsko y el loco, como dice la empresa”, dijo una y mil veces Néstor, con el apoyo creciente de Andrés. Conociendo a los cuadros y ex cuadros profesionales de la izquierda temí que esa actitud les impidiera reconocer cualquier excelente oportunidad de golpear cuando efectivamente se presentara.

Pero justamente la propia actitud de la patronal impidió que se instalaran

demasiado firmemente en las certezas de los manuales orales del buen luchador de clases, que en el ámbito sindical básicamente se resumían en el arte de durar lo más posible en un cargo para que el partido pudiera mencionar en sus congresos “la presencia heroica” de tales y cuales representantes “de masas”, o pavonearse en su prensa por la “creciente inserción en el movimiento obrero”, o alimentar la imaginación de sus cuadros con un sentimiento de fortaleza que estuviera a la altura de una tarea ciclópea como la de la revolución, en la que ya nadie creía pero que por eso mismo resultaba más fácil y tentadora de encarar que el esfuerzo arduo y riesgoso por hacer avanzar un milímetro el poder de los trabajadores en cualquier empresa.

Toda reunión mínimamente importante de las Internas anteriores había contado con la presencia de alguno de los Gaitanes. Cuando tras el rechazo del pedido por la presentación solicitamos una reunión para tratar los temas votados en la última asamblea bajo la vieja Interna nos anunciaron que solo nos recibiría Madurga, el jefe de Personal, un personaje hasta entonces dedicado exclusivamente a un control administrativo de los sueldos, las ausencias y otras cuestiones de ese estilo, y que nunca había tratado temas generales ni se había reunido a solas con los delegados. Simultáneamente, los incondicionales de la patronal comenzaron a hacer circular la versión de que la empresa estaba por venderse porque los Gaitanes estaban “cansados del asambleísmo” y de pelear con un personal tan arisco.

Tomamos todo como una provocación para empujarnos a un enfrentamiento prematuro. Pero entre tanto recabamos una serie de datos que no imaginábamos en absoluto y que recondujeron nuestras hipótesis a fojas cero, preparándonos para considerar cualquier tipo de posibilidad como igualmente probable. Según las versiones llamativamente coincidentes de los trotskistas —que tenían vínculos diversos con el mundo político y el parlamento— y de alguna gente de la Administración que se estaba acercando inesperadamente a la Interna cuco supuestamente por temores similares, la empresa estaba haciendo agua por los cuatros costados desde hacía por lo menos un año, pese a que la patronal había estado emitiendo en el mismo lapso señales diametralmente opuestas. No había una sola colección que no hubiera descendido al menos un veinte por ciento en las ventas, pero además todos los viejos productos, que usualmente constituían una fuente ya amortizada de jugosos ingresos recurrentes, parecían haberse borrado instantánea y misteriosamente de la memoria de los consumidores, porque los stocks habían dejado de moverse casi por completo.

Para rematarla, parecía que las versiones sobre el proyecto de un diario habían sido ciertas y que los pasos ya dados para el lanzamiento habían implicado endeudamientos enormes para la empresa. Se decía que los Gaitanes habían comprado incluso las rotativas y otras máquinas indispensables para los primeros meses de funcionamiento hacía ya medio año y que desde entonces se habían dedicado exclusivamente a intentar salir de ese berenjenal financiero por cualquier medio. Habían intentado asociarse a otros capitales, pero lo habían hecho tan tarde

que todo el mundo —salvo los empleados de Turba que habíamos creído aparentemente sin excepciones en la imagen triunfalista que daba por entonces la empresa— estaba muy al corriente del desbarajuste, y nadie se había prestado a vincular siquiera un nombre o una marca a un proyecto donde los Gaitanes conservaran poder de decisión. Si todo eso era cierto, el resto —la versión de que ahora solo buscaban vender todo, rotativas, planta y editorial— se desprendía incluso como conclusión ineludible, sin necesidad de información alguna.

Cuando le presentamos nuestras inquietudes, tremendamente diluidas y potabilizadas, a Madurga en nuestra primera reunión, demostró haber aprendido todo lo necesario de Guillermo Gaitanes para fingir con convicción paranoica y nos acusó apenas veladamente de haber sido nosotros los que habíamos difundido “esa versión descabellada” de que Turba estaba en venta. La vocación histriónica del discípulo de Gaitanes no excluía sin embargo un componente personal, más proclive a la comedia que al dramatismo de su maestro. Terminó su perorataseudoparanoide diciendo con una sonrisa:

—A menos que sean ustedes los que están queriendo venderse...

—No, por favor, danos un poco más de tiempo —le dije sorprendiéndome yo mismo de cómo podía chancear con un tipo que seguramente se estaba llenando los bolsillos con el vaciamiento de la empresa.

Porque esa era la otra carta escondida que aseguraban conocer algunas de las versiones, por cierto no las que provenían de los medios políticos o empresarios, sino las que fluían con intermitencia llamativamente oportuna de esa suerte de “Garganta profunda” que había arrimado información de primera mano desde la administración de la empresa y cuya identidad la intermediaria, Diana, nunca quiso revelar. Según la Garganta, los Gaitanes venían vaciando la empresa desde hacía por lo menos dos años, cosa que no les era nada difícil porque mantenían en negro buena parte de su contabilidad. Para garantizarse la complicidad del alto staff de la empresa, habían repartido “premios” o bonificaciones abultadísimos mucho antes de los módicos adicionales distribuidos luego en los rangos inferiores para dividir al personal. Ese vaciamiento, agravado por el reparto de bonificaciones, había impedido los gastos necesarios para frenar la caída de las ventas, cuando los Gaitanes empezaron a preocuparse por la filtración de sus planes a los medios políticos.

El proyecto había sido desde el inicio deshacerse de Turba, cuya estructura les parecía a los Gaitanes inutilizable para emprendimientos de gran escala, y fundar con el dinero del vaciamiento un diario. A quienes les habían advertido que pasar de cerrar una empresa por quiebra fraudulenta a abrir otra mucho mayor como un diario era un aventura que podía terminar en la cárcel, los Gaitanes les habrían respondido que nada de lo que harían sería ilegal y que tenían todo previsto. Garganta pensaba simplemente que ellos se sabían en la Argentina, donde era más raro que se penalizara una gran estafe que ver en Roma convertido en Papa a un judío negro, homosexual y comunista.

Garganta mencionaba además el caso del diario “La Lógica”, vaciado reiteradas veces y siempre formalmente en manos de la misma familia especializada en conseguir como socios estafadores profesionales, como los Perilla, que ponían la experiencia, la cara, y eventualmente hasta el cuerpo para algunos meses de prisión, con un saldo financiero positivo impresionante para todos los involucrados.

Pero ahora los Gaitanes empezaban a dudar del proyecto del diario. En primer lugar porque el inesperado lanzamiento de una política de hostigamiento a la evasión fiscal inéditamente firme por parte del gobierno cambiaba todos los parámetros financieros del proyecto. Y en segundo término, porque la maniobra que habían considerado exquisitamente sutil e insospechable se había revelado como tan banal y corriente que aparentemente ya había empezado a ponerles algunas piedras en el camino hacia los lobbies del ambiente político, donde según Garganta estaban empezando a surgir enigmáticas frialdades. Gaitanes no estaba dispuesto a correr los riesgos de lanzar un diario sin contar con vínculos políticos relativamente estables y poderosos que respaldaran toda osadía necesaria para imponerse en el mercado.

Ellos los debían tener desde hacía tiempo para estar atravesando ahora con una contabilidad surrealista el turbulento lanzamiento en el país del primer intento serio por parte del Estado en medio siglo de recaudar una parte real y no simbólica de los impuestos que estipulaban las leyes. Pero una cosa era Turba aventando durante algunos meses todo acecho de una DGI flamantemente pesquisadora, y otra, un diario opositor como lo imaginaban ellos —de lo contrario no sería negocio soportando el asedio de una estructura gubernamental cada vez más probada en la persecución de la evasión fiscal—. Por eso Gaitanes habría pasado según Garganta del proyecto inicial de una aventura periodística concebida para dos años —con un eventual vaciamiento posterior— a algo más estable asociado a capitales importantes, y finalmente había optado por un vaciamiento inmediato al comprobar que la desconfianza estaba empezando a ahuyentar posibles socios y apoyos políticos. Eso concordaba con los rumores de que padre e hijo se iban a vivir al Brasil.

“No quieren trasladar allá sus negocios, el viejo está cansado, y el pibe nació cansado para todo menos para el tenis y el paddle, quieren retirarse a disfrutar en el trópico la mosca fenomenal que tienen acumulada en Suiza, y la que van a hacer con la venta de lo que tienen en Córdoba, nada más”, le había asegurado Garganta a Diana.

Cuando pasadas las chanzas y las demandas oblicuas le planteamos a Madurga que sin desmerecer sus valiosas aclaraciones queríamos reunirnos con Guillermo Gaitanes para tratar el tema, pareció disfrutar de la respuesta que había sido autorizado a dar:

—No, ni por ese ni por otro terna. La empresa decidió que desde ahora en más sea solo yo quien se reúna con ustedes. Además ya les dije que esas versiones son un disparate.

Largo tiempo pensamos que tal vez lo eran. Es decir, que habían sido lanzadas

por la propia empresa para atemorizar al personal con la perspectiva de un cierre. En todo caso, dada nuestra imposibilidad total de acceder a alguna fuente de información confiable, lo único que podíamos hacer era actuar como si nada se estuviera saliendo de su cauce normal.

Pero finalmente casi todo se salió. Con la misma celeridad de *Blitzkrieg* con que habían instalado las computadoras, un lunes aparecieron cubiertos de tergopol el techo y las paredes del gigantesco subsuelo donde estaba el Depósito, y en un rincón de uno de los mayores espacios libres, los asombrados integrantes de esa sección pudieron ver una impresora de libros, de cuya finalidad la empresa se negó a dar otra información que el siguiente comentario de Madurga:

—Vamos a empezar a imprimir una parte de los folletos nosotros. Tal vez traigamos incluso otras máquinas. ¿Ahora siguen creyendo que Turba está en venta?

Su inesperada insistencia en las versiones nos hizo desconfiar aun más de que los Gaitanes fueran quienes estaban detrás de la asombrosa ampliación. Pero era inútil indagarlo sobre ese aspecto.

—¿Con qué personal lo van a hacer? —le preguntamos.

—Dentro de lo posible vamos a entrenar a alguna gente del Depósito; si no basta con eso vamos a tomar más personal.

—Nosotros queremos que la selección tenga en cuenta los deseos e intereses de los compañeros del Depósito.

—Olvídense de eso. Nosotros vamos a designar a quienes sean más indicados para cubrir esos puestos. Sobre eso no hay discusión posible.

Nos entrevistamos con cada uno de los integrantes del Depósito por separado y luego con la sección en pleno. Estuvieron de acuerdo en que la Interna confeccionara una lista de aspirantes a los nuevos puestos que, para no incentivar a la patronal a vetarla, no se haría pública, hasta que la propia empresa no difundiera la suya. La lista se usaría para negociar con la patronal cuando se revelara de cualquier modo el listado de ellos, o para orientar nuestra presión para llenar cada puesto. Tras dos semanas de forcejeos interminables no se había llegado a nada.

La tercera semana debutó con la llegada de dos “instructores” que vinieron para entrenar gente y que decían haber sido enviados por los fabricantes de la impresora, cosa que a todos nos costaba creer porque hablaban con alevoso acento español y la maquinaria era alemana. Decían que venían de la filial española de la fábrica. Nos pusimos inmediatamente en campaña para averiguar a través de unos familiares de Andrés que vivían en España si esa filial existía, porque a Fernández y a mí nos parecía rarísimo que una pequeña empresa fabricante de maquinaria abriera filiales de una punta a otra de Europa, y encima en el país menos calificado de la Comunidad Europea para el montaje casi artesanal de un equipo sofisticado.

Jugándonos a que tal vez los “instructores” tenían más influencia que la que pretendían, les insistimos para que entrenaran a Fernández, que ya había trabajado alguna vez en impresión, y de quien no dudábamos que estaría ausente de la lista

patronal, y a José Forcas, un tipo canoso de unos 45 años que había sido quien más había apoyado a Fernández en su sección antes y después de las sanciones, y que parecía haber pagado su osadía con la marginación de los aumentos selectivos. Dijeron que no tenían problema pero que lo consultarían con la conducción de Turba.

A los dos días los instructores llamaron a su primera sesión de entrenamiento a seis integrantes del Depósito en lugar de cinco, entre ellos a Fernández y a Forcas, pero aclararon que ese no sería el equipo definitivo, sino que eso se decidiría más tarde. Ante una pregunta que le hizo la Interna ante el flamante grupo, dijeron que no había un número tope, y que eventualmente se podrían quedar los seis, porque de todos modos la empresa pensaba ampliar sus tareas de impresión. ¿Impresión de qué tipo?, preguntamos. Dijeron que de distinto tipo, que estaba por verse.

El segundo llamado telefónico que hizo Andrés al día siguiente a sus parientes en Madrid reveló que ni en la guía telefónica, ni en la cámara de fabricantes de máquinas herramientas, ni en ningún lugar razonablemente informado tenían la menor noticia de que hubiera una filial de un fabricante alemán de impresoras en España.

Quedamos profundamente satisfechos. Habíamos conseguido un empate más que honorable en la primera partida, e incluso nos habíamos ahorrado propiamente el combate. El tema del paro inmediato iba diluyéndose en parte por la elección de Néstor en la Interna, que tranquilizaba a los más duros, y en parte porque la empresa había retomado la ofensiva con la impresora y había colocado así a todo el personal nuevamente en la defensiva. De pronto tendíamos a pensar que la urgencia nuestra de definir todas las cuestiones pendientes podía responder más a la falta de seguridad que al sentimiento de la oportunidad. Entramos en una suerte de triunfalismo sosegado y satisfecho, que en Andrés y Néstor se tradujo en la iniciativa, aprobada expeditivamente por unanimidad en una asamblea, de presentar un petitorio con la solicitud de formar la comisión obrero-patronal para el análisis de las promociones y los castigos. Yo había respaldado desde el inicio la idea solo como una forma de hacer tiempo hasta que una nueva pequeña provocación de la empresa nos sirviera para relanzar la campaña por todos los castigados como parte de un conflicto en el que también los favorecidos por la empresa se sintieran involucrados.

Pero la provocación que llegó fue demasiado grande, y al comienzo generó más terror que indignación, un terror que acercó nuevamente por primera vez desde el comienzo de la verdadera actividad sindical en Turba a los pesos pesados de la empresa entre el personal, como Ibarra y Granstein, a una asamblea. Apenas habían pasado dos semanas de entrenamiento del equipo de la impresora, cuando de un viernes para un lunes, según la ya arraigada costumbre de los Gaitanes, una rotativa apareció no muy lejos de la impresora. No bien corrió el rumor, la mayor parte de la gente reaccionó con tanto miedo que nadie gastó siquiera un segundo en imaginar alguna forma de exigir información a la empresa o de protestar. Todos se dedicaron exclusivamente a elucubrar sobre las desgracias o beneficios que podían estar

aguardándonos. La división corrió por eso no por los carriles explícitos de las ocasiones anteriores, sino por las vías sesgadas de la interpretación: los duros pensaron que el despliegue mecánico era la confirmación palmaria de que la empresa había sido vendida. “Los Gaitanes van a quedar con la tarea de rajar a todo el mundo y dejarle a los nuevos dueños los edificios y las máquinas limpiitos, después se las toman a Brasil o las Bahamas”, decían. Los blandos pontificaban que no había que abrir el paraguas antes de que lloviera, y deslizaban, no sin cierto temblor de duda en la voz, que en un diario había lugar para mucha gente, tal vez para todo el personal de Turba.

Pero la negativa de los Gaitanes a entrevistarse con la Interna aun en medio de una sucesión tan abrumadora de hechos sugestivamente compatibles con las peores versiones en circulación, terminaron desdibujando todas las viejas fronteras entre el personal y forjando un comienzo de solidaridad que jamás se había visto en esa empresa. En la asamblea donde los pesos pesados de la empresa hicieron su asombrosa *rentrée* se resolvió darle un plazo de 24 horas a los Gaitanes para entrevistarse con la Interna y dar información sobre lo que significaban las maquinales apariciones en el Depósito. Pero una vez más fue solo Madurga quien asistió a la reunión con la Interna. Dijo que se trataba de una mera “ampliación de nuestros negocios”, y que por ella “la empresa no tiene que rendirle cuentas a nadie”.

Pasados tres días del plazo, que se extendió de facto por el desconcierto general en que estaba todo el mundo, se corrió la versión de que los Gaitanes no habían sido vistos en la empresa desde la asamblea del ultimátum. Aunque existían muchas dudas, porque había acceso directo de la calle a las oficinas de ellos, todo encajaba tan bien en las versiones de una venta que ya nadie puso en duda que se hubieran fugado. También se pensó que tenía que ver con la fuga un viaje que retenía supuestamente desde hacía dos semanas a Mejía en Europa. Él había comentado de su viaje ya mucho tiempo antes de efectuarlo. Pero con las cosas que estaban pasando nadie creía que su oportuna ausencia pudiera estar desvinculada de los planes de los Gaitanes, aunque más no fuera a través de una eventual voluntad de Mejía de desaparecer para no convalidar con su presencia un vaciamiento.

Se hizo una asamblea donde el corrimiento que había igualado a los blandos en sus posiciones junto a los duros siguió su curso hasta lograr la inversión completa del panorama político de Turba. Ahora los duros, resignados ya al cierre y más bien deseosos de cobrar al menos una indemnización en regla, se convirtieron en los verdaderos blandos. Y los blandos, desesperados por ver tronchados los sueños que habían amasado en medio de las bonificaciones y los premios, no podían ocultar unos deseos gigantescos de incendiar la planta con Madurga adentro, pero fieles a su trayectoria esperaban que fueran los viejos duros los que prendieran la mecha. Ellos se limitaban a exigir de la gente que durante años habían verdugueado e instruido en las virtudes de la obediencia y la cobardía una “respuesta de la mayor dureza contra esta fuga indecorosa de las más altas jerarquías de la empresa”, como dijo Granstein

dejando estupefacto a todo el mundo, menos a los nuevos “duros”, que parecían haber coordinado el malón rebelde entre sí.

Pero los viejos duros acusaban una inhibición flamante y notoria para el uso de la palabra, que parecía vincularse más con el espectáculo inaudito e inesperado de la presencia combativa de los capitostes que con cualquier motivo más sustancial. El perfil del auditorio había cambiado tanto que eran justamente quienes más habían hablado en el pasado los que mayores dificultades tenían ahora para pensar siquiera una intervención, mucho más aún para efectuarla.

Cuando Andrés le preguntó a Granstein qué ideas tenía sobre lo que se podía hacer, el jefe de Ventas le dijo que “una estafa de esta magnitud a la conciencia y el bolsillo de tanta gente merece una respuesta no solo sindical sino política”. Y propuso, palabra más palabra menos, denunciar lo que estaba pasando a los legisladores, como si él hubiera tenido claro qué era lo que estaba pasando. Andrés lo apremió sobre el tema sindical, que era el de nuestra incumbencia más inmediata. Ahí Granstein puso exactamente la misma cara atontada que solía poner cuando le hacían preguntas tan difíciles como cuál era el año de la Independencia norteamericana, la Revolución Francesa, o el descubrimiento de América, hizo luego el mismo gesto de obviedad insegura e histriónica que esbozaba cuando tartamudeaba las respuestas a esos enigmas y, con el labio inferior demostrativamente caído hacia abajo en ostentación pedagógica destinada a subrayar lo perogrullesco de la solución, dijo:

—Bueno, qué sé yo. Está lleno de medidas que se pueden tomar. Desde la ocupación de la planta hasta un paro hasta que aparezcan los Gaitanes.

Andrés no parecía aquejado por las inhibiciones de otros asambleístas también curtidos. Le dijo:

—¿Tu propuesta es que ocupemos la planta?

Nueva caída del labio inferior. Nuevo gesto de obviedad. Idéntica ausencia de definición. Finalmente:

—Bueno, qué sé yo. Eso lo tienen que definir los compañeros. Pero a mí me parece que hay que hacer algo.

El rockero Martín gritó:

—¡Hace rato que la tendríamos que haber ocupado la planta!

Y siguiendo la nueva dinámica fue Diana la que se atrevió a preguntarse en voz alta si no convenía discutir bien qué era lo “más conveniente y efectivo”.

Lo que yo tenía en la cabeza no era para presentar en público. Recordaba haber leído en un libro de un empresario inglés sobre el Japón relatos increíbles sobre los secuestros de altos ejecutivos por su personal, que solían hacerse en el supuesto imperio de los esclavos alegres: los empleados a quienes en Occidente se pintaba como robots despersonalizados dispuestos a morir de hambre para satisfacer a su patrón rodeaban durante interminables horas las oficinas del patrón, o sus personeros claves, les impedían salir y los torturaban con sus reivindicaciones difundidas incansablemente con altoparlantes hasta que una buena parte de ellas eran satisfechas.

Gajes de la “ofensiva de primavera”, famosa entre los estudiosos del Japón y descaradamente ignorada por la gran prensa y los “formadores de opinión” de Occidente. ¿Se podía cercar a Madurga en su oficina? ¿Serviría de algo? En nuestro país se habían visto cosas así solo en años muy determinados que habían quedado sumergidos para siempre en la memoria de la gente entre las tinieblas que les siguieron. ¿Pero, además, de qué serviría algo así en una empresa fantasma cuyos dueños no aparecían por ninguna parte? Y sobre todo ¿qué capacidad de decisión tenía el único cercable, Madurga?

Omití toda referencia a alguna presión física y propuse simplemente que fuéramos todos en masa a buscar a Madurga para exigirle que se formara la comisión por los castigados y se firmara un documento por el que la empresa se comprometía a no efectuar ningún despido hasta fines de 1993. Una especie de tregua de nueve meses durante los cuales pensaba que se podía modificar radicalmente el tipo de relación que teníamos con la patronal, o más bien la falta de ella. Yo creía que en mi formulación quedaban perfectamente disimuladas las opciones no del todo pacíficas que quería dejar abiertas para nosotros. Pero más de uno vio todo con demasiada claridad, porque se oyeron comentarios de que si “entrábamos en esa vamos a terminar a las trompadas”. Fernández propuso entonces que se les diera simplemente a los Gaitanes un último plazo de 24 horas para empezar a negociar sin intermediarios con la empresa. Se extendió sobre una serie de detalles y consideraciones para fundamentar que lo único que tenía sentido a esa altura era “verles la cara a los patrones”, y que cualquier acción sobre Madurga sería inútil y podría complicar gratuitamente las cosas. Y cuando había conseguido un consenso prácticamente unánime para su punto de vista, se despachó con lo más inesperado de toda la asamblea:

—Si mañana a esta hora no están acá, negociando con la Interna una salida a esta situación, hay que tomarles la planta y difundir a los cuatro vientos lo que está pasando en esta supuesta empresa progresista. Y convendría que el sindicato esté también al tanto de todo porque nos va a hacer falta en el futuro.

Sobrevino un silencio absoluto. Los jefes que hasta un minuto antes parecían tener las cosas muy claras y estar dispuestos a todo se unieron al desconcierto general. Fernández no había hecho la propuesta formal de someter a votación si se iba a tomar la empresa al día siguiente, ni si íbamos a abrirle las puertas al sindicato. Pero ese “hay que tomarles la planta” tenía suficiente aspecto de propuesta para que solo con mucho deseo de esquivar el bulto pudiera ser ignorado, y era inconcebible ocupar una empresa sin mantener al menos informada a la directiva del sindicato.

Diana se prestó entonces para sacar a todo el mundo del aprieto proponiendo que la Interna comunicara el último plazo a Madurga y le advirtiera que si el plazo era desatendido una asamblea decidiría de inmediato medidas de lucha drásticas. La postergación de todo hasta el día siguiente convenía a todo el mundo. Y la propuesta fue aprobada por unanimidad, en medio de un alivio general tan grande que desde

afuera podría haber sido confundido con una euforia proveniente de una buena noticia.

Yo recordé entonces la sugerencia de Fernández sobre el sindicato e insistí en que se pusiera en práctica de inmediato. Ni siquiera los jefes se animaron a mocionar en contra, y la vieja barrera infranqueable hacia el sindicato fue superada también con un voto de unanimidad. Pero la inesperada acrobacia ideológica de los antiguos blandos resignándose a alzar la mano en apoyo del recurso al sindicato dejó marcada en sus rostros una mueca de oscura preocupación, mientras la propia euforia inicial cedía en todos los demás, como asombrada repentinamente por su propia falta de fundamentación.

Y sin embargo la nerviosa alegría que se había difundido tras votarse enviar una vez más la pelota al campo de la patronal se correspondía bastante bien con lo que sobrevendría al día siguiente como producto de esa decisión, aunque nadie habría podido imaginarlo ni apostando a sus fantasías más rocambolescas. De hecho lo que predominó tras el fin de la asamblea fue más bien el temor por las vías extraordinarias por donde estaba transcurriendo todo y la impresión de que la empresa —si es que algo así seguía existiendo— no abandonaría jamás su actitud ganadora.

Solo la propia actitud de Madurga, demasiado decidida y agresiva para alguien que tiene resueltas sus cosas, nos empezó a dar un atisbo de esperanza de que los Gaitanes no tuvieran todavía ganada la partida. Cuando le dijimos aquella tarde a la secretaria que queríamos verlo para comunicarle el resultado de la asamblea, nos hizo decir que no podía recibirnos. Pero su oficina no estaba tan protegida como la de los Gaitanes, sino que quedaba en una ubicación anterior al escritorio de la secretaria, muy inapropiada para fingir ocupaciones o actividades que mantuvieran absorbido a quien estuviera allí. Insistimos ante la secretaria y le pedimos que lo consultara de nuevo, porque no nos podíamos ir de ahí sin comunicarle la resolución.

Cuando la secretaria entró por segunda vez pudimos ver que Madurga estaba solo y acababa de colgar el teléfono. Nos apostamos al lado de la puerta. Cuando la secretaria salió y nos miró con cara de resignado “no”, intentamos hablar con Madurga desde el pasillo:

—Es solo un segundo, Madurga. Queremos que la empresa sepa lo que resolvimos, y te dejamos tranquilo —le dije, y esboqué un movimiento como para entrar.

—No entren porque no los voy a recibir. No tienen que informarnos nada.

—Lo que el personal tiene para informar lo decide el personal, no la empresa. Si no, no sería información del personal sino de la empresa, Madurga. No sé si sabés que el feudalismo no existe más, hace un par de siglos —dijo un Néstor asombrosamente indignado, mientras yo sentía vergüenza por no haber imaginado

nunca antes que ese militante aparentemente tan cuadrado de una secta podía tener una capacidad de respuesta tan oportuna. Tuve ganas de abrazarlo.

—No existirá, pero a esta empresa no le interesa lo que ustedes tengan que decir, y háganme el favor de evacuar la entrada de mi oficina porque estoy muy ocupado —dijo Madurga, inmutable. Él sí era demasiado cuadrado para entender la alusión histórica.

—Mañana vas a estar más ocupado, Madurga —le dije—, porque la asamblea les dio un plazo de 24 horas para que alguno de los Gaitanes se reúna con nosotros y si no, se van a resolver medidas que te pueden ocupar las 24 horas del día durante mucho tiempo.

—¿Pero ustedes quién carajo se creen que son!? ¡Vamos, rajen de aquí!

—Nosotros somos la Comisión Interna, Madurga. Y yo no te insulté ni pretendí correrte así jamás. Así que moderá tu lenguaje porque vamos a andar mal —le dijo Andrés.

—¡Ustedes no son nada, che, déjense de joder y tómenselas de acá!

Nunca pude saber exactamente con qué sentimiento Andrés y Néstor se retiraron en el mayor de los silencios esa tarde junto conmigo de la entrada de la oficina de Madurga. Ellos habían estado persuadidos todo el tiempo de que teníamos que caminar con pies de plomo porque nuestra situación era muy débil y la gente no iba a apoyarnos en una línea dura. No habíamos tenido tiempo de charlar cómo veía cada uno la situación luego de que los jefes asombraran a todo el mundo asistiendo a una asamblea y alistándose entre los duros. Pero la actitud de ambos en la asamblea y sobre todo el rechazo que ambos sentían, como izquierdistas tradicionales, a recurrir al sindicato controlado por la burocracia peronista me hacía pensar que la asamblea no debía haberlos sumido en una euforia combativa. Por eso, aunque inicialmente estuve a punto de tirarle un trompazo a Madurga, disfruté en seguida íntimamente sus torpes groserías: podían aportar la gota que faltaba para que Andrés y Néstor radicalizaran por su orgullo herido las posturas que sus respectivos tradicionalismos —uno de origen staliniano, el otro trotskista— conservaban aún dentro de un matiz expectante y defensivo.

Los dos mantuvieron durante el resto de ese día una actitud reservada e impenetrable. Pero al menos pude comprobar no bien nos alejamos de las oficinas de la Dirección que mis esperanzas no eran del todo infundadas, cuando con toda naturalidad propusieron discutir cómo haríamos para cumplir el punto de la resolución referido al sindicato. Quedamos en que yo —que confesé haber estado una vez con el secretario gremial de la directiva de Capital— iría en ese mismo momento al sindicato, y después hablaríamos. Ellos se quedarían porque en esas condiciones al menos dos delegados tenían que estar presentes por cualquier eventualidad.

En el sindicato no encontré al secretario gremial, pero me recibió el adjunto, que para mi asombro estaba absolutamente al tanto de todo lo que le había contado yo al titular. Dijo que él se iba encargar de nuestro tema y que la conducción iba a

respaldar todas las resoluciones votadas en asamblea. Pero deslizó que no sabía si la toma de planta que se estaba discutiendo era lo que más nos convenía “en este caso”. Dijo que si queríamos iría al día siguiente a Turba a pedir una entrevista con los Gaitanes. Le dije que eso es lo que más deseaba yo, pero que tenía que consultarlo con el resto de la Interna. Quise arreglarlo por teléfono desde el sindicato, pero Andrés me dijo que él y Néstor querían “hablar ese asunto más detenidamente”.

Alcancé a estar de vuelta en Turba cuando todavía nadie había terminado su jornada. Tuvimos de inmediato una reunión de la Interna. Andrés y Néstor hicieron largas peroratas, que me sorprendieron totalmente, sobre el peligro que a su entender representaba la “injerencia de la burocracia” en nuestro conflicto. Dijeron que podía dividir a la gente y arruinar todo. Poco a poco me fueron dejando absolutamente claro que no veían que hubiera habido más cambio sustancial en nuestra situación que el simple hecho de que algunos jefes habían empezado a “poner huevos en nuestra canasta”. “Pero no te olvides, Ricardo, que estos ponen hoy en nuestra canasta pero conservan los huevos que pusieron durante años en la de la empresa”, me advirtió pedagógicamente Néstor. Los dos repitieron las posturas que me habían comunicado al comienzo de nuestra gestión: convenía marchar con pies de plomo y hacer la menor cantidad de olas posibles, hasta que nuestro respaldo entre la gente estuviera más asegurado.

—Mirá lo que te voy a decir, Ricardo, y te lo digo a sabiendas de que te puede parecer una barbaridad: en esta empresa hasta la ocupación de la planta es una medida moderada comparada con la intervención del sindicato. Para la gente de Turba el sindicato es peor todavía que el gobierno —insistió Néstor.

Yo hacía esfuerzos gigantescos para empapar de paciencia mis gestos, mis miradas, mis pensamientos. Pero en el fondo de mi cabeza desfilaba una serie de reflexiones indignadas. Me sublevaba ver cómo el radicalismo de los trotskistas y el pragmatismo de los ex stalinistas podía congeniar tan maravillosamente con las posturas de los quietistas, que sin embargo eran cada vez menos en Turba. Había que caminar con pies de plomo. Había que preservar a los destacamentos de la revolución para el momento oportuno, que podía ser el próximo acto del partido, en el que se mencionaría por ejemplo la adhesión del compañero Néstor, “de la Comisión Interna de Turba”, o el próximo número del periódico partidario, donde la foto y las elucubraciones del “dirigente de masas trotskista” sobre la crisis irremediable del capitalismo local y mundial no dejarían lugar para menudencias como la existencia de castigos sistemáticos contra el personal en la empresa “de izquierda” más célebre en la historia del país, o la maniobra fraudulenta que podía terminar con el saqueo de una empresa de diez fulminantes años de existencia en el mercado.

Pero lo que más me irritaba era que Néstor presentara como una “limitación” infranqueable de la “gente”, como una barrera insuperable puesta por la “conciencia de los compañeros”, el rechazo que a él mismo le producía recurrir a los dirigentes que los periódicos trotskistas mencionaban todas las semanas como la “burocracia

podrida y traidora de la CGT”. Yo no amaba a la conducción de la CGT, pero odiaba suficientemente a Turba y la prepotencia patronal de cualquier empresa típicamente argentina, típicamente tercermundista, típicamente rentista y parasitaria, y en tren de autovaciamiento, como para matizar cualquier inquina contra la conducción acomodaticia y corrupta de los sindicatos de nuestro país. Y más importante aún, no me preocupaba lo que nuestra actitud en Turba pudiera representar como “enseñanza” para las “camadas revolucionarias” o para cualquiera. La patronal nos quería reventar y nuestro deber era sobrevivir por todos los medios razonables. Y un sindicato, por más dudosa que fuera su conducción, era apoyo razonable para cualquier trabajador.

Pero no mencioné nada de eso. Hablé del secretario gremial. De la confianza que me había inspirado. De que su adjunto parecía aun más interesado que él en nuestro problema y aun más decidido a jugar los recursos enormes de su estructura en nuestro apoyo. Preferí aparecer como un ingenuo seducido por el don de gentes de expertísimos burócratas sindicales que como un pragmático munido de una visión global de todo el tema sindical que ellos pudieran considerar pecaminosa o desviacionista. Pero sobre todo di a entender lo más suavemente que pude que si ellos no aceptaban que viniera el adjunto a entrevistarse con los Gaitanes, yo iba a sostener esa propuesta en la próxima asamblea.

—La asamblea no votó que venga el sindicato —dijo Andrés.

—Votó que se informe al sindicato, y si no se le da oportunidad de intervenir al sindicato en las negociaciones ese voto solo va a servir para que la directiva sienta que la quieren usar de forro reservándola para el momento final, si las papas queman y nadie más puede sacarlas del fuego —contesté—. Pero lo peor es que no estamos queriendo admitir que las papas queman desde que la empresa no acepta reunirse con la Interna, y ya mismo estamos usando a la directiva de forro. Dejarlos intervenir recién después de mañana, con la planta tal vez ocupada y la noticia en el parlamento, ya no va a ser usarla de forro. Va a ser tomarle el pelo tan alevosamente que solo un despistado no se ofendería en el lugar de ellos.

Ahí ocurrió lo inevitable. Néstor se puso verde. Desgranó ante mí —que desviaba la mirada avergonzado de mi propia torpeza por haber defendido tanto a la “podrida burocracia” frente a un chupacirios del trotskismo— el abecé de un dogma que yo habría debido tener más presente para no desatar esa tormenta: que a él le importaba un rábano que esa “puta burocracia” se ofendiera todo lo que quisiera, que más se tenían que ofender los “millones de trabajadores” afiliados que habían sido traicionados por nuestro sindicato, y que yo no tenía la menor idea de lo que nos podía pasar, “si tan solo esos reverendos hijos de mil puta ponen apenas la punta de una de sus mugrientas uñas en nuestro conflicto”.

Retrocedí en toda la línea. Pasé a un modo suplicante. Imploré que me dejaran probar. Les dije que llamar al sindicato una vez que estuviera ocupada la empresa iba a impedir todo tipo de intervención eficaz.

—Los Gaitanes no van a recibir a nadie que tenga olor a trabajador si nosotros les

ocupamos la planta. Después de mañana ya va a ser tarde. El sindicato debe ser el último recurso antes, no después, de la ruptura total que representa la ocupación — insistí.

Para mi asombro absoluto, la fórmula mendicante produjo el efecto exactamente contrario al que había previsto: mostrar blandura hizo que ellos se empecinaron más en su rechazo, como si la dinámica que pautaba la relación con el patrón fuera en realidad la que gobernara todo vínculo humano —incluso el de los delegados entre sí— en el ámbito selvático de esa empresa. Entonces les dije que “a mi entender” correspondía llamar a una asamblea breve, antes del plazo de nuestro ultimátum — que vencía a las 18 horas—, para que pudiera votarse si hacer o no esa última gestión que se desprendía prácticamente de nuestra primera consulta con el sindicato, pues el secretario gremial adjunto había propuesto justamente dar ese paso antes de ocupar la planta.

Cuando Andrés y Néstor empezaron a responderme me asombraron hasta tal extremo inconcebible que por momentos pensaba estar soñando, y por momentos me sentía víctima de un oscuro pacto propio de las trenzas de la política. Los dos se negaban rotundamente a hacer esa asamblea porque no había sido votada, pese a que de hecho el personal estaba en estado de asamblea permanente, discutiendo en corrillos y sin mantener ninguna ficción de que se trabajaba desde hacía un día y medio.

Nuestra relación había sufrido en escasos minutos un deterioro que no podía comprender y del que me sentía tremendamente culpable. Pero al mismo tiempo sentía que no podía ceder en ese punto: justamente por considerarme el más duro de los duros sentía que obviar cualquier paso que la moderación espontánea de una persona razonable indicara en la consecución del conflicto era un suicidio. Peor aún: a conciencia o no, se me culparía a mí —el “loco”— y a los otros que mantuvieran posiciones duras en esta fase del conflicto por cada error de imprudencia, como este que Andrés y Néstor estaban cometiendo por mero rechazo izquierdista al sindicato.

Insistí en que se convocara a esa asamblea, uniendo una última vez argumentos suplicantes y duros, hasta que Andrés me dijo lo que yo necesitaba oír para convencerme de que por ese camino no iba a ninguna parte:

—No, Ricardo. Si querés, en todo caso convocala vos. Pero yo no me voy a hacer responsable de algo así.

—¿Ustedes concurrirían si la convoco?

Andrés dudó un segundo, y Néstor respondió por los dos:

—¿Cómo vamos a ir a una asamblea que nos parece totalmente injustificada? ¿Adónde vamos a parar así? ¿Cada uno que se le ocurra ahora debatir un punto va a llamar a una asamblea antes de las que están oficialmente convocadas para aclarar alguna cosa? ¡Por favor!

—Es un miembro de la Interna el que la propone, para tratar una propuesta hecha por la directiva del sindicato —contesté.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿La directiva y los delegados tienen más derechos que los compañeros?

Esa demagogia me irritó lo suficiente para acelerar la discusión.

—Bueno, está claro que no nos vamos a poner de acuerdo en ese punto —les dije—, y a mí ni se me pasa por la cabeza la posibilidad de que en el medio del quilombo en el que estamos un delegado llame a una asamblea en la que no van a estar los otros dos. ¿Qué les parece entonces que propongamos en la asamblea de las 18 hacer esa última gestión a cargo del sindicato antes de ocupar?

—Si querés hacéla vos, pero a título personal —contestó Néstor—. Yo no estoy convencido de que sirva para algo.

—¿Y vos, Andrés?

—Me parece que es muy temprano para definir qué vamos a hacer mañana. Veamos antes cómo viene la mano. Veamos cómo reacciona la empresa. Tampoco está dicho que los Gaitanes no se aparezcan y se pongan a negociar antes de que intervenga el sindicato o quien sea.

Los temores y el rencor se me disiparon rápidamente, e interrumpí ahí mismo el forcejeo. Había obtenido finalmente más de lo que quería. Yo había sugerido que todos hiciéramos la propuesta como una forma de introducir lo que yo pensaba hacer de todos modos: presentarla solo, si ellos se negaban. Pero con su pedantería Néstor me había invitado él mismo a hacerla “a título personal”. Yo podía aparecer haciendo lo que ellos mismos me habían recomendado, y además ellos habían sentido obviamente que habían ganado la partida dentro de la Interna. De modo que una posterior propuesta mía a la asamblea tendría en cierto modo ante los ojos de Néstor y Andrés el aspecto de un mínimo consuelo que yo me merecía por esa derrota, cuando en realidad quién hiciera la propuesta o contar con el respaldo de ellos me importaba a esa altura un comino, con tal de que se pudiera mostrar ante el sindicato, la gente, los jefes y la empresa que existía una propuesta de hacer una última gestión mediadora, y que esa propuesta no implicaba el estallido de la Interna, porque solo así se podía golpear fuerte más tarde, pasara lo que pasara con la propia propuesta.

Pasé una noche de pesadilla. La discusión con Néstor y Andrés me había impedido volver al sindicato a tiempo para charlar la situación con el secretario gremial adjunto. Cuando llamé por teléfono a las siete y media de la tarde ya no quedaba en la sede nadie que me pudiera decir si él iba a estar al día siguiente, y en todo caso en qué horario. Anestesié el insomnio relejendo *El milagro programado*, de Frank Gibney, sobre el Japón, que había leído hacía años y cuyas anécdotas habían retornado tan nítidamente en el recuerdo durante esa jornada. Marqué algunas citas, y decidí llevarlo al día siguiente al trabajo. Quería ver qué efecto tenían sobre Marcos, con el que había discutido bastante sobre el Japón, y en quien estaba descubriendo con asombro en esos días un posible aliado que me sirviera de apoyo en las asambleas en caso de que mi aislamiento dentro de la Interna se agravara. Releía y releía algunas partes subrayadas por mí que resultaron tener esa noche un extraño

efecto sedativo que podía ayudarme a dormir. La última parte que alcancé a releer decía: “Incluso cuando el asunto toma mal cariz y el sindicato bloquea pisos enteros, aislando a los ejecutivos en sus despachos durante horas, y a veces hasta un par de días, la dirección raramente pide ayuda a la policía. Por una parte la policía japonesa se muestra notablemente cauta cuando se trata de disolver cualquier manifestación laboral que pueda degenerar en tumulto. Una larga experiencia de hostigamiento por parte de abogados laboristas y miembros socialistas de la Dieta han dado como resultado que los encargados de velar por la ley hagan oídos sordos a las llamadas de ayuda de las empresas. El director japonés prefiere asumir la actitud de un padre paciente y comprensivo, que permite que los hijos revoltosos obren a su antojo, antes que parecer represivo o duro de corazón”. Y después me dormí.

A las doce del día siguiente me dijeron que encontraría al secretario adjunto a las catorce. El ambiente caótico que reinaba en Turba me permitía ausentarme sin siquiera tener que recurrir a la licencia gremial. Estuve en la sede del sindicato a las dos menos diez. Esperé casi una hora. Cuando llegó le conté en una versión muy lavada las “inquietudes” que movían al resto de la Interna a “dudar” de hacer una propuesta para que interviniera el sindicato, por lo que me habían “sugerido” que la hiciera yo solo. Atribuí íntegramente las “dudas” de Néstor y Andrés a su temor por la reacción de la gente y de la empresa, sin mencionar para nada sus planteos morales o ideológicos contra el sindicato. Pensé que así evitaría que el secretario se indispusiera con ellos. Pero el efecto que tuvo mi relato me tiró el alma al piso.

Quizá por temer él también la reacción de la gente, o porque como alto dirigente estaba completamente al tanto de todo quizá antes de que yo se lo informara, o porque deducía fácilmente la verdad de un fuerte enfrentamiento en la Interna detrás de mis palabras, tomó una gran distancia y me desaconsejó hacer la propuesta. Me sentí profundamente idiota. Parecía predestinado a provocar rechazo, escepticismo y desconfianza en todo el mundo. Quería mover la montaña que era una empresa y no conseguía desplazar un grano de arena, no podía persuadir absolutamente a ninguna de las personas que me eran necesarias para aplicar aunque fuera una mínima presión sobre Turba. Se estaba repitiendo con irritante exactitud el asombroso distanciamiento que había ocurrido con la Interna. Ya sin convicción alguna ni siquiera para eludir los caminos que habían conducido al fracaso del día anterior, adopté el tono implorante. Le dije que yo no creía que existieran los riesgos que el resto de la Interna y ahora él mismo veían, pero que de todos modos yo como delegado sentía la fuerte necesidad de recorrer todos los caminos razonables antes de llegar a un enfrentamiento radical con la empresa y el propio Estado como era una ocupación de planta. Con un tono ceremonioso añadí que nunca olvidaría su gesto si él se avenía a concurrir a las dieciocho a la empresa para esperar la resolución de la asamblea ante la moción que yo iba a hacer para que interviniera el sindicato. Le dije que como él bien se imaginaría yo tenía una “formación de izquierda”, pero que nunca había apreciado a los partidos, de ningún tinte ideológico, y que con el tiempo

había hecho del sindicalismo, de la solidaridad entre los de abajo y el coraje frente a la prepotencia de los jefes de cualquier institución mi verdadero ideal de vida y acción social. Le dije lo que de verdad pensaba aunque solo lo comentaba entre mis amigos y nunca permitía que se me escapara en Turba:

—Para mí un sindicalista leal con sus representados, aunque no tenga la contabilidad de sus libros todo lo clara que es de desear, como ocurre a veces en nuestro país, hace más historia y vale más para el progreso social que todos los dirigentes de izquierda y progresistas reunidos. Yo no esperé a la caída del comunismo para pensar esto. Lo pensé por primera vez mientras participaba de la movilización que convocó Lorenzo Miguel en 1975 por la homologación de los convenios, que terminó con la caída del brujo López Rega, al que todo el país odiaba pero nadie había conseguido voltear.

Cuando terminé de hablar tenía la impresión de que esta vez la imploración había sido más esmerada que el día anterior y tal vez no sería tan inútil. No me equivocaba. El secretario fingió que había habido una confusión.

—Por supuesto. Si vos querés que yo esté, voy a estar ahí, no te quepa la menor duda. Yo solo quise advertirte que puede haber problemas con la gente. Con la empresa no nos importa. Somos un sindicato, nacimos para enfrentarnos con las patronales. Pero siempre que podemos evitamos tener roces con la gente. Y sabemos que en Turba la gente no nos tiene mucha confianza. Por eso lo pensamos dos veces antes de intervenir ahí. Pero si a vos te parece que está bien, vamos a estar.

Se lo agradecí tantas veces como me lo permitía la conciencia de estar frente a un dirigente que estaría acostumbrado como todos a economizar afecto. Quedamos en que a las dieciocho él estaría en la empresa. Ya había salido del edificio cuando me di cuenta de que hasta las dieciocho podía haber novedades que requirieran la presencia de él antes. Pero no quise resultar tan cargoso, y seguí camino a Turba.

Cuando llegué a la editorial había un gran revuelo porque había corrido el rumor de que al menos uno de los Gaitanes estaba instalado en su oficina. Nadie los había visto. Pero ya no se sabía quién había ido a la Dirección por un motivo no aclarado y juraba haber oído que la secretaria le pasaba un llamado a uno de ellos. A mí me parecía todo demasiado dudoso. ¿Qué había ido a hacer alguien que no fuera de la Interna a la Dirección con los ruidos de sables que se oían desde los dos bandos? ¿Cómo había podido correr el rumor sin que nadie buscara desde el comienzo averiguar quién era el que había oído esa comunicación? Pero sobre todo: ¿no era esa manera confusa la misma que empleaba siempre la empresa para hacer trascender sus versiones interesadas? En todo caso la versión amenazaba con desbaratar el proyecto enclenque que yo acariciaba. A mí me convenía que la gente virara un poco hacia posiciones más moderadas y se diera cuenta de que no podía lanzarse a un enfrentamiento descomunal sin antes probar todas las alternativas. Pero ese rumor estaba desatando un viraje mucho más acusado que el que yo deseaba. Los jefes ya ponían en duda no solo la ocupación que habían alentado menos de 24 horas antes,

sino que daban a entender que habría que aprovechar la oportunidad de la sorpresiva aparición de los Gaitanes —¿por qué estaban tan seguros de que el rumor era cierto?— para ensayar una aproximación que sorteara los escollos habidos hasta entonces.

Habían hecho correr la propuesta de crear una “comisión ampliada”, una forma de licuar en una representación ad hoc lo más numerosa o moderada posible la irritación que supuestamente causaba la Interna a la empresa. Querían que esa comisión ampliada pidiera entrevistarse con los Gaitanes. Por las versiones que me llegaban de su propuesta, parecían haber olvidado el plazo, el ultimátum y prácticamente el conflicto.

Yo simpatizaba mucho en general con la idea de una “comisión ampliada” y de cualquier forma de representación que diluyera entre los propios representados el status, la formalidad o la jerarquización de cualquier cuerpo ejecutivo, aunque yo fuera parte de él. Pero en ese momento preciso una comisión así solo serviría para darle un respiro a la empresa y marginar una vez más el sindicato. Si la Interna chocaba contra el muro de la intransigencia empresaria debíamos buscar apoyo más arriba, en el sindicato, que era más fuerte y podía actuar incluso de mediador por estar menos directamente involucrado, no más abajo, en nuestro representados, a menos que fuera para convocarlos a una medida de lucha, un paro, una ocupación de planta, o lo que fuera.

Por eso fui poco menos que presa del pánico cuando comprobé que una apreciable mayoría de la gente parecía simpatizar con la propuesta. Pero cuando ya trataba de resignarme a que todo se me fuera de las manos, vino en mi ayuda el dogmatismo y el orgullo que tantos dolores de cabeza me habían provocado el día anterior: Andrés y Néstor rechazaban rotundamente toda posibilidad de elegir una “comisión ampliada”. “Las elecciones fueron hace apenas unas semanas; Comisión Interna ya hay, si quieren otra que nos pidan la renuncia y organicen nuevas elecciones”, dijeron casi a coro cuando me les acerqué aprovechando que mostraban una cara de enojo que parecía esquivar mi persona, en lugar de tomarla como su único objeto, al modo del día anterior.

Andrés abundaba en lo suyo:

—Me banqué nueve años como delegado de esta gente que nunca quiso aguantarse una medida contra la patronal aunque los basurearan de cualquier manera. Era más cartón pintado que delegado. Ahora que hay quilombo no me van a decir que me desconocen como delegado. Que fijen la posición que quieran, pero a la empresa se la llevamos nosotros, no Ibarra ni Argüello, ni magoya.

Néstor mezclaba más un poco de cada cosa:

—Si formamos la comisión ampliada, es nuestra acta de defunción como Interna. Si no podemos negociar solos, para qué carajo estamos. ¿Dónde se vio que en lugar de la Interna negocie todo el mundo con la patronal? ¿Y cómo nos vamos a hacer responsables de lo que firmen otros que pasado este conflicto se pueden borrar tranquilamente? Nosotros vamos a seguir dos años en el cargo bancando los

compromisos que impongan Barrientos, Argüello o cualquiera en la negociación con la patronal. Porque el colmo es que ninguno de los que quieren la comisión ampliada o estarían en ella piensa ni por asomo presentarse a elecciones si renunciamos. Acá no se quiere presentar nadie porque todo el mundo sabe que los Gaitanes se lo cogen tranquilos. Porque nadie va hacer un carajo si ve que se lo están cogiendo.

Ahora sí debía marchar yo con pies de plomo, para aprovechar la situación. Dije:

—No sé. Tal vez en otra situación lo de la comisión no estaría tan mal. Pero ahora ellos la quieren para hacer dar marcha atrás a la gente, porque se tranquilizaron con la versión de que los Gaitanes están acá, y quieren reanudar sus lazos con la patronal. La cagada es que ahora parece que todo el mundo está con la comisión ampliada.

—A mí me importa un carajo. Si quieren formar ese engendro, que nos pidan la renuncia —soltó Andrés, amagando con abarcarme a mí también en la bronca que tenía contra los jefes.

¿Podían estar apostando a renunciar y negarse a una solución obvia al intrínquilis mediante la intervención del sindicato, ahora que los Gaitanes supuestamente estaban ahí? Quise averiguarlo:

—Che, yo arreglé con el secretario gremial adjunto para que venga a las dieciocho por si...

No alcancé a terminar, Néstor estaba fuera de sí:

—¡Otro más que se caga en nosotros! ¡Otro más que se caga en la Interna! ¡Ricardo, por qué no llamás al Papa también!

—Porque el Papa no está en la directiva del sindicato al que yo cotizo el dos por ciento de mis salarios desde hace casi veinte años —exageré.

—¡Dejate de joder, Ricardo! —insistió con mucha más suavidad, como si yo estuviera haciendo una travesura de la que me podía apartar con un consejo bonachón.

—Yo no le dije que va a entrevistarse con la patronal. Le dije que estuviera a las dieciocho porque se iba a votar una moción de aplicación inmediata para que el sindicato intervenga. Nada más. Si no se aprueba la moción, él se las toma. Así lo hablamos.

—Yo no estoy de acuerdo con eso. No lo apruebo de ninguna manera.

—Sí, ya lo sé. Los dos me lo dijeron ayer. Pero yo tengo derecho a presentar mi moción. Y además, ahora creo que a ustedes desde el punto de vista que tienen también les convendría apoyar la moción. Sería una forma excelente de frenar la ofensiva de los jefes. Además al sindicato vamos a tener que recurrir tarde o temprano, porque si esto sigue así va al camino judicial, y ahí va a tener que rubricar todo la directiva, y si no, tampoco podemos creerles a los Gaitanes algo que firmen solo ante nosotros, sin al menos el sindicato como testigo o garante... Pero ya mismo la mera presencia del sindicato revela hasta qué punto no tiene sentido la comisión ampliada. La directiva es un cuerpo orgánico como la Interna, no un invento de Ibarra.

—¡Miralo al anarco defendiendo a los cuerpos orgánicos! —soltó casi amistosamente Néstor.

Seguí argumentando pero lo hice solo con el fin de darles tiempo para que se pudieran reacomodar. Porque estaba claro que empezaban a entender que los jefes los podían aplastar a las seis de la tarde, y ya eran las tres. Pero una vez más descubrí que había pecado de exceso de optimismo.

—No, eso no —desechó Andrés, cuando les pedí por última vez que apoyaran la moción.

Me conformé finalmente con aquello que daba a entender el tono de sus voces: el temor ante la derecha, ante los jefes, los predisponía a ambos a una cierta tolerancia frente a la intervención del sindicato. Pero no querían comprometerse hasta el punto de apoyar abiertamente la moción. Se me ocurrió entonces que el voto fuera secreto: muchos iban a estar exactamente en la situación de ellos, y les iba a costar demasiado levantar la mano aunque estuvieran de acuerdo.

Siempre había pensado que el voto debía ser secreto en un sistema de democracia directa. Pero cuando se me había ocurrido plantear en la Universidad que se tomaran las decisiones por ese método los izquierdistas casi me cuelgan. Querían poder criticar a cada rival por el voto que emitiera y asegurarse la fidelidad de cada seguidor controlando que levantara el brazo en el momento oportuno y lo dejara abajo cuando correspondía. Me decían que yo quería “trasplantar al movimiento de masas la podredumbre del parlamento burgués”. En tres facultades diferentes expliqué que el voto secreto en el parlamento era una estafa indecente porque los legisladores no eran responsables solo ante su conciencia sino ante los electores que los habían votado, quienes deberían tener siempre el derecho a conocer qué diablos apoyaban en el Congreso sus elegidos. Pero añadía que yo pensaba que cuando la representación es directa, como en una asamblea de trabajo, o de un centro de estudiantes, o algo similar, la verdadera indecencia es el voto público, pues permite a los “aparatos” políticos y sindicales (el cuco de los trotskistas) presionar sobre la conciencia individual, única instancia ante la cual es responsable cada asambleísta que vota en esos ámbitos. Decía “aparatos” pero también pensaba “masa”, solo que no podía explicitarlo porque a la hora de la demagogia requerida por una discusión las masas siempre tenían razón para un activista arrinconado en un debate. En ninguna facultad encontré la menor disposición a considerar la propuesta.

Pero al dejar la Universidad y al aumentar mi experiencia en distintos trabajos empecé a pensar que tal vez podía volver a la carga con el voto secreto. Mi ideal de sindicatos eran los alemanes, que convivían por imposición de las leyes desde la posguerra con la urna dentro de la fábrica para decidir cualquier huelga. Nunca habían sido desairados por las bases en una votación, y en gran parte gracias a esa imposición ideada por las patronales para limitar sus prerrogativas habían conseguido en realidad una efectividad mayor que la de cualquier otro movimiento obrero: a veces bastaba la votación en favor de una huelga para que la patronal se moderara.

A fines de los ochenta un partido trotskista, cansado seguramente de que sus activistas fueran despedidos de las empresas por acatar las innumerables huelgas generales decididas por la CGT para desgastar al gobierno radical, hizo incluso campaña en las fabricas para adoptar el mismo método para cualquier paro. Néstor era de ese partido, pero por lo que yo sabía había entrado hacía muy poco tiempo y era también demasiado joven para conocer esa excentricidad que se había permitido episódicamente su organización durante un corto periodo de originalidad creativa ante un problema específico: una CGT que no dejaba de hacer huelga para favorecer a su partido peronista aunque las patronales aprovecharan para despedir a todo el mundo o para ahorrarse los jornales caídos.

Pero me tiré a la piletta:

—Che, estaba pensando que tal como viene la mano, con la versión de que los Gaitanes retornaron y los jefes están medio blanqueados por haberse hecho los combativos, va a ser muy difícil sacarles el control de la asamblea.

—La gente no es boluda, Ricardo —interrumpió Néstor.

—Sí, no es boluda, pero si se animaron tanto hasta ahora es en parte porque todo el mundo creía que los Gaitanes ya se habían fugado. Ahora muchos pueden sentir que volvemos a fojas cero y temer eventuales represalias de los jefes o los Gaitanes. Yo me acordé recién que hace unos años tu partido hizo una propuesta muy piola para que la CGT no pudiera hacer lo que se le cantara con los planes de lucha: propuso que los planes se decidieran en las fabricas por voto secreto, con urna. ¿Qué les parece si hoy votamos así las cuestiones más gordas?

—Che, Ricardo, no somos chicos. Acá cualquiera tiene que hacerse responsable de lo que vota. No vamos a jugar a las escondidas —dijo bonachonamente Andrés.

Néstor fue más duro. Pero por lo que dijo se veía que desconocía completamente tanto que su partido hubiera defendido ese método como los argumentos usuales de la izquierda contra él. Creyó simplemente que le estaba tomando el pelo. “Jamás” había podido su partido proponer algo así:

—¿Qué, es la Gestapo esto? ¿Vamos a tener que escondernos como si estuviéramos bajo la dictadura? Estamos en libertad y tenemos que votar a cara descubierta.

Abandoné toda esperanza y me resigné a combatir en las peores condiciones. Se veía que Néstor y Andrés no creían que los jefes se animaran a insistir con la comisión ampliada.

La asamblea comenzó con inusual puntualidad, y yo, que me demoré infructuosamente diez minutos en la entrada para ver si venía el secretario adjunto, no pude ver el comienzo. Cuando llegué y le pregunté a Diana qué había pasado hasta entonces, me dijo:

—Granstein es el tercer jefe que habla a favor de formar la comisión ampliada.

No habló nadie más.

—¿La Interna contestó?

—No.

Pero finalmente Andrés lo hizo. Yo ya estaba junto a él cuando empezó a hablar con ese tono tan particular que tenía para expresar un sentimiento íntimo de banalidad, cuando quería hacer pasar una posición no con un argumento asumido como propio, sino como producto del encadenamiento necesario de la lógica elemental. Eran un poco los gestos equinos de Granstein, pero en su cuerpo perdían el sesgo insanablemente estúpido y cuadraban perfectamente con el rol que se empeñaba en cubrir a cualquier costa: el del delegado de todo el mundo por excelencia, ubicado imperturbablemente por encima de cualquier partidismo, opinión particular o pensamiento personal. Algo que tampoco me había agradado nunca, pero que ahora me parecía pura belleza, cuando sin amenazar con renunciar, ni con enfrentarse a nadie, explicaba que “no veía” cómo podría seguir funcionando una Interna que tuviera que recurrir a comisiones ampliadas “ya no para negociar sino incluso para tener la posibilidad de que la patronal se digne a recibirla”.

Cuando terminó de hablar su posición parecía inatacable. Y yo empecé a temer, porque un triunfo demasiado fácil de la Interna contra la derecha nos volvería a fojas cero, impediría la intervención del sindicato y los Gaitanes nos aplastarían aun más fácilmente. Pero la derecha mostró ahí que ella tampoco era novata en esas lides.

—Bueno, perfecto, entonces reúnanse ahora con los Gaitanes y destraben la negociación —dijo Barrientos.

—No se trata de pedir al pedo otra reunión con la empresa en las mismas condiciones en que fracasamos antes, sino de cumplir el emplazamiento que hicimos ayer. Tenemos que votar las medidas de lucha que habíamos prometido, compañeros —dijo Néstor, negándose olímpicamente a ver que la gente estaba en ese momento más cerca de la derecha que de una ocupación de planta o incluso un paro.

Su desubicación fue providencial. La gente empezó a pedir una “última gestión” antes de pasar a una medida de lucha. Yo me felicité de no haber hablado hasta entonces. Pedí la palabra y dije que esa última gestión ya había sido preparada en realidad en todos sus detalles por parte del sindicato, pero que no había sido sometida a votación porque antes se había debatido el tema de la moción ampliada. Recordé que Fernández había propuesto en la víspera informar al sindicato de todo, y así se había aprobado por unanimidad.

—La directiva se comprometió a apoyar cualquier medida votada en asamblea, pero nos aconsejó que antes los dejáramos hacer una gestión ante los Gaitanes —dije.

Jugándome totalmente a mi buena suerte mentí que el secretario adjunto estaba esperando en el hall de la planta para que se votara sobre esa propuesta de gestión, que yo sometía como moción de orden a la asamblea.

A partir de ahí, la Interna mantuvo casi absoluto silencio y el enfrentamiento pasó a ser entre los jefes y yo. “Seamos realistas, si queremos facilitar las relaciones con

los Gaitanes no les mandemos justo a esa gente que los va a poner verdes, ahora si los queremos irritar más, adelante, podemos mandarles también un comunicado de las 62 Organizaciones peronistas”, dijeron más o menos dos jefes, y tuvieron el respaldo de otros dos oradores. Pero yo casi no prestaba atención a los oradores. Estaba totalmente pendiente de Néstor y Andrés. Pasaban los minutos y ellos no intervenían en contra de mi moción. Eso me bastaba.

Sentía que dos enfrentamientos sucesivos de los jefes contra los dos sectores de la Interna estaban volcando a la gente nuevamente hacia una mayor dureza. Pedí que se votara, y que se lo hiciera por urna, “para que no queden dudas y que cada uno lo haga a conciencia”. Gran indignación de los jefes: “¡Esto es el colmo, che, ¿estamos en una asamblea o en una mesa de póker?!”, gritó Ibarra, como si fuera experto asambleísta. Su escudero fue más frontal, se puso a gritar mirando a su alrededor con la intención de buscar aprobación: “¡Che, a guardarse que llegó la GPU! Ahora voto secreto y trabajos forzados”. Ya mucho más bajo pero aún audible, añadió como para sí mismo, trocando el tono burlón por una convincente indignación: “¡Pero qué manijazo, viejo, por qué no te vas a patotear a otro lado!”. Como para los ultraliberales argentinos, que en cincuenta años solo habían olfateado libertad en los cañones del ejército y de la policía, para los corifeos de la patronal una urna en una empresa era con toda sinceridad el paradigma de la dictadura. Recordé preocupado que Barrientos había militado toda su vida en el partido de Néstor, hasta que consiguió el trabajo de escudero de Ibarra y militante patronal, con funciones que yo nunca había entendido en la Administración. Esperé ansioso algún comentario de la Interna que habría podido sellar mi suerte ahí mismo. Pero Néstor y Andrés mantuvieron su maravilloso silencio. Se votó a mano alzada por el procedimiento: ganó el voto secreto por 35 contra 19 votos. Todos los votos en contra fueron de ocho jefes, de los izquierdistas más militantes y de Néstor y Andrés.

Pero a la hora de votar la intervención del sindicato muchos duros se acogieron a la flamante protección del sufragio: pude bajar a buscar al secretario adjunto con el respaldo de 41 votos contra ocho y cinco abstenciones, entre las que no dudé en contar dos por Néstor y Andrés. La barrera infranqueable entre la gente de Turba y el sindicato había caído.

Lo que siguió desafió la imaginación de cualquiera. Por empezar, mi mentira resultó verdad: cuando entré a las 18:45 al hall el secretario gremial adjunto dijo haber estado esperando el final de la asamblea desde hacía media hora. Fuimos con él y el resto de la Interna a pedir la reunión a las secretarías de los Gaitanes. Elvira nos dijo que iba a “hablar con Madurga”. Pero cuando ella se fue, a la otra, Miriam, se le escapó “no creo que puedan verlos hoy”, con lo que nos dejó claro que los Gaitanes estaban ahí. Cuando volvió, Elvira nos dijo que “Madurga los va a recibir el viernes”, es decir, dos días después.

—Mire, señorita, díglele que le ruego encarecidamente que nos reciba porque el personal está muy preocupado —insistió el secretario gremial.

Elvira había olvidado el nombre del secretario.

—Hilario Gómez, secretario gremial adjunto del sindicato —le recordó Gómez.

Elvira se fue. Volvió: Madurga no podía modificar su agenda porque estaba muy ocupado.

—Mire, señorita, dígame que tenga a bien vernos aunque sea acá un momentito para arreglar ese encuentro —insistió Gómez.

Increíblemente Madurga estuvo en seguida frente a nosotros, pero para envenenar más las cosas:

—No, señor, el personal no está preocupado sino soliviantado por gente como usted que viene a traernos problemas. Venga el viernes y si tengo tiempo lo atiendo, siempre que la gente se haya reencauzado para entonces; ahora hágame el favor de evacuar las oficinas —le contestó, antes de darse media vuelta y volver a desaparecer, al atónito secretario adjunto cuando este reiteró los argumentos que había expuesto ante las secretarías.

—¡Che, pero esta gente es verdaderamente muy rara, muy soberbia! —soltó el secretario acercándose a nosotros con cara de desconcierto y ánimo de discutir qué hacer.

Sentí que se nos iba de las manos la última posibilidad de empate o triunfo. No quise que los Gaitanes se la sacaran tan barata y modulé una voz grave como de corrillo, pero con un volumen tan fuerte como para que llegara hasta cualquier guarida en que estuvieran esos hijos de puta:

—¡Ma qué gente, son unas ratas! —expliqué.

Y entonces sí empezó la película. Sentimos una puerta que se abría cerca de nosotros y después unos gritos que tardamos mucho en identificar como la voz aguda, alterada por unos nervios femeninos de hijo único y mimado hasta el absurdo, de Gaitanes Junior que se abalanzaba sobre nosotros como un chico indignado al que le han quitado un juguete:

—¡¿Vos quién carajo sos, qué hacés acá en mi empresa, qué hacés acá pisando mi propiedad, quién carajo te permitió entrar, decime?! —fue lo que alcanzó a decir prendido a las solapas de la campera del secretario adjunto mientras Andrés y yo lo tomábamos de los brazos para sacárselo de encima a nuestro invitado.

Pero el secretario adjunto nos gritó en seguida con una cara admonitoria y una severidad asombrosamente más firme que la del más enardecido autoritario:

—¡No me lo toquen! ¡No lo toquen para nada!

Mientras Gaitanes Junior recibía la ayuda de su padre y de Madurga, que trataban de agarrarlo de otras partes de la campera y lo empujaban hacia la salida, Gómez repetía su respuesta como una cantinela:

—Yo soy el secretario adjunto del Sindicato de Trabajadores de Entidades Comerciales de la República Argentina y usted me va a sacar las manos de encima y me va a oír. Usted me tiene que oír.

—Te voy a oír las pelotas, hijo de puta. Te voy a oír después de que te reviente,

basura. Rajá de acá porque te boleteo ahora mismo —gritaba Gaitanes Junior mientras su padre lo azuzaba: “Sacámelo de acá, Jorge, sacáme a ese mafioso de acá”.

El secretario se mantuvo inmutable en la repetición de su cargo como un prisionero de guerra respondiendo con la enunciación de su nombre y rango a las torturas de sus interrogadores. Así se dejó arrastrar por el pasillo por los tres mandamases de Turba acompañado de cerca por Néstor y Andrés, que aguardaban ostensiblemente sus órdenes para salir de la pasividad que él mismo les había impuesto. Yo salí corriendo hacia el Depósito para llamar a la gente que seguía en estado de asamblea:

—¡Venga todo el mundo, los Gaitanes aparecieron de pronto y agarraron a trompadas al secretario adjunto! ¡Ahora lo están echando a patadas a la calle! —grité.

La enorme mayoría del personal de la empresa progresista por antonomasia del país pudo ver durante unos segundos cómo Gaitanes Junior le pegaba patadas al dirigente obrero en las piernas mientras lo empujaba por los hombros y le repetía las suavidades de antes, aderezadas con una sola nueva palabra, tomada prestada de su padre para ilustración de los inesperados espectadores.

—¡Rajá de acá, mafioso! ¡Rajá que te voy a reventar!

Fueron unos segundos. Porque no todos tuvieron la sangre fría del buen espectador, y el propio secretario adjunto, persuadido de que su objetivo pedagógico había sido cumplido, hizo por primera vez un esfuerzo eficiente por desprenderse de las manos de Jorge Gaitanes, faltas de suficiente entrenamiento por la práctica siempre más desfalleciente del tenis y el paddle, y no insistió más para que nadie tocara a sus perseguidores. Entonces algunos los tocaron, y bien tocados. Vi al rockero Martín dar una soberbia patada en el trasero interminable de Gaitanes Junior, a este darse vuelta y gritar “quién me pateó que lo despido ahora mismo” y a Néstor pegarle como toda respuesta desde un costado protegido de la visual del ex deportista un soberano puñetazo que lo dejó sin aire. Arqueado y con la vista perdida seguramente en el interior impenetrable y confuso de sus propias tripas sacudidas, Gaitanes Junior suministró entonces la única opción que podía abreviar ese combate, que merced a la autoridad que revestían los tres agresores era rigurosamente parejo, pese al desequilibrio numérico: Fernández, de quien después supe que era un excelente futbolista, tomó apenas dos pasos de carrera y le dio semejante patada en el culo que el hijo del padre salió proyectado hacia adelante, y en su intento infructuoso de proteger su cara con las manos las colocó tan alejadas del centro de gravedad de su cuerpo que se abrieron fácilmente al tocar el suelo y dejaron que su cabeza golpeará nítidamente el suelo de baldosas, muy cerca de las escaleras por las que el trío progresista había querido echar a patadas de la sede de Turba al dirigente obrero. Fuera porque Gaitanes padre fue liberado de inmediato de su propio asedio, o porque hubiese logrado el improbable privilegio de no entrar en la gresca de la que era el principal causante, pudo acudir de inmediato al lado de su hijo que permaneció un

interminable segundo inmóvil.

Se produjo un silencio inconcebible para un grupo humano tan grande aunque acabara de descargar tantas energías. Temí infinitamente que los Gaitanes aprovecharan el instante para hacerse los agredidos y ofendidos, y busqué en mi cabeza desesperadamente algo para decir, porque sentía que en ese segundo se jugaba el nuevo round. Pero no bien el cuerpo del ex deportista comenzó a alzarse lentamente, sin mostrar disposición alguna por hacer nuevas averiguaciones sobre los autores de los golpes, se oyó la voz estentórea pero ganadoramente relajada del secretario adjunto, que sin duda había estimado igualmente que era crucial ser el primero en dar el nuevo golpe:

—Compañeros, necesito tres testigos que tengan inmunidad gremial para ir a hacer a la comisaría la denuncia contra los señores Gaitanes y el señor Madurga por agresiones físicas y amenazas de muerte.

Entonces, mientras yo aguardaba en resignada parálisis ver cómo el orgullo infantil de esa pareja incurable de aventureros de los negocios haría naufragar la última posibilidad de resolver el conflicto, Andrés tuvo una intervención providencial:

—Compañero, toda la Interna va a salir seguramente como testigo, y me imagino que habrá aun más testigos, si hace falta. Pero aunque sé que es muy difícil después de lo que le hicieron, le pido que aguante unos minutos porque creo que los señores no estaban en sus cabales cuando actuaron, no pensaron lo que hacían. No se dieron cuenta de que estaban frente al secretario adjunto de nuestro sindicato. Y seguramente se lo van a querer aclarar ahora, antes de que la cuestión llegue a la Justicia.

Siguió un silencio, seguramente breve, pero que pareció infinito.

—Eso lo tendrían que decir ellos —dijo finalmente Gómez.

—Andrés tiene razón —dijo con inesperada rapidez la voz pastosa de Gaitanes padre, llamando por el nombre de pila al delegado al que no aceptaba recibir desde hacía semanas—, lo que ocurrió es una barbaridad. Las cosas no se pueden arreglar así. Es que indudablemente hubo una confusión lamentable. Le pido disculpas en nombre de mi hijo y el mío propio. Ninguno de nosotros, ni el señor Madurga, por supuesto, quiso menoscabarlo en sus funciones, que nos parecen dignas del mayor respeto, ni en su dignidad personal, que también estimamos. Le pido que pasemos ahora a mis oficinas para resolver de una buena vez todos estos problemas que desgraciadamente nos han hecho salirnos de nuestras casillas.

El secretario adjunto se puso a emprolijar las mangas de su camisa por debajo de las de la campera. El gesto parecía una pedantería destinada a hacer que los Gaitanes siguieran cocinándose un poco más en su propia salsa. Pero la precisión de la frase que siguió demostró que el dirigente solo lo había hecho para concentrarse mejor en la búsqueda de sus palabras:

—Vamos a negociar, Gaitanes, que para eso vine.

De acuerdo con lo que habíamos resuelto en la Interna en unos segundos de consultas eufóricas, Andrés alcanzó a gritar a todo el mundo que el estado de asamblea continuaría en la sala de la Administración, es decir, bien cerca de la mesa de negociaciones. La Interna, el secretario adjunto, y el trío patronal nos reunimos de inmediato en la oficina de los Gaitanes.

La negociación duró dos horas, hasta las nueve y media de la noche. Pero en realidad fue más la marcha de aplanadora de un dirigente consciente de la ventaja gigantesca que le había suministrado la patronal que una negociación. Gaitanes padre, casi el único que habló por la patronal, puso en seguida las cartas sobre la mesa: la empresa hacía agua, estaban negociando asociarse a una gran editorial española cuando “lamentablemente una serie de malentendidos desembocó en este conflicto que perturbó el negocio”.

El secretario se mostró inmutable. Parecía ridículamente alegre con la noticia. Yo me preguntaba al mismo tiempo qué se había hecho de su orgullo para oír tan pacientemente a quienes parecían poder colocarlo entre la espada y la pared con la revelación del descalabro financiero después de haberlo cagado a patadas en público. Pero su orgullo apareció no bien empezó a hablar tras escuchar casi quince minutos sin interrumpirlo a Gaitanes:

—Yo creo que las posibilidades de solución son entonces muy grandes, Gaitanes. ¿Qué proporción de acciones pensaban comprar los españoles?

Gaitanes mostró una confusión que le desconocía totalmente. Tal vez librándose a la libre inventiva tartamudeó:

—Trabajábamos con la idea de una fórmula paritaria.

—Perfecto. Del cincuenta por ciento que retienen ustedes van a repartir el veinte por ciento entre los trabajadores, y les van a decir a los españoles que el trato no se cierra si ellos no ceden a su vez el diez por ciento de su paquete para los trabajadores. Si ustedes consiguen que ellos lo cedan gratis, está todo bien. Si no, ustedes se lo compran por cuenta de los trabajadores, es decir, solo entregan a los españoles el cuarenta por ciento y distribuyen a los trabajadores el treinta por ciento, en lugar del veinte por ciento del caso anterior. En suma: este conflicto solo se arregla si los trabajadores entran en el negocio. Menos del treinta por ciento no es entrar, sino que es limosna, para una empresa que como dicen ustedes está haciendo agua. Si los trabajadores van a tener que hacer sacrificios para sacarla a flote tienen que estar desde el inicio adentro del negocio. Si no aquí va a haber trompadas todos los días con el clima que se va a crear. Nosotros querríamos que ustedes hagan lo imposible para retener también el treinta por ciento, para que haya una mayoría del sesenta por ciento en manos nacionales. Si ustedes firman el acuerdo ya mismo, el sindicato los va a apoyar incondicionalmente, y va a intervenir ante los medios oficiales para que la empresa no carezca de créditos ni de ningún tipo de facilidad. Ustedes salen satisfechos porque van a haber cumplido un viejo ideal progresista, nosotros porque habremos cumplido nuestro ideal peronista y los españoles...; bueno, usted sabe que

allá está Felipe González.

Hizo una pausa y pareció buscar algo en un bolsillo de su saco. No había hablado con ningún tono concebible dentro de una negociación, sino como si hubiera estado impartiendo órdenes a subordinados, o en el mejor de los casos, proponiendo un interesante proyecto a alguien de su confianza. Cuando consideró que la pausa era suficiente, dejó de hurgar en su bolsillo, y sin haber extraído nada de él añadió:

—No analizo el caso contrario, de que no haya acuerdo, porque usted es un hombre muy inteligente, Gaitanes, y sabe dónde está parado cada uno.

Gaitanes Junior intentó indignarse gritando que eso era una “expropiación”, pero el padre le puso la mano en el antebrazo y le dijo:

—No, Jorge, el señor no está tan errado —pero acto seguido se resistió con increíble creatividad para sugerir todo tipo de dificultades administrativas, financieras, y de la más diversa índole para la fórmula de participación accionaria.

El secretario no se movió un centímetro de su posición y fue elevando el tono de las amenazas: desde la doble facturación hasta la denuncia por los golpes, todas las cartas extragremiales del sindicato fueron oportunamente aludidas. Solo al final le dijo que para el sindicato sería “muy fácil” hacer una bandera de una huelga con ocupación de planta en Turba, “pero es algo que no nos interesa de ninguna manera”.

Cuando Gaitanes nos dejó finalmente atónitos con un “está bien Gómez usted gana, ha bregado con entera convicción y habilidad”, el secretario adjunto nos asombró aun más:

—Con eso hemos resuelto la base de entendimiento, pero falta lo principal: los compañeros han mantenido informada a la Directiva de ciertas desprolijidades en los regímenes de promoción y bonificación, y ellos mismos habían encontrado un camino ideal de solución y entendimiento en la creación de una comisión mixta obrero-patronal. Con el pacto que acabamos de acordar la comisión va de suyo. Pero nosotros queremos dejar claro que como sindicato queríamos estar presentes en el seguimiento de las cuestiones laborales, de forma que la comisión sea tripartita: empresa, Interna y sindicato.

Mientras su hijo ponía cara de nada con la mirada perdida en un vacío formado frente a su nariz, Gaitanes cerró los ojos, inclinó indulgentemente hacia abajo su pesada cabeza, y dejó explayarse por todo su cuerpo hasta concentrarse en sus manos un gesto aquiescente que pese a todo lo que ocurrió después es uno de los recuerdos que estoy seguro de que conservaré indelebles hasta mi muerte.

CAPÍTULO 16

El delirio hace sumamente fácil la interpretación de cualquier cosa. Por una vía opuesta, la dulce resignación oriental ante los caprichos del azar también puede satisfacerle a uno las ansias interpretativas. En el primer caso todo termina por encajar en alguna explicación omnicomprendiva, en el segundo se da por supuesto que esa explicación existe siempre y está forzosamente fuera del alcance de una conciencia humana, lo que le ahorra a uno todo esfuerzo por conocerla. ¿Pero cómo encontrar el justo medio que equilibra interpretativamente el azar y la necesidad cuando la vida de uno se pone a mudar al influjo del aleteo de una mariposa en Pekín? Mi vida tuvo su huracán de transformación después de ese inesperado acuerdo en Turba, y la felicidad que esos cambios me trajeron fue tan inusual, tan poderosa, tan inmensa que por primera vez sentí que no solo las desgracias podían ser obra del capricho aleatorio: también podía existir el famoso golpe de suerte.

Todo empezó, como tantas historias felices, muy mal. La relación con Romina se fue poniendo cada vez más tensa cuando ella se enteró de que la aventura de la elección de la nueva Interna parecía estar saldándose con un éxito tan sorprendente. Al comienzo, quiso desquitarse de mi golpe de suerte o compensar de antemano los peligros que este podía acarrear a su dominio acentuando mi esclavitud, librándose a caprichosas decisiones, dedicándose aun más afanosamente al disfrute minucioso de sus prerrogativas.

Pero algo parecía faltarle no solo a ella sino a mí mismo, algo que mellaba la convicción del pacto que ya llevaba unos dos meses de aplicación. Romina había administrado ya dos salarios míos. Había decidido sus compras y las mías. Había impuesto un sospechoso ahorro en todos los aspectos, pero sobre todo en las salidas, lo que me provocaba interrogantes sobre el verdadero estado de nuestras finanzas, o más bien sobre la continuidad de aquella “actividad” suya que había abultado abruptamente nuestros ingresos en los meses anteriores. Pero había mantenido un mesurado equilibrio en todas sus decisiones como para apuntalar con cierto brillo de ecuanimidad su dominio, aunque tampoco había olvidado poner en cada acto la sal de su capricho, que era todo el sentido del juego sadomasoquista que habíamos pactado. Todo debía estar marchando a la perfección. Pero no era así.

Persistían la misma firmeza de ama plenipotenciaria, en las asperezas del día y en las ternuras de la noche, la misma obediencia obnubilada de un esclavo más fanáticamente enamorado que alegre y la misma dedicación mutua cada vez más intensa. Pero justamente todo eso hacía resaltar aun más las carencias, la falta de progreso decisivo, el efecto corrosivo de la rutina sobre los gestos y las convicciones.

Tras una reacción enérgica de autoafianzamiento ante el pacto de Turba, el dominio de Romina se fue replegando lentamente como golpeado por un fatal aburrimiento. Ella parecía haber encontrado una vez más la satisfecha paz de su desierto. Yo solo me empeñaba en postergar en mi mente nuevos planes de

separación porque el giro tan inesperado en Turba me había sumido en una suerte de expectativa mágica y esperanzada de milagros similares en todos los ámbitos de mi universo.

Solo cuando también ese equilibrio expectante estuvo a punto de estallar aleteó una vez más la mariposa.

Un día que se había agotado el stock de películas que me interesaban en el Video Club que frecuentaba, me entregué al sabio consejo de sus dueños, viejos cinéfilos. Me recomendaron una película canadiense sobre abusos sexuales por parte de curas. Como tema me parecía insanablemente aburrido, pero ellos insistían en que la película era excelente.

Lo era. Los dos nos emocionamos muchísimo durante las veloces casi tres horas que nos insumió verla. La comentamos desde mil puntos de vista. Elogié la actuación inmejorable del protagonista, la habilidad asombrosa de la dirección. Me sorprendí reiteradamente porque no se hubiera estrenado en el circuito comercial de nuestro país. Comenté resignado que aquí podía verse cualquier cosa menos algo que rozara a la Iglesia. Me perdí así en comentarios sobre el fundamentalismo católico de España, transmitido como ideología cuasipartidaria a los militares de nuestro país por la célebre banda de capellanes fundamentalistas. Y así fui encallando en arenas movedizas. Solté comentarios que parecían hacer de la Iglesia católica de nuestro país el último reducto del hitlerismo en el mundo. “Hitlerismo y no nazismo, porque acá solo toleran un paranoico chupacirios como Hitler; exterminadores ateos como Rosemberg o Himmler les parecen comunistas porque eran capaces de pasarse en malla de baño. Un nazismo sin hipocresía ni mojigatería sería aquí imposible, aquí quieren personajes como el de la película, abusadores sexuales y pervertidos con la boca llena de discursos contra el pecado”, pontifiqué. Me había puesto loco.

Romina me había sorprendido hacía poco con su abandono espontáneo de su religión mucho después de que yo la hubiera combatido sin demasiada insistencia. Pero quizá por eso mismo estaba en mejores condiciones para decirme:

—¿Por qué decís eso de los curas hipócritas si vos también fuiste hipócrita conmigo, te decís socialista y me amenazaste de muerte, me torturaste, me trataste como un degenerado?

Había esperado muchos meses para plantearme algo así. Y ni siquiera entonces lo estaba haciendo. Era solo el comienzo de algo más importante para ella. Me defendí como pude:

—No te amenacé de muerte. De desfigurarte, nada más. Te dejé claro que si lograbas escapar te iba a dejar escapar y que no iba a correr riesgos con las leyes. Lo que hice fue demostrarte que estaba convencido de lo que te estaba proponiendo. Tan convencido como para convertirlo en una orden. Y era nada más que eso lo que vos estabas esperando. Querías una orden, porque te daba demasiado miedo lo que te proponía y no sabías si serviría, pero también sabías que teníamos que hacer algo para salir del atolladero y vos también pensabas que tal vez ese podría ser el camino.

Pero fue una orden entre dos que no tienen ninguna jerarquía mutua. Era una orden basada solo en el amor. Y vos misma me lo demostraste. Porque amagaste con escaparte y renunciaste a hacerlo, pero pudiste amagar porque yo también te dejé amagar. Los dos estuvimos todo el tiempo probando simplemente si en alguno de los dos existía una convicción suficientemente profunda y compatible con el amor como para llevarte a hacer eso. Vos no ibas a hacerte puta simplemente porque yo te lo sugiriera. Pero al ver que yo mismo hacía un esfuerzo tan descomunal para imponértelo te quedó claro que no estaba jugando, no estaba experimentando con vos, sino que estaba convencido. Convencido como un loco quizá, pero convencido. Por eso mismo valía la pena probar. Porque más que jugar con vos te estaba demostrando no solo la compatibilidad entre tu prostitución y mi amor sino justamente que estaba forzosamente enamorado si me arriesgaba a volverme loco con tal de poder imponértela. Un cura abusador no se arriesga a nada porque tiene todo el poder sobre sus abusados. Y aun ahora que la fiesta se les está acabando salen impunes en el noventa y nueve por ciento de los casos. Pierden el cargo, los trasladan, pero ni los echan de la Iglesia ni van a la cárcel salvo en contadísimos casos. Yo ni siquiera soy tu marido, y en lugar de arruinarte la vida como hacen los curas con los monaguillos te convertí en mujer, y estás a tiempo de casarte con quien se te antoje —exageré con inmensa generosidad hacia mi propio narcisismo.

Sin embargo, inesperadamente, Romina no gastó un instante en impugnar esa pretenciosa apología de mí mismo. Fue derecho a su objetivo:

—Mentira, porque vos jamás te casarías conmigo después de todo lo que sabés.

No esperaba para nada esa estocada. Pero no bien terminó su primera frase sobre un tema que le debería haber rondado tres años por la cabeza, aunque un orgullo ancestral había impedido que le saltara a la boca ni una sola vez, comprendí que yo había dedicado ese mismo tiempo a tenderme a mí mismo una trampa que me era imprescindible. Con facilidad, seguí ajustando el lazo:

—Bueno, vos ya sabés que desde hace un tiempo sos vos la que decide. La que manda acá sos vos.

—¡La que manda para las boludeces!

—Eso lo decís vos, porque sos cobarde, sos gallina, todavía, tenés la cobardía del cristianismo para tontos. La guita no es una boludez. Es el poder. Vos decidís sobre todo y sobre eso...

No me dejó terminar la frase. Pronunció algo que podría haber sido una orden, pero que la encontró a ella misma en tal estado de súplica interior que sonó menos imperativo que todas las frases que había emitido durante esos dos meses de esfuerzo bastante exitoso por ejercer su poder:

—¡Casémonos entonces!...

Cuando uno salta sin paracaídas no se requiere esfuerzo alguno para seguir cayendo:

—Ya te dije que la que manda sos vos.

—¿Papi, de veras querés que nos casemos?

Lo decía con una cara de fiesta, con una emoción en la voz y en los ojos empapados que nunca le había visto. Ella esperaba sin duda que bajara el telón y empezara la vida de fantasía que había estado soñando. Pero yo no estaba dispuesto a modificar mi libreto tanto como para salirme del escenario. Hasta que no viera a dónde conducía todo eso no pensaba abandonar mi papel:

—Ya no me preocupa saber qué quiero, porque lo único que quiero es que mandes vos —dije, y comprendí que había acertado.

—Amor, amor, te amo.

Nos besamos interminablemente. Yo no sentí el terror inmenso que siempre pensé que iba a sentir en una situación así. Más bien me asombré de que todo pudiera ser tan simple.

No parecía en cambio serlo para ella. Desde que obtuvo esa obediente aceptación entró en un estado de excitación festiva que a mí —acostumbrado a contemplar con rencor cómo el orgullo gigantesco de Romina lograba ahogar siempre cualquier muestra de interés, gratitud o auténtica satisfacción— me pareció un espectáculo apasionante, aunque temía también que en muy diversos sentidos fuera yo el que tuviera que pagar los gastos de toda la representación.

Ahí no más se puso a ensayar fechas. Empezó con un plazo de tres meses, con la obvia intención de fingir falta de premura. Se sinceró inmediatamente con una propuesta para un casamiento en dos semanas, porque “ese tiempo alcanza, ¿no?, para que vengan mis padres de Corrientes”. Finalmente encontró el punto justo de un apresuramiento controlado: propuso que nos casáramos en un mes, y así lo decidí cuando insistí en que lo hiciera ella.

Después sugirió que pasáramos la luna de miel en Bariloche. Ni ella ni yo conocíamos el Sur argentino, y la idea de ir ahí me atraía. Pero me intrigaba como un misterioso exceso de modestia que para una ocasión que ella consideraba evidentemente como tan crucial eligiera un lugar que tenía cierto halo pedestre por quedar en nuestro propio país, y ser muy similar a otros paisajes que podían verse en Europa como parte de un viaje donde ella conociera muchas otras cosas. Más aun considerando que ahora ella tenía una fuente de ingresos que podía permitirle cierto lujos. ¿O no? Le sugerí si no prefería ir a un lugar parecido pero distante, como Austria, que por la película “Sissí” y algunas otras razones que ella misma desconocía le había parecido desde chica el paradigma del paraíso en la tierra, o directamente a un lugar que no tuviera equivalentes en nuestro país, como la Polinesia.

—¡Pero si eso es carísimo! —me contestó.

—Bueno, pero no se tienen muchas lunas de miel en la vida. Además, para lo que vos ganás no sería tan caro...

—¿Cómo para lo que yo gano?

—¡Romina, lo que vos ganás da como para darse un gusto así!

—¿Vos estás loco? ¿Te creés que sigo gateando?

Por supuesto que había considerado más de una vez que era probable que ella abandonara la prostitución no bien constatarla la forma radical en que yo estaba dispuesto a cumplir el pacto de sometimiento. Pero también había pensado en la posibilidad exactamente contraria: que aprovechara la ocasión para convertir sus pesos en un capital propio, incrementado incluso con alguna arremetida prostibularia final de gran intensidad, para garantizarse justamente una reserva financiera que le permitiera encarar el futuro sin sobresaltos y convertir el casamiento en una línea divisoria con un pasado que no le gustaría recordar. Más preocupantemente aún, nada podía sacarme de la cabeza la convicción de que una mujer que podía gozar como ella con su “trabajo” nunca aceptaría abandonarlo fácilmente. Por algo se habría negado de manera tan terminante a hablar del tema en esos dos meses. Ahora ella parecía ofenderse porque yo hubiera admitido mentalmente esa posibilidad. Y yo desconfiaba profundamente de que ese sentimiento de ofensa fuese auténtico. A menos que Romina hubiese optado por brindarse los placeres de su oficio sin recibir los honorarios.

—No sé, nunca me dijiste nada sobre eso —balbuceé.

—¿Y qué hacía falta decirte?! ¿No habíamos dicho que el esclavo ibas a ser vos? ¿Te imaginás una puta dueña de un esclavo?

—Es difícil imaginarlo. Pero vos sabés que hemos hecho ya varias cosas difíciles de imaginar... Además, no sé si lo que vos hacías podría llamarse prostitución. No creo que ninguna puta haya gozado jamás en su trabajo como yo te vi gozar a vos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Yo supuse que no te debería ser tan fácil dejar algo que te producía tanto placer.

—Vos estás loco. Yo lo habría dejado en seguida si vos me hubieras dejado hacerlo. Y además el placer que tenía era sobre todo pensar que vos estabas obligándome a hacerlo y que algún día podría pasarla aun mejor con vos, si superaba mis inhibiciones. Te creés tan sabihondo y no entendiste nada de lo que pasó.

—¿Vos creés que te ayudó en algo conmigo?

—Muchísimo.

—¿Y por qué no se nota para nada en la cama?

—Vos no lo notás, pero yo sí. Es totalmente diferente ahora. Es otra cosa.

—¿Con eso estás conforme vos?

—Claro que estoy conforme. ¿Cómo no iba a estarlo? Si la paso bárbaro.

—Vos siempre dijiste que la pasás bárbaro, aun cuando te la pasabas examinando la pintura de la pared o casi te dormías en pleno garche.

—Sentía que la pasaba bien porque no conocía otra cosa. Ahora sí. Y sé que la paso bárbaro.

Es difícil saber lo que se instala en la conciencia de una muchacha que afirma cosas tan inverosímiles con la convicción de una devota. Apenas puedo describir la percepción ambigua que provoca en un hombre que la escucha: uno cree y no cree a

la vez, confía y no confía, apuesta y huye. Pero sabe que en honor al esfuerzo dedicado lo que debe mostrar es solo el primer término de cada par. Yo le dije que le creía. Que ahora sí le creía.

Yo había vivido dos años y medio de esfuerzos psicodramáticos para modificar la realidad y no me sentía enteramente defraudado, porque Romina había tenido cambios impresionantes, si bien los más sustanciales no me beneficiaban de manera directa. No podía pensarse que Gaitanes hubiera iniciado una experiencia diferente, algo distinto de una suerte de prueba lúdica, cuando en el lapso de unas pocas horas pasó de echar a patadas al secretario adjunto a acordar con él el inicio de una experiencia socialdemócrata de respeto por los de abajo que estaba a años luz del modo en que había funcionado su empresa y su propio carácter hasta donde yo los conocía. La gran pregunta era por supuesto hasta dónde la experimentación de Gaitanes sería sincera, y durante cuánto tiempo estaban dispuestos a imponerse a sí mismos un respeto de las reglas explícitas de ese juego antes de evaluar los resultados y decidir si hacer del juego una apuesta definitivamente real o patear el tablero.

Las dos primeras semanas, que coincidieron con la reacción ofuscada de Romina frente a nuestra inesperada victoria, alimentaron en nosotros bastantes esperanzas. En la Comisión Interna habíamos comenzado la nueva etapa con una desconfianza total: la misma noche del acuerdo, cuando el secretario adjunto nos preguntó si queríamos esperar hasta el día siguiente para rubricar formalmente el pacto, nos habíamos negado unánimemente. Nuestra urgencia hizo que Gómez tuviera que hacerle interrumpir la cena al escribano del sindicato, que se tuvo que venir a la sede de Turba a dar testimonio legal del “Acuerdo Marco para el nuevo convenio colectivo de Turba y la asociación del personal al paquete accionario”. Pero al día siguiente el acuerdo tuvo entrada en el Ministerio de Trabajo como antecedente para la homologación del convenio definitivo, y aunque conocíamos la inoperancia absoluta de ese organismo para hacer cumplir cualquier cosa no pudimos sustraernos a la confianza que estimula la consagración legal de un derecho.

¿Pensaba Gaitanes en esa época respetar el pacto? ¿Modificó el acuerdo en algo sus planes originales respecto de la “asociación” con la editorial española? Haber conocido las respuestas nos habría simplificado mucho las cosas. Pero ese es el género de respuestas que en la vida uno conoce siempre demasiado tarde. Durante una semana nos dejamos entretener por su versión de que la editorial española estaba analizando la “propuesta”, aunque impugnamos la palabra misma con que Gaitanes aludía a nuestro pacto y conseguimos la consiguiente rectificación inmediata de su parte. Insistimos en que el acuerdo era entre Gaitanes y nosotros, y podía ser cumplido eventualmente sin la menor participación por parte de los españoles. Pero

Gaitanes adujo que ahora los españoles estaban reestudiando los términos, porque no querían “asociarse con una parte argentina dividida entre dos tenedores de acciones, que en realidad son más porque el nuevo tenedor es colectivo”. Pedimos una reunión urgente con los españoles. Gaitanes dijo que les iba a transmitir el pedido. Tras tres días de dilaciones, conseguimos nosotros mismos una entrevista con ellos, a la que asistió también el sindicato. Nos dijeron que no nos preocupáramos, que cualquier acuerdo firmado con los Gaitanes sería respetado por ellos. Les pedimos que lo pusieran en un documento legal. Dijeron que lo estudiarían. Quisimos conocer los términos de sus negociaciones con los Gaitanes. Nos dijeron que ese tipo de negociaciones requiere siempre “la mayor reserva”. Les dimos una copia de nuestro acuerdo. Dijeron que no les hacía falta, que ya lo conocían y lo respetarían. Al empezar la tercera semana desde la firma del acuerdo dejó de verse a los Gaitanes en la empresa. No pudimos obtener ninguna entrevista, aunque las secretarías juraban que seguían manejando la editorial. Las asambleas se convirtieron casi exclusivamente en intercambios tediosos de información entre gente que no tenía en realidad información fidedigna y solo podía ofrecer versiones mechadas de deducciones destinadas más que nada a calmar la propia ansiedad o a influir sobre el ánimo de los demás. Los ex incondicionales de los Gaitanes se recogieron cada vez más sobre sí mismos y empezaron a mostrar una falta inquietante de preocupación por lo que estaba pasando. Todas las versiones del personal les adjudicaban una complicidad siniestra con distintas formas de vaciamiento que los Gaitanes debían estar organizando con la venia de los españoles o contra estos también. El viaje de Mejía, que se suponía iba a ser de dos semanas, no daba muestras de estar por terminar. Nadie que hubiera participado en las asambleas anteriores podría haber reconocido entre los participantes de las asambleas de ese periodo al personal de Turba. El contexto mismo era ya irreconocible: la Interna dirigía las asambleas secundada por el sindicato, cuyo vocero más usual, el secretario adjunto, recibía por lo general las ovaciones más entusiastas. Porque también las formas elegantemente apagadas de los usos posmodernos habían sido dejadas de lado. Se ovacionaba y se puteaba. Y quienes acaparaban de manera casi exclusiva las puteadas eran los Gaitanes y sus ancestros.

A mediados de la tercera semana el sindicato dio un plazo de 72 horas a los españoles para que empezaran a poner en práctica ellos mismos los acuerdos, aduciendo que era imposible hallar a los Gaitanes. Al comenzar la cuarta semana los españoles informaron que en realidad la “carta de intención” para la venta de Turba a su sociedad había sido firmada un mes antes de que se pactara nuestro acuerdo con los Gaitanes, y que ellos por buena voluntad habían renegociado “algunos términos” para compatibilizarlos con los compromisos asumidos con nosotros. Pero que no había lugar “en los términos originales” para atender “a toda la demanda obrera”. Los términos de la carta de intención eran de un traspaso completo de todo el paquete accionario a la sociedad española. Esta hacía ahora el “esfuerzo espontáneo y bien

intencionado” de ofrecer el diez por ciento del paquete a los trabajadores, pero aclarando que no podía permitir formas de cogestión en la etapa actual porque “la grilla salarial y el sistema de contratación y promoción han sufrido distorsiones que requieren una normalización y una racionalización rápidas, además de la reestructuración que implica el cambio de administración”. La “reestructuración” obedecía al hecho de que “la dotación de personal” se encontraba “sobredimensionada en al menos un veinte por ciento”.

En buen romance, los españoles ofrecían a quienes no se sintieran incluidos en ese veinte por ciento de “personal excedente” el diez por ciento de las acciones a cambio de que no defendieran a los futuros despedidos. La referencia que hacían al viejo acuerdo con los Gaitanes era una mera excusa, porque la violación de los términos de ese pacto era suficientemente clara y completa para que cualquiera entendiera que los españoles apostaban todas sus cartas a la reputada inexistencia de la Justicia en nuestro país y a actuar como si aquel documento no existiera. En realidad, ni siquiera necesitaban apostar así: el acuerdo no había sido aún cumplido, no había habido traspaso de acciones, y eso significaba que todo quedaba todavía dentro de la órbita del Ministerio de Trabajo, una instancia administrativa a la que las leyes privaban de todo auténtico poder de policía o de sanción judicial. Lo único que podía hacer el Ministerio frente al incumplimiento por la parte patronal de cualquier acuerdo de partes era constatar la violación e imponerle eventualmente multas irrisorias al infractor. Las atribuciones del Ministerio solo tenían un filo temible para la parte obrera, que enfrentaba eventuales despidos con justa causa si esa autoridad declaraba ilegal un paro. Por supuesto, todo podía variar si intervenía en algún momento un juez con pretensiones justicieras. Pero, justamente, eso no abundaba. En todo caso, por las dudas los Gaitanes ya se habían vuelto difíciles de hallar. Tal vez estaban en el extranjero.

Los viejos lobos del sindicato habían sido cogidos desprevenidos, como diría un español. No habían considerado la posibilidad de una simple fuga, y así se lo confesaron a la Interna. El secretario gremial y su adjunto nos convocaron a los tres a una reunión no bien empezaron a sentir que las cosas se salían de los cauces previstos. Nos dieron a entender que había que “barajar y dar de nuevo”, es decir, que no estábamos en condiciones de aferrarnos al acuerdo. Cuando vieron que nuestros rostros no se resignaban tan rápidamente como esperaban, llenaron el tiempo con sus reflexiones:

—No entiendo. A estos tipos les estaba yendo todavía bastante bien. Tenían un bajón desde hacía no más de un año, pero habían hecho una guita fenomenal y sobre todo se habían ganado un prestigio muy grande como empresarios exitosos. Estaban en condiciones de dar un gran salto con los españoles. Iban a sacar un diario, iban a empezar a pisar fuerte. Nosotros no comulgamos con las ideas de ellos pero admitimos que les había ido muy bien. ¿No me digan que les dejan todo eso a los españoles solo para irse a tomar sol a las Bahamas? —dijo el secretario, negándose a

creer lo que ya empezaba a rumorearse como un hecho incontrastable.

—Estamos en épocas de renunciamentos —ironicé—. Es una crisis de vergüenza de quienes no creen en lo que ellos mismos predicán. La URSS se disuelve sin disparar un tiro. Los Gaitanes se hacen humo. Se cansaron de jugar al socialismo.

Néstor sintió que la verdad incommovible del trotskismo podía ser mancillada por esa afirmación. Replicó de inmediato:

—Esos nunca jugaron al socialismo. Hicieron su negocio, y punto.

—Sí, pero se me ocurre que antes les era más fácil creer que de paso con su negocio alababan a su Dios, al socialismo, como un protestante que siente que se salva porque la gracia lo hizo rico. Y de golpe esa ya no se la podía tragar nadie —me defendí, y me enredé con Néstor en un ping-pong argumentativo.

—Ellos nunca se la tragaron. Fueron las masas las que se cansaron.

—¿Qué masas?

—Las masas soviéticas.

—¿Las de Turba también?

—Sí, si no fuera porque la gente les paró el carro, esos seguirían currando.

—Pero les pararon el carro porque empezaron a ver por primera vez que estaban currando. Porque los Gaitanes mismos tenían cada vez menos fe y curraban de manera más escandalosa. Hasta que pasó eso la gente de Turba se aguantó cualquier cosa, a pesar de que cualquiera podía ver desde el comienzo que la empresa no funcionaba de acuerdo con los ideales que profesaba —dije, e intenté desviar luego el fuego un poco hacia los peronistas, para no darles a los del sindicato el gusto de ver a los izquierdistas lacerarse solo con la crítica a sus parientes ideológicos.

Miré de frente al secretario y añadí:

—Es algo que le está pasando también al gobierno. Pero para sostener un gobierno capitalista basta con la ambición narcisista de su jefe, que es la que hace de única guía en la tormenta. El gobierno de Thatcher sobrevivió muchos años al descalabro que produjo en Gran Bretaña y Menem sobrevivirá atado a sus sueños de jet sets y de Ferraris hasta que no quede nada de nuestra industria. Si la editorial le hubiera servido a los Gaitanes para estar en el jet set y conseguirse Ferraris como Menem, la habrían seguido; en lugar de dejarla hundirse para vaciarla, la habrían defendido a muerte y expandido. Pero la suya era una editorial ideológica, como el Estado soviético. No les daba la suficiente movilidad para satisfacer, lo único que les quedaba en la cabeza, sus ambiciones infantiles de protagonismo frívolo, las mismas que mueven al presidente desde que perdió en el camino todo su peronismo.

Obviamente, yo sentía que la resignación que destilaba por primera vez el sindicato frente al conflicto que aparentemente habían creído poder ganar con facilidad me daba una suerte de carta blanca para soltar mi veneno contra todos los que actuaban de esa misma manera con los trabajadores, no solo contra los Gaitanes. Pensaba que no podía resultar ofensivo, porque prácticamente no había sindicato que no hubiera tenido algún momento de guerra frontal con el gobierno, pese a toda la

obsecuencia hacia el poder de la propia bandería inherente al peronismo.

Ninguno de los dos dirigentes defendió la reputación del gobierno. Se veía que al igual que nosotros pensaban que la polémica era solo un entremés para entretenernos hasta que pudiéramos asimilar el plato fuerte: lo que tuvieran que decirnos sobre el conflicto. El secretario gremial salió del paso con una elegante banalidad, y esbozó también una concesión cortés:

—Estamos en un momento de cambio y renovación de todo, y hasta que surja claramente lo nuevo todos van a andar un poco a tientes —dijo satisfecho.

Después nos dijo lo que pensaba. El sindicato consideraba que la oferta de los españoles no era tan mala, porque sería el diez por ciento en una sociedad saneada. Pero que había que atrincherarse para que no se produjeran los despidos. Hasta ahí todo era tan elemental y razonable que no había más que convalidar con algún gesto resignado la evaluación de ellos. Pero quedaba un punto que no forjaba unidad ni con el sindicato ni en la propia Interna. La Comisión Mixta para los castigos, las promociones y los premios. Bastaba ver los rostros de los dos dirigentes para comprender que el sindicato había reacomodado su posición con toda la agilidad de quien no es el más directamente comprometido en un tema: ni lo mencionaban. Pero a mí me tocaba de la manera más directa, y no solo en un sentido personal: si ese diez por ciento de participación accionaria iba a significar un fin del autoritarismo en la empresa debía estar acompañado del mínimo de cogestión que representaba la Comisión Mixta. Planteé el tema con toda la delicadeza que pude reunir. Tanto el sindicato como el resto de la Interna consideraron que aspectos tan “específicos” pasaban a “segundo plano”: había que concentrarse en impedir los despidos.

—Creo que si los dejamos seguir adelante con las divisiones que instauraron los Gaitanes a través de la política de premios y promociones les va a ser muy fácil despedir tarde o temprano —dije.

El sindicato dio de inmediato el argumento al que la Interna se aferró de ahí en más:

—Lo que puede dividir a la gente es que convirtamos en bandera a los compañeros castigados, antes de que esté garantizada la estabilidad de todos —dijo el secretario gremial.

Di batalla como pude:

—La estabilidad no nos la garantizará nadie jamás, a menos que se estaticen la empresa. Me parece que la mayor garantía será en todo caso el poder que podamos desarrollar en temas de gestión como la política de premios y las promociones —dije.

Ahí oí la primera intervención ceremoniosa desde que puse los pies en la sede del sindicato:

—Compañero, estamos a la defensiva, de eso hay que darse cuenta esta vez. No es el momento para avanzar sobre la política de la empresa para los casos individuales. Tenemos que concentrarnos en lo que une a todo el personal —dijo el secretario adjunto.

—Estoy totalmente de acuerdo —repliqué—. Pero la lucha contra los despidos une a todos tanto o tan poco como el tema de los castigos. La diferencia es que habrá seguramente incluso menos despedidos que castigados, y la mayoría de los despedidos serán jefes, porque los españoles querrán poner gente de su confianza en la conducción. No sé si un castigado va a estar convencido de arriesgar su puesto de trabajo en una lucha para defender a un jefe alcahuete que multiplicó por cinco o más su salario inicial gracias a su obsecuencia, que vive como un bacán gracias a eso y que no está de acuerdo en luchar contra el castigo que lo mantiene a él al borde de la miseria porque supuestamente no quiere poner en peligro las fuentes de trabajo. Creo que o la defensa es recíproca entre todos y a rajatabla, o tal vez sea mejor esperar directamente a ver qué hace la empresa y actuar de contragolpe, haciendo que la propia empresa señale cuáles son los puntos centrales de lucha. Porque si hacemos campaña contra la gran amenaza de los despidos le estamos señalando prácticamente a la empresa que por debajo de esa línea de defensa puede disparar como se le cante, mantener o agravar sanciones, hacer que los indeseables se terminen yendo de a uno por el desgaste, o lo que fuera.

Las cartas estaban echadas. Yo captaba a través de todo mi cuerpo mi derrota y mi aislamiento. Pero estaba tan satisfecho como ellos: había logrado exponer mi punto de vista hasta el final y pelear por él. No tenía la menor duda de que lo considerarían producto de mi naturaleza de “francotirador individualista”, como me había dicho entre crítico y amistoso Néstor cada vez que habían surgido diferencias. En eso solo cabía esperar unidad de criterio entre los dirigentes sindicales que la izquierda denostaba como “burocráticos” y los delegados izquierdistas.

Andrés fue quien expresó esa unidad:

—No, lo peor que podemos hacer es dejar a la gente desorientada y a la espera. Tenemos que fijar ya mismo nuestros ejes, si no, nos van a hacer el cuento del tero: la empresa va a pegar el grito por un lado y a poner los huevos por otro, y nos va a dejar pagando.

Por supuesto, me dejaron salvar el honor, o lograr mi consuelo. No se abandonarían las reivindicaciones de los castigados. Pero el eje estaría en el tema de los despidos.

Para que no quedaran dudas, Néstor dijo que “estuvimos pensando” que el sindicato se había comportado “impecablemente” a lo largo de todo el conflicto, y que “bueno el deseo de todos nosotros es que siga estando junto a nosotros en todo momento como lo estuvo estando hasta ahora”. El “nosotros” me excluía olímpicamente, porque yo no había estado charlando nada con ellos sobre el tema. Más bien habría preferido mantener un mínimo de distancia con el sindicato en un momento en que veía a esos dirigentes encaminarse a una resignación que comprendía perfectamente y consideraba natural, pero que no debía contagiarnos a nosotros en la Interna tan pronto, si estábamos dispuestos a probar nuestras chances a fondo.

A conciencia, Néstor estaba invitando al sindicato a mantener y reforzar la conducción que ejercía de facto sobre las negociaciones y el conflicto. No quería que nuestras fuerzas se desviaran de la meta de impedir la única tragedia que él temía, los despidos. El sindicato no rechazó el convite. Tomó el control directo de las negociaciones e intentó mejorar con tratativas que se prolongaron durante una semana la oferta española. Al cabo de ese tiempo los españoles se avinieron a firmar un compromiso de no despedir a nadie, pero abrieron una lista de retiros voluntarios que por su generosidad nadie se atrevió a atacar: estipulaba un treinta por ciento de adicional sobre las indemnizaciones legales para los primeros quince que se inscribieran, con un tope máximo de un mes para la vigencia de la oferta.

La asamblea en que se aprobó el nuevo acuerdo fue dirigida de hecho por el sindicato. Se hicieron comentarios desilusionados sobre lo que se había pensado poder conseguir y lo que se había conseguido, pero no se sometió a votación ninguna moción alternativa. A mano alzada se lo aprobó el acuerdo por unanimidad. Presenté entonces la moción de exigir a los españoles que se cumpliera el viejo acuerdo sobre la Comisión Mixta, y propuse que se votara en secreto. El resto de la Interna dijo apoyar totalmente la moción pero que eso ya había sido votado en su momento cuando estaban los Gaitanes —“lo cual sigue vigente porque nosotros no arriamos nuestras banderas”— y no veían por qué votar ahora en secreto. “Ahora ni siquiera están los Gaitanes”, dijo Andrés. Le respondí que muchos compañeros tenían derecho a pensar que hablar de los castigados ahora era desviar el eje de la discusión y debían poder votar a conciencia. Es decir, yo quería saber qué estaba la gente dispuesta a hacer de veras, y no ver cómo saludaban a la bandera. Se votó en secreto. Ganó la moción solo por 26 contra 24 votos. Es decir, la mayoría de los premiados votó en contra. Estaba claro que la división del personal gestada por los Gaitanes sobreviviría incluso a las emergencias más propicias que surgieran para estimular la solidaridad. En la reunión con la empresa para comunicarle las resoluciones de la asamblea los españoles dijeron que el tema de la Comisión Mixta solo se trataría cuando terminase la “reestructuración”.

Lo que se devoró la atención a partir de entonces fue la cuenta regresiva para los retiros voluntarios con maxiindemnizaciones. Pese a que los canales usuales de difusión de filtraciones “fidedignas” de la empresa se habían roto completamente tras la partida de los Gaitanes los españoles se las ingenieron para que todo el mundo supiera que su deseo era que se acogiera al beneficio sobre todo el personal jerárquico. De hecho, el propio sindicato dijo “creer” que esa era la intención de la empresa, y hasta dejó filtrar no se supo a través de quién la versión de que si al menos cinco jefes no se alistaban en quince días comenzarían las “presiones” sobre la vieja cúpula de Turba. Como las presiones habían empezado al día siguiente del acuerdo con el sindicato, era obvio que se estaba hablando más bien de ultimátums previos al

despido. Pero entre los cinco que se anotaron durante esos quince días no hubo un solo jefe.

Esas dos semanas fueron el periodo en el que los españoles terminaron de asumir el control efectivo sobre Turba y se dignaron informar oficialmente a la Interna que estaban en posesión del paquete accionario. Se dejó filtrar entonces que no más de cuatro jefes, de los once que había, tendrían un lugar en la nueva estructura jerárquica. A comienzos de la segunda semana llegaron tres jefes de la editorial española para hacerse cargo de la empresa.

Cuando finalizó el plazo se difundió la versión más creíble sobre el estado de las cosas: los jefes habían logrado merced a su rechazo al retiro voluntario que la empresa mejorara su propuesta para ellos ofreciéndoles un cincuenta en lugar de un treinta por ciento más de indemnización que lo que marcaba la ley. Aun así, los españoles habían debido advertir a cada uno en reuniones individuales que una persistencia del rechazo “podría” implicar un despido en 48 horas con la indemnización corriente. Los siete que los españoles no querían retener aceptaron de inmediato. La amenaza de despido violaba el acuerdo con el sindicato pero estaba compensada por la propuesta indemnizatoria más generosa y el hecho de que estaba dirigida a los jefes.

Pero naturalmente tuvo el efecto inmediato de frenar en seco las inscripciones de trabajadores sin cargo jerárquico en la lista de retiros voluntarios, pues ahora todos querían recibir un adicional de cincuenta por ciento en su indemnización. El tema se debatió incluso en una asamblea al día siguiente de la partida de los jefes indemnizados. Como a su vez la empresa se había querido reservar hasta último momento armas de presión suplementaria, no había asumido compromisos tajantes con ninguno de los cinco que ya estaban inscriptos, arguyendo que su propuesta indemnizatoria se iba a hacer efectiva recién cuando se cubriera el cupo mínimo de quince. De modo que ellos mismos estaban a tiempo de retirar sus nombres, entre los que figuraba, para mi horror, el de Fernández.

La asamblea los persuadió a todos de borrarse de la lista. Andrés y Néstor, con el apoyo tácito del sindicato, se negaron a incluir en el debate el tema de las indemnizaciones, aduciendo que ellos luchaban por la fuente de trabajo, no por “tentar a la gente con unos pesos más para que se larguen solos a la selva de la desocupación”. Pero yo insistí en que ese principismo condenaba a permanecer castigados para siempre en la empresa a quienes la nueva conducción considerara indeseables, “que podrían ser los mismos que cargaron con ese estigma hasta ahora u otros”. Sostuve que se podía exigir el cumplimiento del pacto de no despidos y al mismo tiempo la mejora de la propuesta de retiros voluntarios. Fernández me apoyó. Hice una moción y exigí que se votara en secreto. Ante las protestas de Néstor inventé que quien hace una moción tiene al menos el derecho de decidir en qué forma se ha de votar. “Para no quebrar la unidad”, Néstor aceptó.

Por 28 votos contra 22 se decidió “solicitar” a la empresa que los anotados en la

lista de retiros voluntarios recibieran una indemnización de al menos un setenta por ciento superior a la de la ley y que la lista tuviera una vigencia de por lo menos dos meses más y no tuviera cupo mínimo ni tope.

La empresa aceptó el plazo de dos meses y la abolición de los límites de la lista, pero fijó una indemnización igual a la de los jefes, es decir, con un adicional del cincuenta por ciento. A mí me pareció la solución ideal. Quien no aceptara siempre podía escudar su orgullo con el argumento de que no ofrecían suficiente, y quedarse supuestamente a la espera de una mejor oferta, en lugar de admitir que temía a la “selva de la desocupación”. Para quienes quisieran de veras irse había una ganancia de tiempo y monto. El sindicato mostró una satisfacción genuina con la mejora, la misma que manifestó la gente. El resto de la Interna aceptó a regañadientes que era un paso adelante. Y para mí resolvió un problema crucial: pude tomarme tranquilo una semana de adelanto de vacaciones más otras dos que me correspondían por ley por haberme lanzado a la aventura de reservar en el registro civil para cuatro días después del último acuerdo con los españoles un turno para casarme con Romina.

¿Qué expectativas tenía yo respecto del casamiento con Romina? En primer lugar quería saber cómo me sentiría después de saldar una deuda moral que justamente por no haber sido nombrada más que una sola vez por ella había alcanzado en mi mente una dimensión más gigantesca que la que pudiera parecer a simple vista, aunque aun de primera impresión ya cobra obviamente un tamaño respetable para cualquiera. Pero en segundo lugar, por supuesto, tenía todas las demás. Todas. Todas. Y toda la convicción de que todas esas expectativas serían puntualmente defraudadas. Porque el universo aborrece la simetría, la justicia y el equilibrio, y solo algunos elegidos tienen la suerte de imponerle las tres juntas —meros nombres de la misma cosa— por algún exquisito instante. Si yo tenía a esa altura una certeza que me había quedado del huracán que había barrido mis convicciones en los últimos años, era que yo no era un elegido. Pero me equivocaba.

Desde el mismo momento en que dije de tan retorcida manera que sí a la orden de matrimonio que le había permitido impartirme a Romina, la relación fue mudando rápidamente de carácter. Lo que antes había sido un juego sadomasoquista de dominación se convirtió en Romina en un florecimiento tempestuoso de iniciativas de todo tipo referidas a la única meta que lograba entrar en los límites excitados de su conciencia: el casamiento, la fiesta, la venida de sus padres, la mudanza a una casa que mereciera el destino de flamante nido. La conducción de tan trascendentes tareas le fue quitando a Romina toda energía para conducir las demás, o a la inversa, le dio una fuerza suplementaria que solo podía descargar ocupándose también de la realización directa y distractiva de las más domésticas.

Lo cierto es que con una rapidez apenas moderada por el intento de pasar desapercibida abandonó la mera conducción de la casa por una dedicación higiénica,

ordenatoria y culinaria que le desconocía y se fue mostrando ofendida si yo insistía en hacer alguna tarea hogareña.

Yo registraba todo casi como una curiosidad etnológica sin más interés que su rareza. Menos lo que ocurría por la noche. Porque ahí todo me tenía sobre ascuas. En lugar de encenderse con el fuego de las vísperas, el sexo de Romina, la Romina que yo sabía ya diestra en todas las lides del amor, fue replegándose sobre sí mismo como herido por una inesperada inseguridad. Una indescifrable timidez lo fue reduciendo cada vez más a una manifestación ya exclusivamente tierna que al comienzo me entretuvo un par de veces por lo novedosa, pero que con el correr de los días no dio lugar a nada más que una interminable pausa, un silencio, o el ronquido suave, saludable e inmovible que Romina dejaba oír desde siempre cuando el día la había agotado más allá de ciertas precisas medidas, por lo general más bien modestas.

Al acuerdo final con los españoles llegamos con más de una semana de casto silencio corporal, mechado a lo largo del día con inesperadas preguntas de Romina dirigidas a comprobar primero de modo presumiblemente sutil o indirecto (“¿Le dijiste al diariero qué días tiene que traer el diario el mes que viene?”. “¿Te pueden joder si por cualquier cosa no usás la licencia el mes próximo?”) y luego a quemarropa so pretexto de chanza infantil (“¿De veras no me estás haciendo una broma vos con esto del casamiento, papi?”) hasta dónde estaba dispuesto yo a llevar lo que había nacido como un juego.

De toda su actitud permanentemente alerta, súbitamente temerosa después de casi tres meses de despotismo consentido, podía colegir que Romina no terminaba de creer de ninguna manera que yo estuviera dispuesto a ir hasta el final. Pero si me restaba alguna duda al respecto, la prueba definitiva me la suministró el nerviosismo desbordante que la invadió no bien llegaron sus padres a Buenos Aires, al día siguiente del acuerdo final con los españoles, para conocerme y presenciar el casamiento de su hija conmigo en una misma andanada. Un nerviosismo que más aún que todas las muestras de inseguridad anteriores me deleitó profundamente y me inundó de ternura hacia ella, adecuado sucedáneo para un enamoramiento que el nuevo desierto sexual en el que habíamos entrado no podría jamás haber alimentado.

Si alguno de sus padres y yo estábamos presentes simultáneamente Romina se ajetreaba con una vibración dolorosa de todo el cuerpo, que sin embargo cedía a veces el lugar a una tensión eufórica, señal inconfundible de las expectativas que pujaban alocadas en su interior para vencer su propia incredulidad y sus temores. Todo era tanto más extraño cuanto que sus padres y yo congeniamos desde el primer momento inesperadamente bien. Aunque tal vez eso fuera más producto de la ausencia en ellos de las dudas que tenía Romina sobre la realización de la ceremonia que nos había reunido en Buenos Aires que el resultado de alguna afinidad afortunada de caracteres.

Los tres días previos al casamiento los dedicamos a pasear a los Sánchez por una ciudad que conocían perfectamente bien, pero de cuyos secretos yo pretendía hacerles

conocer una versión inédita, que yo mismo solo tenía de segunda mano, pues nunca había hecho turismo en mi propio territorio. Tuvimos el inevitable paseo en lancha por el Tigre, una recorrida en taxi por todos los barrios céntricos y por Belgrano, un paseo prolongado por Palermo. Con ellos comí por primera vez en La Estancia como si fuera un habitué, y por enésima vez en el Cervantes y en Pippo como si no hubiera frecuentado jamás esos lugares y solo los visitara para dar testimonio etnográfico de los aspectos más pintorescos de la gastronomía barata al gusto de los bohemios e intelectuales.

La penúltima noche antes del casamiento cumplimos con el rito irreversible de poner en contacto a las dos familias. Mi padre moduló en la doble escala de una opulencia perdida y un don de gentes desaprendido hacía tiempo un trato que pese a todo les hizo tolerable a los Sánchez todo ese episodio en cámara rápida de ver pasar a su hija a un mundo absolutamente diferente que no brindaba siquiera la certidumbre consoladora de una mejoría notoria o un empeoramiento irremediable. Yo estuve convencido a lo largo de toda esa noche en el territorio neutro de turismo provinciano y aristocracia caduca del restaurante La Emiliana que los Sánchez no notaban para nada el esfuerzo loable que todo eso le insumía a mi padre, y mucho menos los gestos inconfundibles de desaprobación hacia todo lo que estaba ocurriendo que se permitía deslizar coquetamente entre sus obsequiosidades.

Feliciano Sánchez tenía toda la calidez desconcertante para ser el padre de Romina que su propia hija me había confesado. En mi esfuerzo por rastrear en él las huellas del enigma con cuerpo de mujer que había engendrado hacía 27 años supuse que tal vez la clave del misterio no estaba en algún lugar oculto de su personalidad, en algún contrapunto insospechado de su afabilidad tenaz, sino en esa misma cara franca y abierta, que se acercaba a los desconocidos con tanta naturalidad que uno quedaba preguntándose si los suyos reconocerían en su trato algún matiz que los privilegiara en su corazón como miembros de ese círculo de identidades elementales que conforma una familia. Jimena Sánchez aportaba en cambio pistas más directas. Muda en sociedad para toda la gama del lenguaje ajena a los monosílabos, se la oía a veces volcar una catarata de palabras en conversaciones distantes, agazapadas, protegidas de todos los oídos menos los de su hija, la única aparentemente que tenía el privilegio de poder bañarse en ellas. Por Romina supe que era la que estaba menos alegre con el evento de nuestro casamiento.

En honor a la simetría, mi madre parecía la única que vivía todo lo que estaba ocurriendo verdaderamente como un festejo. Ajena a los nervios de Romina o a la preocupación reconcentrada que me fue invadiendo a medida que se acercaba el día de la ceremonia, mi madre paseaba por todos los rincones la misma alegría espontánea que la asaltaba indefectiblemente en todas las ocasiones sociales y que podría habernos servido de guía y estímulo, si no hubiese sido porque evidenciaba demasiado claramente no tener mucho que ver con la circunstancia particular que la había motivado esta vez. Había fiesta, romería y eso bastaba para justificar su euforia.

Hasta que Romina y yo interrumpimos ese raid de intercambio social con nuestro viaje de bodas, no acusó recibo de ninguna manera específica de que lo que se festejaba era un casamiento, y a saber, el de su hijo. Pero en ningún momento dejó de cubrir con su entusiasmo festivo el vacío de algarabía que provocaba la falta de conocimiento previo entre esas familias tan repentinamente enlazadas.

Yo estaba tan mareado con todo lo que estaba ocurriendo que me había resumido también en una función de anfitrión y secretario de relaciones públicas, concentrado casi exclusivamente en la tarea de limar asperezas entre todos, aprovechar los arranques de euforia neurótica de mi madre para insuflar algo de entusiasmo a los demás, tranquilizar a cada uno sobre las perspectivas que se le abrían al futuro matrimonio y tratar de que no fallara nada en la organización de la apretada agenda nupcial.

Ocupado como estaba no podía tomar nota de ningún cambio sustancial en Romina, si es que lo había. En realidad, no esperaba cambios sino solo que la tensión de ese encuentro entre las familias, de los paseos para entretener y conocer a los Sánchez, y del propio casamiento desapareciera cuanto antes. Por eso el día del casamiento lo esperé como cualquier otra de esas jornadas agobiadoras que se estaban sucediendo desde el comienzo de mi licencia.

Pero fue diferente. Desde el comienzo Romina estaba como transportada por un acontecimiento sobrenatural. Toda la tensión de los días anteriores parecía haberla abandonado, dejándola en una suerte de éxtasis embelesado. La paz que transmitía ahora era tan profunda que yo no podía hallar en mí mismo una certidumbre respecto del futuro más inmediato tan ciega como para fundamentar tanta tranquilidad. No es que estuviera pensando en fugarme. Es que la paz de Romina superaba todo lo que podía esperarse humanamente de una apuesta entre personas: su fe en la perfección y el triunfo final de sus sueños parecía vincularse más con su vieja filiación religiosa que con una confianza en mí o en quien fuera, que jamás podría haber sido tan ciega.

Yo no sabía si admirar tanta banalidad o sentir vergüenza ajena por ella: había una puntería certera en la elección que Romina había hecho del acontecimiento que venía a traerle una suerte de paz definitiva, pero no dejaba de incomodarlo a uno que después de dar tantas vueltas el rompecabezas de nuestra heterodoxa relación pareciera seguir un dibujo tan convencional.

En esas condiciones imperturbables Romina atravesó la ceremonia del registro civil, la tarde de vida en familia que nos reservamos al día siguiente para sus padres y la fiesta que hicimos un día después para los amigos y lo poquísimo de parentela que sentía yo más o menos vinculada conmigo. Pero como un mecanismo que se pusiera a funcionar impecablemente por un golpe de azar después de haber derrotado interminables esfuerzos nuestros para ponerlo en marcha, lo que Romina me fue brindando a partir de entonces por las noches no fue ni esa paz incommovible ni la ternura almibarada con la que había consolado mis noches de esclavitud consentida, sino el despliegue más tempestuoso y sabroso de sentimientos que yo hubiese

presenciado jamás vibrando en un cuerpo.

La misma noche de la ceremonia en el registro civil tuvo una conducta exactamente opuesta a lo que yo había imaginado que haría para esa ocasión. Yo había pensado que no bien asegurados los papeles que la convirtieran en legítima esposa Romina iba a retornar a la dejadez que le había conocido en los primeros tiempos, cuando tenía esa capacidad inigualada para esquivar el bulto del trabajo hogareño o el de todo tipo. Pero en lugar de eso me sorprendió con el proyecto quijotesco de preparar en el Periscopio en vísperas de nuestra fiesta y a dos días del viaje de bodas una gran cena para dos, con candelas, música hindú y todos los detalles imaginables.

Cuando terminamos el postre se me acercó con ímpetu retador. No era la primera vez que lo hacía, ni siquiera con ese sesgo histriónico de *femme fatale* envuelta en tules que tenía esa noche. Pero esa vez tenía un grado de decisión y una soltura de movimientos que solo podía imaginármelos en ella si estaban dirigidos a otro, pues aun en sus momentos de más soberano dominio sobre mí perduraba siempre en ella, cuando se me acercaba, algo de titubeante o infantil, o una indiferencia marmórea.

Me fue desvistiendo sin apuro pero sin caer tampoco en ese ritmo de cámara lenta que había usado en el último rostro amoroso que le había conocido, el del consuelo tierno para esclavos malheridos. A medida que su acción progresaba una sonrisa inicialmente apenas insinuada comenzó a cubrirle cada milímetro de la cara. Cuando me tuvo desnudo se puso seria como si estuviera contemplando un drama en lugar del prolegómeno de una celebración. Me fue empujando suavemente con su cuerpo hasta la cama, repitiendo *mi esposo, mi hombre*, mientras me acariciaba la cabeza y me contemplaba exhaustivamente desde su altura ligeramente más baja que la mía con un ánimo indescifrablemente equidistante entre el sometimiento admirativo y el dominio irrestricto sobre el otro, como si estuviera reencontrando entre miles de objetos más banales guardados en el baúl de su memoria un objeto que ella misma no sabía si pertenecía al dominio de sus posesiones o era ella la que le estaba subordinada de por vida, y que retornaba de un pasado eterno cual talismán dispuesto a instaurar una vez más su destino de amuleto al servicio de ella o de tótem dominante con poderes irrestrictos sobre su existencia.

Desde mi interior yo vivía el acontecimiento con un temblor respetuoso en el alma y el corazón, pero sabía perfectamente que nada de eso trascendía hasta mi piel, porque la magia de Romina había impregnado mi cuerpo de la seguridad y solvencia con que los trazos de un dibujante eximio rasgan el espacio. Fue sin embargo desde ese volcán interior que percibí paso a paso la excitación de Romina escalando en su respiración y en su garganta hasta brotar en gemidos minúsculos, instantáneos, perdidos en la danza retorcida de su miembros, cuando me tendió con firmeza sobre la cama para pasear su vibración elástica sobre mi cuerpo.

Mientras estuvo tendida sobre mí fue una alternancia inconcebible de ternura, muñeca que gime a la menor presión afortunada y tensión felina apenas esbozada, capaz de engolosinarse morosamente con un beso o una caricia pero también de acelerarse en el disfrute instantáneo de mis mordiscos sobre su cuello, sus brazos, sus manos, sus pechos. Y luego, con un gesto ampulosamente dibujado, irguió su tronco sobre mi cuerpo y se dispuso a alojar mi miembro eufórico en su casa. Entonces, con un ondulamiento pertinaz y lánguido de esa masa abruptamente monumental de su cuerpo transpirado, comenzó una cabalgata dulce, acompasada, gimiente y alegremente agradecida.

Yo oscilaba entre la incredulidad, una gratitud inexpresable que me dejaba mudo, y la veneración conmovida de quien se sabe en presencia de una perfección inigualable. Estuve a punto de llorar, sin saber si era por felicidad o por la duda mortificante de no saber con qué podía igualar o retribuir ese regalo inconmensurable. Hasta que la idea clara como una perla brotó en mi mente: esa misma noche le pediría que se sacara el espiral para darle un hijo, para verla nueve meses henchida de mi regalo como prenda de un compromiso más sólido que el de las leyes, más largo que propia vida. Pero antes de que mi fantasía pudiera entretenerse demasiado con una panza desorbitada, los gemidos agudos, gatunos, infantiles de Romina cedieron paso a un bramido de fiera en su mayor urgencia y su andar sobre mi cuerpo se desbocó en un estallido alocado de fuga hacia el centro de sí misma, hacia el eje de nosotros y del mundo, y juntos marchamos en una procesión devota de los cuerpos hacia el pináculo del goce. Entonces, entre la confusión vibrante de una energía inagotable que iba y venía entre nosotros, el último velo de incredulidad se desprendió de mis oídos atónitos y claramente empecé a oír que Romina, gimiente, me estaba diciendo *amor, amor, me voy, me voy, me estoy, me estoy yendo...* Y mientras mi cerebro testarudo seguía sopesando, midiendo y evaluando la verosimilitud de esas dichas palabras un último *me estoy* no pudo cerrarse en un *yendo* y desembocó en un abierto *yaaaa...*, con un aullido que inconcebiblemente aumentó y aumentó como un ahogo absurdamente feliz hasta arrancarme de mi guarida de observador eréctil y lanzarme en un vuelo orbital, enceguecido y explosivamente lácteo en torno de ese cuerpo y esa alma que me estaban proyectando al cielo, a la nada, al centro de la vida y al último rincón del universo.

El estallido enceguecedor de aquella noche perduró como un sonido de fondo, un pentagrama, un oscuro *big bang* sobre el que se moduló mi vida con Romina desde entonces, con todos sus ascensos y caídas, con sus noches de acceso inconcebible a la frontera del todo, y sus días de trajín amargo en la selva humana, con su sinuoso recorrido que se pierde y se reencuentra a sí mismo caprichosamente pero que jamás ha dejado de brindarnos a los dos la impresión de ser la representación más ajustada que se pueda concebir de un estado del alma cuya significación solo hemos podido comprender por primera vez en nuestras vidas al experimentarlo tan directamente: la

felicidad.

Estoy tan instalado en ese estado que me parece no haber conocido jamás otra cosa. Pero al comienzo la transición era tan fresca que aún estaba en condiciones de percibir el contraste inmenso entre el pasado y el presente y sentirlo como una reverberación filosófica que sanaba infinitas heridas que habían sangrado durante décadas en mi alma. Me sentía un semita que había dado por fin con el oasis al fondo del desierto inconmensurable de la frigidez de Romina. Pero esa propia frigidez se me aparecía de golpe como un resumen abigarrado de tanta barrera refractaria que había encontrado en el mundo a lo largo de toda una vida, y que por causa de un azar dichoso se había concentrado en esa muchacha para librar una última batalla crucial contra mi esperanza, y había sido sin embargo inesperadamente derrotada por una fe obstinada. Pensaba en esa riqueza inagotable de fantasía de las *Mil y una noches* pugnando por distraer las mentes árabes de la aridez del desierto, buscando consolarlas de una sed insaciable con manantiales de palabras y de sueños, y me preguntaba si toda la utopía juvenil que repentinamente había resucitado en mi alma en los breves meses de “Facetas” y toda la locura que luego la pretendió salvar de un naufragio insondable, a contrapelo del haloperidol y la psiquiatría asesina, no habían sido como esos camellos invencibles, eternamente aguantadores y satisfechos, que llevan al beduino heroicamente a través de las arenas secas, las temperaturas incandescentes y los vientos criminales hasta una nueva orilla, siempre una nueva orilla que contenga al menos una gota, minúscula pero brillante como una joya, de esos mil y un cuentos que salvaron la vida de Sherezade y dieron sentido a la del sultán.

Porque desde entonces no hubo páramo en mi vida que mi utopía con cuerpo de mujer no pudiera convertir en vergel. Y páramos hubo bastantes. Cuando volvimos del viaje de bodas los españoles estaban “reorganizando” Turba, es decir, reduciéndola a una oficina de no más de veinte personas que inicialmente se encargaría de distribuir, a veces de imprimir, exclusivamente los mismos títulos que en España. Se aprovecharían los talleres de impresión, con la gente que ya había sido entrenada. Entre el resto del personal había existido en un comienzo la esperanza de ser transferidos al diario que funcionaría en la misma sede. Pero luego se fue descubriendo que no habría lugar para más de ocho o diez turberos en el periódico.

Pedí una entrevista personal con los españoles y les planteé mi caso. Me dijeron que según los informes que les habían dejado los Gaitanes yo era un empleado administrativo “sin formación específica”, es decir, una suerte de cadete veterano. Les conté algo de la verdad. Me dijeron que efectivamente ellos también habían oído hablar de que “en una época había hecho algunas traducciones”. Pero ocurría que todas las traducciones de la nueva Turba correrían a cargo de la matriz en España. ¿Y en el diario? El único puesto en el diario ya estaba cubierto “por una persona muy solvente”. Luego me enteraría que se referían a Celeste.

Entre tanto la lista de retiros voluntarios se había ampliado a tal extremo que los

españoles comenzaron a demorar el trámite de cada renuncia y tranquilizaron con garantías verbales de estabilidad laboral a quienes querían que se quedaran, mientras lanzaban versiones de que no estaban en condiciones de pagar los montos acordados. Hubo entonces una reunión dura y cínica con la empresa, donde el sindicato actuó con inesperada mansedumbre, pero Néstor y Andrés esgrimieron amenazas sindicales y yo sugerí todo tipo de venganzas de índole menos ortodoxa si no se ponía en práctica en 72 horas el retiro con los montos acordados de todos los anotados. La desesperación había logrado imprimir en las voces de los miembros de la Interna un curioso tono admonitorio a medio camino entre el póker y la mafia que resultó de una utilidad fulminante. Los españoles se avinieron a implementar los acuerdos en el plazo de 72 horas sugerido.

No bien salimos de la reunión les pregunté a Néstor y Andrés si ellos se querían quedar en la empresa. Néstor dijo:

—Sí, por qué no me voy a quedar, la lucha sigue como antes.

—No creo que siga para nada como antes. Turba desapareció. Su personal también está por desaparecer. No me refería a lo que pensaras doctrinariamente que hay que hacer. Si no a qué querés hacer vos.

—¿Vos te querés ir? —retrucó.

—No sé si quiero. Pero me tengo que ir. Ya me dijeron que no va a haber un puesto para mí. Y no pienso vivir de ser delegado de un personal al que no le va a quedar la menor gana de hacer sindicalismo. De los que imprimen hay que olvidarse, porque esos pasan en seguida al sindicato gráfico. Además para el próximo mandato van a sobrar dos delegados. Por eso les pregunto qué piensan hacer.

—No se te ocurra anotarte para los retiros antes de renunciar como delegado —respondió Néstor, mientras Andrés seguía mirándome como si no hablara también de él.

—¿Vos qué pensás hacer, Andrés? —le pregunté.

—Yo no me voy, porque no tengo otro laburo. No sé si la lucha continuará o no. Pero yo no tengo otra que quedarme. Tengo dos hijos que mantener y no puedo correr tantos riesgos. Ahora respecto de lo que dice Néstor, me parece que si te querés ir tenés que renunciar antes como delegado. Pero es una decisión tuya, personal.

—No veo por qué darle esa ventaja a la empresa. Tengo que ir a negociar con ellos como delegado, cuando todos los retiros se hayan cumplido pero como delegado. Ustedes no lo van a hacer por mí, si piensan así. Si te preocupa que me pueda llevar la indemnización especial que me corresponde como delegado, quedate tranquilo, Néstor. Vale para los despidos, no para un retiro voluntario. A menos que una empresa esté cagada en las patas frente a un conflicto y quiera tentarlo a uno. Pero voy a ser yo el que va querer tentar ahora a la empresa.

—Si lo hacés yo te denuncio en una asamblea —dijo con indescifrable odio antidesviacionista Néstor.

—Hacé lo que se te cante en las pelotas. Seguramente yo no voy a estar para

responder a tu denuncia esclarecida. Así que te vas a poder explayar tranquilo.

A las 72 horas los españoles cumplieron su compromiso. Al día siguiente fui a verlos. Me ofrecieron el 150 por ciento, como a todos los demás. Le dije que me correspondía por ley el 300 por ciento. Me dijeron que eso valía solo en caso de despido. Les dije que necesitaba esa suma. Si no, no me podía ir. Me ofrecieron un 200 por ciento. Le dije que no me alcanzaba. Me prometieron el 220 por ciento. Renuncié esa misma tarde. Al día siguiente cumplieron. Tiempo después me enteré de que Néstor no tuvo la cara de hacer su denuncia. A Andrés me lo encontré dos meses después en la calle. Me saludó como si fuéramos viejos amigos. Tal vez lo éramos.

Con la indemnización y los ahorros de Romina dio para comprar una casa en Avellaneda, un auto, que aprendí a manejar respetablemente bien, y la licencia para usarlo como taxi, que es casi tan cara como el auto porque abre el ingreso a la rama en mayor crecimiento de nuestra economía. En el año que llevo trabajando de taximetrero me pregunté mil veces cómo pude aguantar tanto tiempo en Turba, sabiendo que vivía en un país donde el lugar natural de un ingeniero, un arquitecto, un médico, un físico, un biólogo, un matemático o un traductor que no esté dispuesto a emigrar, está detrás del volante de un taxi, un lugar mucho más saludable que esa cruz de estafa y experimento bucanero que habíamos conocido como empresa progresista.

Sin embargo, otras veces me digo que tal vez entraría de nuevo en un lugar así pero para alentar una revuelta desde el comienzo. A cada tanto paso por el lugar donde ahora me cuesta mucho creer que estuvo alguna vez erguido el edificio que coronaba el Periscopio. Me pregunto entonces cuánto de todo eso que siento haber vivido habrá sido verdad. Cuánto de mis viejos ideales habrá logrado sobrevivir al mero hecho de haber proyectado hacer lo que hice, y cuánto perdurará ahora que ya lo hice, si es que de veras lo hice.

Reconozco que no me lo planteo por un sentimiento de culpabilidad. Nunca cultivé mis propios ideales como un árbol que deseaba ver robusto, ni me sentí en deuda con ellos, ni los tomé como dioses cuyas exigencias morales debía satisfacer. Los tenía, me parecían sabios, bellos, convenientes, adecuados a los descubrimientos de la ciencia y quería que triunfaran. Pero no eran ellos los que podían hacerme sentir culpable, o en deuda, porque no eran ellos los que me hacían sentir bueno o malo, o mano a mano con la vida. No me sentía bueno por no poder soportar impasible que se cometiera en frente de mí una injusticia que yo tenía alguna posibilidad de impedir, de mitigar, de combatir o de anular. Me sentía rebelde, vergonzoso, tímido, pero no bueno. Sentía que una vergüenza ingobernable me impedía presentarme ante mi propio orgullo, ante mi propia conciencia, si había temblado tanto frente a esa injusticia como para no haberme atrevido a intentar aplastarla, anularla, liquidarla. Era moderadamente vergonzoso frente a los demás, pero enfermizamente vergonzoso frente a mí mismo. Y ninguna vergüenza puede jamás ser sentida como bondad o

despertar el orgullo, la autoestima, o esa cierta soberbia que se oculta en algunas formas de culpabilidad de quienes se sienten “responsables” por demasiadas cosas. Nunca me sentí “responsable” por la guerra de Vietnam, ni especialmente noble por haber manifestado contra ella. Pero si veía dolor cerca mío, sencillamente no lo podía tolerar, y me daba vergüenza voltear la cara, aunque nadie me viera.

Por eso cuando interrogo a esos últimos años que pasé en el Periscopio no lo hago debido a un sentimiento de culpabilidad, sino más bien por el interés pedestremente egoísta de saber quién soy, por la curiosidad casi científica de saber cuánto de maldad puede incorporar uno y seguir sintiéndose bueno y cuánto de maldad es indispensable que uno incorpore si uno no quiere dejar de ser bueno cuando ya ha agotado los recursos obvios para serlo, cualquiera sea el significado que uno quiera atribuirle a la palabra “bueno”. Porque el hecho es que no me siento tan malo, aunque ahora puedo imaginarme manteniéndome impasible mientras se cometen a mi lado algunas tropelías tremendas.

No me imagino que las pueda cometer yo mismo, eso sí. Porque siempre me estaría preguntando sobre el fin último de algo que requiriera mi iniciativa y sigo teniendo horror a la banalidad del mal como meta final, a la vergonzosa facilidad de la destrucción.

Pero de algún modo me siento más preparado ahora para un intercambio social incapaz de borrar la desconfianza básica entre dos seres verdaderamente autónomos y tachonado del riesgo recurrente de una apuesta equivocada. Una relación social que se abra permanentemente sobre el abismo de una posible traición me parece incluso ahora infinitamente más creativa y fructífera que cualquier interacción desarrollada sobre el único registro del amor. Me imagino que cada gramo de confianza conseguido en ese intercambio medio ladino, medio altruista, vale más que toneladas de dudosa sinceridad en un universo donde el amor fuera la única dimensión posible. El odio me parece ahora más manejable, necesario, fértil. Mi utopía dejó de ser el superhombre y se refugió en la todavía ambiciosa visión de un mundo con cuentas más claras entre socios que nunca alejan la espalda de la pared porque conocen los riesgos del ataque sorpresivo.

Un mundo donde la crueldad y la pornografía, que hacían toda la nostalgia dionisiaca que Nietzsche sentía al contemplar al hombre civilizado y privado de la satisfacción de sus instintos animales más salvajes, se ejerzan en la libertad y riesgo del dominio privado —donde toda sumisión puede trocarse en dominio, toda jerarquía es reversible y toda esclavitud es un aprendizaje para el oficio de amo, y viceversa— en lugar de regir como ahora ilimitadamente en el dominio público, donde las leyes, las costumbres o la fuerza brindan al patrón el derecho a dejar sin trabajo, torturar salarialmente y someter al trabajador, donde toda jerarquía tiene el lastre de un orden patrimonial irreversible, y donde el derecho de pernada recién ahora empieza a ser tímidamente restringido mediante temblorosas leyes contra el abuso sexual, que tardarán tal vez un siglo en aplicarse, y más tiempo aun en

extenderse a las otras formas del abuso profesional tanto o más vejatorias que las del coito forzado.

No es que tenga una fe apasionada en esas cosas. Es que simplemente pienso a cada tanto que esa sucesión de visiones cada vez más modestas pero íntimamente vinculadas entre sí sobre un futuro mejor son las que han hecho posible para mí este presente definitivamente más feliz que cualquier pasado mío y esa encarnación de todos los aciertos que se llama Román, el hijo que Romina me dio nueve meses después de nuestra luna de miel. ¿Dónde sino en ellas podría encontrar inspiración para responder a las preguntas sobre Dios, el bien y el mal que él me hará tarde o temprano? Cuando lo alzo y lo siento aferrarse a mi cuerpo con la confianza de quien reconoce lo suyo, más que un semita en las arenas me siento un argentino que hizo la mejor campaña del desierto y en lugar de matar indios se llevó lo mejor de ellos a su propia sangre.

—No es feo como nombre Román, amor. ¿Pero por qué insistís tanto en que se llame Román?

—Porque significa novela en alemán y en francés. Y su origen es bastante novelesco.

—¿Pero no le vamos a contar cómo fue la novela, no amor?

—Eso no lo podemos decidir ahora. Pero creo que al paso que marcha el mundo, cuando Román tenga edad para preguntarse esas cosas nuestra historia ya le va a parecer a cualquiera más comprensible y menos novelesca.



SALVADOR BENESDRA (Buenos Aires, 29 de noviembre de 1952 — 2 de enero de 1996). En la pre adolescencia inició su militancia en el Partido Obrero. Cursó la carrera de Psicología y la terminó en dos años. Durante la dictadura, se exilió en Francia. Después de una operación, donde le extrajeron las glándulas paratiroides, tuvo su primer brote psicótico. En 1982 volvió a Buenos Aires y empezó su carrera periodística en varios medios, como analista político y económico. Los brotes psicóticos volvieron con más frecuencia.

Escribió la novela *El traductor*, un largo texto autobiográfico que trata de dibujar o mapear —en el contexto de la caída del muro de Berlín— cómo funcionaba la mente de Salvador Benesdra ante los eventos de su realidad intelectualizada. *El traductor* fue finalista del premio Planeta de 1995.

Salvador Benesdra se suicidó el 2 de enero de 1996. Saltó del décimo piso del edificio donde vivía, unos meses antes de que su novela fuera publicada.

Su familia y amigos decidieron encargarse de una edición de *El traductor*; la tirada rápidamente se agotó y empezó el mito.